NORBERT ELIAS
LA SOCIEDAD CORTESANA

En el centro de los intereses sociológicos del autor de este libro se encuentra la relación entre empirismo y teoría. Su propósito es fijar terminológicamente el concepto de «sociedad cortesana» en el mismo sentido en que se ha fijado la idea de «sociedad burguesa». Elias pone de relieve, con conocimientos históricos admirables y de la manera más evidente, el proceso por el cual la sociedad cortesana pudo ser ejemplar y soberana hasta su relevo por la sociedad burguesa, enriqueciendo así un campo que durante mucho tiempo se ha descuidado. En su introducción, el autor pone en claro la relación entre sociología y ciencia de la historia, asignando a la sociología la tarea de contribuir, a través de su investigación, a las valoraciones autónomas de las relaciones históricas.

Norbert Elias, nacido en 1897 en Breslau (hoy Wroclaw), emigró en 1933 a Paris, y desde 1938 vive en Gran Bretaña; en 1954 fue nombrado catedrático de sociología en Leicester; ha dado numerosos cursos como invitado en la República Federal de Alemania. Su obra principal, *Sobre el proceso de la civilización; investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, se publicó en Suiza en 1939. Su trabajo de oposición a cátedra, *La sociedad cortesana*, data de principios de los años treinta. Entre sus profesores se encuentran Mannheim, Max y Alfred Weber, Rickert, Husserl y Hönigswald. En 1977 Elias obtuvo el Premio Adorno de la ciudad de Francfort. En el texto justificativo de esta distinción se dice: «Norbert Elias ha creado, con sus investigaciones, los trabajos básicos para una teoría del cambio social altamente diferenciada y con un fundamento cultural e histórico. Con ello se muestra de manera especialmente insistente la relación entre las estructuras individuales y psicológicas y los procesos de carácter objetivo-histórico. Norbert Elias está emparentado con la postura espiritual y con la obra exhaustiva de Adorno, sobre todo, por la capacidad de percibir y analizar hechos sociales, libre, tanto de los límites específicos de la profesión como de doctrinarismos esmerados.»

00196
9 789681 611767

Cubierta: Manuel Ponce

NORBERT ELIAS LA SOCIEDAD CORTESANA

NORBERT ELIAS
LA SOCIEDAD CORTESANA



REIMPRESIÓN • 1996

Traducción de
GUILLERMO HIRATA

NORBERT ELIAS

LA SOCIEDAD CORTESANA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

Primera edición en alemán, 1969
Primera edición en español, 1982
Primera reimpresión, 1996

Título original:
Die höfische Gesellschaft

ISBN 3-472-72554-0

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-1176-4

Impreso en México

Para Ilja Neustadt
y todos mis amigos
y colegas del
departamento de Sociología
de la Universidad de Leicester.

I. INTRODUCCIÓN: SOCIOLOGÍA Y CIENCIA DE LA HISTORIA

1. La corte real del ***ancien régime*** y la peculiar formación social vinculada con ella —la sociedad cortesana— constituyen un campo sumamente feraz para las investigaciones sociológicas. Como en las etapas anteriores de la evolución del Estado, en las que la centralización aún no había alcanzado el mismo grado de desarrollo, la corte real del ***ancien régime*** mezclaba todavía la función de la Casa suprema de la familia-indivisa real con la del organismo central de la administración general del Estado, esto es, con la función de reinar, allí donde, de un modo absolutista, gobernaba un soberano prescindiendo ampliamente de las asambleas de estamentos.

Las tareas y relaciones personales y oficiales de los soberanos, de los reyes o príncipes y de sus ayudantes, no estaban aún diferenciadas ni especializadas tan neta y definitivamente como lo fueron más tarde en los Estados nacionales industrializados. En éstos, los organismos del control público —el parlamento, la prensa, la judicatura o los partidos que competían abiertamente por el poder— obligaron a distinguir con relativa claridad los asuntos personales y los oficiales, aun en el caso de los hombres y mujeres más poderosos del Estado. Por el contrario, en las sociedades estatales dinásticas con sus elites cortesanas, es, para la vida social, algo muy natural que los asuntos personales estén mezclados, en grado relativamente elevado, con los oficiales o profesionales. La idea de que tales asuntos pueden separarse y deban estar separados apareció sólo en algunas partes y de forma relativamente rudimentaria, y no tenía el carácter de una ética ordinaria de la profesión o el cargo; aparecía, en el mejor de los casos, como resultado del sentimiento de obligación personal para con un hombre poderoso, o del miedo que se le tenía. Lazos y rivalidades familiares, amistades y enemistades personales eran factores normales que influían sobre la conducción de los asuntos de gobierno, así como sobre todos los demás negocios oficiales. Por consiguiente, los estudios sobre la sociedad cortesana ponen de manifiesto, desde un cierto punto de

vista, una etapa primitiva del desarrollo de las sociedades estatales europeas.

Ahora bien, las cortes y sociedades cortesanas, como configuraciones sociales centrales de una sociedad estatal, no son, por cierto, exclusivas del devenir de las sociedades europeas. En los períodos preindustriales, sociedades estatales conquistadoras o amenazadas con ser tomadas por asalto, que disponen de una población ya diferenciada por la división de funciones y de un territorio relativamente amplio, y que están regidas por un único e idéntico centro político, muestran en conjunto una fuerte tendencia a concentrar las probabilidades de poder en una posición social singular –la del monarca– que sobrepasa con mucho, en proporción, las de las demás posiciones. Y dondequiera que esto aconteció –en los grandes reinos de la Antigüedad, regidos centralistamente: China, India; así como en la Francia prerrevolucionaria de la Edad Moderna–, la corte del monarca y la sociedad de los cortesanos constituían una formación elitista poderosa y llena de prestigio.

La corte real y la sociedad cortesana son, por tanto, configuraciones específicas de hombres que es preciso clarificar tanto como las ciudades o las fábricas. Hay abundantes investigaciones y colecciones de material de tipo histórico sobre cortes concretas, pero faltan las sociológicas. Aunque los sociólogos se hayan aplicado al estudio de las sociedades feudales o de las industriales, la sociedad cortesana, que, al menos en el desarrollo europeo, se deriva de las primeras y conoce su ocaso en las segundas, ha sido prácticamente ignorada.

2. El ascenso de la sociedad cortesana responde indudablemente a los impulsos de la creciente centralización del poder y al monopolio cada vez mayor de las dos decisivas fuentes de poder de cada soberano central: los tributos de toda la sociedad –"los impuestos" les llamamos hoy en día– y las fuerzas militar y policíaca. Pero la cuestión, fundamental en este contexto, de la dinámica del desarrollo social, la pregunta acerca de cómo y por qué, durante cierta fase del desarrollo estatal, se constituye una posición social que concentra en las manos de un solo hombre, una plétora relativamente extraordinaria de oportunidades de poder, rara vez ha sido planteada hasta ahora y, consecuentemente, permanece todavía sin respuesta. Es preciso reorganizar en cierta manera nuestra percepción para darnos cuenta de su importancia. Pasamos así del punto de vista histórico al sociológico. El primero destaca a algunos individuos –reyes concretos, en este caso–; el segundo pone de relieve además posiciones sociales –en este caso, el desarrollo de la posición del rey–. Se puede observar constantemente en los Estados dinásticos, sociedades que se encuentran en ese grado de desarrollo, el hecho de que, aun cuando un detentor particular de esta posición autocrático-monárquica, o tal vez hasta una dinastía entera, sea asesinado o destronado, no cambia por ello, sin embargo, el carácter de la sociedad como Estado dinástico, regido por soberanos autocráticos o sus representantes. De ordinario, otro rey sucede al destronado o asesinado, y otra dinastía sustituye a la expulsada. Unicamente a consecuencia de la industrialización y urbanización crecientes de las sociedades, se reduce, con algunas oscilaciones, la regularidad con la que, en el lugar central del soberano real destronado o de una dinastía sin poder, aparece, más tarde o más temprano, otra dinastía u otro soberano central hereditario, que disponen de una igualmente grande plenitud de poder. La cuestión acerca de las características de una configuración de hombres interdependientes, que no sólo hacían posible, sino necesario, al parecer, que muchos miles de hombres, a lo largo de siglos o milenios, se dejaran gobernar constantemente, sin ninguna posibilidad de control, por una sola familia o por sus representantes, es, por lo tanto, uno de los problemas principales que tiene uno que enfrentar cuando hace un estudio sociológico de la sociedad cortesana. Pero, al plantear la pregunta de cómo fue posible que, durante una determinada fase del desarrollo de las sociedades organizadas en Estado, la posición social del monarca absoluto –que llamamos "emperador" o "rey"– volviera siempre a restablecerse, se está poniendo tácitamente sobre el tapete de la discusión el problema de por qué tal posición está desapareciendo en nuestros días.

3. Las siguientes investigaciones se ocupan a fondo solamente de la sociedad cortesana de una época determinada; pero los análisis sociológicos acerca de las formaciones sociales de esa época carecerían de importancia, si no se tuviera en cuenta que las sociedades cortesanas se encuentran en muchas sociedades estatales durante una larga fase del desarrollo social, y que la tarea de un estudio sociológico sobre una sociedad cortesana concreta incluye el desarrollo de modelos que permitan comparar diversas sociedades

cortesanas. La pregunta que acaba de plantearse sobre la configuración de hombres interdependientes que hace posible en absoluto a individuos particulares y a su reducido círculo de ayudantes, mantenerse en el poder a sí mismos y a su dinastía, como soberanos más o menos absolutos, frente a una abrumadora mayoría de gobernados, frecuentemente durante largo tiempo, remite ya al hecho de que el estudio de una sola sociedad cortesana puede simultáneamente contribuir a aclarar problemas sociológicos más amplios sobre la dinámica social. Como se demostrará, el poder del soberano concreto, aun en la época del llamado absolutismo, no fue de ninguna manera tan ilimitado ni tan absoluto como puede sugerirlo el término "absolutismo". Hasta Luis XIV, el Rey-Sol, al que a menudo se presenta como prototipo del soberano que lo decide todo y reina absolutamente y sin limitaciones, resulta, examinado con mayor precisión, un individuo implicado, en virtud de su posición de rey, en una red específica de interdependencias, que podía conservar el ámbito de acción de su poder únicamente gracias a una estrategia muy meticulosamente ponderada, prescrita por la particular configuración de la sociedad cortesana, en sentido estricto, y, en sentido amplio, por la sociedad global. Sin un análisis sociológico de la estrategia específica mediante la cual un soberano como Luis XIV mantuvo la libertad de acción y la capacidad de maniobra de la posición regia, y sin la elaboración del modelo de la configuración social específica que hacía no sólo posible sino necesaria esa estrategia del hombre individual que ocupaba el trono si no quería perder el gran juego, la conducta del soberano individual sigue siendo incomprensible e inaclarable. Con esto queda un poco más clarificada la relación existente entre el planteamiento sociológico y el histórico. Dentro del contexto de una investigación sociológica, que puede ser mal interpretada como análisis histórico dados los usos mentales dominantes, tal aclaración podría no ser superflua. El planteamiento histórico, como ha sido puesto de relieve con bastante frecuencia, se encamina sobre todo a una serie única de acontecimientos. Al ocuparse de la corte francesa de los siglos XVII y XVIII, los hechos y caracteres de ciertos individuos, en especial los reyes mismos, constituyen el núcleo de los problemas.

4. El estudio sistemático del tipo de cuestiones al que han remitido las observaciones que preceden, es decir, de los problemas concernientes a la función social del rey y a la estructura social de la corte en la sociedad francesa de los siglos XVII y XVIII, se sitúa más allá del plano de lo "único", al que se orienta exclusivamente la actual historiografía. Esta renuncia del historiador a analizar sistemáticamente las posiciones sociales —la del rey, por ejemplo— y, en consecuencia, también las estrategias y posibilidades de decisión dadas al rey como individuo, en virtud de su posición, conduce a una abreviación y limitación peculiares de la perspectiva histórica. Lo que se llama historia aparece, entonces, habitualmente, como un amontonamiento de acciones particulares de hombres concretos que sencillamente no tienen ninguna relación. Puesto que el plano de las relaciones y dependencias de los hombres, de las estructuras y de los procesos a largo plazo, que se repiten frecuentemente y a las que se refieren conceptos tales como "Estados", "estamentos", "sociedades feudales", "cortesanas" o "industriales", va de ordinario más allá —o en todo caso, está al margen— de la esfera tradicional de los estudios históricos, los datos particulares y únicos, colocados centralmente por tales investigaciones, carecen de cuadros de referencia científicamente elaborados y verificables. El contexto de los fenómenos concretos es abandonado en alto grado a la interpretación arbitraria y, con bastante frecuencia, a la especulación. He aquí la razón por la cual en la ciencia histórica, tal como se la entiende actualmente, no hay ninguna auténtica continuidad en la investigación. Van y vienen ideas sobre las relaciones entre los acontecimientos, que, sin embargo, vistas en perspectiva, parecen tan correctas como incomprobables. Ya Ranke hacía notar[1]:

> "La historia se parafrasea continuamente... Cada época y su tendencia principal se la apropian y trasladan a ella sus propias ideas. Después de esto, se hace el reparto de las alabanzas o de los vituperios. Todo se arrastra, entonces, tan lejos, que uno ya no conoce en absoluto la realidad misma. Lo único útil en ese momento es volver a la información original. Pero, sin el impulso del presente, ¿acaso se la estudiaría? ¿Es posible una historia completamente verdadera?"

[1] Ranke, L. v., "Tagebuchblätter" (Hojas de diario) 1831-1849, en *Das politische Gespräch und andre Schriften zur Wissenschaftslehre* (El diálogo político y otros escritos sobre teoría científica), Halle, 1925, p. 52.

5. Se utiliza continuamente la palabra "historia" para designar tanto aquello sobre lo que se escribe, como el escribir mismo. La confusión es grande. A primera vista, la historia puede parecer un concepto claro y sin problema, pero, al estudiarla con mayor detenimiento, se da uno cuenta de cuántos problemas sin solución se esconden tras esa palabra aparentemente simple. Aquello sobre lo que se escribe —el objeto de la investigación—, no es ni falso ni verdadero; quizá sólo pueda serlo aquello que se escribe, el resultado del estudio. La pregunta es: ¿cuál es propiamente el objeto de la historiografía? ¿Qué es esa "realidad" de la que Ranke afirma que ya no se la conoce, después de que el historiador ha repartido las alabanzas y los vituperios?

Ante esta pregunta urgente, el propio Ranke no supo más que remitir a la información original, a las fuentes contemporáneas. Fue un gran mérito suyo el haber insistido en el estudio de las fuentes y en una documentación escrupulosa[2]. Sin el poderoso im-

[2] Podría ser interesante en este contexto mencionar los elogios que a la erudición de los historiadores alemanes tributó, hace pocos años, uno de los más prestigiosos investigadores ingleses de historia —el profesor A. W. Southern—, en su conferencia inaugural "The Shape and Substance of Academic History" (Forma y sustancia de la historia académica), Oxford, 1961, pp. 15 y ss. "En su conferencia inaugural de 1867, Stubbs había hablado esperanzadamente de los 'buenos tiempos por venir' para los estudios históricos con una escuela histórica fundada... 'sobre los abundantes materiales coleccionados y ordenados que ahora están publicándose'. Previó que vendría un tiempo no muy lejano en que la historia podría dejar de ser una mera tarea para niños o un instrumento 'para preparar a hombres para pronunciar impresionantes discursos ante oyentes ignorantes, y para componer artículos brillantes para gente que sólo lee periódicos', y convertirse en algo 'amado y cultivado por sí mismo', que comportase una 'amplia formación histórica que hará fútil la impostura e improvechosa la adulteración'.

"¿Qué ha sido erróneo en esta visión? Para decirlo con rudeza, Inglaterra no siguió el paso de Alemania y fue quedándose, año tras año, cada vez más rezagada. En 1867, Stubbs se había enterado, aunque, a mi parecer, no con mucha agudeza, de la gran obra de los editores de *Monumenta Germaniae Historica;* y, después de todo —podría haber reflexionado— estaban sus propias *Record Publications* y *Rolls Series* donde se habían publicado más de setenta volúmenes, en diez años, entre 1857-1867. Visto este record, se puede disculpar a Stubbs de no haber entendido, en 1867, que la situación en Inglaterra era bastante diferente de la de Alemania. En 1877 y más aún en 1884, no podía dejar de notar la diferencia. En Inglaterra, se había interrumpido la serie de fuentes impresas, se habían descubierto muchas deficiencias en la erudición de las ya publicadas. En Alemania no sólo había continuado el trabajo de publicación a un ritmo y a un nivel de erudición notablemente superiores a los de Inglaterra —dolorosa diferencia que sería todavía más marcada si prescindiéramos de las propias publicaciones de Stubbs—, sino que la obra de los editores alemanes había sido implementada cada año con un ejército cada vez más formidable de monografías. Hoy en día, está de moda sonreír despectivamente ante estos monumentos de la diligencia teutona, pero ningún estudioso serio se sentirá inclinado a hacerlo; y a todo aquel que vio este acontecimiento, debe haberle parecido el más prodigioso en la historia de la erudición. Nunca antes sucedió algo parecido."

pulso que dio a la investigación histórica, no sería posible, en muchos campos de estudio, penetrar en el plano sociológico de los problemas.

Pero, cuando se destaca la importancia de una documentación meticulosa como fundamento de la historiografía, se plantea precisamente la pregunta acerca de la tarea y el objeto de esa historiografía. ¿Son, pues, los documentos, las fuentes originales de información, la sustancia de la historia?

Son, al parecer, lo único fidedigno. Todo lo demás que puede ofrecer el investigador en historia son, por así decirlo, interpretaciones que habitualmente difieren bastante entre sí en diversas generaciones, y que dependen de la cambiante orientación de los intereses contemporáneos y de la alabanza o vituperio del historiógrafo vinculados con dichos intereses. Ranke aludió al punto central del problema: el historiógrafo distribuye la alabanza y el vituperio. No sólo narra con gran esmero lo que está en los documentos, sino que lo valora; según su propio criterio, adjudica luces y sombras; y a menudo hace esto como si tal adjudicación cayera por su propio peso, como si no la guiaran en realidad los ideales y los principios cosmovisionales de los partidismos de su época a los que se adhiere. Las situaciones presentes, contemporáneas, determinan la manera en que ve la "historia" y aun aquello que considera "historia". Selecciona los acontecimientos del pasado a la luz de aquello que, inmediatamente en el presente, le parece bueno o malo.

Es a esto a lo que manifiestamente se refiere Ranke cuando habla de que la "realidad" misma resulta encubierta por la "alabanza" y el "vituperio". Y, en lo fundamental, ello sigue siendo así. La exactitud en la documentación, la fiabilidad de las referencias a las fuentes históricas y el saber global sobre las mismas han crecido considerablemente. Esto constituye una cierta (por no decir la única) justificación del carácter histórico de la historiografía. Indudablemente, las fuentes históricas son fragmentos. La historiografía intenta, a partir de estos restos fragmentarios, reconstruir la relación de los acontecimientos. Pero, en tanto que las referencias a las fuentes son verificables, la combinación e interpretación de los fragmentos queda en gran medida al arbitrio del investigador individual. A éste le falta el firme apoyo que, en ciencias más maduras, dan al estudioso individual los modelos de relación —llamados hipótesis y teorías— cuyo desarrollo está vinculado en ellas con el

conocimiento de datos concretos, mediante un constante reacoplamiento. Gracias a este reacoplamiento, la forma del proyecto, la selección de los datos concretos y el desarrollo de los modelos compendiadores tienen, en tales ciencias, una autonomía relativamente amplia frente a los contrastes valorativos que tienen su raíz en discusiones extracientíficas. En la historiografía, las agrupaciones extracientíficas, los partidos y los ideales con los cuales el investigador individual se identifica en su propia sociedad, determinan en grado considerable lo que saca a la luz de las fuentes históricas, lo que deja en la sombra y la manera en que mira su relación. El método nos hace recordar aquello de que los hombres, a partir de las ruinas de edificaciones de épocas anteriores, construyen sus propias casas en el estilo de su tiempo. He aquí la razón principal por la cual —como Ranke escribía— la "historia se parafrasea continuamente". Cada generación elige ciertas ruinas del pasado y las dispone, según sus propios ideales y valoraciones, para construir sus viviendas características.

6. Esta escasa autonomía que caracteriza a la historiografía, frente a las agudas tensiones y controversias de las sociedades estatales en las cuales se produce y consume la "historia", es la causa principal de que gran parte de la historiografía actual tenga una índole científica primitiva o cuasi acientífica. En esta deficiente autonomía radica una de las peculiaridades por la cual la investigación histórica se diferencia de los campos propios de un análisis científico más maduro: al trabajo de investigación histórica le falta la continuidad específica de desarrollo que caracteriza a la investigación en ciencias más maduras. En éstas, a lo largo de las generaciones, crece no sólo el ámbito y la certeza de un saber particular, sino también, en estrecha vinculación con ello, el ámbito y la certeza del conocimiento acerca de las relaciones entre los datos concretos. En la historiografía, se da por supuesto un crecimiento del saber acerca de las relaciones. En las ciencias más antiguas y maduras, se sigue dando importancia, en muchos casos, a hipótesis y teorías anteriores sobre el modo de las relaciones, ya en una determinada rama especial, ya en el universo global, como hitos en el camino de lãs hipótesis y teorías posteriores, pues los pasos subsiguientes no hubieran sido posibles sin los primeros. Los pasos ulteriores van más allá de los primeros, pero la importancia de éstos se sigue manteniendo como un eslabón en la cadena ininterrumpida del trabajo de investigación. No se puede entender por completo a Einstein prescindiendo de Newton. El continuo avance de la ciencia no condena necesariamente los modelos sintéticos de los primeros escalones y, de hecho, cuanto más raramente los deseche como inútiles, tanto más seguro y autónomo se hace el progreso del trabajo científico. Por el contrario, en el campo del trabajo histórico, es mucho más la regla que la excepción, el hecho de que los esfuerzos de los investigadores que trabajaron hace tres o más generaciones permanezcan en las bibliotecas como libros muertos. Se expondría uno a un malentendido si no se añadiera que a este respecto hay, en el mejor de los casos, un grado de diferencia entre la investigación histórica y la sociología.

En ambos casos, las valoraciones e ideales habitualmente transitorios que se derivan de las agudas controversias de una época, sirven como sustituto de teorías relativamente autónomas y de modelos de relaciones verificables y revisables respecto de la adquisición de un saber particular nuevo. Pero la investigación sociológica se diferencia de la histórica, entre otras cosas, por el conocimiento de que incluso la posición y selección de los problemas concretos quedan al arbitrio heterónomo del investigador individual o de los convencionalismos religiosos heterónomos de ciertos grupos de investigadores si, en constante reacoplamiento con el progreso del saber particular, uno no se esfuerza en desarrollar, libre de la influencia de partidismos, oscilantes y transitorios, de la propia época, modelos de relaciones que sean más objetivos y autónomos que los anteriores. En el trabajo histórico falta aún, hasta donde puede verse, el esfuerzo en esta dirección; falta la conciencia de que, sin el desarrollo de teorías y modelos de relación relativamente más autónomos, hasta la misma selección de datos concretos de entre la plétora de documentos queda en poder de pasajeros convencionalismos de investigación inverificables. La importancia de los modelos de relación como determinantes del planteamiento y elección de los problemas se ve ya claramente en la disposición misma de este libro. En correspondencia con los modelos de relación, sobre los que usualmente no se reflexiona pero que determinan la selección y valoración de los problemas en la disciplina histórica, existen muchos aspectos que estudiamos en estas investigaciones sociológicas, así como los documentos que utilizamos, que desempeñan, en el mejor de los casos, un papel marginal. El estudio sobre la disposición espacial de los palacios o

sobre los detalles de la etiqueta cortesana —para sólo citar unos ejemplos— podrían parecer curiosidades si se miden con el metro del historiador. Pero, como se muestra en este libro, la investigación sobre la vivienda y la configuración global de la arquitectura en la que habitaban familias de una determinada sociedad, instruyen de un modo bastante fidedigno y además verificable acerca de las formas fundamentales de la relación matrimonial característica de los hombres de esa sociedad, así como sobre las formas de relación con otros hombres en el marco del trato social. La etiqueta cortesana que, según los criterios valorativos de las sociedades burguesas industriales, podría parecer algo bastante fútil, meramente "exterior" y quizá ridículo, resulta, cuando se deja a la estructura de la sociedad cortesana su autonomía propia, un índice muy sensible y un instrumento de medición muy exacto del valor del prestigio en el entramado de relaciones del individuo.

De modo general, puede decirse que ya la misma selección de la sociedad cortesana como objeto de una investigación no coincide exactamente con el esquema valorativo actual, popular y dominante, que reiteradamente influye en los estudios históricos. Soberanos dinásticos y sus cortes son cada vez menos importantes en la época actual del desarrollo social. Pertenecen a las configuraciones sociales que mueren en nuestros días. Pese a que aún existen en algunos países muy desarrollados, han perdido una parte considerable de su poder y prestigio prístinos. Comparadas con la época de su florecimiento, las sociedades cortesanas de nuestro tiempo son epígonos en el mejor de los casos. Los representantes de las formas sociales ascendentes contemplan con bastante frecuencia estos residuos de una época pasada, con una mezcla de sentimientos.

Es comprensible que la habitual valoración negativa contribuya a que se aparte la vista de la peculiar sociedad cortesana que, como forma social, tiene un carácter tan diferenciado y acusado como, digamos, las elites feudales o las de partido en las sociedades industriales. Estas últimas pueden atraer más poderosamente la atención, porque se trata de tipos de sociedades actuales que interesan más que las otras a la mayoría de los hombres. Las elites feudales entran quizá en el campo de visión como objeto de investigaciones históricas y sociológicas, por cuanto tienen un contorno relativamente perfilado, y se las puede considerar con frialdad, desde una mayor distancia, como formas que dan origen y complementan configuraciones actuales. Al parecer, en las formas sociales

feudales se trata de algo que ha pasado hace mucho tiempo; apenas toma uno, en general, una posición defensiva frente a ellas; a veces, se las hace aparecer hasta embellecidas románticamente con acentos positivos. El reconocimiento de que también la sociedad cortesana posee peculiaridades estructurales específicas, que se pueden poner de relieve como tales, independientemente de que se las considere buenas o malas, tropieza con la dificultad de que todavía existen en nuestro tiempo formas epigónicas de esa formación social. Respecto de los grupos elitistas cortesanos que poco a poco han sido reducidos a la impotencia, y de los descendientes de formaciones elitistas, otrora poderosísimas, de muchos Estados europeos, se ha conservado con frecuencia una valoración y postura negativas, como consecuencia de las controversias habitualmente encarnizadas de antaño, en los grupos elitistas ascendentes más modernos. Aun en este caso, las valoraciones y afectos macrosociales se hacen sentir en la selección de lo que uno considera importante o fútil desde un punto de vista histórico-científico y socio-científico. El estudio de la sociedad cortesana, más aún, su captación conceptual, está todavía bajo el influjo de tales valoraciones populares.

No es, en absoluto, fácil señalar lo que se quiere decir cuando se afirma la necesidad de un esfuerzo consciente para asegurar una mayor autonomía tanto de la selección como de la formulación de problemas sociológicos del presente o del pasado, frente a valoraciones populares que se asumen como algo evidente y, por consiguiente, sin examen. Pero esto es sólo un caso. Cuando uno se impone la tarea de contribuir a la aclaración y comprensión de los diversos modos en que los individuos dependen unos de otros recíprocamente, todas las configuraciones que los hombres constituyen entre sí, y las agrupaciones sociales, son, entonces, equivalentes. De nuevo se topa uno aquí, en un sentido más amplio, con la idea que expresó Ranke al indicar la equivalencia fundamental de todos los períodos históricos. También él intentó a su manera señalar que los estudiosos a quienes importa comprender las relaciones humanas se cierran el camino cuando, en este punto, se dejan llevar por los prejuicios de valor de su propia época y de su propio grupo. Sencillamente no se puede imaginar ninguna formación social, ningún conjunto de hombres, ya pequeño, ya grande, ya perteneciente a tiempos muy antiguos, ya al presente, cuya investigación objetiva y competente no pudiera contribuir, más o

menos que cualquier otra, a ampliar y profundizar nuestro conocimiento acerca de la manera en que los hombres dependen unos de otros, *en todas sus circunstancias: tanto al pensar como al sentir,* tanto al amar como al odiar, tanto al actuar como al estar inactivos. La variedad de estas relaciones humanas es tan grande y compleja, que no se puede concebir, dada, al menos, la pequeñez y las lagunas de nuestro saber actual, ningún estudio especializado sobre una configuración humana todavía no analizada, y su devenir, que no aporte algo nuevo a la comprensión del universo humano, de nosotros mismos.

7. Cuando abordamos la cuestión acerca de la relación entre historiografía y sociología, el problema, repetidas veces mencionado, de la unicidad de los acontecimientos históricos, juega un papel principal. La idea según la cual la unicidad e irrepetibilidad de los acontecimientos son una nota característica y distintiva de la historia humana, del objeto de la investigación histórica, va ordinariamente acompañada de otra idea, a tenor de la cual esta "irrepetibilidad" está fundada en la naturaleza del objeto, esto es, en la realidad misma, independientemente de todas las valoraciones de los investigadores. Sin embargo, esto no es así en absoluto. El hecho de que aquello que en la actualidad se estudia como historia, se considere habitualmente como una colección de datos irrepetibles, se basa en que tales acontecimientos únicos e irrepetibles son tenidos como lo esencial de las relaciones del suceso por investigar. Dicho de otro modo: se basa en una valoración específica que puede fácilmente parecer obvia; aunque sería mejor captarla explícitamente y probar si está justificada.

Ahora bien, hay cosas únicas e irrepetibles no sólo en las relaciones de acontecimientos que los historiadores eligen como objeto de sus trabajos. Unicidades irrepetibles se encuentran sencillamente en todas partes. No sólo todo hombre, todo sentimiento humano, toda acción y toda experiencia son únicos, sino también todo murciélago y toda pulga. Toda especie animal extinguida es irrepetible; los saurios no regresan. Irrepetible en este sentido es el *homo sapiens,* la especie humana en su conjunto. Y lo mismo puede decirse de todo corpúsculo, de nuestro sol, de la Vía Láctea y, en cierto sentido, de cualquier creación: vienen, se van y, una vez idos, no vuelven nunca más.

El problema de la unicidad e irrepetibilidad es, pues, más complejo de lo que parece en las discusiones científico-teóricas. Hay unicidades e irrepetibilidades de diverso grado, y lo que en el ámbito de un grado es único e irrepetible, puede, visto desde otro grado, parecer repetición y eterno retorno de lo idéntico. Nuestro sol único, la tierra en que vivimos, irrepetible y lentamente cambiante, parecen formas eternamente recurrentes a las generaciones humanas pasajeras. Respecto de la especie humana única, los individuos son sólo repeticiones de un figura eternamente igual, y lo distintivo en los hombres se presenta, entonces, como una variación del esquema fundamental constantemente repetido.

Pero ciertas sociedades y, dentro de ellas, a su vez, determinadas ramas de la investigación, valoran mucho y de modo especial precisamente esta variación, esta diferenciación y unicidad de lo individual en el marco fundamental continuamente repetido. Tal estimación depende de la peculiar estructura de estas sociedades y, en especial, de su diferenciación e individualización relativamente grandes, que se expresa en la historiografía de esas sociedades. La explicación es complicada, pero no es necesario seguir en detalle la red muy ramificada de estas relaciones. Sea adecuada o inadecuada una teoría histórica que sólo pone de relieve lo único y lo individual de las relaciones entre los acontecimientos, no cabe ninguna duda de que en tal énfasis se refleja una pronunciada forma social específica de la autoconsciencia humana. Según la orientación específica del carácter social del que participa el individuo, no sólo se valora en sí mismo lo que efectivamente puede reconocerse como diferenciante, único e irrepetible, sino que se le considera de ordinario también como un ideal por el cual vale la pena esforzarse en cincelar la forma humana común, de la manera más individual, única e irrepetible posible. No sería imaginable concentrar la atención sobre la unicidad e irrepetibilidad específicas del decurso histórico —determinantes en alto grado de la teoría y praxis de la investigación histórica—, sin adjudicar un valor especial y elevado a la unicidad e irrepetibilidad de los individuos en aquellas sociedades en las que se escribe una historia de esta índole.

Cuando se estudia la "historia", la cuestión que, en consecuencia, debe plantearse versa sobre la heteronomía o autonomía relativas de este tipo de valoraciones respecto de las relaciones históricas que se intenta descubrir. En el caso de la idea directriz de la historiografía, según la cual ésta valora y destaca lo irrepetible y único en las series históricas y, en especial, la irrepetibilidad de

personas individuales y sus hechos, como el aspecto más importante de tales relaciones, ¿se trata de un énfasis basado en un análisis crítico, sin prejuicios, de la relación objetiva y, en este sentido, sencillamente objetivo? O se trata por el contrario de una manipulación ideológica del planteamiento y de las observaciones del investigador, por cuanto su carácter social específico impone desde fuera valoraciones e ideales transitorios sobre las relaciones históricas por investigar?

Sería sencillo poder responder a estas preguntas con un simple sí o no. Pero la dificultad estriba en que la historia de las sociedades humanas y —lo que deberá discutirse todavía con mayor exactitud— aquello que se investiga bajo el nombre de "historia", tratan siempre de la "historia" de determinados lazos sociales humanos. A diferencia de lo que sucede con la historia de las sociedades animales no humanas, los aspectos únicos e individuales de las relaciones históricas están vinculados con aspectos sociales repetibles, de tal modo que no se pueden reducir a una simple fórmula y requieren de un meticuloso análisis.

8. Cuando se compara la historia humana con la de las sociedades animales, se percibe de un vistazo, con especial claridad, cómo y por qué aspectos únicos e irrepetibles juegan un importante papel en la historia de las sociedades humanas. Apenas si se puede prescindir de esta comparación, si se quiere enfocar correctamente el problema. Las formas de relación, las interdependencias de las hormigas, abejas, termitas y otros insectos sociales, así como la estructura de sus sociedades, pueden, siempre que se trate de la misma especie, repetirse sin ningún cambio, ininterrumpidamente durante milenios, porque las formas sociales, las relaciones y las dependencias recíprocas están ampliamente arraigadas en la estructuración biológica de los organismos. Aparte variaciones comparativamente mínimas, estas formas de sociedad de los insectos sociales y, con diferencias de grado relativamente pequeñas, las de otros animales que constituyen entre sí configuraciones sociales específicas, cambian sólo cuando se modifica su organización biológica. En las sociedades humanas, por el contrario, forma parte de sus peculiaridades específicas el hecho de que su estructura, la forma de las interdependencias individuales, pueda alterarse sin que se modifique la organización biológica de los hombres. Los individuos, representantes de la especie *homo sapiens*, pueden constituir entre sí sociedades de la más diversa índole, sin que se transforme la especie misma. En otras palabras, la constitución biológica de la especie hace posible el desarrollo del modo de convivencia social, sin una correspondiente transformación de la especie. El tránsito del *ancien régime* al régimen industrial primario del siglo XIX, el paso de una sociedad principalmente agraria y rural a una cada vez más urbana, fue expresión de un desarrollo social, no biológico.

Toda la discusión de los problemas básicos de la relación entre sociología e historia se ha visto dificultada por el hecho hasta ahora normal de que, aun en las investigaciones científicas, no se ha elaborado clara y distintamente la diferencia y la relación entre evolución biológica, desarrollo social e historia. Por supuesto, ha habido transformaciones biológico-evolutivas de las interdependencias y configuraciones sociales de nuestros ancestros, pero poco sabemos acerca de este aspecto de la evolución de los homínidos, posiblemente porque los especialistas de la prehistoria humana prestan poca atención a los problemas bio-sociológicos de este tipo. Sin embargo, los cambios de la convivencia humana, que están incluidos en el campo de visión de historiadores y sociólogos, se desenvuelven dentro del marco de una misma e idéntica especie biológica. Al estudiar las situaciones sociales e históricas, ya de los sumerios y egipcios antiguos, ya de los chinos e indios, ya de los yoruba y ashanti, ya de los norteamericanos, rusos y franceses, tiene uno que ocuparse de hombres del tipo *homo sapiens*. El hecho de que, en este caso, los caminos en la configuración de la convivencia de organismos individuales tengan lugar sin transformaciones en la constitución biológica, innata y hereditaria, de los organismos mismos se basa, en última instancia, en que la dirección de la conducta de organismos del tipo humano, en mayor grado que la de cualquier otro organismo que conozcamos, puede estar conformada por la experiencia del organismo individual y por su aprender, y, de hecho, debe estarlo. Esta peculiaridad biológica, innata y hereditaria, de la constitución humana —la dependencia relativamente grande que tiene la dirección de la conducta respecto de la experiencia del individuo concreto desde la infancia— es, por lo tanto, la condición para que, a diferencia de las sociedades de hormigas, las sociedades humanas tengan lo que llamamos "historia" o, con un acento distinto, "desarrollo social".

La distinción entre el desarrollo de las sociedades humanas —el

desarrollo sociológico— y la evolución biológica, queda de manifiesto también, entre otras cosas, porque el primero, en contraposición al segundo, puede ser, en cierto aspecto, reversible. Pese a todas las bromas que uno pueda leer ocasionalmente, se está en condiciones de afirmar con absoluta certeza, basándose en el saber biológico actual, que la especie ***homo sapiens*** puede ciertamente extinguirse, pero no reconvertirse en una especie de monos o de reptiles. Al transformarse los antepasados de la ballena de animales terrestres en acuáticos, no se convirtieron en peces, sino que siguieron siendo mamíferos. Por el contrario, es absolutamente posible que Estados nacionales muy centralizados se disgreguen, y que los descendientes de quienes los constituyeron vivan como simples tribus nómadas. Esto es lo que quiere significarse cuando se afirma que las configuraciones constituidas conjuntamente por abejas y hormigas están fijadas en alto grado, mientras que, comparativamente, las configuraciones humanas lo están en grado mínimo. La modificación de las configuraciones humanas depende muy estrechamente de la posibilidad de que experiencias que ha tenido una determinada generación se transmitan, como saber social aprendido, a las siguientes generaciones. Esta continua acumulación social del saber aporta su contribución al cambio de la convivencia humana, a la transformación de las configuraciones formadas por hombres. Pero la continuidad en la acumulación y transmisión del saber puede romperse. El aumento del saber no trae consigo ninguna modificación genética del género humano. Las experiencias sociales acumuladas pueden perderse siempre.

9. Es preciso clarificar esta situación, pues es fundamental para entender la relación entre los aspectos repetibles e irrepetibles de los cambios sociales. Como se ve, las relaciones entre los acontecimientos a las que se alude al hablar de evolución biológica, desarrollo social e historia, constituyen tres etapas, diversas pero inseparables, de un proceso que engloba a toda la humanidad, cada una de las cuales tiene un ritmo de transformación distinto. Respecto de la duración y el ritmo de transformación de una vida humana individual, los desarrollos sociales que duran largos períodos de tiempo transcurren tan lentamente que parecen estar detenidos. Es posible que las configuraciones sociales constituidas por los hombres entre sí cambien, en el transcurso de una serie de generaciones, tan poco, que los implicados en ellas pueden considerarlas como formas de sociedad inalterables, siempre iguales. Así, en el desarrollo social de Europa, hay, por largo tiempo y de modo ininterrumpido, hombres en la configuración "caballero-escudero-sacerdote-siervo". Así, el día de hoy y ya durante una serie de generaciones, en las sociedades industriales más desarrolladas hay hombres que continuamente entablan relaciones del tipo "trabajador-empresario-gerente" o "empleado de alto rango-de rango medio-de baja categoría". La interdependencia funcional de éstas y todas las restantes posiciones de una determinada sociedad conlleva, como es obvio, una cierta exclusividad. Caballeros y siervos, en efecto, apenas convienen a una configuración industrial.

Cada uno de los individuos que forman entre sí tales configuraciones es único e irrepetible. Pero la misma configuración puede mantenerse durante muchas generaciones con un ritmo transformacional relativamente lento. Configuraciones que se conservan idénticas o que, en todo caso, se encuentran sometidas a un cambio bastante lento, pueden estar, en consecuencia, compuestas de individuos diversos que cambian más rápidamente. Desde la perspectiva de los individuos, únicos e irrepetibles, que se transforman más deprisa, las configuraciones que los mismos constituyen entre sí dan la impresión de fenómenos que se repiten y que son, más o menos, intransformables.

Se entiende mal esta situación si uno interpreta los modelos conceptuales de tales configuraciones como formas artificiales que el investigador impone, en cierto sentido, a la fuerza, a los hombres observados. Tal es aproximadamente la idea expresada por Max Weber, cuando presenta como "tipos ideales" sus modelos de ciertas configuraciones que se encuentran en desarrollo lento. Los modelos de la burocracia, la ciudad, el Estado o la sociedad capitalista, que él intentaba elaborar, no se referían en absoluto a relaciones de hombres, a configuraciones de individuos interdependientes que él, como investigador, incluía en su material de observación para ordenar simplemente algo desordenado. Estas configuraciones son tan reales como los hombres individuales que las constituyen. Todavía ahora parece difícil entender que las configuraciones formadas por los hombres entre sí puedan tener un ritmo de transformación más lento que el de los individuos que las constituyen.

Lo mismo sucede con la relación del ritmo de transformación de las configuraciones sociales y el de los fenómenos biológicos. Vis-

tos desde la perspectiva de éstos, aquéllos se transforman tan lentamente que la evolución parece detenida. Así pues, aquí se representa la humanidad como un río con tres corrientes, cada una de las cuales tiene un ritmo distinto de transformación. Los fenómenos de cada una de estas etapas, considerados en sí, son únicos e irrepetibles. Pero, respecto del ritmo de cambio diferente, los fenómenos que se encuentran en el plano de un ritmo más lento de desarrollo dan fácilmente la impresión de inalterables, de eterno retorno de lo siempre idéntico, vistos desde el plano de un ritmo más acelerado de transformación. Para la cuenta biológica del tiempo, 10 000 años son un período bastante corto. Los cambios realizados en los últimos 10 000 años en la constitución biológica de la especie *homo sapiens* son relativamente pequeños. Para la cuenta sociológica del tiempo, 10 000 años representan un período muy considerable. Las transformaciones de la organización social operados durante los últimos 10 000 años en muchos ámbitos de la humanidad son comparativamente muy grandes. En este período de tiempo, en muchas sociedades, los pueblos se desarrollaron y convirtieron en ciudades, éstas en Estados urbanos, éstos en Estados territoriales, en Estados dinásticos, pequeños y grandes, y finalmente, en Estados nacionales industriales; y el ritmo de transformación de tales series de desarrollo se ha acelerado considerablemente. Pero, para la cuenta individual del tiempo, para el ritmo en que individuos humanos infantiles se transforman en hombres y mujeres viejos, los desarrollos sociales a largo plazo se realizan, no obstante, todavía con bastante lentitud. Por tal razón, al presuponer como marcos de referencia evidentes la duración de vida y el ritmo de transformación del individuo humano, uno no percibe habitualmente como tales los desarrollos estructurados de las configuraciones sociales, sino como formaciones que se mantienen en pie, como "sistemas sociales".

10. En el ejercicio de la investigación que actualmente designamos como histórica, no se examina quizá con suficiente precisión si la división del tiempo determinada por la duración y ritmo de transformación de una vida individual es un adecuado marco de referencia para el estudio de series de desarrollos sociales de largo plazo, ni en qué grado lo es. El individuo humano se cree con facilidad medida de todas las cosas, como si esto fuera algo evidente. Y lo mismo sucede, con mayor o menor consecuencia, pero con igual consciencia de lo obvio, en la corriente principal de la historiografía actual. Se enfoca primeramente la lente de la observación a los cambios que se operan en el individuo, o en los que se cree poder atribuir a individuos humanos, como a causas suficientes.

En el desarrollo de la ciencia histórica misma, este concentrar de la atención sobre individuos singulares, netamente perfilados, estaba vinculado en primer término y estrechamente con formas específicas de la distribución social del poder. Esto no puede olvidarse por completo. La atención del historiador se dirigió con frecuencia y en primer término a aquellos individuos que, como tales, en virtud de sus méritos en pro de un determinado Estado o de cualquier otra agrupación de hombres, eran considerados particularmente importantes. Estos eran, de ordinario y en primer lugar, personas constituidas en una posición social que les otorgaba grandes oportunidades de poder, es decir, emperadores, reyes, príncipes, duques y otros miembros de las casas reales. De hecho, a los ojos del historiador, se destacaron de entre la multitud de los hombres, como individuos especial y nítidamente definidos, en virtud de su posición de poder. Gracias a su peculiar posición social, su campo de acción, comparado con el de otros hombres, era particularmente amplio, y las características de su individualidad saltaban a la vista de modo especial. Eran únicos e irrepetibles. La costumbre de pensar en las épocas de reinado de reyes individuales y hablar, por ejemplo, de "Prusia bajo Federico el Grande" o de la "época de Luis XIV", se ha mantenido hasta hoy como una forma que ilumina la división del curso de la historia.

Lo mismo pasa con otras personas en posiciones de poder, por ejemplo, con grandes generales cuyas victorias o derrotas fueron de gran importancia para la "historia" de una determinada asociación social, o con ministros de Estado y otros ayudantes de los reyes o príncipes gobernantes, que se opusieron a la introducción de novedades, o a los cuales las asociaciones de Estado deben nuevas instituciones. En relación con los desplazamientos de poder en las sociedades mismas, este énfasis se desplazó, con el paso del tiempo, también en la historiografía. Junto a los individuos que pertenecieron a elites ricas en poder o prestigio, fueron introducidos en el panorama de las investigaciones históricas grupos de hombres menos claramente definidos en lo individual y menos poderosos. Pero en la opinión más general de los historiadores sobre su propio método, el individuo humano conservó, no obstante, en cuanto tal

y especialmente si destacaba por su poder o sus méritos, su valor como marco primario de referencia para la interpretación de las relaciones históricas observadas, y como símbolo representativo de su unicidad e irrepetibilidad. Aun cuando, por la inclusión de aspectos económicos, intelectuales, religiosos, artísticos y de otra índole, propios del desarrollo de una sociedad estatal, se fue ampliando la historiografía política que centraba su atención sobre los gobernantes o sobre las elites de poder, aun así siguió, sin embargo, orientada en gran medida hacia elites relativamente muy individualizadas. Con pocas excepciones —por ejemplo, las investigaciones sobre historia económica o social—, todavía se escoge de ordinario como marco de referencia para la exposición de las relaciones históricas, las obras y hechos individuales de hombres pertenecientes a determinados grupos sociales elitistas, pero sin incluir en las investigaciones los problemas sociológicos de tales formaciones elitistas. Los debates acerca de la naturaleza de la historiografía siguen sin discutir la problemática y la estrategia de la selección de problemas y pruebas documentales. A menudo se conforma uno con referirse a la grandeza de la hazaña individual en cuanto tal, y al individuo particular como a la causa de la gran hazaña, sin añadir mayor explicación. Al parecer, el esfuerzo por explicar las relaciones históricas llega a un callejón sin salida. El problema parece resuelto al encontrar un protagonista individual para cada determinado fenómeno histórico. Si en este tipo de ilación quedan muchos cabos sueltos que no pueden explicarse por la referencia a un protagonista individual conocido, entonces se les trata como fenómenos históricos de otra índole, como fenómenos de trasfondo algo vagos. Pero al buscar de esta manera la última explicación de las relaciones históricas en algo misterioso que no puede aclararse más, en el misterio de una "individualidad en sí", no se puede, entonces, evitar fácilmente el interpretar automáticamente el alto valor social de una persona, de sus obras, peculiaridades y declaraciones, como el valor y la grandeza personal de un individuo concreto. El ejemplo más sencillo de esto es el atribuir el epíteto de "el grande" a algunos reyes hereditarios. Lo que a continuación se dirá sobre Luis XIV ilustra el problema. Sigue ciertamente ocurriendo que, a veces, los historiógrafos y profesores de historia admitan como grandes a personas consideradas así por una determinada tradición histórica. En la exposición de la historia se utiliza demasiado fácilmente, para valorar la grandeza humana, una escala valorativa convencional que, por consiguiente, no es fiable desde el punto de vista científico y que continúa sin ser revisada. Dado que se desconocen las estructuras sociales que otorgan al individuo humano sus oportunidades y su campo de acción, se llega a declarar "grandes" a hombres que no tienen un gran mérito personal, e insignificantes a los de gran mérito.

A veces, los historiadores afirman: no nos ocupamos en absoluto de sociedades, sino de individuos. Pero cuando se examina las cosas con detención, descubre uno que los historiógrafos no estudian, por cierto, a cualquier individuo, sino a quienes desempeñaron un papel en las asociaciones sociales o en bien de éstas. Se puede proseguir diciendo que investigan sobre estos individuos *porque* juegan un papel en unidades sociales de uno u otro tipo. Sería naturalmente posible incluir en la historiografía la "historia" de cualquier perro, de un arriate de flores o de un hombre al azar. Todo hombre tiene su "historia". Pero al hablar de "investigación histórica", se usa la palabra "histórica" en un sentido totalmente específico. Su marco de referencias lo constituye siempre, en última instancia, unidades sociales plenamente determinadas que se consideran especialmente importantes. Hay, en cada caso, una escala valorativa jerárquicamente ordenada de estas unidades sociales, que determina cuáles de ellas constituyen un marco de referencia más elevado para las investigaciones y cuáles uno de inferior categoría. De este modo, por ejemplo, las investigaciones históricas cuyo marco de referencia social es una ciudad concreta en un Estado, se sitúan en una categoría inferior a las de aquellas cuyo marco de referencia es todo un Estado. En esta escala valorativa, sin ninguna duda, ocupan actualmente el primer lugar los Estados nacionales, cuya historia forma hoy el marco principal para selecionar los individuos y los problemas históricos que se encuentran en el centro de los estudios históricos. De ordinario, no se reflexiona en las razones por las cuales, en el presente, la historia de unidades sociales, tales como "Alemania", "Rusia" o "Estados Unidos" sirve como marco de referencia primario para escoger a los individuos que se coloca en el primer plano de la investigación histórica como "personalidades históricas". Hace falta todavía una tradición de estudios en cuyos marcos sean elaboradas sistemáticamente las líneas de vinculación entre las acciones y méritos de actores individuales históricos conocidos, y la estructura de las asociaciones sociales dentro de las cuales aquéllos cobran im-

portancia. Si esto se hiciere, entonces sería fácil mostrar la frecuencia con que la criba de individuos, a cuyos destinos o acciones se dirige la atención de los historiadores, se relaciona con la pertenencia de éstos a minorías específicas, a grupos elitistas ascendentes o a otros que se encuentran en el poder o van decayendo. Al menos en todas las sociedades con historia, la "oportunidad para una gran hazaña" que atrajera la atención del historiador dependió durante largo tiempo de esta pertenencia del individuo a grupos elitistas específicos, o de la posibilidad de acceder a ellos. Sin un análisis sociológico que dé cuenta de la estructura de tales elites, apenas puede juzgarse de la grandeza y mérito de las figuras históricas.

11. La sociedad cortesana, objeto de este libro, es una formación elitista de ese tipo. En esta investigación se encuentran algunos ejemplos que ilustran lo que acaba de decirse. Individuos que en la época del reinado de Luis XIV no pertenecían a la sociedad cortesana o no tenían acceso a ella, gozaban relativamente de escasas oportunidades para demostrar en obras su potencial individual o para realizar cosas que, según la escala valorativa histórica usual, pudieran ser consideradas dignas de la historia. Mediante un estudio más detenido de tal elite, se puede además demostrar con bastante certeza, la manera en que su estructura dio a algunos hombres la oportunidad de prestar un gran servicio y realizarse, o la obstruyó. Para el duque de Saint-Simon, por ejemplo, según la estrategia posicional del rey Luis XIV, quedó cerrado el acceso a los cargos oficiales, así como a toda posición oficial política de poder, por causa de su posición social específica como miembro de la alta aristocracia que no pertenecía a la casa real misma. Y era precisamente ese tipo de posición oficial el que él se esforzó toda su vida por conseguir. En esta dirección, él esperaba poder realizarse como hombre de Estado, como político, como gobernante; tenía confianza en sí mismo para ejecutar algo grande. Puesto que esta posibilidad, por su posición en el sistema de poder de la corte, y mientras Luis XIV viviera, le estaba vedada, buscó principalmente su realización no sólo participando en el juego de las intrigas cortesanas tras bambalinas, sino también con su actividad como escritor, y como escritor de memorias que narraban los detalles de la vida en la corte, pues tal forma convenía al uso y gusto del noble cortesano. Apartado por fuerza del poder político, se introdujo, entonces, en la historia —como suele decirse— por la grandeza de su trabajo como escritor de memorias. Ni el desarrollo de su individualidad ni su orientación como escritor pueden entenderse si no se las relaciona con un modelo sociológico de la sociedad cortesana y si se ignora el desarrollo de su posición social dentro del sistema de poder de tal sociedad.

En los debates usuales sobre el papel del hombre individual en la historia, se parte a veces del supuesto de que es inconciliable e inevitable la contraposición entre quienes, en la investigación de las relaciones históricas, concentran su atención en los "fenómenos individuales", y quienes atienden a los "fenómenos sociales". Pero la antinomia de que aquí se trata es bastante irreal y sólo puede explicarse en el contexto de dos tradiciones político-filosóficas, de las cuales una considera la "sociedad" como algo extraindividual, y la otra considera al "individuo" como algo extrasocial. Como es obvio, ambas ideas son ficticias. La sociedad cortesana no es un fenómeno que exista fuera de los individuos que la forman; los individuos que la constituyen, ya reyes, ya ayudas de cámara, no existen fuera de la sociedad que integran unos con otros. El concepto de "configuración" sirve para expresar esta situación. El uso lingüístico habitual dificulta el hablar de individuos que conjuntamente forman sociedades, o de sociedades que están constituidas por individuos, a pesar de que esto es precisamente lo que uno puede, en efecto, observar. Si uno utiliza palabras menos cargadas de connotaciones, resulta más factible poder expresar clara y distintamente lo que en verdad puede observarse. Concretamente, tal es el caso al hablar de que hombres individuales constituyen conjuntamente configuraciones de diverso tipo, o de que las sociedades no son más que configuraciones de hombres interdependientes. Hoy en día, se usa reiteradamente, en este contexto, el concepto de "sistema". Pero, en tanto no se piense en los sistemas sociales como sistemas de hombres, sigue uno sin pisar tierra al usar este concepto.

12. Cuando se plantea de nuevo la cuestión de si la valoración de los aspectos irrepetibles, únicos y singulares, son lo esencial de la relación de acontecimientos que se llama "historia" y se basa en lo peculiar de esa misma relación; o, por el contrario, si se agrega heterónomamente desde fuera una valoración ideológicamente condicionada del historiador a esta relación histórica, entonces se

acerca uno, con tales reflexiones, algunos pasos más en la dirección de una respuesta. Se puede apreciar mejor que estos dos tipos de valoración, el objetivo y el ideológico, influyen simultáneamente en la interpretación de la "historia" en tanto que relación de acontecimientos únicos e irrepetibles. Un análisis global de esta amalgama de valoraciones autónomas y heterónomas es una empresa de gran alcance. Aquí debe uno contentarse con aclarar dos aspectos de esta pregunta, al referirse a los problemas que influyen en las siguientes investigaciones.

La corte de Luis XIV fue algo único. Luis XIV mismo fue un fenómeno único e irrepetible. Pero la posición social de rey que tenía, no era única o, en todo caso, no lo era en el mismo sentido que la de la correspondiente persona que la detentaba. Hubo reyes antes y después de Luis XIV. Todos fueron reyes, pero sus personalidades fueron distintas. Reyes como Luis XIV tienen un campo de acción comparativamente mucho más amplio para experiencias y tipos de conductas únicas e irrepetibles. Esto es lo primero que puede decirse sobre la realidad de la unicidad e irrepetibilidad de Luis XIV. Comparado con el campo de acción de personas situadas en otras posiciones sociales, el de la individualización de Luis XIV fue particularmente amplio, pues este era además rey.

Pero el campo de acción de la individualización del rey fue en otro sentido, a la vez, particularmente amplio, pues el rey era una persona. Esto es lo segundo que debe decirse acerca de este campo de acción. Comparada con la de los seres no humanos, la oportunidad de que se individualice la formación única e irrepetible de cada persona humana es, por naturaleza, extraordinariamente grande. Aun en las sociedades humanas más simples que conocemos, la probabilidad de individuación del organismo singular es mucho mayor que en las más complicadas sociedades de animales no humanos.

Cuando los historiadores introducen en el campo de visión precisamente aquella dimensión del múltiple universo humano en la que lo peculiar de los hombres, su individualidad, juega un papel especial; cuando intentan mostrar la participación que tuvieron personas individuales, por la unicidad de su talento y de su conducta, en los acontecimientos que para la historia de ciertas asociaciones sociales eran relevantes, entonces su esfuerzo como investigadores puede también ser del todo objetivo. En efecto, diferentes modelaciones individuales de la fundamental estructura biológica repetible del hombre pueden influir, más o menos, en las transformaciones de las asociaciones sociales —que uno llama "historia"—, según la estructura que éstas tengan. Así es posible, por ejemplo, que un historiador, estudiando la época de Luis XIV, señale con razón cuánto debe el esplendor de su corte y, en un sentido más amplio, la política de Francia bajo su reinado, al talento y limitaciones específicas del rey, es decir, a su individualidad única.

Pero la investigación es insuficiente si se detiene en este punto. Sin un estudio sistemático de la posición específica del rey, como una de las posiciones constitutivas de la configuración de la corte y de la sociedad francesas, no puede entenderse fácilmente la relación entre la persona individual del rey y su posición social. La primera se desenvuelve dentro de la segunda, que, a su vez, como posición en el reducido sistema de la elite cortesana y en el más amplio de toda la sociedad francesa, se encontraba sometida a un proceso de desarrollo y estaba, por consiguiente, en movimiento. No es preciso aquí seguir en detalle las relaciones entre el desarrollo personal del rey y el desenvolvimiento social de su posición, pero es importante para aclarar ideas la contribución de este modelo de desarrollo del rey. Se usa habitualmente de los conceptos "individuo" y "sociedad", como si se tratara de dos sustancias pasivas distintas. Al emplear así estas palabras, se suscita fácilmente la impresión de que aquello que denotan, no sólo son objetos distintos, sino que existen absolutamente separados; en realidad, son procesos que, sin duda alguna, pueden distinguirse, pero no separarse. El desarrollo personal del rey y el de su posición van de la mano. Puesto que ésta posee una elasticidad específica, puede hasta cierto punto ser orientada según el desarrollo personal del que la ocupa. Pero cada posición social, aun la del rey absoluto, en virtud de su interdependencia respecto de otras posiciones del global sistema social al que pertenece, combina con su elasticidad una fuerza propia extraordinariamente grande, si se la compara con la de su detentor individual. La estructura de su posición ha fijado a su campo de acción estrictos límites que, como los de la elasticidad de un muelle de acero, se hacen sentir tanto más fuertemente, cuanto su detentor, por la orientación individual de su conducta, pone más en tensión y a prueba la elasticidad de su posición social. Así pues, mientras que el desarrollo personal del detentor adquiere, de esta manera, dentro de ciertos límites, influencia sobre su

posición, por otro lado, el desarrollo de la posición social que representa el desenvolvimiento social global al que ésta pertenece, influye en el progreso personal de quien la detenta.

Ya se ve en este punto cuán incompleta es y cuán poco aclarada está la hipótesis científico-teórica acerca de la unicidad e irrepetibilidad del objeto de la ciencia histórica. Considerado sólo como persona, Luis XIV fue único e irrepetible; pero la "mera persona", el "individuo en sí", no es menos un producto artificial de la imaginación filosófica que la "cosa en sí". El desarrollo de las posiciones sociales que un individuo recorre desde su infancia, no es único ni irrepetible en el mismo sentido que lo es el individuo que las recorre. Puesto que el desenvolvimiento de la posición regia se realizó a un ritmo diferente que el de su correspondiente detentor, puesto que esta posición sigue existiendo al retirarse un detentor particular y puede transmitirse a otro, tiene, respecto de la unicidad e irrepetibilidad de un individuo concreto, el carácter de un fenómeno repetible o, en cualquier caso, no es única en el mismo sentido. Es posible, por lo tanto, que la investigación histórica aparezca, en el sentido usual, como una ciencia que sólo se ocupa de fenómenos únicos y singulares, solamente por cuanto no se incluya en su ámbito de estudio tales problemas sociológicos. Es evidente que la definición de la unicidad misma de un rey permanece incierta y fragmentaria en tanto no se investigue la posición regia, única y singular, en diferente sentido.

A más de esto, modalidades tales como unicidad e irrepetibilidad no son más que síntomas de peculiaridades estructurales de las relaciones históricas a las que estos conceptos aluden. Cuando, traspasando el plano de los eventos únicos e individuales, se penetra en uno más amplio que encierra además las posiciones y configuraciones sociales de los hombres, simultáneamente se abre entonces un camino a un tipo de cuestiones que permanecen latentes e inaccesibles, si el estudio se limita a problemas histórico-individuales. Con la ayuda de una investigación sistemática de las configuraciones, se puede, por ejemplo, demostrar que un hombre en la posición de rey, aun en el tiempo de Luis XIV, no reinaba de un modo "absoluto", si se entiende por ello que su obrar y su poder no conocían ninguna limitación. El concepto de "soberano absoluto" da, como es obvio, una impresión falsa. Considerado desde este punto de vista, el estudio de la posición social de un rey absoluto constituye una aportación respecto de problemas más generales, a los que, en parte, ya se hizo referencia: ¿Cómo es posible que un solo hombre pueda conservar, durante largos años, su posición de soberano que, directa o indirectamente, toma decisiones que afectan al bienestar o a la miseria de cientos de miles de hombres, y quizá de millones, y el gran ámbito de decisiones que tal posición le otorga? ¿Qué desarrollo de un sistema de hombres interdependientes, qué configuración humana da, en general, la oportunidad de integrar una posición central que tenga ese ámbito de decisiones especialmente amplio, con conceptos tales como "absolutismo" o "dominio autocrático"? ¿Bajo qué condiciones se forman posiciones sociales de autocracia, que ofrecen a sus detentores oportunidades de poder extraordinarias respecto de la provisión de poder de otras posiciones sociales? ¿Por qué cientos de miles de hombres obedecen efectivamente a un solo hombre no sólo en una situación de emergencia, sino en el normal curso rutinario de la vida social habitual, y, en el caso de la monarquía, no sólo a un hombre, mientras vive, sino quizá también a su hijo y a su nieto, y, en suma, a los miembros de una determinada familia, durante varias generaciones?

13. La sociología del dominio ha tenido, hasta ahora, su más fecunda elaboración en la obra de Max Weber. La amplia gama de sus explicaciones[3] constituye una mina de conocimientos sociológicos que no está, ni mucho menos, agotada. Pero su método, comparado con el escogido aquí, fue extensivo, no intensivo. Weber se esforzaba por elaborar modelos —"tipos ideales" en su propia terminología— basados en la comparación ponderada de, a ser posible, todos los fenómenos de un determinado tipo que se conocieran históricamente en su época. Por consiguiente, reunió también una gran cantidad de materiales para construir un modelo del tipo de dominio en el cual puede incluirse la forma de dominación que se estudia aquí. Se halla en su tratado sobre el "patrimonialismo". En su terminología, se podría quizá clasificar la forma de dominio aquí tratada, como una forma tradicional en el proceso del patrimonialismo al sultanismo[4], o también como una de las "burocra-

[3] Weber, Max, *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der Sozialökonomik* (Economía y sociedad, elementos de economía social), 3.ª parte, Tubinga, 1922, pp. 133 y ss., 628 y ss.

[4] Weber, Max, *ibíd.*, p. 133.

cias patrimoniales fuertemente centralizadas"[5], para las que, según dice con razón, a diferencia del feudalismo, el comercio es un factor histórico importante que, con mucha frecuencia, la ciencia ha pasado por alto.

Pero precisamente porque Weber intentaba plasmar una tan extraordinaria cantidad de observaciones particulares, el modelo de lo que denomina "patrimonialismo" está construido con demasiado poco rigor, y amenaza deshacérsele en las manos. Para la investigación posterior, ha resultado hasta hoy, en general, menos fructuoso que su modelo fuertemente estructurado del dominio carismático, que constituye un modelo para el tipo de la autocracia en crisis. Se refiere, como es sabido, al tipo del soberano que trata de imponerse contra las rutinas existentes y contra los grupos de poder firmemente establecidos, con la ayuda de otros grupos, de ordinario los hasta entonces marginados. El grupo central de la autocracia absolutista, que se estudia a continuación, representa en muchos aspectos un complemento de la autocracia carismática. El modelo aquí desarrollado se refiere a una autocracia que se ha convertido en una costumbre estable. El material sobre el que se basa, es mucho más limitado que aquel que Max Weber utilizó para elaborar el modelo de los tipos de dominio tradicionales, no carismáticos. Frente al empleo extensivo de pruebas documentales, la investigación intensiva de un único régimen parece ofrecer algunas ventajas para construir el modelo sociológico de una autocracia no carismática. Dentro de este estudio, se puede elaborar detalladamente la distribución del poder y las costumbres específicas que posibilitan a un solo hombre mantenerse, durante su vida, en la posición del autócrata poderoso, siempre riesgosa, nunca exenta de peligros. El modelo del mecanismo regio, tal como se desarrollará a continuación, constituye la parte central de la respuesta que dará este estudio a las preguntas antes planteadas acerca del condicionamiento de la autocracia.

Pero, si no se quiere caer víctima de la esterilidad teórica, es necesario mostrar, mediante ejemplos e investigaciones concretas, el funcionamiento de tal mecanismo en la práctica de los grupos de poder rivales; se debe, pues, intentar observarlo directamente en acción, como se hace aquí. Entender que aun la rutina de levantarse por la mañana e irse a la cama por la noche pudo servir al rey de

[5] Weber, Max, *ibíd.*, p. 740.

instrumento de dominio, y de qué manera, no es menos importante comprender sociológicamente este tipo rutinario de monocracia, que conocer en general la estructura del "mecanismo regio". Sólo profundizando en tales singularidades paradigmáticas se alcanza una representación gráfica de aquello que fue antes formulado teóricamente con cierta precisión, pues las teorías sociológicas que no se acreditan en el trabajo sociológico empírico son inútiles y apenas merecen el status de teoría. Sólo mediante este reacoplamiento, se llega a entender más profundamente, por ejemplo, el riesgo siempre presente, el peligro integral hasta de la monocracia más poderosa, y las medidas institucionales a través de las cuales el autócrata y su grupo central, de ordinario sin una consciencia explícita de ello, pretendieron afrontar la presión de ese peligro. Sólo siendo conscientes de este estado de cosas, se abre a uno la posibilidad de poner en claro las relaciones entre la posición regia, definida previamente por la configuración correspondiente, y la persona del rey que se desenvuelve en tal posición. Y sólo entonces se tiene un fundamento firme para examinar cuánto puede contribuir un modelo así elaborado de autocracia rutinaria a comprender otros fenómenos sociales de igual o similar tipo; por ejemplo, cuánto aporta el modelo de una autocracia regia a un sistema estatal dinástico preindustrial, o cómo permite entender una autocracia dictatorial en el marco de un Estado nacional industrializado. En la imagen que se tiene de la autocracia, la atención se concentra hasta ahora, como es sabido, principalmente sobre la persona del detentor de la posición social, precisamente porque, en este caso, un solo hombre está provisto de una extraordinaria plenitud de poder, gracias a su posición. Las investigaciones científicas buscan incluso en los rasgos característicos del autócrata, la explicación primaria, si no es que la única, del carácter y curso del régimen. Puede además ser posteriormente de utilidad en este contexto, diseñar un modelo de la autocracia más riguroso y preciso mediante el cual pueda comprenderse mejor por qué razón, aun en el marco de una posición social sumamente poderosa, los límites de elasticidad de la posición y del campo de acción que ésta da a su correspondiente detentor se hacen sentir continuamente. Al igual que otras posiciones sociales, también la del autócrata exige una estrategia sumamente ponderada en la orientación de la conducta si su detentor quiere asegurar por largo tiempo, para sí mismo y, en el caso de un rey, para su familia, la plenitud de poder del tro-

no. Precisamente porque la elasticidad de la posición y del campo de decisiones que ésta conlleva es, en este caso, especialmente extraordinaria, son particularmente posibles los caprichos, los deslices y las decisiones equivocadas que, a largo plazo, pueden conducir a una reducción de la fuerza del dominio. Se necesita una seguridad y una versatilidad casi funambulescas para que, en una posición que ofrece tantas tentaciones, su detentor pueda guiar sus pasos de tal modo que la plenitud de poder que tiene a su disposición no disminuya. Sólo mediante el análisis del desarrollo y estructura de una posición en cuanto tal, se puede obtener una imagen más clara sobre el efecto que tienen peculiaridades únicas de la persona de su detentor en el desarrollo de la posición y en el uso de su elástico campo de decisiones. Sólo entonces es posible encontrar la salida del laberinto de las valoraciones heterónomas en el que, con bastante regularidad, discurre la discusión cuando la alabanza o el vituperio de la persona del autócrata sirve a los participantes de sustituto de explicación de la autocracia. En este sentido, por tanto, una investigación consecuente que se esfuerza por lograr la autonomía de valoraciones acerca de la elite de poder de un régimen autocrático concreto puede ser de utilidad como modelo susceptible de desarrollo en ulteriores investigaciones sobre la relación de la dinámica posicional con la dinámica de la individualidad. En el caso de Luis XIV, es bastante claro el grado en que él hizo concordar, mediante una gran disciplina personal, sus pasos e inclinaciones individuales con las condiciones de la posición regia, en un sentido totalmente determinado: el de conservar y hacer óptimas sus oportunidades de poder. Sea cual fuere el significado de lo que se califica como "grandeza" de Luis XIV, sigue sin aclarar la relación entre grandeza de poder y grandeza personal mientras no se toma en cuenta la convergencia o divergencia de las inclinaciones y objetivos individuales con las exigencias de la posición regia.

14. En otras palabras, se tiene no sólo una imagen incompleta sino distorsionada de las relaciones históricas cuando se detiene uno a buscar el origen del esplendor de la época de Luis XIV, o tal vez hasta el de la corte real y de la política del Estado francés, en la individualidad única e irrepetible de ciertas personas. El elemento ideológico al poner de relieve acciones y características, únicas e irrepetibles, de ciertos individuos, como lo esencial de la historia, consiste, entre otras cosas, en que esta tendencia considera como panorama de la historia, como historia en cuanto tal, aquello que, en el mejor de los casos, constituye una vista parcial, un plano limitado de lo que se intenta explicar. Claro que la imagen tradicional de la individualidad de ciertos hombres, que es el fundamento de la historiografía orientada a las individualidades, contiene supuestos que pueden y deben ser examinados. Es la imagen de un ser que existe por sí y se apoya en sí mismo, de un hombre solitario más que individual, de un sistema cerrado y concluso. Lo que se observa realmente son hombres que se desenvuelven en y a través de sus relaciones con otros hombres. La tradición histórico-individual de la historiografía, por el contrario, supone en el fondo individuos que, en resumidas cuentas, no tienen relación alguna. Es manifiesto que la historiografía enfocada primariamente a "individuos en sí", así como otras muchas ideas actuales, adolece del temor de que el valor de la unicidad del hombre individual disminuya, e incluso se extinga, si se parte consecuentemente de hombres dependientes de otros a los que, a su vez, están supeditados otros hombres; de hombres, en fin, que no pueden prescindir unos de otros y cuyas dependencias recíprocas puede definir una investigación. Esta idea se relaciona con la representación equivocada de que la palabra "individuo" se refiere a aspectos personales que existen fuera de las relaciones recíprocas de los hombres, fuera de la "sociedad", y de que este término, a su vez, alude a algo existente fuera de los individuos, a un "sistema, digamos, de roles o de acciones".

Esta aclaración general de ideas acerca de la relación entre la individualidad de un rey y su posición social, aclaración que concierne a la investigación detallada de tal relación presentada a continuación, puede contribuir a reemplazar la imagen de esa dicotomía, que aún hoy juega un papel dominante en el empleo de los términos "individuo" y "sociedad", por conceptos que estén en íntimo contacto con los hechos observables.

Lo que hasta aquí hemos dicho sugiere ya la orientación del ulterior desarrollo de este estudio. No se puede plantear el problema como si la individualidad de Luis XIV se hubiera desenvuelto independientemente de las posiciones sociales que ocupó primero como heredero al trono, y después, como rey; ni tampoco como si el desarrollo de estas posiciones sociales fuera completamente autónomo respecto del de su detentor. Más bien se trata, en el plano social de este desarrollo, de la relación histórica de una dimen-

sión diferente que exige criterios temporales distintos de los del plano individual. Respecto del ritmo de transformación de la persona individual del rey, su posición social cambia con mayor lentitud. Esta última es un fenómeno de una dimensión distinta de la primera, por ser parte de una configuración integrada por cientos de miles de hombres. La arbitrariedad de su posición social limita el propio poder individual del más poderoso autócrata. Si se considera el desarrollo de esta posición social con mayor distancia, se ve fácilmente que ésta, como el desarrollo del Estado francés al que pertenece, tiene aspectos únicos e irrepetibles. El hecho de que la diferencia y relación entre la unicidad de hombres individuales, con un ritmo de transformación relativamente rápido, y la unicidad de las configuraciones, habitualmente mucho más lentas en transformarse, que estos hombres forman unos con otros, no estén de ordinario suficientemente elaboradas y, por tanto, sean a menudo vagas, es un síntoma del fondo ideológico que influye en esta historiografía.

15. La suposición unilateral de que el sustrato de eventos individuales únicos, y, en especial, las acciones, decisiones y características únicas de algunos individuos, son los aspectos más relevantes de las relaciones históricas en cuya investigación trabajan los historiadores, se hace patente ya en el hecho de que los propios historiadores, en el ejercicio de su trabajo, no se limitan casi nunca, consecuentemente, a la exposición de tales eventos y acciones. No pueden nunca renunciar al uso de conceptos relativos al estrato social del proceso histórico que se mueve más lentamente, como marco de referencia para seleccionar los eventos individuales. Tales conceptos pueden estar concebidos con relativa objetividad, cuando, por ejemplo, se habla del desarrollo económico, del movimiento poblacional, del gobierno, burocracia y otras instituciones estatales, o de asociaciones sociales como Alemania y Francia; o ser más especulativos y desarticulados, como cuando se habla del "espíritu de la época de Goethe", del "entorno del emperador", del "trasfondo social del nacionalsocialismo" o del "medio social de la corte". El rol y la estructura de los fenómenos sociales queda de ordinario sin explicar en el marco de la historiografía, porque tampoco se aclara la relación de individuo y sociedad, dado que lo dificultan, y con bastante frecuencia lo impiden, valoraciones e ideales

anticipatorios que, sin ningún examen, como evidencias, guían la pluma y la mirada al elegir y valorar la materia.

Ello responde al hecho de que, en muchas exposiciones históricas, si bien, desde hace algún tiempo, no en todas, los fenómenos sociales, las configuraciones que muchos individuos singulares constituyen entre sí, son tratados habitualmente sólo como una especie de bambalinas, delante de las cuales individuos solitarios actúan, al parecer, como los auténticos protagonistas de los acontecimientos históricos. Esta forma de percepción histórica y el énfasis puesto sobre los eventos irrepetibles y las figuras históricas individuales, como primer plano nítidamente perfilado que se contrasta con el trasfondo relativamente inestructurado de los fenómenos sociales, obstruyen mucho el camino para clarificar la relación entre investigación histórica y sociología. La tarea de ésta es precisamente destacar aquello precisamente que, en los actuales estudios históricos, aparece como un trasfondo inestructurado, y hacerlo accesible a la investigación científica como una relación estructurada de individuos y de sus acciones. Cambiada así la perspectiva, los hombres no pierden, como se dice algunas veces, su carácter y valor como individuos, aunque ya no se presenten como hombres solitarios que de pronto sean, por sí mismos, completamente independientes unos de otros. Ya no se les considerará como sistemas totalmente cerrados y sellados, cada uno de los cuales, como comienzo absoluto, esconde en sí la explicación última de este o aquel acontecimiento histórico-social. En el análisis de la configuración, los individuos aparecen en alto grado, tal como se les puede observar, como sistemas peculiares abiertos, orientados mutuamente entre sí, vinculados recíprocamente mediante interdependencias de diversa clase y, en virtud de éstas, formando conjuntamente configuraciones específicas. También los hombres más grandes —en el sentido de específicas actitudes sociales valorativas—, también los más poderosos mantienen su posición como eslabones en estas cadenas de dependencias. Tampoco en el caso de éstos puede entenderse dicha posición, ni la manera en que la alcanzaron y realizaron hazañas e ilustres servicios en su campo de acción, si esta configuración misma no se somete a un análisis científico meticuloso y, en lugar de esto, se la trata como trasfondo inestructurado. El hecho de que las configuraciones que los hombres forman entre sí cambien habitualmente con mayor lentitud que los hombres mismos que, en cada caso, las constituyen, y que,

en consecuencia, hombres más jóvenes puedan ocupar las mismas posiciones que otros más viejos han abandonado; el hecho, en suma, de que configuraciones idénticas o similares puedan, con bastante frecuencia y durante mucho tiempo, ser formadas por diversos individuos, no puede interpretarse como si tales configuraciones tuvieran una especie de "existencia" fuera de los individuos. Con esta ilusión óptica se relaciona el uso equivocado de los conceptos de "sociedad" e "individuo" que daría a entender que aquí se trata de dos objetos separados de diversa sustancia. Pero si se define los modelos mentales con exactitud, en función de lo que realmente puede observarse, entonces se da uno cuenta de que el hecho mismo es bastante sencillo y puede ser captado conceptualmente con perfecta univocidad: los individuos que, aquí y ahora, constituyen una configuración social específica, pueden indudablemente desaparecer y hacer sitio a otros; pero, aunque cambien, la sociedad, la configuración misma siempre constará de individuos. Las configuraciones son relativamente independientes de los individuos determinados, pero no de los individuos en general.

Por la autoimagen de ciertos historiadores puede parecer que, en su trabajo, se ocupan exclusivamente de individuos, y, por cierto, reiteradamente, de individuos fuera de toda configuración; de hombres, por tanto, que, en algún sentido, son completamente independientes de otros. Por la autoimagen de algunos sociólogos, puede pensarse que, en su disciplina, estudian únicamente configuraciones sin individuos, sociedades o "sistemas" que, en cierto modo, son enteramente independientes de los individuos humanos. Ambas formas de autoimagen inducen, como es obvio, al error. En un examen más exacto se encuentra que ambas disciplinas científicas dirigen su atención únicamente a sustratos o planos diversos de una sola e idéntica relación histórica.

Las formas de relación histórica en esos planos son diversas en muchos respectos. Por consiguiente, las categorías de pensamiento y los métodos de investigación que se utiliza para explicarlas requieren una cierta especialización. Pero dado que estos mismos planos son en absoluto inseparables, la especialización sin coordinación implica también aquí, como sucede a menudo, que el trabajo de investigación sea dirigido de una manera deficiente y se despilfarren energías humanas.

El esfuerzo por una coordinación más fecunda del trabajo histórico y sociológico tropieza todavía, por el momento, con la carencia de una obra unitaria de encuadramiento teórico a la que pueda referirse en su estudio tanto la investigación sociológica como la histórica. Sin tal marco de referencia surge demasiado fácilmente el sentimiento de que se intenta trabajar en uno de los planos para reducirlo al otro. Lo que aquí, a modo de introducción, queda dicho sobre la relación de ambas disciplinas científicas representa un paso inicial en dirección de tal obra unitaria de encuadramiento teórico, que, considerada a largo plazo, permite sin duda esperar un considerable cambio de orientación en las disciplinas especializadas actualmente sin conexión, aunque no, por supuesto, el final de la especialización disciplinaria.

Podría parecer que nuestra empresa, tratándose de una investigación sociológica limitada, hace demasiado hincapié en cuestiones teóricas fundamentales. El estímulo para ello provino, en primer término, de los editores de esta serie que, indudablemente con razón, sintieron que, dado el estado actual del pensamiento y del saber, la investigación sociológica de una época pasada y, por consiguiente, caracterizada como "histórica", necesitaba aclarar la relación entre la investigación sociológica y la histórica. Ha resultado, además, como quizá se apreciará, bastante útil juntar un trabajo empírico limitado con las reflexiones teóricas básicas. Se puede captar con mucha mayor riqueza de relaciones, las particularidades de la investigación empírica, si se entiende su importancia teórica; y se puede asimilar mejor el razonamiento teórico si se tienen a disposición los datos empíricos a los que éste alude. Pero la tarea de una introducción pone estrechos límites a estos pensamientos sobre sociología e historia. Valdría seguramente la pena dar cuenta de los diversos tipos de estudios históricos y sociólogicos en su relación recíproca. Pero aquí debería bastar con escoger algunos problemas básicos del análisis histórico que sean de particular importancia para su relación con la sociología. Al discutirlos, aparece cómo y por qué las investigaciones sociológicas dan una nueva orientación a los estudios históricos, en el sentido actual de la palabra. Podría ser útil, como resumen, poner de relieve tres puntos del argumento de esta introducción, importantes para un mejor trabajo en equipo de las diversas disciplinas y merecedores de una consideración atenta.

16. Las investigaciones históricas adolecen con frecuencia de la heteronomía de sus valoraciones. La diferencia entre aquello que

parece significativo al investigador en razón de la escala de valores de su propia época, y especialmente en virtud de sus propios ideales, y aquello que es relevante en el contexto de la época estudiada, es de ordinario, sumamente vaga —por ejemplo, lo que en la escala valorativa de los que vivían entonces, tenía un rango superior o inferior—. La escala valorativa del historiador, personal y condicionada por su época, goza generalmente de la supremacía. Determina en gran medida el tipo de planteamientos y la selección de las pruebas documentales. El análisis sociológico exige una más estricta exclusión de los sentimientos e ideales personales del investigador o, en otras palabras, una mayor autonomía de la valoración. En ambos campos, los investigadores no pueden seguir adelante con su trabajo y se quedan empantanados en la incertidumbre, cuando, acríticamente y desde fuera, trasponen a las épocas por investigar las valoraciones políticas, religiosas e ideológicas de su propio tiempo, como si fueran evidentes, en vez de afocar, ya en la elección y orientación de los problemas, los vínculos específicos, así como —y en especial— las específicas escalas axiológicas de las asociaciones humanas que se estudian.

En nuestra investigación hay muchos ejemplos de subordinación de las actitudes de valor actuales a las de la formación social que constituye el objeto del análisis. La elección misma del tema, el estudio de la sociedad cortesana, es, como ya se dijo, un ejemplo de ello. Para la escala valorativa político-social dominante en nuestro tiempo, la sociedad cortesana es una formación social cuya importancia no se estima en mucho y cuyo valor comercial es bajo. En correspondencia, las investigaciones sistemáticas sobre las cortes principescas son de una categoría relativamente inferior en la jerarquía de los temas históricos. En los intentos actuales de clasificación sociológica de los diversos tipos de sociedad, la sociedad cortesana, como tipo de índole propia, apenas desempeña ningún papel. Desde el punto de vista del objeto del estudio, de las relaciones históricas mismas, las cortes principescas y las sociedades cortesanas, como configuraciones de hombres de naturaleza específica, poseen una importancia menor que otras formaciones elitistas, por ejemplo, los parlamentos y partidos políticos, a las que se otorga gran atención a causa de su actualidad.

Lo mismo puede afirmarse acerca de fenómenos parciales que son característicos de las sociedades cortesanas. Ceremonial y etiqueta ocupan un lugar relativamente bajo en la jerarquía de valores de las sociedades burguesas. Faltan, por consiguiente, estudios sistemáticos sobre tales fenómenos. En las sociedades cortesanas se les concedía, por el contrario, una enorme importancia. Apenas puede esperarse comprender la estructura de tales sociedades y a los individuos que las forman, si en el estudio de esa sociedad no se es capaz de subordinar la propia escala de valores a la vigente entonces. Cuando se ha hecho esto, se encuentra uno de inmediato confrontado con la pregunta de por qué los hombres de aquella formación social diferente conceden tan gran importancia a las tradiciones del ceremonial y de la etiqueta, y qué significado tienen estos fenómenos en el sistema de tal sociedad. Si se plantean tales preguntas, si, en otras palabras, ya en el mismo planteamiento, se advierte clara y consecuentemente la autonomía del objeto por investigar, entonces no es difícil determinar la función de la etiqueta y del ceremonial en el sistema de este tipo diferente de sociedad. Resulta, entre otras cosas, que son instrumentos de consideración para el dominio y la distribución del poder. Estudiándolos, se tiene acceso a los problemas estructurales de la sociedad cortesana y de los individuos que la componen, problemas que permanecerían ocultos y herméticos en una valoración heterónoma.

17. El segundo punto se refiere a las ideas básicas acerca de la independencia y dependencia de los hombres. Sin que se explicite siempre de un modo claro, existe una cierta tendencia a ver un testimonio de la independencia y libertad del individuo, en última instancia, en cierto tipo de investigación histórica, orientada nuclearmente a la irrepetibilidad e individualidad cerrada, y, por el contrario, un testimonio en favor de su dependencia y determinación, en última instancia, en la sociología orientada al estudio de las sociedades. Pero esta interpretación de las dos ciencias y de su relación recíproca se escapa a la investigación científica. Se trata aquí de suposiciones que se originan en un conjunto de representaciones cosmovisionales, políticas, religiosas, filosóficas y, en todo caso, extracientíficas, pues, cuando se emplean palabras como "libertad" y "determinación" en este sentido, no se busca, entonces, plantear abiertamente un problema que, mediante la investigación sistemática, puede ser resuelto de una u otra manera, sino que se utilizan estos términos como símbolos de convicciones preconcebidas. Mediante estudios empíricos meticulosos, se puede demostrar, si uno se toma el trabajo, la dimensión real del campo de de-

cisiones de un rey o de un esclavo, y lo mismo puede decirse acerca de la red de dependencias de un hombre individual. Cuando se habla de "libertad" y "determinación" del hombre en cuanto tal, se introduce uno entonces en un plano de discusión en el que se opera con afirmaciones no susceptibles de ser corroboradas o desmentidas por el trabajo científico sistemático y, por lo tanto, tampoco por un examen sistemático del material empírico de las pruebas. Pese a su carácter extracientífico, las convicciones de esta índole desempeñan un papel nada insignificante en la fundamentación ideológica de la ciencia histórica y en el debate sobre su relación con la sociología. El historiador que, en su trabajo, dirige su atención a los individuos cerrados como marco primario de referencia del proceso histórico, lo hace habitualmente suponiendo que rompe lanzas en favor de la libertad del individuo, y el esfuerzo del sociólogo por iluminar las relaciones sociales le parece fácilmente una negación de la libertad y una amenaza de extinción para la individualidad de los individuos humanos.

Tales reflexiones son comprensibles, mientras se cree que los problemas científicos pueden ser planteados y resueltos sobre la base de prejuicios metafísicos o políticos. Pero al pensar así, los problemas siguen siendo, en realidad, insolubles. La sentencia ha sido dada antes de que comience el juicio. Cuando se está dispuesto a aproximarse a la solución de tales problemas, en lugar de basarse en proposiciones dogmáticas preconcebidas, se ha de hacer más bien investigaciones de dos tipos, teóricas y empíricas, en estrecha relación. Entonces, se plantea de una manera distinta la pregunta a la que apuntan términos tales como "libertad" y "determinación".

Lo dicho hasta aquí en esta introducción, así como algunas de las siguientes investigaciones empíricas muestran el modo de plantear tal pregunta. Ni siquiera un hombre con la plenitud de poder de Luis XIV era libre en ningún sentido absoluto de la palabra; tampoco estaba "absolutamente determinado". Si uno se remite a los acontecimientos históricos, entonces la versión conceptual del problema que el uso de las palabras mencionadas hace resonar en el debate sobre la relación entre ciencia histórica y sociología, en la forma de una contraposición entre libertad y determinación absoluta, es insostenible. Se requiere de modelos considerablemente más diferenciados para plantear el problema de tal modo que queden mejor captadas las relaciones históricas, comprobables mediante documentos. Como ya se ha mostrado, en el punto central del problema que se afronta entonces, se encuentra el entramado de dependencias, dentro del cual se abre al individuo un campo de decisiones individuales, que simultáneamente limita sus oportunidades de decisión. La clarificación conceptual de tal situación ofrece dificultades principalmente porque muchas de nuestras maneras de pensar y de nuestras formaciones de conceptos están sincronizadas con la expresión de relaciones entre fenómenos físicos inanimados. Si se plantea el problema de las interdependencias humanas en la forma tradicional, en términos de determinación absoluta o absoluta indeterminación o "libertad", entonces, en el fondo, se mueve uno todavía en un plano de discusión en el que maneras de pensar correspondientes a la observación de procesos físicos simples se contraponen a modos de pensar metafísicos isomorfos. Los representantes de una parte hablan del hombre, entonces, como de un cuerpo físico del tipo de una bola de billar y afirman que su conducta está determinada exactamente y en el mismo sentido causal que una bola que se pone en movimiento al chocar con otra. Los representantes de la otra parte sólo dicen, en el fondo, algo negativo. Aseveran que la conducta de un individuo no está determinada como una bola de billar, que no está causalmente determinado, en el sentido de la idea clásica de causalidad física. Con esta afirmación se relaciona entonces, de inmediato, la idea según la cual el hombre, en cada instante de su vida, es absolutamente libre y dueño total e independiente de sus decisiones. Pero tal idea no es menos ficticia que la opuesta, según la cual un hombre simple y sencillamente no tiene ningún campo de decisiones, que está "determinado", como una bola de billar en movimiento.

Cuando se profundiza en los problemas que surgen en el mismo trabajo de investigación sociológica e histórica, no se conforma uno, entonces, con los conceptos sacados primordialmente de relaciones físicas, como tampoco con los ordinarios conceptos opuestos: los metafísicos. Ya desde el primer momento, es uno consciente de la insuficiencia de este tipo de conceptos para aclarar los problemas sociológicos e históricos, si por ejemplo, se intenta expresar que, en muchos casos, la "libertad" de un individuo es un factor de la "determinación", de la limitación de la libertad de acción de otro. Mientras que la discusión extracientífica, metafísico-filosófica parte ordinariamente del hombre, como si sólo hubiera un

único hombre en el mundo, un debate científico que pretenda algo más que meras afirmaciones sobre la "libertad" y la "determinación", debe comenzar con aquello que puede observarse efectivamente, esto es, múltiples hombres que son más o menos dependientes recíprocamente y, al mismo tiempo, más o menos autónomos, es decir, que se gobiernan a sí mismos en sus relaciones mutuas. Mientras un hombre vive y está sano posee, aunque sea prisionero o esclavo, una cierta autonomía, un campo de acción dentro del cual puede y debe tomar decisiones. Por el contrario, aun la autonomía, aun el campo de acción del rey más poderoso tiene límites fijos; está implicado en una red de dependencias cuya estructura puede definirse con gran exactitud. Con observaciones empíricas de esta índole, se llega a un modelo que considera la multiplicidad de los individuos como uno de los hechos básicos en la reflexión sobre *el* hombre. Sobre esta base, se puede mostrar fácilmente que al ampliarse el campo de acción de un determinado individuo o de un grupo determinado de individuos, puede quedar reducida la "libertad" de otros individuos. Así, por ejemplo, la ampliación de las oportunidades de poder y del campo de decisiones de los reyes franceses o sus representantes, el siglo XVII, significó una reducción de la libertad y del campo de decisiones de la nobleza francesa. Afirmaciones de este tipo pueden documentarse y comprobarse. Aseveraciones sobre la libertad o la determinación absolutas del hombre son especulaciones inverificables y, por tanto, apenas merecen la fatiga de una discusión seria.

Aquí debe bastar con mostrar brevemente el enfoque de la cuestión, mediante el cual el debate extracientífico sobre la "libertad" y "determinación" *del* hombre —que influye considerablemente en el trasfondo de las discusiones sobre la relación entre ciencia de la historia y sociología— se transforma en una discusión científica sobre la autonomía y la dependencia relativas de los hombres en sus relaciones recíprocas. La estructura de las interdependencias que vinculan a los individuos mutuamente es, en el caso de cada hombre individual, así como para grupos enteros de hombres, accesible a una progresiva investigación empírica. Tal estudio puede llegar a resultados susceptibles de presentarse bajo la forma de un modelo de interdependencias, de un modelo de configuración. Sólo mediante éstos, se puede comprobar el campo de decisiones de un individuo concreto dentro de sus cadenas de interdependencias, el ámbito de su autonomía y la estrategia individual para el manejo

de su conducta y aproximarse a su explicación. Esta revisión del punto de partida de la cuestión ilumina más claramente asimismo el carácter extracientífico, ideológico de la opinión, según la cual una investigación histórica enfocada a los fenómenos individuales es portaestandarte de la libertad del hombre, en tanto que la sociología que apunta a los fenómenos sociales enarbola la bandera del determinismo.

Una de las tareas a las que pretenden contribuir las siguientes investigaciones es la elaboración de modelos de configuración mediante los cuales el campo de acción y las dependencias de los individuos serán más accesibles al estudio empírico. En parte, los análisis están dirigidos a elaborar las interdependencias de los individuos que forman una sociedad cortesana y, en algunos casos específicos, especialmente en el del mismo Luis XIV, a mostrar la manera en que un hombre individual utiliza el campo de decisiones que le otorga, dentro de una configuración específica, su posición, en la estrategia para dirigir su conducta personal.

La teoría sociológica que se desarrolla en el curso de estas y otras investigaciones, como es obvio, se distingue acusadamente del tipo dominante en la actualidad de las teorías sociológicas cuyo representante más prominente es Talcott Parsons. Debe aquí bastar con dejar hablar por sí misma a la realización doble de las ideas en el plano teórico y en el empírico. Sin una discusión explícita, se muestra asimismo con bastante claridad cómo y por qué el punto de partida del problema sociológico se mantiene en íntimo contacto con las tareas empíricas de la sociología, cuando se pasa de una teoría sociológica de la acción y de una teoría de sistemas que, como la de Talcott Parsons, implica un abismo imaginario entre individuo y sociedad, que queda sin colmar, a una teoría sociológica de la configuración que supera la idea de tal abismo.

Respecto de la investigación histórica, se debe, en este resumen, mencionar otro punto. Dado que los historiadores parten, a veces, de la idea de que las relaciones históricas que intentan descubrir son un montón de acciones de hombres individuales que, en el fondo, no tienen conexión alguna, según se dijo, los fenómenos sociológicos importantes, en su opinión, son habitualmente fenómenos de trasfondo inestructurados. La investigación sociológica de la sociedad cortesana es un ejemplo del cambio de orientación del planteamiento del problema, de la selección de las pruebas documentales y, de hecho, de la percepción global, que es necesario

cuando se da prioridad a fenómenos postergados por la investigación histórica ordinaria, considerándolos como fenómenos estructurados. La corte de Versalles y la vida social de los cortesanos es, sin embargo, estudiada con bastante frecuencia en las investigaciones históricas. Pero tales exposiciones no pasan de ordinario de un acervo de detalles. Aquello a que aluden los sociólogos, al hablar de estructuras y procesos sociales, parece habitualmente a los historiadores un producto artificial de la imaginación sociológica. Estudios sociológicos empíricos, como éste, ofrecen la ocasión de compulsar esta idea. Dentro de la investigación histórica misma se hacen sentir hoy en día fuertes tendencias para introducir en el campo de visión de ésta el sustrato de movimiento más lento de las configuraciones formadas por los individuos, junto con aquel sustrato del universo humano que se contempla al dirigir la mirada a las acciones de individuos de corta vida. Pero falta todavía una fundamentación teórica de este ensanchamiento de la visión histórico-social, en parte porque los mismos historiadores opinan, de ordinario, que pueden arreglárselas bien en su trabajo de investigación sin una fundamentación teórica explícita. Es improbable que, visto con perspectiva, pueda detenerse el proceso de complementación del método de trabajo histórico con el sociológico. Pero es relativamente poco importante que tal ampliación de las perspectivas históricas la lleven a puerto los esfuerzos de los sociólogos, o de los historiadores, o un trabajo conjunto de ambos.

18. Para terminar, el último punto que debe destacarse en esta recapitulación tiene con los dos anteriores una relación estrecha. Al principio se esbozó la pregunta sobre las características de la historiografía actual que explican el hecho de que la historia sea siempre reescrita de nuevo. La respuesta dada a tal pregunta remitía a la diferencia entre el alto nivel de la documentación histórico-científica acerca de detalles y el elevado grado de certeza que se podía obtener, por razón de este nivel, sobre datos históricos concretos, por una parte, y, por otra, el nivel comparativamente muy bajo de la interpretación histórico-científica de las relaciones de esos detalles y su correspondiente grado inferior de certeza. El inventario del particular saber histórico seguro aumenta, pero el saber cierto acerca de las relaciones entre los detalles no crece en la misma proporción. Dado que para los historiadores tradicionales no existe ninguna base para la exposición de las relaciones

históricas, la presentación de éstas queda, en gran medida, supeditada al capricho de los investigadores. Las lagunas del saber acerca de las relaciones de datos concretos bien documentados se las llena continuamente con interpretaciones determinadas por las valoraciones e ideales de corto alcance del investigador, mismas que, a su vez, van cambiando según se modifican las grandes cuestiones polémicas de la época. La historia se parafrasea ininterrumpidamente, porque en la manera que tienen los estudiosos de ver las relaciones entre los datos concretos documentados se refleja su posición frente a los problemas extracientíficos, discutidos en su tiempo.

Casi no es necesario mencionar la urgencia de la tarea de asegurar a la investigación histórico-social una continuidad de progreso a través de las generaciones, como la que caracteriza al trabajo científico en otros campos, pues, sin ésta, tal actividad pierde mucho de su importancia. Lo dicho hasta aquí podría bastar por el momento para indicar que el esfuerzo por alcanzar una mayor continuidad en el trabajo de investigación apenas puede tener éxito si no se tiene una actitud de reserva frente a las valoraciones e ideales de corto alcance, si no se los posterga y, en suma, si no se sustituye las valoraciones heterónomas todavía reinantes por valoraciones autónomas en el estudio de las relaciones históricas.

De aquí que pueda resultar útil examinar en este sentido modelos sociológicos de procesos de largo alcance, como los procesos de civilización y formación de Estados[6], o modelos de configuraciones específicas dentro de tales procesos, como, por ejemplo, el modelo de la sociedad cortesana. Todos estos modelos nacen del empeño por analizar las relaciones existentes en la realidad misma; representan un intento de elaboración de modelos sociológicos de relaciones, en los cuales no quede oscurecida la autonomía de lo investigado por prejuicios de valor e ideales del investigador, condicionados por su época. No tienen la pretensión de ser los modelos definitivos ni lo absolutamente último que pueda decirse sobre los procesos y configuraciones analizados. Ninguna teoría, ningún modelo puede pretender ser absolutamente definitivo en ningún campo de investigación. Y en este caso, se trata, con toda seguridad, de un comienzo más que de un final. Son modelos en los que

[6] Véase N. Elias, *Über den Prozess der Zivilisation* (Sobre el proceso de civilización), Berna y Munich, 1969, t. 2, pp. 123 y ss.

se puede trabajar ulteriormente, sin que importen las oscilaciones a que estén sometidos los ideales de los investigadores —pasajeros, extracientíficos, condicionados por la época—, siempre que, en la misma actividad investigadora, uno se esfuerce únicamente en llevar las riendas de las valoraciones ajenas a la investigación, tan bien como sea posible, y en otorgar la primacía al estudio de las relaciones, tal como fueron en realidad. Tal reserva de los estudiosos no puede ciertamente alcanzarse cuando el proceso histórico es demasiado turbulento, las tensiones desmesuradas, los conflictos demasiado exacerbantes. Pero cuando las crisis angustiosas y las amenazas recíprocas de los hombres no son demasiado grandes, en el transcurso de las generaciones, no se ve ninguna razón que impida asegurar así, mediante la apertura de una dimensión sociológica más amplia, también a la ciencia histórica, en el decurso del tiempo, el progreso continuo que todavía hoy le hace falta.

II. NOTA PRELIMINAR SOBRE LA PROBLEMÁTICA

1. La corte real del *ancien régime* no presenta para el sociólogo, menos problemas que cualquiera de las otras muchas formas sociales de configuraciones integradas por hombres —por ejemplo, la sociedad feudal o la gran ciudad—, a las que, hasta el momento, ya se ha dedicado exhaustiva investigación sociológica. En esa corte, cientos o, frecuentemente, miles de hombres servían, aconsejaban y acompañaban a los reyes que creían reinar sobre su país irrestrictamente, y de cuya voluntad dependían, en cierto grado y dentro de determinados límites, el destino, el rango, la manutención, la promoción y el descenso de todos esos hombres, que se encontraban atados a un lugar, mediante coacciones peculiares que ellos y los de fuera ejercían unos sobre otros y sobre sí mismos. Los relacionaba recíprocamente una jerarquía más o menos estricta y una etiqueta precisa. La necesidad de afirmarse o imponerse en medio de tal configuración les otorgaba a todos un carácter particular: exactamente el carácter del cortesano. ¿Cuál era la estructura del campo social en cuyo centro pudo plasmarse tal configuración? ¿Qué distribución de oportunidades de poder, qué necesidades cultivadas socialmente, qué relaciones de dependencia tuvieron como efecto que, en este campo social, durante generaciones, se encontrasen reunidos hombres en esta configuración, como corte, como sociedad cortesana? ¿Qué exigencias resultaban de la estructura de la sociedad cortesana para quienes, dentro de ella, ascendían o simplemente querían afirmarse? Tales son, esbozadas de un modo general, algunas de las preguntas que la forma social de la corte y de la sociedad cortesana presentan al sociólogo.

2. No fue simplemente la libre voluntad de los cortesanos, por cierto, la que vinculó a éstos y los mantuvo unidos en la corte, ni la que, tras a los padres y a las madres, conjuntó de esta manera a los hijos y a las hijas. Tampoco fue la ocurrencia genial de un individuo concreto, digamos, un rey, la que dio forma a esta coexistencia humana. A partir del Renacimiento, la corte fue cobrando cada vez mayor importancia en casi todos los países europeos, y, aun-

que la corte francesa —especialmente la de Luis XIV— fue en alto grado prototipo para la conformación de las cortes europeas de los siglos XVII y XVIII, la "corte" misma de este siglo fue expresión de una completamente determinada constelación social de hombres recíprocamente enlazados que, de ninguna manera, un individuo cualquiera o un solo grupo de individuos había proyectado, querido o intentado, como por ejemplo —para citar algunas otras configuraciones típicas—, la Iglesia, el Estado, la fábrica o la burocracia. Así como no se puede entender, por ejemplo, la estructura de nuestra propia sociedad occidental y las unidades sociales nacionales en las que se divide, sin estudiar el proceso a través del cual un número cada vez mayor de hombres cristalizó en forma de "grandes ciudades", emergidas del campo social, tampoco es posible comprender las épocas anteriores sin hacer inteligible, a partir de la estructura social que les caracterizaba, aquello que, en ésta, engendraba la "corte", aquello que —en otras palabras— impulsó a los hombres de este campo social a reunirse en la configuración de la corte y de la sociedad cortesana, y los mantuvo unidos ininterrumpidamente.

3. Hay en todo campo social, órganos más o menos representativos, más o menos centrales. Por ejemplo, la ciudad —principalmente, la gran ciudad— es uno de los más representativos órganos de nuestra propia sociedad. Constituye con mucho la impronta de nuestro campo social más característica y de mayor acción a distancia; ni siquiera los habitantes de las zonas rurales pueden, a pesar de todas sus resistencias, escapar a sus efectos e influjos. Los tipos humanos decisivos, ejemplares y más influyentes de nuestra sociedad proceden de la ciudad o, al menos, han sufrido su impronta. Así pues, en este sentido los hombres urbanos son representativos de nuestra sociedad. La "corte real" como órgano peculiar en la ciudad tiene —en tanto existe—, en Europa occidental y principalmente en Inglaterra, con toda certeza, todavía un significado representativo que modifica el carácter urbano, pero apenas representa algo, como la ciudad, para el campo social del Occidente actual.

Precisamente una tal significación representativa y central tuvo la corte para la mayor parte de los países de Europa occidental, los siglos XVII y XVIII. En esta época, todavía no se formaba la "ciudad" y era la corte y, en ella, la sociedad cortesana, la impronta

que tenía, con mucho, la mayor acción a distancia. En ciudad era, tal como se decía en el *ancien régime*, "mono" de la corte[1]. Esto es válido, de una manera muy especial, para la corte francesa[2]. Un eco de la posición combativa burguesa contra la corte y los hombres que tenían el cuño de la vida cortesana, como ya se dijo en la introducción, hace aún hoy apartar habitualmente la vista del significado representativo de las cortes y sociedades cortesanas de los siglos anteriores y obstaculiza un estudio de su estructura, hecho sin inquina ni resentimiento, y una observación de su funcionamiento, como si se tratara de un objeto tan alejado de reproches y disculpas, como el "pueblo", la "fábrica", la "horda", el "gremio" o cualquier otra configuración que los hombres forman entre sí.

Característica de esta clase de consideración temperamental de la corte es la visión de Franz Oppenheimer que debe citarse aquí por contener, a su vez, en determinada forma, un juicio típico y muy extendido sobre la corte del *ancien régime*.

> "Las muy esplendorosas y despilfarradoras conductas cortesanas precapitalistas, en especial las de los Estuardos ingleses y los Borbones franceses, pero, en menor grado, también las de las dinastías alemanas y eslavas, estaban ubérrimamente provistas de todos los medios del pingüe bienestar, gracias a la posesión de grandes dominios y a los tributos en natura de los 'campesinos de la Corona' que de allí fluían. Ambicionaban, sin embargo, los medios para satisfacer un gusto refinado y un lujo perverso y tenían, en primer lugar, por consiguiente, interés por atraer al país un fuerte artesanado, y, en segundo lugar, por conseguir dinero que era utilizado para mantener su misma conducta cortesana en su refinada magnificencia, para alimentar a los nobles parásitos que no tenían otra fuente de manutención que sus pensiones, y, no en

[1] Véase, entre otros, a este respecto, *"Tableau du Siècle" par un auteur connu* (Cuadro del siglo por un autor conocido) (Saint-Cyr), Ginebra, 1759, p. 132. "La Ville est, dit-on, le singe de la Cour" (La ciudad es —se dice— el mono de la corte).

[2] "Corte" tiene, según la época a que uno se refiera, un significado cambiante. En lo que sigue, este término así como su adjetivo respectivo "cortesano" denota la corte de los príncipes, según el uso de ese tiempo. Si aquí no se hablara en primer término de Francia, sino de Alemania, se tendría que hacer por supuesto, una reserva característica. En efecto, en Alemania, sobre todo en su parte occidental, las Casas de unos cuantos nobles prominentes, por ejemplo los condes, ostentan a veces, en algunos aspectos, rasgos similares a los cortesanos; y dado que, en Alemania, no se concentró todo el poder en *una* corte principesca, estas formas pequeño-cortesanas que se extienden hasta la corte del próspero noble rural, tienen una importancia social y cultural totalmente distinta a las que poseyeron formas análogas en Francia.

último término, para llevar a cabo guerras interminables en las que la necesidad de la gloria, los intereses familiares dinásticos y las supersticiones confesionales involucraban a los reinos"[3].

Esto es lo esencial de la "corte", como forma social, que Oppenheimer ve en su obra que intenta abarcar la totalidad de las formas sociales. Aparte los campesinos de la Corona que suministraban productos naturales, como el fundamento primario de la corte real de los Borbones[4], no hay, en lo que atañe a Francia, nada efectivamente falso en los datos utilizados, pero la perspectiva de la que se derivan los juicios sobre estos hechos y su valoración encubre completamente el contexto global del que procedían y únicamente desde el cual debe entendérselos.

Max Weber entendió algo más al decir:

> "El 'lujo' en el sentido del rechazo de la orientación racional del uso no es, para el estrato de los señores feudales, "superfluo", sino uno de los medios de su autoafirmación social"[5].

Pero, con esta corta observación, Max Weber únicamente ha señalado uno de los problemas de la corte. Forma parte de las tareas de esta investigación examinar si esta visión es correcta y aproximarse un poco a la solución del problema que en ella se plantea.

4. Se tiende, en primer lugar, a poner de relieve la importancia de aquellos estratos de funciones pertenecientes a épocas pasadas, que influyen en el presente de una manera especial. En este sentido, de ordinario, se pregunta primeramente por las concepciones y configuraciones económicas de la época cortesana, de la que se hablará aquí; y desde esta perspectiva, se la denomina la época del mercantilismo. Se inquiere sobre su conformación estatal y, desde este punto de vista, se la llama la época del absolutismo. Se interroga sobre el modo de su dominio político y su burocracia y, desde este punto de vista, se le denomina una época del patrimonialismo. Todos estos planos son obviamente de integración, especialmente relevantes en nuestra propia sociedad. ¿Sucede realmente que un corte hecho a través de ellos muestre precisamente las líneas estructurales y las formas de integración de esta época pasada? ¿O resulta más bien que hay planos de integración y formas de asociación que decaen y emergen, de tal modo que un plano de integración que para nosotros no tiene particular importancia, constituyó quizá antaño el estrato central más instructivo y, por el contrario, un estrato central en la actualidad fue periférico en el pasado?

Max Weber hace una sección del ***ancien régime*** siguiendo principalmente el plano de la burocracia; y así, para él, se adelanta siempre al fenómeno de la corte el de la burocracia y modo de dominio, el cual llega a manifestarse en los diversos tipos de la burocracia. De esta manera, Max Weber dice factualmente y en detalle muchas cosas que iluminan la estructura del dominio y la sociedad cortesanas, pero la "corte" misma no figura entre los tipos de asociación de los que habla explícitamente[6].

5. Por lo demás, cuando, hoy en día, se enfoca inmediatamente la corte como fenómeno social, por lo general, al investigador de nuestra sociedad le interesa ante todo un aspecto muy determinado: el lujo de la corte, esto es, un fenómeno muy importante y característico por sí mismo, pero con el cual, sin embargo, sólo se pone de manifiesto una diferencia particularmente patente entre la conducta de los cortesanos y el comportamiento social habitual de nuestra época, y no la estructura social de la corte como una totalidad, que es la primera condición para entender el fenómeno peculiar del lujo.

En otras palabras, mientras que, ya hoy, se tiene éxito, a veces y al menos dentro de ciertos límites, al investigar sobre la estructu-

[3] Véase *System der Soziologie* (Sistema de la Sociología), t. III, 2, Jena, 1924, p. 922.

[4] En la época de los primeros Borbones, el ingreso proveniente de los dominios de propiedad rural, comparado con las entradas de otras fuentes, principalmente de los tributos, desempeñaba ya sólo un papel insignificante para la manutención de la Casa real. Considerables porciones de la antigua propiedad rural habían sido enajenadas por los reyes en la época de emergencia y guerra del siglo XVI e incluso ya del XV. Sully y después de éste Richelieu se quejaron de ello con frecuencia. Ambos se esforzaron en vano por volver a comprar las propiedades rústicas del rey. Véase Marion, *Dictionnaire des Institutions du XVIIième et XVIIIième Siècle* (Diccionario de Instituciones de los siglos XVII y XVIII), París, 1923, Art. *Domaine.*

[5] Véase Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga, 1922, p. 750. Su enfoque del problema —y sin duda, no es más que esto— fue más allá del de Th. Veblen, quien tiene el mérito de haber tratado por primera vez, como problema sociológico, cuestiones del consumo de status en su *Theory of the Leisure Class* (Teoría de la clase ociosa).

[6] También en el índice de *Wirtschaft und Gesellschaft*, se encuentra consignado sólo el "derecho cortesano" referido a una época totalmente distinta.

ra, digamos, de una simple tribu, como la de una configuración de hombres con leyes propias, haciendo caso omiso de las propias valoraciones, es aún mucho más difícil el distanciamiento fecundo respecto de las formas sociales, clasificadas como "históricas", que están más cerca de nosotros, porque concretamente la forma hegemónica de la investigación histórica mantiene todavía el prestigio de las valoraciones heterónomas.

No se debe malentender esta constatación. No implica ahora, a su vez, un "reproche", sino que simplemente se sigue de un determinado aspecto de la estructura inmanente del proceso de investigación, en cuyo desarrollo un objeto de estudio —el objeto de que aquí se trata— se descubre a la mirada sólo muy lentamente y a través de inevitables resistencias.

Además, una tal visión no es, por cierto, necesariamente estéril. Por ejemplo, Sombart, para quien el fenómeno de la corte adquiere importancia relacionado con la aparición del capitalismo moderno y, por consiguiente, incluso en su calidad de "centro de lujo", ya formula de un modo inicial y relativamente con la mayor agudeza el problema de la corte en cuanto tal. La sección que él dedica principalmente a las cortes, titulada "Las cortes reales como punto central del desarrollo del lujo"[7], empieza con la siguiente idea:

> "Un importante fenómeno de secuela y, por tanto, también una causa decisiva de las transformaciones que, al concluir la Edad Media, sufren la constitución del Estado y el ejército, es la aparición de mayores cortes reales en el sentido que, hoy en día, damos a la palabra. Los príncipes de la Iglesia han sido, aquí como en tantos otros campos, precursores y modelos de los desarrollos ulteriores. Avignon fue quizá la primera 'corte' moderna, pues en ella, por primera vez, de un modo duradero se encontraron reunidos y dieron la tónica los dos grupos de personas que, en las centurias subsecuentes, formaron lo que se llamó la sociedad cortesana: nobles sin más oficio que el interés de servir a la corte, y bellas mujeres, ***souvent distinguées par les manières et l'esprit,*** que verdaderamente imprimieron su sello en la vida y trajín de la corte.
>
> "... Con las cortes papales competían las restantes cortes principescas de Italia. Pero, sin embargo, para la historia de la corte tuvo decisiva importancia la formación de una corte moderna en Francia, más grande y poderosa, que, por cierto, se convirtió después, desde finales del siglo XVI y durante las dos centurias subsiguientes, en maestro indiscutible en todas las cuestiones que atañían a la vida cortesana."

[7] Sombart, W., *Der Moderne Kapitalismus* (El moderno capitalismo), 5.ª ed. Munich y Leipzig, t.I, 2, pp. 720-21.

Este breve panorama, muy útil también al propósito de este trabajo, señala o por lo menos alude a la significación de la forma social de la corte y a la situación del problema: en un determinado grado de desarrollo de las sociedades europeas, los individuos se encuentran vinculados en forma de cortes y tienen, por ello, un carácter específico. ¿Qué los vinculaba y qué les daba tal impronta?

Esta acuñación de hombres formó parte de los más importantes antecedentes de la dominante hoy en día. Como configuración central de aquel grado de desarrollo que, en un largo ciclo, fue relevado abrupta o paulatinamente por la etapa burguesa-profesional-urbana-industrial, esta sociedad cortesano-aristocrática desplegó un carácter civilizador y cultural que, en parte como herencia, en parte como contraimagen, se introdujo en el de la sociedad burguesa profesional y, de este modo superado, prosiguió desarrollándose. Por consiguiente, a través del esfuerzo por estudiar la estructura de la sociedad cortesana y, en consecuencia, por entender una de las últimas grandes configuraciones no burguesas de Occidente, se abre mediatamente, al mismo tiempo, una puerta para una más amplia intelección de la propia sociedad burguesa-profesional-urbana-industrial.

III. ESTRUCTURAS HABITACIONALES COMO ÍNDICE DE ESTRUCTURAS SOCIALES

1. Lo que llamamos "corte" del *ancien régime* primariamente no es más que la casa y la economía doméstica —extraordinariamente amplificadas— de los reyes franceses y sus allegados, junto con todos aquellos que, en un sentido más o menos estricto, pertenecen a ella. Se puede encontrar, bajo el rubro característico de *Maisons Royales*, los gastos de la corte, de esa enorme economía doméstica de los reyes, en la lista de egresos generales de todo el reino francés[1]. Es importante, para ver la línea de desarrollo, tener presente desde el principio el proceso que conduce a esta conformación de la casa real. Esta corte del *ancien régime* es un derivado muy diferenciado de aquella forma de dominio patriarcal "cuyo núcleo hay que buscar en la autoridad de un jefe de familia dentro de una comunidad doméstica"[2].

El gobierno de los reyes como jefes de familia en medio de su corte tiene su correlato en el carácter patrimonial del Estado cortesano, esto es, del Estado cuyo órgano central lo constituye la casa real en sentido amplio, es decir, la "corte".

> "Cuando el príncipe —dice Max Weber[3]— asimismo organiza... su poder político por principio, como el ejercicio de su autoridad doméstica, hablamos de una forma patrimonial-estatal. La mayor parte de los grandes reinos del Continente han ostentado, hasta comienzos de la Edad Moderna y todavía durante ésta, un carácter patrimonial bastante acusado.
>
> "Por las necesidades económicas meramente personales y principalmente privadas del señor, se ha dividido originalmente la administración patrimonial. El logro de un dominio político, esto es, el dominio de un jefe de familia sobre otros[4] que no estaban sometidos a su autoridad doméstica, implica, pues, la anexión de relaciones de dominio a la autoridad doméstica, que, desde el punto de vista sociológico, son diversas solamente por el grado y el contenido, pero no por la estructura."

[1] Forbonnais, B., *Recherches et considérations sur les finances de France* (Investigaciones y consideraciones sobre las finanzas de Francia), 6 vols., Lieja, 1758, donde se reimprimen muchos de estos presupuestos.

[2] Weber, M. *Wirtschaft und Gesellschaft*, p. 679.

[3] *Ibíd.*, p. 684.

[4] En conformidad con esta formulación de Max Weber, aunque quizá generalizándola demasiado, dice, por ejemplo, M. v. Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert* (Francia, el siglo XVIII) Berlín o. D., p. 46: "Todo francés veía en su rey al jefe de su propia familia... Entre la nobleza y la alta burocracia, no debía contraerse ningún matrimonio sin la aprobación previa del rey. Omitir este paso hubiera significado tanto como hacerse culpable de rebeldía. El rey podía incluso concertar matrimonios sin el consentimiento de los padres y aun contra su voluntad. Su deseo bastaba en tales casos para imposibilitar cualquier resistencia". Poco antes de la Revolución, Rétif de la Bretonne escribía: "Todos consideran al rey como una relación totalmente personal". Véase también La Bruyère, *Les Charactères, Du souverain ou de la république* (Los caracteres, del soberano o de la república): "Llamar a un rey 'padre del pueblo' es menos hacer su elogio que denominarlo por su nombre o definirlo". Gobierna bien aquel rey "que hace de una corte y aun de todo un reino, una sola familia perfectamente unida bajo un mismo jefe".

También desde esta perspectiva se debe entender que anteriormente se haya designado la corte como "órgano representativo" en el campo social del *ancien régime*. El dominio del rey sobre el país no era más que una segregación y anexión al dominio del príncipe sobre su casa y corte. Lo que Luis XIV, al mismo tiempo punto culminante y punto de inflexión de este desarrollo, emprendió era, en consecuencia, el intento de organizar su país como su propiedad personal y como ampliación de su corte. Esto puede entenderse únicamente si se tiene en cuenta que, para él —y especialmente quizá más para él que para los reyes que lucharon todavía contra sus enemigos, a la cabeza de su ejército— la corte representó siempre el campo de acción primario e inmediato, mientras que el país sólo constituía uno mediato y secundario.

Todo lo que venía de las amplias posesiones reales, del reino, tenía que pasar por el filtro de la corte, antes de que pudiera llegar al rey; todo debía censurarlo la corte, antes de que, de parte del rey, llegara al país. Hasta el más absoluto de los monarcas actuaba sobre su país a través de la mediación de los hombres que vivían en la corte. Así se erigió ésta en el lugar de origen de la experiencia total, de la concepción del hombre y del mundo propia de los reyes absolutos del *ancien régime*. De este modo, la sociología de la corte es simultáneamente una sociología de la realeza.

Por supuesto, este campo de acción primario de los reyes —la corte— no dejó, comprensiblemente, de verse afectado por la ampliación paulatina y la dimensión creciente del ámbito de dominio real. La necesidad que tenía el jefe de familia real, al final de este desarrollo, de reinar sobre todo un gran país, desde su casa y a través de ella, tuvo naturalmente un efecto modificador sobre esa

misma corte, sobre la misma *Maison du Roi*[5]. El producto muy visible de esta causalidad recíproca entre la dimensión del país y la corte real es el castillo, es la corte de Versalles, dentro de la cual las acciones más personales del rey tenían el carácter ceremonial de acciones de Estado, mientras que, fuera de ella, toda acción de Estado adquiría el carácter de una acción personal de los reyes.

2. No todas las unidades sociales o formas de integración de los hombres son, al mismo tiempo, unidades de vivienda. No obstante, todas pueden ser caracterizadas mediante determinados tipos de conformación del espacio. No cabe la menor duda de que son siempre unidades de *hombres* que mutuamente se relacionan y entrelazan; y si bien no puede ciertamente expresarse nunca lo último y esencial de este modo o tipo de relaciones, mediante categorías espaciales, se las puede, no obstante, formular mediante estas categorías, pues todo tipo de "coexistencia" de hombres corresponde a una determinada conformación del espacio, donde los respectivos hombres, si no juntos, al menos en unidades parciales, conviven o pueden convivir efectivamente. Así pues, la expresión de una unidad social en el espacio, el tipo de su conformación del espacio es la representación de su especificidad palpable y —en sentido literal— visible. En este sentido, por tanto, el tipo de vivienda de los cortesanos permite también un acceso seguro y muy gráfico para la comprensión de ciertas relaciones sociales, características de la sociedad cortesana.

Es, en primer lugar, distintivo del tipo de vivienda de los cortesanos que todos, o al menos una parte importante de ellos, dispusieran simultáneamente de un alojamiento en la casa del rey, en el palacio de Versalles, y de una casa habitación, esto es, de un *hôtel*, en la ciudad de París. En este contexto, puede prescindirse de las casas de campo que, en general, ellos poseían además.

[5] Para dar ya aquí una vista de conjunto sobre este desarrollo del que deberemos hablar todavía con mayor exactitud, citemos un artículo de Marmontel (Enciclopedia, Art. *Grands*), que la resume así: "Francia formó antaño un gobierno muy mal combinado e incesantemente en guerra consigo mismo. Desde Luis XI, todos estos co-estados habían sido reunidos en uno solo. Pero los grandes vasallos conservaban todavía en sus dominios la autoridad que habían tenido bajo sus primeros soberanos, y los gobernadores que habían tomado el lugar de esos soberanos se atribuyeron el poder de los mismos. Ambos partidos oponían a la autoridad del monarca obstáculos que era necesario vencer; el medio más suave y, por consiguiente, el más sabio era atraer a la corte a aquellos que, estando lejos... y en medio de pueblos acostumbrados a obedecerlos, se habían vuelto tan temibles".

No se puede considerar aisladamente el palacio de Versalles, auténtica casa de la corte francesa, como residencia del noble cortesano y del rey mismo, y entenderlo. Constituye el fenómeno principal de una sociedad jerárquicamente dividida en todas sus expresiones. Se debe mirar cómo vive en su casa el noble cortesano para comprender cómo habita el rey y el aristócrata en la casa de aquél. Las casas urbanas del noble —*hôtels*— manifiestan primeramente de un modo relativamente claro y simple, las necesidades en la vivienda, sociológicamente relevantes, que tenía esa sociedad, las cuales, multiplicadas, imbricadas y complicadas por las especiales funciones de dominio y representación de los reyes, determinaban, al mismo tiempo, la forma del palacio real que debe cobijar a la sociedad, como un todo.

3. El edificio que el aristócrata cortesano del *ancien régime* habitaba se denominó, según el rango de su poseedor y, en correspondencia con éste, según su tamaño, *hôtel* o *palais*. La Enciclopedia[6] reproduce el plano de tal *hôtel*[7]. Sus explicaciones suplementarias y los artículos respectivos completan la imagen adquirida de las funciones de cada uno de sus espacios y partes. ¿Qué hay aquí de relevante desde el punto de vista sociológico?

Tiene uno delante una edificación cuyas partes se agrupan alrededor de un patio rectangular. Hacia la calle, la parte angosta del patio está formada por un peristilo cerrado hacia fuera, en cuya mitad, un amplio porche sirve de entrada tanto como de acceso para las carrozas. A derecha e izquierda, a lo largo de las dos alas del edificio, el peristilo continúa hasta la construcción central situada en la parte angosta opuesta, de tal suerte que, desde la entrada, se pueda llegar a ella sin mojarse. Esta edificación central, detrás y junto a la cual se extiende el inmenso jardín, cobija los salones de sociedad; la sección anexa de ambas alas incluye los *appartements privés*. En su parte trasera hay, a cada lado, un jardincillo de flores, separado del gran jardín, el de la derecha, por una

[6] Diderot y D'Alembert, *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences* (Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias). Será citado aquí en lo sucesivo según la edición de Ginebra de 1777 y ss.

[7] Enc. Colección de Estampas, t. 2, sección *Architecture*, tabla 23. El plano copiado allí procede de Blondel, arquitecto del rey. Es cierto que no todos los *hôtels* del siglo XVIII correspondieron en detalle a este plano, pero, sin embargo, un plano considerado ejemplar nos es útil por cuanto nos muestra la manera cómo un experimentado arquitecto representa la solución arquitectónica óptima de tales necesidades de vivienda.

enorme galería, el de la izquierda, por los cuartos de baño y sanitarios. En las partes del ala que están más cerca de la calle finalmente, han sido colocados los establos, las cocinas, las habitaciones de la servidumbre y los depósitos. Se agrupan a derecha e izquierda alrededor de un patio más pequeño, llamado *basse-cour,* que se encuentra separado por un sector de construcciones de los jardincitos de flores situados delante de las ventanas de los *appartements privés.* La vida de los *domestiques* se desenvuelve en el ámbito de estos pequeños patios, donde se ejecuta parte del trabajo culinario y donde, entre los establos, se coloca los carruajes de las visitas, después de que sus propietarios han descendido en el gran patio ante la escalera del edificio central.

Se trata, como es evidente, de un tipo de vivienda urbana de índole peculiar, que los cortesanos han creado en sus *hôtels.* Son, sin duda, casas urbanas, aunque, sin embargo, todavía se siente en su construcción la relación con la residencia del terrateniente. La finca existe todavía, pero de sus funciones sólo conserva la de representación y camino de promoción. Los establos, los graneros y las habitaciones de los criados están todavía allí, pero se han adherido a la casa señorial, y de la naturaleza circundante sólo han quedado los jardines.

Esta relación de los *hôtels* con el tipo de la finca rural señorial[8] tiene importancia como síntoma. No cabe duda que los cortesanos son habitantes urbanos, y la vida en la ciudad les ha dado, hasta cierto punto, su impronta. Pero su vinculación con la ciudad es menos firme que la de los burgueses con una profesión. La mayoría de ellos posee todavía una o varias fincas, de las cuales reciben habitualmente no sólo su nombre, sino una buena parte de sus ingresos, y ocasionalmente se retiran a ellas.

Su sociedad es siempre la misma, pero el lugar cambia; a veces viven en París, a veces parten con el rey a Versalles, a Marly, o algún otro de sus palacios; a veces fijan su domicilio en uno de sus propios castillos rurales, o se hospedan en la finca de uno de sus amigos. Esta peculiar situación —una firme vinculación con su sociedad, que constituye para ellos su auténtica patria, mientras que el lugar donde estén es relativamente intercambiable— determinó, no en último término, su carácter y las características de sus casas.

[8] Jombert, S., *Architecture moderne* (Arquitectura moderna), París, 1728, pp. 43 y ss.

Como se discutirá en seguida, todo en ellas remite a la íntima vinculación con esa sociedad y apenas algo de las mismas hace referencia a una relación funcional con la ciudad, si se exceptúa quizá el hecho de que diversos conjuntos se amontonan para formar *un* todo. Apenas se requería crear otra cosa, cuando se erigía esta casa en el campo. Sus propietarios están imbricados en el sistema de la ciudad, exclusivamente como consumidores, si se prescinde de su imbricación en la sociedad cortesana de París. Este consumo, si la servidumbre es suficiente, puede obtenerse de ordinario, en el campo, con casi igual calidad. De todas maneras, el elevado consumo suntuario remite a la ciudad.

4. El hecho de que el lugar de residencia fuera relativamente intercambiable dependía íntimamente, como es natural, de la posibilidad que tenían estas damas y señores de disponer de un numeroso personal de servicio. La condición de esta movilidad, específica y limitada, la constituía esta capacidad de disponer de muchos servidores, desde el mayordomo y los *maîtres d'hôtel* a quienes competía la administración de los ingresos, el cuidado del orden y comodidad de la casa, la vigilancia sobre el resto del personal, hasta los cocheros y lacayos que realizaban el transporte; con ello, los cortesanos quedaban libres para ejecutar las tareas, de ninguna manera fáciles, que les imponía la vida en la corte frecuentemente ambulante y en medio de la sociedad cortesana.

Los mismos cortesanos no hablan mucho de esas manos que los sostienen. Hasta cierto punto, los criados viven tras las bambalinas delante de las cuales se desarrolla el gran espectáculo de la vida cortesana; así pues, se hablará poco de ellos en lo que sigue. Pero aquí, al considerar la casa en la que habita el noble cortesano, se puede y debe echar primero una ojeada tras las bambalinas.

En la observación de la vida y el trajín en torno a ambas *basses-cours*[9] se aprecia una riqueza de personal, una diferenciación de

[9] "Se llama *basse-cour* en un edificio construido en la ciudad, a un patio separado del principal, alrededor del cual se levantan construcciones destinadas a cocheras, establos, o en los cuales se coloca las cocinas, talleres, excusados, etc. Las *basses-cours* deben tener pasillos de acceso por el exterior, para que el servicio de sus dependencias pueda hacerse cómodamente y *sin ser visto desde los apartamentos de los amos y del patio principal*" (subrayado del autor), Enc. Art. *basse-cour.* Mientras que en aquellas capas y formas de sociedad donde la mujer de la casa tiene la función de ama de casa, o donde los amos desean controlar en cierto modo y vigilar a la servidumbre, los cuartos de servicio están dispuestos de tal manera que no sea demasiado difícil una vigilancia constante;

los servicios, que son características de las pretensiones y formación del gusto, tanto como de la cultura doméstica de esta sociedad. Allí está el mayordomo[10] que sirve en todo a los señores. Está el *maître d'hôtel* que vigila al personal y avisa, por ejemplo, que la comida está servida. Para mencionar un ejemplo característico, allí se encuentra no sólo una enorme cocina, un *garde-manger* más pequeño donde se guarda la carne de postre que fácilmente se corrompe, en especial las aves[11], sino además un *office* con horno y utensilios peculiares del que se encarga un *chef d'office* —que hay que diferenciar, por cierto, del *chef de cuisine*—, donde se preparan, entre otras cosas, las compotas, las confituras y los pasteles; al lado, se encuentra otro horno de calor especialmente suave para hacer bizcochos, *gateaux* y similares pastas secas; anexos a estas instalaciones, se localiza un *laboratoire d'office*, donde se fabrica el hielo, y, como dice la Enciclopedia[12], *"des autres ouvrages qui donneroient de l'humidité dans les pièces précédentes"*. Hay además un cuarto que puede cerrarse muy bien —*office paré*—, donde se guardan los objetos de plata, bajo la vigilancia del *officier d'office* que se encarga asimismo de inspeccionar que la mesa esté bien puesta. Pero, a veces, desayuna aquí el señor de la casa con sus amigos.

No es tampoco, bajo ulteriores puntos de vista, totalmente irrelevante tener en claro, mediante un ejemplo, la diferenciación de aquello que concisamente se denominaba *la bouche*, a saber, lo que concernía al comer y beber. Para ello, en efecto, había uno o dos cuartos en la casa de un *grandseigneur*, mientras que, en la *Maison du Roi*, se destinaba todo un departamento que constaba,

aquí, como es patente, la separación relativa de los cuartos de servicio, sobre todo de la cocina respecto de las habitaciones de los amos, es expresión típica del hecho de que los amos quieren tener que ver lo menos posible con las cosas que pasan tras bambalinas. La dama cortesana no es un ama de casa. Testimonio de ello es que los cuartos de cocina están completamente fuera de su ámbito de vigilancia. Un ejemplo contrario nos permitirá ver con mayor claridad este hecho. Un escritor del siglo XVI (Olivier de Serres; *Théâtre d'agriculture* (Teatro de agricultura), c. 5: diseño del edificio rústico, t. I, p. 21) describe la disposición de una casa nobiliaria en el campo del siguiente modo: "Vuestra cocina estará colocada en la primera planta de la casa, en el plano y cerca de vuestro salón que dará acceso a vuestra recámara; de esta manera los que están en la cocina, se *inhibirán* por la cercanía del salón y la recámara donde os encontráis con frecuencia, y *serán reprimidos los gritos, las perezas, las blasfemias y raterías de los sirvientes y sirvientas*".

[10] Véase Apéndice II.

[11] Véase Enc. Art. *Garde-manger*.

[12] Enc. Art. *Office*.

por ejemplo, de la *fruterie*, donde se preparaba toda clase de frutas para la mesa real; de la *sommellerie*, o de la *paneterie*, donde se guardaba, custodiaba y distribuía el pan y el vino, y cuya dirección constituía un oficio cortesano muy apreciado y bien pagado. Así casi todo lo que se encuentra a lo grande en la casa del rey, se repite en pequeño asimismo en la casa del *grandseigneur*. Un pequeño cuarto cerca de la entrada, por un lado, y por otro, de los establos, y cobertizo de carruajes, constituye el *logement du suisse*[13]; aunque naturalmente no siempre habrán sido suizos auténticos a quienes el aristócrata particular confiaba la vigilancia de su casa. Con bastante frecuencia, se contentaban ciertamente con poner lacayos con el uniforme de los suizos[14].

5. Mientras los cuartos para las instalaciones domésticas, tal como acaba de describirse, así como para los sirvientes que se ocupaban de ellas, estaban cuidadosamente separados de la vivienda de los señores y de los salones de sociedad, la estructura de la sociedad cortesana, basada en una capa amplia de sirvientes, encuentra asimismo inmediata expresión en la misma disposición de las habitaciones de los amos. Desde la entrada, el pasillo conduce a cada uno de los salones de reunión o de las habitaciones, a través de una o varias antecámaras. Se sitúan antes del dormitorio del señor y la señora de la casa, antes del dormitorio de ostentación, así como antes de la *salle de compagnie*. Este espacio, la antecámara, es precisamente un símbolo de la sociedad cortesana del *ancien régime*. Aquí los lacayos, con librea o sin ella, y los sirvientes aguardan en continua disposición de servicio las órdenes del amo. Apenas si hay algo más característico de la actitud de éste hacia su servidumbre que una observación que abarca casi la mitad del corto artículo dedicado por la Enciclopedia a la antecámara:

> "Dado que la primera antecámara está destinada a los lacayos de librea, rara vez se usa en ella la chimenea. Se conforman con colocar delante estufas que protegen todas las partes del aparta-

[13] Rebuscando, se encuentra a veces, por supuesto, la mención de algunos criados, aun en alguna nota marginal de las bellas letras. El suizo como guardia, quien, según las órdenes recibidas, admite o rechaza a los invitados, es, por ejemplo, mencionado varias veces en Lauzun, *Pariser Gespräche*, en Blei, *Geist der Rokoko* (Diálogos parisienses, en Blei, Espíritu Rococó), Munich, 1923, pp. 51 y 52.

[14] Véase sobre esto Schulz, A., *Das häusliche Leben der europäischen Völker* (La vida doméstica de los pueblos europeos), Munich y Berlín, 1903, p. 60.

mento, del aire frío que trae consigo el que continuamente estén abiertas las puertas de acceso a las habitaciones de los amos."

Al leer algo así, no debe olvidarse que, para la tropa escogida de los aristócratas, para el *monde* del siglo XVIII, la idea según la cual, en cierto sentido, todos los hombres son "iguales", a pesar de las diferencias de rango, era totalmente extraña. La Enciclopedia, que se aproximaba ya considerablemente a tal pensamiento, pone, sin embargo, de relieve, en su artículo *domestique*, que ya no hay esclavos en Francia, y que tampoco debe considerarse a los sirvientes como esclavos, sino como "hombres libres".

Pero aun ella justifica todavía, por ejemplo, la ley vigente según la cual el robo doméstico era castigado con la pena de muerte[15]. En otras palabras, justifica desde un punto de vista racional lo que, desde la perspectiva de los *grandseigneurs*, fuera de toda fundamentación racional, era una consecuencia de la indiscutible fe en la desigualdad de las capas sociales. Tal fe no necesitaba, de ninguna manera, expresarse en malos tratos a los criados; podía incluso manifestarse en una especie de familiaridad respecto de sirvientes concretos. Pero lo que en ella siempre estuvo presente fue la insalvable distancia, el sentimiento profundamente arraigado de que, en esos hombres y mujeres que, en ejército más o menos numeroso, llenaba la casa y cuya presencia constante confería a la situación de los cortesanos una forma y atmósfera distintas a las nuestras, tenía que vérselas con una raza de hombres extraños, con hombres del "pueblo llano"; la Enciclopedia misma emplea este término. Y la disposición de los espacios que prevé ante cada habitación de los amos, al menos una antecámara, es, por consiguiente, una expresión de la ***simultaneidad de constante cercanía espacial y permanente distancia social, de contacto íntimo en una capa y distanciamiento estricto en otra***[16].

Este peculiar modo de relación vuelve a encontrarse, entonces, por supuesto, modificado de una cierta manera que debe definirse más precisamente, en otro grado de la jerarquía social, en la casa del rey. Pero aquí, los *grandseigneurs* y las *grandes dames* que, como amos en el grado anterior, envían a los inferiores a la antecámara, son ahora, a su vez, servidores en la antecámara, atentos a la señal de su amo, el rey.

6. Como se ha visto, en cada una de ambas alas del *hôtel*, hay un *appartement privé*, adosado a las partes del ala que están delante de las *basses-cours:* uno de ellos es del señor de la casa, el otro de la señora. Uno está a la izquierda, el otro, a la derecha del gran patio. La construcción de ambos es casi totalmente igual. Un dormitorio está situado exactamente frente al otro, pero separado por toda la anchura del patio. Y sus habitantes no se ven, digamos, por la ventana, pues el frente de las ventanas, en ambos dormitorios, está orientado hacia los jardines de flores, que están detrás, para evitar, según opinión de la Enciclopedia[17], el ruido de los carruajes que frecuentemente llegan y salen. El señor y la señora tienen adosado a su dormitorio su propio gabinete, en el cual, durante o des-

[15] "El hurto doméstico es castigado más severamente que ningún otro, porque encierra un abuso horrible de confianza y porque los amos se ven obligados a dejar muchas cosas entre las manos de los criados". Por lo demás, Voltaire, en un libro publicado más tarde, *Prix de la justice et de l'humanité* (Precio de la justicia y humanidad), 1777, se desató en violentos improperios contra la barbarie de matar hombres eventualmente por causa de una pequeñez, sólo porque se trataba de un robo doméstico. A dónde conduce, por otra parte, tal menosprecio existencial de los "criados", aun en el reducido círculo de Voltaire, lo muestra con especial transparencia un suceso que narra en sus memorias su secretario Longchamp, anteriormente camarero de la marquesa de Châtelet: la marquesa se mostró, en el baño, desnuda ante él, de tal modo que lo sumió en la máxima confusión, mientras ella, despreocupada, le reprendía porque él no mezclaba correctamente el agua caliente. Brandes, quien cita este pasaje de las memorias en su libro sobre Voltaire (versión alemana, Berlín o. D., t. I, pp. 340-41), comenta a este respecto: "No le molesta dejarse ver desnuda por un lacayo; no lo consideraba como a un hombre respecto de sí misma, como mujer". En este contexto, encuentra su explicación un aspecto muy determinado de la conducta del cortesano. El disponer continuamente sobre una capa de hombres cuyos pensamientos son totalmente indiferentes para la capa de los señores, trae consigo que los hombres de esta última capa se muestren desnudos ante otros hombres, por ejemplo, al vestirse o desvestirse, en el baño y aun en otras actividades más íntimas, de una manera, sin comparación, más despreocupada que lo que es posible en una sociedad que no tenga esa amplia infraestructura de sirvientes. De esta manera se presenta el noble ante su servidumbre y el rey, ante la nobleza.

[16] Si había una segunda antecámara ante las habitaciones de los señores, estaba destinada para los hombres *au dessus du commun* (véase Enc. Art. *Domestique*), "sobre el pueblo llano", esto es, sobre los sirvientes. Pero no hay que entender aquí que los hombres por encima del pueblo llano son, digamos, los huéspedes que tienen el mismo o similar rango social a los señores de la casa; a los miembros del círculo de trato de los señores se les conduce, cuando se trata de las habitaciones privadas de los amos, al dormitorio mismo, o a un gabinete situado entre la antecámara y el dormitorio, si se trata de los salones de sociedad, y en general, al salón contiguo a la antecámara. En cambio, todo lo que se reúne delante del dormitorio de un rico señor en su antecámara y en ambas habitaciones, por cierto según su rango social, parte en una y parte en otra, lo pone de manifiesto entre otras, una descripción tomada de la vida de Mme. d'Epinay (Thirion, *La vie privée des financiers* —La vida privada de los financieros—, 1895, p. 306).

[17] Enc. Art. *Appartement*, p. 49.

pués del aseo, pueden recibir visitas; ambos tienen su antecámara anexa y, por supuesto, un cuarto que sirve de guardarropa.

Apenas se puede caracterizar la posición del hombre y la mujer en esta sociedad más clara y concisamente que remitiendo a esta disposición de sus apartamentos privados idéntica, pero completamente separada. Se topa uno aquí con una forma de matrimonio y familia que quizá mereciera mayor atención en las teorías sociológicas sobre la familia.

"¿Cómo vive ella con su marido?", pregunta el nuevo sirviente a la doncella de la señora[18]. "¡Oh, por ahora muy bien!", es la respuesta. "El es un poco pedante, pero es orgulloso; ella tiene muchísimos amigos; no asisten a las mismas reuniones, se ven rara vez y conviven con mucha decencia."

Este es naturalmente un caso individual; ni todo hombre de esta sociedad es pedante y orgulloso, ni toda dama tiene muchos amigos. No obstante, aquí aparece también, al mismo tiempo, algo completamente típico de la estructura de esa sociedad: tiene un espacio tan amplio, que el hombre y la mujer pueden frecuentar diversos círculos. El campo de acción para una vida personal de los cónyuges es, ya a partir de esto, aunque, por cierto, no sólo a partir de esto, completamente distinto del de una sociedad más limitada en el espacio.

Por otro lado, la decencia, la convención y los deberes de representación exigen ciertos contactos entre los cónyuges. Este mínimum de contactos que la sociedad exige constituye, en determinados aspectos, limitaciones de la vida personal de ambos cónyuges. En qué dirección se encamina lo que el *grandseigneur* debe reclamar de su esposa, queda de manifiesto, por ejemplo, cuando el señor, del cual habla la camarera en la cita que acaba de hacerse, llega, avanzada la mañana, al apartamento de su mujer que aún duerme, y ordena a la doncella que le dé el siguiente mensaje: "Dígale usted que estamos ocho días de luto por Mme. de Saucourt y que si ella quisiera visitar a mi madre, que está enferma. Voy a Versalles y volveré mañana o pasado mañana."

El deber frente a la sociedad —y de éste forma parte también la visita a la suegra enferma—, en un sentido más amplio, el mantener la apariencia y la honra de la "casa" quedó rezagado como algo

[18] Duc de Lauzun, *Pariser Gespräche*, citado en Blei, *Geist des Rokoko*, Munich, 1923.

común, cuando otras solidaridades individuales se perdieron, y cuando la deficiente inclinación recíproca de los cónyuges les permitió hacer uso del campo de acción de su libertad[19].

La relación entre hombre y mujer, legitimada públicamente, encuentra en la sociedad profesional-burguesa, su expresión en la formación y en el concepto de "familia". En la sociedad de los grandes señores del *ancien régime*, se expresa en el concepto de "casa". No sólo se habla de la "Casa de Francia" para señalar la unidad de la familia real a través de las generaciones, sino que asimismo cada *grandseigneur* habla de su "casa". En el uso lingüístico del *ancien régime*, el concepto de "familia" se limita más o menos a la alta burguesía, el de "casa" al rey y a la alta aristocracia. La Enciclopedia constata explícitamente, aunque, desde luego, con una crítica violenta, esta diferencia en el uso lingüístico de las diversas capas[20]. No se trata aquí, como es evidente, sólo de una *façon de parler*, sino que detrás de este uso lingüístico se esconde una realidad, una diferencia verdadera en la estructura y conformación de las relaciones entre los sexos, socialmente legitimadas, en la alta aristocracia y en la alta burguesía profesional[21]. En este contexto, no se puede entrar en más detalles. Debe bastar con mencionar que el matrimonio cortesano-aristocrático no está, en efecto, de ninguna manera, orientado a lo que, en la sociedad burguesa, se acostumbra llamar "vida de familia", sino que lo que importa, de hecho, al contraer matrimonio en este círculo, es una "presentación" que corresponde al rango del hombre y aumenta, a ser posible, su prestigio y sus relaciones, y una "continuación" de su casa; lo que importa es incrementar el rango y el prestigio de los contrayentes, como representantes de esa casa, o, al menos afirmarlos. Por lo tanto, debe entenderse, en este contexto, las relaciones entre el señor y la señora de la casa, entre el *grandseigneur* cortesano y su mujer. Lo que controla la sociedad es, en primer lugar, la relación de ambos seres humanos, como representantes de su casa, respecto del exterior; por lo demás, pueden amarse

[19] Véase Enc. Art. *Mariage* (derecho natural), donde se dice explícitamente respecto de la mujer que, por el matrimonio, pertenece "a la libertad".

[20] Véase Enc. Art. *Famille, maison*.

[21] Aquí hay que reconocer que aquella trascendió a ésta hasta cierto punto, de tal modo que el límite en el uso de los conceptos *maison* y *famille* a través del *ancien régime* no coincide sin más con los límites mencionados entre el tipo real del matrimonio señorial en el sentido de "casa" y el burgués en el sentido de una vida familiar estrecha e íntima.

o no, guardarse o no fidelidad, su relación puede ser tan pobre en comunicación cuanto lo permita la obligación que tienen de una representación común. A este respecto, el control social es indiferente y débil. La disposición descrita de los apartamentos privados de los señores constituye, en cierto grado, la solución óptima de las necesidades de vivienda que corresponden a este tipo cortesano de matrimonio —difícilmente puede emplearse el concepto burgués de "familia".

7. Cuando se pasa revista intelectual del campo doméstico de los grandes señores y señoras del *ancien régime,* se percibe, simultáneamente, desde cierta perspectiva, en su estructura, la de una red de relaciones en la que se encuentran imbricados. Se descubre la índole peculiar de su relación con el personal de servicio, expresada en la separación de los cuartos alrededor de las *bassescours,* y de la antecámara. Se averigua la auténtica relación entre hombre y mujer, manifestada en el distanciamiento característico de sus *appartements privés.* Y finalmente se pone de relieve la manera en que se entrelazan con la sociedad o *society,* representada, en cierto modo, por la disposición de los salones de sociedad. El hecho de que éstos ocupen la parte principal y central de la representativa planta baja y, además, un espacio mayor que el de ambos apartamentos privados juntos es, en sí mismo, un símbolo de la importancia que la relación con su sociedad tiene en la vida de estos hombres. El punto de gravedad de su existencia está localizado aquí.

Los salones de sociedad están divididos en dos partes. En su centro, está en general, abarcando la altura de la segunda planta y, con frecuencia, adornado con columnas corintias, el gran salón, el centro de la sociabilidad cortesano-aristocrática. El huésped desciende de su carruaje ante la escalinata del edificio principal, atraviesa un gran vestíbulo rectangular y de allí pasa al enorme salón redondo. A un lado de éste se encuentran, accesibles desde el vestíbulo por una entrada propia, los cuartos del *appartament de société,* la antecámara y el guardarropa; después sigue una *salle de compagnie,* un salón oval más pequeño e íntimo, un comedor cerca del cual está el *büffet,* etc. Al otro lado del gran salón, se sitúa el *appartement de parade* al que pertenecen un salón más pequeño y un gabinete; después una inmensa galería, adosada a un salón, que, mucho más allá del ala anexa, separa el enorme jardín de los jardincitos de flores. El *appartement de parade* tiene asimismo dormitorios con todos sus accesorios.

La división en dos partes de los salones de sociedad tiene un sentido social determinado. El *appartement de société* está destinado para el círculo más íntimo de trato del señor y, sobre todo, naturalmente, de la señora. Ellos reciben aquí, de ordinario por la tarde, a la gente que viene a hacerles compañía. Aquí, en estas habitaciones que no están dispuestas primariamente para la representación, sino más bien para la comodidad, aquella sociabilidad algo más íntima y no demasiado encadenada a las consideraciones de la etiqueta tiene su lugar; se la conoce por la historia del siglo XVIII, como compañía de salón.

El *appartement de parade,* por el contrario, es el símbolo de aquella posición propiamente pública que los grandes del *ancien régime* ocupan, aun cuando no gocen de ningún cargo público. Aquí reciben, regularmente al terminar la mañana, las visitas oficiales de hombres de igual o más elevada categoría; aquí tratan de todos aquellos asuntos de la vida cortesana, que los relacionan con hombres de la sociedad cortesana, fuera de su círculo más íntimo; aquí reciben visitas como representantes de su "casa". El dormitorio de ostentación con su antecámara propia y su gabinete sirve además para alojar a huéspedes de alto rango que deben ser especialmente honrados; pero aquí también, sobre el *lit de parade,* la dama como representante de la "casa" recibe las visitas oficiales, en ocasiones especiales, por ejemplo, después de un parto. Y esta inclusión de muchos aspectos de la vida, que nosotros consideramos privados, en el ámbito de la vida social pública, como se muestra aquí, igual que en muchos otros puntos, es muy típica de la estructura de la vida de estos hombres. Gracias a ella, entendemos perfectamente la diferenciación de los salones de sociedad en un *appartement de société* y en un *appartement de parade.* El alto rango y el deber de representación que de él se desprende otorga, en ciertos casos, al trato social —a la visita, por ejemplo— una seriedad y un valor en la vida de estos hombres sin profesión, que, en la sociedad profesional-burguesa, sólo poseen visitas de negocios o profesionales de determinada índole, y apenas las "visitas privadas". Las visitas profesionales de las capas burguesas —y en éstas se incluyen naturalmente aquellas "visitas privadas" que sirven indirectamente a fines profesionales— derivan su carácter de su relación con la adquisición de oportunidades monetarias, con la

carrera, con el mantener y elevar la posición socioprofesional. La diferenciación de los salones cortesanos de sociedad en un apartamento para el trato social relativamente más familiar y en otro para el trato social oficial constituye, hasta cierto punto, una analogía dentro de la sociedad señorial con la distinción de los espacios para el trato privado y para el ejercicio de la profesión, dentro de la sociedad profesional. En esta diferenciación se hace perceptible, de un modo totalmente directo, un hecho del que se hablará todavía repetidas veces y con mayor precisión: cuando se compara la estructura social de la vida de los cortesanos del *ancien régime* con la de la vida profesional burguesa y su clasificación, toda la vida cortesana se subsume bajo la categoría de "esfera privada". Pero este tipo de determinación da por resultado una imagen distorsionada. Puesto que los aristócratas cortesanos no tienen una vida profesional en nuestro sentido, no puede aplicarse en absoluto la distinción entre vida profesional y vida privada. Sin embargo, la necesidad de la autoafirmación social o asimismo el esfuerzo por elevar su rango y dignidad que urgía a estos hombres, les imponía deberes no menos estrictos y los sometía a coacciones no menos fuertes que la vida profesional a los hombres actuales, por razón de tendencias análogas.

Así pues, el trato social en la corte y en la sociedad cortesana tiene un doble aspecto peculiar: por una parte, tiene la función de nuestra vida privada: dar recreo, placer, entretenimiento; por otra, posee la función de nuestra vida profesional: ser instrumento directo para hacer carrera y autoafirmarse, medio de promoción y regresión, cumplimiento, sentido como deber, de las exigencias y coacciones sociales. En una organización, tal vez esté más acentuado esto; en otra, aquello; puede omitirse aquel aspecto, antes que éste. Dicho doble aspecto llega a expresarse en la diferenciación de los salones sociales. En las reuniones tenidas en el *appartement de société,* están ciertamente más acentuados el entretenimiento y la diversión, pero no faltan otros aspectos más públicos. Por el contrario, en aquellos encuentros para los que se abre el *appartement de parade,* tiene preeminencia el carácter público del gran señor, la salvaguardia de los intereses y de la reivindicación del prestigio para su casa.

8. Al final del *ancien régime,* decía el duque de Croy una vez:

"Estas son las mansiones que han acabado con la mayoría de las grandes familias"[22].

El hecho de que algunos hombres se arruinen a través de su casa y por causa de ella, es incomprensible, mientras no se capta que, en esta sociedad de grandes señores, la grandeza y el esplendor de la casa no son expresión primaria de la riqueza, sino del rango y de la posición. La apariencia de la casa de piedra en el espacio es, para el gran señor y para la sociedad señorial entera, un símbolo de la posición, la importancia y el rango de su "casa" en el tiempo, esto es, de su estirpe que perdura a través de generaciones, y, en consecuencia, de sí mismo como representante viviente de la casa.

El alto rango obliga a poseer y establecer una casa que corresponda a esa dignidad. Lo que visto desde el *ethos* económico burgués parece despilfarro —"si debía endeudarse, ¿por qué no se limitó?"— es, en realidad, la expresión del peculiar *ethos* del estamento señorial, que se deriva de la estructura y funcionamiento de la sociedad cortesana, y es, al mismo tiempo, una condición para que dicho funcionamiento se mantenga. No es algo que se elija libremente.

Se ve esto ya en los conceptos con los que se designan los diversos tipos de casa. La casa de un comerciante no era llamada *hôtel,* que es designación de las casas de la más alta aristocracia cortesana. Probablemente, durante el siglo XVIII, este concepto se rebajó un tanto al denominar, por ejemplo, las casas de los ricos arrendatarios de impuestos*. No obstante, la Enciclopedia todavía constata muy explícitamente: "Los aposentos toman diversos nombres, según la diferente jerarquía social de quienes los ocupan. Se dice la *maison* de un burgués, el *hôtel* de un grande, el *palais* de un príncipe o de un rey"[23]. Por ejemplo, *palais* servía exclusivamente para designar expresamente la residencia del rey o de los príncipes. Se llamaban así además las sedes de los altos tribunales, porque éstos, en cierto modo, eran ramificaciones de la residencia del rey, y fi-

[22] Véase D'Avenel, *Histoire de la fortune française* (Historia de la fortuna francesa), París, 1927, p. 302.

* *N. del T.:* Se trata de una forma peculiar de recaudación de impuestos. El Estado no disponiendo de una administración propiamente fiscal, da en arrendamiento a particulares —que, en Francia, se llamaron *fermiers généraux*— el cobro de los tributos, mediante el pago de una cantidad fija por el alquiler, o de un porcentaje sobre las percepciones netas. Tal figura existió en la antigüedad grecorromana, en la baja Edad Media y en Francia hasta la Revolución de 1789.

[23] Véase Enc. Art. *Hôtel.*

nalmente se había convertido en costumbre designar con el nombre de *palais* las sedes de los altos eclesiásticos.

> "Fuera de éstos —dice la Enciclopedia[24]— nadie, cualquiera sea su rango, puede lícitamente poner el nombre de *palais* sobre la puerta de su casa."

9. Pero a esta diferenciación de nombres según el status corresponde, desde luego, una diferente conformación de las viviendas según el status. En cuanto se da uno cuenta de esta diferenciación, se tiene en seguida, desde determinada perspectiva, un panorama de la división de esta sociedad. La mayor parte de las edificaciones urbanas constituían las llamadas *maisons particulières*[25]. Esta expresión es característica; la traducción "casas privadas" sólo reproduce de un modo muy insuficiente el carácter de esas casas. Hoy en día, el concepto de "lo privado" representa, no únicamente, pero sí especialmente, una contraposición al concepto de "lo profesional". Aun la vivienda de un alto funcionario se denominaría una "casa privada" si es de su propiedad personal y si no se emplean sus cuartos para el ejercicio de la profesión del poseedor, por ejemplo, para oficinas. Por el contrario, en el *ancien régime,* precisamente las casas de la gran masa de los hombres de profesión se las calificaba de *maisons particulières,* y, por cierto, también cuando servían a fines profesionales, más aún precisamente entonces. Se las llamaba así para diferenciarlas de las residencias de aquellas capas que se distinguían no propiamente por una profesión en nuestro sentido, sino, en primer lugar, por su rango más o menos elevado; para diferenciarlas, por lo tanto, principalmente de las casas de los nobles, de los eclesiásticos, de la magistratura o toga y finalmente también de las finanzas, esto es, del arrendatario de impuestos.

La sensibilidad respecto de esta diferencia entre las capas profesionales y las de rango encuentra también, por lo demás, una clara formulación en el idioma de la época: hacerse eclesiástico u oficial, incorporarse a la magistratura o a las finanzas[26] se llama, según dice un escritor[27] en la década de los cincuenta, "prendre un *état*". "Las demás funciones desempeñadas por los ciudadanos, es decir, las más útiles, han de contentarse con la humillante denominación de *profesión* u *oficio.*"

Esta observación permite percibir directamente cómo, bajo la cubierta de los estratos de rango, primero despreciadas por éstos, luego subiendo poco a poco, se engrandecían las capas profesionales. Los hombres de la sociedad estamentaria, y sobre todo, los hombres del determinante círculo cortesano, en primer lugar, los príncipes y los "grandes", son personalmente conscientes de llevar una vida más o menos "pública"[28], esto es, una vida en la *society* o en el *monde.* Este constituye propiamente lo "público" del *ancien régime;* quien vive fuera de éste, tiene una *vie particulière.*

Vistos desde la perspectiva de la sociedad cortesana, los hombres de las capas profesionales son unos marginados. Existen al margen del *monde* —la palabra es significativa—, al margen del "gran mundo". Son gente menuda. Sus casas carecen del carácter público de los *hôtels* y de los palacios, que representa a su poseedor y su familia. Son casas privadas sin importancia, como sus habitantes.

La conformación arquitectónica de las casas corresponde a las diversas funciones sociales[29].

Los cortesanos desarrollan, en el marco de cierta tradición, una sensibilidad extremadamente exquisita respecto de qué conducta, qué tipo de expresión o conformación convenía o no a un hombre según su rango y valía en la sociedad. La intensa atención con la que se examina cada manifestación de la vida de un hombre, por tanto, también su casa, para comprobar si se atiene o no a límites fijados tradicionalmente para su rango y posición dentro de la jerarquía social, y la minuciosidad con la que se observa todo lo que

[24] Véase Enc. Art. *Palais.*

[25] Esta denominación así como el material elaborado en lo que sigue, según la Enc. Colección de Estampas, vol. 2, *Architecture.*

[26] Sólo visto desde una perspectiva equivocada puede admirar hoy en día el hecho de que también el financiero, el arrendatario de tributos y su séquito sean contados entre las capas estamentarias. El esfuerzo de los financieros se encamina primariamente a conquistar un rango, una posición y un prestigio social; a adquirir un título nobiliario a ser posible para sí o, al menos, para su descendencia, y a llevar una vida noble, esto es, determinada en primer término por el prestigio. Esto es también importante por cuanto muestra que la posesión de capital, o más exactamente la posesión de dinero, no tiene por qué estar sin más vinculada con la mentalidad o la vida "capitalistas". Depende de la estructura global de una sociedad estatal los fines que las familias de clase media ascendentes esperan o pueden alcanzar mediante la adquisición de capitales.

[27] Dangeul, *Remarques sur les avantages et les desavantages de la France* (Observaciones sobre las ventajas y desventajas de Francia), 1754, p. 72.

[28] *Particulier* en oposición a *public.* Véase en Enc. Art. *Particulier.*

[29] Los planos de los diversos tipos de casas a los que aquí se alude, sólo para control; véase también en Jombert, *Architecture moderne,* París, 1728.

pertenece a un hombre para ver si se ajusta a su valía social, a su prestigio, responde perfectamente al aparato de poder cortesano-absolutista y a la estructura jerárquica de la sociedad centrada en el rey y la corte. Tales atención y minuciosidad se producen en la capa dominante, como instrumentos de la autoafirmación y de la defensa frente a la presión que ejercen hacia arriba los que, en cada caso, se encuentran en rangos inferiores. En consecuencia, estos hombres tienen una vivencia de muchas cosas que, a primera vista, nosotros estamos inclinados quizás a desestimar como pequeñeces y nimiedades, y cuyo sentido se nos escapa hoy en día, en un grado bastante alto.

A este respecto, es bastante significativa la descripción que hace la Enciclopedia acerca del carácter de las casas, según los distintos estamentos y grupos. Allí se consigna que los principios que rigen los tipos ínfimos de casa, ya caracterizados, propios de las capas profesionales, son los siguientes: "La symmétrie, la solidité, la commodité et l'économie." El carácter estamentario de estos principios para la construcción de casas de alquiler en las cuales se alojan pequeños artesanos y comerciantes, se disfraza fácilmente, porque corresponden con bastante exactitud a lo que, en el presente[30], un vasto movimiento exige de *toda* casa. Pero el hecho de

[30] Dentro de la evolución social, existen ideas y formas culturales en ascenso y descenso. Aquí se presenta un ejemplo de un ascenso a largo plazo de formaciones culturales. Fácilmente puede reconocerse que está vinculado funcionalmente con la proporción de capas masivas y profesionales. Economía, comodidad, simetría y solidez se han impuesto, con esto, hasta cierto punto como los rasgos dominantes de las casas que, en el *ancien régime*, estaban reservadas para las viviendas de los estratos elevados, caracterizadas por los "cinco órdenes de arquitectura" (Véase nota 1, p. 50). Esta decoración tradicional de las casas, encaminada a realzar la distinción, el prestigio y la representación sociales, no dejó, por supuesto, de tener ya en el *ancien régime* influjo en la conformación de las viviendas de las capas inferiores. Transformada y simplificada, esta manera de conformar y configurar las fachadas se iba pervirtiendo en su camino de descenso. La lucha entre ambas tendencias —economicidad y decoración con ornamentos de representación, que servían asimismo de símbolos de la posición y el prestigio— siguió en marcha hasta nuestros días, aun cuando, poco a poco, se iba ajando el carácter representativo de los antiguos adornos. Fue mantenida por cuanto, tras las capas aristocráticas y en parte juntamente con ellas, los estratos burgueses, en oleadas incesantemente renovadas, aspirando a la distinción, representación y prestigio sociales, utilizaban para expresar esta voluntad las características de un estilo que había formado la capa suprema del *ancien régime*. (Ello fue así especialmente en Francia, pues, en Alemania, existieron rasgos de estilos propios de otras épocas.) Simultáneamente lo económico forzó e impulsó otras tendencias estilísticas a partir de las necesidades de las amplias capas profesionales. El conflicto entre la economicidad y el ansia de una ornamentación como símbolo ordinario de prestigio fue una de las raíces del estilo *kitsch* en arquitectura.

que, en aquel tiempo, se mencionara tales principios en esta combinación y expresamente, como criterios para las casas de las capas ínfimas, y, en particular, que se aluda a la *économie*, como principio de la construcción, únicamente respecto de estas capas inferiores, es no menos característico del desarrollo de la construcción de viviendas como tal, que de la observación —que puede ser apoyada desde muchos otros aspectos— de que la *économie*, esto es, el economizar y ahorrar no tenía ninguna importancia decisiva en la conformación de las casas de las capas superiores cortesano-absolutistas, pues nunca se hace mención de ello en este contexto. Las capas sociales ínfimas no tenían deberes de representación ni propiamente obligaciones impuestas por el rango. Así aparecen en primer plano como determinantes, rasgos característicos de sus viviendas que es preciso no falten en las otras, pero que, sin embargo, son definitivamente postergados ante la función de representación y prestigio. Valores de uso, como la comodidad y la solidez, en la construcción de las casas, se convierten lisa y llanamente en lo principal para las capas profesionales indicadas. La compulsión por economizar y ahorrar se hace ya notar en lo exterior.

10. Por el contrario, en los otros grupos, tiene cada vez más prioridad —y, por cierto, tanto más, cuanto más elevado es el rango— la obligación de aparecer de una manera que corresponda a la categoría de cada quien, y de manifestar, ya por la casa, a qué estamento se pertenece. En sus viviendas, el valor prestigio recubre el mero valor de uso. Aquí el *ethos* estamentario —instrumento de la autoafirmación en las capas superiores— tiene primacía sobre el *ethos* económico, que es instrumento principal de autoafirmación en las capas ínfimas.

Estas relaciones, cuya formulación provisional en este lugar podrá verse confirmada y redondeada sólo paulatinamente al clarificarse la estructura de esta sociedad en su conjunto, se ven con mayor claridad cuando se considera los atributos que adjudica el uso social al siguiente grupo de las casas, aunque se trate todavía de casas burguesas.

Siguen en jerarquía las *maisons particulières* que erigen ricos burgueses como residencia permanente. Estas casas "deben poseer un carácter propio, carente de la belleza de los *hôtels*, pero también de la sencillez de las residencias comunes (esto es, del grupo

precedente). Los órdenes arquitectónicos[31] jamás deben ser tenidos en cuenta en su decoración, sea cual fuere la opulencia de quienes las hacen erigir".

Esto está realmente pensado desde una perspectiva estamentaria, a saber, ¡la de los estamentos superiores del *ancien régime!* La dimensión y ornamentación de la casa no se hace depender de la riqueza del propietario, sino únicamente del rango social estamentario y, en consecuencia, del deber de representación[32] que tiene el que la habita.

Si se mira el plano de tal casa[33], se encuentran entonces, en términos generales, reproducidos los mismos elementos del *hôtel.* La conformación de las casas de la aristocracia, como la capa determinante en todas las cuestiones sobre conformación de la vida, constituye asimismo el modelo según el cual se configuran las casas de la burguesía alta. Pero todas las medidas se reducen. El patio y, sobre todo, ambas *basses-cours* son muy pequeños; en consecuencia, también los cuartos que las circundan, destinados a las instalaciones domésticas, están reducidos a mínimas dimensiones; no hay más que una cocina, una despensa y un diminuto *office.* Los apartamentos para el señor y la señora de la casa están adosados, lo cual constituye un símbolo y, a la vez, una base determinante del espacio relativamente estrecho del matrimonio burgués, comparado con la amplitud del cortesano-aristocrático. Pero, principalmente, los salones de sociedad se han contraído. El *apartement de parade* brilla significativamente, por su ausencia. El salón circular sigue existiendo, pero más reducido y limitado a una planta; a uno de sus lados se une una habitación alargada que sirve simultáneamente de gabinete y galería; por otro, un minúsculo *boudoir;* por un tercero, una *salle de compagnie.* La antecámara que está delante, cumple asimismo la función de un comedor para la familia, y cuando se la utiliza para esto, se envía a la servidumbre

[31] El *ancien régime* conoció cinco "órdenes arquitectónicos": jónico, dórico, corintio, compuesto —emparentado con el anterior— y toscano. Se destaca con toda precisión el contenido expresivo de estos estilos respecto de las diversas capas sociales (Enc. Art. *Ordre*).

[32] En este contexto, no podemos responder a la pregunta de cómo han llegado a estar representadas tales opiniones en la Enciclopedia. Pero al menos indiquemos que hay toda una serie de artículos en ella, en los cuales se describe y afirma como algo totalmente obvio la diferenciación estamentaria (véase, por ejemplo, el Artículo *Noblesse*), si bien, en general, se emprenden nuevas interpretaciones ideológicas.

[33] Tales planos se encuentran en la Enciclopedia, *ibíd.* Estampas xxv y xxvi.

al vestíbulo de la entrada. Esto es todo lo que hay en los salones de sociedad.

11. Es instructiva la diferencia entre la estructura de la sociedad burguesa y la cortesano-aristocrática, que, en lo anterior, se manifiesta. En la vida de los cortesanos, la sociabilidad ocupa un espacio y un tiempo totalmente distintos a los que le dedica la vida de los profesionales-burgueses. El número de personas que el hombre cortesano puede o debe recibir en su casa es grande; y escaso el de aquellos con quienes el hombre profesional-burgués[34] puede y debe tratar socialmente, esto es, en este caso, privadamente. Aquél gasta en el trato social una cantidad de tiempo enteramente distinta que éste. La red de relaciones directas de aqué es más densa, los contactos sociales más abundantes, los vínculos sociales *inmediatos* más fuertes, que los del profesional-burgués, para el cual tienen prioridad los contactos *mediatizados* a través de la profesión, el dinero o las mercancías.

Respecto de su duración, todo esto es válido todavía hasta aproximadamente los años sesenta y setenta del siglo XVIII. En esta época, va haciéndose cada vez más visible el ascenso social y económico de los grupos profesionales-burgueses, mientras que grandes porciones de la aristocracia van siendo cada vez más pobres. Pero jurídicamente, así como para la consciencia de los diversos grupos y en el trato social, las fronteras sociales eran todavía bastante insalvables.

12. ¿Cuáles son los atributos que el *monde* considera pertinentes para distinguir los *hôtels,* "las moradas de los *grandseigneurs*"? "El carácter de su decoración —dice la Enciclopedia[35]— exige una belleza en armonía con la cuna y el rango de las personas que las hacen construir, aunque sin reflejar jamás aquella magnificencia que ha de reservarse a los palacios reales." Formas culturales que nosotros consideramos, de ordinario, como meramente estéticas, esto es, como variantes de un determinado estilo, son percibidas

[34] En esta descripción, es comprensible que se prescinda de las capas intermedias, como la de los financieros o la Toga, que, a pesar de ser burguesas, imitaban, sin embargo, en su vida a la nobleza, y, en parte, la sobrepujaban. Asimismo para explicarse estas capas intermedias, es ante todo preciso entender primero las capas cortesanas que constituían su modelo.

[35] Véase Enc. Colec. de Estampas, vol. 2, *Architecture,* V parte.

por los mismos contemporáneos también como expresión muy diferenciante de cualidades sociales. Cada uno de estos *hôtels* fue originalmente construido para un cliente y una "casa" totalmente determinados; y el arquitecto se esfuerza por poner de manifiesto, en la conformación y ornamentación del *hôtel,* el status social de su morador.

La residencia de un príncipe que conduce un ejército —se dice por ejemplo—, de un cardenal, de un *premier magistrat,* esto es, del detentor de uno de los cargos supremos de la judicatura, y, finalmente, de un *ministre éclairé* que ha sido delegado para gobernar, debe tener una apariencia totalmente distinta de la casa de un simple mariscal de Francia o de un obispo y un *président à mortier,* es decir, de hombres de una categoría inferior dentro de la jerarquía de aristocracia, clero, toga y pluma. Todos aquellos, a saber, que son personas "que no poseyendo el mismo rango dentro de la sociedad, deben tener aposentos en los que el ordenamiento proclame la superioridad o inferioridad de los diferentes niveles de su estado social".

Las residencias de los príncipes son llamadas *palais,* dicho más precisamente, *palais* de segunda clase (comparados con el *palais* del rey); las casas de otros, sólo *de grands hôtels.* Pero en ambas especies, la ornamentación debe corresponder a la función social:

> "Pour la demeure du *militaire,* on devra faire présider un caractère martial, annoncé par des corps rectilignes, par des pleins à peu-près égaux aux vides, et par architecture qui puise son source dans l'ordre dorique.
>
> "Pour la demeure de l'homme d'église, on fera choix d'un caractère moins sévère qui s'annoncera par la disposition de ses principaux membres, par des repos assortis et par un style soutenu qui ne soit jamais démenti par la frivolité des ornemens[36].
>
> "Enfin pour la demeure du magistrat, on saisira un caractère qui devra se manifester par la disposition générale de ses formes, et la distribution de ses parties, les seuls moyens de parvenir à désigner sans équivoque dès les dehors de l'édifice, la valeur, la piété, l'urbanité.
>
> "Au rest, nous le répétons, il faut se ressouvenir d'éviter dans ces differens genres de composition la grandeur et la magnificence du ressort des palais des rois"[37] *.

[36] Esta caracterización, presentada todavía con mayor precisión en la Enciclopedia, se ve apoyada a su vez remitiendo a ciertos ejemplos de la serie de los conocidos *hôtels* de París. Como ejemplo de un *hôtel* de un militar sirve, digamos, el Hôtel de Soubise, más tarde Palais de Archives, en la calle Vieille du Temple. En la misma calle se encuentra, como ejemplo del *hôtel* de una familia en la cual se heredaban altas dignidades eclesiásticas, el Hôtel de Rohan, edificado a principios del siglo XVIII para el arzobispo de Estrasburgo, Armand de Rohan, por Dalamair, asimismo arquitecto del Hôtel de Soubise.

13. No se puede entender la estructura de una sociedad, si no se es capaz de verla simultáneamente desde la perspectiva del "ellos" y desde la del "nosotros". En la actualidad, parece de ordinario,

[37] También en el mundo burgués-capitalista del siglo XIX, objetos de uso adquirieron funciones de representación y prestigio. Pero lo que en la sociedad estamentaria del *ancien régime* debía ser objeto de representación eran, como queda dicho, en primer lugar, la posición y el rango, que vinculaban explícitamente al individuo con una serie de hombres, con una capa o grupo más o menos grandes. El recién llegado tiene que adaptarse a las tradicionales formas de expresión de su grupo, que sólo cambian lentamente. Los grupos o castas en conjunto son las que propiamente dan el prestigio; lo que en verdad debe expresar cierta conformación de la propiedad de un hombre, de sus objetos de uso, en el sentido más amplio de la palabra, es, por consiguiente, la pertenencia a este o aquel grupo estamentario, la atribución de cierto grado jerárquico, la participación en sus prerrogativas y prestigio. Por el contrario, en la sociedad profesional-burguesa, sobre todo la de finales del siglo XIX, lo que tiene representación es la propiedad monetaria, en particular la de la *familia en concreto.* Sin profundizar más en esta diferencia significativa, confrontemos la descripción anterior con la de una época burguesa, que presenta una situación compleja, aunque quizá en algunos detalles demasiado unívocamente, pero que, sin embargo, en este contexto, nos da a conocer una imagen bastante buena de la transformación en el sentido y la forma de la representación y del deseo de prestigio.

De Ernst Heilborn, *Zwischen zwei Revolutionen* (Entre dos revoluciones), t. II, pp. 127-28:

"Para conocer la apariencia de la señora Jenny Treibel, uno debe mirar el perrito boloñés que se sienta junto a ella, en el carruaje. El valor de este perrillo no radica en el aspecto encantador que ofrece, ni en las buenas y agradables cualidades que pueden distinguirlo, sino, ante todo, en el hecho de que se sabe que es costoso. Lo mismo sucede con la representación que tiene la señora Jenny Treibel: sea ridícula o imponente, basta con que sea cara. El dinero que la señora Treibel gasta en sí, sus vestidos, sus cenas, su entorno, determina su valor social... se ha introducido la división del trabajo; al hombre corresponde ganar dinero, a la mujer la representación."

* "La morada de un militar deberá estar presidida de un carácter marcial reflejado por los volúmenes rectilíneos, por los espacios rellenos, que han de ser poco más o menos iguales a los vacíos, y por la arquitectura, que debe estar inspirada en el orden dórico.

"Para la de un eclesiástico, se deberá escoger un aspecto menos severo manifestado por la disposición de sus elementos principales, por la quietud aparejada, y por un estilo mantenido que jamás sea desmentido por la frivolidad ornamental.

"Por último, para residencia de un magistrado se aprovechará un estilo que deberá manifestarse en la disposición general de sus formas y la distribución de sus elementos, únicos medios para llegar a poner de manifiesto sin equívocos, por la apariencia del edificio, el valor, la piedad, la urbanidad.

"En cuanto a lo demás, repetimos, es preciso volver a recordar que en estos modelos de composición debe evitarse la grandiosidad y magnificencia, que son más propias de los palacios de los reyes."

como si el único método con el cual se puede, desde la perspectiva del "ellos", alcanzar un elevado grado de certeza, fuera el método cuantitativo, el contar las cabezas y usar los instrumentos de medición estadística. Como es evidente, hay otros caminos que son necesarios especialmente cuando se intenta definir configuraciones a las cuales uno no puede aproximarse científicamente sólo a través de su demolición y reducción a átomos, acciones y opiniones concretas, variables o cualquier otra cosa que pudiera constituir su carácter.

El estudio sobre la conformación de la casa de los cortesanos y sobre la experiencia e imagen que éstos tienen de aquélla, es un caso de un análisis de configuraciones, realizado desde la perspectiva del "ellos" y desde la del "nosotros". El canon social para la misma configuración de la casa o, como suele formularse, el "aspecto objetivo de la conformación de la casa de los cortesanos" constituye el punto de partida. Se puede distinguir del aspecto "subjetivo" de tal configuración, pero es totalmente inseparable de la manera cómo la viven y fundamentan los mismos grupos involucrados.

Así considerada, la investigación sobre la configuración de la casa y del espacio en la sociedad cortesana suministra una primera intelección todavía limitada de la estructura de la sociedad con la cual uno se enfrenta. De esta manera, se la contempla también tanto desde la perspectiva del "ellos" como desde la del "nosotros": se la ve como configuración de otros hombres a los que uno se refiere con el término "ellos"; y, al mismo tiempo, se percibe la manera en que esos mismos hombres ven dicha configuración y se ven a sí mismos cuando dicen "nosotros".

Es una sociedad estamentaria jerárquicamente ordenada y absolutista, que, sin embargo, se distingue de la sociedad estamentaria medieval que le precede, por cuanto los representantes de la monarquía han conquistado, sin lugar a dudas, la hegemonía sobre los estamentos. La distribución del poder que, en la sociedad estamentaria medieval, era todavía relativamente lábil, ha dado paso a una distribución del poder más estable. Ahora no cabe ninguna duda de que el poder del rey es con mucho superior al de los restantes aristócratas, del clero y de los altos funcionarios. Y ello se manifiesta simbólicamente en el hecho de que nadie está en situación de construir una casa que, por sus dimensiones, su magnificencia y su decoración, se parezca a la del rey y menos aún que la supere, ni le es lícito tener tal osadía. Después de los otros miembros de la casa real, siguen las tres formaciones de punta: la nobleza de espada, el alto clero y el cuerpo de los altos funcionarios de la administración y la judicatura, cuya ordenación interna es jerárquica. Después de éstos, asimismo en orden jerárquico, se sitúan las capas medias y bajas de cada una de las tres formaciones. Un poco fuera de fila, marchan los financieros, burgueses que se han hecho muy ricos. Entre sus más prominentes representantes, figuran los arrendatarios de tributos y otros que financian la empresa estatal.

El "tercer estado" no es, en absoluto, un auténtico estamento, sino más bien un receptáculo de diversos grupos profesionales cuya estructura social responde cada vez menos a la denominación de "estado", que se mantiene desde arriba. A este "estamento" pertenece, como capa ínfima, el ***peuple:*** campesinos, pequeños arrendatarios de tierras, pequeños artesanos, trabajadores, lacayos y todo tipo de personal de servicio. Pero también —recuérdese la dicotomía de las ***maisons particulières*** que responde a esto al menos aproximativamente— las capas burguesas medias, escalonadas en una amplia gama: "négociants, fabricants, avocats, procureurs et médecins, comédiens, professeurs ou curés, fonctionnaires, employés et commis". Del tercer "estado" surgen grupos de vanguardia en contra de la ***noblesse d'épée:*** los detentores de los altos cargos de la judicatura y de la administración, los arrendatarios financieros y los intelectuales burgueses que escriben libros. Con estos tres grupos quedan asimismo caracterizados los tres caminos principales de promoción de la burguesía en la sociedad estamentaria. La Magistratura suprema eleva, desde hace tiempo, la reivindicación de recibir igual consideración que la nobleza de espada. Los arrendatarios financieros deben contentarse con sobrepujarla externamente. La Enciclopedia sitúa en el mismo plano a la alta Magistratura, al noble por nacimiento y a los altos eclesiásticos[38]. Los altos tribunales, sobre todo los parlamentos, tras la muerte de Luis XIV, pueden, en cierto modo, competir en poder con los nobles y los eclesiásticos. Pero, sin embargo, constituyen, dentro del sistema de dominio absolutista, una especie de poder moderado de oposición. Luchan por su pretensión de poder y por el prestigio de su grupo social, aunque no llegan nunca a ser reconocidos por completo. Aparte las familias principales a quienes

[38] Véase además Enc. Art. *Noblesse d'épée.*

Luis XIV elevó a la nobleza, siguen siendo, sin embargo, desde el punto de vista jurídico, representantes de una capa burguesa. Más tarde, estos grupos de avanzada constituyeron una nobleza peculiar, la *noblesse de robe*, que, pese a su poder creciente, nunca perdió su carácter particular de noble funcionario. Las casas de la "toga" tampoco desempeñan socialmente, como círculo de trato social, el mismo papel que las casas del noble cortesano, al menos en la ciudad capital, de la que aquí se habla exclusivamente. El cortesano, obligado e inclinado, en cierto modo, a la sociabilidad por razón de su rango, forma, durante todo el *ancien régime* y hasta poco antes de la Revolución, el auténtico grupo nuclear de la "buena sociedad cortesana", del *monde*, de la *bonne compagnie*. Esta "buena sociedad" está constituida por una red de círculos de trato social, cuyo grupo central, socialmente más conspicuo y decisivo es la nobleza cortesana de alto rango. Más bien al margen de la "buena sociedad", se incluía los círculos de trato de los financieros. Aparte unas cuantas relaciones cruzadas, como, por ejemplo, el salón del presidente Hénault, la magistratura —tropa principal del jansenismo, que nunca fue tomado en serio por la sociedad cortesana— forma ciertamente, en París, una sociedad de trato por sí misma[39].

Por lo demás, el burgués que, el siglo XVIII, cuenta para los círculos de trato del *monde* —sobre todo representantes de la intelectualidad burguesa—, pertenece a él, por lo regular, más como huésped que como hospedero, y esto, por cierto, no deja de tener importancia respecto de la estructura de esta sociedad. Son los *hôtels* y no las casas burguesas donde ellos se reúnen, donde se encuentra la condición previa para la satisfacción de sus necesidades sociables y donde se generan aquellas cualidades a través de las cuales los diversos elementos del *monde* se mantienen unidos y se delimitan netamente respecto de las capas inferiores: la igualdad en el *savoir vivre*, la unidad en el cultivo del *esprit*, el refinamiento y la exquisita formación del gusto. A través de tales propiedades, de inmediato visibles y experimentables, los miembros del *monde* se destacan de la masa del resto de los hombres. Junto con esto, se crea en el *monde* la específica consciencia de prestigio

[39] El material sobre éste y los puntos siguientes ha sido tomado principalmente de Edm. y J. de Goncourt, *La femme aux XVIIIème siècle* (La mujer en el siglo XVIII), París, 1877, y V. du Bled, *La société française, XVIème au XXème siècle* (La sociedad francesa del siglo XVI al XX), tomo V.

y representación, que ya se ha mostrado como el factor determinante de la conformación de la casa.

"La buena sociedad —dicen los Goncourts analizando el salón más grande y clásico del siglo XVIII: el de la Mariscala de Luxemburgo[40]— era una especie de reunión de ambos sexos que tenía como fin distinguirse de la mala sociedad, esto es, de las reuniones vulgares y de la sociedad provinciana, por el cumplimiento de formas agradables, por la finura, la amabilidad, la afabilidad de las maneras, por el arte de la consideración y de los finos modales... La 'buena sociedad' fijaba con toda precisión la apariencia y el comportamiento, la conducta y la etiqueta."

14. La elaboración diferenciada de lo externo, como instrumento de la diferenciación social —la representación del rango mediante la forma— es característica no sólo de las casas, sino de la configuración general de la vida cortesana. La sensibilidad exquisita de estos hombres para percibir las relaciones entre rango social y configuración de todo lo visible, en su ámbito de acción e inclusive de sus propios movimientos, es tanto producto como expresión de su situación social.

"Con toda seguridad —dice la Enciclopedia en su exposición sobre edificaciones para vivienda— el rango de la personalidad que manda edificar es la fuente de las diversas formas de expresión. Pero, ¿cómo puede llegarse a éstas sin el trato del *monde*, donde se aprende a distinguir todas las exigencias y el estilo adecuados para esta o aquella vivienda, para este o aquel propietario...? A través de él —del trato en la buena sociedad—, no cabe la menor duda, se adquiere la sensibilidad para lo que conviene; se aprende a observar buenas maneras de trato; se alcanza la capacidad de juzgar; allí nace la facultad de ordenar las ideas; allí se adquiere la pureza en el gusto y el conocimiento positivo del carácter que es apropiado para cada edificio."

La actitud que se manifiesta en tales pensamientos remite a una de las antinomias determinantes de esta sociedad. Lo que, hoy en día, parece lujo en una vista retrospectiva —como ya lo había reconocido Max Weber—, no es, en absoluto, superfluo en una sociedad así estructurada. Veblen presentó conceptualmente este "lu-

[40] Op. cit.; traducción al alemán de la Ed. Hyperion, Munich, 1920, t. I, p. 61.

jo" como *conspicuous consumption* (consumo para provocar admiración). En una sociedad donde toda forma que pertenezca a un hombre tiene un valor social de representación, los gastos de prestigio y representación de las capas altas son una necesidad a la que no pueden éstas escapar. Son un instrumento indispensable de la autoafirmación social, especialmente cuando —como sucede en efecto, en esta sociedad cortesana— los interesados todos libran implacablemente una incesante lucha de competencia por las oportunidades de status y prestigio.

Un duque debe construir su casa de tal suerte que ésta proclame: yo soy un duque y no un simple conde. Lo mismo puede decirse respecto de toda su conducta. No puede tolerar que otro aparezca más duque que él mismo. Debe estar atento a que en el trato social oficial, se le dé la primacía sobre el conde. Si tuviere un país sobre el que reinar, entonces tendría siempre la primacía sobre el conde, por la dimensión de su ámbito de dominio, y aunque seguiría siendo importante manifestar tal preeminencia en el trato social, no sería, sin embargo, imprescindible, dado que no se destaca solamente ahí. En esta sociedad estamentaria absolutista, empero, apenas corresponde alguna de las funciones de dominio a los diversos rangos de la nobleza. Son, por lo general, títulos que el rey otorga. Aunque puedan estar vinculados a una cierta propiedad rural, ésta constituye más bien una fuente de ingresos, que se puede explotar, y no una zona de poder, pues únicamente el rey reina en el país. Así pues, la manera esencial de realizar un rango es documentarlo mediante una conducta adecuada a ese rango, según el uso social. La coacción para que se represente el rango es implacable. Si se carece del dinero para ello, entonces el rango y, por tanto, la existencia social de su poseedor, gozan de una muy precaria realidad. Un duque que no vive como debe vivir un duque y que tampoco puede ya, en consecuencia, cumplir ordenadamente con las obligaciones sociales de ese rango, ya casi no es duque.

Pero, con ello, obviamente se descubre el peculiar intrincamiento a partir del cual debe entenderse la conducta económica señorial. Para conservar su existencia social, el comerciante debe adecuar sus gastos a sus ingresos. El *grandseigneur* del *ancien régime* debe, para mantener su existencia social, orientar sus gastos de acuerdo con las exigencias de su rango. La frase *"noblesse oblige"* constituye, en su significado original, un *ethos*, distinto del *ethos*, orientado económicamente, de las capas profesionales-burguesas.

La antinomia de la existencia social de esta nobleza cortesana se percibe tanto más fuertemente como tal, cuanto más intensamente se va formando la economía francesa como una malla de hombres que llevan racionalmente sus negocios, y consiste en el hecho de que ciertamente los egresos, pero no las entradas, se rigen de acuerdo con el rango y los deberes de representación de éste, dictadas por la sociedad.

Esta situación resulta todavía más difícil para la nobleza, por cuanto ésta, en su conducta y modo de vida, debe competir cada vez más durante el siglo XVIII, con las capas burguesas ascendentes, sobre todo, con los financieros, a quienes, no gratuitamente, se cuenta ya más entre las capas estamentarias que entre las profesionales. Tampoco en vano, hacerse financiero equivale a *prendre un métier*. Los financieros se han integrado más o menos a las formas estamentarias de pensamiento y comportamiento. También *su* estamento, al principio todavía pobre en tradición, reivindica una representación estamentaria. Aquí como en la magistratura, no se trata, en realidad, de capas profesionales-burguesas, sino de capas burguesas estamentarias, respecto de las cuales hay que observar que, al menos, los puestos principales de la Magistratura son ocupados, en buena parte, por familias cuya promoción y separación de las capas profesionales-burguesas se habían realizado durante el siglo XVII, y que se mantuvieron en un estamento separado desde entonces, mientras que las familias de financieros de las que oímos hablar, el siglo XVIII, casi sin excepción, habían llevado a cabo su ascenso apenas en esta centuria. Sin embargo, a partir de su conducta, podemos reconocer que están motivadas[41] por el rango, el honor y el prestigio de un modo más importante que por el "interés económico", aunque, por supuesto, aparezcan a veces todo tipo de formas mixtas y de transición.

El deseo de sobresalir, de diferenciarse de los que no pertenecen

[41] El abate Coyer propone en su escrito "Noblesse commerçante", solventar las necesidades de la nobleza, autorizando a ésta a dedicarse a actividades profesionales y comerciales. Al discutir esta propuesta en *Développement et défense du système de la noblesse commerçante* (Desarrollo y defensa del sistema de la nobleza comerciante), Amsterdam, 1757, pp. 136-37, dice: "Quienes entre nosotros se dejan atemorizar por la idea de una nobleza comerciante, examinan con el señor de Montesquieu el principio de las Monarquías: el *honor*, que sienta precedente y engendra el valor. Tal principio —opinan— quedaría destruido por un principio totalmente contrario que anima el comercio, a saber, el interés". Es patente la plena consciencia con que viven la diferencia de motivaciones las capas profesional-burguesas y las estamentarias del *ancien régime*.

a la misma clase, de distinguirse socialmente encuentra su expresión lingüística en conceptos como "valeur", "considération", "se distinguer"[42] y otros muchos, cuyo uso es evidentemente tanto un santo y seña de la pertenencia como una prueba de la vinculación a idénticos ideales sociales. Las expresiones mismas, así como las actitudes y los valores que simbolizan, pasan, más tarde o más temprano, también a las familias de los burgueses que, al ascender, se asimilan a la sociedad cortesana, esto es, a las de los financieros, en cuyos círculos, la *économie* y el *interêt* pierden su primacía; la motivación del "honor" y del afán de distinción y prestigio los aventaja, una o dos generaciones más tarde[43].

Pero el modo de vivir del financiero, por su parte, actúa a su vez sobre el del *grandseigneur*. Las modas que ahora están determinadas por aquél, empujan, como con un látigo, también a éste, pues hacer caso omiso de ellas significa perder prestigio. Al mismo tiempo, los precios suben[44]; mientras las percepciones de rentas de los nobles permanecen estacionarias, aumenta la necesidad que éstos tienen de dinero[45].

[42] Aun hoy, esta valoración tiene su eco en expresiones tales como "un señor distinguido"; pero el estricto significado de la "distinción" como manifestación del rango social apenas si resuena débilmente y, como expresión del prestigio, antaño inseparable de la categoría social, ha pasado a un segundo plano.

[43] "Desde que el tercer estado se ha enriquecido, muchos plebeyos se han convertido en gente del *monde*. Los descendientes de Samuel Bernard ya no son Turcaret, sino Pâris-Duverney, Saint-James, Laborde; refinados, cultivados en el corazón y en el espíritu, llenos de tacto, de letras y filosofía, y de caridad; *dan fiestas y saben recibir*. Salvo pequeñas diferencias, se encuentra en sus casas la misma sociedad que en la de un gran señor. Sus hijos echan el dinero por la ventana con la misma elegancia que los jóvenes duques con quienes cenan" (Taine, *Les origines, ancien régime*) (Los orígenes, *ancien régime*), t. II, cap. III, 3, p. 173.

[44] Sée, Henry, *Französische Wirtschaftsgeschichte* (Historia económica francesa), Jena, 1930, p. 170.

[45] Sobre el creciente empobrecimiento de la nobleza, véase también Tocqueville, *L'ancien régime*, cap. 8. Allí se cita asimismo la queja de un noble, el año 1775: "Pese a sus privilegios, la nobleza se arruina y pierde cada día importancia, mientras que el tercer estado se apodera de la riqueza".

IV. LAS PECULIARIDADES DEL ENTRAMADO CORTESANO-ARISTOCRATICO

1. Como es evidente, la imbricación de la existencia social de una capa no trabajadora no es menos coercitiva e inevitable que la que conduce a una capa trabajadora a su ruina. Tal es la situación que formula el duque de Croy: "Estas son las mansiones que han acabado con la mayoría de las grandes familias."

La particular configuración que tal conducta cría y necesita para subsistir, aparece, con todo esto, apenas someramente esbozada. Pero la específica conducta misma que se deriva del entramado de tal sociedad cortesana, se destaca ya algo más claramente, ante la vista del estudioso, en este tipo de investigación, frente a la acumulación de valoraciones heterónomas y del *ethos* profesional-burgués, el cual no es algo de por sí evidente. Los hombres no actúan siguiendo las prescripciones de éste, sin que importe el tipo de sociedad en que viven, sólo por cuanto pueden pensar que son de suyo "racionales" o "lógicas". El hecho de que la actitud cortesano-aristocrática frente a los ingresos y egresos monetarios sea distinta de la profesional-burguesa, no puede ser aclarado simplemente suponiendo una acumulación accidental de defectos o vicios personales de hombres individuales; no se trata de una epidemia del capricho de los individuos involucrados ni de que se haya debilitado su vista a largo plazo y su autocontrol. Se topa uno aquí con otro sistema social de normas y valoraciones de cuyas leyes sólo pueden escapar individuos que renuncian al trato de su círculo social y a su pertenencia a su grupo social. Estas normas no pueden explicarse a partir de un secreto guardado en el corazón de muchos individuos; sólo puede aclarárselas en su relación con la configuración específica que muchos individuos forman entre sí, y con las específicas interdependencias que los vinculan recíprocamente.

2. Por un lado, está el *ethos* social de la burguesía profesional cuyas normas obligan a las familias individuales a subordinar los gastos a los ingresos y, si es posible, a mantener el consumo presente bajo el nivel de las entradas, de tal suerte que la diferencia

pueda ser invertida como ahorro, con la esperanza de tener en el futuro mayores ingresos. En este caso, el aseguramiento de la posición familiar adquirida y más aún el éxito social, la conquista de un status y prestigio mayores depende de que el individuo, en su estrategia de ingresos-egresos a largo plazo, subordine sus inmediatas inclinaciones de consumo, sin desviaciones demasiado grandes, al *ethos* del ahorro en función de la ganancia venidera (*saving-for-future-profit ethos*).

El consumo de prestigio se distingue de esta pauta de conducta profesional-burguesa. En sociedades donde este otro *ethos* del consumo de status (*status consumption*) domina, ya sólo la simple seguridad de la actual posición social de una familia y, más aún, el aumento de la importancia y del éxito sociales está subordinado a que uno haga depender los costos de su economía doméstica, de su consumo y, en general, sus egresos, en primer lugar, del rango social, del status o prestigio que uno posee o al que aspira. Quien no puede comportarse de acuerdo con su rango, pierde el respeto de su sociedad; va a la zaga de los participantes en la constante carrera de competición para lograr las oportunidades de status y prestigio, y corre el riesgo de quedarse fuera arruinado y a tener que marginarse del círculo de trato que corresponde a su grupo de rango y status. Este deber de gastar según el rango exige una educación para el manejo del dinero, que es distinto del profesional-burgués. Una expresión paradigmática de este *ethos* social se encuentra en una acción del duque de Richelieu, que relata Taine[1]: Dio a su hijo un talego con dinero para que aprendiera a gastarlo como un gran señor, y cuando el joven devolvió el dinero, el padre arrojó la bolsa por la ventana, ante los ojos del hijo. Esta es una socialización en el sentido de una tradición social que imprime en el individuo el deber de la generosidad impuesto por su rango. En boca de los cortesanos aristócratas, el término *économie* en el sentido de una subordinación de los egresos a los ingresos y de la limitación planificada del consumo por el ahorro tiene un sonsonete despectivo hasta muy avanzado el siglo XVIII y, en ocasiones, hasta después de la Revolución. Es un símbolo de la virtud de la gente menuda. Veblen, como es evidente en su estudio sobre el "consumo de prestigio", está aún muy deslumbrado por el empleo acrítico de actitudes axiológicas burguesas como pauta del comportamiento

[1] Véase Taine, H., *Les origines, ancien régime*, t. I, cap. 2, 2.

económico de otras sociedades. Con ello obstruye el paso para un análisis sociológico del consumo de prestigio. No percibe con claridad las coacciones sociales que están detrás.

En muchas sociedades existen tipos del consumo de prestigio, del consumo al que obliga una competencia por el status y el prestigio. Un conocido ejemplo de ello es la institución del *potlatch* en algunas tribus norteamericanas de la costa noroccidental: los tlingit, haida, kwakiutl y otros más. Status, rango y prestigio de una familia y privilegios sociales vinculados con éstos son, de tiempo en tiempo, puestos a prueba de nuevo, y cuando es posible, a comprobación, mediante el deber de realizar enormes gastos para ofrecer grandes banquetes y ricos regalos sobre todo a los rivales en status y prestigio, y de otras maneras. También en Inglaterra como en Francia, hubo, los siglos XVII y XVIII, períodos de una violenta competencia por el status y el prestigio, entre las capas superiores, que se manifestó igualmente, entre otras cosas, en la construcción de lujosas casas (*stately homes*, como se dice actualmente). Por supuesto que en Inglaterra, el rey y la corte no constituían un centro de poder que predominara sobre todos los demás. Por consiguiente, las capas superiores inglesas no tuvieron, en la misma medida, el carácter cortesano que poseyeron las francesas. Las barreras sociales entre los nobles y las capas burguesas de avanzada, cuya afirmación Luis XIV siempre tomó muy a pecho, como condición importante de su poderío, y cuyo mantenimiento vigiló cuidadosamente, fueron, en Inglaterra, por lo tanto, menos definidas y más permeables. La específica capa inglesa de ricos terratenientes burgueses —la *gentry*— participaba en las edificaciones de prestigio y, en general, en el consumo de status, bajo la presión de una rivalidad entre status jamás extinguida, con no menos fervor que las aristocráticas familias dirigentes. Y también aquí hubo toda una serie de familias que se arruinaron de esta manera.

Vista de lejos, la ruina de familias, en tales casos, puede parecer un simple fracaso personal de familias individuales. Y, en cierto sentido, también lo es por supuesto. Si alguien pierde compitiendo en una carrera, ello significa seguramente que no puede correr tan bien como sus rivales. Pero las competiciones están organizadas de tal modo que, a no ser que terminen en empate, debe haber necesariamente perdedores. Las capas superiores que tienen un *ethos* que promueve el consumo de status, y participan en una relativamente fuerte competición de status, están de tal manera orga-

nizadas que siempre debe haber una serie de familias que estén allí para arruinarse.

3. Montesquieu esbozó uno de los primeros modelos sociológicos que se ha dado en el desarrollo europeo para explicar la regularidad con la que, en su campo de observación, se arruinan familias de la nobleza. Presenta este descenso de familias de la nobleza de espada como una fase de la circulación social de familias dentro de los estamentos. Parte para esto de dos supuestos que son característicos tanto de la estructura de su sociedad, como de su propia pertenencia estamentaria. Su punto de partida es que las barreras tanto legales como de otra índole que separan entre sí a las distintas elites sociales de una sociedad, permanecen intactas. En su opinión, las diferencias entre las formaciones estamentarias dirigentes de la sociedad francesa, así como entre los estamentos en general, no pueden ni deben desaparecer. Pero, al mismo tiempo, contempla el hecho de que, dentro de esta firme estructura de los estamentos y sus elites, hay una continua circulación de familias que ascienden y familias que descienden.

Una de las limitaciones más importantes que distingue a las dos formaciones de la nobleza en la sociedad francesa —la de espada y la de toga— de la masa del pueblo, es la prohibición legal de que tomen parte en empresas comerciales de cualquier tipo. Aumentar sus ingresos de esta manera es considerado deshonroso y trae como consecuencia la pérdida del título y del rango. Montesquieu considera esta prohibición como una disposición útil y, de hecho, totalmente imprescindible en una monarquía absoluta. A cada grupo dirigente —argumenta[2]— le corresponde, en virtud de esta disposición, una recompensa social de índole peculiar, diferente de todas las otras. Es esto precisamente lo que los estimula:

> "La recompensa del arrendatario de tributos son las riquezas y la recompensa de éstas son las riquezas mismas. Fama y honor son la recompensa de aquella nobleza que no conoce, ni ve, ni siente nada más que fama y honor. Respeto y consideración son la recompensa de aquellos ministros y magistrados que no encuentran en su camino más que trabajo tras trabajo y velan, noche y día, por el bienestar del imperio."

[2] Montesquieu, *Esprit des Lois* (Espíritu de las leyes), libro XIII, cap. XX.

Resulta bastante claro de tales anotaciones dónde está situado el mismo Montesquieu: pertenece al último grupo mencionado, al de la toga. La rivalidad entre este funcionario noble y el noble de espada aparece con toda claridad en su exposición. Raras veces puede abstenerse de una apostilla irónica al hablar del noble de espada. Pero, comparadas con otras observaciones que se hacen mutuamente los representantes de las dos formaciones rivales de la nobleza, las de Montesquieu son todavía mesuradas y clementes. Pocos han visto como él que la regularidad con la que familias de la nobleza se arruinan, no es una simple manifestación de debilidades personales, sino una consecuencia de su situación social y, en especial, de su sistema axiológico-social.

Hace notar en primer lugar que sería injusto levantar la prohibición de que los nobles se enriquezcan mediante el comercio. Si esto se hiciera, se quitaría a los comerciantes el estímulo principal que tienen para ganar mucho dinero: cuanto más hábiles sean como comerciantes, tanto mayor es su probabilidad de abandonar el estamento de comerciantes y de poder comprar un título nobiliario. Si con ayuda de sus riquezas han ascendido a la nobleza de un cargo público, la familia puede quizá, un poco más tarde, promoverse hasta la nobleza de espada. Si esto sucede, se verán pronto obligados a disminuir su capital por los gastos que corresponden a su rango. Pues la nobleza de espada —dice Montesquieu con un tono ligeramente irónico— está compuesta de personas que están pensando siempre cómo pueden hacer una fortuna, pero, al mismo tiempo, considerando que es una vergüenza incrementarla sin empezar en seguida a despilfarrarla. Esta es la parte de la nación que consume el capital básico de su propiedad para servir a la nación. Cuando una familia se ha arruinado de este modo, deja el lugar a otra que igualmente empieza pronto a consumir su capital.

Así se cierra, en el modelo de Montesquieu, el círculo que de las familias burguesas enriquecidas y promovidas a la nobleza, lleva a las familias empobrecidas de la nobleza cuyos miembros, al final, deben quizá ganarse el pan con su propio trabajo y que, así despojados de su cargo y orgullo, vuelven a hundirse en la burguesía, "en el pueblo". El modelo simplifica la situación, pero, simultáneamente, ilumina la relación de límites fijos entre los estamentos jerárquicamente ordenados y sus elites con una relativa movilidad social que posibilita el ascenso y descenso individual de familias de un estamento y una élite a otros.

4. No se puede entender esta combinación de rigidez y movilidad de la estratificación social sin recordar que, en la forma en que la observa Montesquieu, constituye una parte integral del aparato absolutista de poder en Francia. Luis XIV había podido experimentar, durante su juventud, en sí mismo cuán peligroso puede ser para la posición del rey que elites estamentarias, sobre todo la nobleza de espada y los funcionarios de los altos tribunales y de la administración, superen sus aversiones recíprocas y hagan causa común contra el rey. Quizá había aprendido también de la experiencia de los reyes ingleses que debían, en gran medida, la amenaza a su posición y la debilitación de ésta, a la resistencia conjunta de los grupos de la nobleza y de la burguesía. En todo caso, el robustecimiento y consolidación de las diferencias existentes y de los contrastes y rivalidades entre los estamentos, especialmente entre las elites estamentarias, así como dentro de éstas, entre los diversos rangos y grados de su jerarquía de status y prestigio, formaba parte de las firmes máximas de su estrategia de dominio. Era totalmente manifiesto, como se mostrará todavía con mayor precisión, que estas oposiciones y celotipias entre los más poderosos grupos elitistas de su reino pertenecían a las condiciones fundamentales del poderío de los reyes que se expresó mediante conceptos tales como "ilimitado" o "absolutista"[3].

El largo dominio de Luis XIV ha contribuido mucho a que la rigidez y acrimonia específicas que adquirieron las diferencias estamentarias y otras diferenciaciones de rango social, por su uso constante como instrumentos de dominio por parte del rey, pueda percibirse tanto intelectual como sentimentalmente en los grupos involucrados mismos, como un rango esencial característico de sus propias convicciones. En virtud de que esta acre competencia por el rango, el status y el prestigio se arraiga en las convicciones, valoraciones e ideales de los gobernados, se reproducen continuamente, como un motor en ralenti, las así elevadas y endurecidas tensiones y celotipias entre los diversos estamentos y rangos y, en especial, entre los grupos dirigentes rivales de esta sociedad dividida jerárquicamente, aun cuando el juego consciente de este equilibrio de tensiones y el modo sistemático en que la dirige el rey, cede el sitio, tras la muerte de Luis XIV, a un manejo mucho más descuidado y menos consecuente. Como en otros casos, también aquí el acostumbramiento de grupos enteros de hombres a conductas forzadas o, de todos modos, fortalecidas al principio por su dependencia de otros y su sumisión a otros, contribuye considerablemente a que se hagan rutinarios los conflictos y tensiones.

[3] Sobre este punto véase también Apéndice I.

Lo que, en la investigación de las diferenciaciones y conflictos entre las elites estamentarias, se pone de manifiesto, no es menos válido para la movilidad social que lleva de una a otra capa estamentaria, pese a todas las rivalidades y diferencias de rango. También tal movilidad, también el ascenso y descenso de familias dentro de la sociedad estratificada en estamentos, son algo socialmente pretendido; esto es, no los crea ningún rey ni ningún otro individuo. Como la organización estamentaria de la estratificación social misma, así también la promoción y ruina de familias son, en primer lugar, formas fenoménicas de la dinámica inmanente de esta configuración. Pero cuando el equilibrio de poder de esta configuración conjunta de hombres se rompe tras una serie de luchas entre los representantes de los estamentos y los reyes, en favor de estos últimos, tal como sucede finalmente en Francia, después de muchas oscilaciones, el siglo XVII, entonces recae en el detentor de la posición regia la posibilidad de dirigir la movilidad social según sus propias ideas acerca de los intereses de tal posición o simple y sencillamente según sus propios intereses e inclinaciones. Y Luis XIV lo hizo a plena conciencia[4]. Después de su muerte, la explotación de tales oportunidades se convierte en una especie de rutina, que, al final, vuelve a estar expuesta algo más a la lucha interna por el poder de las formaciones elitistas cortesanas y de otra índole.

En tanto que el campo de acción del poder de la posición regia sigue siendo suficientemente amplio, los reyes y sus representantes tienen, en todo caso, la posibilidad de dirigir el ascenso social de familias, según su propio criterio y en favor de sus intereses, mediante el otorgamiento de títulos nobiliarios a ricas familias burguesas. Dado que también ellos están vinculados en alto grado al *ethos* del consumo de status y a la obligación de considerar su rango como criterio supremo de sus gastos, utilizan frecuentemente el privilegio de la nobleza como una fuente estamentaria de ingresos.

En el marco de tal configuración, el ascenso social puede ser

[4] Véase Ogg, D., *Louis XIV*, Londres, 1967 (O.U.P.), p. 140.

controlado y dirigido desde la posición regia, así como también el descenso social, en cierto grado. El rey puede a través de su favor personal, suavizar o evitar el empobrecimiento o la ruina de una familia noble; puede ayudarla otorgándole un cargo cortesano, un puesto militar o diplomático; puede darle acceso a una de las prebendas de las que dispone; puede darle simplemente un regalo en dinero, por ejemplo, una pensión. El favor del rey, en consecuencia, forma parte de las más importantes oportunidades de que puede gozar una familia de la nobleza de espada para poner término al círculo diabólico que la coacciona a la representación a costa de su capital. Se entiende que nadie quiera renunciar a esta oportunidad, comportándose en una forma que no agrade al rey. Como lo hace notar una vez Montesquieu, el rey lleva a sus súbditos a pensar *comme il veut*. No es difícil entender cómo es esto posible, cuando se estudia el entramado de dependencias en el que se encuentran imbricados el rey y sus súbditos.

5. Asimismo la importancia que las edificaciones cortesanas y su conformación tienen a los ojos de la correspondiente sociedad, se manifiesta únicamente cuando se las entiende en el contexto de la específica red de interdependencias en las que se encuentran entrelazados sus propietarios y sus círculos. La intelección de esta imbricación la dificulta hoy en día el que en las sociedades industriales más desarrolladas se ha hecho, por lo menos, posible mantener un alto status social y un gran prestigio social, sin que sea necesario continuamente poner a comprobación ante la opinión pública, tal status, mediante la correspondiente representación rica y cara, mediante el vestido, la casa y todo el modo de vida. No han desaparecido, por cierto, ni la presión social por un consumo de status, ni la competencia de prestigio que exige gastos monetarios por los símbolos de status. Muchas de las cosas que se han dicho aquí sobre la sociedad cortesana aguzan la vista para encontrar las correspondencias en las sociedades nacionales industrializadas, y ayudan para una conceptualización más nítida de los parentescos y diferencias estructurales. Se puede observar ciertamente también en las capas altas de las sociedades industrializadas una presión social para destacarse socialmente a través de un diferenciante consumo de prestigio, y luchas de competencia por las oportunidades de status y prestigio que, en parte, son zanjadas mediante el espectáculo competitivo de símbolos de status y prestigio relativamente costosos. La diferencia decisiva radica en que el consumo de prestigio y el deber de la representación en las capas elevadas de las sociedades industriales están comparativamente más privatizadas que en las sociedades cortesanas absolutistas. Su vinculación con las centrales luchas por el poder de las sociedades industriales es mucho más laxa. No están ya, en tales sociedades, directamente incorporados al aparato de dominio y apenas sirven ya de instrumentos de dominio. En consecuencia, la coacción social al consumo de prestigio y a la representación del status es, comparativamente, mucho menos intensa; no es tan inevitable, como en la sociedad cortesana.

Pertenece, pues, a las peculiaridades diferenciantes de las sociedades industriales —relativamente nuevas y sorprendentes desde el punto de vista de las sociedades anteriores—, el hecho de que aquí aun los grupos de ingresos más elevados, aun los más ricos ahorran e invierten una parte de sus entradas, de tal suerte que, si no invierten mal, se hacen cada vez más ricos, lo quieran o no. Los ricos y poderosos de las sociedades cortesanas gastaban ordinariamente todas sus ganancias en el consumo de representación. La disminución del deber social de representación aun entre los más poderosos y adinerados grupos elitistas de las sociedades industrializadas más desarrolladas ha adquirido una decisiva importancia para el desarrollo de la configuración de la casa, del vestido y, en general, para la evolución del gusto artístico. Por lo demás, en estas sociedades nacionales, los poderosos y los ricos no solamente ahorran como los más pobres y menos poderosos, sino que también trabajan como éstos. Podría decirse que, en cierto respecto, los ricos viven hoy como los pobres de épocas anteriores y los pobres como los ricos de esas mismas épocas.

6. En las sociedades preindustriales, la riqueza más estimada era aquella que uno no había trabajado y para la cual no necesitaba hacerlo, es decir, la riqueza heredada, principalmente las percepciones de la renta proveniente de una propiedad rural heredada. No el trabajo en cuanto tal, sino el trabajo para ganar dinero, así como la posesión misma de dinero trabajado se cotizaban muy bajo en la bolsa de valoraciones de las capas cortesanas de las sociedades preindustriales. Así sucedía con especial nitidez en la sociedad cortesana francesa que fue determinante los siglos XVII y XVIII. Cuando Montesquieu anotaba que muchas familias de la

nobleza de espada vivían del capital, ello significaba en primer lugar que vendían propiedades rurales, y después quizá joyas y otros objetos heredados de valor, para pagar sus deudas. Sus rentas disminuían, pero el deber de representación no les ofrecía ninguna posibilidad honorable de limitar su consumo. Adquirían nuevas deudas, vendían más tierra y sus ingresos seguían reduciéndose; aumentar éstos mediante una participación activa en empresas lucrativas comerciales, por una parte, estaba prohibido legalmente, y, por otra, era personalmente degradante. Era asimismo degradante limitar los gastos de la casa o de la representación. La presión de la competencia por el status, el prestigio y oportunidades de poder similares no era en esta sociedad menos fuerte que la presión de la competencia por la ganancia capitalista y similares oportunidades económicas de poder, en el mundo de los negocios de las sociedades industriales. Aparte las herencias, el casarse con rico y las demostraciones de benevolencia por parte del rey o de otros grandes cortesanos, los préstamos de dinero son el medio más sencillo a disposición de hombres que se encuentran en esta situación, para mantener a corto plazo el habitual consumo de status, supuesta la disminución de los ingresos. Sin tal consumo, una familia queda irremisiblemente rezagada en la ininterrumpida carrera de competición en la que participan sus rivales de status, y sufre una pérdida de consideración a sus propios ojos y a los de los demás. En muchos casos, como se ha mencionado, sólo el favor del rey puede salvar a familias nobles endeudadas de la ruina total.

No todas las familias de la sociedad cortesana cayeron en la ruina. No puede decirse actualmente de qué porcentajes se trata en cada caso. Lo esencial en este contexto no es el número, aunque tenga su importancia, sino ante todo la forma de las interdependencias a cuya presión se hallan sometidos los hombres de esta sociedad. Esta amenaza de ruina es perceptible incluso cuando una familia ha logrado con éxito que su barco sortee los reciales. Hay una gran cantidad de posiciones en la corte, en el cuerpo diplomático, en el ejército y en la iglesia que están fundamentalmente reservadas para los miembros de la nobleza de espada. La pertenencia a la sociedad cortesana o las conexiones con hombres que frecuentan la corte forman, en muchos casos, parte de las condiciones de acceso a tales posiciones, que aseguran un ingreso, pero simultáneamente traen consigo deberes de representación. Y al final, algunas familias de la nobleza, en especial, aquellas cuyo status y rango están por encima de toda duda, rompen el tabú que prohíbe participar en las grandes empresas industriales. Pequeños negocios y empresas siguen teniendo mala fama. Como introducción a los problemas de una formación elitista, que, en muchos aspectos, es diferente de las formaciones conocidas de las sociedades industriales, baste, por lo pronto, esta breve vista de conjunto sobre la red de interdependencias en la que están imbricados los hombres de esta sociedad cortesana; anticipa algunas cosas que —en parte, desde otros puntos de vista— serán tratadas con mayor profundidad en lo que sigue; podría ser asimismo una introducción útil al modo de pensar distanciado que se requiere cuando uno intenta acercar a la comprensión propia la estructura y experiencia de una sociedad distinta.

7. A primera vista, puede parecer extraño el hecho de que aquí se haya escogido una investigación de la estructura de las edificaciones como punto de partida para el estudio de interdependencias sociales. Es quizá inesperada especialmente la relación de la conformación de las casas aristocráticas con la estructura de dominio absolutista. Hoy en día, ha adquirido carta de ciudadanía la costumbre de distinguir con nitidez lo que se llama "sociedad" y lo que se denomina "Estado", sin que, por lo demás, se vincule siempre con la distinción conceptual una clara idea de su relación. Uno se ha habituado a la idea de que los fenómenos sociales pueden ser clasificados en determinados cajones conceptuales, sin que se requiera preguntar acerca de su relación recíproca. Se clasifica estos fenómenos, por ejemplo, como políticos, económicos, sociales, artísticos o de alguna otra manera, como si se tratara de algo evidente, y ordinariamente sin probar la adecuación de tales conceptos categoriales a los hechos observables, y sin tener presente un esquema claro de las relaciones entre las distintas categorías. El hecho que, como si se tratase del algo obvio, se sobreponga este esquema de clasificación —relacionado seguramente con la específica diferenciación profesional de las sociedades nacionales industrializadas— a sociedades que se encuentran en grado distinto de diferenciación, dificulta considerablemente la comprensión de éstas.

No merma ni la alegría estética que producen las edificaciones cortesanas, ni su significación artística, el descubrir la situación social de los cortesanos y hacer referencia a la relación que existe entre la configuración social y la conformación arquitectónica.

Respecto de las líneas de dependencia que conducen de la estructura de dominio a la configuración de las viviendas, es significativa la constatación de la Enciclopedia según la cual ningún palacio debe asemejarse por su ornamentación al palacio real. Como es evidente, la gradación se repite a través de todos los rangos. Se espera de una familia de la alta aristocracia cortesana, no perteneciente a la familia real, que, en la configuración de su residencia guarde la debida distancia de la casa de un príncipe de linaje. Lo mismo vige para todos los grados hasta el ínfimo rango. Depende, en cada caso, de la distribución efectiva del poder, en qué grado puede y debe tolerarse, bajo la presión de la competición de status, las desviaciones de la norma, por ejemplo, en el caso de los financieros enriquecidos. En las sociedades que nos son más conocidas, la interdependencia de la global distribución de poder en la sociedad, y de los variados aspectos de lo que clasificamos como "vida privada", dentro de los cuales se encuentra también la configuración de la vivienda, es relativamente indirecta y mediatizada. En la sociedad cortesana, por el contrario, es mucho más directa y los involucrados la tienen, en comparación, inmediatamente presente. Y dado que la diferenciación misma entre los aspectos "públicos" y "privados" de un hombre no va tan lejos como en las actuales sociedades industriales, la acusada distinción conceptual entre los ámbitos "públicos" y "privados" de la vida, normal en las sociedades industrializadas, tampoco es muy adecuada cuando se intenta aplicarla a los cortesanos.

8. Se aprende a entender mejor los contextos sociales de la propia vida cuando se profundiza en los de la vida de hombres de sociedades distintas. La investigación de la sociedad cortesana pone de manifiesto con mayor claridad de la que es habitual cuando sólo se piensa en la propia sociedad, que las valoraciones particulares son un eslabón en la cadena de las interdependencias coactivas, a las que uno se halla sometido. Teorías filosóficas y sociológicas se ocupan son frecuencia de aquello que se llama "valores" o "actitudes valorativas", como de algo "último" y "absoluto" que no puede aclararse más. Parece entonces que los hombres deciden con plena libertad cuáles valores o actitudes valorativas quieren hacer suyos. No se pregunta de dónde proceden los valores que los hombres pueden apropiarse, como tampoco los niños inquieren de dónde toma el "Santaclaus" o "Papá Noel" sus regalos, o la cigüeña, los niños. También pasan fácilmente inadvertidas las limitaciones y coacciones a que uno está sometido por los valores a los que uno se adhiere, o por las propias actitudes valorativas.

Lo que ha sido dicho aquí sobre la sociedad cortesana, puede hacer más fácil el acceso a una comprensión de las relaciones entre estructuras sociales y de dominio, y actitudes valorativas. Cuando uno crece en una sociedad en la cual la posesión de un título nobiliario tiene una categoría superior a la propiedad de riquezas adquiridas por el trabajo, y la pertenencia a la corte del rey o aun el privilegio de acercarse a la persona del rey —de acuerdo con la existente estructura de poder—, como oportunidad de vida, ocupa un extraordinariamente elevado rango en la escala de los valores sociales, entonces es difícil escapar a la coacción de orientar los objetivos personales según estas valoraciones y normas sociales, y de participar en la lucha competitiva por tales oportunidades, cuanto lo permita la posición social de la propia familia y la autoestimación de las capacidades personales. Lo que, como objetivo, se considera digno de la fatiga de un esfuerzo largo, nunca está únicamente determinado por el aumento en satisfacción y valor que cada progreso en dirección al fin tiene a los ojos del que se esfuerza, sino también por la expectativa de una aprobación del propio valor o un incremento de valor y respeto por parte de los demás. Para un hombre sano, no puede haber ningún absoluto punto cero en la relación que existe entre la imagen que él se hace de su valor y de los valores hacia los cuales dirige su esfuerzo, y la aprobación o desaprobación de esta imagen en la conducta de otros hombres. Esta interdependencia constitutiva de las actitudes de valor de muchos individuos en una sociedad hace difícil, si no imposible, que el individuo intente realizar un empeño y esfuerzo que no tiene ninguna probabilidad de aportarle, en el presente o en el futuro, el premio de la consideración, el reconocimiento, el amor, la admiración, en una palabra, de la aprobación o elevación de su valor a los ojos de los demás. Dicho de otro modo, esta interdependencia valorativa reduce la posibilidad de que un individuo crezca sin que tales actitudes valorativas sociales se conviertan en parte de sí mismo. Es mínima la probabilidad de que un individuo pueda estar completamente al margen, sin participar, en algún sentido, en las luchas de competición por las oportunidades respecto de las cuales piensa o siente que también otros consideran valiosas, sin buscar la realización de su esfuerzo de tal modo que

quede asegurada una cierta acreditación de su valor mediante la conducta de los demás. Muchas oportunidades vitales, si bien no todas, por cuya posesión los hombres de la sociedad cortesana se esforzaron frecuentemente con todas sus energías, han perdido, entre tanto, brillo e importancia. ¿Cómo era posible sencillamente —podría uno preguntarse— que esos hombres se excitaran por tales naderías, o que incluso consagraran toda su vida a objetivos tan faltos de sentido? Pero aunque el brillo de muchos altos valores ha desaparecido con la estructura de poder que les daba sentido, la situación de los hombres de esta misma sociedad y con ella también la comprensión de la interdependencia de las valoraciones, que ancla en el individuo el deseo de alcanzar los objetivos sociales que son considerados valiosos, puede, en el estudio sociológico, resurgir nítida y vívidamente para hombres de una sociedad distinta. No se requiere compartir las actitudes valorativas de los cortesanos para entender que pertenecen a las coacciones de su existencia social y que, para la mayoría de esos hombres, era difícil, si es que no imposible, salirse de la competición por las oportunidades sociales consideradas valiosas. En la sociedad cortesana, tenía mucho sentido ser un duque, un conde, un privilegiado en la corte, para cada uno de los que detentaban estas posiciones. Toda amenaza contra la posición privilegiada de alguna casa, así como contra el sistema de los privilegios escalonados en general importaba un peligro para aquello que daba valor, significación y sentido a los hombres de esta sociedad, a sus propios ojos y a los de aquellos que frecuentaban y cuya opinión les interesaba. Toda derrota significaba una pérdida de sentido. Por ello, cada uno de estos hombres debía también cumplir con todos los deberes de representación que estaban vinculados con su posición y sus privilegios. Respecto del escalafón de los rangos y de la posición en esta sociedad llena de grados había contraposiciones de valores de la más variada índole. El sistema entero estaba repleto de tensiones y dominado por innumerables rivalidades entre hombres que buscaban conservar su posición bien limitada respecto de los que estaban abajo, y quizá también mejorarla respecto de los superiores, mediante un corrimiento de las fronteras. De todas partes saltaban las chispas. Pero aunque grupos de intelectuales cortesanos empezaron a cuestionar el sistema mismo de privilegios, la masa de los privilegiados continuó aferrada a su configuración de sociedad cortesana, como se mostrará todavía. Entre tanto, hubo innúmeros conflictos y tensiones respecto de privilegios particulares, pero la amenaza contra los privilegios en cuanto tales significaba para la mayoría de los privilegiados un peligro global para aquello que, en su sentimiento, daba sentido y valor a su vida. Como en otras sociedades, también en la absolutista de Francia hubo enclaves destinados a los hombres que buscaban su autorrealización apartándose de los campos donde se situaban estas centrales oportunidades de valor, y de las luchas competitivas por tales oportunidades. Los monasterios y algunas otras posiciones eclesiásticas ofrecían la posibilidad del apartamiento y el retiro. Pero, a su vez, abrían con frecuencia el camino a otras formas de competición por el status y el prestigio.

9. Mucho de lo que los cortesanos consideraban digno del esfuerzo y del trabajo ha desaparecido y casi parece carecer de valor. Pero no todo en absoluto. Intimamente relacionadas con las actitudes valorativas estamentario-cortesanas que han perdido su sentido y su valor, hay otras que casi los conservan iguales. A éstas pertenece toda una serie de obras de arte y literatura que son características de la formación peculiar del buen gusto en la sociedad cortesana; a éstas pertenecen, entre otras cosas, toda una serie de edificios. Se entiende mejor el lenguaje de las formas, cuando simultáneamente se capta el tipo del deber de representación y de la sensibilidad estética que juntamente con la competencia de status, caracteriza esta sociedad. Así, fenómenos sociales que no han perdido su valor se relacionan con otros que ya no lo tienen. Tampoco pierde ciertamente por completo, su significado la lucha de los hombres contra las coacciones de su interdependencia, tal como se manifiesta en tal análisis de configuraciones, aun cuando las coacciones propias sean de otra índole.

Las concepciones sobre los valores y las actitudes axiológicas humanas se dividen de ordinario, siguiendo una antigua tradición filosófica, en dos apartados conceptuales que habitualmente se consideran diametralmente opuestos. Parece entonces que todas las actitudes axiológicas pertenecen a una de estas dos categorías; según esto, uno puede solamente elegir entre la idea según la cual todos los valores humanos son "relativos", y la idea según la cual, todos son "absolutos". Pero esta simple antinomia apenas atiende a los hechos observables. El buscar las relaciones entre la estructura de poder y la escala axiológica social no significa más que inves-

tigar los hechos que pueden ser indicados de un modo fiable; no quiere decir que se hable en favor de la idea de un absoluto relativismo axiológico. Por otro lado, esta constatación misma no incluye ninguna adhesión al absolutismo axiológico. Si uno se preocupa por categorías teóricas que pueden probarse y deben acreditarse en el curso de la misma investigación de los hechos, entonces estas usuales clasificaciones filosóficas resultan aún simplificaciones indiferenciadas. Los problemas con los cuales se enfrenta uno durante el estudio sociológico son mucho más complejos y diferenciados de lo que permite suponer esa simple contraposición conceptual. El sacrificio de la vida humana al servicio de valores pasajeros, pero que, en su época, se consideran eternos, se puede observar por doquiera en el desarrollo de las sociedades de hombres. Pero el sacrificio al servicio de valores transitorios contribuye a veces a la formación de obras y configuraciones humanas de un valor más duradero. Sólo mediante investigaciones comparativas que se interesen también por comprender las estructuras de poder y las escalas axiológicas desvalorizadas, puede uno esperar la adquisición de una imagen más clara de las que tienen una probabilidad de ser más duraderas y sólidas.

V. ETIQUETA Y CEREMONIAL: CONDUCTA Y MENTALIDAD DE HOMBRES COMO FUNCIONES DE LAS ESTRUCTURAS DE PODER DE SU SOCIEDAD

1. Para entender los peculiares *ethos* y conducta cortesano-aristocráticos de la buena sociedad, es necesaria una imagen de la estructura de la corte. La relación de la "buena sociedad" con la corte no fue, sin embargo, siempre la misma.

El *monde* del siglo XVIII fue una forma social estraordinariamente sólida e íntimamente coherente, si se la compara con las relaciones sociales actuales. Pero, por otro lado, fue también más laxa, comparada con el *monde* del siglo XVII, expecialmente con la "buena sociedad" en la época de Luis XIV, pues en ésta, la corte no era sólo su centro fundamental y decisivo, sino que, puesto que Luis XIV, por razones que tendrán que discutirse todavía, no veía con buenos ojos la dispersión de la sociabilidad que entrañaba la formación de círculos sociales al margen de la corte —si bien no pudo evitarlos por completo— la vida social se concentraba predominantemente en la corte misma[1]. Después de su muerte, se inicia un proceso paulatino en el que va abriéndose el cerrado círculo[2]. La sociabilidad encontró, en primer lugar, sus más nobles salones en el Palais Royal, donde residía el regente; en el Temple donde, exiliado todavía en la época de Luis XIV, en todo caso de 1706 a 1714, residió el gran prior de Vendôme, descendiente de un bastardo de Enrique IV, y, después de él, el duque de Conti, y en un castillo del duque de Maine, uno de los más poderosos bastardos de Luis XIV, que después de la muerte de éste, competía sobre todo por el poder político con el duque de Orleans y su mujer, miembro de la gran Casa Condé, como princesa de linaje y, por

[1] Con todo, la corte francesa —como se mostrará— no se encuadra en absoluto en la imagen que de ordinario se asocia con el concepto de "comunidad". Pero con ello no queda dicho, por ejemplo, que la formación social de la corte real absolutista se ajuste mejor a la categoría contraria de "sociedad".

[2] Véase a este respecto también Taine, *Les origines... L'ancien régime*, t. I, cap. 2, 1, p. 191: "La monarquía ha engendrado la corte que ha producido la sociedad cortés".

tanto, superior en rango a su marido. Todos estos círculos no eran otra cosa que pequeñas cortes[3].

Más tarde, bajo Luis XV, parte de la importancia de estos palacios pasa a los *hôtels*, residencias de los aristócratas cortesanos que no pertenecen a la familia real[4]. La corte real misma no perdió por ello de ninguna manera su relevancia como centro. Aquí confluían finalmente todos los hilos de la sociedad, de aquí seguían dependiendo el rango, la estimación y hasta cierto punto los ingresos de los cortesanos. La corte sólo compartía su importancia como representante de la sociabilidad, como formador de la cultura social, desde entonces y cada vez más, con los círculos aristocráticos. La sociabilidad y la cultura social iban descentralizándose lentamente, y se extendían de los *hôtels* de la nobleza cortesana hasta los *hôtels* de los financieros. Y en este grado de desarrollo, el *monde* producía aquel famoso florecimiento de la cultura de salón.

Bajo el débil reinado de Luis XVI y con el crecimiento de la riqueza burguesa, la corte siguió perdiendo importancia como centro social[5]. La buena sociedad se abrió todavía más, sin que, por lo demás, desaparecieran totalmente sus fronteras hacia abajo, que siguen siendo difíciles de captar en una vista retrospectiva[6]. Finalmente todo el sistema fue arrasado por el ímpetu de la revolución. En su lugar se forma entonces en el *Empire* una "buena sociedad" nueva que tiene primero su centro en la corte napoleónica, pero que no vuelve a alcanzar en conformación de la vida, en meticulosidad y refinamiento del modo de vida, las cotas antiguas, en

[3] Véase E. y J. de Goncourt, *La femme...*, cap. 2.

[4] Este desplazamiento del punto de gravedad de la buena sociedad y la sociabilidad del palacio del rey al palacio de los príncipes, y de éste a los *hôtels* de la alta nobleza y —a cierta distancia— de la rica burguesía estamentaria, llegó, por los demás, a expresarse también en el estilo de la buena sociedad. El paso del clasicismo al rococó y de éste al estilo Luis XV corresponden con bastante exactitud a este cambio del centro de gravedad y a la transformación de la sociedad cortesana.

[5] Bajo éste, se retiró por primera vez de la corte una parte de las grandes familias cortesanas, por ejemplo, los Rohan, los Noailles, los Montmorency. Véase, entre otros, Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert*, Berlín o. D., p. 57.

[6] Que todavía existen, se observa por ejemplo en expresiones como la siguiente, típica, que al mismo tiempo es constatación de algunas de las cosas que se han dicho anteriormente sobre las valoraciones y motivaciones del *monde*. El ministro Necker da una esplendorosa fiesta: "Resulta —dice un relato de la época— que esta fiesta le valió más reputación de solvencia, favor y estabilidad que todas sus operaciones financieras. No se ha hablado más de un día de su última disposición respecto del vigésimo, mientras que todavía se comenta en este momento la fiesta que ha dado." *Correspondencia secreta*, V, 277. Citado por Taine, I, cap. 2, 2, p. 108.

virtud de las diferentes condiciones a las que debe su existencia. Desde este momento, la cultura de la sociabilidad y del gusto se alimenta de la herencia del siglo XVIII. Las nuevas tareas que hay que dominar ahora se sitúan en esferas distintas.

Es bueno ver estas líneas: el salón de la nobleza y de los financieros del siglo XVIII desciende del salón real de la segunda mitad del siglo XVII. En la corte de Luis XIV se forma y constituye propiamente la nueva sociedad cortesana. Aquí concluye definitivamente un proceso que venía preparándose desde hacía mucho tiempo: aquí se convierten de modo definitivo los caballeros y los epígonos cortesanos de la hidalguía en cortesanos en el sentido propio de la palabra, esto es, hombres cuya existencia social y no en último término, con frecuencia, también sus ingresos dependen de su prestigio y consideración en la corte y en la sociedad cortesana.

2. La jerarquía de las viviendas, símbolo de la jerarquía social, ha sido recorrida arriba, desde las casas de alquiler hasta los *hôtels*. Falta, sin embargo, aún hablar de las principales formas de esta jerarquía: del palacio real, auténtico centro de la corte y de la sociedad cortesana, y, por consiguiente, también de aquel edificio que sobresale de cualquier otro, pues en él los cortesanos recibieron una formación determinante para toda Europa.

El palacio del rey ha encontrado en una determinada construcción su suprema expresión: el palacio de Versalles. Y vale la pena asimismo, después de investigar sobre los *hôtels*, que, bajo Luis XIV, constituían simples dependencias del palacio real, antes de convertirse en centros de la relativamente descentralizada vida cortesana, estudiar con detalle, sociológicamente, el punto de partida de este movimiento, el palacio de Versalles mismo, al menos desde dos aspectos.

Contemplando este edificio, salta a la vista de inmediato algo bastante peculiar: se trata de un complejo de edificaciones capaz de albergar muchos miles de hombres. Numéricamente, la población de una ciudad podría reunirse allí. Pero esos miles no habitan aquí juntos a la manera de los habitantes de una ciudad, en la que las familias particulares forman las unidades sociales cuyas necesidades y límites se encuentran recíprocamente cerrados y estructurados según las unidades de espacio, sino que todo este complejo edificacional constituye la casa del rey, así como el aloja-

miento, al menos pasajero, de la sociedad cortesana en conjunto. Por lo menos a una parte de los hombres de esta sociedad le era asignado siempre un alojamiento en la casa del rey. Luis XIV veía con satisfacción que la nobleza se hospedara en su casa, siempre que estaba allí la corte, y se alegraba cada vez que se le pedía un alojamiento en Versalles[7]. Sobre todo la alta aristocracia se mantenía casi constantemente en la corte, según los deseos del rey, y tenía que trasladarse con frecuencia, a diario, desde el *hôtel* de la ciudad: "Yo no saldré apenas de la corte —decía en alguna ocasión St. Simon—, ni Mme. St. Simon, tampoco"[8]. Y debe saberse que St. Simon no ocupaba ningún cargo cortesano que lo hubiese aún materialmente ligado de un modo más inmediato a la corte.

Es difícil de averiguar el número exacto de personas que habitaban o podían habitar en el palacio de Versalles. Sin embargo, se nos informa que en el año 1744 se alojaban en el palacio alrededor de 10 000 personas, incluida servidumbre[9]; ello da una idea aproximada de su tamaño. Por supuesto que, en tales ocasiones, se hallaba repleto hasta los topes.

En correspondencia con las unitarias necesidades de la vivienda y de los usos sociales en la aristocracia cortesana, en el palacio real se encuentran todos los elementos característicos del *hôtel*. Pero así como éstos se repiten, empequeñecidos, en las casas burguesas, aquí se engrandecen hasta lo monumental, se elevan —por así decirlo— a una alta potencia, y no, por cierto, únicamente por razón de necesidades prácticas, sino en relación con la característica que éstos poseen de indicar la posición de poder regia, que es depositaria del prestigio. Esto es ya más válido para el patio que para el palacio. Ciertamente el rey necesitaba un patio mayor para la llegada de las carrozas que el de cualquier otro habitante de su reino, pues en su casa se reunían una mayor cantidad de gente y, por tanto, también de carruajes. Pero como en un bien sujeto al tráfico de mercancías, su auténtico valor de uso —su sentido y fin inmediato— pasa a segundo plano frente al sentido y fin mediato de ser mercancía y valor de cambio por determinada cantidad de dinero,

[7] Dice St. Simon en la concisa descripción de Luis XIV, tras la muerte de éste: "Ordenó erigir en Versalles un número infinito de habitaciones, y se sentía adulado cuando se le pedía alguna". En el mismo pasaje, St. Simon habla también de los "inmensos edificios" que el rey mandó construir en Versalles sin cesar.

[8] *Mémoires*, París, Delloye, 1843, t. 17, cap. 35, p. 248.

[9] Véase Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert*, Berlín o. D., p. 109.

así aquí el inmediato valor social de uso del patio, como casi de cualquier otro objeto de uso, se ve recubierto por su valor social de prestigio.

Al describir el patio que conviene a un gran *hôtel*, la Enciclopedia dice[10] que se trata aquí de proyectar un patio "que indicase por su aspecto el rango del personaje que debería habitarlo". Debe uno evocar este tipo de vivencia del patio de acceso, cuando se transita por el camino al palacio de Versalles. No bastaba con *un* patio para manifestar la dignidad y rango del rey, sino que se requería un amplio antepatio —*avant cour*— que debe atravesar a pie o en carruaje el que viene por el oeste, y que se asemeja más a una plaza abierta que a un patio en el sentido estricto de la palabra. A su lado, dos avenidas conducen al castillo, cada una de las cuales está flanqueada por una larga ala del edificio, orientada de oeste a este. Entonces se llega al palacio propiamente dicho. El patio se hace estrecho. Se atraviesa un patio cuadrado que sale a otro más pequeño; ambos constituyen la *cour royale* y terminan finalmente en un tercer patio aún más reducido, el patio de mármol al que circunda por tres lados al cuerpo central del castillo. Esta parte central es tan grande que forma todavía, en su interior, cuatro pequeños patios, situados de dos en dos, a derecha e izquierda. Aquí, en el primer piso del centro del palacio, habitaban el rey y la reina con su corte. La mayor parte de la *cour royale* queda formada por dos estrechos salientes del castillo central que se juntan, hacia el norte y el sur, con las dos alas laterales del castillo, largas y fuertes. Al norte están situados, entre otras cosas, la capilla y, separado por un pequeño patio, el lugar de la ópera; al sur, las habitaciones de los príncipes reales y del hermano del rey. Y toda esta construcción con sus alas, sus patios, sus cientos de apartamentos, sus miles de espacios, sus pasillos grandes y pequeños, a veces oscuros, a veces luminosos, constituye, por tanto, al menos en la época de Luis XIV, la auténtica casa de la corte y de la sociedad cortesana.

3. Es siempre de una cierta importancia la función habitacional que se destaca al adjudicarle el espacio o espacios centrales de la propia casa, y esto puede decirse muy especialmente del *ancien régime*, donde la capa dominante no arrendaba ni ocupaba final-

[10] Enc. Colección de Estampas, *Architecture*, V parte, p. 25.

mente cuartos reducidos por un cálculo racional, que ya existían, sino que las necesidades de vivienda y, sobre todo, de prestigio determinaban los gastos y, por consiguiente, la configuración de la casa.

En este sentido, no es, pues, poco interesante ver que la habitación central del primer piso desde cuyas ventanas se tenía, en línea recta, una vista panorámica del patio de acceso, el patio de mármol, la *cour royale,* así como de la anchura de la *avant cour,* estaba destinada al cuarto-dormitorio del rey.

En esta disposición, no se expresa, por cierto, otra cosa que una costumbre que se encontraba con frecuencia en las residencias rurales de los altos señores. También en éstas se prefería dar la función de dormitorio al espacio central del primer piso[11]. Esta ordenación en el palacio puede tomarse, pues, como una expresión del grado en que el rey se sentía aquí jefe de la casa; pero, como ya se dijo anteriormente[12], las funciones de rey y de dueño de la casa se mezclaban en Luis XIV de una manera que a nosotros nos resulta casi inimaginable. Las dimensiones del poder real influían en la configuración de sus funciones domésticas. El rey era, en cierto modo, amo de casa en todo el país y soberano aun en sus habitaciones aparentemente más privadas. La configuración del dormitorio real —y no sólo de éste— se relaciona íntimamente con este hecho. Esta habitación, como es sabido, era escenario de un ritual peculiar que apenas iba a la zaga, en solemnidad, de una ceremonia estatal, y en el cual se ve directamente cómo los caracteres del soberano como jefe de casa y como rey se fundían aquí en una sola cosa.

Se menciona con bastante frecuencia las ceremonias en el dormitorio de Luis XIV. Pero en este contexto no basta con considerarlas como una cosa curiosa, como una pieza empolvada de un museo de historia en la cual una cierta rareza y heterogeneidad admiran a los espectadores; sino que interesa revivirlas paso por paso, de tal modo que sea posible hacer inteligibles, en ellas, la estructura y el funcionamiento de la configuración cortesana de la que son una parte, y, por lo tanto, también los caracteres y actitudes de los hombres que, entre sí, la forman y que son acuñados por ella.

[11] Véase Blondel, *De la distribution des maisons de plaisance* (De la distribución de casas de recreo), París, 1737.
[12] Véase antes, p. 17 ( ).

Como un ejemplo de la estructura, técnica y formación de la vida cortesana, describamos, pues, extensamente, esto es, rasgo por rasgo, en primer lugar, una de las ceremonias cuyo escenario era el dormitorio del rey, y que, en el sentido estricto de su importancia, pone de relieve, por lo demás, también este tipo de dominio, como se especificaría, hoy en día, un proceso de trabajo en una fábrica, una tramitación en una oficina o el ritual real de una simple tribu; describamos la ceremonia del *lever* (levantarse) del rey[13].

4. Habitualmente a las 8 de la mañana y, en todo caso, a la hora que él mismo había determinado, el rey es despertado por el primer ayuda de cámara que duerme a los pies de la cama real. Las puertas se abren a los pajes de cámara[14]. Uno de ellos, entre tanto, ha avisado ya al *grand chambellan* (gran chambelán)[15] y al primer camarero; otro a la cocina real[16] para el desayuno; un tercero hace guardia en la puerta y sólo permite la entrada a los señores que tienen este privilegio.

Tal privilegio tenía un escalafón muy preciso. Había seis grupos distintos de hombres a quienes se concedía entrar uno tras otro. A este respecto se hablaba de las diversas *entrées.* En primer lugar se hallaba la *entrée familière* en la que tomaban parte sobre todo los hijos y nietos legítimos del rey (*Enfants de France*), príncipes y princesas de linaje, el primer médico, el primer cirujano, el primer camarero y los pajes de cámara.

Seguía después la *grande entrée,* formada por los *grands officiers de la chambre et de la garderobe*[17] y los señores de la nobleza a quienes el rey había concedido este honor. Venía en seguida la

[13] Acerca de lo que sigue, véase Marion, *Dictionnaire des Institutions de la France au XVII et XVIII siècle,* París, 1923. Art. *Etiquette,* y St. Simon, *Mémoires,* 1715.
[14] St. Simon describe aquí algo distinto: dice que primero entraban el médico y la nodriza del rey, mientras vivió, que le daban friegas.
[15] El oficio de gran chambelán o gran camarero es uno de los grandes oficios cortesanos. Quien lo ostenta vigila a todos los oficiales de la cámara del rey. Véase Enc. Art. *Chambellan.*
[16] Su término exacto es *bouche;* véase sobre este punto también la p. 26 y Enc. Art. *Bouche.*
[17] En este ejemplo puede verse por qué muchos de estos títulos no son aquí traducidos. Sería posible hablar o de los altos o grandes oficiales de cámara o de los grandes funcionarios de cámara. Ambas expresiones suscitarían asociaciones de ideas totalmente distorsionadas. Todos estos oficios cortesanos son venales; por supuesto, requieren la autorización del rey y además, en la época de Luis XIV, están reservados exclusivamente para la nobleza. Ni la estructura ni las funciones de esta jerarquía cortesana son idénticas a lo que se entiende habitualmente por oficial o funcionario.

première entrée, compuesta por los lectores del rey, los intendentes de diversiones y solemnidades y otros. La cuarta entrada, *entrée de la chambre*, incluía el resto de los *officiers de la chambre*, además del *grand-aumônier* (primer limosnero), los ministros y secretarios de Estado, los *conseilleirs d'Etat*, los oficiales de la guardia personal, los mariscales de Francia, etc. La admisión de la quinta entrada dependía hasta cierto punto de la buena voluntad del primer camarero y, naturalmente, del beneplácito del rey. Estaba formada por señores y damas de la nobleza que gozaban de tal favor del rey, que el camarero les permitía la entrada; tenían así preferencia para acercarse al rey antes que los demás. Había finalmente un sexto tipo de entrada que era la más solicitada de todas. No se entraba por la puerta principal del dormitorio, sino por una puerta trasera; esta entrada estaba abierta a los hijos del rey, aun a los ilegítimos con sus familias y yernos, así como, por ejemplo, al poderoso *surintendant des bâtiments*. Pertenecer a este grupo era considerado una enorme gracia, pues sus miembros tenían licencia de entrar en cualquier tiempo al gabinete real, siempre que el rey no celebraba consejo o hubiese comenzado un trabajo especial con sus ministros, y podían permanecer en la habitación hasta que el rey salía para ir a misa y aun cuando estaba enfermo.

Como es evidente, todo estaba dispuesto con bastante exactitud. Los dos primeros grupos eran admitidos cuando el rey todavía estaba en el lecho y llevaba una pequeña peluca, pues nunca se presentaba en público sin ella, ni siquiera estando en la cama. Cuando se había levantado y el gran chambelán con el primer camarero le habían vestido la toga, se llamaba al grupo siguiente, la *première entrée*. Cuando el rey se había calzado, llamaba a los *officiers de la chambre* y se abrían las puertas para la siguiente *entrée*. El rey tomaba su toga. El *maître de la garderobe* tiraba de la camisa de noche por la manga derecha, el primer sirviente de la *garderobe*, por la izquierda; el gran chambelán o uno de los hijos del rey presentes en ese momento traía la camisa de día. El primer camarero sostenía la manga derecha, el primer sirviente de la *garderobe*, la izquierda. Entonces el rey se ponía la camisa, se levantaba de su sillón y el *maître de la garderobe* lo ayudaba a atarse los zapatos, le sujetaba la espada al costado, le vestía la túnica, etc. Una vez que estaba totalmente vestido, el rey hacía una breve oración, mientras el primer limosnero o algún otro eclesiástico si aquél estaba ausente, pronunciaba un rezo en voz baja. Mientras tanto, toda la corte esperaba ya en la gran galería situada detrás de los jardines, esto es, atrás del dormitorio del rey, ocupando toda la anchura de la parte central del primer piso del castillo[18]. Tal era el *lever* del rey.

Lo que por lo general sorprende en esto es, en primer lugar, la meticulosa exactitud de la organización. No se trata, sin embargo, como es obvio, de una organización racional en sentido moderno, pese a que cada "paso" esté previamente determinado, sino de un tipo de organización donde cada acto recibe el carácter de prestigio que está vinculado con él, en cuanto símbolo de la respectiva distribución del poder. Lo que en el marco de la actual estructura social tiene, por lo general, aunque no siempre, el carácter de funciones secundarias, poseía aquí ampliamente el de las funciones primarias. El rey utilizaba sus instalaciones más privadas para definir diferencias de rango y para repartir distinciones, demostraciones de gracia o, por el contrario, de desaprobación. Con esto queda ya insinuado que la etiqueta tenía, en la estructura de esta sociedad y de esta forma de gobierno, una función simbólica de gran importancia. Es preciso profundizar más aún en el ámbito de la vida cortesana para poner de manifiesto esta función junto con la diferencia que ostentaba como función del rey y simultáneamente como función de la nobleza.

5. La conducta que se hacía patente arriba en relación con la jerarquía de las casas, aparece aquí todavía más marcada, cuando se la ve funcionar en relación con el factor de poder determinante de esta sociedad estatal, esto es, con el rey; se delinean al menos en esbozo, con bastante claridad, las coacciones sociales que tal conducta criaba y hacía necesarias. El hecho de que el rey se quitara la camisa de noche y vistiera la de día era, sin lugar a dudas, una función necesaria, pero adquiría en seguida, como se ha visto, un sentido distinto en el contexto social. El rey hacía de ella, para los

[18] Con mucha frecuencia, se encontraban análogas construcciones —por ejemplo, una terraza grandísima— en las casas de campo de los nobles más prominentes. Es interesante observar cómo el uso arquitectónico es utilizado aquí para los fines de la etiqueta cortesana. La galería o terraza (véase también Blondel, *De la distribution des maisons de plaisance*, Paris, 1737, p. 67), en otras ocasiones quizá lugar de trato espontáneo, adquirió aquí asimismo la función de una antecámara, de un cuarto de servicio para la aristocracia cortesana, y se utilizaban sus especiales dimensiones para reunir a toda la corte.

nobles involucrados, un privilegio que distinguía a éstos sobre los demás. El gran chambelán tenía el privilegio de ayudar en ello, pero estaba prescrito con toda precisión que tal privilegio sólo podía otorgarse a un príncipe[19], y con igual exactitud se actuaba respecto de las autorizaciones y habilitaciones para participar en alguna de las ***entrées***. Tales participación y autorización no tenían ningún objetivo de utilidad, por el que estamos inclinados a preguntar en primer lugar. Pero cada acto en el curso de la ceremonia poseía un valor de prestigio perfectamente escalonado que se comunicaba a los que en él participaban, y, en cierto grado, se independizaba el valor prestigio de aquel acto, del ponerse la camisa, de la primera, segunda o tercera entradas, etc. Se convertía en un ***fetiche de prestigio***, de un modo similar al que fue mencionado a propósito del patio del palacio o de la ornamentación de una casa de la nobleza. Servía de indicador de la posición del individuo dentro del equilibrio de poder entre los numerosos cortesanos, extremadamente lábil, que el rey dirigía. El valor de uso de inmediatos beneficios, incluido en todas estas acciones, quedaba más o menos postergado o, en todo caso, era bastante insignificante. Lo que otorgaba a estos actos su significación grande, seria y grave, era exclusivamente la valía que, dentro de la sociedad cortesana, comunicaban a los que en ellos participaban, esto es, la relativa posición de poder, el rango y la dignidad que ponían de manifiesto.

Y no cabe duda que ya en la época de Luis XIV, este carácter fetichista se hallaba configurado con bastante precisión, aunque, entonces, conservó siempre la relación con determinadas funciones primarias. Era suficientemente fuerte para evitar siempre un completo funcionamiento en vacío de la etiqueta y una dominación de las funciones primarias por las secundarias, mediante su intervención[20].

Pero más tarde, se relajó esta relación de muchas maneras y el carácter de fetiche de prestigio de los actos de etiqueta pasó clara y manifiestamente al primer plano. Es entonces especialmente fácil, desde cierto aspecto, dejar abierto el mecanismo que daba vida

[19] Véase, Enc. Art. *Chambellan*.

[20] La reconstrucción de tal ceremonial, visto desde cerca, facilita, como es evidente, la comprensión del significado de este fenómeno social en el contexto más amplio de este sistema de poder. Se mezclaban en un complejo funcional indivisible al menos tres niveles de funciones en este ceremonial cortesano: funciones de utilidad, de prestigio y de poder o estatales. No resulta bastante adecuada la contraposición, postulada por Weber, entre racionalidad final y axiológica, al intentar aplicarla a tales fenómenos.

a la etiqueta y la producía continuamente: después de que se había construido una jerarquía de privilegios dentro de la etiqueta, fue mantenida ya sólo por la competencia de los que se hallaban imbricados en este aparato, de los que ésta privilegiaba y, comprensiblemente, de los hombres preocupados por la conservación de todo privilegio, por pequeño que fuera, y de las oportunidades de poder que éste daba, y prosiguió expandiéndose de una manera tan fantástica como la economía que desencadenó para proveerse. En la época de Luis XVI y María Antonieta se vivía, en términos generales, todavía bajo la misma etiqueta de tiempos de Luis XIV. Todos los participantes, desde el rey y la reina hasta los nobles de diversos grados, la seguían desde hacía tiempo contra su voluntad. Poseemos suficientes testimonios de que había perdido su dignidad en el curso del mismo relajamiento que ya hemos mencionado. Sin embargo, la etiqueta continuó existiendo, en su totalidad, hasta la Revolución, pues renunciar a ella habría significado tanto para el rey, como para el último de los camareros, abandonar sus privilegios y una pérdida de oportunidades de poder y valores de prestigio. El siguiente ejemplo muestra[21] el grado en que la etiqueta funcionaba en vacío y cómo las funciones secundarias de poder y prestigio, en las que se hallaban involucrados los hombres, pudieron finalmente dominar también las funciones primarias que revestían.

El *lever* de la reina se realizaba de forma análoga al del rey. La dama cortesana en servicio tenía el derecho de acercar la camisa a la reina, mientras ésta se vestía. Las damas palaciegas le ponían la enagua y el vestido. Pero si, ocasionalmente, llegaba una princesa de la familia real, a ésta asistía el derecho de poner la camisa a la reina. Una vez, pues, que la reina era totalmente desvestida por sus damas, su camarera sostenía la camisa y apenas la había presentado a la dama cortesana, cuando entraba la duquesa de Orleans. La dama cortesana devolvía la camisa a la camarera, quien quería entregarla a la duquesa, en el preciso momento en que se acercaba la condesa de Provence, de mayor rango. La camisa volvía de nuevo a manos de la camarera y sólo de manos de la condesa de Provence la recibía finalmente la reina, que había tenido que estar desnuda, como Dios la había echado al mundo, todo ese

[21] Según un relato de la camarera de María Antonieta, Mme. Campan, citado por Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert*, p. 75.

tiempo, viendo cómo las damas se cumplimentaban con su camisa. Con toda seguridad, Luis XIV nunca hubiera tolerado que la etiqueta dominara de tal manera sobre el fin principal. Pero, sin embargo, ya en su tiempo, era visible la estructura social y anímica que, en última instancia, producía este funcionamiento en vacío.

6. Vale la pena investigar más exactamente esta estructura, pues se topa uno precisamente en este contexto con peculiares coacciones que los hombres interdependientes, en sus configuraciones, ejercen unos sobre otros, tal como sucede también en otras sociedades. La etiqueta y el ceremonial se convirtieron —como lo muestra el ejemplo anterior— cada vez más en un fantástico *perpetuum mobile,* que, en virtud de ser totalmente independiente de cualquier valor útil inmediato, siguió existiendo y estando en movimiento, pues lo impulsaba hacia delante un motor infatigable: la competencia por las oportunidades de status y de poder que tenían los allí involucrados en su relación recíproca, así como frente a los excluidos, y su necesidad de un prestigio netamente escalonado. En última instancia, no cabe ninguna duda de que este deber luchar por las continuamente amenazadas oportunidades de poder, status y prestigio era el factor dominante, en virtud del cual, en esta estructura de poder dividida jerárquicamente, todos los participantes se condenaban recíprocamente al ejercicio de un ceremonial que se había hecho una carga. Ninguna de las personas que constituían la configuración tenía la posibilidad de poner en camino una reforma de la tradición. Todo intento de reforma, aun el más pequeño, de un cambio del precario sistema de tensiones traía consigo ineludiblemente una sacudida y una disminución o incluso una derogación de ciertos privilegios y prerrogativas de personas y familias concretas. Tocar tales oportunidades de poder, más aún derogarlas, era una especie de tabú para la capa dominante de esta sociedad. El intento hubiera tenido en contra amplias capas de los privilegiados que, quizá no sin razón, temían que todo el sistema de poder que les otorgaba privilegios se viera amenazado o que se derrumbara si se tocaba el más mínimo detalle del orden tradicional. Y así todo siguió como antes.

El ceremonial era, por cierto, una carga más o menos pesada para todos los participantes. "Sólo se iba a la corte de mala gana y uno se quejaba en voz alta, cuando debía hacerlo", escribe, al final

del siglo XVIII, la condesa de Genlis[22]. Pero se hacía. Las hijas de Luis XV debían asistir al *coucher* del rey, cuando éste se quitaba las botas. Precipitadamente se echaban encima del vestido de casa un gran manteo bordado de oro, anudaban a la cintura las largas colas cortesanas prescritas, ocultaban el resto bajo un abrigo de tafetán, corrían después con las damas de la corte, los señores de cámara y los lacayos que llevan las antorchas, por los pasillos del palacio, para no llegar demasiado tarde a la habitación del rey, y regresaban a carrera tendida, un cuarto de hora después[23]. Uno sobrellevaba de mala gana la etiqueta, pero no se la podía echar abajo desde dentro, no sólo, por cierto, porque el rey exigía su mantenimiento, sino porque la existencia social de los mismos hombres implicados en la etiqueta dependía de ésta. Cuando María Antonieta empezó a sacudir las reglas tradicionales de la etiqueta, la primera en protestar fue la alta aristocracia misma y ello, en realidad, era muy explicable pues, si, por ejemplo, hasta entonces era prerrogativa de una duquesa el poder sentarse en presencia de la reina, las duquesas se sentían profundamente molestas, cuando debían ver que personas de menor rango podían también sentarse en presencia de la reina. Y cuando el viejo duque de Richelieu, al final del *ancien régime,* decía al rey[24]: "Bajo Luis XIV, uno guardaba silencio; bajo Luis XV, uno osaba susurrar; bajo usted, uno se expresa en voz alta", no lo hacía porque aprobara esta evolución, sino precisamente porque la desaprobaba. El rompimiento de sus cadenas significaba para el noble cortesano asimismo la destrucción de su carácter aristocrático. Sin duda alguno hubiera podido decir: "No participo más en el ceremonial" y algunos nobles quizá lo hicieron. Pero ello importaba de inmediato la renuncia de las prerrogativas, la pérdida de las oportunidades de poder y el hundirse ante los demás, en una palabra, una humillación y, hasta cierto punto, una autorrendición, a menos que el noble en cuestión poseyera a sus propios ojos o encontrara en otros fuentes diversas de justificación de su propio valor y de su orgullo, de su autoafirmación y de su identidad diferenciada.

Los privilegiados, vinculados unos con otros, se sostuvieron recíprocamente en cierto grado, en esta situación, aunque sólo pudieran aguantarla de mala gana. La presión de los que tenían un

[22] Véase Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert,* p. 75.
[23] Según Mme. Campan, citada en Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert,* p. 73.
[24] Véase, Boehn, *Frankreich im 18. Jahrhundert,* p. 128.

rango inferior o eran relativamente poco privilegiados forzó a los correspondientes altamente privilegiados al mantenimiento de su privilegio, y viceversa, la presión de arriba impulsó a los aplastados por ésta a esforzarse por liberarse de esa carga y a obrar igual que aquéllos; en otras palabras, los impulsó también a ellos a entrar en el círculo de la competencia por el status. El que tenía la prerrogativa de participar en la primera *entrée* o de alcanzar la camisa al rey, veía al que sólo tenía el privilegio de la tercera *entrée*, con desprecio y no quería retroceder ante él; el príncipe no quería ceder ante el duque, éste ante el marqués y todos ellos juntos como *noblesse* no querían ni podían ceder ante aquellos que no tenían nobleza y debían pagar tributos. Una conducta engendraba la otra y así, a través de la presión y la contrapresión, se mantenía en vilo el mecanismo social y se estabilizaba en cierto estado de equilibrio, expresado en la etiqueta, de un modo visible para todos. Significaba para cada uno de los que estaban vinculados con ella una garantía de su existencia social exactamente escalonada, así como de su prestigio, aunque, por supuesto, se trataba de una seguridad frágil, pues en las tensiones que atravesaban y mantenían este mecanismo social, cada miembro se veía ininterrumpidamente expuesto a los ataques de quienes tenían un rango inferior o casi el mismo rango y de los competidores en virtud ya de algunos méritos, ya del favor del rey, ya finalmente de sólo una táctica hábil, que pretendían introducir cambios en la etiqueta y a través de éstos, en la jerarquía de los rangos.

No hubo aquí ningún desplazamiento en la jerarquía de los rangos que no se expresara en un cambio de la etiqueta. Por el contrario, el mínimo cambio en la posición de personas en la etiqueta importaba una modificación de la jerarquía social de la corte y de la sociedad cortesana. Y por esta razón, cada uno era extremadamente sensible a cualquier reforma por mínima que fuera, en este mecanismo, y observaba con atención los más pequeños matices para que la situación establecida del equilibrio de rangos se mantuviera, cuando no se ocupaba precisamente de modificarla en beneficio propio. En este sentido, pues, este mecanismo cortesano rotaba como un extraño *perpetuum mobile*, nutrido por las necesidades y tensiones de prestigio, que, una vez presentes, se reproducían incesantemente mediante su aparato de competición.

7. Indudablemente Luis XIV no había inventado el aparato ceremonial, pero, en virtud de particulares oportunidades de su función social, lo había utilizado, consolidado y perfeccionado y, por cierto, desde una perspectiva significativamente diferente de aquella desde la cual la nobleza implicada en él, lo mantenía. Un ejemplo concreto de la manera cómo funcionaba el ceremonial en sus manos, que completa la descripción general hecha arriba de un determinado ceremonial, puede mostrar de una manera gráfica la importancia que para el rey tenía[25].

St. Simon había renunciado a su servicio militar, debido a cierta contienda de rango. Comunicó al rey que, por razones de salud, no podía desgraciadamente seguir sirviéndolo. Al rey no le gustó esto. Confidencialmente supo St. Simon que el rey, al recibir esta comunicación, había dicho: "De nuevo uno que nos abandona."

Poco después, St. Simon volvió a asistir al *coucher* del rey. Ahora bien, un eclesiástico portaba siempre, en esa ocasión, un peculiar candelabro, aunque la habitación estuviera bien iluminada. El rey designaba cada vez a uno de los presentes a quien este eclesiástico en servicio debía entregar el candelabro. Ello constituía una distinción. Estaba prescrito con toda precisión cómo debía ejecutarse esto. "Se quitaba uno el guante —dice St. Simon—, avanzaba, sostenía el candelabro durante un instante, mientras el rey se acostaba, y se lo devolvía al primer camarero." Se entiende que St. Simon quedara muy sorprendido cuando el rey, esa noche, lo nominó para sostener el candelabro, a pesar de que había abandonado el servicio en el ejército.

> "El rey —apunta St. Simon a este respecto— hizo esto porque estaba disgustado conmigo y no quería demostrarlo. Pero esto fue también todo lo que recibí de él durante tres años. Durante este tiempo, aprovechaba cualquier ocasión, por pequeña que fuera, para mostrarme su disfavor. No hablaba conmigo, sólo me veía como accidentalmente y tampoco me dijo una sola palabra acerca de mi retirada del ejército."

La actitud de Luis XIV en este asunto es muy significativa: evidentemente la etiqueta no se ha convertido todavía aquí en un *perpetuum mobile* fantástico que nadie dirige, sino que, vista desde la perspectiva del rey, está vinculada con toda claridad, con una finalidad totalmente determinada. El rey no se atiene únicamente a la

[25] St. Simon, *Memorias* (1702), trad. de Lotheisen, Stuttgart, 1814-1815, t. I, pp. 142-43.

jerarquía tradicional. La etiqueta tiene por doquiera campos de acción de los que él se sirve como mejor le parece para determinar, aun en lo pequeño, el prestigio de los hombres en la corte. Aprovecha la estructura anímica que responde a la estructura de la sociedad jerárquico-aristocrática, utiliza la competición de prestigio y de favor que entablan los cortesanos para, mediante una gradación estricta del favor que cada hombre tiene cabe él, variar la jerarquía y el prestigio de los miembros de la sociedad cortesana, según el objetivo de su dominio, y, en consecuencia, cambiar asimismo las tensiones dentro de esta sociedad, esto es, su equilibrio, según se requiera. El aparato de la etiqueta todavía no está petrificado, sino que, en las manos del rey, constituye un instrumento de poder sumamente flexible.

Ya arriba, al considerar la mentalidad cortesana respecto de la vivienda, quedó en claro el cuidado, la atención y el peculiar cálculo de prestigio con los que se diferenciaba la configuración y ornato de las habitaciones. La escena del *coucher* del rey, tal como la describe St. Simon, muestra una conducta análoga en otro contexto. Pone de manifiesto con una claridad algo mayor la función de estos cuidadosos matices y diferencias de todas las exteriorizaciones dentro de la sociedad cortesana: el rey se siente algo herido, pero no disputa, no descarga su enojo directamente en una explosión afectiva, sino que se domina y expresa su relación con St. Simon, mediante una conducta extremadamente ponderada que comunica, hasta el matiz, el grado exacto del disfavor que, en este caso, el rey juzga deseable manifestar. La pequeña distinción acompañada de la subsecuente indiferencia frente a St. Simon, constituye la respuesta escalonada a la conducta de éste. Y esta ponderación, este cálculo preciso de la posición en la que uno se encuentra frente a otro, esta reserva de los afectos característica, es típica de la conducta del rey y de los cortesanos en general.

8. ¿A través de qué se produce esta conducta? Intentemos en primer lugar examinar la función que tenía para los cortesanos en general, esta ponderación y cálculo de la conducta y esta observación de los matices en la relación de hombre a hombre.

Todos los cortesanos dependían más o menos del rey en persona. Así pues, un matiz mínimo de la conducta del rey respecto a ellos, les importaba, pues era el indicador visible de su relación con

el rey y de su posición dentro de la sociedad cortesana. Pero esta situación de dependencia actuaba asimismo, a través de muchas mediaciones, sobre la conducta de los cortesanos entre sí.

Su jerarquía dentro de la sociedad cortesana estaba determinada, sin ninguna duda, primariamente por el rango de su casa, por su título oficial. Pero al mismo tiempo se producía una jerarquía efectiva en la sociedad cortesana, muy diferenciada, todavía no institucionalmente sancionada y rápidamente cambiante, que influía y modificaba aquella jerarquía y que estaba determinada por el favor del rey que un hombre tenía, por su poder e importancia dentro del sistema de tensiones cortesanas. Había, por ejemplo, una jerarquía institucional entre los duques, en lo esencial determinada por el abolengo de sus casas. Tal jerarquía estaba jurídicamente establecida con toda precisión. Sin embargo, quizá en ese momento, el duque de una casa de menos abolengo gozaba, por sus relaciones con el rey o con la *maîtresse* o con cualquier otro grupo poderoso, de un prestigio mayor que un duque de una casa más antigua. La posición efectiva de un hombre en el entramado de la sociedad cortesana estuvo siempre determinada por ambos momentos: por el rango oficial y por la factual posición de poder, pero este último momento era, en última instancia, más importante para la conducta de los cortesanos a este respecto. La posición que, en cada caso, ocupaba un hombre en la jerarquía cortesana, era, por tanto, sumamente lábil. El prestigio actual que alguno había adquirido lo impulsaba inmediatamente al deseo de elevar su rango oficial. Cada una de estas promociones importaba necesariamente la postergación de otros; en tal aspiración se encarnizaba, pues, aquel tipo de lucha que, aparte las hazañas de guerra en servicio del rey, era la única posible para la nobleza cortesana, la lucha por la posición dentro de la jerarquía cortesana.

Una de las más interesantes luchas de esta índole fue aquella que libró el duque de Luxemburgo contra los dieciséis duques y pares de Francia, de rango superior al suyo. St. Simon empieza su detallada descripción de esta contienda con las siguientes palabras que ilustran gráficamente los dos aspectos que se acaba de mencionar, de la jerarquía cortesana y la manera en que se influyen mutuamente[26]:

[26] St. Simon, *Memorias*, t. I, cap. 16.

"M. de Luxembourg fier de ses succès et de l'applaudissement du monde à ses victoires, se crut assez fort pour se porter, du dix-huitième rang d'ancienneté qu'il tenait parmi les pairs, au second, et immédiatament après M. d'Uzès" *.

9. La jerarquía efectiva dentro de la sociedad cortesana oscilaba constantemente. El equilibrio dentro de esta sociedad era, como se ha dicho, muy lábil. Sacudidas a veces pequeñas e inadvertidas, a veces grandes y notables, cambiaban ininterrumpidamente la posición y la distancia de sus miembros. Para el cortesano era de vital importancia seguir estas sacudidas y estar constantemente al tanto de ellas, pues era peligroso comportarse de forma poco amigable frente a un hombre cuya carrera en la corte iba en ascenso. No era menos peligroso tratar demasiado amistosamente a un hombre que, dentro de esta jerarquía, estaba próximo a hundirse o incluso de caer en desgracia; cuando esto se hacía, sólo tenía un sentido: que con ello se pretendiera un determinado fin. Así pues, era indispensable una continua matización perfectamente ponderada de la conducta respecto de cada uno de los cortesanos. La conducta que, en cada caso, los cortesanos consideraban adecuada respecto de alguno era para este mismo, así como para todo observador, un indicador totalmente seguro de cuán grande era, en ese momento, su prestigio ante la opinión social. Y puesto que la estimación de que gozaba el individuo era idéntica a su existencia social, adquirían una excepcional importancia los matices de trato en los que, alternativamente, se expresaba la opinión sobre tal prestigio.

Todo este mecanismo tenía cierto parecido con una bolsa de valores. También en ésta, se forman opiniones cambiantes sobre valores en una sociedad actual. Pero en la bolsa de valores se trata de acciones de empresas en la opinión de los inversores, mientras que, en la corte, se trataba de opiniones sobre el valor recíproco de sus miembros; y mientras allí la mínima variación puede expresarse en números, aquí el valor de un hombre se manifiesta primariamente en los matices del trato social que tienen los hombres entre sí. Los matices de la ornamentación de las casas de acuerdo con el rango del propietario —de los que la Enciclopedia decía que sólo

* "M. de Luxemburgo, orgulloso de sus éxitos y del aplauso del mundo por sus victorias, se creyó lo bastante fuerte para trasladarse del decimoctavo puesto en el rango de antigüedad que ostentaba entre los pares, al segundo, e inmediatamente después de M. d'Uzès."

pueden aprenderse en el trato social de la "buena sociedad"— son todavía demasiado groseros —tanto como relativamente la división en estamentos—, comparados con el refinamiento de aquellos matices de la conducta que son necesarios para expresar, en cada caso, la jerarquía efectiva dentro de la corte.

A partir de estas relaciones, se aprende a entender el específico tipo de racionalidad que se forma en el ámbito de la sociedad cortesana. Como todo tipo de racionalidad, éste se configura en relación con coacciones perfectamente determinadas para el autocontrol de los afectos. Una configuración social dentro de la cual tiene lugar, en un grado relativamente alto, la transformación de coacciones externas en autocoacciones[27] es una constante condición para la producción de formas de comportamiento a cuyos rasgos diferenciales uno intenta referirse con el concepto de "racionalidad". El concepto complementario "racionalidad" e "irracionalidad" se refiere entonces a la participación relativa de afectos más transitorios y de modelos intelectuales más permanentes de los contextos observables de realidad, en la dirección individual de la conducta. Mientras mayor es el peso de estos últimos en el lábil equilibrio de tensiones entre las directivas afectivas de la conducta, a corto plazo, y las orientadas por la realidad, a más largo plazo, tanto más "racional" es la conducta —en el supuesto de que el control de las directivas afectivas no llegue demasiado lejos, pues sus mismas presión y satisfacción constituyen una parte integral de la realidad humana.

Pero el tipo de los modelos intelectuales orientados a la realidad que toman parte en la dirección de la conducta humana es diverso según la estructura misma de la realidad social. En consecuencia, la "racionalidad" de los cortesanos es distinta de la de los profesionales-burgueses. En una investigación más precisa podría demostrarse que, desde el punto de vista evolutivo, la primera forma parte de los grados y condiciones previos de la última. Ambas tienen en común conceder mayor importancia a las consideraciones orientadas a la realidad de más largo plazo, que a los afectos momentáneos, en el fluctuante equilibrio de tensiones, al dirigir su conducta en determinadas situaciones y campos sociales. Pero en el tipo profesional-burgués de dirección de la conducta, el cálculo

[27] Véase Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation* (Sobre el proceso de civilización), Basilea, 1939, t.2, p. 312 y ss.

de la ganancia y la pérdida de oportunidades de poder financiero desempeña en su tipo de "racionalidad", un papel primario, mientras que en el tipo cortesano-aristocrático, lo juega el cálculo de la ganancia y la pérdida en las oportunidades de poder del prestigio y el status. Como se ha visto, en los círculos cortesanos se paga a veces una ganancia en las oportunidades de prestigio y de status con una pérdida en oportunidades financieras. Lo que, en un sentido cortesano, aparecía como "racional" y "realista", era, en consecuencia, "irracional" y "no-realista" en el sentido profesional-burgués. Ambas racionalidades tenían en común la dirección de la conducta en referencia a las oportunidades de poder, *tal como respectivamente las entendían, es decir, según la correspondiente configuración de hombres.*

Debe bastar con señalar el problema; indica la insuficiencia, aun en este caso, de una simple y absoluta antítesis conceptual entre dos polos, que no deja sitio para la clara definición conceptual de las múltiples constelaciones de desarrollo existentes entre los absolutos ficticios de "racional" e "irracional". Manifiestamente se requiere para hacer justicia a los hechos, conceptos mucho más afinados y diferenciados, de los que, sin embargo, no disponemos.

La "racionalidad" cortesana, si se nos permite llamarla así, no recibe su carácter específico, como la racionalidad científica, primariamente en virtud del esfuerzo por conocer y controlar las relaciones naturales extrahumanas, ni tampoco, como la profesional-burguesa, primariamente por razón de la planificación calculadora de la propia estrategia de la conducta en la lucha competitiva por las oportunidades económicas de poder, sino, como ya se ha visto, en primer lugar en virtud de la planificación calculadora de la propia estrategia respecto de las posibles ganancia o pérdida de oportunidades de status y de prestigio, bajo la presión de una incesante competición por las oportunidades de poder de esta índole.

Pueden observarse luchas de competencia por las oportunidades de prestigio y del status en muchas formaciones sociales; es posible que existan en todas las sociedades. Lo que se ha observado aquí en la sociedad cortesana tiene, en este sentido, un carácter paradigmático. Dirige la atención a una configuración social que lleva a los individuos que la constituyen a una lucha de competencia por las oportunidades de poder del tipo status y prestigio.

Respecto de tales fenómenos, se contenta uno, de ordinario, con explicaciones de psicología individual, por ejemplo, con la indicación de un "deseo de estimación", especialmente fuerte, por parte de los hombres en cuestión. Pero aclaraciones de este tipo son, por su carácter general, insuficientes en este caso. La suposición que está en su base, según la cual, de un modo accidental, se encontraron juntos precisamente en esta sociedad muchos individuos que, por naturaleza, estaban provistos de un especialmente fuerte deseo de estimación, o de cualesquiera otras propiedades individuales, cuya peculiaridad puede explicar la de la competición cortesana por el status y el prestigio, constituye uno de los numerosos intentos de explicar algo no aclarado mediante algo que es inexplicable.

Se pisa suelo más firme cuando no se parte de muchos individuos aislados, sino de la configuración que forman entre sí. Desde esta perspectiva, no es difícil entender la particular ponderación de la conducta, el exacto cálculo de los gestos, la matización constante de las palabras, concisamente, la específica forma de racionalidad que se hizo una segunda naturaleza en los miembros de esta sociedad, que éstos sabían manejar sin esfuerzo y con elegancia, y la cual, así como el específico control de afectos exigido por este manejo, eran, de hecho, imprescindibles en esta sociedad, como instrumentos de la continua competencia por el status y el prestigio.

10. Hoy en día, está uno tentado de preguntar: ¿Por qué estos hombres eran tan poco independientes de formalidades, por qué tan sensibles respecto de aquello que consideraban una "conducta incorrecta" de otro, respecto de la mínima trasgresión o amenaza a cualquier prerrogativa externa y, en general, frente a aquello que hoy calificamos fácilmente de nimiedades? Sin embargo, esta pregunta y esta valoración de lo que para el cortesano mismo era de importancia central, como "nimiedad" se derivan ya de una estructura totalmente determinada de la existencia social.

Actualmente nosotros podemos permitirnos hasta cierto grado el mantener las reales relaciones sociales entre los hombres encubiertas de un modo relativamente poco demostrativo, o, al menos, en la ambigüedad, porque la relación de hombre a hombre mediada a través de las oportunidades monetarias y profesionales y la diferenciación de los hombres que de ella depende, siguen siendo reales y eficaces con toda nitidez, aunque en su aparición frente a la opinión pública no se expresen unívocamente.

Sobre todo la amplitud de las oportunidades monetarias de las que puede disponer un hombre, necesita y debe quizá no aparecer claramente, dada la actual estructura de la sociedad, pues en el curso de la democratización funcional, el poder de las capas menos favorecidas respecto de las favorecidas, comparado con la correspondiente distribución en la época de Luis XIV, ha aumentado un poco. Pero donde, como en la sociedad cortesana, la realidad social radica precisamente en el rango y el prestigio que concedía a un hombre la propia sociedad y, en la cumbre de ésta, el rey; donde un hombre que, en la opinión social, no era considerado o sólo lo era escasamente, estaba más o menos perdido ante su propia consciencia, o se hundía, allí, por ejemplo, la posibilidad de preceder a alguien o de sentarse, cuando otro debía permanecer de pie, la afabilidad de los saludos que uno recibía, la amabilidad con que otros le acogían, etc., no constituían en absoluto nimiedades —lo son únicamente donde las funciones del dinero y la profesión vigen como lo real de la existencia social—, sino identificaciones directas de la existencia social, a saber, del lugar que uno ocupaba efectivamente en la jerarquía de la sociedad cortesana. Subir o bajar en esta jerarquía significa para los cortesanos tanto como para el comerciante ganancias o pérdidas en su negocio. Y la irritación de un cortesano ante la amenaza de ruina de su rango y su prestigio no era menor que la del comerciante ante una amenaza de perder su capital, o de un gerente o funcionario ante la amenaza de perder las oportunidades de hacer carrera.

11. Si se avanza un poco más, se contemplan entonces las siguientes relaciones: en un campo social donde la fundamentación de la existencia social sobre la base de oportunidades monetarias y funciones profesionales se ha convertido en la forma dominante de fundamentación de la existencia, su efectiva sociedad es, para el individuo, relativamente intercambiable. La estimación y el respeto efectivos de los demás hombres con los que tiene que ver profesionalmente, desempeña, por supuesto, siempre un papel más o menos importante, pero uno puede sustraerse a él hasta cierto punto. Profesión y dinero son fundamentos de existencia relativamente movibles. Pueden trasplantarse a uno u otro lado, al menos en la sociedad profesional-burguesa. No están atados incondicionalmente a un determinado lugar.

Algo totalmente diferente pasa con la fundamentación cortesana

de la existencia. Peculiaridades que, hasta cierto punto, son características de toda "buena sociedad" aparecen aquí llevadas a su más alto refinamiento. En toda "buena sociedad", esto es, en la que tiende a separarse y destacarse del campo social circundante —por ejemplo, toda sociedad aristocrática, así como toda sociedad de patricios—, este destacarse y este pertenecer a la "buena sociedad" forman parte de los fundamentos constitutivos de la identidad personal, así como de la existencia social. Se establecen diferencias de grado según la consistencia de una "buena sociedad". La fuerza de vinculación es menor, cuando la "buena sociedad" se destaca de un campo profesional-burgués; y es mayor, cuando se trata de una sociedad cortesano-aristocrática. Pero las leyes que rigen la estructura de la "buena sociedad", y la formación de un "*ethos* del estamento" presentan diferencias de grado y, en cada una de tales sociedades, múltiples variaciones. Si se considera, para tener una imagen clara y bien definida, una "buena sociedad" aristocrática, se ve de inmediato el grado en que el individuo depende aquí de la opinión de los otros miembros. Pese a su título nobiliario, sólo pertenece *de facto* a la respectiva "buena sociedad", en tanto los otros lo *piensan* así, esto es, lo consideran miembro. En otras palabras, la opinión social tiene un significado y una función totalmente distintos de los que posee en toda amplia sociedad profesional-burguesa. Tal opinión fundamenta la existencia. Una expresión significativa de esta importancia y de esta función de la opinión social en toda "buena sociedad" es el concepto del "honor" y sus derivados, que hoy en día, en una sociedad profesional-burguesa, se ha modificado y adquirido un contenido distinto, según los condicionamientos de ésta. Pero, en todo caso, originalmente el honor constituía la expresión de la pertenencia a una sociedad aristocrática. Uno conservaba su honor, mientras continuaba siendo miembro, tanto según la "opinión" de la respectiva sociedad, como, en consecuencia, ante su propia consciencia. Perder el honor significaba perder la pertenencia a esa "buena sociedad". Y uno la perdía mediante la sentencia de la opinión social de estos círculos, por lo regular, bastante cerrados a los que uno pertenecía, y algunas veces, mediante la sentencia dictada por representantes de estos círculos, especialmente delegados para constituir tribunales de honor. Estos juzgaban en el sentido de un específico *ethos* aristocrático en cuyo centro estaba la conservación de todo aquello que, según la tradición, servía al distancia-

miento de las capas de inferior rango y, por consiguiente, de la existencia aristocrática como un valor propio.

Si tal "buena sociedad" denegaba a un miembro el reconocimiento de su pertenencia, éste perdía, entonces, su "honor" y, por tanto, una parte constituyente de su propia identidad personal. De hecho, con bastante frecuencia, un noble empeñaba su vida por su "honor"; prefería perder su vida que la pertenencia a su sociedad, esto es, que su segregación de la multitud circundante, sin la cual la vida no tenía ningún sentido para él, en tanto se mantuviera intacto el poder de la sociedad privilegiada.

Así pues, la "*opinión*" que los otros tenían sobre un individuo, decidía sobre la vida y la muerte, por lo regular sin tener otro medio de poder que retirar el status, excluir y boicotear. Tales eficacia y "realidad" inmediatas tenía, en este caso, la opinión concentrada de los miembros sobre un miembro en particular. Se trata aquí de un tipo distinto del calificado de "realidad social", en la sociedad profesional-burguesa. Bien que también en las "buenas sociedades" de ésta, la amenaza que pende sobre los miembros de perder su status o de ser excluidos no ha perdido, en absoluto, totalmente su eficacia; los fundamentos de la existencia y la "realidad" siguen siendo, en última instancia, la propiedad de capital o funciones profesionales y oportunidades de la adquisición profesional del dinero, aunque un miembro individual sea expulsado de una "buena sociedad" profesional-burguesa. En las sociedades urbanas y especialmente en las de las grandes ciudades, hay además, para el individuo, posibilidades de fuga, a las cuales el control social de una "buena sociedad" local y urbana, quita mucho de la inminencia y obligatoriedad que poseen en círculos rurales poco movibles o aun en la totalmente inevitable sociedad de dirigentes cortesanos de un Estado regido de modo absolutista[28]. En la valoración de la aristocracia cortesana, como se ha visto, la posesión de capital era, en última instancia, un medio para el fin; su importancia radicaba principalmente en ser condición para el mantenimiento de una "realidad" social, cuyo meollo estaba constituido por el destacarse de la masa de los hombres, por el status de miembro de una capa privilegiada y por una conducta que ponía de relieve, en todas las situaciones de la vida, ese destacarse; en pocas palabras, por el valor de la nobleza en sí misma.

Puesto que aquí las oportunidades de la propiedad misma no constituían todavía una "realidad" social, independiente de las opiniones de los demás, puesto que aquí el reconocimiento de la pertenencia a través de la opinión misma de los demás es constitutivo de la membrecía, la opinión que los hombres tienen sobre otros y su exteriorización en la conducta recíproca de los hombres juegan un especial papel como instrumentos de formación y control en esta "buena sociedad"; por ello, ninguna membrecía podía escapar a la presión de la opinión, sin poner en juego su membrecía, su identidad elitista y una parte central de su orgullo y honor personales.

Esto rige especialmente cuando los miembros de una "buena sociedad" se encuentran reunidos en un lugar, como era el caso de la nobleza cortesana francesa —a diferencia de la nobleza rural francesa, considerada como provinciana— y, en un sentido más amplio, el de la sociedad cortesana de Francia, que se reunía en París y Versalles o dondequiera que residiese el rey.

Esto es válido —dentro de ciertos límites— también para la "buena sociedad" de Inglaterra, cuyas familias miembros, las "buenas familias" de la nobleza y de la más rica burguesía (*gentry*), pasaban por lo regular una parte del año en sus residencias, diseminadas en el campo, pero cuyos miembros —con oscilaciones e interrupciones desde principios del siglo XVII y, con bastante regularidad, desde el XVIII— cambiaban durante algunos meses, durante la *season*, el lugar de su residencia a la ciudad capital, a sus casas citadinas de Londres, donde se constituían directamente, con abundantes contactos directos, en "buena sociedad" del país, en *Society* (con S mayúscula), en mercado de las opiniones; se estimaban recíprocamente y así, durante la incesante ronda de diversiones sociales, entremezclados con los grandes juegos de las luchas partidistas político-parlamentarias, elevaban, rebajaban o perdían individualmente, de acuerdo con el código común de la "buena sociedad", su valor comercial, su fama, su prestigio y, en una palabra, sus personales oportunidades sociales de poder. Según la distribución de poder en la sociedad inglesa, la corte y la sociedad cortesana no constituían, en este caso, ni con mucho el centro, sino, en el mejor de los casos, uno de los centros de la "buena sociedad". Con bastante frecuencia, las aventajaban otras grandes ca-

[28] Véase como ejemplo de una formación social del tipo respectivo en una colonia obrera, en N. Elias, W. Scotson, *The Established and the Outsiders* (Los establecidos y los forasteros), Londres, 1965.

sas aristocráticas como centros político-sociales de la *society*. El Parlamento y el gran juego de los partidos en sus cámaras desempeñaba, en el marco de esta estructura de dominio, un papel decisivo como institución integradora de las elites sociales.

Con no menor claridad se muestran estas relaciones entre estructura de dominio y estructura de la sociedad aristocrática y ulteriormente de la "buena sociedad", en Alemania. En correspondencia con el desplazamiento de poder en perjuicio del imperial soberano central y en favor de los numerosos señores territoriales, la nobleza alemana no se reunió ni en una sociedad cortesana unitaria y determinante, como la francesa, ni tampoco en una *society*, como la inglesa. Por lo menos hasta 1871 y básicamente hasta 1918, "buenas sociedades" regionales y locales que, en parte, se agruparon en cortes territoriales y, en parte, se configuraron como estamentos provincianos, como círculos de trato de los terratenientes locales, no desempeñaron un papel de consideración como instituciones de control de la conducta, de la pertenencia y del honor de individuos concretos, juntamente con el cuerpo de oficiales que mandaba los regimientos y las asociaciones de estudiantes socialmente dirigentes. Pero, si bien la sociedad aristocrática alemana, comparada con la francesa o la inglesa, constaba de muchas personas y era abigarrada, nunca perdió por completo, entre las familias nobles del imperio, la consciencia de la común pertenencia diferenciante ni la recíproca estimación del valor del status y del prestigio de sus miembros. La carencia de una central formación elitista social del tipo de la sociedad cortesana francesa o de la *society* inglesa, que hubiera podido servir como taller unitario de acuñación de la conducta, como lugar de intercambio de la opinión pública sobre el valor comercial de los miembros individuales, a través de un examen personal, cara a cara, fue —aparte la alta nobleza, que siguió siendo en número suficientemente reducida para permitir contactos personales aun más allá de las fronteras regionales y territoriales, y a cuyos miembros se ofreció con bastante regularidad la ocasión de contactos personales— reemplazada principalmente por registros en forma de libro, de genealogías y pertenencia, controlados con relativo rigor, por una especie de educación que mantuvo al corriente a cada generación sobre la genealogía, el status en la múltiple jerarquía aristocrática y el actual valor de prestigio de cada familia miembro —desde la perspectiva del propio rango y de la propia opinión social regional—, y, finalmente, a través de comunicaciones cruzadas y transversales entre las regionales sociedades aristocráticas, fuertemente unidas. Las específicas formas del exclusivismo de muchos grupos de la nobleza alemana, que, a diferencia de los de la sociedad cortesana parisina o de la *society* londinense, no se expresaba simplemente en el estricto cumplimiento de las diferencias de rango, sino, con bastante frecuencia, en un completo "relacionarse sólo entre sí" y en la más o menos estricta exclusión del burgués del normal trato social y sociable, impidieron, por lo demás, la penetración global de las capas burguesas por las formas de comportamiento aristocrático, que uno puede observar, por un período de tiempo, tanto en Francia como en Inglaterra. Unicamente en ciertas zonas relativamente limitadas, las altas capas burguesas alemanas adoptaron valores de conducta de la nobleza, por ejemplo, los oficiales y estudiantes, un específico concepto de "honor"; también el tradicional menosprecio de la adquisición de dinero a través de los negocios se transmitió parcialmente, en giros y modismos, a la burguesía profesional, o el menosprecio de la vida urbana que, aun en el uso de antiguas capas burguesas urbanas, resuena en conceptos tales como "*verstädterung*" (urbanización).

Por último, esta multiplicidad de las elitistas "buenas sociedades" alemanas y la ausencia de una relativamente unitaria ordenación de rangos y status se observa también en el caso de las "buenas sociedades" urbano-burguesas. Fueron y son numerosas en Alemania. Aun cuando Berlín fue promovida a ciudad capital del imperio, ninguna "buena sociedad" urbana conquistó la preeminencia como centro modélico, pertenecer al cual diera a sus miembros un prestigio especial. La *society* berlinesa nunca poseyó una unidad y una primacía sobre todas las "buenas sociedades" provincianas semejantes a las de, por ejemplo, la *society* londinense, en la cual se reunían elementos de la nobleza rural, de la aristocracia cortesana y terrateniente, así como de la burguesía urbana. La mayor parte de las grandes ciudades alemanas desarrollaron y poseen aún hoy sus propias "buenas sociedades" citadinas. Es posible que una familia en particular intentara pasar de una "buena sociedad" a otra, digamos de la de Münster a la de Hamburgo, que desde luego tenía una estructura totalmente distinta. Pero hasta últimamente, que parece cambiar precisamente este aspecto de la pertenencia, los recién llegados eran ordinariamente aceptados de inmediato para un tiempo de prueba. De todos modos, su rango

era por lo general inferior al de las "antiguas buenas familias". Pues el "abolengo" de la familia, en el sentido de la duración de su pertenencia y de ser conocida como una familia respetada y prestigiada, es en toda "buena sociedad" un mérito y un prestigio que pesa considerablemente para la inclusión de una familia en un grado de la interna jerarquía de status, propia de una "buena sociedad".

Pero aun cuando el carácter y la estructura de las variadas "buenas sociedades" en Alemania son variables y con bastante frecuencia, distintas, hay —o hubo hasta hace poco— ciertos criterios unitarios de la pertenencia a ellas. Uno de los más característicos era —y sigue quizá siendo hoy, en Alemania— la capacidad de reparar por las armas el honor. El concepto del honor personal —desarrollado primero en los círculos aristocráticos de fuerte tradición militar— que uno debía defender con las armas en la mano frente a otros miembros de la misma capa, mientras que a los que no pertenecían a ésta, se les ignoraba o —como sucedió una vez a Voltaire, cuando retaba a duelo a un noble que lo había injuriado— se ordenaba a los sirvientes que los azotaran, se difundió en Alemania, también en los círculos burgueses, especialmente en los de oficiales y académicos. Capaces de la antedicha reparación eran considerados todos los hombres de la alta nobleza alemana, los estudiantes burgueses y los antiguos señores de las corporaciones de oficiales y estudiantes y de otras asociaciones socialmente aceptadas, e incluso hasta los comerciantes, si eran oficiales de reserva. A éstos no se podía negar cumplida satisfacción por las armas, en caso de una injuria, y no importaba de cuál región de Alemania procedieran. La pertenencia a una "buena sociedad", fácilmente controlable en el caso de la nobleza, se constataba, en el caso de los burgueses, por la pertenencia a una asociación o regimiento determinados. La multiplicidad y lo abigarrado de las numerosas "buenas sociedades", por lo tanto, se compensaba aquí por cuanto todas juntas constituían, en cierto modo, una sociedad de los habilitados para dar satisfacción por las armas, la cual se mantenía unida mediante la red de asociaciones y agrupaciones relativamente conocidas. Hacia abajo, quedaba cerrada por la masa de aquellos a quienes no se requería dar satisfacción.

12. Esta breve digresión comparativa sobre las diferencias entre las "buenas sociedades" de diferentes países podría bastar, en este contexto, para dar un radio de referencia más global a esta investigación sobre la concreta "buena sociedad" de la sociedad cortesana en el *ancien régime*. Como es evidente, lo que aquí importa no es si uno considera bueno o malo el fenómeno de la "buena sociedad", o si uno estima que una determinada "buena sociedad" es mejor que otra. Cuestiones valorativas de este tipo distorsionan el cómo y por qué de tales fenómenos, que es de lo que aquí se trata.

Además, tales comparaciones permiten entender mejor también que los cortesanos no podían escapar de la opinión dominante de su sociedad. En algunas otras "buenas sociedades" existe hasta cierto punto una posibilidad de evitar la presión de la sociedad y su opinión. Con todo, la sociedad cortesana del *ancien régime* no dejaba a sus miembros ninguna posibilidad de evasión, porque, para éstos, no había nada que la igualase en prestigio ni como otorgadora del mismo. Los cortesanos del *ancien régime* no tenían la posibilidad de cambiar de lugar, de abandonar París o Versalles y, pese a todo, pasando a otra sociedad de aproximadamente el mismo valor, continuar su vida manteniendo el mismo rango, sin perder prestigio, de un modo plenamente válido y valioso para su propia consciencia. Sólo dentro de esta sociedad cortesana podían los hombres que pertenecían a ella mantener lo que, a sus propios ojos, daba sentido y orientación a su vida: su existencia social como cortesanos, su distanciamiento de todos los demás, su prestigio y, en consecuencia, el centro de su propia imagen, esto es, su identidad personal. *No asistían a la corte, porque dependían del rey, sino que seguían siendo dependientes del rey, porque sólo continuando en la corte y viviendo en medio de la sociedad cortesana podían conservar aquella distancia respecto de todos los demás de la que pendían la salvación de sus almas, su prestigio como aristócratas cortesanos y, en una palabra, su existencia social y su identidad personal.* Si lo que les importaba primariamente hubieran sido las oportunidades monetarias, entonces hubieran podido alcanzar su objetivo mediante una actividad comercial o financiera, mejor que en la corte. Pero puesto que les interesaba en primer lugar la conservación de su carácter elitista y su rango en la sociedad cortesana, no podían evadirse de estar en la corte y depender constante e inmediatamente del rey. No tenían, en consecuencia, ninguna posibilidad de evitar la presión de la opinión cortesana. Y precisamente porque estaban completamente vinculados a esta sociedad, sin escapatoria posible, mientras no estuvieran dispuestos

a abandonar su existencia social de aristócratas, la opinión y la conducta que se derivaba de ésta por parte de los demás cortesanos tenía aquella extraordinaria importancia de la que hablábamos.

Así como la necesidad de guardar exteriormente la distancia encadenaba a todo cortesano a la corte y lo empujaba a entrar en lo cortesano, lo impulsaba, en el interior de la sociedad cortesana, la fuerza constante de la competencia. Se trataba de una competición por el prestigio, vista desde el punto de vista de su motivación determinante, pero no simplemente por el prestigio, sino en cada caso, puesto que las oportunidades de prestigio estaban exactamente escalonadas según la estructura jerárquica de esta sociedad, de competiciones por *escalonadas oportunidades de prestigio* o, en otras palabras, por oportunidades escalonadas de poder. Pues el prestigio más elevado o más escaso que un hombre posee en la configuración que integra con los otros, esto es, su cotización entre los demás, es una expresión de su peso en el multipolar equilibrio de tensiones de su configuración y de su probabilidad más o menos grande de influir en los demás o de tener que someterse al influjo de éstos.

Pero todo lo que en esta sociedad jugaba, en general, un papel en las relaciones entre los hombres, se convertía en oportunidades de prestigio: el rango, el cargo hereditario, el abolengo de una "casa"; el dinero que uno poseía o recibía; el favor del rey, el influjo cabe la *maîtresse* o los ministros, la pertenencia a una claque particular, el mérito como general de un ejército, el *esprit,* la buena conducta, la belleza del rostro, etc. Todo esto se combinaba en el individuo y determinaba su posición en la jerarquía inmanente de la sociedad cortesana.

13. Llegan a expresarse aquí una peculiar valoración y una conducta del cortesano; St. Simon la presenta de la siguiente manera[29]: En la corte, no importa nunca la realidad, sino siempre lo que significa respecto de determinadas personas. De nuevo queda de manifiesto el sentido que tienen la etiqueta y el ceremonial para la nobleza cortesana. A nosotros, este aparato nos parece fácilmente absurdo, porque nos falta la referencia objetiva, alguna utilidad o

[29] "... No se juzga nunca de las cosas por lo que éstas son, sino por las personas a quienes conciernen", St. Simon, *Memoires,* t. X, cap. 185.

fin a los que tal aparato se refiere, acostumbrados como estamos a considerar a cada persona desde el punto de vista de su función objetiva. Pero, como es evidente, la sociedad cortesana acentuaba precisamente lo contrario. Mientras nosotros preferimos objetivizar o cosificar todo lo personal, los cortesanos personalizan hasta las cosas, pues para ellos están siempre en primer lugar las personas y su posición recíproca. Aun en el marco de la etiqueta, ellos no se reúnen "por mor de una cosa". Su existencia y la demostración de su prestigio, el distanciamiento frente a los de rango inferior, el reconocimiento del distanciamiento por los de rango superior, todo esto era para ellos un suficiente fin en sí mismo. En la etiqueta, sin embargo, precisamente este *distanciamiento como fin en sí mismo* se manifiesta completamente. Constituye una acción de la sociedad cortesana dentro de la cual se hallan yuxtapuestas las oportunidades escalonadas de prestigio. Y los que, en cada caso las aprovechaban, demostraban, en el aprovechamiento mismo, ser los portadores de estas oportunidades de prestigio; hacían visible, por consiguiente, la relación distanciadora que, simultáneamente, los asociaba y los separaba de otros, y acreditaban así, en el mismo actuar, la jerarquía presente para todos, la consideración cortesana que unos a otros se reconocían.

La etiqueta practicada es, con otras palabras, una autopresentación de la sociedad cortesana. Aquí los demás confirman a cada individuo y al rey, en primer lugar, su prestigio y su relativa posición de poder. La opinión social, que constituye el prestigio del individuo, se expresa dentro de una acción común, según ciertas reglas, a través de la conducta recíproca de los individuos. Y en esta acción común se hace visible, por consiguiente, de un modo inmediato, la existencial vinculación social de los individuos cortesanos. El prestigio no es nada si no se acredita a través de la conducta. El enorme valor que se da a la testificación del prestigio, al cumplimiento de la etiqueta, no es fijarse en "nimiedades", sino en algo que tiene vital importancia para la identidad individual del cortesano.

Pero, supuesto que toda sociedad diferencia y matiza con toda meticulosidad y detenimiento la esfera que, para ella, es la más imprescindible, encontramos precisamente aquí, en la sociedad cortesana, una sutileza en el escalafón y en los matices que es ajena a la sociedad profesional-burguesa, acostumbrada a establecer las más cuidadosas diferencias en esferas totalmente distintas. La preci-

sión con la que se organiza detalladamente cada ceremonial, cada acto de etiqueta, el cuidado con que es sentido y calculado el prestigio de cada paso, corresponden al grado de importancia vital que tanto la etiqueta, como la conducta recíproca poseen en general para los cortesanos.

En el siguiente capítulo se mostrarán las razones por las cuales el rey sometía a la etiqueta no sólo a la nobleza, sino a sí mismo. Aquí deben primero entenderse las *motivaciones* y las *coacciones* por las cuales la nobleza cortesana se mantuvo vinculada a la etiqueta y, lo que es lo mismo, a la corte. La primera coacción no procedió del ejercicio de funciones de dominio, pues de tales funciones políticas estaba bastante alejada la nobleza cortesana francesa. Tampoco resultaba de las oportunidades monetarias que pudiesen tenerse en la corte, pues las hubiera habido mejores en otras partes, sino que la coacción primaria se derivaba de la necesidad que sentían estos hombres de afirmarse como aristócratas cortesanos tanto en su distinción de la despreciada nobleza rural, como de la nobleza oficial y del pueblo, y de mantener e incrementar el prestigio alcanzado una vez.

En un campamento militar, se encuentran reunidos el rey de Inglaterra, grandes de España y un príncipe francés. A éste le desagrada en extremo la manera informal como se tratan el rey inglés y los españoles. Decide darles una lección. Los invita junto con el rey a ser sus huéspedes. Pasan juntos a las habitaciones y, para sorpresa de los huéspedes, se ve una mesa ocupada por una bandeja, que además sólo tiene un cubierto para una persona. Sólo hay una silla. El príncipe francés ruega al rey inglés que tome asiento. Los huéspedes restantes deben permanecer de pie y el príncipe francés, de pie detrás de la silla del rey, está en actitud de servir. Así convenía al ceremonial francés. El rey comía solo, los altos nobles lo servían. Los demás permanecían de pie a la distancia debida. El rey inglés protestó, los españoles se indignaron por esta afrenta. El señor de la casa aseguró que, después de que el rey hubiese comido, como le correspondía, los demás huéspedes encontrarían en otra habitación una mesa ricamente servida. Se entiende: este príncipe quiere la *coacción de la etiqueta; rebajarse* y tomar su distancia frente al rey que, como inglés, no lo desea en absoluto, es para el francés, una acreditación de su propia existencia como príncipe. Quiere que se mantenga la etiqueta aun aquí donde no es exigida desde arriba, porque descuidando la distancia respecto del

rey, le amenaza a él mismo una similar omisión por parte de los que están situados en un rango inferior.

14. Con esto se estropea una determinada capa de la imbricación personal y social en la cual viven los cortesanos. Ha sido aclarado que aquí no se trata en primer término todavía de interdependencias económicas especializadas, aunque, por supuesto, también las coacciones económicas configurantes intervienen en la estructura de la vida cortesana. El deseo de distanciamiento y prestigio no hay que explicarlo aquí *a partir* de un ansia de oportunidades económicas, si bien lo hace posible una cierta situación económica. El *ethos* estamentario del cortesano no es ningún *ethos* económico disfrazado, sino algo constitutivamente distinto de éste. La existencia en el distanciamiento y en el esplendor del prestigio, esto es, la existencia cortesana, es para el cortesano un fin en sí mismo.

Aquí se manifiesta una actitud cuyo análisis sociológico, más allá del tema inmediato, es importante. Para todo grupo, casta o capa social, en cierto modo, estabilizados, elitistas, esto es, destacados, que están expuestos a una presión social desde abajo y, frecuentemente, también desde arriba, es válido decir —y sea aquí explícitamente constatado como ley estructural de tales unidades— que, para tales grupos, esto es, para los hombres que pertenecen a ellos, su mera existencia como miembros de una elitista unidad social es, parcial o absolutamente, un valor y un fin en sí misma. La conversación de la distancia, por consiguiente, se convierte en el motor o cuño decisivo de su conducta. El valor de esta existencia para esos hombres no requiere de fundamentación y sobre todo, no necesita ser explicada a partir de alguna utilidad. No se pregunta, más allá de esta existencia, por un ulterior sentido mundano intrínseco. Y siempre que se presentan en una sociedad algunas tendencias elitistas, aparece el mismo fenómeno.

El aparato conceptual —todo el pensamiento de tales unidades elitistas— se ve determinado por esta ley estructural, por este carácter de la mera existencia social de ser un valor en sí misma, por este existencialismo espontáneo. Los símbolos o ideas en las cuales tales unidades sociales expresan el objetivo o la motivación de su conducta, llevan, por tanto, el carácter de un prestigio fetichista; contienen en sí mismos todo el prestigio, por así decirlo,

sustancializado o reunido, que esta sociedad reivindica para sí en virtud de su existencia como elite.

En este contexto, podría bastar hacer referencia una vez más al símbolo del "honor", como motivación del obrar. El deber que de él deriva es la coacción para conservar la existencia de su portador, como una existencia distanciada socialmente. El honor es independiente, transfigura la existencia de sus portadores y no necesita ni puede recibir una fundamentación ulterior a través de algo que esté fuera de él. Sin embargo, elementos del *ethos* estamentario que, en el caso de una motivación basada en el "honor" o el "prestigio", tal como se da en los cortesanos, se diferencia del *ethos* económico de las capas profesionales-burguesas y su motivación por la utilidad, impregnan o atraviesan también a éste. Tan pronto como surgen tendencias aislacionistas, elitistas, en las capas profesionales-burguesas, éstas terminan expresándose también en símbolos de prestigio que ponen la mira en la conservación de la existencia del grupo que se aísla a sí mismo, como grupo distanciado, así como a la transfiguración de esta existencia. En estos símbolos se presenta esta existencia como un fin en sí misma con su aureola de prestigio, aun cuando en las capas profesionales-burguesas se mezclan siempre e inmediatamente valores útiles e intereses económicos con los valores de prestigio. Precisamente en este contexto, por lo tanto, es interesante estudiar la estructura y la imbricación de la sociedad cortesana, pues lo que, hoy en día, aparece como una motivación entre otras y habitualmente no como la primera, la del prestigio tiene, como se ha visto, en la sociedad cortesana, todavía una total e ilimitada prioridad. El *ethos* estamentario se destaca aquí, de modo clarísimo, del *ethos* económico de las capas profesionales-burguesas.

También a partir de tales relaciones debe uno, por consiguiente, entender la etiqueta. No necesita fundamentarse en ninguna utilidad. *En ella, la sociedad cortesana se presenta a sí misma para sí misma, cada individuo se destaca de todos los demás; todos los individuos juntos se destacan frente a los que no pertenecen a tal sociedad, y de este modo, cada individuo y todos los individuos en conjunto acreditan su existencia como un valor por sí misma*[30].

[30] Puesto que esta sección representa al mismo tiempo una contribución a la *sociología del prestigio*, mencionemos por lo menos al final, un libro asimismo consagrado al prestigio, *Prestige*, de Ludwig Leopold, Berlín, 1916. El autor parte de presupuestos distintos y se acerca al tema con otros propósitos; por ello, no puede su libro encontrar en este contexto ninguna aplicación. Leopold constata como característica general del prestigio, "que éste pertenece al mundo del sentimiento y se hace presente prácticamente en docilidades y omisiones". No se entrecruzan los planos de ambas investigaciones.

15.

"La vie de la cour est un jeu sérieux, mélancolique, qui applique: il faut arranger ses pièces et ses batteries, avoir un dessein, le suivre, parer celui de son adversaire, hasarder quelquefois, et jouer de caprice; et après toutes ses rêveries et toutes ses mesures on est échec, quelquefois mat"[31] *.

La vida en la sociedad cortesana no era de ningún modo pacífica. Era grande la copia de hombres que se hallaban vinculados en un círculo duradera e inevitablemente. Se presionaban unos a otros, luchaban por las oportunidades de prestigio, por su posición en la jerarquía del prestigio cortesano. Los asuntos, intrigas, contiendas por el rango y el favor no conocían tregua. Cada uno dependía de los demás y todos, del rey. Cualquiera podía dañar a cualquiera. Quien hoy tenía un elevado rango, podía hundirse mañana. No había ninguna seguridad. Todos debían buscar alianzas con otros hombres que gozaran de la más alta estimación posible, evitar enemistades innecesarias, planear con precisión la táctica de la lucha con los enemigos inevitables, dosificar del modo más exacto, según el propio rango y estimación, la distancia y el acercamiento en la conducta hacia los demás[32].

De acuerdo con esta estructura, la sociedad cortesana recalcaba con especial fuerza en sus hombres algunos aspectos distintos de los de la sociedad burguesa-industrial. Mencionemos algunos:

1) *El arte de observar a los hombres*

No era psicología en el sentido científico, sino aquella capacidad derivada de las mismas necesidades de la vida en la corte, de darse cuenta de la condición, motivos, facultades y limitaciones de otros

[31] La Bruyère, *Caractères de la Cour*, Firmin-Didot, 1890. p. 178.

* "La vida de la corte constituye un juego grave, melancólico, al que hay que aplicarse; es preciso situar bien las piezas y las baterías, albergar un propósito, perseguirlo, impedir el del adversario; arriesgar en ocasiones y actuar caprichosamente; y a pesar de poner en juego toda fantasía y moderación, a veces se fracasa sin brillantez."

[32] "Que un favorito se examine a sí mismo muy de cerca, pues, si se hace esperar en su antecámara menos de lo ordinario, si su rostro es más expresivo, si frunce menos el entrecejo, si me escucha con mayor agrado y si me acompaña un poco más allá, pensaré que empieza a caer y acertaré." La Bruyère, *Caractères de la Cour*, p. 185.

hombres. Se debe prestar atención a la manera en que estos hombres escudriñan los gestos y la expresión de los demás y cómo examinan cuidadosamente todas las declaraciones de sus prójimos para descubrir su sentido, intención e importancia.

Un ejemplo que vale por muchos:

> "Je m'aperçus bientôt —dice de alguno St. Simon— qu'il se refroidissait; je suivis de l'oeil sa conduite à mon égard pour ne me pas méprendre entre ce qui pouvait être accidentel dans un homme chargé d'affaires épineuses et ce que j'en soupçonnais. Mes soupçons devinrent une évidence qui me firent retirer de lui tout à fait sans toutefois faire semblant de rien"[33] *.

Este arte cortesano de la observación de los hombres está tanto más próximo de la realidad, cuanto que nunca se orienta a considerar al individuo por sí solo, como una esencia que recibe primariamente desde su interior, sus leyes y rasgos esenciales. Se contempla más bien dentro del mundo cortesano al individuo siempre en su imbricación social, como *hombres en su relación con otros.* Aun en esto se muestra la total vinculación social de los cortesanos. El arte de la observación de hombres, sin embargo, no se refiere únicamente a los demás, sino que se extiende también al observador mismo. Se desarrolla aquí una específica forma de la *autoobservación. "Qu'un favori s'observe de fort près"*, como decía Labruyère[34]. La autoobservación y la observación de los demás hombres se corresponden mutuamente. Una sería inútil sin la otra. No se trata, pues, aquí, como sucede en un autoexamen hecho por motivos religiosos, de una inspección de lo "interno", ni de un ensimismarse como un ser solitario para probar y disciplinar sus deseos más recónditos según la voluntad de Dios, sino de una observación de sí mismo para adquirir una disciplina en el teatro social:

> "Un homme qui sait la cour est maître de son geste, de ses yeux, et de son visage; il est profond, impénétrable; il dissimule les mauvais offices, sourit à ses ennemis, contraint son humeur, déguise ses passions, dément son coeur, parle, agit contre ses sentiments" *.

[33] Véase St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 31, p. 172.

* "Me doy cuenta en seguida —dice de alguno St. Simon— de que se desanima; observo atentamente su conducta conmigo para no confundir lo que pudiera ser accidental en un hombre abrumado por difíciles asuntos y lo que yo haya sospechado. Mis sospechas llegan a ser evidencia tal que me obligan a apartarme completamente de él, sin disimulos, no obstante."

[34] Véase nota 1 de este capítulo.

En esto no hay nada de lo que pudiera inclinar a los hombres a engañarse a sí mismos acerca de los motivos de su conducta. Al contrario. Así como cada quien está obligado a buscar, tras la conducta exterior controlada y disfrazada de los demás, sus auténticos motivos e impulsos, y está perdido, si tras la apariencia desapasionada de los que compiten con él por las oportunidades de prestigio, no es capaz de descubrir constantemente los afectos e intereses que los impulsan, así debe conocer a fondo sus propias pasiones para poder, en verdad, encubrirlas. No ha sido en el espacio de la competencia profesional-burguesa-capitalista, sino ya en el cortesano, donde nació la concepción según la cual el egoísmo es el móvil del comportamiento humano, del que proceden las primeras presentaciones sinceras de los afectos humanos, en la edad moderna. Piénsese, por ejemplo, en las máximas de La Rochefoucauld.

El arte de la observación de los hombres corresponde al de la *descripción de los hombres.* Los libros y, por consiguiente, el escribir tenían para los cortesanos un significado totalmente distinto del nuestro. No pretendían una autopresentación y autointerpretación justificativas o fundadas causalmente. Puede repetirse también aquí lo que se dijo más arriba acerca de la actitud de los cortesanos respecto de sí mismos. Era un valor por sí misma, no necesitaba ni podía ser fundamentada o justificada.

El hombre cortesano se manifestaba primariamente en el hablar y en el obrar —un obrar de índole peculiar—, y sus libros no son más que órganos directos de la vida social[35], pedazos de conversa-

* "Un hombre que domina el juego de la corte es dueño de sus ademanes, de sus ojos y de su semblante; ha de ser profundo, impenetrable; disimula las malas intenciones, sonríe a sus enemigos, controla su genio, disfraza sus pasiones, contradice a su corazón, habla, actúa en contra de sus sentimientos."

[35] Es fácil entender que la sociedad cortesano-aristocrática no fuese un suelo apropiado para la literatura y las formas de saber, que no satisfacían las exigencias de la vida sociable cortesana y la necesidad de distinción social. Aquellas formas literarias y de saber características de la sociedad cortesana, responden a sus necesidades y exigencias específicas. Son ante todo memorias, colecciones de cartas, aforismos (máximas), ciertas clases de lírica, esto es, formas literarias que brotan directa o indirectamente de la nunca interrumpida conversación de sociedad y en ella crecen. Juntamente con éstas aparecen, a mediados del siglo XVIII, formas de saber cuya posesión podía dar a los cortesanos una fama particular en su sociedad y la expectativa de un cargo cortesano o diplomático. Así, por ejemplo, el futuro cardenal Bernis decía en sus memorias (traducidas por Konrad, Munich y Leipzig, 1917): "El estudio de la historia, la felicidad y la moral (moral en

ciones y juegos de sociedad o, como la mayor parte de las memorias cortesanas, diálogos y conversaciones evitadas que carecían, por una u otra razón, de interlocutor; de este modo, los libros cortesanos nos han conservado una imagen especialmente buena e inmediata de la actitud que esos hombres adoptaban en su vida.

Dado que la observación de los hombres constituía una de las artes de importancia vital para los cortesanos, se comprende que el arte de la descripción de los hombres en las memorias, cartas y aforismos cortesanos haya sido perfeccionado en alto grado.

El camino que, a partir de las condiciones de la sociedad cortesana, fue abierto para los escritores y la literatura franceses, ha sido seguido, en Francia, por una serie de escritores hasta el presente, por razones que aquí no pueden ser investigadas, pero que, en parte, pueden estar relacionadas al menos con la subsistencia de

---

la sociedad cortesana es un saber sobre las costumbres y el carácter de los hombres. Una expresión como, por ejemplo, 'moralistas franceses del siglo XVII' se debe entender en este sentido inhabitual en alemán. Nota del autor) constituyó en adelante mi única ocupación; en efecto, yo quería *sin notarlo que la gente se acostumbrara a considerarme como alguien serio, como a un hombre apto para los negocios*" (esto es, el servicio diplomático). También es característico en este contexto la siguiente cita de las memorias del cardenal Bernis, quien procedía de una antigua familia señorial (véase p. 57): "Se debe admitir que los grandes señores de hoy son menos ignorantes que los del buen tiempo pasado. Ni siquiera es infrecuente encontrar entre ellos a buenos escritores, pero, en compensación, se hallaba entre los de antaño, muchos de los cuales apenas sabían leer y escribir, avezados mariscales y habilidosos ministros. *No son los libros los que hacen a los grandes hombres, sino los acontecimientos, la nobleza de alma y el sentimiento del honor*". Cuáles formas de literatura y saber recibían consideración por parte de esta sociedad y cuáles no, se ve con particular claridad en un pasaje de una carta como la siguiente que procede de Mme. de Staal, mordaz y aguda observadora, camarera de la duquesa de Maine. Un día, aparecen en un viaje a Anet, residencia de la duquesa, Voltaire y su amiga, Mme. du Châtelet, y, por cierto, a medianoche. Son alojados con cierto trabajo, pero, al día siguiente, no se dejan ver en absoluto. "Aparecieron –escribe Mme. de Staal, el 15 de agosto de 1747, a la marquesa du Deffant– ayer a las diez de la noche. No me parece que se los haya visto hoy más temprano. Uno está escribiendo los altos Hechos (se trata de "El siglo de Luis XV"), la otra, comentando a Newton. *No quieren ni jugar ni pasearse. Se trata por cierto de gente sin valor en una sociedad donde sus doctos escritos no procuran ningún ingreso*". Y el 20 de agosto de 1747, Mme. de Staal escribe sobre Mme. du Châtelet: "Ella persiste en no aparecer más que de noche cerrada. Voltaire ha hecho algunos *versos galantes* (entre otros, una epístola a Mme. la duquesa de Maine sobre la victoria conseguida el 2 de julio, en Laweld) *que reparan un poco el mal efecto de su conducta inusitada*". Escritos eruditos no tienen ninguna relación con la vida sociable de esta sociedad. Voltaire y su amiga se mantienen alejados de tal vida, y ello es una falta de educación. Pero los "versos galantes" sí que forman parte de esta vida y mediante ellos Voltaire repara su conducta impropia y la de su amiga. Esto es asimismo una contribución a la sociología de Voltaire, así como a la sociología de las formas literarias y de saber típicas de la sociedad cortesano-señorial, que, por supuesto, no puede ser explicada en este contexto, como merecería.

una "buena sociedad" parisina, como heredera directa de la mentalidad cortesana, aun después de la Revolución[36].

2) *El arte de la manipulación de los hombres*

La observación cortesana de los hombres se deriva, como ya ha sido dicho, no de un gusto por reflexiones teóricas, sino directamente de las necesidades de la existencia social y de las exigencias del trato social. La observación de los hombres constituía la base de su manipulación, así como ésta era el fundamento de aquélla. La una debía acreditarse en la otra y ambas se fecundaban recíprocamente. En consecuencia, también la manipulación de los hombres está cuidadosamente ponderada según los objetivos de cada "manipulador". Un ejemplo puede ilustrar esta estrategia calculada en el trato con los hombres. Se trata de una conversación de St. Simon con el nieto de Luis XIV, entonces delfín[37]. A St. Simon le interesaba, como lo dice él mismo, mostrar al futuro rey la humillación que la propia casta de St. Simon, los duques y pares, los *grands*, se veían obligados a tolerar tanto por parte de los de arriba, como de los de abajo; por un lado, de los príncipes de linaje y aun del rey, y por otro, de los ministros.

St. Simon prosigue así:

> "Je m'étais principalement proposé de le sonder sur tout ce qui intéresse notre dignité; je m'appliquai donc à rompre doucement tous les propos qui s'écartaient de ce but, à y ramener la conversation, et la promener sur tous les differents chapitres... Je le touchai là dessus par ce que j'avais reconnu de sensible en lui sur ce point[38]. (...) Je le fis souvenir de la nouveauté si étrange des prétentions de l'électeur de Bavière avec Monseigneur. (...) Je lui fis faire les réflexions naturelles sur le tort extrême que la tolérance de ces abus faisait aux rois et à leur couronne. (...) Je lui montrai fort clairement que les degrés de ces chutes étaient les nôtres...[39]
>
> "Je vins après à la comparaison des grands d'Espagne avec les

---

[36] Para mencionar al menos una línea: hay una línea recta que conduce de la descripción de los hombres propia de St. Simon, a través de Balzac, Flaubert, Maupassant, a Marcel Proust, para quien, por cierto, la "buena sociedad" es simultáneamente espacio vital, campo de observación y material.

[37] St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 106, pp. 11 y ss.

[38] En otras palabras, toca primero un punto en el cual está en juego el propio interés del delfín.

[39] Muestra al delfín que sus propios intereses y los de la casta de St. Simon estarían lesionados por los mismos enemigos.

ducs-pairs et vérifiés, qui me donna un beau champ. (...) Me promenant ensuite en Angleterre, chez les rois du nord et par toute l'Europe, je démontrai sans peine que la France seule, entre tous les états qui la composent, souffre en la personne de ses grands ce que pas un des autres n'a jamais toléré. (...) Le Dauphin, activement attentif, goûtait toutes mes raisons, les achevait souvent en ma place, recevait avidement l'impression de toutes ces vérités. Elles furent discutées d'une manière agréable et instructive. (...) Le Dauphin (...) prit feu[40] (...) et gémit de l'ignorance et du peu de réflexion du roi. De toutes ces diverses matières, je ne faisais presque que les entamer en les présentant successivement au Dauphin, et le suivre après pour lui laisser le plaisir de parler, de me laisser voir qu'il était instruit, lui donner lieu à se persuader par lui-même, à s'échauffer, à se piquer, et à moi de voir ses sentiments, sa manière de concevoir et de prendre des impressions, pour profiter de cette connaissance, et augmenter plus aisément par les mêmes voies sa conviction et son feu. Mais cela fait sur chaque chose, je cherchais moins à pousser les raisonnements et les parenthèses qu'à le conduire sur d'autres objets, afin de lui montrer une modération qui animât sa raison, sa justice, sa persuasion venue de lui-même, et sa confiance, et pour avoir le temps aussi de le sonder partout et le *l'imprégner doucement et solidement de mes sentiments et de mes vues sur chacune de ces matières*, toutes distinctes dans la même..." *.

[40] Cuán típico sea este proceder, se ve, por ejemplo, al leer el siguiente consejo de Gracián en su oráculo manual: "La seguridad de la prudencia consiste en la moderación interior. Las trampas tendidas a la discreción son contradecir para arrancar una explicación y decir palabras irritantes para que el interlocutor se acalore" (citado según la traducción francesa de La Houssaie, París, 1691, p. 217, máxima 179).

* "Principalmente, me había propuesto sondearlo respecto a todo aquello que concierne a nuestra dignidad; así, pues, me apliqué en desechar suavemente todos los temas que se apartasen de tal objeto, a llevar la conversación por los cauces deseados y recorrer los diferentes aspectos. (...) Le impresioné con el tema, porque me había dado cuenta de cuán delicado resultaba el asunto para él. (...) Le hice recordar la rara novedad de las pretensiones del Elector de Baviera respecto a Monseñor. (...) Le forcé a llegar a las naturales reflexiones acerca del enorme perjuicio que podría suponer para los reyes y su corona el tolerar tales abusos. (...) Le mostré con toda claridad que los peldaños de esa caída también eran los nuestros. (...)

"Llegué después a comparar a los grandes de España con los duques, pares y aun los de más alto rango, lo que me brindó un magnífico campo. (...) A continuación, y haciendo un recorrido a través de Inglaterra, las cortes de los monarcas del norte, y toda Europa, le hice ver sin esfuerzo que tan sólo Francia, de entre todos los Estados que la integran, sufre en las personas de sus *grands* lo que ninguno de los otros jamás hubiera tolerado. (...) El Delfín, con indudable atención, escuchaba mis razonamientos, los terminaba frecuentemente por mí, admitía la realidad de todas estas verdades. Se discutieron de una forma agradable e instructiva. (...) El Delfín (...) se acaloró (...) y lamentó la ignorancia y la poca reflexión del Rey. De todos estos diferentes asuntos, yo no hacía apenas sino esbozarlos, presentándoselos de manera sucesiva al Delfín, escuchándolo después, para así permitirle el placer de conversar, de dejarme ver que se imponía de ellos, dándole oportunidad de que diese rienda suelta a su imaginación, que se acalorase; y a mí, de comprobar sus sentimientos, su forma de captar y aprobar las impresiones, con el fin de sacar el mejor partido de este conocimiento y ampliar así más fácilmente su convicción y entusiasmo. Pero al llevarlo a cabo sobre cada argumento, yo buscaba menos ir adelante con los razonamientos y las interrupciones que conducirle hacia otros temas, para señalarle una moderación que animase su razón, su justicia, la convicción nacida en sí mismo, y su confianza, y disponer igualmente del tiempo necesario para sondearlo en todo aquello que me fuera posible e *impregnarlo suave y sólidamente de mis sentimientos y mis intenciones sobre cada una de estas materias*, todas diferentes aun siendo la misma cosa..."

En esta conversación hay, sin lugar a dudas, muchas cosas características de una situación única: El noble que está en la oposición busca restablecer el contacto con el delfín, cuya posición misma lo hace inclinarse a tomar una actitud opuesta. El avanzar es peligroso, especialmente para St. Simon. Debe sondear meticulosamente la actitud del príncipe para saber hasta dónde puede llegar. Pero la manera en que lo hace es asimismo característica de la manipulación cortesana de los hombres, en general. La misma descripción de St. Simon permite darse cuenta, en primer lugar, de la extraordinaria consciencia con la que se lanza a conseguir su objetivo, así como su satisfacción por el arte con que lleva a cabo su tarea, como conviene. Muestra de una manera clara cómo y por qué precisamente el que tiene un rango relativamente inferior se convierte, de modo especial, en un táctico de la conversación. Como ya se indicó, en general, es el que más arriesga en una tal conversación. El delfín puede siempre hasta cierto punto faltar a las reglas utilitarias del juego de la conversación cortesana; cuando le convenga, puede dar por concluidas la conversación y la relación por cualquier razón, sin perder en ello demasiado. Por el contrario, a St. Simon le va muchísimo en el resultado de esta conversación; para él es, pues, de importancia vital, llevar esta conversación con un control y una premeditación que no debe nunca percibir el interlocutor. En esta situación, un hombre es, sin más, inferior si deja escapar hacia fuera el menor asomo de forzamiento en su seguridad o en su tensión interior. El primer mandamiento de esta cortesana manipulación de los hombres es dirigir al interlocutor de mayor rango, casi sin que éste se dé cuenta y como espontáneamente, adonde se le quiera llevar. Aquellos gestos que a veces pueden ser útiles en el trato entre interlocutores relativamente independientes y del mismo rango —por ejemplo, en el de comer-

ciantes o en el científico-burgués—, el acentuar directa o indirectamente la propia inteligencia y expresiones del tipo "qué clase de hombre soy", están aquí naturalmente prohibidos. "No hablar jamás de sí mismo", es el título de una máxima de Gracián[41]. A esto responde la necesidad de tener presente siempre no sólo en general, la situación social del interlocutor con todas sus consecuencias para la conversación, sino también de considerar y tener en cuenta constantemente durante el diálogo, la actual, cambiante y fluyente configuración del interlocutor. El arte que, estrechando de un modo característico el concepto, llamamos "Diplomacia", se cultiva así en la vida cotidiana de la sociedad cortesana. El diálogo de St. Simon con el delfín es un ejemplo gráfico de ello. Las cualidades que hoy, visibles para todos, son exigidas fundamentalmente a los representantes de un país en el extranjero, y de manera creciente también en las negociaciones de grandes consorcios y entre partidos, las produce y las obliga la "buena sociedad", jerárquicamente dividida, de acuerdo con su estructura específica, de una manera más o menos acusada, a cada uno de sus miembros.

Considerando la manipulación cortesana de los hombres, empero, se entiende en seguida desde una nueva perspectiva, lo que significa que, a un extraño que procede de la sociedad profesional-burguesa y, de modo muy especial, a un observador alemán le parezca que el "cómo" de un proceder se subraye siempre particularmente frente al "qué", en la sociedad cortesana y en la sociedad francesa en general, por cuanto aquélla la ha influido fuertemente. Ya antes han sido puestas al descubierto, desde cierto punto de vista, las raíces de esta atención a lo "externo", al "cómo" en la estructura de esta sociedad: lo que nosotros llamamos "exterioridades", "formalismo", no es más que la expresión de la primordial referencia de todo lo que es o sucede, a las oportunidades de status o de poder de la *persona* que lo hace o a la que pertenece, en relación con los demás. En este sentido, esta conducta, concebida sólo de una manera insuficiente como "formalismo" y acentuación del "cómo", se revela como la formación opuesta a la objetivización o cosificación de la mentalidad profesional-burguesa, en la cual el "qué" prima sobre el "cómo", en la cual, a menudo supuestamente, lo que importa es la "cosa" y no la "persona" ni la "forma" de la conducta orientada a la persona.

[41] Máxima 117 (en la versión de Amelot de la Houssaie, p. 143).

Algo similar, desde otro punto de vista, se muestra también aquí en aquella ejemplar conversación entre St. Simon y el delfín. Con este diálogo, con su táctica, lo que interesa a St. Simon, en todo caso, es asegurarse una mayor estimación y poder, y ganar la confianza y la alianza del delfín; lo aparentemente "objetivo", la queja acerca de la humillación de su casta, es asimismo algo muy "personal". Sin embargo, precisamente porque, de acuerdo con la estructura de la sociedad cortesana, St. Simon sólo puede hacerse valer si tiene cuidadosamente en cuenta la situación de aquél cabe el cual quiere hacerse valer, si hace incesante referencia a los propios intereses y al propio deseo de estimación de éste; justamente por todo esto el "cómo" de la conducta adquiere esa gran importancia y ese especial perfeccionamiento. El objetivo de esta y similares conversaciones no es nunca solamente una meta objetiva que, al final, se hace patente —por ejemplo, la firma de un contrato—, sino que siempre constituye también el establecimiento de una cierta relación entre ambos interlocutores. Así, esta manipulación de los hombres no es nunca *sólo* un medio para un fin, sino que posee siempre algo de una finalidad en sí misma; forma y táctica, el "cómo"[42] o la ejecución del combate en la tensión de los involucrados exige el constante examen de la relación de fuerza entre ellos, los cuales pueden establecer una relación relativamente duradera, cuando ambos encuentran en ello la satisfacción de sus intereses.

También el hombre profesional-burgués —digamos el comerciante— tiene su táctica y su específica manipulación de hombres. Pero a éste, sólo en raras ocasiones, le interesa el hombre en sí, el hombre total, como al cortesano; pues éste entabla en general, una relación duradera, de toda la vida, con cada uno de los demás miembros de su sociedad; todos estos hombres cortesanos están, sin posible escapatoria, en manos unos de otros, más o menos, se-

[42] Véase sobre todo esto, Gracián, op. cit., máxima 14: "La cosa y la manera. No es suficiente sólo la *sustancia*, es necesaria también la circunstancia. Una manera mala echa a perder todo, desfigura aun la justicia y la razón. Al contrario, una manera bella lo suple todo, dora el rechazo, edulcora lo que hay de agrio en la verdad, suprime las arrugas de la vejez. El *cómo* hace mucho en todas las cosas... No basta sólo el gran celo en un ministro, el valor en un capitán, la ciencia en un hombre de letras, el poder en un príncipe, si todo ello no va acompañado de esta importante formalidad. Pero no hay empleo donde sea más necesaria que en el mandato soberano. Es para los superiores un gran medio de obligar el ser más humanos que despóticos. Ver que un príncipe da la primacía a la humanidad sobre la superioridad, constituye una obligación doble de amarlo" (traducción de La Houssaie, p. 14).

gún su posición en la sociedad cortesana, como amigos, como enemigos o como relativamente neutrales. Ya por esto necesitan tener siempre máximo cuidado en todo encuentro. Precaución o reserva es, en consecuencia, una de las dominantes más importantes de la cortesana manipulación de hombres. Justamente porque toda relación es, en esta sociedad, necesariamente una relación duradera, una sola expresión impensada puede tener efectos permanentes. Por el contrario, los hombres profesionales-burgueses actúan de ordinario, en mayor grado, por un objetivo determinado, exacta, objetiva y temporalmente limitado. El otro interesa primariamente en un contexto mediato o inmediato de un cierto valor objetivo, presente en cada encuentro, y sólo secundariamente también como persona. La reunión se suspende, la relación termina, los hombres se apartan rápidamente cuando las oportunidades objetivas que se ofrecen recíprocamente, no parecen ya suficientemente favorables. Para la manipulación profesional de hombres es, en consecuencia, a diferencia de lo que sucede en la cortesana, de importancia decisiva la disolución de las relaciones humanas, su limitación en el tiempo. Las relaciones duraderas se reducen a la vida privada. Y, como es sabido, también las relaciones privadas consideradas como indisolubles, se ven cada vez más afectadas por la general disolución y variabilidad de las relaciones personales en el ámbito profesional.

3) *La racionalidad cortesana. (Control de los afectos por causa de ciertos fines de importancia vital)*

Lo que es "razonable" o "racional", depende en cada caso de la estructura de la sociedad. Lo que objetivizando llamamos "razón" o *ratio*, aparece siempre que la adaptación a una determinada sociedad y la imposición o conservación dentro de ella exigen una previsión o cálculo específicos y, por consiguiente, una postergación de los afectos individuales efímeros. El cálculo previo cuantitativo o racionalidad constituye sólo un caso particular de un fenómeno más global. Max Weber ha mostrado en sus ensayos sobre sociología religiosa que la racionalidad no sólo es característica del hombre profesional-burgués de Occidente. Sin embargo, todavía no se ha puesto hasta ahora de relieve con suficiente claridad que, también en Occidente, junto con la racionalidad profesional-burguesa y capitalista, se han dado y sin duda se dan todavía otros tipos de racionalidad, nacidos de distintas necesidades sociales.

Estudiando la corte, se topa con uno de estos tipos de racionalidad no burgueses. Ya se ha dado toda una serie de ejemplos de la específica racionalidad cortesana: el exacto cálculo del grado y modo del ornato que convienen a una casa, la organización del *lever* y de la etiqueta en general, el dominio personal del rey ante St. Simon en el marco del *coucher*, etc.[43].

Es fácil ver por qué esta conducta se hace de importancia vital para los cortesanos: No puede calcularse el grado de un desahogo afectivo. Descubre los verdaderos sentimientos de la persona en cuestión en un grado que, por no ser calculado, puede ser perjudicial; quizá da triunfos a los que compiten con uno por el favor y el prestigio. Es, finalmente y sobre todo, un signo de inferioridad; y ésta es precisamente la situación que más teme el cortesano. *La competencia de la vida cortesana obliga así a un control de los afectos en favor de una conducta exactamente calculada y matizada en el trato con los hombres.* La estructura configuracional, la estructura del trato social de los miembros de esta sociedad dejaba sólo un relativamente reducido campo a las espontáneas expresiones afectivas entre los mismos. Para poder calcular la vida, esto es, el trato recíproco de los hombres, se utilizaba —como ha sido mostrado antes— un medio análogo al usado por la sociedad económica, cuando quiere hacer calculable un proceso de trabajo: no se dejaba al acaso, a la costumbre o al humor de los individuos; se lo hacía independiente de las individualidades cambiantes y de las oscilaciones de sus privadas relaciones personales; se lo organizaba perfectamente y se lo dividía en procesos parciales. Mediante la organización se lo ponía al alcance de la vista; dado que todo se realizaba siempre del mismo modo, con independencia de las oscilaciones individuales, el conjunto era calculable de antemano; y mediante la división en procesos parciales era posible fijar exactamente cada paso del valor prestigio en la sociedad cortesana, así como, en la capitalista, se hace con el valor dinero. La conformación intensiva de la etiqueta, del ceremonial, del gusto, del vestido, de la conducta y aun de la conversación tenía la misma función. Aquí cada detalle era un instrumento siempre listo para la lucha por el prestigio y dicha conformación no sólo servía para la representación demostrativa, para la conquista correspondiente del

43 Véase también la cita de La Bruyère, p. 122.

status y del poder y para tomar distancia respecto de lo exterior, sino también para la gradación intelectual de las distancias.

La racionalidad profesional-industrial-burguesa se forma a partir de la coacción de la imbricación económica; gracias a ella, puede calcularse primariamente las oportunidades de poder fundadas en el capital privado o público. La racionalidad cortesana resulta de la coacción de las elitistas imbricaciones sociales y sociables; gracias a ella, puede calcularse primariamente a los hombres y las oportunidades de prestigio, como instrumentos de poder.

16. La relación entre estructura de la sociedad y estructura de la personalidad que aquí se manifiesta, tiene consecuencias ampliamente ramificadas:

Por ejemplo, la forma artística que denominamos "clasicismo" es una expresión de idéntica actitud. Se repite en ella la exacta, fría y clara clasificación de la estructura, el cálculo meticuloso del efecto y del prestigio, la carencia de todo ornato no calculado, de todo espacio para el desarrollo incontrolado del sentimiento. Lo mismo puede decirse del drama clásico francés. En primer lugar, es un elemento inmediato de la vida social cortesana no tener ninguna ocupación en los días de fiesta. Los espectadores se sientan en el escenario, ocupando el fondo y los lados. Lo que entonces se representa entre ellos ostenta idéntica mesura, idéntica planeación de la estructura característica de la vida cortesana en su conjunto. Las pasiones pueden ser fuertes; hay que evitar las explosiones pasionales. No importa primariamente el contenido de la pieza —se trata casi siempre de asuntos largamente conocidos—, sino el refinamiento de las maneras como los actores se hacen dueños de su destino, resuelven sus conflictos, así como, en la vida de la sociedad cortesana, determinante para todas las capas elevadas, la manera, la elegancia con que un hombre domina en cada caso una situación, es siempre de una importancia decisiva. Y en correspondencia con la amplia vinculación con la sociedad cortesana de toda acción que no se realizaba también en palabras, esto es, como conversación, en el drama clásico francés, a diferencia del inglés, no se representa propiamente acciones, sino conversaciones y declamaciones sobre acciones, que por lo regular se hurtan a la vista de los espectadores.

Esta relación entre racionalidad cortesana y clasicismo aparece no sólo en Francia, y sería digna, por cierto, de una elaboración en

un estudio especial. Modificada, no es menos válida respecto del clasicismo de Alemania. La cultura de Weimar es la única cultura cortesana, verdaderamente significativa, que los alemanes han creado en la época contemporánea. Se encuentra aquí de nuevo una buena parte de los rasgos cortesanos característicos, al menos como ideal, naturalmente en una proporción de capas burguesas promovidas a la corte por completo distinta de la existente en Francia, el siglo XVII: la serenidad, la mesura de los afectos, la quietud y la sensatez y, no en último término, aquella solemnidad específica por la cual los cortesanos se destacaban de la masa de los demás[44].

La racionalidad cortesana genera más adelante toda una serie de contramovimientos —por cierto, también en el seno de la sociedad cortesana misma— e intentos de una emancipación del "sentimiento", que siempre son asimismo tentativas de una emancipación del individuo frente a una determinada presión social, pero que, sin embargo, en la Francia del siglo XVII, al menos externamente, condujeron siempre a la derrota (cf. por ejemplo, Madame Guyon, Fénélon, etc.). Precisamente en relación con estos movimientos de oposición es patente la importancia de examinar hasta qué punto la estructura de un campo social permite y posibilita el libre curso del sentimiento, así como hasta qué punto su estructura castiga la emancipación y el libre curso del sentimiento con la ruina social, o por lo menos, con la degradación social. Justamente esto sucede en la corte.

No puede entenderse a Rousseau, su influencia y la posibilidad de su éxito aun dentro del *monde*, si no se capta asimismo que fue un movimiento de oposición contra la racionalidad cortesana y contra la represión del sentimiento a través de la vida cortesana. También desde este punto de vista, el análisis exacto de los movimientos de liberalización a los que, durante el siglo XVIII, se vio sometido el *monde*, da información sobre aquellos cambios estructurales que, entonces, permitieron en determinadas capas intelectuales —de ninguna manera en todas— una emancipación relativa de los espontáneos impulsos emocionales, e hicieron asimismo posible una teoría de la autonomía del sentimiento.

[44] Para apreciar más claramente estas relaciones, se requiere sólo comparar por ejemplo el Goethe precortesano con el Goethe cortesano. Por supuesto, no se debe olvidar que Weimar fue una corte muy pequeña y en algunos aspectos, casi burguesa.

Finalmente notemos sobre este particular que el consciente racionalismo intelectual de los siglos XVII y XVIII, que de ordinario se denomina, con un término poco preciso, "Ilustración", no debe entenderse en absoluto sólo en relación con la racionalidad profesional-burguesa-capitalista, sino que conducían a él fuertes vías de comunicación desde la racionalidad cortesana. Podrían, por ejemplo, descubrirse con bastante facilidad en Leibniz. Pero también en Voltaire se puede constatar sin dificultad esta comunicación con la racionalidad cortesana.

Cuando uno se da cuenta así que algunas de las *basic personality characteristics* o —como se expresa a veces— el "espíritu" de los cortesanos resulta de la estructura social, de la configuración, del entramado de interdependencias que tales hombres forman entre sí; cuando se capta que ellos se formaban a sí mismos y sus expresiones del modo más intensivo y matizado, en una esfera totalmente distinta, según una orientación muy diversa de la nuestra, porque justamente esta orientación y esta esfera de formación era para ellos de importancia vital, se pone entonces de manifiesto algo de la curva de desarrollo que conduce de la conformación de esos hombres a la nuestra y, con ella, también lo que hemos ganado o perdido en esta transformación.

17. Las formas de vida y las posibilidades de experiencia que el *ancien régime* guarda en sí con su corte y su cortesana sociedad estamentaria son para la mayoría de los hombres de sociedades estatales, nacionales e industriales, tan poco directamente accesibles como las de las sociedades más simples de las que se ocupan los etnólogos. Como se ha visto, cuesta cierto trabajo el solo volver a actualizarlas mentalmente. Aun las pocas cortes occidentales de nuestra época son fundamentalmente algo distinto de las cortes y sociedades cortesanas de los siglos XVII y XVIII. Son órganos de una sociedad que se ha hecho burguesa. Con todo, en el siglo XIX y aun en el XX, continúa todavía viviendo mucho de la forma que la sociedad cortesana de los siglos anteriores dio a los hombres, de la formación cortesana de todo aquello que rodeaba a éstos: muebles, obras plásticas o vestidos, fórmulas de saludo o etiqueta social, teatro, poesía o casas. Se trata, sin embargo, de una fantástica transformación peculiar que sufrió en la sociedad burguesa la herencia de la cortesana. Esta herencia se hizo grosera en una forma

específica y perdió su sentido primigenio dentro de la nueva sociedad de masas[45].

En efecto, la corte y la "buena sociedad" que giraba a su alrededor, en el *ancien régime,* fueron en Occidente las últimas formaciones sociales relativamente cerradas cuyos hombres —en el sentido de una racional conducta económica— no trabajaban y contaban. Eran, si es que es permitido denominarlas por el tipo de sus ingresos, formaciones de rentistas. Y sus miembros tenían no sólo tiempo, gusto y cuidado para el perfeccionamiento de esferas de la vida que, el siglo XIX, por la creciente diferenciación de la vida humana en una esfera profesional y otra privada, bajo la presión de la conducta racional de la economía, perdieron importancia como partes de la vida privada; sino que la necesidad de afirmarse en la sociedad cortesana obligaba a este perfeccionamiento. Para los miembros de la capa dominante del *ancien régime,* su existencia como rentistas hacía posible y forzaba, por ejemplo, la elegancia en el porte y el buen gusto en el sentido de su madura tradición social, como condiciones para estar incluidos y promoverse en su sociedad, a través de las convenciones sociales y la competencia por el prestigio.

Los burgueses del siglo XIX estuvieron ante todo determinados por las necesidades de una profesión que exigía un trabajo más o menos regulado y una gran rutina en los afectos. Así pues, la conducta de los hombres y su relación mutua se formaron en primer lugar a partir de la profesión; aquí se situaba el centro de las coacciones que las interdependencias sociales de los hombres ejercían sobre los individuos. Con ello, cambiaron no solamente las cualidades y los modos de proceder que la sociedad desarrollaba en sus miembros individuales, sino que además se derrumbó la mayor parte de lo que, en el *ancien régime,* había sido objeto de un determinado cuño y una cuidadosa formación, bajo la coacción de las dominantes interdependencias humanas sobre las conductas y relaciones individuales, y pasó entonces a una esfera que *ya no* se encontraba en el centro de aquello que se conformaba socialmente. Para los hombres de la *bonne compagnie* del *ancien régime,* la disposición de la casa y el parque, de un gusto exquisito, la decora-

[45] En otras palabras, transformada así, constituía en muchos casos un elemento esencial de aquella peculiar formación de la vida que suele caracterizarse —sin razón, exclusivamente en un sentido despectivo— mediante el concepto de *kitsch.*

ción de sus habitaciones más elegante o más íntima según la moda, en el sentido de las convenciones sociales, o, por ejemplo, la diferenciación y realización de las relaciones entre hombre y mujer hasta en sus mínimos detalles, no eran únicamente diversiones de individuos particulares, sino exigencias vitales del trato social. Controlar todas estas cosas era condición del respeto social, del éxito social que ocupa el lugar de nuestro éxito profesional. Sólo la consideración de estos cortesanos que no trabajaban y vivían de sus rentas puede permitirnos entender lo que significa la división, antes mencionada, de la nueva vida social en una esfera profesional y otra privada, para el carácter de los hombres posteriores y para la elaboración de la herencia que recibieron de las centurias precedentes. Casi todo lo que la sociedad cortesana de los siglos XVII y XVIII configuró, la danza, los matices del saludo, las formas de la sociabilidad, los cuadros con que se adornaban las casas, las gesticulaciones de una petición o el *lever* de una dama, todo esto, digo, retrocedía cada vez más a la esfera de la vida privada. Precisamente con esto cesó de estar en el centro de las tendencias de formación sociales. No cabe duda que la vida privada de los burgueses no dejó de verse afectada por las coacciones sociales. Pero recibía, en cierto modo medianamente, la formación social que daba seguridad, de la esfera en la que los hombres estaban ahora primariamente imbricados recíprocamente, esto es, de la situación profesional de los mismos. Sin embargo, sus formas, las conductas de la vida profesional, eran obligadas en un grado y una manera totalmente distintos que las de la vida privada. Estaban ahora, antes que ninguna otra, formadas, matizadas y calculadas.

La *bonne compagnie* del *ancien régime*, centrada en la corte, como cualquier otra sociedad, desarrolló en sus hombres aspectos totalmente determinados de entre la inabarcable multiplicidad de los posibles caracteres humanos. Sus miembros, como todos los hombres, eran desarrollados de un modo limitado, a saber, limitados —aparte límites individuales— por las fronteras y posibilidades específicas de este particular campo social. Con todo, a los hombres desarrollados de un modo limitado en este sentido, esa sociedad los abarcaba como un conjunto, con idénticas inmediatez e intensidad. Para decirlo con toda sencillez: los hombres de esta sociedad no estaban, durante diez o doce horas al día, inmediatamente expuestos a la luz y al control de la opinión pública, para retirarse después a una esfera más privada donde la conducta estaba

configurada, en todo caso, según los intereses de la pública actividad profesional, pero, por lo demás, menos influida por una sociedad y una sociabilidad que lo abarcaban casi todo, y más por un código legal impersonal y por aquello que de la conciencia marcada primariamente por el trabajo y éxito profesionales, desembocaba en el tiempo privado.

Con toda seguridad, tal división se manifestaba ya en el siglo XVIII, y en capas no propiamente decisivas incluso antes, pero, en toda su amplitud, no fue posible antes de la aparición de una urbana sociedad de masas. Es decir, apenas aquí el individuo pudo, en el marco de los controles legales, escapar *hasta cierto punto* de los controles sociales. Para los hombres de la sociedad cortesana de los siglos XVII y XVIII no existía, por supuesto, tal separación en el sentido amplio de la palabra. El éxito o fracaso de su conducta no se decidía en una esfera profesional y luego repercutía en su vida privada, sino que, respecto de su posición en la sociedad, su conducta podía en todo tiempo y todos los días ser decisiva y significar el éxito o fracaso sociales. Y en este sentido, por consiguiente, con el control social se extendían inmediatamente también las tendencias de formación de la sociedad a todas las esferas de la conducta humana. En este sentido, aquella sociedad abarcaba a sus hombres, como un todo.

Esta peculiaridad de la sociedad anterior, de la que se hablará todavía a menudo, es, como imagen o contraimagen, igualmente importante para entender el pasado y el presente. Frente a ella se destaca nítidamente la índole diversa de la sociedad burguesa de masas que poco a poco se manifiesta cada vez con mayor fuerza. *En ella, la esfera profesional constituye la primaria superficie donde se ejercen las coacciones sociales y las tendencias de formación sociales sobre los hombres.* Es claro, sin embargo, que la forma de la vida privada se ve afectada en consecuencia, por su dependencia de la situación profesional; con todo, sus figuras y conductas concretas no se conforman con la misma intensidad que antaño en la sociedad cortesano-aristocrática, cuyos miembros no tenían ninguna "profesión" y no conocían una separación entre una esfera profesional y otra privada, en el sentido moderno. El hombre de la sociedad burguesa de masas sabe en general con bastante exactitud cómo tiene que comportarse dentro de su esfera profesional. A la formación de la conducta profesional dirige la sociedad sus primarias tendencias de acuñación. Aquí comienzan ante todo

sus coacciones; pero todo aquello que, con esto, se ve remitido a la esfera de la conducta privada, ya la vivienda, ya el cortejo entre los sexos, ya el gusto artístico, ya la comida, ya la celebración de fiestas, no recibe ya su formación decisiva inmediata y autónomamente como antes en el trato social-sociable de los hombres mismos, sino mediata y heterónomamente a menudo, como función de situaciones profesionales y de intereses, sea de quien llena con esto su tiempo privado, sea de aquel cuya función profesional es llenar el ocio de otros, y por lo regular, a partir de un cruzamiento de ambas tendencias[46].

[46] En las sociedades industriales más desarrolladas, se va acortando lentamente el tiempo dedicado a la profesión, y se alarga el tiempo privado. Es quizá todavía demasiado pronto para investigar el influjo que este cambio tiene o tendrá en el carácter de los hombres en general, y en la formación de la conciencia en particular, si prosigue en la misma dirección. Un trabajo preliminar sobre la teoría de la actividad del tiempo libre se encuentra en Elias, N., y Dunning, E., *The Quest for Excitement in Leisure* (La búsqueda de excitaciones en el ocio). Véase Dunning, E., *The Sociology of Sport* (La sociología del deporte), A. Reader, Londres, Cass., 1968, p. 64.

VI. LA VINCULACION DEL REY POR LA ETIQUETA Y LAS OPORTUNIDADES DE PRESTIGIO

1. Si, a primera vista, está uno inclinado quizá a responder la pregunta acerca de la sociología de la etiqueta remitiendo a la dependencia de la nobleza del arbitrio de los príncipes, cuando se ve el asunto más de cerca, sale a la luz una situación más compleja. La necesidad que la nobleza tiene de distinguirse, cuya desaparición equivaldría a la derrota de la nobleza misma, responde a las necesidades de poder del rey. Esta aspiración al distanciamiento de los elitistas grupos amenazados es el punto de arranque para que el rey pueda disponer sobre la nobleza. La tendencia a la autoafirmación por parte de la aristocracia y la tarea de dominación del rey se engarzan como eslabones de una cadena que aprieta a la nobleza.

La cadena quedaba rota cuando un cortesano decía: no me importa *distinction, considération, valeur, honneur* o cualquiera otro de los términos con que se designan estos símbolos característicos del prestigio y el distanciamiento.

Pero la imbricación y el encadenamiento van todavía más lejos: el rey mismo tenía —por numerosas razones que todavía deben exponerse en detalle— un interés en mantener a la nobleza como una capa distinguida y segregada. En una primera aproximación baste con indicar que él mismo se consideraba un noble, como el "primero de la nobleza". Se decía a veces de alguno en la corte: "Ese está loco o el rey no es noble" *(Il est fou ou le roi n'est pas noble).* Permitir que cayera la nobleza significaba para el rey asimismo dejar que se derrumbase la nobleza de su propia casa. Y esta simultaneidad del distanciamiento frente a la nobleza como soberano de ésta, y de la pertenencia a la nobleza como noble es determinante para la posición del rey en la etiqueta, así como para la importancia que la etiqueta tenía desde la perspectiva del rey.

Todo aquello que en la etiqueta podía verse respecto de la nobleza vuelve a encontrarse cuando se examina la parte que toca al rey: distanciamiento como fin en sí mismo, racionalidad, matización, control de los afectos. Sin embargo, todo esto tiene otro sentido que el expuesto más arriba, si se ve desde la perspectiva del

rey. La etiqueta es para el monarca no sólo instrumento de distanciamiento, sino también de dominio. Luis XIV mismo lo ha expresado con bastante claridad en sus memorias (II, 15):

> "Ceux-là s'abusent lourdement qui s'imaginent que ce ne sont là que des affaires de cérémonie. Les peuples sur qui nous régnons, ne pouvant pénétrer le fond des choses, règlent d'ordinaire leurs jugements sur ce qu'ils voient au dehors, et c'est le plus souvent sur les préséances et les rangs qu'ils mesurent leur respect et leur obéissance. Comme il est important au public de n'être gouverné que par un seul, il lui est important aussi que celui qui fait cette fonction soit élevé de telle sorte au-dessus des autres qu'il n'y ait personne qu'il puisse ni confondre ni comparer avec lui, et l'on ne peut, sans faire tort à tout le corps de l'Etat, ôter à son chef les moindres marques de la supériorité qui le distingue des membres" *.

Este es, por tanto, para Luis XIV mismo, el sentido de la etiqueta. No se trata de una mera ceremonia, sino de un instrumento para el gobierno de los súbditos. El pueblo no cree en un poder que ciertamente está presente, pero no se aprecia manifiestamente en el porte del detentor del poder. Debe ver para creer[1]. Cuanto más distanciado se mantiene un príncipe, tanto más grande será el respeto que su pueblo le muestre.

En el caso de la nobleza cortesana que ya no tiene ninguna función de dominación, el distanciamiento es en absoluto un fin en sí mismo; lo es también en el del rey, pues éste considera indudablemente y por completo su existencia y su ser como el sentido del Estado.

> "Antaño hablaba uno —dice un oposicionista[2]— exclusivamente de los intereses del Estado, de las necesidades y conservación del Estado. Hacerlo hoy así sería ofender a Su Majestad. El rey ha ocupado el lugar del Estado, él es todo y el Estado ya no es nada. El es el ídolo al cual sacrifican las provincias, las ciudades, las finanzas, los grandes y los pequeños; en breves palabras, todo."

* "Aquéllos se engañan burdamente cuando imaginan que *allí no hay* sino asuntos de ceremonial. Los pueblos sobre los que reinamos no tienen capacidad para llegar al fondo de las cosas, de ordinario acomodan sus juicios a las apariencias externas, y con mayor frecuencia en cuanto a preferencias y rangos, con relación a lo cual otorgan su respeto y obediencia. De la misma manera que para el pueblo es de suma trascendencia ser gobernado por un único señor, asimismo es muy importante para él que quien desarrolle esta función destaque de tal suerte por encima de los demás, que no haya nadie con quien se pueda ni comparar ni confundir, como que tampoco se pueda desposeer a su señor de la más mínima señal de primacía que le distingue del resto de los individuos."

[1] Indiquemos sólo de paso la catolicidad de esta conducta y cómo no fue posible en absoluto tocar las relaciones seguramente no poco importantes entre el ritual cortesano y el eclesiástico.

[2] Jurien, *Soupirs de la France esclave* (Suspiros de Francia esclava), 1691.

Como para la nobleza, así también para Luis XIV su propia existencia como rey es por entero un fin en sí misma. Pero a esta existencia pertenece, como uno de sus atributos, el monopolio del dominar. Si el rey veía, pues, por un lado, la etiqueta bajo la perspectiva de su objetivo de poder, éste, en última instancia, era otra vez él mismo, su existencia, su fama, su honor. La etiqueta es la más patente expresión de este total desplazamiento del poder a la persona del rey, a su glorificación y prominencia.

2. No puede entenderse un instrumento de poder sin considerar la estructura del ámbito al que está destinado y a cuyos condicionamientos debe corresponder. Resulta aquí una tarea peculiar para el sociólogo: la corte debe ser estudiada como una estructura de poder que, como cualquiera otra, prescribe al que en ella y a partir de ella quiere gobernar, modos y medios totalmente específicos de dominio. Sin lugar a dudas, la corte constituye sólo una parte del más amplio ámbito de poder del rey. No constituye por completo, pero sí hasta cierto grado, la configuración central de toda la estructura de poder, mediante la cual el rey dirige su ámbito más amplio de poder.

La tarea es, pues, en primer lugar hacer inteligible la estructura de este primario espacio de acción del rey como un sistema de poder. Después debe responderse a la pregunta acerca de cómo se origina propiamente esta corte en relación con la estructura del más amplio ámbito de dominio y de por qué se reprodujo constantemente, a través de generaciones, tal como lo vemos ante nosotros.

Se puede determinar la estructura de un sistema de poder de determinado tipo como una configuración de hombres interdependientes, casi con el mismo rigor con que un científico de la naturaleza puede determinar la estructura de una molécula específica. Con ello no debe pretenderse una identidad ontológica entre el objeto de la ciencia natural y el de la sociología. Aquí no se está discutiendo esta cuestión. Sirva aquí esta comparación únicamente para dar una forma estable y gráfica a la imagen que se presenta al

sociólogo. Todo campo de poder puede exponerse como un entramado de hombres y grupos de hombres interdependientes que actúan conjuntamente o unos contra otros, en un sentido totalmente determinado. Se puede, tal como se mostrará todavía, distinguir diversos tipos de campos de poder según el sentido de la presión que los distintos grupos de un campo de poder ejercen mutuamente, según la índole y la fuerza de la dependencia relativa de todos los hombres y grupos de hombres que constituyen el sistema de poder. ¿Qué pasa, pues, con las interdependencias de los cortesanos como campo de poder del rey?

El rey se encuentra dentro de la corte en una situación única. Todos y cada uno de los demás están expuestos a una presión de abajo, de los lados y de arriba. Sólo el rey no experimenta ninguna presión de arriba. Pero, por cierto, la presión de los que tienen un rango inferior al suyo, contra él no es menospreciable, y sería insoportable y lo aniquilaría en un instante si todos los grupos sociales —y aunque sólo fueran los cortesanos— que le están subordinados, tuvieran una misma orientación, a saber, en contra suya.

Pero no la tienen: el potencial de acción determinado por la interdependencia de aquellos sobre los que él reina se encuentra orientado a luchas entre ellos mismos, y, por consiguiente, queda anulado su efecto sobre el rey. Esto es válido en un sentido más amplio, del que aquí no debemos ocuparnos en primer término, para todo el ámbito del poder. Puede decirse en sentido estricto inmediatamente de la corte, como campo primario de acción y de dominio del rey. Aquí no sólo compite hasta cierto grado cada individuo con todos los otros por las oportunidades de prestigio, sino que asimismo diversos grupos luchan entre sí; los príncipes y princesas de linaje contra los bastardos legitimados del rey, e igualmente contra éstos los grandes, los duques y pares. Como un grupo por sí mismo están los ministros que proceden de la burguesía y se han promovido a partir de la toga. Ellos también pertenecen completamente a la corte y no pueden sostenerse si no entienden las leyes no escritas de la vida cortesana.

Todos estos y algunos otros grupos existentes tienen, sin embargo, escisiones internas. Se vinculan mutuamente hombres de diversos grupos y rangos. Ciertos duques, ministros y príncipes hacen alianzas contra los demás, en parte apoyados por sus esposas. El círculo del delfín y la amante del rey intervienen ya aquí, ya allí, en el lábil y multifacético equilibrio de tensiones.

3. Como es obvio, al rey se le presenta aquí una tarea de dominio completamente específica: debe vigilar sin interrupción que las tendencias de los cortesanos que los oponen unos a otros se desenvuelvan según su deseo:

> "El rey —dice St. Simon[3]— utilizaba los numerosos paseos, fiestas y excursiones como medio de recompensar y castigar, por cuanto invitaba o no a ellos. Puesto que no se le ocultaba que no tenía suficientes gracias que dispensar para impresionar constantemente, sustituía las recompensas reales por otras imaginarias, excitando la envidia, mediante pequeños favoritismos cotidianos, mediante su favor. En este aspecto, nadie era más imaginativo que él."

De este modo el rey "dividía y vencía". Pero no sólo dividía. Lo que puede observarse en él es una exacta ponderación de las relaciones de fuerza en su corte y un meticuloso balanceo del equilibrio de tensiones que de esta manera se originaba en la corte como resultado de las presiones y contrapresiones.

Para mostrar tan sólo una línea concreta de esta táctica, observemos que el rey protegía —esto es, se aliaba— siempre y sin ningún reparo con hombres que le debían todo y que sin él no eran nada. El duque de Orleans, su sobrino, que después sería regente, o su nieto, como delfín, son hombres que siguen siendo algo aun cuando no gocen del favor particular del rey. Son rivales potenciales. También el duque de St. Simon —para mencionar un ejemplo distinto—, que, bajo Luis XIV, nunca gozó de especial favor, si bien tampoco cayó directamente en desgracia, desempeñó, sin embargo, como duque y par, un cierto papel en el juego de las fuerzas cortesanas. Con plena consciencia, intentó aliarse con el respectivo sucesor y si moría éste, buscaba un apoyo en el siguiente[4]. "La corte cambió con la muerte de Monseñor (esto es, después de que, por la muerte del sucesor al trono, la corte, a saber, el equilibrio de tensiones en ella, y toda la jerarquía de rangos de los cortesanos experimentaban oscilaciones); fue arduo para mí variar mi conducta con respecto al nuevo Delfín."

Tal era su táctica. La alta aristocracia disponía, sin embargo, de cierto grado de independencia respecto del rey, que naturalmente nunca debía degenerar en una oposición abierta. Y en consecuen-

[3] St. Simon, *Memorias*, trad. de Ferdinand Lotheisen, Berlín y Stuttgart, t.II, p. 84.
[4] St. Simon, *Memorias*, t. XVIII, cap. 360, vol. 2.

cia de ello, Luis XIV se apoyaba con mayor fuerza en aquellos hombres que exclusivamente a él debían su posición en la corte y que quedarían reducidos a la nada si él los abandonaba, esto es, principalmente en su amante, sus ministros[5] y sus hijos bastardos. De modo especial a estos últimos los protegía el rey, con gran escándalo de la auténtica nobleza.

Este era, pues, uno de los métodos a través de los cuales el rey impedía que la sociedad cortesana se uniera en su contra, y favorecía y mantenía el equilibrio de tensiones deseado por él, que constituía la condición de su poder. Se trata de un tipo peculiar de campo de dominio y, por consiguiente, de forma de poder, que se manifiesta en primer lugar en relación con la corte y que, de modo análogo, se mostrará también en el ámbito de poder más amplio del monarca absolutista. Lo característico de este ámbito de poder es la utilización de las enemistades entre los dominados para disminuir la aversión contra el rey y para incrementar la dependencia de éstos en su relación con el autócrata.

4. Hay campos de poder que poseen una estructura totalmente distinta y, por consiguiente, un tipo por completo diferente. Max Weber oponía, como es sabido, en sus tipos de formas de dominio, la estamentario-patrimonial que subsume la monarquía absoluta de Francia, a la que denominaba carismática[6]. Cuando se observa ésta como lo hemos hecho con el poder cortesano, apreciamos lo siguiente: también aquí se da un campo de influencia del soberano

[5] Con muchos ejemplos de la situación de un ministro, la siguiente descripción (St. Simon, *Mémoires*, t. XIII, cap. 234, p. 111) es una prueba de la minuciosidad con que se escudriñaba y observaba la situación de poder de cada hombre. Nótese también aquí cómo el concepto de *crédit*, importante en estas relaciones, se utiliza como expresión de la cotización de un hombre en la corte. St. Simon expone la lucha de las camarillas de la corte contra Chamillart, un ministro del rey: "Jamás —se dice de Chamillart— había tratado con respeto a *Monseigneur* (el sucesor del trono). El príncipe, tímido y mesurado bajo el peso de un padre que, celoso en exceso, no permitía que se le rindiese ninguna consideración. Chamillart, falsamente preocupado de que, teniendo a su favor al rey y a Mme. de Maintenon, todo otro apoyo era inútil y de que, en razón de la situación de *Monseigneur* respecto de ellos, él sufriría detrimento haciendo la menor cosa que, llegando a sus oídos, pudiera hacerles sospechar de que Chamillart quería vincularse con el príncipe, no tuvo ninguna consideración por las pequeñas cosas que éste deseaba". El ministro, apoyado en el rey y Mme. de Maintenon, creía que no necesitaba tratar con consideración al sucesor del trono (*ménager*, ¡una típica palabra cortesana, intraducible!), toda vez que el rey "celoso en exceso" no veía con mucho gusto que alguien se molestara por su sucesor.

[6] Véase *Wirtschaft und Gesellschaft*, cap. 3, pár. 9, p. 138.

en medio de un ámbito más amplio de poder, al menos tal como aparece en Occidente y tiende al dominio político. La relación de estos tres factores —autócrata, grupo o grupos centrales elitistas y un ámbito más amplio de poder— es decisiva para la estructura y destino del poder carismático.

Es claro que puede afirmarse en general que los procesos de cambio en la estratificación dentro del campo de poder más amplio, la transformación que llega más o menos lejos y el cambio o la pérdida del equilibrio de tensiones existente en su interior constituyen la condición para el establecimiento de un poder carismático. Tales transformación y pérdida del equilibrio otorgan la decisiva oportunidad al que se manifiesta como portador del carisma, y da asimismo a la elevación de éste el carácter que Max Weber ponía tan de relieve: el "carácter de lo extraordinario"[7]. El poder carismático es una crisis del poder; no presenta ninguna estabilidad, a no ser que la crisis, la guerra y la revuelta se conviertan en fenómenos constantes y normales de una sociedad. Tal elevación es extraordinaria, comparada con lo cotidiano tradicional y con las formas usuales de promoción de una determinada organización social de poder, cuyas ruptura encubierta o manifiesta, desde el interior, y sacudida estructurales crean por lo regular, en los hombres que pertenecerán al grupo central carismático, la disposición para constituirlo. Pero la tarea con la que se encuentra aquí el futuro portador del poder y en cuyo cumplimiento y solución tiene que acreditar precisamente lo que Max Weber llama "carisma", es totalmente específica y claramente diferenciable de la tarea que se imponía al portador absolutista del poder: mientras él y los suyos tengan todavía que luchar por el ascenso, él debe, con mayor o menor consciencia, dirigir *en una dirección* los fines de todos los hombres que finalmente constituyen el grupo central de su poder, y de este modo, reunir, dentro de un campo social de poder, ampliamente revuelto y fuera del equilibrio social, un número limitado de hombres, de tal suerte que la presión de éstos vaya y actúe en la misma dirección externa, esto es, en el ámbito más amplio de poder.

También al representante absolutista del poder lo rodea un grupo central —la corte—, a través de cuya mediación reina, así como

[7] Véase *Wirtschaft und Gesellschaft*, p. 142: "En su forma genuina, el poder carismático tiene específicamente un *carácter fuera de lo cotidiano*".

el portador carismático del poder lo hace mediante *su* grupo central. Pero aquél tiene, como soberano, la tarea de mantener esta tensión y su equilibrio relativo o restablecerla incesantemente, dentro de un campo social cuya estructura efectiva le ofrece ya una gran probabilidad de balancear las tensiones sociales. Esto es, empero, válido ya para su grupo central. Aquí él debe —como se ha indicado anteriormente— dirigir con todo cuidado las tensiones, cultivar las celotipias y conservar meticulosamente la dispersión de los grupos y de la dirección de sus metas y, por lo tanto, de la presión de los mismos; hasta cierto punto, debe procurar que se anulen recíprocamente la presión y la contrapresión, y de esta suerte, jugando con las tensiones, dirigirlas y equilibrarlas. Para ello se requiere, sin embargo, mucho cálculo.

Una cosa totalmente distinta sucede con el autócrata, ejecutor de un profundo cambio social de la estratificación o agrupación y representante carismático del poder. Observando a éste al tiempo de su ascenso, puede verse lo siguiente: aquí son peligrosas las celotipias, las rivalidades y las tensiones que se crean dentro del grupo central. Están, por cierto, siempre presentes, pero no deben manifestarse con mucha fuerza; deben ser reprimidas, pues aquí lo importante, como se ha dicho, es orientar hacia fuera la fuerza, los objetivos y, por tanto, la presión social de todos los hombres unidos en este grupo, contra el relajado campo social y el ámbito más amplio de poder, que debe ser conquistado. En la realización de esta tarea descansa propiamente el secreto de aquella forma de liderazgo y poder que Max Weber ha llamado carismática. Se debe establecer aquí la más compacta unidad posible de los intereses y de la dirección de la presión entre el soberano y su grupo central, limitado si se lo compara con el tamaño del restante campo social, de tal suerte que, de hecho, el brazo de cada uno de los dirigidos actúe como una prolongación del brazo del soberano.

En la situación de un aspirante carismático al poder, el cálculo es primero escaso, puesto que la previsibilidad también es menor que en el campo de dominio absolutista. En cosas humano-sociales, la previsión para el que actúa es tanto más fuerte cuanto más establemente se mantienen, dentro del campo social, una estructura y un equilibrio de tensiones determinados. Por el contrario, el aspirante al poder carismático que es levantado por el lábil, sumamente fluctuante o incluso totalmente sacudido equilibrio de tensión de un campo social, es precisamente aquel que aparece con frecuencia, aunque no siempre, como lo nuevo, como la novedad social frente al hasta entonces soberano de su campo social, que promete romper con las actitudes y motivaciones hasta entonces dominantes, acostumbradas y previsibles. Lo mismo puede decirse hasta cierto punto del grupo central que lo apoya. Ambos conjuntamente deben aventurarse en lo que relativamente no pueden calcular. Así, su objetivo recibe fácilmente el carácter de la "fe". Deben servirse de medios, actitudes o conductas que relativamente no están probados. En cada caso, una investigación precisa podrá, por cierto, constatar cómo y dónde tales conductas y objetivos se relacionan con lo ya existente. Pero de cualquier modo, en su caso, el riesgo incalculable de su empresa pertenece a las peculiaridades estructurales, que encubren la incertidumbre y la dimensión del peligro que, si fueran vistos directamente, serían tal vez insoportables, a través de la fe en la gracia, en el "carisma" de su jefe, del aspirante al poder. Aquí la ruptura de muchas reglas habituales, de preceptos y conductas mediante las cuales los hasta entonces gobernantes regían a los gobernados en diversos grados, plantea al grupo carismático una tarea específica: la dirección ya no puede llevarse desde el jefe hasta el gobernante de grado inferior, en primer término a través de mediaciones probadas y relativamente fijas, sino sólo mediante un compromiso siempre renovado del jefe o de los subjefes menores mismos, esto es, mediante el establecimiento de una relación más o menos personal y lo menos mediada posible entre el jefe y los hombres del grupo central.

Es claro que todos los así reunidos portan en sí los rasgos de la capa de la que proceden, los cuales, por cierto, siempre impregnan los caracteres personales. Pero la relación, la consideración y, sobre todo, el ascenso de los hombres dentro del grupo central no están primariamente determinados por la jerarquía social válida hasta entonces en el ámbito más amplio de poder, ni por la aureola social que el individuo recibía de allí, sino ampliamente por ciertas cualidades individuales que responden a la tarea y a la situación especiales del grupo central. La posesión de tales cualidades es, por lo tanto, decisiva para la selección del gobernante o jefe mismo, pues determina sus relaciones con los demás miembros del grupo central más fuertemente que un rango social heredado o previamente adquirido.

En el carismático grupo central se establece una jerarquía propia, que, por cierto, está condicionada en diversos grados, según el

caso, por la jerarquía y estratificación sociales del más amplio ámbito de poder que debe ser conquistado o infiltrado. Pero dentro de aquella, la selección se realiza según otras leyes y formas que en este mismo ámbito de poder. En otras palabras, el carismático grupo central ofrece *oportunidades de ascenso*, totalmente específicas[8]. Aquí pueden mandar hombres que allí no tendrían nada que mandar. Y no sólo esto: la mera pertenencia al grupo central representa, aun en la posición ínfima, para los hombres que acuden a él desde el campo circundante, un ascenso. Estos han sido apartados de lo cotidiano y de la masa del amplio ámbito de poder para ser incorporados en el reducido y asimismo siempre elitista círculo de un grupo que siente ser algo especial.

En relación con esta función del carismático grupo central, como aparato de ascensos al cual se enfrenta el cortesano grupo central, al menos en parte, como un elitista aparato de conservación y defensa, se realiza también un cambio en la conducta y el carácter de los hombres así promovidos: se debilita o se extingue la identificación del individuo con la capa o grupo social en el más amplio ámbito de poder, de la que procede, sea el pueblo, ciudad o tribu, sean los grupos profesionales o estamentarios. En lugar de esta identificación emerge una nueva con el grupo central carismático, que desempeña para la sensibilidad de los hombres que pertenecen a ella, la función de patria social.

El desclasamiento respecto del grupo de procedencia, que naturalmente puede tener diversos grados, la identificación con una formación social que tiene —asimismo en grado y sentido diversos— para los participantes, la función de un instrumento de promoción, y finalmente el interés común en la realización de las tareas de conquista, misión y ascenso del propio grupo y la necesidad de asegurar y perfeccionar el carácter elitista, esto es, el ascenso en parte realizado y en parte por realizar, frente a las fuerzas del entorno, constituyen el requisito de aquella estructura por la cual el carismático grupo central se distingue con la máxima claridad,

[8] *Ascenso* puede por supuesto significar aquí cosas muy diversas. Se trata aquí de un fenómeno sociológico mucho más general de lo que parece a primera vista en la limitación usual del concepto a la promoción en los campos profesional-burgueses. También la salvación de ciertos individuos o grupos de una capa decadente, en una posición nueva que no se hunde con ellos, es un "ascenso" y produce, con modificaciones específicas, ciertos caracteres típicos en los que ascienden. Así pues, se llama ascenso a toda modificación en un campo social que conlleva para él o los beneficiados, una oportunidad de elevar el prestigio social y la autoconsciencia, comparada con la posición de partida.

del cortesano; del retroceso, si bien no eliminación, de las tensiones internas, y de la unidad en la dirección de la presión de todos los miembros hacia fuera, hacia el espacio que hay que infiltrar, mientras el ascenso al poder no está todavía conseguido. De ordinario, las tensiones se harán rápidamente manifiestas, cuando el objetivo se alcanza y el poder se gana[9].

Además, regularmente, el detentor carismático del poder, a diferencia de un poder consolidado fuera de su grupo central, no dispone de un firme aparato de poder y administración. Por ello, su poder personal, la superioridad individual y la entrega a la causa dentro del mismo grupo central sigue siendo siempre una condición imprescindible para el funcionamiento del aparato. Pero, con esto, queda asimismo delimitado el marco dentro del cual el representante del poder puede o debe gobernar. También aquí, como siempre, actúa a su vez sobre el gobernante la estructura del grupo central relacionada funcionalmente con la estructura y situación del campo social en conjunto. Con este portador del poder o jefe, como encarnación viviente del grupo, se identifica la mayoría de los hombres reunidos en él, mientras están vivas la fe, la confianza y la esperanza de que él los conducirá al fin común o mantendrá y asegurará la correspondiente posición adquirida en el camino a la meta. Así como el soberano cortesano gobierna a su gusto a los hombres de su grupo central en virtud de la necesidad que éstos tienen del distanciamiento y de la competencia por el prestigio y el favor que de él depende, el jefe carismático dirige a su grupo central en el ascenso, en virtud de la necesidad de promoción, cubriendo el riesgo y la angustia del ascenso, que frecuentemente produce vértigo. Ambos tipos de gobernantes necesitan, por consiguiente, poseer cualidades distintas para realizar las tareas de su gobierno. Aquél puede hacerse con un aparato que disminuya ampliamente su riesgo y el deber de una entrega personal extraordinaria. De éste, en cambio, se exige la duradera e inmediata acreditación en la acción y el riesgo de una entrega siempre renovada e incalculable. Dentro del carismático grupo central no hay ninguna posición, ni siquiera la del jefe, ninguna jerarquía, ningún ceremonial, ningún ritual que no esté determinado por su orientación a la meta común del grupo, y que no pudiera peligrar y ser cambiado en los avatares de las acciones dirigidas al fin. De aquí primaria-

[9] Véase también el Apéndice I.

mente recibe su sentido todo aparato auxiliar del jefe carismático para dirigir al grupo. Aun cuando es claro que la necesidad de gobernar equilibrando las tensiones entre las diversas facciones y personas del grupo central, que ocupa el primer plano en la autocracia consolidada de un rey autocrático, y que no falta por completo en la no consolidada autocracia carismática, juega en el último caso, sólo un papel secundario. Según la configuración global, no hay aquí grupos estabilizados que, año con año, sean iguales. La habilidad de una estrategia en la manipulación de los hombres, medida, ponderada y mantenida de modo duradero, desempeña aquí sólo un papel menor, comparada con la habilidad de la osadía incalculable, así como con el salto en la oscuridad, unido con el más absoluto y cierto de los sentimientos de que al final será un salto a la luz. De hecho, puede decirse que esta convicción absoluta acerca del propio talento, en medio de las revueltas relaciones sociales y de la inseguridad general, para tomar la decisión que, al final, resultará correcta y exitosa —seguridad que no es susceptible de ninguna fundamentación racional ni parece necesitarla—, forma parte de las actitudes básicas de los líderes carismáticos y requiere todavía una más precisa investigación. Cada uno de ellos es, en cierto sentido, un jinete sobre el lago de Constanza. Si pasa a la otra orilla sobre una fina capa de hielo, algún historiador —siguiendo la difundida tendencia de igualar el éxito con la grandeza personal— le atribuirá fácilmente un talento extraordinario para hacer siempre lo correcto en situaciones difíciles; si se hunde y ahoga con todo su séquito, se introduce quizá en la historia como un aventurero sin éxito. Transmitir a los demás la capacidad de tal hombre y la inconmovible persuasión del don de tomar siempre las decisiones justas que prometen el éxito, pertenece a los medios de vinculación que otorgan a su grupo central unidad y consistencia más allá de todas las rivalidades y los conflictos de intereses. Tales capacidad y persuasión son la sustancia auténtica de la fe en su carisma. El tener éxito en dominar situaciones críticas que son incalculables o casi, legitima al detentor carismático del poder como un "carismático" a los ojos del grupo central y de los súbditos del más amplio ámbito de poder. Y el carácter "carismático" suyo, tanto como sus seguidores, se mantiene mientras se siguen presentando o siendo provocados tales situaciones. Con bastante frecuencia se intenta provocarlas, cuando no se ofrecen espontáneamente, sencillamente porque la realización de las tareas de un poder consolidado exige talentos distintos y posibilita formas de realizaciones diferentes de las que intervienen en el proceso de consolidación.

En gran medida con sus propios recursos, el representante del poder, el jefe, debe, pues, dominar tareas siempre nuevas que le plantea su situación. El encuentro con el menos importante de los miembros de su grupo central puede ponerlo a prueba. No puede apoyarlo ni ayudarlo ninguna etiqueta, ninguna aureola social, ningún aparato. Su fuerza individual y su imaginatividad personal deben, en cada uno de tales encuentros, acreditarlo incesantemente como superior, y legitimarlo como gobernante.

5. De manera muy distinta acontecía en el caso de Luis XIV, quien, como un ejemplo muy acusado de un soberano que mantiene y conserva, puede ser comparado con este tipo del autócrata que asciende. A su manera, Luis XIV pertenece ciertamente a los "grandes hombres" de la historia occidental, quienes han tenido una influencia extraordinariamente amplia. Pero sus recursos personales, su talento individual no eran, en absoluto, de primera categoría, sino más bien mediocres. Esta aparente paradoja conduce al centro del problema.

Los que llamamos "grandes hombres" son, en general —para decirlo brevemente—, quienes, a causa de la exitosa solución de determinadas tareas que les impuso su situación social, tuvieron una influencia extraordinariamente fuerte y amplia, ya sea por corto tiempo con gran intensidad, ya en *una* etapa de su vida, ya durante toda ella, ya únicamente tras su muerte. Cuanto mayor sea la influencia que, en general, aunque no siempre, se equipara a una acción a distancia espacial e histórico-temporal, tanto mayor nos parece el hombre que la desencadena.

La paradoja de la que se acaba de hablar respecto de la "grandeza" de Luis XIV, remite a un hecho peculiar: hay situaciones cuyas tareas más importantes e influyentes no pueden ser desempeñadas precisamente por hombres dotados de lo que concebimos, embelleciéndolo románticamente, como originalidad o capacidad creativa, ni tampoco por aquellos que se distinguen por una actividad y un empuje extraordinarios, sino por hombres mediocres y equilibrados. Así sucedió en el caso de Luis XIV. Su talento para gobernar ya ha sido esbozado: a diferencia del gobernante carismático ascendente, él debía intentar impedir que la presión so-

cial de los gobernados, en especial de sus elites, se orientara en una y la misma dirección.

6. Luis XIV había vivido en su juventud un tiempo en que se intentó de hecho una revolución del orden establecido en perjuicio de su casa: la época de la Fronda. El ataque de casi todos los grupos tomó entonces una idéntica dirección, contra los representantes de la monarquía. Esta unanimidad se rompió relativamente pronto. Cuando Luis XIV fue adulto y subió al trono, había sido de nuevo recuperado el poder de la monarquía absolutista. Luis XIV entra en posesión del poder como de una herencia. La tarea del poder que, con ello, se le imponía, no consistía en conquistar o fundar algo nuevo, sino en asegurar y consolidar y, en todo caso, perfeccionar el sistema de poder existente. Debía vigilar cuidadosamente y poner en marcha el sistema de tensiones en el cual se situaban respectivamente los diversos estamentos y capas. Un renovador genial se hubiera quizá estrellado al desempeñar esta tarea; tal vez hubiera manejado incorrectamente esta maquinaria y destruido la configuración que le era favorable. Luis XIV no era renovador ni necesitaba serlo[10]:

> "S'il avait été indolent et intermittent, les conflits des institutions entre elles auraient mis la monarchie en anarchie, comme il arrivera au siècle d'après; homme de genie et de vigueur, la lente machine compliquée l'aurait impacienté, il l'aurait brisée. Il était calme et régulier; point riche de son propre fonds, il avait besoin des idées d'autrui" *.

Según St. Simon, su inteligencia estaba por debajo de la media. Podría tratarse de una exageración, pero ciertamente no pasaba de ser mediocre.

Añadíase a esto que toda su educación —también la de su intelecto— había sido bastante descuidada. Los revueltos tiempos en que transcurrió su juventud, no habían dejado mucho tiempo a sus preceptores —entre los cuales se encontraba principalmente Mazarin— preocuparse de su educación. "Se le oyó frecuentemente hablar con amargura de esta época; más aún, llegaba a contar que, una tarde, se le había encontrado en el jardín del Palais Royal, cuando acababa de caerse en la piscina. Apenas se le enseñó a leer y escribir, y siguió siendo tan ignorante que nada sabía de los acontecimientos históricos más conocidos"[11]. El mismo Luis XIV dijo alguna vez[12]: "Uno se siente carcomido por la preocupación, al ignorar cosas que todos los demás dominan."

[10] Lavisse, *Luis XIV. La Fronda. El Rey*. Colbert, *Histoire de France*, t. VII. 1. París, 1905, p. 157.

* "Si él hubiese sido indolente e irregular, los conflictos nacidos entre las instituciones hubieran convertido la monarquía en anarquía, al igual que sucederá un siglo después; hombre de temperamento y energía, la lenta y complicada maquinaria lo hubiera colmado de impaciencia, y habría acabado por destruirla. Era tranquilo y regular; y no siendo ni con mucho persona adinerada, tenía necesidad de las ideas ajenas."

Con todo no cabe la menor duda de que fue uno de los más grandes reyes y uno de los hombres más influyentes de Occidente. No sólo estuvo a la altura, sino que parecía hecho para su tarea específica, a saber, para defender y perfeccionar una importante posición de poder que había recibido en herencia. Y por cuanto la desempeñaba con gran perfección, actuaba según las expectativas de todos aquellos que, de una u otra forma, participaban en su gloria, aun cuando, en muchos aspectos, fueran aplastados por ella[13]: "El enorme poder y autoridad de Luis XIV tiene su origen en la semejanza de su persona con el espíritu de su tiempo."

Es interesante ver cómo él mismo formula la tarea de reinar que le había sido conferida, en precisa concordancia con sus propias necesidades y tendencias:

> "No debes creer —dice a su hijo, en cierta ocasión[14]— que los asuntos del Estado se asemejan a los espinosos y oscuros problemas de la ciencia que lo han aburrido. La tarea del rey consiste principalmente en dejar libre curso al *bon sens* que debe activarse siempre por sí mismo y sin esfuerzo... Todo lo que es más necesario para esta tarea, resulta al mismo tiempo agradable, pues consiste, dicho en una palabra, hijo mío, en mantener abiertos los ojos sobre toda la tierra, en enterarse incesantemente de las noticias de todas las provincias y naciones, en conocer los secretos de todas las cortes, el humor y las debilidades de todos los príncipes y ministros extranjeros, en recibir información sobre un número infinito de asuntos de los que se piensa que no estamos informados, así como en ver a nuestro propio alrededor lo que se nos mantiene oculto con el mayor cuidado, y en descubrir hasta el último detalle de las opiniones y puntos de vista de nuestros propios cortesanos."

[11] St. Simon, *Memorias*, trad. alemana de Lotheisen, t. II, p. 69.

[12] Lavisse, *Luis XIV*, p. 125.

[13] Lavisse, *Luis XIV*, p. 134.

[14] Lavisse, *Luis XIV*, p. 130.

Este gobernante, en otras palabras, estaba obsesionado por la curiosidad de conocer todo lo que sucedía en los hombres de su más próximo y lejano entorno. Llegar a conocer sus impulsos ocultos significaba para él una especie de deporte que le proporcionaba asimismo un extraordinario placer. Pero era asimismo una de las tareas más importantes que resultaban de su función social de gobernante. De paso se aprecia aquí el grado en que, desde la perspectiva de este gobernante, todo el mundo era una corte ampliada, esto es, que podía ser dirigido a la manera de la corte.

Ya ha sido puesto de relieve que "gobernar" es una actividad compleja y que la dirección de los hombres pertenece a las funciones más importantes de este complejo funcional llamado "gobierno". La conducción de los hombres se encuentra como central función de poder, tanto en el poder carismático y conquistador, como en el defensivo y conservador de Luis XIV.

El *tipo* de gobierno, sin embargo, es muy diferente en ambos. En la declaración que Luis XIV dirige a su hijo, se alude a la manera y a los medios por los que se guiaba este soberano que defendía y mantenía: mediante un cálculo exacto de las pasiones, debilidades, secretos e intereses de todos los hombres. El pensar a partir del hombre —por supuesto, en cada caso, de un "hombre en una determinada situación"—, que anteriormente se mencionó como rasgo característico del cortesano en cuanto tal, vuelve a encontrarse también en el rey. Si en los demás cortesanos, expuestos a presiones de todas partes, tal pensar tiene el sentido de un instrumento de combate para la autoafirmación y autoelevación dentro de la competencia por el prestigio —"el que es ambicioso, debe estar bien instruido"[15]—, en el rey, expuesto sólo a la presión de abajo, es un instrumento de combate hacia abajo, esto es, un instrumento de poder.

El gobernante conquistador debe abandonarse ampliamente a la sincera adhesión interna de los hombres de su grupo central. Puede hacerlo, porque los intereses de tal grupo coinciden en alto grado con los suyos. La presión que necesariamente ejerce sobre ellos, queda disuelta y encuentra su sentido y fin para cada seguidor en el éxito de la acción común dentro del ámbito más amplio de poder.

Por el contrario, el gobernante conservador en la situación de

[15] St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen, t. I, p. 156.

Luis XIV, que ha visto una amenaza de abajo, y vive bajo la presión de tal posible amenaza, nunca puede contar tan firmemente con la sincera adhesión interna de los súbditos, pues la presión que él mismo debe ejercer para conservar su dominio, no se descarga en una acción común hacia afuera, al menos, en tanto no lleva a cabo ninguna guerra. Así pues, la observación y vigilancia de los hombres es para él un imprescindible instrumento de defensa de su dominio. Luis XIV cumplió esta misión con una intensidad que correspondía a su gusto por esta actividad. Esto ha sido ya señalado a propósito de su doctrina. Con el ejemplo de su praxis, quedará todavía más claro cómo estas coacción y tendencia a observar a los hombres —características tanto de la nobleza como del rey cortesanos— son enfocadas por el rey respecto de la nobleza y le sirven para controlarla[16]:

> "La curiosidad del rey por saber lo que pasa en su entorno, crece cada vez más; encargó a su primer camarero y al gobernador de Versalles que alistaran en el servicio cierto número de suizos. Estos recibían la librea real, dependían sólo de los que acabamos de mencionar y tenían la misión secreta de rondar, día y noche, por los pasillos y corredores, por los patios y jardines, así como de ocultarse, observar a la gente, seguirla, ver adónde iban y cuándo volvían, espiar sus conversaciones e informar detalladamente de todo."

Después de todo lo que ha sido dicho hasta aquí sobre la estructura de un poder que debe asegurarse, apenas es necesario poner de relieve que, en el marco de esta vigilancia general, para un rey conservador en la situación de Luis XIV, la observación de las tensiones y conflictos entre los hombres jugaba un papel especialmente importante. Para el rey era de importancia vital mantener las tensiones entre los súbditos, pues su concordia amenazaba sencillamente su existencia. Con todo, es interesante constatar la consciencia con que concebía esta tarea y la manera como, tanto en lo pequeño como en lo grande, apoyaba e incluso creaba las divisiones y tensiones entre los hombres[17].

> "Tu debes —le decía a su hijo— distribuir tu confianza entre muchos. La envidia de uno sirve de acicate a las ambiciones de los demás. Pero aunque ellos se odien, tienen, sin embargo, también

[16] St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen, t. I. p. 167.
[17] Lavisse, *Luis XIV*, p. 158.

intereses comunes y pueden, por tanto, ponerse de acuerdo para engañar a su señor. Por consiguiente, éste debe recabar también informaciones por fuera del círculo íntimo de su consejo y mantener una relación duradera con aquellos hombres que disponen en el Estado de noticias importantes."

7. Su deber de seguridad impulsa a este gobernante a una peculiar forma de actividad. Su conducta podría ser calificada de "pasiva", comparada con la mucho más "activa" del gobernante conquistador y carismático; pero "activa" y "pasiva" son dos conceptos demasiado poco matizados frente a esta diferenciada realidad social. El autócrata conquistador impulsa a su mismo grupo central a entrar en acción. Y cuando falla, fracasa con frecuencia la actividad de su grupo. El autócrata conservador es sostenido y mantenido en su posición, en cierto modo, por la envidia, las oposiciones y tensiones en su campo social, que creó su función; *sólo necesita intervenir en estas tensiones para regularlas y crear organizaciones que mantengan las tensiones y diferencias y faciliten una vista de conjunto sobre ellas.*

Un tal aparato de regulación, seguridad y vigilancia entre otros es, desde la perspectiva del rey, la corte y la etiqueta. Se hablaba anteriormente de un *perpetuum mobile* social en el *ancien régime.* En la confrontación con el poder conquistador-carismático, vuelve a aparecer de modo bastante neto. El grupo central del soberano conquistador se derrumba tanto más estrepitosamente cuanto más fuertes tensiones aparecen en su seno, por cuanto no es capaz de cumplir con su misión. El grupo que no está encaminado a la acción y conquista comunes, sino a la defensa y distanciamiento comunes se conserva y se reproduce —y, por tanto, asimismo el amplio campo de decisiones del rey— en cierta medida incesantemente con la ayuda de las ambiciones encontradas de los súbditos, en tanto que éstos pueden ser mantenidos en jaque por el control regio. Del círculo de los competidores por el prestigio —si se nos permite una presentación extrema— se adelanta entonces uno y susurra a la oreja del rey lo que puede perjudicar a otro; surge entonces un segundo y cuenta algo que puede dañar a aquél, y así sucesivamente. Pero el rey decide y en cierto modo, al decidir contra un hombre o un grupo determinados, tiene de su parte a todos los demás como aliados, mientras no toque el común fundamento de la existencia de las capas y de todo el sistema.

No se requiere aquí, pues, para gobernar de una inteligencia imaginativa. Una vez que este sistema ha sido establecido, bastaba por completo lo que el mismo Luis XIV llamaba *bon sens* y que él poseía en alto grado, para regularlo y equilibrarlo. *Pero sobre todo, en esta disposición de la maquinaria social, el representante del poder podía esperar efectos relativamente grandes aplicando una fuerza comparativamente pequeña.* Las energías se generaban en el mismo *perpetuum mobile* impulsado por las luchas competitivas —"la envidia de unos sirve de freno a la ambición de otros", para citar las propias palabras del rey— y el rey sólo necesita dirigirlas. La maquinaria actuaba como una central energética, dentro de la cual el oprimir una palanca de mando desencadenaba toda la multiplicidad de fuerzas que él empleaba.

El gobernante carismático se acerca, en cierto aspecto, a los hombres, animando, comprometiéndose activamente, imponiendo el cumplimiento de sus ideas. A un soberano del tipo de Luis XIV, se acercaba uno, se le proponía algo, se le suplicaba por algo y cuando él había escuchado los pros y los contras de boca de diversos hombres que se preocupaban por él, decidía. En cierto modo, las energías le eran llevadas, él se reservaba y sabía servirse de ellas. No necesitaba tener ninguna gran idea propia y tampoco la tenía; las ideas de los demás llegaban hasta él como un torrente y él sabía aprovecharse de ellas[18]:

> "Ninguno sabía tan bien como él vender sus palabras, su sonrisa y hasta sus miradas. Todo en él era valioso porque hacía diferencias y su actitud mayestática resultaba incluso beneficiada por la escasez y concisión de sus palabras. Cuando se dirigía a alguno para preguntarle algo o hacerle alguna observación insignificante, los ojos de todos los presentes se volvían hacia el interpelado. Se trataba de una distinción de la que se hablaba y que despertaba siempre la admiración... Nunca fue ningún otro hombre tan cortesano por naturaleza; ninguno consideraba tanto la diferencia de antigüedad, de estamento y de méritos, tanto en sus respuestas —cuando decía algo más que su habitual 'veré'—, como en su conducta."

Las envidias que pululan en torno al rey mantienen el equilibrio social. El rey se desenvuelve entre ellas de un modo magistral. Su principal interés lo constituía, a más de la simple conservación, el

[18] Véase St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen, t. II, p. 86.

tener a la vista la maquinaria humana que tenía que gobernar y que, sin ninguna duda, ocultaba en sí una gran cantidad de materia explosiva. Esta tendencia a mantener vigilada y calculable en cada momento la propia maquinaria de poder, cuyas energías disponía el rey para tener una influencia más amplia, es asimismo característica de la forma conservadora y defensiva de poder. Mientras que el jefe carismático no puede protegerse de lo imprevisible, toda la vida de Luis XIV estaba de tal manera organizada que, aunque posible, nada nuevo ni imprevisto podía ocurrirle, fuera de la enfermedad y la muerte. Cuando uno habla de la "racionalidad" de esta autocracia absolutista y de la "irracionalidad" de la carismática, se refiere a estas diferencias de la configuración completa y no simplemente a una peculiaridad de determinadas personas: "Con un almanaque y un reloj, a trescientas leguas de él se podía decir lo que estaba haciendo", decía St. Simon[19] de Luis XIV.

Todo paso tanto del rey como de su entorno estaba previamente determinado. Cada acción de un hombre influía en los demás.

8. Dentro de la cadena de interdependencias, todo hombre dependía y se inclinaba, por razones de prestigio, a vigilar que los demás cumplieran puntualmente y según lo prescrito, los pasos que les correspondían. Así, en el marco de esta configuración, cada uno controlaba automáticamente a los demás. Todo "bailar a otro son" hería y desfavorecía a otros. De aquí que para el individuo era extraordinariamente difícil, si es que no imposible, salirse de lo establecido. Si no hubiesen existido tales organización, etiqueta y ceremonial, el individuo, según su parecer, hubiese podido desaparecer por algún tiempo; un campo de acción relativamente grande hubiera estado a disposición de su propio criterio. El aparato cortesano de la etiqueta y del ceremonial, empero, sometía ampliamente no sólo los pasos de cada individuo a la vigilancia del autócrata, sino que asimismo inspeccionaba a muchos miles y actuaba hasta cierto punto como un aparato de señales, mediante el cual todo capricho, todo arrebato, toda falta del individuo, por cuanto molestaba más o menos a los demás y lesionaba sus reivindicaciones de prestigio, se hacían públicas y llegaban pasando a través de toda la serie de miembros intermedios hasta el rey.

Frente a una tal "finalidad" de la estructura, pierde importancia, como puede apreciarse de nuevo, la diferencia entre el valor y el fin racionales. Este aparato de la etiqueta era en alto grado "conveniente" para la conservación y aseguramiento del poder regio. En este sentido, era asimismo una organización que tenía "un fin racional", y, en todo caso, no menos racional que los instrumentos de poder que produce una sociedad que compite por las oportunidades monetarias y profesionales. Aquí como allí, si bien allí quizá de un modo no encubierto, el "poder" es para sus detentores fin y valor en sí mismo, o, al menos, está orientado a valores que no parecen requerir ninguna fundamentación ulterior. También en este sentido, los instrumentos que sirven para asegurar este poder, tienen simultáneamente un valor y un fin racionales.

La posición del rey tal como se había configurado en el campo social del *ancien régime*, liberaba de modo peculiar las fuerzas de su detentor. Al detentor de la posición regia llegaba no sólo dinero —por ejemplo, en forma de impuestos o ingresos por los cargos vendidos—, sin que él mismo debiera abrirse ininterrumpidamente las oportunidades correspondientes, mediante una actividad profesional, encaminada a la ganancia monetaria, sino que también corrían hacia él otras energías sociales en forma de fuerzas humanas no objetivizadas, difíciles de medir cuantitativamente, sobre las que podía disponer. Poseía asimismo la facultad de disponer sobre ellas no únicamente, pero sí fundamentalmente porque la estructura de las interdependencias sociales se las otorgaba y porque, de acuerdo con las necesidades de los hombres y grupos imbricados en estas interdependencias, la posición social del rey era de esa naturaleza, así como —en menor grado— porque el rey las reunía en sí, tomándolas del campo social, mediante su actividad. Puesto que, además, todos estos potenciales humanos sobre los que el rey podía disponer, estaban ordenados en los que los mismos contemporáneos llamaban *la mécanique*[20], de tal suerte que actuaban como un aparato que reforzaba las energías del rey, o, dicho en otras palabras, cuando el rey movía un dedo o decía una palabra, se ponían en movimiento, de modo extraordinario, dentro del campo social, mayores fuerzas que las que él había aplicado, y, en efecto, quedaban en libertad las propias energías del rey, fueran pequeñas o grandes.

[19] Véase Lavisse, *Luis XIV*, p. 124.

[20] Así, por ejemplo, St. Simon, citado en Lavisse, *Luis XIV*, p. 149.

9. En Luis XV que tomó posesión del poder heredado ya perfectamente consolidado, que ya no experimentó en su propia carne ninguna amenaza para el poder ni tenía que prever ninguna lucha para conservarlo y, por consiguiente, carecía de la constante tensión que vivieron sus predecesores en el ejercicio del poder, una buena parte de las energías liberadas se consagró a la búsqueda de placeres y gozos, los cuales, generados por la relativa liberación de sus energías, debían, en la segunda generación de las capas dominantes, dominar la con tanta frecuencia característica falta de sentido y meta y el aburrimiento.

Por el contrario, para Luis XIV el poder y su conservación y aseguramiento eran todavía una tarea. La amenaza fáctica de la distancia que separaba al rey de los demás se hizo ciertamente, en el decurso de su reinado, cada vez menor, y la decisión final estaba ya tomada en lo fundamental antes de que empezara a reinar; pero, dado que él, siendo joven, había experimentado tales peligros, la conservación y defensa de su función como soberano era para él, en un grado totalmente distinto, una meta y una tarea mucho más directas que para Luis XV.

Se encuentra, con un carácter especialmente acusado, también en él lo que hemos dicho antes acerca de la ideología y perspectiva de los cortesanos y en general de las capas conservadoras: él tenía una meta, que no estaba fuera de él mismo ni por venir. En un contexto algo más especial, escribió en una ocasión: "Guardarse de la esperanza, que es mala consejera"[21]. En lo esencial, es válido también para este contexto más amplio: él estaba en la cumbre; su posición no ofrecía más esperanzas. Así, el objetivo que él daba a las fuerzas que liberaba su posición, era la seguridad, la defensa y, sobre todo, la transfiguración de su actual existencia[22]:

> "Louis XIV —et cela est visible dès ses premières paroles et ses premieres gestes— met donc simplement en lui-même le principe et la fin des choses... S'il a prononcé la parole: 'L'Etat c'est moi' il a voulu dire tout bonnement: 'Moi Louis qui vous parle' " *.

[21] Lavisse, *Luis XIV*, p. 122.
[22] Lavisse, *Luis XIV*, p. 131.
* "Luis XIV —y esto se vislumbra desde sus primeras palabras y sus primeros actos— sencillamente puso en sí mismo, por tanto, el principio y el fin de las cosas. (...) Si pronuncia la frase: 'El Estado soy yo', ha querido decir, sencillamente: 'Soy yo, Luis, quien os habla'."

Si se otorga a Luis XIV el calificativo de uno de los creadores del Estado moderno, se debe —si no se quiere equivocar con esta concepción— saber al menos que, en su propia motivación, el Estado, como fin en sí mismo, no desempeñaba absolutamente ningún papel fáctico. No cabe ninguna duda de que su actividad contribuyó al desarrollo en Francia de un Estado fuertemente centralizado. Con todo, refirámonos en este contexto al pasaje antes citado de Jurieu[23]: "El rey ha usurpado el lugar del Estado, el rey lo es todo, el Estado ya no es nada." St. Simon, que tiene a veces algo de *whig* y que, en todo caso, es siempre un opositor clandestino, dice en alguna ocasión, alabando al Delfín, en abierta polémica contra la conducta de Luis XIV:

> "Cette grande et sublime maxime: que les rois sont faits pour les peuples et non les peuples pour les rois ni aux rois, était si avant imprimée en son âme qu'elle lui avait rendu le luxe et la guerre odieux" *.

El Estado como valor en sí mismo es aquí completamente una idea de la Oposición. Frente a ella, como motivación de Luis XIV y, en consecuencia, como impulso decisivo de la política y de las acciones de Francia bajo su reinado, se encuentra la reivindicación de prestigio del rey mismo, esto es, la exigencia no sólo de poseer y ejercer el poder sobre los demás, sino de ver que éste es constante y públicamente reconocido en las palabras y gestos de todos, y de este modo, doblemente asegurado. Ya bajo Luis XIV, resulta patente que, para él, la proclamación y simbolización públicas del poder se han convertido en un valor en sí mismas. Los símbolos del poder adquieren así una vida independiente y asumen el carácter de fetiches de prestigio. El prestigio-fetiche que encarna mejor la existencia del rey como valor por sí misma, es la idea de *gloire*.

Este prestigio-fetiche sigue siendo, de tiempo en tiempo y hasta el día de hoy, determinante en la política de Francia. Pero ha pasado a la nación como valor en sí mismo o a las personas que, supuestamente, la encarnan. Esta ligado íntimamente con motivos económicos y utilitarios. Por el contrario, para Luis XIV mismo, el motivo prestigio, por las razones alegadas, tenía prioridad abso-

[23] Véase Marion, *Dictionnaire*, Art. *Etat*.
* "Esta grande y sublime máxima: que los reyes sean hechos por los pueblos, y no los pueblos por los reyes ni para los reyes, estaba tan de antiguo impresa en su alma que había hecho que el lujo y la guerra le resultaran odiosos."

luta frente a las motivaciones de otra índole. Aunque el rey no lo supiera o notara siempre, las imbricaciones económicas influían, sin embargo, en el sentido de sus acciones, con bastante frecuencia. Pero no se puede entender correctamente el curso de los acontecimientos si no se tiene en cuenta que esta estructura de sociedad permitía al detentor del poder anteponer las reivindicaciones de prestigio a las económicas, y considerar éstas, en cierto modo, como una parte accesoria de las primeras.

La política tanto exterior como interna de Luis XIV permanece incomprensible, si se pierde de vista esta relación entre la estructura de su autoimagen —de la imagen de sí mismo y de su *gloire*, como un valor final— y la estructura de su propia posición social como soberano y la de su campo de poder. También en este aspecto influían íntimamente conjuntadas las oportunidades y deberes de su posición, y sus inclinaciones personales. El hecho de que él desplegara las oportunidades que le ofrecía su posición, con especial énfasis respecto de la gloria y prestigio del rey —de sí mismo— y de que sus inclinaciones personales gravitaran en este mismo sentido, forma parte de las condiciones determinantes de aquello que puede denominarse su grandeza como rey. No se destacaba éste por su inteligencia ni por su imaginatividad y creatividad, sino por la seriedad y lo concienzudo con que, durante toda su vida y en cada uno de los pasos de su conducta, trataba de representar su ideal de la grandeza, dignidad y gloria del rey de Francia.

Estuvo en la posición de rey, en una fase del desarrollo social de Francia que le permitió expresar de una manera extraordinaria, su propio deseo de *réputation* y *gloire*. En consecuencia, aquellos súbditos que, en general, contaban para el juego de fuerzas, los hombres de las elites sociales, de las capas elevadas —a quienes movía más fuertemente el deseo de prestigio— encontraban a lo grande en su rey lo que les impulsaba en lo menos grande.

Ellos entendían a su rey y, al menos en parte y por algún tiempo, se identificaban con el resplandor que irradiaba su poder, y sentían que su propio prestigio quedaba ensalzado por el del rey.

10. Un historiador moderno[24] ha dicho respecto a la monarquía de Luis XIV, que, a los ojos de Francia,

"l'absolutisme monarchique ne fut pas seulement la solution à

[24] Lavisse, *Luis XIV*, pp. 134 y s.

la question du meilleur gouvernement, il fut aussi une grâce, un secours providentiel: s'idéaliser et s'adorer elle-même dans la royauté fut pour elle un besoin. Déjà absolue en droit, la royauté le fut donc aussi en fait, par une sorte de consentement universel qui resta longtemps le dogme politique essentiel de la nation" *.

Se trata sin duda de la generalización de un fenómeno muy parcial. En primer lugar, esta identificación de los súbditos con el rey se mantenía en pie sólo en tanto había éxitos palpables que mencionar y la necesidad no presionaba demasiado. Pero, ante todo, con esta idealización se encubre la ambivalencia característica de la conducta de muchos súbditos respecto del rey. Es cierto que una característica de la estructura de este campo social consistía en que casi todos los grupos de súbditos se identificasen, por una parte, con el rey y vieran en él un aliado y un auxilio en la lucha contra los demás, pero, por otra parte, viviesen en constante conflicto con el rey y, lo reconociesen o no, estuviesen dispuestos a ponerse en su contra.

Sin embargo, hecha esta salvedad importante, puede decirse que la antes mencionada concordia[25] entre la persona del rey y los objetivos de las capas altas se enraizaba en la motivación primaria del prestigio que existía en todos. Para entender toda la importancia de este tipo de motivación, se debe escuchar al propio rey[26]:

"L'amour de la gloire va assurément devant tous les autres dans mon âme. (...) La chaleur de mon âge et le désir violent que j'avais d'augmenter ma réputation me donnaient une très forte passion d'agir, mais j'éprouvai dès ce moment que l'amour de la gloire a les mêmes délicatesses, et, si j'ose dire, les mêmes timidités que les plus tendres passions. (...) Je me trouvais retardé et pressé presque également par un seul et même désir de gloire"**.

* "El absolutismo monárquico no fue únicamente la solución al problema del mejor gobierno, sino, asimismo, una gracia, un socorro providencial: idealizarse y adorarse en la realeza constituyó una necesidad para la monarquía. Una vez absoluta en derecho, la realeza le sirvió, pues, de hecho, por una suerte de consentimiento universal, para mantener durante mucho tiempo el dogma político esencial de la nación."

[25] Lavisse, *Luis XIV*, p. 134.

[26] Lavisse, *Luis XIV*, pp. 134 y s.

** "El amor por la gloria va en mi alma, seguramente, por delante de todos los demás. (...) El ardor de mi edad, y el violento deseo que me embargaba por aumentar mi reputación, encendieron en mí una fortísima pasión por actuar, mas comprobé en tal momento que el amor por la gloria encierra las mismas delicadezas y —si me atreviera a decirlo— las mismas timideces que las más dulces pasiones. (...) Me encontré casi igualmente frenado y apresurado por un solo e idéntico deseo de gloria."

Hace guerras porque el rango de conquistador es el más noble y elevado de todos los títulos y porque un rey, en cierto modo en virtud de su función y determinación, debe realizarlas. "Y cuando concierta la paz, Luis XIV reivindica el hecho de que el amor paternal por sus súbditos haya prevalecido sobre su 'propre gloire' ".

La gloria era para el rey lo que el honor para los aristócratas. Pero, en su reino, la autoglorificación de su existencia social y su reivindicación del prestigio superaban en dimensión e intensidad las de todos los demás, por cuanto su poder era el mayor de todos. La necesidad que sentía el rey no sólo de ejercer su poder, sino de ponerlo a prueba incesantemente, en parte, mediante actos simbólicos que lo ejemplificaban, y de verlo triunfante, reflejándose de modo continuo en la sumisión de los demás —también esto es *gloire*—, indica ulteriormente la violencia de los conflictos que debía tener en jaque y dirigir con extrema vigilancia, si quería ejercer y conservar el poder.

11. La exigencia intensa de darse a valer y la necesidad de glorificar su existencia como rey, apartaban a éste de todos los demás, lo ponían fuera del alcance de ellos, pero asimismo lo encadenaban y sujetaban firme e implacablemente a la máquina social. Arriba ha sido esbozada la pregunta de por qué razón el rey se sometía a la etiqueta y al ceremonial, a más de obligar a la aristocracia a que los acatase. Se trataba, como es obvio, de que el rey tenía el ideal no sólo de reinar, sino de presentarse en cada una de sus actuaciones como soberano, de representar siempre este papel. Al entender las condiciones de su autocracia y cómo la necesidad de prestigio y representación acordes con su rango —esto es, el ideal de la sociedad cortesano-aristocrática a la que pertenecía—, penetraba asimismo su pensamiento y sensibilidad, se nos abre el acceso a la respuesta de la pregunta acerca de las imbricaciones del rey. No podía someter a los demás al ceremonial y al deber de representación —medios de su dominio—, sin subordinarse él a los mismos. Las interdependencias de los hombres y las coacciones que su mutua dependencia les imponía, encontraban siempre uno de sus puntos de apoyo en ciertos ideales y necesidades humanos, socialmente acuñados. El tipo de imbricación es distinto según la clase de necesidades socialmente plasmadas que orientan al individuo hacia los demás y lo hacen dependiente de ellos.

Ya ha sido expuesta la manera en que la necesidad de prestigio y distanciamiento de la nobleza dio margen al rey para interesar a ésta en el aparato de la corte. Ahora vemos cómo la coacción del aparato influía a su vez en el rey. Tras la muerte del cardenal Mazarin, él quería reinar por sí mismos y controlar todos los hilos del poder, sin compartir con nadie la gloria y el prestigio de soberano. Resulta claro el grado en que influía en su conducta la situación de su predecesor, a partir del hecho, por ejemplo, de que, durante toda su vida, se mantuvo fiel al principio de no introducir nunca a un eclesiástico en su Consejo. No quería dar a nadie la posibilidad de convertirse en un segundo Richelieu. Quizá, desde su propio punto de vista, el momento más difícil de su vida fue aquel en que, después de la muerte de Mazarin, declaró que no nombraría ningún nuevo *premier ministre*, sino que gobernaría en adelante por sí mismo. Decía más tarde acerca de su debut como rey[27]:

> "Préférant sans doute dans mon coeur, à toutes choses et à la vie une haute réputation, si je pouvais l'acquérir, mais comprenant en même temps que mes premières démarches ou en jetteraient les fondements ou m'en feraient perdre à jamais jusqu'à l'espérance..."*.

Pero una vez que hubo dado este premier paso, se convirtió en prisionero de su posición de rey que no sólo reinaba sino que gobernaba, y se sometió a la coacción de este deber que había cargado sobre sus hombros por mor de su *haute réputation*. A partir de ese momento, nadie podía ni debía ayudarlo a gobernar y vigilar a los hombres que se movían a su alrededor. Ni podía ya hacer depender sus acciones de estados de ánimo o encuentros fortuitos. Para mantener en el puño a su país, debía también organizarse y controlarse a sí mismo. Así como intentaba, en la medida de lo posible, perfeccionar una organización inspeccionable y previsible de sus dominios y en especial de su grupo central —la corte—, tenía la obligación de someter su propia vida a un orden estrictamente calculado que pudiera inspeccionar. Sin éste, aquélla no podía funcionar; sin aquélla, éste no tendría en absoluto ningún sentido.

Si el Estado hubiese constituido un sistema social con sentido y

[27] Lavisse, *Luis XIV*, p. 139.

* "Prefiriendo en mi corazón, sin duda, si yo pudiese adquirirla por encima de todo y de la vida misma, una elevada reputación, pero entendiendo a la vez que mis primeros pasos, o bien habrían de ser los que sentaran los cimientos, o me harían perder para siempre hasta la esperanza..."

valor propios frente al rey, éste hubiera entonces podido separar también, en su propia vida, la actividad consagrada al Estado de la que sólo a él concernía. Pero, dado que el Estado como tal no tenía para él sentido ni valor propios, dado que, en consonancia con la motivación de prestigio en esta máquina social, todo estaba de hecho orientado a la glorificación de la existencia del rey, como auténtico valor en sí misma, y, en última instancia, dado que todos —pueblo, corte y aun su familia— debían servir a la exaltación del rey, tampoco se daba en la vida de éste ninguna separación entre la acción estatal y la actividad privada. El rey mandaba y esto daba sentido a la totalidad; reinaba como padre de familia en el país y, como padre de la patria, en casa. La actitud, aspiración y necesidad que tenía el rey de presentarse como rey y de representar su dignidad, penetraban, como ya se ha dicho, aun sus ocupaciones más privadas. El levantarse de la cama, el acostarse, su amor, eran acciones organizadas tan importantes como, digamos, la firma de un tratado estatal; todas ellas servían de la misma manera a la conservación de su poder personal y de su *réputation*.

12. Cuanto mayor era el ámbito de su poder y cuánto más directamente dependían de él los cortesanos, tanto mayor era el número de hombres que se congregaban a su alrededor. Le gustaba y quería que los hombres lo rodearan, pues así quedaba también glorificada su existencia. Pero estaba perdido, si no organizaba tal afluencia de hombres. Todo gesto, toda manifestación, todo paso suyos eran, como oportunidades de prestigio, de enorme importancia para los que estaban en su entorno; como monopolizador de oportunidades por las que se interesaban un número relativamente grande de competidores, él debía, si no quería perder el poder sobre esta máquina, mantener organizada y previsiblemente la distribución de estas oportunidades cuyo otorgamiento constituía para él funciones tanto de prestigio como de poder, y con tales oportunidades, asimismo.

Si el ámbito de su poder hubiese sido menor —por ejemplo, del tamaño del poder de un rey francés medieval, quien, en amplias regiones, había delegado a sus vasallos las funciones de dominio y, en consecuencia, les había dado un poder y un prestigio independientes—, su ocupación hubiese sido también menor. Es relativamente más fácil mantener vigilada una pequeña región, y el número de hombres procedentes de ésta que, para solicitar un favor o

una decisión, se acercan al soberano, no puede nunca ser demasiado grande. Cuanto mayor es el ámbito de poder, tanto mayor es, ya sólo por el número de quienes del soberano dependen y lo rodean, y a los cuales éste se enfrenta como individuo, la presión del ámbito de poder sobre el gobernante y en consecuencia, su ocupación, supuesto que el soberano, de acuerdo con la tradición, intente todavía gobernar solo y por sí mismo en todo el país, a la manera de una pequeña zona de dominio, esto es, como jefe de familia. Con la presión, se hacen asimismo mayores las tensiones que él debe aliviar para dar satisfacción a las reivindicaciones que le plantea tanto su función como su persona misma. Cuanto más grande es el país, mayor es la *réputation* del soberano, pero también su atención para conservarla, y mayores las coacciones a las que está sometido. La etiqueta y el ceremonial que subordinan todos sus actos y fijan exactamente la distancia que debe guardar respecto de la multitud de hombres que lo rodean, y éstos, frente al rey, son así considerados como instrumentos de dominio, como formas de expresar la coacción que el poder ejerce sobre su portador.

La Bruyère[28] decía: "Nada le falta a un rey sino las dulzuras de una vida privada". Tras la necesidad de conservar intactas las oportunidades de poder de su posición, se inicia, principalmente en este deseo de *gloire* —la aspiración al prestigio—, la coacción que su poder ejerce en la completa organización de toda su vida. Impulsado por tal coacción, Luis XIV fue quizá el último en asumir, en toda su amplitud, la imbricación de su existencia, conforme a aquella antigua tradición según la cual las funciones del jefe de familia y del señor feudal no estaban perfectamente diferenciadas. La disposición y función de su dormitorio —punto de partida de las reflexiones de este capítulo— son un símbolo de ello. Este rey apenas tenía en su palacio de Versalles algo que pudiera llamarse *appartement privé*. Si deseaba escapar al deber de la etiqueta, al que estaba sometida su vida en Versalles, se retiraba a Marly o a alguno de los castillos rurales donde la etiqueta y el ceremonial, aunque a nuestro modo actual de ver coaccionaban, ejercían, sin embargo, una presión menor que en Versalles.

Por el contrario, Luis XV, siguiendo la frecuentemente mencionada tendencia al relajamiento, abandonó el dormitorio de Luis

[28] *Charactères*, p. 218, cap. "Du Souverain et de la République".

XIV y ordenó que se construyera un *appartement privé* —una serie de habitaciones con espacios más íntimos y menos destinados a la representación exterior—, en la parte lateral del patio de mármol. Empiezan a hacerse visibles las huellas de la paulatina diferenciación entre Estado y rey, a cuyo término, el Estado o el pueblo como fin en sí mismo y su supremo dirigente como funcionario con una vida pública y otra privada, quedan constituidos.

13. La posición regia de Luis XIV es evidentemente un buen ejemplo de la posible concatenación de ambos fenómenos, los cuales pueden aparecer simplemente como inconciliables, si no se hace referencia a sus manifestaciones observables, esto es, si se les ve desde una perspectiva filosófica: el tamaño de su campo de decisiones —concebido con frecuencia como "libertad individual"— y el grado de su vinculación y dependencia de otros, esto es, las coacciones a las que debía someterse y las que debía imponerse, eran, en su caso, dos aspectos del mismo fenómeno.

La plenitud de oportunidades de poder de que disponía en virtud de su posición sólo podía mantenerse mediante una cuidadosa y calculada manipulación del complejo y multipolar equilibrio de tensiones de su campo de poder, tanto del más amplio como del más restringido. Etiqueta y ceremonial pertenecían a los instrumentos organizativos de los que su poder se servía para mantener la distancia entre todos los grupos y personas de la sociedad cortesana, incluida también su propia persona; servían, en consecuencia, asimismo para conservar el equilibrio de tensiones de todos los grupos y personas del grupo central elitista. No eran, por cierto, los únicos instrumentos de que disponía para tal fin. Sin otros medios de poder de los que se habla por extenso en otros lugares[29], sobre todo, sin el control del ejército y sin disponer de los ingresos globales del Estado, apenas hubiera durado el control de la sociedad cortesana, si sólo se hubiera basado en la etiqueta y el ceremonial y en la vigilancia a éstos aneja, así como en las actuaciones recíprocas de las personas y rangos involucrados. Pero sin el hábil manejo de estos instrumentos cortesanos de poder, el rey hubiera caído fácilmente bajo el control de alguno de los grupos o personas

[29] Las cuestiones del monopolio de la fuerza y de los impuestos como instrumentos del poder están expuestos por extenso en Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation*, Berna y Munich, 1969, t. II, pp. 123 y ss.

rivales y, con ello, hubiera perdido una parte de su poder de disponer sobre el monopolio básico de la violencia física y de los tributos.

Esta vinculación de las personas relativamente más libres y poderosas a la suprema posición dirigente de una gran organización es un fenómeno bastante común. Pero al hablar actualmente de grandes organizaciones, se asocia con demasiada facilidad exclusivamente con el concepto las grandes organizaciones industriales. Se olvida que bajo las configuraciones a las que se refiere el concepto de Estado, se encuentra toda una serie evolutiva de grandes organizaciones que existían antes de que, en el marco de ciertas organizaciones estatales, surgieran grandes organizaciones industriales. El hecho de que, en la actualidad, los debates e investigaciones sobre problemas de organizaciones otorguen mayor importancia a las cuestiones de organización industrial que a las de organización estatal depende en parte, desde luego, de la diversa clasificación conceptual de ambas cuestiones. Los Estados son concebidos como fenómenos políticos, a diferencia de las empresas industriales que son clasificadas como fenómenos económicos. En el estudio de los fenómenos políticos e históricos, la investigación sobre los tipos de organización juega en el presente todavía un papel comparativamente poco importante. Cualesquiera sean las razones de ello, se puede conocer muchas cosas acerca de Estados de diverso tipo, si se los considera simplemente como organizaciones cuya estructura y funcionamiento se intenta estudiar. En un tal planteamiento, se ve quizá más claramente el problema al que se enfrentó Luis XIV. Se trata de un problema que afronta un individuo situado en una posición dirigente en una gran organización. ¿Cómo puede un individuo mantener, a la larga, el control sobre toda una gran organización polifacética? En la situación presente del desarrollo social, el dirigente de una multitud de métodos impersonales de control, aun en las escasas grandes organizaciones, digamos de carácter industrial, cuyo supremo control es, en efecto, ejercido por un hombre individual. La competencia, el rango, la autoridad de los diversos funcionarios están parcialmente establecidos por escrito, en forma de prescripciones y reglas generales. Los documentos escritos, aparte sus otras funciones, poseen asimismo funciones de control, pues posibilitan un examen muy exacto de lo que, en cierto caso, ha sucedido o ha sido decidido, y quién lo ha determinado. Hay además en la mayor parte de las

grandes organizaciones especialistas en el control que profesionalmente comprueban lo que sucede en la organización, y de este modo alivian los controles principales.

Pese al marco formal de organización basado en contratos y documentos escritos, que, en la organización estatal de Luis XIV, era aún rudimentario y sólo parcialmente desarrollado, existen también en muchas organizaciones de nuestros días, aun en grandes organizaciones industriales y comerciales, rivalidades de status, oscilaciones en el equilibrio de tensiones entre grupos parciales, aprovechamiento de rivalidades internas por parte de los superiores, y algunos otros fenómenos que, en el estudio de las imbricaciones cortesanas, saltan a la vista. Pero, puesto que la regulación principal de las relaciones humanas en las grandes organizaciones está formalmente establecida de una manera muy impersonal, tales fenómenos tienen de ordinario un carácter más o menos extraoficial e informal. En consecuencia, uno se encuentra en la sociedad cortesana, con muchos fenómenos todavía por completo abiertos que, hoy en día, están con frecuencia ocultos y encubiertos bajo organizaciones muy burocratizadas.

14. No se puede terminar el estudio de las cuestiones acerca de las imbricaciones de un soberano tan poderoso como Luis XIV sin añadir algunas palabras sobre la importancia básica de tales investigaciones. Normalmente se tiene la impresión, en una consideración superficial, de que, si bien los súbditos dependen de los gobernantes, éstos son totalmente independientes de los gobernados. No resulta del todo fácil poner en claro el hecho de que la posición social de un gobernante —digamos de un rey— se deriva de las interdependencias funcionales parciales de una sociedad, exactamente en el mismo sentido que la de un ingeniero o un médico. Observadores perspicaces —como, por ejemplo, St. Simon, en el caso de Luis XIV— que provienen del entorno más íntimo de un soberano, son conscientes frecuentemente de las dependencias que influyen en las determinaciones y decisiones de éste. Pero, considerados a mayor distancia, los soberanos aparecen por lo regular como autores independientes y libres de sus acciones y decisiones. En la historiografía, esta exposición ficticia encuentra su expresión, entre otras cosas, en la tendencia muy difundida a utilizar a soberanos individuales, como Luis XIV, Federico el Grande o Bismarck, para explicar, en última instancia, los procesos históricos, sin que se bosqueje, como hemos hecho aquí en un ámbito limitado respecto de Luis XIV, el entramado de dependencias que constituye el marco de sus decisiones y da a su peculiaridad un campo de acción. De este modo, los soberanos o incluso los miembros de pequeñas elites de poder son presentados con bastante frecuencia a los súbditos como símbolos de la libertad del individuo, y la historia aparece como un conjunto de acciones de tales individuos.

En la sociología, ideas similares se expresan el día de hoy, de ordinario, en las teorías de la acción e interacción que, tácita o explícitamente, se apoyan en la idea de que el punto de partida de todas las investigaciones sociales son los individuos que deciden libremente, como señores y amos absolutamente independientes de su obrar, quienes, en cuanto tales, "interaccionan". Cuando no basta para resolver los problemas sociológicos con el enfoque de tal teoría de la acción, se recurre para completarla a una teoría de sistemas. Mientras que una teoría sociológica de la acción se basa de ordinario en la idea de un individuo concreto situado allende todo sistema social, una teoría sistémica se fundamenta por lo regular en la idea de un sistema social más allá del individuo concreto.

La presente investigación sobre la corte y especialmente sobre la posición de un hombre concreto —el rey—, puede allanar un tanto las dificultades conceptuales a las que uno se enfrenta cuando se intenta liquidar tales problemas teóricos sin hacer referencia a ninguna teoría, porque, en este caso, uno puede referir directamente todas las ideas teóricas a ciertos hechos empíricos.

Una corte real —una sociedad cortesana— es una figura que consta de muchos individuos concretos. Es cierto que tal figura puede llamarse sistema. Pero no es del todo fácil conectar íntimamente el uso de esta palabra con los fenómenos a que se refiere en el ámbito de los estudios sociológicos. Parece disonante hablar de un "sistema de hombres". Por ello, aquí se ha empleado el concepto de configuración. Puede decirse: la corte es una "configuración de hombres concretos", sin hacer violencia a los términos. Con ello disminuye un poco, en efecto, la dificultad que, con cierta regularidad en la historia actual de la sociología, hace aparecer enfrentados constantemente en un combate sin solución, a teóricos que dirigen su atención a los individuos en cuanto tales y teóricos que destacan la sociedad en cuanto tal.

El concepto de configuración posee además la excelencia, en contraste con el de "sistema", de no suscitar ni la idea de algo

completamente cerrado o de una armonía inmanente. El concepto de configuración es neutral. Puede referirse a relaciones de hombres armónicas, pacíficas y amistosas, así como inamistosas y conflictivas. La sociedad cortesana está llena de tensiones, pero ello no altera su carácter de configuración específica de hombres.

¿Está con ello más cercana una solución del problema de la relación entre individuo y sociedad? Se requiere todavía dar algunos pasos ulteriores para mostrar al menos el enfoque de la solución. Como ya ha sido mencionado al principio, las configuraciones que los hombres constituyen entre sí tienen la peculiaridad de poder subsistir con pequeñas variaciones, aun cuando todos los hombres concretos que, en un determinado momento, las constituyeron, hayan muerto y su sitio haya sido ocupado por otros individuos. Por consiguiente, hay una corte francesa bajo Luis XIV, tanto como bajo Luis XV. Esta última estuvo constituida por individuos distintos de los que la primera, que, sin embargo, pasa a la segunda con el continuo ir y venir de sus miembros. ¿En qué sentido puede afirmarse que, en ambos casos, se trata de una configuración específica —la configuración de una corte y de una sociedad cortesana— a la cual puede aplicarse el mismo concepto? ¿Qué autoriza, pese al cambio de los individuos concretos que formaban entre sí esta configuración, y pese a ciertos cambios en la configuración misma, indicados en el concepto de "evolución de la corte", a hablar en ambos casos de una corte y de una sociedad cortesana?

A primera vista, quizá podría uno darse por satisfecho con la respuesta según la cual es cierto que cambiar los individuos, pero no las relaciones entre ellos. Pero tal respuesta nos deja todavía a medio camino. El concepto de relación puede con bastante facilidad interpretarse aún como algo que depende sólo de este o aquel individuo concreto. Pero la relación de los cortesanos entre sí o la del rey con los cortesanos de diversos rangos —aunque las variaciones individuales pueden ser infinitamente múltiples— estaba determinada, en última instancia, por condicionamientos específicos que los individuos concretos, incluido el rey, consideraban inalterables.

La dificultad conceptual que aquí se presenta consiste en que uno concibe conceptualmente con frecuencia estos condicionamientos como algo que existe fuera de los individuos; al hablar, por ejemplo, de condiciones "económicas, sociales o culturales". Pero al considerar el asunto más profundamente, resulta que lo

que mantiene unidos a los hombres unos con otros en una determinada figura, y lo que hace duraderos los lazos de tal figura a través de varias generaciones —con ciertos cambios evolutivos—, son tipos específicos de dependencia recíproca de los individuos, o, si lo expresamos con un término técnico, interdependencias específicas. Ya mostramos en el análisis precedente de las interdependencias que tales vínculos no son en absoluto únicamente armónicos y pacíficos. Se puede depender tanto de rivales y contrarios, como de amigos y aliados. Los multipolares equilibrios de tensiones, tal como aparecieron en la investigación sobre la sociedad cortesana, son característicos de muchas interdependencias: se los encuentra en muchas sociedades diferenciadas. Y puede uno analizar con bastante precisión sus cambios a largo plazo y, en algunos casos, la explosión y el derrumbe de un equilibrio tradicional de tensiones y la aparición de uno nuevo.

Este es el hecho que distorsiona el empleo acrítico de palabras tales como "condicionamientos sociales", "espíritu de la época", "mundo circundante" y otras muchas similares. El concepto de "interacción" no da cuenta en su forma actual de los hechos observables. El concepto de "interacción", así como el de "acción" u "obrar" no son, en absoluto, tan evidentes y unívocos como pudiera aparecer a primera vista. Así como éstos sugieren la idea de que el carácter y sentido del actual debe ser explicado sólo a partir de la iniciativa del actor individual, aquél pretende arrancar de modo exclusivo de la iniciativa de dos individuos originalmente independientes —un "ego" y un "alter", un "yo" y un "otro"— o del encuentro de numerosos individuos en principio independientes.

Las investigaciones anteriores muestran con bastante claridad por qué las teorías sobre la acción y la interacción pueden impulsar relativamente poco el estudio sociológico empírico. En la base de ambas subsiste la misma concepción del hombre que, tácticamente, apadrina del modo clásico muchas investigaciones históricas, a saber, la imagen de hombres aislados de los cuales, en última instancia, cada uno es absolutamente independiente del otro: un individuo en sí, un *homo clausus*.

La teoría sociológica de la interdependencia que ha servido de hilo conductor a los estudios anteriores y que, por su parte, ha vuelto a adquirir a través de tales investigaciones precisión y claridad, se atiene estrechamente a los hechos. Parte de la observación de que todo hombre desde su infancia pertenece a una multi-

plicidad de hombres dependientes recíprocamente. Dentro del entramado de interdependencias en el cual ha nacido, se desarrolla y acredita —en grado y según modelos diversos— su autonomía relativa como un individuo que decide por sí mismo. Cuando en la investigación de problemas histórico-sociales se queda uno intelectualmente varado en las acciones y decisiones de hombres concretos, como si se pudiera entenderlos sin hacer referencia a las dependencias de los individuos en cuestión, y sin ninguna relación con la red de interdependencias que tejen con los demás, entonces se distorsiona precisamente aquellos aspectos de las relaciones humanas que forman el marco firme de sus "interacciones".

El análisis del entramado de dependencias de un rey tan poderoso como Luis XIV es un buen ejemplo del grado de certeza al que se puede llegar en un estudio de interdependencias. Lo que ha sido dicho antes —repitámoslo— es un modelo de este entramado de dependencias que requiere comprobación y es susceptible de recibirla.

Pero con tal análisis de configuración se conduce la investigación histórico-social por una vía por la cual es posible lograr una mayor continuidad en el estudio. Las relaciones que aquí se manifiestan no están determinadas por ideales preconcebidos de los investigadores. Para percibirlas y elaborarlas clara y distintamente se debe con bastante frecuencia prescindir de los propios ideales. Si no se tratara de hombres, podría decirse: aquí se penetra en la realidad misma. Las interdependencias de un rey o de sus cortesanos son hechos que se descubren y no se inventan.

Poniendo de relieve las interdependencias humanas, ¿se está robando intelectualmente a los hombres su "libertad"?

No se puede saber lo que significa la palabra "libertad" en su uso general, en tanto no se entienda mejor las coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros, y ante todo, las necesidades formadas socialmente de los hombres que hacen que éstos tengan una dependencia recíproca. Los conceptos de que disponemos en el presente para discutir tales cuestiones y en especial, el concepto mismo de "libertad" son aún demasiado indiferenciados para expresar clara y distintamente lo que se ofrece a nuestra vista, al observar a los hombres —a nosotros mismos— *in vivo,* en el trato con los demás.

Un rey poderoso tiene, en virtud de sus oportunidades de poder, un campo de decisiones mayor que cualquiera de sus súbditos. El estudio anterior muestra muy claramente que un soberano poderoso puede ser quizá considerado "más libre", pero no en el sentido en que "libre" es sinónimo de "independiente de los demás hombres". Nada caracteriza mejor el problema de las interdependencias humanas que el hecho de que toda acción de un soberano —cercana tal vez al máximo a la imagen ideal de la acción de un individuo, basada en su decisión libre—, por cuanto se orienta a otros hombres que pueden por cierto contrariarla o, en todo caso, contestar a ella en una forma inesperada, hace que el gobernante mismo dependa de los súbditos. Y esto precisamente pone de relieve el concepto de interdependencia: así como en un juego de ajedrez, cada acción de un individuo, relativamente independiente, representa un movimiento en el tablero del ajedrez social, que desencadena la respuesta de otro individuo (en realidad, frecuentemente la de otros muchos individuos), limita la independencia del primer individuo y prueba su dependencia. Todo hombre vivo y en cierto modo mentalmente sano —aun el esclavo y el prisionero— tiene un grado de autonomía, o, si se prefiere un término más dramático, un espacio de acción para su libertad. El hecho de que aun el prisionero posea un grado de autonomía, ha sido a veces glorificado románticamente como prueba de una libertad metafísica del hombre en cuanto tal. Pero la idea de una libertad absoluta del hombre individal más allá de todos sus vínculos con los demás, tiene importancia ante todo por cuanto adula la sensibilidad del hombre. Cuando se hace a un lado todas las especulaciones metafísicas o filosóficas sobre la cuestión de la "libertad" que no puedan documentarse y corroborarse en relación con los fenómenos investigables y observables, se encuentra uno ante el hecho de que, si bien pueden observarse grados diversos de independencia y dependencia entre los hombres o —dicho de otro modo— de poder, en sus relaciones mutuas, no existe ningún absoluto punto cero de unos o de otros. Sucede además de ordinario que la acción relativamente independiente de un hombre cuestiona la relativa independencia de otro; ella modifica el lábil equilibrio de tensiones entre los hombres que está constantemente en movimiento. Se puede afirmar con bastante seguridad que en la siguiente fase de desarrollo, los pensadores e investigadores se apartarán cada vez más del uso de contraposiciones conceptuales absolutas y petrificadas, como "libertad" y "determinación", y dirigirán su atención a los problemas del equilibrio.

Pero con esto ya se está uno moviendo en un círculo de cuestiones que salen fuera del marco aquí establecido. Lo que ha sido dicho anteriormente debe bastar en primer término para indicar que los conceptos "libertad" y "determinación", tal como son utilizados por lo regular en los debates tradicionales acerca de tales alternativas absolutas, son conceptos demasiado amplios e indiferenciados para continuar siendo valiosos en la investigación de fenómenos humanos observables. La tradición que domina estos debates se aferra a una problemática muy artificial y, por consiguiente, inútil. Coloca en el centro de los problemas a un hombre aislado, por completo autosuficiente y aparentemente independiente en absoluto de todos los demás. La libertad o determinación de este producto artificial de la fantasía humana es el objeto de las discusiones. Se pueden sacar los estudios y debates de la media luz de tales fantasías colectivas únicamente si se los plantea sobre una base sociológica, si, en otras palabras, se pone como punto de partida no un hombre individual absolutamente independiente, sino aquello que en efecto se puede observar, a saber, una multiplicidad de hombres interdependientes que constituyen una configuración específica, por ejemplo, la corte. En este planteamiento desaparece la gran barrera que hoy en día, con tanta frecuencia, separa la discusión de los problemas teóricos del debate de los empíricos. El estudio detallado de una sociedad concreta suministra, como es obvio, materiales para investigar el problema general teórico de las relativas dependencias e interdependencias de los individuos en sus relaciones recíprocas, y esta última investigación ayuda, por su parte, a clarificar aquel estudio. Los problemas que aparecen en la investigación sociológica acerca de un soberano poderoso son en este contexto especialmente instructivos. Cuando en lugar de dos conceptos absolutos y diametralmente opuestos, como libertad y determinación, se coloca en el punto de mira los problemas de grado y equilibrio, queda patente que la cuestión de la libertad y de la efectiva distribución de poder entre hombres se relacionan entre sí de un modo más íntimo de lo que normalmente aparece.

VII. DEVENIR Y CAMBIO DE LA SOCIEDAD CORTESANA FRANCESA, COMO FUNCIONES DE LOS GLOBALES DESPLAZAMIENTOS SOCIALES DE PODER

1. Toda forma de poder es expresión de una lucha social que consolida la distribución de poder correspondiente a su punto de partida. El momento de su consolidación y el estado de desarrollo social en la formación del régimen son determinantes de su forma específica y de su ulterior destino. Así resulta que, por ejemplo, el absolutismo prusiano que se solidificó mucho después y realizó la definitiva subordinación de la nobleza feudal en su sistema de dominio bastante más tarde que el francés, pudo, en tales consolidación y subordinación, crear un sistema institucional para el cual, al tiempo de la aparición del régimen absolutista francés, no sólo en Francia misma, sino en todo Occidente, faltaban aún las premisas.

A ambos sistemas absolutistas de poder precedieron luchas entre los reyes y la nobleza feudal. En ambos, ésta perdió su relativa independencia política; sin embargo, lo que los reyes franceses del siglo XVII pudieron y quisieron comprender con el poder que acababan de adquirir y debían asegurar, era algo distinto de lo que los reyes prusianos del XVIII podrían o desearían hacer con tal poder. Aquí es patente un fenómeno observable con mucha frecuencia en la historia: es manifiesto que, en cierto aspecto, un país de desarrollo tardío asume y perfecciona formas más maduras para hacerse dueño de los problemas institucionales, que las utilizadas por sus predecesores. Mucho de lo que Federico II pudo desarrollar en su país, por ejemplo, el tipo de burocracia y administración que introdujo, tiene sólo en Francia su parangón en la Revolución francesa, que posteriormente Napoleón mantuvo. Tales instituciones por su parte, eran capaces de resolver en Francia problemas que Prusia y después Alemania apenas han resuelto mucho más tarde. Para el destino y la "fisonomía" de los pueblos es de suprema importancia la época —y asimismo la manera— en que se plantearon y fueron resueltos los problemas sociales, comunes a todos los grandes países de Occidente. Los reyes no estaban de ningún mo-

do fuera de este destino evolutivo que imponía los problemas y las tareas, que impulsaba los talentos de su naturaleza en uno u otro sentido, que los hacía a veces ahogarse en los deberes de su sino y, a veces, mediante éstos, los conducía al desarrollo. También ellos, como en general cualquier individuo, estaban sometidos a aquellas coacciones que se originan en el fenómeno de las imbricaciones humanas. Incluso su poder ilimitado era expresión y consecuencia de éstas.

2. Es cierto que resulta muy tentador considerarlos como hombres fuera del destino e imbricación sociales, por cuanto no parecen pertenecer directamente a una de las capas sociales de sus pueblos. Por lo menos, se tiene la tendencia a entender los motivos y la dirección de su conducta, exclusivamente a partir, por ejemplo, de su carácter. No cabe la menor duda de que en épocas anteriores, su situación dentro del campo social, su oportunidad para imponer sus cualidades personales, en pocas palabras, el tipo de su imbricación en el conjunto social, eran con bastante frecuencia, peculiares. Pero, sin embargo, también ellos estaban de una manera particular imbricados en el entramado social. Aun un rey o toda una serie de reyes se insertaban respectivamente en una tradición social totalmente determinada. Fueran grandes o pequeños, el modo de su conducta y el tipo de sus motivaciones y objetivos estaban, en cada caso, formados por un específico curso social, por sus relaciones con ciertas generaciones y capas sociales. Allí, algunos de ellos, por ejemplo Napoleón I o Federico II de Prusia, como ejecutores de una revolución social o una transformación del Estado y, en consecuencia, como soberanos en tiempos de ruptura de la tradición, tienen un tipo de motivaciones y un modo de conducta polifacéticos, en tanto que los de otros pueden considerarse más bien unívocos. A los soberanos de un tipo claramente definible, pertenecen los reyes franceses del *ancien régime;* éstos eran por el tipo de su conducta, de sus motivaciones y *ethos,* aristócratas cortesanos, representantes de una capa social que debe ser calificada de un modo negativo y neutro, de capa sin ingresos por trabajo, esto es, una capa ociosa, precisamente porque el lenguaje burgués de nuestro tiempo ha estigmatizado los correspondientes rasgos positivos de la misma.

El hecho de que el rey francés se sintiera como un noble, como *le premier gentilhomme*[1], y lo pregonase, el hecho de que haya sido educado en la urbanidad y mentalidad aristocráticas y, en ellas, haya formado su obrar y pensamiento, es un fenómeno que no puede entenderse del todo si no se investiga los orígenes y evolución de la monarquía francesa desde la Edad Antigua, pasando por la Edad Media. En este contexto no podemos hacer tal estudio. Lo importante aquí es captar que en ese país, precisamente porque una rica y sólida tradición cultural aristocrática continuó expandiéndose sin ninguna ruptura propiamente dicha —a diferencia de lo sucedido en numerosas regiones alemanas—, a lo largo de toda la Edad Media y hasta la Edad Moderna, el rey, como miembro de esta tradición, necesitaba la sociabilidad, el trato con los que gozaban de igual mentalidad, y estaba ligado a ella más fuertemente que los reyes de países donde entre la Edad Media y la Moderna hay un profundo corte o donde la cultura aristocrática se conformaba de una manera menos rica y peculiar.

3. Pero no es menos importante una segunda circunstancia que depende de lo anterior y que fácilmente se pasa por alto. Es cierto que los reyes franceses, a lo largo de siglos, hasta Enrique IV y propiamente hasta Luis XIV, estuvieron involucrados en una lucha todavía no decidida, no con la nobleza en cuanto tal, pues facciones de la misma habían combatido siempre a su lado, pero sí, al menos, con la alta aristocracia y sus seguidores. La forma toda de la cultura aristocrática se modificaba necesariamente, tanto más cuanto el rey se sentía, por sus victorias, inclinado a estas luchas, y por cuanto esta cultura encontró, frente a la pasada multiplicidad, *un* lugar en París y su centro determinante en *un* organismo social, la *corte real.* Pero los reyes que de este modo contribuyeran a esta modificación de la cultura aristocrática, fueron, durante el transcurso de la misma, asimismo muy afectados. Nunca estuvieron fuera de la nobleza, como, más tarde, la burguesía. De ésta puede decirse con cierta razón que se liberó paulatinamente del ideal de la cultura aristocrática, que, al final, ya no entendía la conducta de la nobleza y que rebasó, como representante de una conducta propia, ya no aristocrática, desde fuera a la nobleza. Pero lo que sucedía con la erección de la monarquía absoluta, con la do-

[1] Lemonnier, *La France sous Charles VIII, Louis XII et François I^er^* (Francia bajo Carlos VIII, Luis XII y Francisco I), Hachette, París, 1903, p. 244.

mesticación de la alta y pequeña nobleza por parte de los reyes de Francia, los siglos XVI y XVII, no era, en cierto sentido, más que un paulatino desplazamiento del punto de gravedad dentro de una idéntica capa social.

A partir de la nobleza, dispersa por todo el país, se desarrolló, como centro y poder decisivos, la nobleza cortesana centrada en torno del rey. Y así como el grueso de los nobles se transformaba de caballeros en señores y grandes señores cortesanos, los reyes sufrían un cambio en el mismo sentido. Francisco I era todavía un rey caballero, *le roi chevalier*[2]. Amaba los torneos y la caza; la guerra le parecía un espléndido juego caballeresco donde él, como valiente caballero, comprometía su vida, dado que esto formaba parte de las convenciones de la nobleza caballeresca y de su honor, y él se sentía asimismo, como rey, obligado por esta ley de conducta caballeresca, como cualquier otro caballero.

No sucedía otra cosa con Enrique IV, quien, como jefe de los hugonotes y gran vasallo de los reyes de Francia, tras recibir la noticia de que el enemigo se aprestaba para la guerra, pidió resolver el asunto personalmente por las armas con su contrincante el duque de Guise[3]: "La desigualdad del rango no debe impedírmelo". Uno contra uno, dos contra dos, diez contra diez, veinte contra veinte querían pelear con las armas usuales para resolver un asunto de honor entre caballeros. Así lo decía él. Después de haber llegado al poder, encarnó en sí, en cierto modo, la transición del tipo caballeresco tardío de los reyes al tipo diferente de cortesano-aristócrata, que, en Luis XIV, tuvo más tarde su más acabada representación. Este tipo ya no encabezaba, como Enrique IV, a los nobles para librar batallas en caballero, sino, cada vez más, enviaba a la guerra generales con tropas mercenarias y, aunque a veces se expusiera a las balas, ya apenas estaba acostumbrado al esfuerzo corporal y a la actividad personal en las batallas. Bajo Luis XIV, los torneos también habían perdido por completo su carácter de lucha personal de hombre contra hombre y se habían convertido en una especie de juego cortesano. Y si se busca un ejemplo del grado en que el rey mismo, por su conducta, se había trocado en cortesano, en aristócrata cortesano, y de cómo, sin embargo, dentro de la sociedad cortesana, su persona tenía una especial importancia que, en cierto modo, lo distanciaba permanentemente de los demás, puede contemplarse el cuadro de un juego caballeresco que tuvo lugar, bajo Luis XIV, en 1662[4]:

[2] Sobre esto y lo siguiente, véase Lemonnier, op. cit., p. 188.

[3] Véase Ranke, *Französische Geschichte* (Historia Francesa), Leipzig 1876-77, 4.ª ed. t. I, libro 6, cap. 1.

> "Había cinco cuadrillas, cada una de las cuales tenía un color distinto y representaba una nación —romanos, persas, turcos, moros, rusos—; a la cabeza de cada una, se encontraba a los romanos; su lema era el sol que dispersa las nubes. El primero de los caballeros, rusos—; a la cabeza de cada una se encontraba un jefe de altísimo rango. El rey dirigía la primera cuadrilla, que presentaba a los romanos; su lema era el sol que dispersa las nubes. El primero de los caballeros de su séquito portaba un espejo para reflejar los rayos del sol; otro, una rama de laurel, pues este árbol era sagrado para el sol; el tercero, un águila que dirigía su mirada en dirección al sol..."
>
> "Si no fuera un juego —dice Ranke— rozaría con la idolatría. Todos los símbolos de la primera cuadrilla tienen el mismo sentido; los de las demás lo insinúan. Se diría que todos renuncian a ser algo por sí mismos; *son algo por cuanto se relacionan* con el rey."

Este juego caballeresco es un símbolo. Cuando se lo considera no únicamente en sí mismo, sino, por así decirlo, desde la perspectiva de la evolución del equilibrio del poder y se compara el comportamiento de Luis XIV con el de Enrique IV ofreciéndose para batirse personalmente en duelo, resulta patente lo que significa que Enrique IV fuese, en cierto modo, el último rey-caballero, en tanto que Luis XIV fue ya un rey cortesano-aristócrata. Ambos pertenecieron incluso como reyes, por toda su cultura, formas de comportamiento y motivaciones, a la sociedad nobiliaria. Esta sociedad y su sociabilidad formaban parte de su existencia, como un elemento obvio que no puede ser pasado por alto. Pero el peso que, dentro de su sociedad, ambos reyes tenían, fue en cada caso, diferente. La posición de poder del rey Enrique IV respecto de la nobleza, bien que mayor que la de cualquiera de los reyes anteriores, no fue, sin embargo, tan grande como la de Luis XIV. Enrique IV no estaba todavía tan encumbrado como éste, y, por consiguiente, no estaba todavía hasta tal punto distanciado de la nobleza.

[4] Véase Pelisson, *Histoire de Louis XIV*, I, 26, cit. en Ranke, op. cit., t. III, libro 12, cap. 3, p. 204.

4. Luis XIV, aunque viviendo en medio de la sociedad cortesana, se había convertido en cierto modo también en su centro singular, como no lo había logrado ninguno de sus predecesores. El equilibrio de fuerzas vigentes entre el rey y la sociedad nobiliaria a la que pertenecía se había desplazado por completo. Entre él y el resto de la nobleza se estableció entonces una distancia forzosa. Pero, pese a todo, ésta era una distancia dentro de una idéntica capa social. Lo que de modo paradigmático se manifiesta en este juego caballeresco, es válido respecto de la posición de Luis XIV dentro de la nobleza cortesana, y respecto de su conducta frente a esta nobleza en cuanto tal: tal nobleza constituyó *su* sociedad; pertenecía a ella y la necesitaba como sociedad. Pero, al mismo tiempo, se distanciaba de ella, por cuanto su posición de poder se erguía sobre todos los otros nobles.

En la conducta de Luis XIV frente a la nobleza cortesana están implicadas y siempre actuantes dos tendencias que determinan la posición de la nobleza en este sistema de poder y, consolidadas en las instituciones, naciendo siempre de nuevo de un modo forzoso a partir de éstas, siguen siendo características aun para sus sucesores, hasta el final del régimen: en primer lugar, la tendencia a establecer y asegurar frente a todas las reivindicaciones de poder de la alta y pequeña noblezas, el ilimitado poder personal del rey a través de instituciones de todo tipo; en segundo lugar, existe la tendencia a mantener a la aristocracia como un estamento dependiente al servicio del rey, aunque claramente distinguida de las demás capas, con su mentalidad específica y, en cierto modo, como la única sociedad apropiada y necesaria para el rey.

Esta actitud ambivalente del rey frente a la nobleza, que continuó teniendo desde entonces una importancia decisiva para la forma de la aristocracia, no era manifestación de un capricho personal de un soberano concreto, sino que la obligaba la situación que poco a poco fue creándose en el decurso del siglo XVI por la específica configuración de desarrollo que despojó a la nobleza, juntamente con una gran parte de sus oportunidades económicas, de la base de su posición y de sus distanciamientos sociales, en tanto que ofrecía a los reyes a partir de su carrera y función, nuevas y poderosas oportunidades. Por origen y mentalidad, los reyes estaban vinculados con la nobleza; por la evolución social de Francia, éstos alcanzaban cada vez más, desde la posición de un *primus inter pares*, una posición de poder que aventajaba con mucho las posiciones de todos los demás nobles de su reino. La solución de los conflictos resultantes de estas simultáneas pertenencia y distancia, constituyó la corte.

5. Desde hacía mucho tiempo, se libraba en Francia una lucha entre la nobleza y la monarquía. Sus causas hasta el siglo XVII pueden permanecer abiertas en este contexto. Pero, en todo caso y finalmente, esta lucha se decidió, el siglo XVII, a favor de la monarquía, en virtud de circunstancias que estaban ampliamente fuera de la habilidad y voluntad personales de los reyes franceses concretos y de su ámbito de poder. El hecho de que el poder real, tras las guerras de religión, tocara en suerte precisamente a Enrique IV pudo haber dependido de su talento personal y de una constelación de circunstancias relativamente fortuita. Pero el hecho de que la posición de poder de los reyes frente a la nobleza hubiera cambiado entonces, de modo definitivo y extraordinario, en su favor y siguiese, a ojos vistas, ampliándose en esta dirección, fue esencialmente la consecuencia de cambios sociales que estaban fuera del ámbito de poder de los reyes o de cualquier otro hombre concreto e incluso de grupos de hombres; fueron éstos los que pusieron en manos de los reyes importantes oportunidades —que, desde luego, en casos aislados, podían o no utilizar según sus talentos—, en tanto que conmovieron la base de la vida aristocrática.

6. Las revoluciones en el sistema social de Occidente realizadas en el curso del siglo XVI fueron, con toda seguridad, apenas menos importantes que los cambios que al final del siglo XVIII se manifestaron por primera vez a plena luz. Es cierto que la afluencia de metales nobles procedentes de las tierras de Ultramar y el correspondiente aumento de moneda circulante que, por supuesto, influyó en todos los países de Occidente, más tarde o más temprano, pero en todo caso de modo bastante diverso, no constituyeron la única causa de los cambios del siglo XVI, pero, desde luego, puede afirmarse: la afluencia de metales nobles actuó como catalizador. La lluvia de oro y plata hizo germinar muchas semillas que en el desarrollo de las sociedades occidentales estaban ya presentes y que, sin esta lluvia, hubieran crecido con mayor lentitud y quizá en parte se hubiesen malogrado. Por otra parte, apenas se hubiese llegado a esta afluencia de metales nobles, si el desarrollo de las sociedades europeas no hubiera alcanzado ya un grado tal que nece-

sitaba y podía utilizar tales metales. En el caso de Francia, se ha aclarado ampliamente las relaciones entre el aumento de los medios monetarios y la dirección que tomó el cambio social de esa época[5].

El primer efecto del aumento del dinero circulante fue una extraordinaria devaluación del mismo. El poder adquisitivo del dinero se hundió, según una estimación contemporánea[6], en proporción de 4 a 1 y, en consecuencia, subieron los precios. Se incrementó el capital móvil. Aunque los bienes raíces siguieron siendo la base sólida de toda fortuna, se generalizó de modo creciente la costumbre de guardar en casa una considerable cantidad de dinero en metálico. Sin embargo, tal devaluación del dinero tuvo efectos muy diferentes para las diversas capas del pueblo. No se puede presentar estas relaciones de modo más conciso y claro que con el siguiente párrafo[7]: aproximadamente a partir de 1540,

> "la livre tournois ne cessa pas de déscendre et le prix des choses d'augmenter insensiblemente. De ce phénomène on peut déjà signaler quelques conséquences sous le règne de François Premier: hausse des fermages et de la valeur vénale du sol; au contraire affaiblissement des revenus fixes, tels que les censives (...) les résultats ne furent facheux ni pour les agriculteurs, ni pour les industriels ou les commerçants, qui pouvaient monter leurs prix proportionellement. Ils le furent en haut et en bas, pour les *seigneurs fonciers* et pour les ouvriers. (...) Les seigneurs et les nobles cherchèrent les fonctions de cour ou du gouvernement; les bourgeois, les charges administratives ou les offices. Les uns se pressèrent autour du Roi, les autres se repandirent dans les emplois. Para là, se précipita le mouvement qui entrainait tout vers un régime d'absolutisme, de centralisation, d'aristocratie, de fonctionnarisme"*.

[5] Véase sobre esto y lo que sigue especialmente H. Sée, *Französische Wirtschaftsgeschichte* (Historia económica francesa), t. I, Jena, 1930, p. 118 y s., y Lemonnier, op. cit., p. 266, donde se encuentran precisos datos bibliográficos.

[6] Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, Hachette, París, 1905, p. 2.

[7] Lemonnier, op. cit., p. 269.

* "la libra tornesa no cesó de bajar, y el precio de los artículos, de aumentar insensiblemente. Debido a este fenómeno, ya bajo el reinado de Francisco I se pueden señalar algunas consecuencias: elevación de los arrendamientos y del valor de venta del suelo; por el contrario, una debilitación de las rentas fijas tales como las del censo. (...) Los resultados no fueron demasiado gravosos ni para los agricultores ni para los industriales o comerciantes, quienes podían elevar sus precios de manera proporcional; lo fueron, en mayor medida, para los *seigneurs fonciers* y para los trabajadores. (...) Señores y nobles buscaron las funciones de corte o de gobierno; los burgueses, los empleos administrativos o los desempeños civiles. Los unos se estrecharon fuertemente alrededor del Rey, los otros se distribuyeron en los empleos. De ahí nació la presteza en el movimiento que todo lo arrastró hacia un régimen de absolutismo, de centralización, de aristocracia, de funcionariado".

Aparte la importancia de estos procesos para las demás capas, la devaluación del dinero significaba en este contexto, desde luego, una profunda sacudida, si es que no la destrucción de la base económica de gran parte de la nobleza francesa, la cual recibía de sus bienes raíces rentas fijas. Puesto que los precios subían incesantemente, ya no le bastaba en mayor o menor grado, lo que percibía de ingresos según los contratos. La mayor parte de la nobleza estaba, al finalizar las guerras de religión, llena de deudas. Los acreedores se incautaban en muchos casos de sus bienes raíces. La mayor parte de la propiedad rural cambió de propietario en esa época, y, al menos una parte de la nobleza, desposeída así de sus propiedades rústicas, llegó a la corte para crearse allí una nueva existencia. Es patente aquí cómo el destino social reducía las oportunidades de toda una capa social y, por consiguiente, su posición de poder, su prestigio social y su distancia respecto de las demás capas.

7. Si uno quiere contar directamente al rey entre la nobleza, puede decir que aquél, en virtud de su función, fue el único noble de ese país cuya base económica, posición de poder y distancia social no se vieron limitadas por estos procesos, sino, por el contrario, mejoradas.

Originalmente, los ingresos de sus propiedades rurales constituían la principal fuente de entradas tanto para el rey, como para todos los nobles. Esto había cambiado hacía mucho tiempo. Para los ingresos del rey, los tributos y similares percepciones que éste sacaba en cierto modo de los haberes monetarios de sus súbditos, habían adquirido una importancia cada vez mayor. Así, de ser un rey que poseía terrenos y los concedía, se convirtió en un rey que poseía dinero y lo otorgaba.

Los reyes-caballeros tardíos del siglo XVI representan tipos intermedios. Por el contrario, la monarquía cortesana de los siglos XVII y XVIII, considerada desde un punto de vista económico, está basada en ingresos monetarios. Y mientras que, por tanto, la nobleza de finales del XVI y principios del XVII, vive fundamentalmente de sus bienes raíces y apenas participa en los movimientos

comerciales de su época, empobrecida a consecuencia de la devaluación del dinero, las entradas del rey pueden fluir más abundantemente a través de muchos canales, por concepto de tributos o venta de cargos, no sólo para compensar la devaluación del dinero; se multiplican, en efecto, según la riqueza creciente de ciertas capas forzadas a pagar impuestos. Estos ingresos continuamente en aumento que afluían a los reyes en virtud de su peculiar posición en la configuración global de la sociedad estatal, juntamente con las crecientes urbanización y comercialización de ésta, constituían una de las condiciones decisivas de un aumento relativo de poder. A través de las donaciones monetarias al servicio de su poder, tales capas se crearon un aparato de dominio. A este respecto, no hay que pasar por alto que tales ingresos no eran para el rey, a diferencia de los comerciantes y artesanos, propiamente una remuneración por el trabajo, porque estuviera involucrado en una actividad o profesión, sino que llegaban a los reyes de los ingresos por trabajo de las capas profesionales, en razón de la actividad que ejercían funcionarios pagados. Una de las funciones regias era dirigir a estos funcionarios, coordinar sus actividades y tomar decisiones en el escalón supremo de coordinación de la sociedad estatal. Vistas las cosas desde esta perspectiva, tiene sentido decir que los reyes eran los únicos miembros de la capa nobiliaria a los que este cambio de configuración ofrecía mayores oportunidades, pues podían en definitiva conservar su carácter señorial sin ejercer ninguna actividad profesional y multiplicando sus entradas en proporción a la riqueza creciente de su país.

Mientras el rey ascendía, se hundía el resto de la nobleza, es decir, cambiaba el punto de equilibrio mencionado anteriormente. Y la distancia que mantuvo luego Luis XIV entre sí y la aristocracia, configurando con gran cuidado la etiqueta, por ejemplo, había sido "creada" no únicamente por él de una manera personal, sino en virtud de todo el desarrollo social que brindó poderosas oportunidades a la función social regia, en tanto que redujo las oportunidades del resto de la nobleza.

No menos significativa para el destino de los nobles fue la transformación de la estrategia de la guerra realizada en el mismo período. El peso relativamente grande de la nobleza medieval en el equilibrio de tensiones entre ella y el señor central principesco radicaba no en último término en el alto grado de dependencia del señor central respecto de la aristocracia en todas las empresas bélicas. Cuando los terratenientes nobles que debían aún hacer frente a la mayor parte de los gastos de equipamiento militar, de los aprestos, caballos y armas propios y de sus seguidores, con el excedente de sus propiedades rurales o, en todo caso, con lo obtenido en las campañas bélicas de saqueo, no obedecían al llamado de su supremo señor para acudir al campo de batalla; cuando, como acontecía algunas veces, tras el tiempo prescrito tradicionalmente, abandonaban el ejército y regresaban a sus fincas, a sus villas y cortes, entonces sólo una expedición de castigo podía finalmente mantenerlos en la sumisión. Pero tal expedición o incluso la sola amenaza de la misma únicamente podía tener éxito si el señor central disponía de una tropa de guerreros bastante impresionante. Y a su vez, el disponer de tal tropa dependía de si, y en qué grado, podía el señor central confiar en alguna parte de la nobleza guerrera.

En el decurso del siglo XVI se hicieron sentir numerosos cambios cada vez más en la estrategia de la guerra, que se habían venido preparando desde hacía largo tiempo y que asimismo se relacionaban en parte con el aumento de las operaciones monetarias. La siguiente cita indica algunas particularidades estructurales características de esa época de transición.

> "Para los señores franceses del siglo XVI se mezclaban elementos de índole diversa. En casos de emergencia solamente, y aun entonces sin mucha utilidad militar ni mucha suerte, se llamaba a las armas por bando a la nobleza. El viejo señor feudal quedaba en realidad excluido. La nobleza capaz de llevar armas se alistaba más bien en la caballería pesada —compañías de ordenanza reunidas bajo la denominación de gendarmería—; los gendarmes mismos disponían los caballos y los aprestos valiosos. Los menos dotados se incluían en estas compañías como guardias a caballo. En el impetuoso ataque de la caballería, así como para prestar auxilio al individuo, los guerreros, muy honrados y perfectamente formados, eran insustituibles para los generales. Pero a este género de arma ya no le pertenecía el futuro. Acusadamente distinta de esta caballería pesada, muy inferior en rango, se desarrollaba la caballería ligera cada vez más basada en la estrategia de modernas armas de fuego... La conformación global del ejército se fundamentaba en la soldada."

En el equilibrio de tensiones entre el grueso de la nobleza guerrera y los señores centrales principescos, el peso se desplazaba

una vez concedido y tomado el feudo en posesión, el vasallo se asentaba con bastante solidez. En todo caso no era del todo fácil que se le arrebatara; al menos no necesitaba para conservar duraderamente la concesión solicitar ininterrumpidamente el favor del rey.

Pero los regalos monetarios debía el rey sacarlos incesantemente del tesoro real. Las pensiones eran retiradas más rápida y fácilmente que los bienes raíces, las rentas en especie, que se percibían en el campo, lejos de la residencia del rey. En este aspecto, los hombres dependientes de las rentas en metálico que les proporcionaba el rey vivían con mayor inseguridad que aquellos que habían recibido en feudo una propiedad rural.

El favor de los reyes —manifestado en pensiones monetarias— entrañaba para los que de ellas dependían, un riesgo mayor; tal favor era causa de ascensos o descensos rápidos en la sociedad y, en consecuencia, creaba conductas y caracteres humanos más dóciles y diferenciados que los que fomentaba el favor expresado en rentas en especie. Así los agraciados con las primeras rentas dependían del rey de un modo más visible y actual que los favorecidos con las segundas.

El rey cortesano que regalaba dinero o rentas monetarias, directa y constantemente lisonjeado, era una persona con sus estados de ánimo, sentimientos y acciones peculiares, que tenía poder sobre un círculo de individuos más amplio que el de cualquier otro rey en una economía natural. Su dinero congregaba a los hombres a su alrededor.

Es significativo comparar así al rey que regalaba tierras con el rey que daba dinero, pues este tipo de rey procedía directa y paulatinamente del otro y prolongaba la conducta de éste. En otras palabras, no se puede entender la actitud de los reyes cortesanos de Francia que otorgaban oportunidades de dinero, frente a la nobleza, si no se da uno cuenta de que tal actitud se deriva de la conducta tradicional del supremo señor feudal frente a sus vasallos. Los vínculos antiguos del rey con la aristocracia, que se manifestaban, por ejemplo, cuando el rey se llamaba el *premier gentilhomme* y la nobleza se sentía la *vraie force active, le corps vivant du pays*[9], el tradicional deber del rey de mantener a la aristocracia y de ésta de servir al rey no habían desaparecido. Cuando se considera la economía de pensiones del *ancien régime*, no debe pasar inadvertido que en esta economía, la antigua relación feudal está presente, transformada según la pauta cortesana y superada. Forma parte de los elementos constitutivos de esta conducta recíproca de los reyes y la aristocracia cortesanos el hecho de que se deriven de la antigua interdependencia feudal de los reyes y vasallos caballeros y sus séquitos.

[9] Lemonnier, op. cit., p. 244.

Pero el *ethos* de la obligación feudal estaba basado originalmente en una dependencia equilibrada y recíproca de las partes; dondequiera que esta dependencia era escasa, por ejemplo, en el caso de los grandes vasallos, el *ethos*, la obligación se rompía fácilmente. Los vasallos necesitaban al señor feudal principesco como capitán coordinador, como propietario o distribuidor de la tierra conquistada, y éste a los vasallos y seguidores como combatientes y subjefes, como soldados en sus batallas y querellas, para defender o ampliar sus propiedades. Aparte el hecho de que los compañeros de sus cacerías y torneos, los camaradas de sus regocijos juveniles y los guerreros con los que libraba sus batallas procedían de la nobleza, el rey necesitaba además al resto de la aristocracia, porque en principio sólo de entre ésta podía nombrar sus consejeros, aun cuando fuesen eclesiásticos. Del grupo de sus guerreros provenían primero los que, de una manera más o menos independiente, administraban el país en lugar del rey, levantaban tributos e impartían justicia. Siendo tan amplia la dependencia del rey respecto de la nobleza, estando tan imbricados los intereses de ésta con los de aquél, la distancia entre reyes y aristócratas no podía todavía adquirir las dimensiones que tuvo después.

En el transcurso del tiempo, los señores centrales de uno u otro rango se destacaron cada vez más del grueso de la nobleza; ellos pudieron incrementar su propio poder a costa de otros nobles al menos en parte, por cuanto llamaron a los miembros de aquel otro estamento que poco a poco se hacía útil para tales fines —la burguesía— a ejercer las funciones que hasta entonces habían estado reservadas para la nobleza y los altos prelados. De hecho, en Francia lograron eliminar a la aristocracia de casi todas estas funciones y sustituirla por hombres que venían de la plebe. Al finalizar el siglo XVI, ya estaban en manos de éstos la mayor parte de la jurisprudencia, de la administración y hasta de las funciones ministeriales.

9. ¿Qué era lo que todavía quedaba en pie para que la nobleza fuese necesaria para el rey? Se trata, como es evidente, de una pregunta decisiva, pues, aunque la relación feudal transformada seguía perviviendo en la relación cortesana del rey con la aristocracia, no se hubiese conservado nada de su antigua obligación, de su antiguo *ethos,* siendo tan desiguales las oportunidades que tocaban en suerte al rey y a la nobleza, dentro de una economía monetaria, y habiéndose reducido la dependencia del rey respecto de la aristocracia, si sólo la nobleza empobrecida hubiese necesitado al rey para su mantenimiento y absolutamente en ningún sentido el rey no precisara ya de la aristocracia como un estamento especial e insustituible. Así pues, ¿para qué —tal es la cuestión— tenía el rey todavía necesidad de la nobleza?

Pero con esta pregunta se toca asimismo una que tiene mayor amplitud: toda institución es el producto de una distribución muy determinada de los pesos del poder en el equilibrio de tensiones de grupos humanos interdependientes. Es generada a partir de esta constelación no sólo *por una vez,* sino que a partir de sí misma se genera incesantemente, por algún tiempo, como una configuración que pervive a muchos hombres concretos. Así pues hay que dirigir a la corte del *ancien régime* esta pregunta acerca de la *producción y reproducción sociales de la distribución del poder,* que ilumina correctamente esta configuración de hombres que llegan y se van.

La pregunta planteada anteriormente, acerca del tipo y grado de dependencia de la nobleza respecto del rey y de éste frente a aquélla, que se encarna en la corte, no es más que otra versión del problema de la producción y reproducción sociales de la corte. En efecto, así como no puede entenderse por ejemplo la institución social de una fábrica mientras no se ha aclarado, a partir de la estructura del campo social que la genera, en qué sentido algunos hombres estuvieron y están obligados a entrar, como trabajadores, al servicio de un empresario, y en qué sentido y grado éste necesita a su vez de aquéllos, tampoco puede comprenderse la institución social de la corte en tanto no se constate la *fórmula de necesidad,* esto es, el tipo y el grado de las interdependencias que, en cada caso, unen a los diversos hombres y grupos de hombres a la corte y los mantienen allí.

Sólo así aparece ante nuestros ojos la corte como lo que era en realidad, a saber, no como una agrupación histórica arbitraria o accidentalmente formada, sobre cuyo porqué no es posible ni necesario interrogarse, sino como una configuración de hombres de determinadas capas que se reproducía incesantemente de esta manera, porque ofrecía a los hombres así relacionados oportunidades para satisfacer diversas necesidades o dependencias, creadas socialmente en ellos de modo ininterrumpido.

Hay una evolución continua a partir de la corte de los Capetos, sobre todo de la corte de San Luis (1226-1270), hasta la corte de Francisco I y ulteriormente la de Luis XIV y sus sucesores. El hecho de que la tradición cortesana en Francia, a pesar de todas las transformaciones a veces profundas, de la estructura social, desde el siglo XIII hasta el XVIII, pudiera desarrollarse y mantenerse viva, fue uno de los supuestos más importantes del refinamiento y perfeccionamiento de la tradición cultural cortesana en Francia y más allá de ésta, de la acuñación de la tradición específicamente "francesa" en cuanto tal. Dentro de esta evolución hay una etapa decisiva en los siglos XV y XVI. Mientras que antes los grandes vasallos, en número cada vez más reducido, habían tenido también, como el rey sus cortes[10], de suerte que la corte del rey francés había sido la primera, pero ni siquiera siempre la más rica, brillante y determinante, fue convirtiéndose, en estos siglos en virtud del poder real en aumento, de modo paulatino, cada vez más en el más prominente centro del país. Vista desde la perspectiva de la nobleza, esta evolución significaba una transformación de la aristocracia de su forma feudal de economía natural en una aristocracia cortesana. Si se intenta determinar con precisión la época en que tal cambio se hace visible, se topa uno, ante todo, con el régimen de Francisco I.

10. Francisco I representa, como ha sido dicho, un tipo de transición en el proceso del rey-caballero al rey-cortesano, tal vez más cercano al primer tipo que al segundo.

Justamente porque, en su caso, se trata de un tipo de transición, es difícil y, en toda hipótesis, imposible en este contexto, estudiar con precisión la estructura de su corte. Pero para acometer, por así decirlo, la aclaración de la corte caracterizada por el hecho de que los reyes disponían de oportunidades monetarias, en su forma ma-

[10] A este respecto véase el estudio más extenso de este proceso en Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation,* Berna y Munich, 1969, t. II., pp. 160 y ss.

dura, mencionemos dos elementos estructurales de las cortes de transición del siglo XVI.

"Le XVI siècle —dice un historiador francés[11]— a vu naître quelque chose de nouveau en France: la société aristocratique. La Noblesse remplace définitivement la Féodalité, ce qui est une révolution"*.

Se trataba, en efecto, de una especie de revolución y, por lo que concierne a la nobleza, ni siquiera simplemente de una transformación, sino más bien de una nueva estructura.

Es cierto que bajo Francisco I existieron aún algunos grandes feudos; pero él ya no toleraba ningún tipo de independencia, y sus *baillis* burgueses, sus tribunales formados por plebeyos y los parlamentos hacían retroceder cada vez más la administración y judicatura medievales.

Al mismo tiempo, Francisco I formó junto a la nobleza antigua terrateniente, cuya jerarquía seguía la del feudo, una nueva aristocracia titular desde el simple noble hasta el príncipe y el par de Francia. Estos títulos nobiliarios que el rey otorgaba estaban por cierto todavía vinculados con la propiedad rural y sus rentas, pero el rango ya no dependía, o no estaba exclusivamente ligado con el rango tradicional relacionado con una determinada tierra, sino que representaba una distinción concedida por el rey, a la que se vinculaban funciones de dominio cada vez menores; el rey no siempre se atenía por completo a ese uso afecto a la tierra; lo modificaba a su capricho[12]. Existían ante todo méritos militares que el rey recompensaba con títulos. Con ello, se ofrecía extraordinarias oportunidades de promoción a los *homines novi*, en especial a los guerreros. Se formaba así, en parte al margen, en parte dentro de la antigua jerarquía nobiliaria, una nueva, en la cual las distinciones

[11] Véase Lemonnier, *La France sous Charles VIII, Louis XII et François Ier*, Hachette, París, 1903; *Hist. d. Fr.*, t. V, p. 243. Como se ve en el uso lingüístico francés, la diferencia entre el tipo de la nobleza que vive bajo un régimen de economía natural feudal y el de la aristocracia cortesana de economía monetarizada, se expresa más claramente que en el alemán, lógicamente porque, en la realidad, la diferencia de los tipos fue más acusada en Francia que en Alemania.

* "El siglo XVI —dice un historiador francés— vio nacer algo nuevo en Francia: la sociedad aristocrática. La nobleza reemplaza de manera definitiva al feudalismo, lo que significa un cambio revolucionario."

[12] Sobre este punto y lo que sigue hay material en Lemonnier, *La France sous Charles VIII*, pp. 244 y ss.

dependían mucho más de ciertos títulos otorgados por el rey y de las rentas monetarias a ellos ligadas, que de la tradición. Muy pronto se pusieron de manifiesto las consecuencias de ello para la estructura de la nobleza. Ya en la segunda mitad del siglo XVI, casi todos los nombres aristocráticos son nuevos.

Así pues, la nobleza seguía siendo un estamento guerrero, y como tal el rey tenía necesidad de ella antes que de nadie. Pero en razón de las oportunidades crecientes de las que disponía, emprendió aquello que, respecto a una época posterior, fue llamado "racionalización", reforma ilustrada: rompió la tradición e inició una transformación de la nobleza según convenía a sus objetivos de poder.

Puede deducirse ya el crecimiento de las oportunidades a su disposición del hecho de que los gastos del rey en concepto de regalos, pensiones, honorarios, etc., comparados con los de sus predecesores, aumentaron de modo muy considerable. Es cierto que también él siguió la economía de endeudamiento que caracterizó a los posteriores reyes franceses. Las reservas que se recogía como tesoro de guerra eran utilizadas con demasiado apresuramiento, y se intenta abrir incesantemente nuevas fuentes de dinero mediante distribución de rentas, elevación de los tributos, venta de cargos, etc. Pero todo esto es sólo una muestra de la manera en que se abrían al rey cada vez más oportunidades de poder, a partir del desarrollo de su campo social y de su específica posición dentro de tal campo.

En consecuencia, a la corte afluían hombres cada vez en mayor número. Es característico de esta época de transición en la que apenas se empieza a dominar las nuevas formas que, en el curso de esta evolución social del Estado, se producen, el hecho de que al menos en la primera mitad del reinado de Francisco I no exista en absoluto ningún edificio suficientemente espacioso y capaz para contener la corte creciente. El hecho de que, a partir de entonces, haya que construir o remodelar incesantemente casas para esta corte en aumento, de economía monetaria, hasta que finalmente el castillo de Versalles, símbolo del culmen así como del estancamiento, baste para el desarrollo ulterior, es bastante característico de la correspondencia entre la evolución de la corte real y de la sociedad en su conjunto. La corte real es, en esta fase de desarrollo de las sociedades estatales, el supremo centro de integración de éstas. Más tarde o más temprano, crecen las tareas de integración de

acuerdo con el aumento de la diferenciación de funciones en el curso de la evolución socio-estatal. Así, hecha la salvedad respecto de la específica distribución de poder en las sociedades estatales dinásticas, se puede leer, en cierto modo, en el crecimiento de la corte real el aumento de la división del trabajo en la sociedad estatal general.

Además es característico de la situación de la corte en la época de transición el hecho de que los hombres aquí congregados vivan ya ciertamente en una constante dependencia más directa que antes, pero que sigan aún siendo fundamentalmente caballeros y guerreros, y, a diferencia de lo que sucederá más tarde, no sean en primer término cortesanos que eventualmente van a la guerra. La época está llena de guerras y expediciones bélicas y la suerte de los hombres en ellas es cambiante. Recuérdese sólo que Francisco I fue hecho prisionero. Y tampoco la corte dejaba de tener algo de campamento.

Se daba además otra circunstancia considerablemente importante: cuanto más numerosa se hacía la corte, tanto más difícil resultaba procurarse a la larga las provisiones necesarias en un lugar.

Es conocido el intento de explicar la formación de las grandes ciudades del capitalismo primitivo a partir de este conglomerado de un grupo poderoso de consumidores en la corte de los príncipes o reyes[13]. Sin embargo, precisamente en este contexto es patente el grado en que, en la clarificación de los procesos sociales, la explicación de cierto hecho a partir de una causa ***singular*** es siempre parcial. Son aquí insuficientes las unilaterales relaciones de "causa y efecto", como tipo de explicación; la tarea de explicar consiste en mostrar las interdependencias mediante las cuales el desarrollo de una concreta formación social está incluido en la evolución de la circulación global de las funciones sociales. El crecimiento de la capa de consumidores cortesanos, juntamente con el de la primitiva ciudad capitalista, no es en sí mismo una relación causal; ambos son funciones de un cambio en la estructura de la configuración global. Unicamente en relación con el progreso del tráfico de dinero y mercancías, de la ampliación del comercio y de la comercialización del campo social fue posible mantener reunidos ***duraderamente*** en un lugar a multitud de hombres, cuando el entorno de tal lugar por sí solo no podía bastar evidentemente para alimentar tan gran número de gentes. Además los ingresos de los terratenientes debían haber adquirido mediata o inmediatamente el carácter de rentas monetarias y la circulación del dinero debía haber alcanzado ciertas formas seguras, para que una parte de los terratenientes pudiera abandonar el campo y residir, como grupo de consumidores, duraderamente lejos del campo, en la ciudad. La formación de la capa cortesana de consumidores es, en otras palabras, un proceso parcial de un movimiento más amplio.

[13] En *Luxus und Kapitalismus* (Lujo y capitalismo), Leipzig, 1913, cap. 2, Sombart ha llamado la atención sobre la presencia e importancia de amplias capas de consumidores en los siglos XVII y XVIII. Según él, las ciudades son en primer término aglomerados de capas consumidoras, principalmente cortesanas. Se apoya entre otras, en las teorías sobre las ciudades de Cantillon, de cuya exposición cita las frases siguientes: "Si un príncipe o un señor... fija su residencia en cierto lugar agradable y si otros varios señores llegan allí para hacer sus casas y poder verse a menudo y gozar de una sociedad amena, este lugar se convertirá en una ciudad..."

Más aún, cuanto más unitaria la administración, cuanto mayor el ámbito del que el rey percibía sus entradas y cuanto más elevados tales ingresos con la creciente comercialización y la severidad de la administración civil y militar del Estado, tanto más podía crecer la sociedad de consumidores que directa o indirectamente vivía y se aprovechaba de los ingresos y propiedades del rey, y tanto mayor era el beneficio para aquella ciudad a la que finalmente afluían de todo el reino las sumas destinadas al rey. En este contexto, hay que entender la forma de la corte en ese tiempo de transición, hasta el siglo XVII no estaba muy firmemente vinculada a ningún lugar. Es cierto que París era la ciudad capital del rey, pero había otras ciudades que competían con ella en importancia. Apenas empezaba la centralización absolutista, la formación de una ***única*** sociedad aristocrática y con ésta la integración y acuñamiento de un tipo humano perfectamente determinado, único ejemplar y decisivo. La corte real emigraba todavía de lugar en lugar[14], de castillo en castillo. A lomos de caballos y mulas viajaban el rey, los altos señores y aun las damas con todos sus séquitos. Una larga fila de carros, vehículos y sirvientes de todo tipo les seguía y hasta los muebles, los tapices, enseres y vajillas les acompañaban en su peregrinaje.

[14] Véase una descripción totalmente análoga para la época de Enrique II. L. E. Marks, *Gaspard von Coligny*, Stuttgart, 1892, t. I, 1, pp. 159 y s: "Con varios miles de acompañantes y miles de caballos deambula esta corte a través del reino, visitando castillos del rey, de los grandes, y ciudades, con duros y pesados cargamentos".

De este modo, las arterias que comunican la vida en la provincia con la vida en la corte, la vida en el campo con la vida en la ciudad, no están todavía por completo estranguladas, como sucederá más tarde cuando este proceso de estrangulamiento se va haciendo paulatinamente perceptible al domiciliarse establemente en la corte una parte considerable de la nobleza, al alejarse más o menos pero continuamente de su propiedad rural. Se va realizando aquí un proceso de alejamiento, pero, sin embargo, el incesante movimiento de la corte todavía no permite que estos distanciamientos se consoliden.

La estructura de los departamentos y oficios cortesanos es ya, en sus líneas fundamentales, semejante a la que, más tarde, se impuso bajo Luis XIV, aunque guarda todavía una dimensión más modesta. Un *grand-maître de l'hôtel,* encargado de vigilar todos los oficios de la casa real, es, al igual que, por ejemplo, el caballerizo mayor y el gran camarero, una persona que goza de poder no sólo en la corte, sino también en el reino. Puede uno darse cuenta del grado en que la nobleza va introduciéndose de modo creciente en la casa del rey, observando sobre todo el hecho de que, bajo Francisco I, surgió la costumbre de que el rey o los príncipes de linaje fueran servidos por los nobles aun en las funciones más humildes, por ejemplo, como sirvientes de cámara[15]. No obstante, más o menos todas las relaciones de esta época están en movimiento, la jerarquía de los cortesanos es más inestable y la herencia de los oficios menos frecuente. De aquí que la movilidad de la corte y la vida guerrera no permita aún la formación de una sólida e inescapable etiqueta.

Sin embargo, se abre paso con toda claridad una tendencia de particular importancia en lo sucesivo, bajo Francisco I. La distancia que se crea entre los cortesanos y los que no pertenecen a la corte adquiere un peso cada vez mayor en el campo social. Cuanto mayor es la relevancia que pierden las funciones tradicionales del señor feudal, de los vasallos y caballeros, que hasta entonces fundaban y mantenían la distancia de la nobleza respecto de las otras capas, tanto mayor es el valor que gana la pertenencia a la corte, considerada como función fundamentadora de la distancia y el prestigio[16]. La línea divisoria, formada de este modo entre los hombres y los grupos, atraviesa la aristocracia misma. Una parte de la antigua nobleza constituye la nueva aristocracia, en virtud de su pertenencia o exclusión de la corte; otra parte, en cambio, no logra introducirse en el nuevo grupo exclusivo. Al mismo tiempo, una serie de burgueses tienen la suerte de ingresar en el susodicho grupo y ascender dentro del mismo. Así se realiza durante este tiempo una nueva estructuración de la nobleza basada en un principio de distanciamiento y constitución distintos de la anterior.

[15] "Desde esos tiempos [de Francisco I], los reyes y los grandes príncipes de linaje se hacían servir por gentileshombres como criados de cámara; así lo he oído contar a hombres muy ancianos"; según Brantôme, citado en Lemonnier, *La France sous Charles VIII,* p. 207.

Para la estructura social del *ancien régime* es de vital importancia la proximidad e imbricación de ambas formas de distanciamiento: el basado en una función estamentaria y feudal heredada, o incluso en las funciones profesionales, y el distanciamiento fundado en la pertenencia o cercanía a la corte, el cual se expresa en la existencia de una nobleza cortesana y otra que no lo es, y posteriormente también en la existencia de una burguesía estamentaria que se acerca e imita a la sociedad cortesana, y otra burguesía profesional no-cortesana.

"Los *seigneurs* de los reyes franceses no eran al principio exclusivamente consejeros sino legisladores"[17]. Una de las razones decisivas de que gran parte del orden feudal medieval se mantuviera, pese a todo, aunque superado y transformado, en el orden cortesano, fue el hecho de que el poder de los reyes franceses frente a la nobleza se había incrementado, con ciertas oscilaciones, paulatina y continuamente desde Felipe IV y de que en aquella época que acostumbramos a llamar Renacimiento, con Francisco I, y posteriormente, el siglo XVII, con Enrique IV, sólo se realizaba lo que desde hacía largo tiempo venía preparándose. No de un modo repentino y en corto tiempo, sino poco a poco, los reyes redujeron los derechos al poder de la nobleza y las reivindicaciones de cogestión por parte de los estados generales[18]. Y el papel jugado por "la libre disposición de los medios monetarios de los súbditos a través

[16] Lemonnier, *La France sous Charles VIII,* p. 211.

[17] Koser, "Die Epochen der absoluten Monarchie in der neueren Geschichte" (Las épocas de la monarquía absoluta en la historia moderna), *Historische Zeitschrift,* t. 61, Munich-Leipzig, 1889.

[18] "La causa directa y fatal... es la transformación gradual e incesante del feudalismo, la disminución insensible, pero constante del poder de los señores y el desarrollo inmenso del poder real", Callery, "Les premiers Etats généraux" (Los primeros Estados Generales), *Revue des questions historiques,* 1881, p. 87.

de la independencia de las asambleas estamentarias"[19] se aprecia claramente al comparar, por ejemplo, la situación de Francisco I, casi independiente de las aprobaciones estamentarias, con la de Carlos V, mucho más condicionada y, en este aspecto, mucho más difícil.

El siglo XVI ocurrió una especie de involución. Las asambleas estamentarias volvieron a ser convocadas con frecuencia y las luchas[20] entre ellas y los reyes por la distribución de las oportunidades de poder en el reino se hicieron de nuevo más encarnizadas. Es cierto que el transfondo social de las guerras francesas de religión es relativamente difícil de penetrar sin un estudio sociológico muy profundo (aún por realizar), en primer término porque en ellas, aparte la auténtica división religiosa de los grupos, se mezclaban de las maneras más diversas luchas partidistas de las grandes familias por la Corona, luchas de la nobleza, empobrecida y sacudida por los efectos de la economía monetaria, para alcanzar un nuevo asidero y, simultáneamente, en fracciones de la aristocracia, así como sobre todo en las capas urbanas, fuertes tendencias a conservar o restaurar los privilegios y las libertades estamentarios[21].

Pero, sea de esto lo que fuere, al afirmar que al final de las guerras de religión, con la victoria de Enrique IV se decidió el triunfo de la monarquía absoluta sobre todas las capas sociales contrapuestas, no debe nunca pasarse por alto el hecho de que, aunque con tal fórmula se expresa hasta cierto punto de un modo correcto el resultado de estas luchas, sin embargo, no quedan unívocamente determinados en este sentido los frentes de las mismas ni tampoco el propósito de los combatientes. Como sucede con frecuencia, las cosas se formulan también aquí como si lo que aconteció después, hubiese sido idéntico con lo que anteriormente habían querido, en efecto, los hombres y grupos humanos concretos; se considera que los hombres concretos planifican, crean y son los autores de aquello que sólo puede entenderse efectivamente a partir del entramado social global de los hombres y su voluntad, y a partir de la constelación del campo social de conjunto y de las oportunidades que tal entramado otorga a los grupos y hombres concretos.

[19] N. Baumgarten, *Karl V*, II, III, citado por Koser en op. cit., p. 225.
[20] Koser, op. cit., p. 260.
[21] Véase a este respecto Ranke, *Frz. Gesch.*, libro 6, cap. 3: "El objetivo de los estados —dice entre otras cosas— era la libertad de las ciudades del imperio germánico."

11. Enrique IV fue en un principio un gran vasallo del rey de Francia, una especie de príncipe rural; es poco probable que, estando en esta situación, le gustara particularmente la marginación de todos los grandes vasallos en beneficio del poder ilimitado de los reyes franceses. Más tarde, siendo rey, sin poseer al principio el poder efectivo de rey y sobre todo el poder económico de éste, fue él precisamente quien luchó de modo característico al frente de un ejército de caballeros nobles del *viejo estilo*[22] contra los ejércitos mercenarios que habían enviado, por una parte, el rey de España y, por otra, el Papa. Enrique IV mismo no hubiera en absoluto podido pagar con sus propios recursos ejércitos mercenarios de cierta consideración, y así, en efecto, aquél bajo quien se abrió camino después y de modo definitivo el poder ilimitado del rey, aun y especialmente frente a la aristocracia, ganó esta victoria precisamente con la ayuda de la nobleza, a la cabeza de un ejército de nobles, apoyado, por supuesto, por las potencias extranjeras que le enviaron dinero y tropas, y favorecido, por lo demás, por circunstancias favorables tales como la muerte de Gregorio XIV y las discordias de sus enemigos.

Puede afirmarse con razón que, con el resultado de las guerras de religión, el combate entre la monarquía y la nobleza quedó decidido en lo fundamental y se abrió la brecha para la monarquía absoluta. Pero, aparte los ya mencionados movimientos sociales que favorecieron el desarrollo del poder real y le otorgaron los medios de poder para asegurar y estructurar su dominio, estas últimas

[22] Véase, entre otros, Dellbrück, *Geschichte der Kriegskunst* (Historia del arte de la guerra), Berlín, 1926, parte IV, p. 258: "Las guerras de los hugonotes no hacen adelantar los asuntos de guerra nacionales franceses, sino que, por el contrario, podría decirse que los hacen retroceder un poco. Una guerra civil se basa en los partidarios que cada facción encuentra en el país, que vienen y se van más o menos, según quieren. El apasionado tomar partido que debe estar presente para que se encienda una guerra civil y que es particularmente fuerte en las guerras de religión, produjo en las guerras de los hugonotes un peculiar florecimiento tardío de los caballeros. Los nobles acudían personalmente y por propio impulso al campo de batalla y servían sin paga. Se batían con coraje, pero también se hacían notar las espaldas de estos caballeros: cuando Alejandro de Parma, el año 1590, había aterrorizado a París, hizo maniobras y evitó el combate. Finalmente, el ejército de Enrique IV, que estaba formado en su mayor parte por nobles que servían voluntariamente, se dispersó sin hacer nada. El decía que, en resumidas cuentas, la diferencia entre él y el príncipe de Parma era 'unicamente el dinero'. Con mejores medios monetarios, también él hubiera podido retener a su ejército en el campo de batalla. La plata de Potosí, anota Ranke, formaba parte de los medios para desarrollar el espíritu de los ejércitos existentes en Europa. No cabía duda de que los metales nobles americanos habían ayudado fundamentalmente a los españoles."

guerras de religión en las cuales una nobleza real católica peleaba, codo con codo, con los protestantes de todas las capas al lado de Enrique IV, contra otras fracciones de la aristocracia que estaban aliadas con las ciudades católicas, el clero, el rey de España y el Papa, ponen de manifiesto un aspecto ulterior de la constelación social que dio a la función real un papel preponderante sobre los representantes de todas las demás funciones.

Los contemporáneos mismos veían en muchos casos simplemente que Enrique IV combatía a la cabeza de la nobleza y que frente a él se alzaban, a más de familias nobles rivales, principalmente las corporaciones urbanas y fracciones del clero. Es verdad que los frentes no estaban por completo delimitados, pues había aún ciudades protestantes que apoyaban a Enrique IV. Asimismo es cierto que junto con los protestantes, se encontraba de su parte la aristocracia realista católica moderada, contrapartida de los grupos católicos intolerantes a los que se oponía acusadamente y de los cuales había surgido el regicida, el asesino de Enrique IV, a quien tales grupos glorificaban.

Como suele suceder en casos similares, una larga serie de motivos pusieron al grueso de la nobleza de lado de Enrique. Indiquemos aquí al menos uno de los motivos más claros por los que la mayoría de la nobleza se opuso a los eclesiásticos católicos, considerando ante todo que quizá no ha recibido todavía la atención que merece.

Francisco I se había asegurado, mediante concordato, el poder disponer de una gran parte de los beneficios eclesiásticos en Francia. Con ello, después de que al menos en parte se habían agotado los dominios reales de propiedad rural, consiguió hacerse de un fondo del cual echar mano continuamente para recompensar a los nobles meritorios. De esta manera, una buena parte de la nobleza francesa se convirtió en beneficiario de los bienes de la Iglesia, como, al otro lado del canal y en virtud de medidas análogas promulgadas por Enrique VIII, una fracción de la aristocracia inglesa adquirió bienes expropiados a la Iglesia. Así pues la conducta de los reyes contrapuso en ambos casos, a una parte considerable de la nobleza con los eclesiásticos. Sería interesante rastrear las imbricaciones que, en Inglaterra, con el paso del tiempo, llevaron también a considerables fracciones de la burguesía de las ciudades capitales a aliarse con los enemigos de la antigua Iglesia, mientras que en Francia, la capital precisamente "bien valía una misa".

Basta aquí, sin embargo, con limitarnos al problema de la nobleza.

La expropiación de los feudos eclesiásticos hecha por Francisco I y su utilización para recompensar los servicios que ciertos hombres habían hecho al rey, creó una situación que contenía el germen de duraderos conflictos de intereses entre la nobleza y la Iglesia.

Brantôme ha descrito esta situación y estos conflictos de intereses de una manera tan gráfica que vale la pena, en lugar de cualquier comentario, reproducir por extenso su propia exposición acerca de este punto[23].

"Lo que principalmente determinó al rey Francisco a firmar un concordato con el Papa para eliminar todos los nombramientos de obispos, abades y priores, y atribuirse el derecho de nominación, era, por una parte, los enormes abusos que se habían introducido en los nombramientos, y, por otra, el deseo del rey de procurarse una nueva fuente de recompensas para la aristocracia, pues ya no le bastaba para ello los ingresos de los bienes de la Corona y los impuestos, destinados por completo a sufragar los elevados gastos de la guerra. A este respecto, el rey consideraba que en todo caso sería mejor recompensar con los pingües beneficios eclesiásticos a los hombres que lo habían servido bien, más que abandonarlos a los perezosos monjes, quienes, según decía, era gente que sólo valía para beber, comer, banquetear, jugar y a lo más hacer cuerdas musicales con tripas, ratoneras y cazar pájaros.

A este respecto debo anotar que, desde hace algún tiempo, en particular desde la fundación de la Alianza, aparecieron ciertas personas religiosas o auténticos aduladores taimados que empezaron a criticar a los nobles que poseían bienes eclesiásticos. Decían que éstos no les correspondían de ninguna manera a ellos, sino a los clérigos y a tachar el hecho de error y escándalo groseros, y de carga de conciencia para el rey.

Se les podría dar la razón si los nobles poseyeran completamente tales bienes eclesiásticos en verdadera propiedad; pero cómo se perjudica el derecho de propiedad de estos señores..., si después de asegurar la manutención del abad, de los monjes, de los pobres, de los décimos y otras contribuciones hechas al rey, los nobles disfrutan del resto, que es poco, que son auténticas migajas que caen de la mesa del señor (del rey), para servir mejor a éste."

[23] Cita según Brantôme, ***Biographische Fragmente*** (Fragmentos biográficos de Brantôme), *en Allgemeine Sammlung Historischer Memoiren* (Colección general de memorias históricas), ed. por Friedrich Schiller, t. XIII, 2.ª, sec., p. 193, Jena, 1797.

Y en otro pasaje dice Brantôme[24]:

> "Yo he escuchado en varias ocasiones a personas perspicaces manifestando su sorpresa acerca del hecho de que, en Francia, una multitud de nobles quisieran afiliarse a la Alianza, pues si ésta hubiese conservado el mando, no cabe ninguna duda de que la Iglesia hubiese despojado a aquéllos de los bienes eclesiásticos."

Aquí queda expuesta, por tanto, de una manera drástica una de las razones por las cuales la mayoría de la nobleza se oponía a la Santa Alianza. En el lado contrario, sin embargo, se situaban a favor del clero ante todo las ciudades, especialmente París, que, el siglo XVI, se había hecho poderosa y que en adelante con sus diversas corporaciones burguesas, empezaba poco a poco a jugar un papel peculiar en la historia de Francia. Verdad es que en este partido había también nobles. Principalmente, a la cabeza del partido católico intransigente, se encontraban hombres procedentes de las grandes familias que pretendían el trono. Pero los "grandes" de Francia, por razones obvias, casi nunca estuvieron en un único bando. Estos pequeños grupos de familias rivales entre sí, en especial los príncipes de linaje y, por tanto, la nobleza que pendía y dependía de ellos, se alió, según fue necesario, con otros grandes poderes sociales del país para que éstos los sostuvieran. Basta aquí con haber siquiera mencionado la estructura social básica de estas luchas, pues no carece de importancia para entender el hecho peculiar de que el sistema social, el campo social de Francia, pese a los trastornos, resistencias y luchas ocurridos durante estos siglos, se dirigiese de un modo continuo y creciente hacia una monarquía absoluta.

Hablando en general, lo que encontramos en las luchas de las centurias XVI y XVII son, por una parte, "corporaciones burguesas" que ya se han hecho numerosas, ricas y, en consecuencia, poderosas y conscientes de sí mismas para oponer la más viva resistencia a las pretensiones de dominio y poder de la nobleza, aunque, con todo, todavía no son capaces ni bastante fuertes para reivindicar el poder. Por otra parte, se encuentra una nobleza que todavía posee la suficiente fuerza para obstaculizar a las capas burguesas presionantes y de afirmarse frente a ellas, aunque ya es demasiado débil, sobre todo en el aspecto económico, para dirigir su

[24] Brantôme, op. cit., p. 197.

poder contra tales capas. Es un dato determinante de este conjunto que, para esta época, ya han escapado de manos de la nobleza, las funciones de administración y jurisprudencia y que, en virtud de tales funciones, se han constituido ricas y, por consiguiente, poderosas corporaciones burguesas —en particular, el Parlamento—, por así decirlo, como la capa dominante de la burguesía. Así pues, la nobleza necesitaba de los reyes, a causa de su precaria base financiera, para mantenerse como tal frente a la presión de las capas burguesas y su creciente riqueza, y a las corporaciones burguesas les era necesario el rey como guardián y protector frente a las amenazas, arrogancias y privilegios demasiado unilaterales de la aristocracia media caballeresca. Una configuración con tal equilibrio de tensiones, en la cual las dos agrupaciones estamentarias mantenían más o menos el equilibrio y, en la cual, en todo caso, ninguno de los grupos principales podía alcanzar una duradera y decisiva preponderancia sobre la otra, otorgaba en especial al rey legítimo, en apariencia igualmente distante de todos los grupos concretos, la oportunidad de presentarse como pacificador que llevaba la paz anhelada por todos a los fatigados combatientes. Tal función fue la que, en efecto, ejerció Enrique IV en grado sumo y la que contribuyó definitivamente a su victoria. Finalmente el rey siguió apareciendo ante todas las capas y corporaciones como un aliado y un auxiliador frente a las amenazas de otros grupos y corporaciones que no podían dominar por sí solos.

12. Lo que se expuso anteriormente acerca del grupo central del rey absolutista, de su campo de acción primario —la corte—, vale, por tanto, con las modificaciones pertinentes, de su más amplio ámbito de poder: él reinaba por cuanto, en tal ámbito, los grandes grupos sociales de la burguesía y la nobleza, en pronunciada rivalidad respecto de sus oportunidades de poder, se mantenían en equilibrio. Se debe probar si con ello se ha encontrado una ley estructural sociológica que valga para el absolutismo cortesano en general. Si tal fuese el caso, podría afirmarse en resumen lo siguiente: las oportunidades del príncipe crecen dentro del campo social dividido en estamentos, por cuanto el poder social fáctico que —en relación con la apremiante economía monetaria— corresponde por razón de sus funciones sociales, por un lado, a los grupos burgueses y, por otro, a los aristócratas, es de tal índole que ya no puede alcanzar ninguna de las capas o grupos rivales que compiten

entre sí por la hegemonía, una preponderancia duradera. Sin embargo, el príncipe gobierna y lo hace de un modo absolutista porque cada una de las capas en lucha lo necesita para combatir a la otra y porque él puede enfrentar a una contra otra. El hecho de que él, por su origen, pertenezca a uno de los grupos contrincantes —a la nobleza—, es de considerable importancia precisamente para la estructura de la corte y para algunos aspectos. Pero justamente por cuanto él, en cierto sentido, puede apoyarse en grupos burgueses, deja de ser cada vez más un *primus inter pares* y se aleja de la nobleza, y por cuanto él, en un aspecto distinto, puede apoyarse en grupos aristocráticos, se distancia de la burguesía, y se mantiene así como un soberano distante, como fue dicho antes acerca del modo en que se mantuvo en la corte, a través de una vigilancia y conservando meticulosamente el equilibrio de tensiones entre los estamentos y grupos dentro de su ámbito de poder.

Sin que importe el grado en que esta estructura pueda verificarse en otros países, en el caso de Francia es comprobable sin dificultad. Apenas es necesario decir que la exhibición de todas las oportunidades que, a partir de la situación de su campo social, se ofrecían a los reyes y de las cuales podían y debían aprovecharse para erigir su poder, no disminuye la grandeza de los grandes reyes y sus realizaciones, si el sentido de tal presentación no se malentiende de nuevo como una reducción o inclusive como una negación del valor de la personalidad. Por el contrario, lo real es que la grandeza de un hombre sólo puede entenderse propiamente si se consideran las imbricaciones y vínculos a partir de los cuales, y en los cuales, éste piensa y actúa. En relación con esta función de equilibrio de los reyes en medio de un campo lleno de tensiones sociales se debe asimismo entender una peculiaridad de la conducta de las capas elevadas de Francia frente al rey, a saber, la ambivalencia de su actitud frente al rey que se percibe tanto más cuanto con mayor independencia los reyes, en virtud de su situación de árbitros, disponen de todos los ingresos del reino.

Cada una de estas capas, los grupos prominentes de las capas burguesas, los parlamentos, así como los grupos dirigentes de la nobleza, la jerarquía de la aristocracia cortesana, hubieran por su parte, limitado con gusto el poder del rey. Y los intentos o al menos la tendencia reprimida de hacerlo atraviesan todo el *ancien régime,* si bien bajo Luis XIV sólo raras veces salen a plena luz. Con todo, cada una de estas capas necesita asimismo la fuerza y el poder de los reyes legítimos para proteger y mantener su propia posición frente a las múltiples amenazas y mermas a las que estaban expuestas en esta época de crecientes vinculaciones, por parte de otros grupos. Así sucede por ejemplo que, de tiempo en tiempo, muchos grupos de nobles se alíen con los parlamentos contra los representantes del poder regio; tal es el caso en la época de la Fronda. Pero sólo caminaban juntos por un corto trecho, pues muy pronto temían más que el poder del rey el creciente de sus aliados de momento y pactaban de nuevo de una u otra forma con aquél o con sus representantes. Esta conducta típica ambivalente y la situación conflictiva que traía consigo hace, pues, posible por corto tiempo el establecimiento de vínculos entre los diversos grupos dirigentes aun en contra del poder regio —la masa del pueblo burgués desempeña hasta la Revolución casi siempre un papel más o menos pasivo, es decir, el de instrumento de las intenciones de alguno de los grupos elitistas—; sin embargo, pasado este tiempo, se aproximan de nuevo uno u otro grupo al bando monárquico y abandonan los lazos con los restantes grupos. Desde los días de las guerras de religión hasta el tiempo anterior a la Revolución, pese a todos los cambios y alteraciones del peso social, éste es uno de los rasgos constantemente recurrentes de esta fase del proceso de la configuración.

13. Añádase a esto que ni la burguesía ni la nobleza eran grupos sin escisiones, para no hablar del clero cuya conducta en este juego de fuerzas debe ser objeto de un análisis especial. Por ejemplo, los parlamentos que el siglo XVII representaban todavía a los grupos dirigentes de la plebe y, el XVIII, ya eran una peculiar capa intermedia entre la nobleza y la burguesía —la *noblesse de robe*—, se servían por cierto, con bastante frecuencia, de la masa del pueblo, y en general también protegían —cuanto consideraban conveniente para sus propios fines— los derechos logrados, ante todo el de las corporaciones gremiales urbanas. Pero por lo contrario, muchas ciudades no tenían ningún especial interés en un orden estamentario en el sentido antiguo, como tampoco en la convocatoria de los Estados Generales, pues éstos reivindicaban la representación de la nación y la tarea de hacer, en su nombre, representaciones y objeciones contra los mandatos del rey que pareciesen ilegales; a veces se negaban a registrar tales decretos, lo cual era necesario para darles fuerza de ley, y para ello invocaban su procedencia del anti-

guo consejo del rey (*Conseil du roi*), considerándose superiores a los Estados Generales. Pero, al mismo tiempo, por sus privilegios, por los oficios que habían comprado y que constituían su propiedad, estaban íntimamente ligados con el poder real y supeditados a la ayuda del rey contra cualquier intento de otras capas, sobre todo de la nobleza, de eliminar la venalidad de los cargos, que era el fundamento de su existencia, y de igual modo dependían del poder real, cuando los tumultos y sublevaciones del pueblo, a los que, por ejemplo en el caso de la Fronda, ellos contribuían de modo considerable, se excedían de ciertos límites y amenazaban la seguridad de sus propiedades.

> "Les membres du Parlement font quelquefois du bruit en remuant leurs chaises curules, mais ils n'ont pas envie de mourir dessus, frappés par la main des barbares. Ces pères de la patrie se souviennent toujours au dernier moment qu'ils sont pères de famille et que la bonne et saine tradition bourgeoise veut qu'on ne laisse pas diminué à ses enfants le capital qu'on a reçu de ses aïeux. Et ainsi le conflit entre le Roi et la grande Robe prend un caractère aigu qui va quelquefois jusqu'à la prison mais s'arrête devant la bourse"[25] *.

Precisamente porque el prestigio del cargo y el portamonedas de los altos togados y los beneficios oficiales en propiedad estaban íntimamente vinculados con la subsistencia del tradicional poder monárquico, se formó aquella conducta ambivalente de los parlamentos y de la *noblesse de robe* en conjunto frente al rey de la cual hablábamos: aspiraban a tener su parte en el poder, querían, por consiguiente, limitar el poder regio, pero lo necesitaban porque su existencia, sus cargos se fundamentaban en tal poder. Sus conflictos con el rey, por tanto, tienen un curso típico, por cuanto la posición de poder de la monarquía excede con mucho las de todas las otras capas: "Deliberaciones de la asamblea en las Cámaras, disposiciones del consejo [es decir, del rey], que anula la deliberación, resistencia de la Compañía, cólera del príncipe, sinsabores, arrepentimiento, y, finalmente, obediencia de los rebeldes"[26]. Esto es válido para el siglo XVII. Más tarde, cuando la posición de poder de los reyes va debilitándose progresivamente frente a los demás grupos del campo social, y los reyes que antes controlaban y moderaban la tensión y las reivindicaciones entre los grupos, se convierten en figuras del juego y, en consecuencia, necesitan aliarse con otros grupos, en el transcurso del siglo XVIII estos conflictos típicos toman otra dirección: llevan cada vez con mayor frecuencia a la victoria del Parlamento. Pero todo ello es la conducta característica de una capa intermedia opulenta con varios frentes: contra la aristocracia, el clero y a veces aun contra el pueblo, tienen necesidad del sólido poder del rey; contra éste se sirven con mucha frecuencia del pueblo y se alían a veces con la nobleza, sobre todo con la alta, con la que posee en común el no tener directos intereses estamentarios en el sentido del grueso de la aristocracia. Frente al clero, por cuanto la antedicha capa no procedía de sus filas, sobre todo frente a los jesuitas, su conducta era por completo implacable.

Ello puede ser un ejemplo de la fuerza de los rivales promovidos desde la burguesía con los que tenía que vérselas la cortesana nobleza de espada, desposeída de casi todas las funciones administrativas y de toda alta jurisdicción. Se aprecia en seguida con claridad por qué y cuánto, a partir de este hecho, la aristocracia necesitaba al rey, y se entiende cómo los reyes pudieron edificar y asegurar su dominio sobre la base de estos grupos sociales que más o menos se igualaban, hasta que finalmente quedaron ellos mismos cada vez más y de un modo directo implicados en las tensiones y en el juego de los grupos.

14. Del mismo modo que el tercer estado, también la nobleza estaba dividida en diversos grupos; tal hecho complicaba fuertemente la situación y multiplicaba los frentes y las posibilidades de alianza. También aquí se puede prescindir de la nobleza provinciana y rural que, desde las guerras de religión hasta la Revolución, apenas desempeñó el papel político de una elite de poder.

Fue significativa la situación de la alta aristocracia, por ejemplo,

[25] Normand, Charles, *La bourgeoisie française au XVII siècle* (La burguesía francesa en el siglo XVII), p. 249.

* "A veces, los miembros del Parlamento alborotan al mover sus sillas curules, pero no tienen deseos de morir sentados golpeados por la mano de los bárbaros. Estos padres de la patria siempre recuerdan en el último momento que son padres de familia, y que la buena y sana tradición burguesa exige que a los hijos no debe dejárseles disminuido el capital que ellos han recibido de sus mayores. Y así, el conflicto entre el Rey y la gran burguesía se agudiza de tal manera que llega a veces hasta la cárcel, pero se detiene ante la bolsa."

[26] Normand, op. cit., p. 264.

de los príncipes y duques, de los denominados "Grandes" (*Grands*)[27] diferente de aquella en que se encontraba la mayoría de

[27] El término *Grands*, común en el marco de la sociedad francesa del *ancien régime*, requiere en general una explicación, porque no existió en la sociedad alemana ningún grupo social y, por consiguiente, tampoco ningún término habitual que correspondiese exactamente a los del *ancien régime*. La falta de tal grupo no deja de tener su importancia en las diferencias de estructura del equilibrio social de tensiones de ambos países. Cuando se busca en la jerarquía de la nobleza alemana un grupo cuya posición corresponda en cierto modo a la de los *Grands* en la jerarquía nobiliaria francesa, se encuentra uno principalmente con los pequeños príncipes rurales. Pero con esto queda ya de manifiesto la extraordinaria diferencia estructural de ambas sociedades.

Elisabeth Charlotte von der Pfalz, quien, por su matrimonio, fue trasladada de una corte principesca alemana a la corte real francesa, nos ha dejado algunas observaciones que aclaran luminosamente esta diferencia. Ella escribe entre otras cosas (cita según Ranke, *Französische Geschichte*, 4.ª ed., Leipzig, 1877, t. 4, p. 230) "que percibía una enorme diferencia entre lo que en Alemania y en Francia se llama 'duque': allí la palabra designa a príncipes de linaje y señores libres; aquí sólo un rango concedido por el gobierno (esto es, el rey)...

"Aun a los príncipes de linaje, aunque tuviesen elevadas pretensiones, ella los colocaba por debajo de los príncipes alemanes. Si es cierto que el gran Condé estaba casado con una sobrina del cardenal Richelieu y el príncipe de Conty con una sobrina del cardenal Mazarin, no es menos cierto que ambos eran grandes por su origen. En estas casas se hace gala de grandeza, pero no se sabe en qué consiste ésta. La siente incomparablemente más un príncipe *alemán* que no tiene parientes burgueses ni es *súbdito* de nadie."

Habitualmente no se percibe muy claramente el grado de relación que la desmembración del imperio germano en numerosos dominios territoriales autónomos guarda con la peculiar tradición de la nobleza alemana, que castigaba con severas penas sociales el matrimonio de un noble con una joven burguesa, inferior socialmente. Tradición que, aburguesada, perduró después, en el orden familiar nacional-socialista, en la penalización del matrimonio de un miembro de la burguesía, considerada como aristocracia popular, con una mujer que perteneciera a grupos socialmente tenidos por inferiores. En el curso de la integración del Estado, de la creciente centralización de los monopolios centrales que jugaron en la formación de un Estado unitario un papel decisivo, se extinguieron, tanto en Francia como en Inglaterra, las funciones de poder de los señores territoriales. Los títulos nobiliarios tales como príncipe, duque y otros sólo conservaron su significado para designar el rango heredado de una familia. Y aun un príncipe era —respecto del rey— un "súbdito". El mantenimiento de las diferenciaciones y barreras entre la nobleza y la burguesía, por lo tanto, estaba, en última instancia, en las manos de los reyes. En Alemania, la nobleza dirigía en un grado mucho mayor, la conservación de tales diferencias y barreras. El deshonor, la sospecha, la mofa y la postergación de un noble que hacía un matrimonio inferior a su rango, o tenía una "mancha" en su árbol genealógico, no podían, en consecuencia, ser compensados por el favor real u otras oportunidades de poder. En Alemania, por el contexto de las rivalidades de las familias nobles de todo rango, eran con mucho más implacables que en Francia. Por supuesto que se presentaban "matrimonios desiguales" y el rigor del tabú se refería sobre todo a los casamientos de los hijos y mucho menos a los de las hijas. Pero mediante la educación desde la infancia, la mala reputación del matrimonio de un noble con una burguesa, el descrédito de la "sangre impura", enraizó profundamente en el sistema de las valoraciones sentidas. Como sucede con frecuencia, los inferiores en la escala social asumieron valores propios de los socialmente superiores, aun cuando los deshonraban a ellos mismos. Así, en Alemania, amplios círculos de la alta burguesía hicieron suyas estas valoraciones. Será una interesante tarea de futuros sociólogos el observar por cuánto tiempo una tradición de valoraciones que, como en este caso, mantienen acusadas diferencias de rango social, puede sobrevivir en una estructura social dentro de la cual ya no tiene propiamente ninguna función.

No se puede entender la situación de la nobleza francesa si no se tiene en cuenta que el mantenimiento de las barreras entre los diversos rangos nobiliarios y entre la nobleza y la burguesía posee una estructura distinta que en Alemania.

la nobleza cortesana. En efecto, por un lado, estos "Grandes" estaban, dentro de la jerarquía nobiliaria, particularmente cerca del rey. Sus parientes constituían en cierto modo el centro de tal jerarquía, y no era su intención minar la autoridad y la plenitud de poder del rey frente a las capas restantes, pues ello significaba socavar su propia posición privilegiada en el reino. Además, su prestigio estaba estrechamente ligado con el del rey.

Sin embargo, por otro lado, estos "Grandes", por el hecho de estar particularmente próximos al rey, estaban asimismo celosos de un modo especial por su poderío, e inclinados a quejarse de estar subordinados al rey, de verse incluidos en el grado de los *súbditos* y en este aspecto, de ser iguales a los demás.

Marmontel ha expuesto en el artículo de la Enciclopedia que dedica a los "Grandes", la peculiar posición de éstos en dos frentes, si bien embelleciéndola un poco ideológicamente. Después de hablar, con una imagen común del siglo XVIII que justificaba este análisis, del Estado como de una máquina que sólo puede mantenerse en movimiento mediante una exacta combinación de todas sus partes, describe la situación de los "Grandes" del siguiente modo:

> "Premiers sujets, ils sont esclaves si l'état devient despotique; ils retombent dans la foule, si l'état devient républicain: ils tiennent donc au prince par leur supériorité sur le peuple; ils tiennent au peuple par leur dépendance du prince... aussi les grands sont attachés à la constitution monarchique par intérêt et par devoir, deux liens indissolubles"*.

Y al mismo tiempo precisamente estos "Grandes" eran de modo particular peligrosos para el rey, pues sólo de este círculo, exclusivamente de él, podían surgirle competidores. En efecto, todavía en la época de Luis XVI, aparecía en tal círculo el plan de forzar al

* "Los súbditos principales serán esclavos si el estado se hace despótico; vuelven al seno de la plebe si el estado llega a ser republicano: son adictos, por tanto, al príncipe por su carácter superior sobre el pueblo; son adictos al pueblo por su dependencia del príncipe, (...) también los Grandes son fieles a la constitución monárquica por deber e interés, dos lazos indisolubles."

rey a la abdicación y reemplazarlo por alguno de sus parientes. Y si bien, en el transcurso del siglo XVIII, los reyes nombraron de nuevo sus ministros de la pequeña y media aristocracia, formaba parte, desde Luis XIV, de una obvia tradición del régimen, rara vez interrumpida, el excluir a estos "Grandes" de toda participación, aun de la no oficial, en el poder, tanto cuanto fuera posible. También esto es un ejemplo de las oposiciones tensas dentro de la misma nobleza.

> "La ambición de los 'Grandes' —dice la Enciclopedia— parece orientarse hacia una aristocracia; pero, si el 'pueblo' se dejase llevar a ello, el simple noble se le opondría, al menos si no se le asegurase una participación en la autoridad. Sin embargo, en este caso, los 'Grandes' tendrían 20 000 iguales a ellos en lugar de un *único* señor y, en consecuencia, nunca aprobarían tal solución. En efecto, la ambición de reinar, que es la causa exclusiva de las revoluciones, padece, sin ninguna duda, con menor violencia bajo la superioridad de uno solo que bajo la igualdad con un gran número"[28].

Con tales alternativas, se reproducen de una manera excelente los aspectos tanto sociales como psicológicos de la configuración de conflicto, vista desde la posición de los "Grandes". La "superioridad" del rey es garante de su distancia hacia abajo. Toda lucha contra la superioridad del rey los fuerza a buscarla entre aliados, y su orgullo padece detrimento por la necesidad de colocarse en el mismo grado con quienes tienen un rango inferior. La aspiración al distanciamiento y la superioridad y al mantenimiento de su existencia distinguida los obliga así a vivir en una situación ambivalente, llena de aversiones y atractivos tanto hacia arriba como hacia abajo, de la que no pueden escapar.

Todavía hay algo más que complica la situación de los "Grandes": este círculo es tan pequeño y está además tan íntimamente ligado con el poder real, que sus miembros no representan propiamente intereses estamentarios —los de la nobleza en conjunto—, aunque a veces se colocan al frente de ellos o, para ganar aliados, hacen en un primer momento al menos, concesiones estamentarias, tal como las hizo el Regente. Pero, en el fondo, en este pequeño círculo dentro del cual cada uno ve casi siempre en el otro a un rival, cada quien actúa en función de sus intereses personales,

[28] Art. *Grand* (Filosofía. Moral. Política).

esto es, el interés de su "Casa". De hecho, el grupo de los "Grandes" estuvo siempre dividido en casas y facciones enemigas y rivales. Cada uno de ellos, al menos hasta la época de Luis XIV y bajo los sucesores de éste, de una manera más callada y subterránea, quería, como otrora los grandes vasallos de los reyes, si no el poder mismo, por lo menos participar en éste.

Pero precisamente cuando uno de los "Grandes" intentaba avanzar en esta dirección, aparecía con particular claridad la manera en que este campo social recobra incesantemente su equilibrio en torno al rey legítimo. Verdad es que allí cambiaban los factores concretos; sin embargo, la estructura básica volvía a imponerse, esto es, el peculiar estado de equilibrio de este campo social con sus numerosos grupos y capas sociales, ninguno de los cuales poseía una base de poder bastante preponderante ni suficiente para establecer su dominio frente a todos los demás grupos y al rey.

En consecuencia, todo usurpador caía preso siempre en el mismo entramado, en medio de los numerosos grupos y frentes sociales. Cuanto más fuerte era, tanto más se reforzaba el frente unitario de todos los otros. Sin embargo, el rey legítimo o el sucesor legítimo, contaba de antemano frente a aquél, con una ventaja poderosa: la legitimidad; en efecto, ésta lo separaba, en la consciencia de cada uno de los grupos y capas, más o menos aun del propio grupo, pero al mismo tiempo, sin embargo, también de todos los demás y lo predestinaba de este modo para su función de equilibrador y estabilizador del equilibrio del campo social, de otro modo lábil.

Característica de esta situación es la suerte que corrió uno de los hombres más significados de esta capa: el gran Condé. Siendo regente Mazarin y Luis XIV todavía menor de edad, se reunieron otra vez, la última, durante algún tiempo, antes de la definitiva estabilización del poder monárquico absolutista, los grupos más disímbolos para asaltar unánimemente la omnipotencia de la monarquía, representada por el ministro. Los parlamentos, la nobleza estamentaria, las corporaciones urbanas, los hombres de la alta aristocracia, todos ellos intentaban aprovecharse de las horas débiles de la monarquía —la regencia de la reina, ejercida por el cardenal—. Sin embargo, esta sublevación de la Fronda puso de relieve precisamente la típica imagen que acabamos de caracterizar: los grupos se alían entre sí contra el ministro, representante del rey. Algunas fracciones de los conjurados negocian con el ministro,

abandonan la alianza, combaten a sus otrora aliados, vuelven en parte a pactar con ellos. Cada uno de tales grupos pretende reducir el poder monárquico, pero teme al mismo tiempo incrementar el poder de algún otro. El príncipe Luis II de Condé es uno de los más importantes personajes del espectáculo. Lo que éste quiere y al principio por cierto sin relaciones con la Fronda, es totalmente claro: su parte en las oportunidades de poder del monopolio estatal. Exige en octubre de 1649 "que sin su conocimiento previo y su consejo, no sea ocupado ningún cargo elevado ni en la corte ni en la guerra, ni en los asuntos interiores ni exteriores; que sus sirvientes y amigos sean tomados en cuenta para las vacantes que sobrevengan; que sin su autorización no se tome ninguna decisión acerca de ningún asunto importante"[29]. Mazarin le promete primero cumplir su requerimiento y luego pacta con los opositores de Condé. Para guardar las apariencias, el cardenal escribe todavía, el 16 de enero de 1650, una carta al príncipe donde hace la solemne promesa de no apartarse nunca de él y solicita su protección. El 18 de enero ordena que lo encarcelen.

Con ello, no obstante, la situación da un vuelco bastante rápido. Se impone en todas partes el miedo a Mazarin. Otros grandes, temiendo participar de la misma suerte de Condé, el Parlamento, la asamblea de la nobleza estamentaria en París, presionan para que se libere al príncipe. El 18 de febrero, éste regresa a París. Ranke, con su inigualable claridad para exponer la situación concreta, describe así la del príncipe retornado[30].

> "La situación había cambiado por completo. Sólo a Condé parecía importarle ocupar la posición por la que desde hacía un año, había luchado: ser el primer hombre del país. (...) Pero para ejercer una gran autoridad, uno necesita depender sólo de sí mismo. Condé estaba encadenado por mil consideraciones. La amistad que había jurado a los más excelentes de los frondistas lo cargaba con un pesado deber...[31] No siendo dueño del Parlamento ni del Ministerio, ni estando seguro del duque de Orleans ni de acuerdo con la nobleza ni con el clero, ¿qué gran empresa podía intentar?"

[29] Documento impreso en la edición de Champollion de las Memorias de Condé. Colec. de Michard II, 205; cita según Ranke, *Frz. Gesch.*, libro II, cap. 4.

[30] Op. cit., libro II, cap. 4.

[31] A partir de esta situación se encuentra de nuevo un camino para entender ciertos aspectos de la corte. La corte y la sociedad cortesana fueron, si no el lugar del combate, sí al menos el entre-bastidores donde se preparaban los pactos y las tomas de posición de las facciones concretas, antes de traducirse en hechos. Esto es así desde la época de Luis XIV; y en este sentido hay que entender por ejemplo, lo que, en aquellos apuntes de 1736 —publicados más tarde, el año 1787, bajo el título de "Loisirs d'un ministre" (Placeres de un ministro)— D'Argenson dice del gran Condé, tras haber alabado con los acentos más vehementes su atinado talento para la guerra, su instinto para la técnica bélica, su valor y su presencia de ánimo en los combates: "Este héroe en la guerra no era, en la corte y en los negocios, más que un político muy mediocre. Ni siquiera sabía tomar el partido apropiado." El cortesano D'Argenson cuya máxima ambición era convertirse en ministro, al escribir estas notas, no percibe comprensiblemente la coactividad de la imbricación en que se encontraba el príncipe; de todo lo que se le cuenta sobre el príncipe, lo único que entiende es que, si bien se acreditaba en la guerra, no era ducho en las intrigas de la corte. Ello remite una vez más al entrelazamiento de aquello que de ordinario se ha considerado como propio del carácter de los cortesanos, a saber, sus rodeos, equilibrios e integración con la configuración que forman unos con otros. Tal carácter fue cultivado por la lucha de los numerosos grupos yuxtapuestos y opuestos (véase el cap. 3, parte 1, 12, p. 126). Ningún arte bélico podía aprovechar a quien no estaba al mismo tiempo avezado en el arte y la política cortesanos.

Se podría constatar una similar situación conflictiva a la de este hombre y la facción que lo apoyaba, en la mayoría de los otros grupos y corporaciones de la Fronda, si se hiciese un análisis más meticuloso. Característico de toda esta situación llena de múltiples posibles alianzas, en la cual cada quien observaba cuidadosamente a los otros para que no se hiciesen demasiado fuertes, es un pasaje de Aubery citado por Ranke, que dice: "El príncipe se había reservado 'el ser amigo o enemigo de aquél, según su conducta le diera motivo para una u otra cosa'..."

En Ranke, cuya admirable descripción en sus rasgos fundamentales apenas es superada por la más moderna investigación francesa, se puede leer cómo el príncipe adquiere de nuevo el mando supremo, favorecido por nuevos pactos internos simultaneados con alianzas con los españoles, y por la común posición combativa de casi todas las capas en contra de Mazarin; cómo, favorecido por un azar de guerra, asedia con valentía al ejército real en el suburbio de St. Antoine, cómo la burguesía parisina le abre voluntariamente las puertas de la ciudad y cómo, precisamente en el momento en que quiere consolidar su poder, en que otorga a sus amigos y seguidores los puestos directivos[32], se impone en la burguesía de París el miedo ante el poder demasiado grande del príncipe. El de-

[32] Ranke, libro II, cap. 5, p. 108. Introduce de modo característico también aquí lo típico de este proceso: "La gran multitud de los propietarios permite el derrocamiento de un gobierno por el que se siente molestado, sin que por ello participe directamente en la victoria del contrario; tan pronto como éste ha llegado al poder y desarrolla sus propias exigencias necesariamente gravosas, empieza la época del retorno al antiguo orden; de las simpatías que entonces se despiertan, nacen las restauraciones." Sin embargo, esta ley no se ajusta exactamente al caso presente de la Fronda. Hay, como es patente, además otras líneas estructurales quizá esenciales que determinan su curso.

seo de reducir el poder monárquico demasiado fuerte que Mazarin ha hecho particularmente odioso, se sobrecoge de angustia, a la vista del creciente poder del príncipe, por ver en peligro la posición hasta entonces garantizada por la monarquía legítima y los cambios del orden establecido. Hasta que finalmente la burguesía abandona a sus aliados. Entonces se restablece paulatinamente el equilibrio de tensiones entre los grupos sociales del país, bajo el definitivamente asegurado poder del rey legítimo.

Con esto queda comprobada desde cierta perspectiva, en el sentido expuesto más arriba, la estructura de estas luchas y de la configuración cuyas oscilaciones la ponen de manifiesto: grupos y corporaciones se alían entre sí, pero cada uno de ellos teme que los demás adquieran demasiado poder, y se siente amenazado con esta adquisición. Esta división de Francia en capas y grupos, ninguno de los cuales podía obtener a partir de su base social, una clara preponderancia en oportunidades de poder sobre todos los demás, los supeditaba en mayor o menor grado al rey como fundador de la paz social, como el único garante de la tranquilidad y de la relativa seguridad ante las amenazas de los rivales. Si esta tensión entre grupos sociales de aproximadamente la misma fuerza daba al monarca en Francia su más poderosa oportunidad, los crecientes ingresos que afluían de todo el país y el disponer sobre un ejército que él pagaba con la ayuda de estas entradas monetarias y que le aseguraba asimismo directa o indirectamente la afluencia regular de ingresos del grueso de la sociedad, le permitían aprovechar este equilibrio de tensiones y le garantizaban un seguro y amplio campo de acción para su poder.

15. "Luis XIV —dice Ranke— tuvo, como Enrique IV, la fortuna de volver como libertador de un poder ilegítimo que oprimía a todos y no satisfacía a ninguno o a muy pocos."

Pero lo que estaba en juego, no era sólo suerte. Un usurpador del poder, dentro de este campo social, sólo tendría una gran oportunidad, si ya existiera un importante cambio de poder en la relación de las fuerzas sociales y él, a la cabeza de la nueva capa que se había hecho fuerte, digamos, como jefe carismático se hubiese apropiado del poder, o si hubiese sido en dinero y, por tanto, en poder militar tan superior al rey, que no sólo hubiese podido vencer definitivamente al ejército real, sino también romper la resistencia de todos los grupos interesados en el estado de equilibrio existente. Si no sucedía ni esto ni aquello, la probabilidad de que la configuración desarrollada hasta entonces volviese de nuevo más o menos al estado de equilibrio anteriormente alcanzado, era muy grande; el nuevo y recién llegado detentor del poder debía aparecer como ilegítimo, esto es, un detentor del poder que ponía en peligro el estado de equilibrio existente y que, en última instancia, tenía pocas probabilidades de éxito frente al rey legítimo, aunque éste estuviese desacreditado por representantes odiados.

Desde cierta perspectiva, se muestra aquí la importancia sociológica de la legitimidad de un rey en esta configuración de hombres. La sucesión hereditaria del rey padre al rey hijo, como es sabido, fue rechazada frecuentemente como un absurdo, porque en ella regía como principio de selección de los gobernantes no la habilidad sino exclusivamente el origen. Vista sociológicamente, esta manera de escoger al representante del poder en la antigua Francia, todavía muy ampliamente ligada a la tradición, tenía por cierto una función específica. Otorgaba en este campo, con el hábil equilibrio de sus capas elevadas y políticamente activas, una cierta garantía de que el rey estaba interesado en el mantenimiento del orden existente; garantizaba además a cada uno de los grupos dirigentes que el rey no estaba demasiado unilateralmente ligado a los intereses de los respectivos grupos rivales, pues de manera distinta a un usurpador, para llegar al poder, no necesitaba primero, buscando aliados entrar en el combate de los grupos sociales. El origen legítimo de los reyes *los distanciaba igualmente de todos los grupos sociales del país*. En este contexto tampoco es tan importante determinar si efectivamente tal era el caso. Lo decisivo consistía en que la legitimidad de su origen destacase al rey de entre los grupos que vivían en conflicto, en la consciencia de las diversas capas y en su propia consciencia. Puesto que en un campo donde las capas y grupos están más o menos en equilibrio ninguno tolera a un hombre de otro grupo como soberano, pero al mismo tiempo, cuando se trata de capas elevadas[33], tampoco desea la revolución de lo establecido ni prolongados desórdenes, a cada uno de los gru-

[33] "Políticamente activos" fueron en la Francia del *ancien régime*, al menos hasta 1750 y en grado considerable hasta la Revolución, grupos elitistas conservadores, esto es, sobre todo los grupos dirigentes de la pirámide estamentaria burguesa y los de las pirámides de la nobleza y del clero. Queda por investigar si y en qué grado los grupos reformistas, como los de los principales enciclopedistas, tuvieron un influjo en la dirección de los asuntos del Estado.

pos de tal campo le parece, en última instancia, la legitimidad de la ascendencia del rey una garantía de que el soberano que ha llegado al poder en virtud del derecho entonces vigente no está obligado con otros grupos por la exaltación de su escudo ni unilateralmente imbricado con los intereses de éstos. Se puede analizar desde tales puntos de vista la situación de Enrique IV o Luis XIV, así como —a modo de anticipo— la del Regente[34] que se sitúa en el límite de la legitimidad, y se encontrará sobre todo la sucesión aludida de los acontecimientos que se derivan del específico multipolar equilibrio de tensiones de esta configuración. Cuanto más insegura es la legitimidad, cuanto más lejana la relación familiar del nuevo soberano con su predecesor, tanto mayor es la necesidad del gobernante de asegurarse el poder mediante alianzas con grupos parciales concretos, y tanto más importante, por consiguiente, la amenaza de los demás y del equilibrio de tensiones existente en este campo.

Pero al mismo tiempo esta configuración ejercía sobre el rey mismo, una vez que éste había conquistado el poder, una presión en el sentido esperado por los diversos grupos; el rey no debía favorecer demasiado a ningún grupo ni otorgarle un poder demasiado grande respecto de los demás. En efecto, precisamente porque su poder se fundamentaba en el inestable equilibrio entre los grupos que se mantenían recíprocamente en jaque, todo incremento de poder de uno de ellos hubiese puesto en peligro su propio poderío, así como la posición de los grupos restantes y, por consiguiente, la configuración completa de estos grupos. En este sentido, por tanto, los reyes estaban en extremo interesados en la conservación del equilibrio existente de tensiones, inestable y en continuas oscilaciones. Ellos podían estar especialmente ligados a la aristocracia por su origen y mentalidad. Ellos no podían permitirle, por ello, una posición de predominio que hubiese puesto en peligro el equilibrio de tensiones de la sociedad estatal, como tampoco a las corporaciones burguesas, si no querían socavar el fundamento de su propio campo de poder. Debían mantener a la nobleza para conservar el equilibrio de su reino, pero asimismo tenían que distanciarse de ella. Aquí hemos llegado a un punto de suma importancia para entender las relaciones entre el rey y la aristocracia y para

[34] La frase con la que Ranke inicia la descripción de la actividad del duque de Orleans como regente, permite reconocer en seguida la ley estructural arriba expuesta: "Pero el duque alcanzaba la posición suprema no sin concesiones en favor de quienes lo apoyaron con sus resoluciones." Ranke, *Franz. Gesch.*, Leipzig, 1877, t. IV, p. 323.

responder a la pregunta de por qué el rey conservó a la nobleza, y, en consecuencia, también a la cuestión sobre la función de la nobleza en este reino.

16. La idea según la cual las relaciones entre las capas y grupos de un campo social son en general unívocas, y algo totalmente simple que entre ellos predomine el antagonismo, y, por ello, la historia sea historia de luchas de clases, aparece si se la considera más de cerca no ciertamente errónea, pero indudablemente unilateral. Las relaciones ambivalentes entre capas sociales de una y la misma asociación estatal y el hecho de que las capas sociales oscilen entre la dependencia recíproca y el antagonismo son, en todo caso, de manera especial en las configuraciones de numerosas capas, donde la mayoría de los grupos tienen varios frentes, más frecuentes de lo que hasta ahora se ha mostrado. El *ancien régime* estaba lleno de tales relaciones ambivalentes. No se las puede entender sin introducir esta categoría u otra semejante. La posición de la nobleza, de la burguesía políticamente activa y de la *noblesse de robe* respecto del rey eran tan ambivalentes como las relaciones entre la nobleza y la burguesía misma. Forma parte de los problemas más interesantes del *ancien régime* la manera en que, en el transcurso de un peculiar cambio de la burguesía a partir de su ambivalente posición frente a la nobleza, en una determinada situación, se formó finalmente un fracciones de la burguesía una conducta claramente antagónica frente a la nobleza, al rey y a otras fracciones de la burguesía. Pero no era menos ambivalente la posición de los reyes mismos frente a las capas sociales, especialmente frente a la nobleza. A saber, precisamente porque la aristocracia ocupaba una posición social especialmente cercana a los reyes, más que todas las otras capas del pueblo, precisamente porque el rey era siempre un hombre de la nobleza, su distanciamiento de ésta era particularmente difícil e importante y la nobleza constituía asimismo un especial peligro para el rey; cuanto más próximo, en la jerarquía nobiliaria, se encontraba un grupo del rey, tanto más peligroso era para éste. Ya se ha indicado que los *grandseigneurs*, los pares y sobre todo los príncipes de linaje no sólo mostraban, como las fracciones estamentarias de la nobleza y las elites de la pirámide burguesa, a partir de su situación, una tendencia a limitar el poder regio, sino que, entre ellos, descendientes de antiguos grandes vasallos o reyes, y el rey reinante,

existía justamente una latente situación de competencia. Si, por una parte, los reyes pertenecían a la nobleza, se sentían y actuaban como aristócratas y además necesitaban a la nobleza como un elemento integrante de su poder y, por todas estas razones cuidaban de mantenerla, la existencia de ésta implicaba, por otra parte, una amenaza latente para su poderío de la que incesantemente debían defenderse. Esta relación ambivalente del rey frente a la nobleza constituye, por tanto, la base —y da asimismo la clave para comprender— de aquella peculiar forma que tomó la aristocracia cortesana en el *ancien régime*. Como ya se ha dicho, la nobleza provinciana ya no influye como factor político.

17. Ya se ha indicado para qué el rey necesitaba de la nobleza: subjetivamente y de acuerdo con la tradición, como su sociedad y también para su servicio. El hecho de que la aristocracia le prestara los más personales servicios, distanciaba al rey de todos los demás hombres de su reino. Aun las funciones militares y diplomáticas de la nobleza eran finalmente sólo resultados de tales funciones cortesanas. Vistas las cosas objetivamente, el rey tenía necesidad de ella como contrapeso frente a las restantes capas de su reino. La anulación de la aristocracia, la supresión de la distancia que separaba a ésta de la burguesía, el aburguesamiento de la nobleza, habría importado un cambio en el centro de gravedad de esta configuración, un incremento de poder de las capas burguesas y una dependencia de los reyes respecto de éstas, tales que los monarcas, quizá sin captar siempre con absoluta claridad lo que tal equilibrio en su reino significaba para su propia posición social, estaban, sin embargo, muy atentos en mantener las distinciones estamentarias, según les convenía, y, por lo tanto, en que la nobleza se conservase como una capa peculiar, completamente distinta.

Pero si los reyes necesitaban a la nobleza y por ello la mantenían, debían al mismo tiempo conservarla de tal manera que su peligrosidad para el poder real fuera ampliamente neutralizada. Una larga y paulatina evolución había preparado la solución definitiva de esta tarea. En primer lugar, los reyes, con la ayuda de una burocracia burguesa de la monarquía, expulsaron a la nobleza de casi todas las posiciones de la suprema judicatura y la administración. De esta manera, se originó la poderosa capa de la Toga, que se igualaba a la aristocracia en poder efectivo, aunque no en prestigio social. Siguió apareciendo siempre en este proceso la tendencia de los reyes de ocupar todas las posiciones de poder de su dominio con personas sin seguidores ni relaciones, que sólo de ellos dependía. Así la mayoría de la nobleza quedó arrinconada como caballeros y terratenientes. Con la lenta expansión de la economía monetaria y las convulsiones que tal forma de economía trajo consigo sobre todo en el valor del dinero y en la constitución de los ejércitos, esta base se vio sacudida del modo más violento. Tal sacudida fue la principal causante de que una buena parte de la aristocracia se precipitara a la corte y se ligara al rey de una manera nueva. Los reyes pudieron aprovechar esta oportunidad. Este es el único contexto en el que adquiere su sentido la expresión "victoria de la monarquía sobre la nobleza". Desde la perspectiva del resultado final, se tiene razón en afirmar que la lucha entre monarquía y aristocracia quedaba en lo esencial decidida con el resultado de las guerras de religión, y abierto el camino en general para la monarquía "absolutista". Ya se ha mencionado que de ninguna manera es claro que la lucha entre nobleza y monarquía como tal la hayan hecho los partidos combatientes.

Con todo, no carece de importancia para entender la relación entre la aristocracia y el rey en esta monarquía, el hecho de que Enrique IV se abriese el camino para una monarquía absoluta, al frente de un ejército de nobles. Prescindiendo de la supeditación de la nobleza al rey y de los reyes a la nobleza dentro del nuevo orden que se establecía, tampoco la tradición de la vinculación del rey y la nobleza y el *ethos* de esta relación que no hubiesen podido mantenerse sin esa dependencia, pero que, sin embargo, como costumbre tenía asimismo su peso específico, se extinguieron nunca por completo en la Francia del *ancien régime*, sino que a través de Enrique IV, fueron cambiando lentamente de su forma feudal a su manera cortesana. El órgano social que encarnaba las dos funciones de la dependencia y del distanciamiento en el sentido de las nuevas relaciones de poder que se establecieron después de las guerras de religión era la corte, tal como se configuró posteriormente, de una manera definitiva, bajo Luis XIV. Mediante la corte y desde ella, una buena parte de la nobleza fue despojada desde entonces de toda independencia por el rey que la mantuvo en constante dependencia y atendió a sus necesidades.

El doble aspecto de la corte como instrumento a través del cual el rey dominaba al mismo tiempo que proveía a la nobleza como aristocracia, corresponde exactamente al carácter ambivalente de

la relación que vinculaba mutuamente a la nobleza y al rey. Pero la corte no alcanzó de golpe esta doble función, como si se tratase de la ocurrencia genial de un rey concreto; se desarrolló lentamente en esta dirección al mismo tiempo que los cambios de la efectiva posición de poder de la nobleza y de los reyes, hasta que finalmente Luis XIV aprovechó la oportunidad que se le ofrecía, y con plena consciencia perfeccionó la corte como instrumento de su poder que proveía a las necesidades de la nobleza y la dominaba. Podría bastar con poner de relieve, al menos a grandes rasgos, la manera en que la corte se formó en este sentido.

18. Bajo Enrique IV y todavía bajo Luis XIII, los oficios cortesanos tenían, como la mayor parte de los cargos militares, el carácter absolutamente típico de la oficialidad del absolutismo señorial: eran comprables y, por consiguiente, propiedad de su detentor. Esto es válido aun para los puestos de gobernador y de comandante militar en los distritos concretos del reino. El hecho de que los detentores sólo pudieran, en determinados casos, ejercer su oficio con la aprobación del rey, y que, en otros casos, se otorgasen simplemente por el favor del rey, es de suyo evidente. Se mezclaban ambos métodos: la ocupación de cargos por compraventa y por el favor o la gracia del rey. Pero aquél se fue imponiendo poco a poco y, puesto que el grueso de la nobleza no podía de ninguna manera competir con la burguesía en lo que concernía a posesión de dinero, el tercer estado o al menos familias que procedían de éste y que recientemente habían sido ennoblecidas se introdujeron lentamente, pero a ojos vistas, en tales puestos. Sólo las grandes familias aristocráticas del campo tenían, en parte por las dimensiones de sus propiedades rurales, en parte por las pensiones que les pagaba el rey, suficientes ingresos para mantenerse en cierto modo, también en este orden[35]. A este respecto, la tendencia a ayudar a la nobleza en esta situación es indiscutible en Enrique IV, así como en Luis XIII y Richelieu. Todos ellos querían y debían mantener a la nobleza alejada de la esfera política del poder, y conservarla como un factor social.

[35] Con todo, al considerar los movimientos siempre renovados de rebelión de los grandes contra el rey, hasta la época de Luis XIV, no se debe olvidar que su cobertura monetaria y, por consiguiente, su posición respecto del nivel del rey y de la posesión de dinero de las capas burguesas, estaban también en decadencia. Véase Ranke, 7, VII, p. 98, nota 2.

Tras la muerte de su predecesor, Enrique IV estaba al principio por completo supeditado a la nobleza, y en esta situación empezó —también a petición de sus seguidores— por hacer un juramento real, un pacto por escrito donde, entre otras cosas, se decía:

> "Le prometemos servicio y obediencia según el juramento y la promesa que nos ha dado por escrito, y bajo las condiciones de que, en el período de dos meses, Su Majestad entrevistará a los dichos príncipes, duques y pares, oficiales de la Corona y otros súbditos que fueron fieles servidores del difunto rey, y les ordenará reunirse para que juntos tomen los amplios consejo y decisión respecto de los asuntos del reino hasta las determinaciones de dicha Majestad"[36].

Se debe considerar además cómo Enrique IV, tras su proclamación como rey, a punto de conquistar de nuevo su reino, pide a los principales nobles de su patria, Perigord, "de s'assembler et de partir de leurs maisons pour le venir trouver et servir aux occasions qui se présentent par deçà"[37]; cómo convoca a su lado "sa fidèle noblesse de l'Ile de France, Beauce, Champagne et Brie", cómo encarga a sus apoyos urbanos en la Picardie que conduzcan hasta él "ses bonnes et affectionés serviteurs"[38]. Y no obstante fue precisamente él quien dio los últimos y definitivos pasos de aquel proceso que convirtió la manera antigua patriarcal de la relación del rey con la nobleza —la vinculación entre señor feudal y vasallo o compañero de armas— en una vinculación cortesano-absolutista del rey con el cortesano, que adquirió su figura completa posteriormente bajo Luis XIV. En efecto, muy pronto se hace por completo patente aun en él, la conducta necesariamente contradictoria de los reyes y sus representantes en este régimen respecto de la nobleza. Bajo Enrique IV, el sentimiento de vinculación con la aristocracia se entiende aún por sí mismo. El vivía en medio de una sociedad nobiliaria[39]. El lamentaba la situación que amenazaba con la ruina a muchas "bonnes et anciennes familles" e intentaba ayudarlas me-

[36] Citado según Koser, *Die Epoche der absoluten Monarchie in der Geschichte*, p. 263.
[37] Avenel, *Lettres de Henri IV. Collection des documents inédits de l'Histoire de France*, t. IV, p. 403.
[38] N. Avenel citado en De Vaissière, op. cit., p. 217.
[39] "El rey sabe que yo soy tan noble como él mismo", dice un pequeño noble en una novela de la época. De Vaissière, op. cit., p. 198.

diante leyes en su endeudamiento[40]. Hizo todo lo que pudo por reconciliar a quienes antaño le habían ayudado, con el cambio que habían experimentado las cosas por las cuales el jefe de la nobleza protestante se había convertido ahora en rey católico de dicha aristocracia. Pero la lógica inmanente de su situación como rey lo obligó en seguida a reprimir todos los intentos de sublevación por parte de la nobleza que se hundía y con frecuencia se sentía bastante marginada. Respecto de estas intentonas de rebelión fue al principio misericordioso y humano, acordándose de las luchas comunes y reconociendo, por así decirlo, su obligación. No pedía nada más que sus opositores confesasen abiertamente su culpa y si se arrepentían, los perdonaba, los acogía graciosamente, sin hacerles sentir ulteriormente que habían cometido un delito. Pero exigía de un modo implacable la sumisión y la confesión de la culpa. Debía exigirlas. Por ejemplo, el duque de Biron que planeaba una rebelión, el rey lo exhortó primero en una conversación a solas, a confesar abiertamente sus planes de sublevación, prometiéndole cierto perdón si confesaba y se arrepentía. Sin embargo, pese a este renovado recuerdo de los servicios prestados al rey[41], éste es inflexible y permite que el duque sea llevado ante los tribunales y condenado a muerte, cuando se rehúsa a confesar. Pero aunque el rey, en virtud del conflicto entre sus lazos con la nobleza y las exigencias ineludibles de su poder real, encontró la salida de una conducta ciertamente decidida, pero básicamente siempre misericordiosa y reconciliadora, una de cuyas expresiones es también el Edicto de Nantes, fue conducido paulatinamente y de una manera cada vez más determinada por el camino de la monarquía absoluta, en el transcurso de su dominio, por así decirlo por la fuerza de las oportunidades que le habían sido otorgadas. Nunca cumplió su promesa de reunir a los Estados Generales. "Quería, para el manejo de sus asuntos de Estado, que se tuviera absoluta fe en él, y un poco más de la que se había tenido en sus predecesores", dice de él un togado[42].

19. Aunque Enrique IV siguió siendo moderado en todo respecto

[40] Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII, Hist. de Fr.*, IV, p. 3.

[41] Ranke menciona en op. cit. VII, 5, p. 64, entre otros, el dicho de Biron: "Si nosotros no existiéramos, ¿dónde estarías tú?". Véase también Mariéjol, op. cit., p. 43: "Si él había hablado mal —dice Biron de sí mismo—, había, sin embargo, hecho bien".

[42] Etienne Pasquier cit. en Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, París, 1905, p. 30.

de la nobleza y dispuesto a auxiliarla, cuanto lo permitían sus deberes reales, tampoco un rey podía, bien que lo desease, ayudar mucho a la aristocracia en un punto decisivo: su situación económica.

Ya ha sido expuesto lo que significó para la aristocracia la afluencia de nuevos medios monetarios y la creciente comercialización del campo social[43]. Esta evolución implicó para una gran parte de la nobleza la ruina económica, que fue tanto mayor, cuanto que las guerras de religión tuvieron para la aristocracia que se hundía, la misma función que con frecuencia ejercen las guerras civiles respecto de las capas que van arruinándose: les ocultan lo inevitable de su destino. La confusión y los desórdenes, la autoacreditación en los combates, la posibilidad de las campañas de pillaje y la facilidad de la ganancia despertaban en la nobleza la esperanza y la fe de que podría mantener su posición social desde hacía mucho tiempo amenazada y salvarse de la ruina y del empobrecimiento, pues no tenían los afectados ni la menor idea de las convulsiones económicas cuyo remolino los arrastraba de un lado a otro. Los nuevos fenómenos con los que se enfrentaban, los interpretaban todavía en sentido de sus experiencias anteriores, esto es, con sus antiguos instrumentos conceptuales.

En este sentido se nos actualizan los vínculos de la nobleza, cuando oímos cómo interpretaba uno de los afectados[44] esta afluencia inesperada de metales nobles y su significado para la aristocracia:

> "Tant s'en faut que ceste guerre [civile] ait appauvry la France, elle l'a du tout enrichie, d'autant qu'elle descouvrit et mit en évidance une infinité de trésors cachez soubz terre, qui ne servoient de rien, et dans les églises, et les mirent si bien au soleil et convertirent en belles et bonnes monnoyes à si grand' quantité, qu'on vist en France reluyre plus de millions d'or qu'auparavant de millions de livres et d'argent, et paroistre plus de testons neufs, beaux, bons et fins, forgez de ces beaux trésors cachez, qu'auparavant il n'y avoit de douzains...
>
> "Ce n'est pas tout: les riches marchans, les usuriers, les bancquiers et autres raque-deniers jusques aux prebstres, quintenoient leur escus cachez et enfermez dans leurs coffres, n'en eussent pas

[43] Véase antes pp. 177-178.

[44] Brantôme, *Oeuvres complètes*, publicadas por L. Lalanne para la Société de l'Histoire de France, t. IV, pp. 328-330.

faict plaisir ny presté pour un double, sans de gros intérestz et usures excessives ou par achapts et engagemens de terres, biens et maisons à vil prix; de sorte que le gentilhomme, qui, durant les guerres étrangères, s'estoit appauvry et engagé son bien, ou vendu, n'en pouvoit plus et ne sçavoit plus de quel bois se chauffer, car ces marauts usuriers avoient tout rafflé: mais ceste bonne guerre civile les restaura et mit au monde. Si bien que j'ay veu tel gentilhomme, et de bon lieu, qui paradvant marchoit par pays avec deux chevaux et un petit lacquays, il se remonta si bien, qu'on le vist, durant et après la guerre civile, marcher par pays avec six et sept bons chevaux... Et voilà comme la brave noblesse de France se restaura par la grâce, ou la graisse, pour mieux dire, de ceste bonne guerre civile"*.

Pero en realidad, gran parte de la nobleza francesa, a su vuelta de esta "buena" guerra civil, con cuya "grasa" creía haberse restaurado, se encontró de nuevo más o menos apremiada por las deudas y arruinada. La vida era cara[45]. Los acreedores, junto con los ricos comerciantes, los usureros y los banqueros y sobre todo, los hombres de la Toga, presionaban y se apoderaban dondequiera que podían de los bienes de la nobleza y al mismo tiempo, con bastante frecuencia, de los títulos nobiliarios.

Los nobles, sin embargo, que habían conservado sus bienes, se dieron cuenta de repente que sus ingresos ya no bastaban para cubrir los gastos de una vida costosa:

* "Nada menos cierto que esta guerra [civil] hubiese empobrecido a Francia, sino que la había enriquecido, ya que se descubrieron y se hicieron patentes muchísimos tesoros escondidos bajo tierra, donde no servían para nada, así como en las iglesias; y los sacaron a la luz y convirtieron en bellas y buenas monedas en una tan enorme cantidad que se vio en Francia relucir más millones en oro que antes millones de libras y de plata, y aparecer más testones nuevos, bellos, buenos y finos, acuñados de aquellos hermosos tesoros escondidos, de los que antes no había docenas...

"Esto no es todo: los ricos mercaderes, los usureros, los banqueros y demás sanguijuelas, y hasta los presbíteros, que tenían sus escudos guardados y escondidos en sus arcas, y que no los habían disfrutado ni prestado por el doble, sin un gran interés y usura excesiva, ni para compra o empeño de tierras, bienes y haciendas a precio vil; de suerte que el gentilhombre que, durante las guerras extranjeras, había empobrecido y empeñado su patrimonio, o lo había vendido, no pudo ni supo más qué hacer, porque estos pícaros usureros se lo habían llevado todo: pero esta bendita guerra civil los restableció y les dio nuevas oportunidades. Yo he llegado a ver tal gentilhombre de buena cuna, que antes recorría el país con dos caballos y un pequeño servidor, recuperarse de tal manera que se le ha visto, durante y después de la guerra civil, recorrer el país con seis y siete buenas cabalgaduras... Y he aquí cómo la valerosa nobleza de Francia se recuperó por la gracia, o a causa, por mejor decir, de esta buena guerra civil."

[45] Véase entre otros, De Vaissière, *Gentilshommes Campagnards* (Gentileshombres rurales), Perrin, París, 1925, pp. 220 y ss.

"Les seigneurs qui avaient cédé des terres à leurs paysans, contre des redevances en espèces, continuaient à percevoir le même revenu, mais qui n'avait plus la même valeur. Ce qui coûtait cinq sols au temps passé en coûtait vingt au temps d'Henri III. Les nobles s'appauvrissaient sans le savoir"[46] *.

Como suele suceder con una capa elevada que se arruina, no se trata aquí simplemente de una carencia de medios monetarios, sino de una reducción de la cobertura monetaria en relación con la pretensión social y las necesidades sociales:

"Si les nobles, qui ont perdu leurs revenus et qui sont incroyablement grevés de dettes, voulaient user de prudence et de bon gouvernement, nul doute qu'avec la facilité de vie qu'ils ont, ils ne puissent espérer rétablir leurs affaires, sinon complètement, en grande partie pour le moins, car demeurant ordinairement en leurs domaines, ils y pourraient vivre sans avoir, pour ainsi dire, à mettre la main à la bourse. Il n'en est aucuns, en effet, qui n'aient là du bois pour se chauffer, des champs pour récolter du blé et du vin, des jardin pour les fruits, avec des belles avenues couverts de verts feuillages pour se promener, des garennes pour les lièvres et les lapins, la campagne pour la chasse, des colombiers pour les pigeons, une basse-cour pour la volaille, etc."[47] **.

En otras palabras, si los nobles se hubiesen decidido a vivir de los productos naturales y a renunciar al dinero y a todo lo que sólo se puede adquirir con éste, si se hubiesen contentado con convertirse en una especie de campesinos mejores, podrían entonces —al

[46] Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, p. 2.

nas), apéndice, p. 99; citado en De Vaissière, *Gentilshommes Campagnards*, p. 226.

* "Los señores que habían cedido tierras a los aldeanos, recibiendo los arrendamientos en especies, continuaban percibiendo la misma renta, pero ya sin el mismo valor. Lo que en otros tiempos costaba cinco sueldos, costaba veinte en tiempo de Enrique III. Los nobles se empobrecían sin enterarse."

[47] Relato de Pietro Duodo (1598) en Alberi, *Relazioni Venete* (Relaciones venecia-

** "Si los nobles, que han perdido sus rentas y se encuentran increíblemente ahogados por las deudas, se decidieran a usar de la prudencia y buena administración, no hay duda que con la vida fácil que llevan podrían reponer el menoscabo de sus negocios, si no por completo al menos en una gran parte, ya que al residir de manera habitual en sus dominios podrían vivir, por así decirlo, sin tener que recurrir a su bolsa. No hay ninguno de ellos, en efecto, que no tenga allí leña para calentarse, campos con trigo y viñedos, huertos de árboles frutales con bellos paseos cubiertos de enramadas donde poder pasear, vedados con liebres y conejos, la campiña para cazar, palomares para los pichones, un corral para las aves, etc."

parecer del embajador veneciano Duodo, autor del relato citado— vivir muy bien.

Pero precisamente porque muchos nobles no querían esto, porque luchaban por conservar su existencia como nobles, se precipitaban a la corte, se entregaban a la directa dependencia del rey. Así pues, de esta manera se decidió aquello que, desde ciertos puntos de vista, se llama con razón la lucha entre monarquía y nobleza. Los eslabones de la cadena que sujeta a la nobleza se engarzan unos en otros: los nobles se empobrecen porque, en virtud de cierta tradición estamentaria y de la correspondiente opinión social, les es exigido vivir de rentas y no ejercer ningún trabajo profesional, para conservar su existencia social y su prestigio; en consecuencia, no pueden, en el proceso de devaluación del dinero, adaptarse a las exigencias que corresponden al tren de vida de las capas burguesas profesionales; los nobles, o más exactamente, la mayoría de ellos, están ante la alternativa de llevar una vida similar a la de los campesinos, que en todo caso, era una vida muy feliz que no tiene en absoluto nada que ver ya con su reivindicación de valía aristocrática, o de trasladarse a la prisión de la corte y con ello conservar su prestigio social sobre una nueva base. Algunos tuvieron éxito en esta empresa, otros no. La reestructuración de la nobleza, su constitución basada en el distanciamiento cortesano que ya, bajo Francisco I, aparece claramente en primer plano, no se realiza de un solo golpe; todavía, bajo Enrique IV, no está concluida, pues esta afluencia de la nobleza no cortesana, esto es, provinciana y rural, a la corte y el intento de promocionarse desde la despreciada nobleza rural a los círculos de la sociedad cortesana no desaparece nunca durante el *ancien régime;* simplemente se hace cada vez más dificultoso el ascenso de aquélla a estos grupos.

La corte de economía monetaria constituye en cierto modo, dado que su transformación a partir de la antigua de economía natural apenas se está haciendo, el receptáculo donde desembocan ciertas corrientes sociales. Cuanto más se llena este receptáculo, tanto menor número de hombres pueden ser traslados por estas corrientes tanto de la reserva de la nobleza rural-provinciana, como de la burguesa. Cambia así, dentro de la circulación social que aquí se forma y cuyo órgano de supremo rango es la corte, de un modo paulatino y tras muchas oscilaciones, toda la relación de tensiones hasta que, al final, el sistema completo resulta desgarrado por sus presiones internas.

20. Es verdad que al principio todavía no forma parte de la política consciente del rey favorecer con toda energía la permanente estancia en la corte de la nobleza alta y baja, por cuanto ésta pretende el favor del rey. Es cierto que Enrique IV todavía no disponía de los medios necesarios para financiar un aparato cortesano tan poderoso ni para otorgar cargos cortesanos, gracias y pensiones en el mismo grado que Luis XIV, posteriormente. Ni se lanzó en absoluto como éste, tan conscientemente a hacer de la corte una formación nobiliaria y un lugar de manutención para la nobleza. La configuración se encuentra todavía en un movimiento vivo. Familias nobles se arruinan, mientras las burguesas ascienden. Los estamentos siguen existiendo, pero hay una gran fluctuación entre ellos; los muros que los separan están llenos de hendiduras. Habilidad o torpeza, suerte o desgracia personales determinan en esta época las oportunidades de una familia con frecuencia tanto como su pertenencia original a uno u otro grupo social.

Poco a poco se hicieron más angostas ulteriormente las vías de acceso que de fuera, de las capas no cortesanas, conducían a la sociedad cortesana. Lentamente se transformó la corte real y la sociedad cortesana en una formación social cuyos usos y costumbres ostensiblemente contrastaban con los de todas las formaciones no cortesanas, hasta en la manera de hablar, de vestir y aun en los movimientos del cuerpo al caminar y en los gestos habituales en la conversación. Se hizo más difícil que antes para los hombres que no habían crecido en el ambiente de la corte o no habían alcanzado un acceso temprano a los círculos de trato cortesanos conformar en sí los rasgos de carácter personal mediante los cuales los aristócratas de la corte se distinguían de los nobles y burgueses no cortesanos, y se reconocían recíprocamente entre ellos.

Con el creciente desarrollo de la corte real francesa en una social formación elitista de contornos acusados, creció como accesorio obvio de una peculiar existencia social en auge, simultáneamente, una cultura peculiar de la sociedad cortesana. Ya en la Edad Media se habían dado formas previas de esta elitista cultura cortesana del gesto, del hablar, de amor y del gusto —por sólo mencionar estos aspectos—, y no sólo en las cortes reales, sino, y de modo muy particular, en las cortes de los señores territoriales. Si uno se tomase el trabajo, podría rastrear con toda exactitud la manera como lo que puede denominarse "cultura cortesana" se va desarrollando paulatinamente como aspecto de la evolución de la sociedad

cortesana, como una formación elitista que se destaca claramente del campo social global. Tal investigación podría contribuir mucho a volver a relacionar el concepto de "cultura" —que hoy en día se emplea con frecuencia como si designase un fenómeno autónomo, independiente de los hombres, caído del cielo— con el desarrollo social de las asociaciones humanas, sólo dentro de las cuales se puede estudiar y explicar efectivamente los fenómenos culturales o, usando otro término, las tradiciones sociales. La cultura cortesana se convirtió poco a poco, los siglos XVI y XVII, en la cultura determinante de muchos países, porque la sociedad cortesana llegó a ser, especialmente en Francia, en el proceso de la creciente centralización del sistema estatal, la elitista formación social dominante del país. El proceso de segregación y separación de la sociedad cortesana se había consumado en cierto modo, bajo Luis XIV. Durante su reinado, se redujeron considerablemente las oportunidades de acceso tanto para los burgueses como para los nobles provincianos; pero tampoco en esta época, se acabaron por completo.

Muy poco a poco quedó constituido el carácter de la corte como una organización para subvenir a las necesidades de la nobleza, y como instrumento de poder del rey frente a la aristocracia. Ello sucedió después de que los grupos participantes habían puesto a prueba sin interrupción, en numerosos conflictos manifiestos y latentes, la relativa fuerza de sus respectivas dependencias, así como de sus oportunidades de poder. Luis XIV, desde la fuerza de su posición de poder, fue finalmente quien resultó el único beneficiado y se aprovechó ciertamente con gran energía y decisión de las oportunidades que se le presentaban en este campo. Quizá pueda uno entender mejor estas oportunidades, si se lee una petición que, bajo el título de ***Requestes et articles pour le rétablissement de la Noblesse,*** dirigió la aristocracia, el 10 de febrero de 1627, al predecesor de Luis XIV[48].

Se dice allí en primer lugar que, después de la ayuda de Dios y la espada de Enrique IV, es a la nobleza a la que hay que agradecer la obtención de esta Corona, en una época en que la mayoría de las otras capas se hubiesen dejado arrastrar a la rebelión; que, sin embargo, la nobleza

[48] Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII,* p. 390.

"elle est au plus pitoyable état qu'elle fut jamais... la pauvreté l'accable... l'oisiveté la rend vicieuse... l'oppression l'a presque réduite au désespoir"*.

Se alude después explícitamente entre las razones de esta situación a la desconfianza que algunos de este estamento, por su arrogancia y ambiciones, habían inspirado al rey; por ello, finalmente, los reyes habrían llegado a la convicción de que era necesario disminuir su poder, elevando al tercer estado y excluyéndolos de los cargos y dignidades de los que tal vez habían abusado, de tal suerte que desde entonces los nobles se habrían visto despojados de la administración de justicia y de los impuestos y expulsados de los consejos del rey.

Se interpreta aquí también claramente que el enfrentar un estamento contra otro y las oscilaciones en el equilibrio de tensiones entre los estamentos es la política tradicional de los reyes.

Sin embargo, la nobleza pide en seguida, en 22 artículos, entre otras cosas lo siguiente: además de los cargos de mando militar de los particulares ***gouvernements*** del Reino, deben dejar de ser venales, ante todo, los cargos militares y civiles de la Casa real —por lo tanto, propiamente el armazón de lo que más tarde convirtió a la corte en un aparato de aprovisionamiento para la nobleza—; deben seguir siendo exclusivos de la aristocracia. De esta manera, lo que aquí aparece primero como *solicitud de la nobleza, lo consumó* Luis XIV posteriormente: atendió a las necesidades de la aristocracia, en efecto, pero la dominó también. Reservó para ella los cargos cortesanos y los distribuyó personalmente según su graciosa voluntad y, dado que representaban indudablemente, como todos los demás cargos, una propiedad, debían por supuesto ser pagados al pasar de una familia a otra.

Pero la nobleza pedía en estos 22 artículos también otras cosas. Deseaban tener cierta influencia en la administración de las provincias y el acceso de algunos nobles, particularmente aptos, a los Parlamentos, al menos con voz deliberativa y sin remuneración. Solicitaban que de sus filas saliese una tercera parte de los miembros de los consejos de finanzas y de otros instrumentos del poder real. Sin embargo, de éstas y otras peticiones de la nobleza, aparte algunas de escasa monta, sólo fue concedida, en lo esencial, poste-

* "se encuentra en el estado más lastimoso que jamás estuviera... la pobreza la abruma... el ocio la vuelve viciosa... la opresión casi la ha conducido a la desesperación".

riormente la primera mencionada: los cargos cortesanos quedaron reservados para los nobles. Todas las otras exigencias de la aristocracia, por cuanto en algún grado aunque fuera modesto, pretendían una participación de la misma en el poder o en la administración, permanecieron incumplidas hasta la muerte de Luis XIV.

21. Otra vez tenemos aquí una imagen clara de la alteración del equilibrio que en Francia condujo a la manera cortesana de mantener a partes de la nobleza. El tipo opuesto que quizá se presenta a los alemanes como el único evidente y adecuado, es la solución prusiana de este problema.

> "Frédéric II —dice Taine[49]— s'étant fait expliquer cette étiquette, disait que s'il était roi de France, son premier édit serait pour faire un autre roi qui tiendrait la cour à sa place; en effet, à ces désoeuvrés qui saluent, il faut un désoeuvré qu'il saluent. Il n'y aurait qu'un moyen de dégager le monarque: ce serait de refondre la noblesse française et de la transformer, d'après le modèle prussien, *en un régiment laborieux de fonctionnaires utiles*"*.

Hacer de la nobleza un regimiento diligente de funcionarios útiles es, de hecho, el exacto antitipo de la forma de la aristocracia a cuyo mantenimiento contribuyó de manera tan decisiva la conducta tradicional de los reyes franceses.

Plantear la pregunta de por qué en Prusia hubo una evolución en este sentido y en Francia, en otro, significa asimismo poner sobre el tapete de la discusión de un modo general el problema de la diversidad de estos desarrollos nacionales. Se podría mostrar la importancia que tuvo para la conformación de Prusia, el hecho de que aquí la corte moderna bajo el primer rey prusiano debió ser creada de nuevo más o menos según modelos extranjeros, mientras que, en Francia, creciendo paulatinamente a través de siglos, adquirió una forma tradicional determinada que requirió sólo remodelaciones, pero nunca propiamente ser "creada". Se podría también poner de manifiesto lo que para la relación de la nobleza

[49] Véase Taine, *Les Origines*, t. II, libro 4, cap. 3, II, p. 170.

* "Federico II —dice Taine—, habiéndose hecho explicar este ceremonial, decía que si él fuese rey de Francia su primera medida sería nombrar en su lugar otro rey en la corte; en efecto, para estos desocupados que aclaman, es necesario un desocupado a quien aclamar. No habría sino un medio para redimir al monarca, que consistiría en volver a fundir a la nobleza francesa y transformarla, según el modelo prusiano, *en un laborioso regimiento de funcionarios útiles.*"

con la monarquía en Prusia importó la carencia de una formación común en el sentido de una mentalidad cortesana y la vinculación tradicional del rey y la aristocracia sobre la base de esta mentalidad. El relativamente escaso desarrollo de la burguesía urbana dio otro carácter al equilibrio de tensiones de la sociedad estatal prusiana. En este contexto sólo se puede mencionar brevemente uno de los múltiples problemas que plantea la diferencia evolutiva de estas dos configuraciones, puesto que se relaciona directamente con la cuestión acerca de la formación de la corte en Francia. En Alemania, ya desde el tiempo de la Reforma, se establece abiertamente en los círculos nobiliarios cierta tendencia al estudio jurídico y a la carrera de cargos[50]. Por el contrario, en Francia, la nobleza era y siguió siendo, de acuerdo con la tradición, un estamento guerrero que no trabajaba y cuyos miembros en general sólo ingresaban en la universidad, cuando intentaban hacerse eclesiásticos. En toda la historia moderna de Francia apenas se topa uno casi nunca con nombres de juristas nobles, esto es, que pertenezcan a la nobleza de espada[51]. Sólo se puede aquí indicar de paso que las diferencias entre la manera en que se formaban y reclutaban las intelectualidades alemana y francesa están en relación estrecha con

[50] Véase por ejemplo Ad. Stölzel, *Die Entwicklung des gelehrten Richtertums in deutschen Territorien* (El desarrollo de los jueces cultivados en los territorios alemanes), Stuttgart, 1872, p. 600: "La gran mayoría de los jueces cultivados de los siglos XVI y XVII pertenecía, en lo esencial, a las familias del concejo de las ciudades hesienses, tanto importantes como pequeñas; siguieron estando reservados a la nobleza los puestos estatales más elevados; para alcanzarlos, se incrementó considerablemente desde la época de la Reforma el número de los estudiantes hesienses procedentes del estamento nobiliario." Se podría aducir toda una serie de pruebas documentales de que la burocratización de la nobleza, en general como una salida para los hijos más jóvenes, empieza en Alemania bastante pronto. Las razones de tal desarrollo constituyen, no obstante, un problema todavía no resuelto que hasta hoy ha recibido quizá muy poca atención, a pesar de su gran importancia para la evolución de los caracteres nacionales alemán y francés y para la comprensión de este desarrollo. En el estado actual de la investigación, sólo se puede hacer conjeturas acerca de las razones por las cuales la nobleza alemana, al menos en parte, asistió a la universidad y concilió esto manifiesta y absolutamente con su honor estamentario, mientras que en Francia esto no sucedió en absoluto. Se debía ante todo investigar con mayor precisión si este uso se limitó a la nobleza protestante o si también se encuentra en países católicos.

[51] Véase asimismo Brantôme, *Biographische Fragmente*, Jena, 1797, *Allg. Samml. Hist. Mem.*, sec. II, t. 13, p. 159: "El rey Francisco designaba también a diversos eclesiásticos como miembros de su consejo secreto; a ello le obligaba ante todo la circunstancia de que los nobles de su reino, al menos los hijos más jóvenes (esto es, los únicos a quienes era posible estudiar), no estudiaban y no aprendían lo suficiente como para poder ser utilizados y empleados en sus cortes parlamentarias y en el pequeño o grande consejo de Estado."

este hecho. En Alemania, la universidad se convirtió en un decisivo instrumento de formación, mientras que en Francia, la universidad del *ancien régime* apenas tuvo un contacto vivo con la sociedad que propiamente creaba la cultura, esto es, la sociedad cortesana. En Alemania, la intelectualidad fue ampliamente de académicos o, en todo caso, de hombres que habían asistido a la universidad; en Francia, en cambio, el aparato de selección de la intelectualidad no lo constituía la universidad sino la sociedad cortesana, el *monde*, en sentido amplio o estricto. En Alemania, finalmente, pese a todas las relaciones sociales entre los miembros de la intelectualidad, el libro constituyó sin duda, si no el medio de comunicación primario entre los hombres, sí un medio particularmente importante; en Francia, por el contrario, aunque se amara los libros, como forma de comunicación entre las personas, la conversación ocupaba no obstante el primer lugar. Tales son algunos de los fenómenos que directamente se relacionan con la posición especial de la universidad en Alemania y con la separación, en Francia, de universidad y cultura cortesana.

22. No sólo es diferente la forma de la nobleza en Francia y en Alemania, o dicho con mayor exactitud, en Prusia, sino también la de la burocracia. Ambos hechos están íntimamente conectados; no se puede entender uno sin el otro. Aun para la formación de la corte como lugar de aprovisionamiento de la nobleza, esta relación no deja de tener importancia. Podemos referirnos a ella brevemente. La institución de la venta de cargos es característica de la burocracia del *ancien régime*. Sin que importe el modo como se originó, fue, en todo caso, en el curso del siglo XVI, con ciertas oscilaciones, perfeccionándose cada vez más, y, en la época de Enrique IV, apenas se la podía eliminar, sin que se produjese una fuerte convulsión de todas las relaciones sociales. La monarquía cortesana del *ancien régime* estaba indisolublemente unida con la estructura global de esta institución.

La cuestión acerca de si la venta de cargos, comparada con nuestras valoraciones, propias de un grado ulterior de evolución, era "buena" o "mala" no sólo es irrelevante, sino que está incorrectamente planteada. En efecto, las valoraciones del actual *ethos* burocrático dominante proceden, tal como la forma presente de la burocracia misma, de formas anteriores, entre otras, las valoraciones ligadas con la venta de cargos. La legitimación de la venta de cargos que Enrique IV realizó, tuvo en su día razones financieras muy determinadas. La venta de cargos significa para el rey una importante fuente de ingresos. Pero además la legitimación fue emprendida expresamente para arrebatar a la nobleza de un modo definitivo todo influjo en la ocupación de los cargos y para imposibilitar toda clase de patronazgo feudal de los mismos. Así pues, también esta institución tuvo en cierto aspecto el sentido de un instrumento de la lucha de los reyes contra la nobleza, sobre todo contra la alta.

Hubiera sido simplemente absurdo y contrario a todas las exigencias de la política regia el introducir a la nobleza en esta institución de los cargos venales, que acababa de legitimar definitivamente Enrique IV y que había sido confundada por las tensiones entre el rey y la aristocracia. Hubiera sido además completamente imposible, pues sólo la supresión de la venalidad, por la que de hecho también la nobleza había luchado con bastante frecuencia y, por consiguiente, el cambio del sistema global hubiesen podido abrir de nuevo al grueso de la aristocracia, que sólo disponía de escasos medios, el acceso a los cargos de la administración, la tributación y la justicia. Tal cambio hubiese estado ligado con extraordinarios gastos, pues el rey, a menos que emprendiese una forzosa expropiación de la propiedad, hubiese debido devolver las sumas pagadas por la compra, o bien la fuerza de la rica burguesía, cuya propiedad estaba constituida por los cargos, hubiese quedado paralizada de modo decisivo. Además los reyes no tenían ningún interés en absoluto en tomar tales medidas. Aparte el hecho de que la venalidad de los cargos constituía para ellos una fuente de ingresos imprescindible, la supresión de esta institución hubiese introducido un importante trastorno del equilibrio social en su Estado.

Todo intento de dar marcha atrás en la venalidad de los cargos, fracasó durante todo el *ancien régime*, en parte por razones financieras, y en parte por la exasperada resistencia de los propietarios. Más aún puede por cierto afirmarse que en la época decisiva de la nueva constitución de la nobleza francesa, nadie ponderó seriamente que la solución del problema de la aristocracia fuera la burocratización de la misma. Tal solución estaba fuera del ámbito de lo razonable y posible en este campo social y de lo que deseaban los diversos centros de intereses: la Toga, la nobleza de espada y la monarquía. La solicitud arriba mencionada de la nobleza, el año 1627, que tiene en cuenta todos los posibles caminos para proveer

a las necesidades de la aristocracia y mantenerla, ni siquiera alude a esta posibilidad. La nobleza misma, como queda dicho, sólo pide que se admita a cierto número de nobles en los tribunales supremos y en los parlamentos y, por cierto, sin retribución, esto es, no en el sentido de una sinecura, sino en el de ocupar una posición de poder.

23. Lo que siguió siendo la base para la manutención de la nobleza, aparte los feudos, pensiones y regalos del rey, fueron en primer término los cargos cortesanos, así como los cortesano-diplomáticos y militares. Por lo tanto, la solicitud de la nobleza de que se le reservaran cargos para los nobles, tuvo, en efecto, éxito sólo cuando se trataba de cargos de este tipo. Pero esto empezó a ser válido apenas bajo Luis XIV. Bajo Luis XIII y Richelieu, en cuya época se presentó la citada petición de la nobleza, las cosas no llegaron tan lejos. El equilibrio entre los grupos principales todavía no se había establecido firmemente para beneficio óptimo de la posición regia. Los grandes del Reino, que, en parte encabezaban el movimiento hugonote, seguían constituyendo un peligro para el ilimitado poder real.

Cuando se intenta dar cuenta de la configuración de la corte y del nivel de las tensiones sociales en las cuales aquélla se iba lentamente formando, del nivel de los conflictos entre la monarquía y sus representantes, por una parte, y, por otra, la nobleza empujada por el ascendente tercer estado, durante la regencia de Richelieu, se ve lo siguiente:

Las representaciones estamentarias de la nobleza y, por consiguiente, la mayoría de este estamento apenas conservaban una importancia autónoma como factores políticos en la lucha contra la monarquía. Los Estados Generales de 1614 muestran por primera vez con absoluta claridad cuán fuerte y exigente se había hecho entre tanto el tercer estado, y que la nobleza estamentaria, obligaba a defenderse de la burguesía, necesitaba ya demasiado al rey como apoyo y árbitro, como para poder hacer un frente contra las exigencias de éste.

En cambio, los grupos nobiliarios más próximos al rey —la alta nobleza—, en especial los príncipes de linaje, los duques y pares de Francia, gozaban todavía, como contrincantes del rey, de un considerable poder. Es bastante claro tanto el fundamento como la fuente de tal poder: se basa principalmente en su función de gobernadores, de comandantes militares supremos de sus provincias y plazas fuertes. Después de que paulatinamente la aristocracia fue marginada de todos los demás aparatos de poder, siguió conservando esta última autónoma posición de poder.

Se añadía a esto el hecho de que el rey y también Richelieu eran al principio relativamente considerados con los miembros más próximos de la Casa real, sobre todo, con la madre y el hermano del rey. Era necesaria manifiestamente la experiencia siempre renovada de la amenaza al rey y al poder real que éstos debían esperar de una intromisión y participación de los más próximos parientes del rey en los asuntos del gobierno, así como la derrota previa de todas estas agitaciones, para conducir en esta dirección a Luis XIV, quien desde el principio llevó a cabo consciente y rigurosamente una política para marginar a sus parientes próximos y para, seguro de sus objetivos, centralizar todas las decisiones en su mano. Ello constituía un significativo paso en el desarrollo de la fase dinástica[52] de la formación del Estado. Bajo Luis XIII y Richelieu, todavía encontraban las sublevaciones de la nobleza contra la monarquía su centro y su apoyo en esta relativamente intacta posición de poder militar que tenía hombres y mujeres de la alta nobleza. Gracias a ella, las facciones de la corte que, en última instancia, existieron siempre, pero que sin tales posiciones de poder y centro debían quedarse en camarillas más o menos insignificantes y que, por supuesto, no podían constituir ningún peligro para el rey, poseyeron al principio una fuerza social que no hay que subestimar.

Es muy característico el hecho de que el hermano de Luis XIII, Gaston, duque de Orleans, como algunos hermanos enemigos de reyes anteriores, cuando se decidió a encabezar la facción contraria al cardenal y después de haber roto clara y abiertamente con éste, abandonó París en seguida y se marchó a Orleans para llevar a cabo, desde una fuerte posición militar, la lucha contra Richelieu y el rey.

[52] De las formas tempranas de los Estados dinásticos, que, por ejemplo en Africa, todavía se encuentran aun hoy en parte, hasta estas formas tardías, hay una línea de desarrollo profusamente ramificada, pero, no obstante, bastante clara en su dirección. En las formas primitivas, pese a la respectiva plenitud de poder del autócrata, toda la "Casa" de éste, su familia y sobre todo, con bastante frecuencia, su madre, tiene un influjo, regulado de ordinario por la tradición, determinante sobre ciertos asuntos del gobierno. En especial, la elección de un sucesor está habitualmente en manos de la dinastía.

De modo similar, ya antes se había formado una facción en torno al bastardo de Enrique IV, hermano natural del rey, el duque de Vendôme. El punto de apoyo en este caso fue Bretaña. El duque era gobernador de esta provincia y creía poseer, en virtud de un matrimonio, un derecho hereditario sobre ella.

Así pues, bajo Luis XIII, perduraban todavía en la alta nobleza las antiguas reivindicaciones de poder de los grandes vasallos de la Corona. El particularismo provinciano juntamente con una centralización militar bastante amplia y una relativamente extensa autonomía de los mandos militares en las provincias, otorgaba su base real a tales reivindicaciones. La misma estructura queda de manifiesto en todos los conflictos y luchas entre el representante del rey, Richelieu, y la alta nobleza. A veces, la resistencia venía del gobernador de Provenza, a veces del de Languedoc, el duque de Montmorency. Una similar posición de poder fue asimismo la base de la oposición de la aristocracia hugonote. Por cuanto el ejército del país todavía no estaba definitivamente centralizado, por cuanto los gobernadores de las provincias podían considerar sus puestos comprados y pagados como propiedad, por cuanto los comandantes de las fortalezas y los capitanes de las plazas fuertes gozaban todavía de una autonomía bastante amplia, la alta nobleza había al menos mantenido su última posición de poder que le permitía de nuevo oponerse al poder ilimitado del rey.

No es por cierto ninguna casualidad que la asamblea de notables de 1627, elegida al gusto de Richelieu, exigiera ante todo que ya no fuese dejada ninguna fortaleza en manos de los "Grandes"; que todas las fortalezas que no fuesen directamente necesarias para la defensa del país, se demoliesen; que a nadie se le permitiese, sin autorización de la Corona, poseer cañones o mandarlos forjar. Tampoco fue casual que dicha asamblea aprobase sin resistencia, después de algunas discusiones sobre la forma de procurarse el dinero y sobre la suma con la que cada provincia debía contribuir, los gastos de un ejército permanente de cerca de 20 000 hombres, que debía explícitamente, a más de sus deberes frente al enemigo extranjero, servír también a la seguridad de la paz pública y a la consolidación del prestigio del rey. De esta manera Richelieu conducía el combate contra la última posición de poder de la alta nobleza. Los que se opusieron murieron derrotados: parte, en la cárcel; parte, en la batalla; parte en el exilio; aun a la madre del rey dejó Richelieu morir en el extranjero. El poder de la alta nobleza permitía pues, todavía una resistencia contra la monarquía; pero puesto que una personalidad decidida se había hecho cargo de las tareas de la monarquía, el poder de los grandes, que fácilmente se enemistaban y constantemente rivalizaban entre sí, ya no bastaba para alcanzar la victoria sobre el rey. Aunque Richelieu nunca cumplió con su plan de cambiar, cada tres años, a los gobernadores, comandantes militares de las provincias, mantuvo[53], en todo caso, entre ellos una estricta disciplina y los revocaba según su arbitrio. Esto ya era suficiente humillación para ellos.

En un pasaje de sus Memorias, Richelieu dice explícitamente[54]:

> "De croire que pour être fils ou frère du Roi ou prince de son sang, ils puissent impunément troubler le Royaume, c'est se tromper. Il est bien plus raisonnable d'assurer le Royaume et la Royauté que d'avoir égard à leurs qualités qui donneroient impunité"*.

De este modo, subordinaba la *qualité* de la nobleza a las necesidades del poder real. Este nivel de la distribución de poder entre nobleza y monarquía determina asimismo la forma que la corte tomó bajo Luis XIII. Creció poderosamente por la afluencia de la nobleza desenraizada; constituyó posteriormente, ya en la época de Enrique IV, una especie de crisol donde los burgueses en ascenso que se habían elevado principalmente gracias a la venalidad de los cargos cortesanos, los nobles de nuevo cuño, en especial del estrato de la Toga, entraron en contacto con la antigua nobleza y en parte, se mezclaron por matrimonios[55]. La corte no se convierte todavía en el permanente domicilio de los grandes del país y, por consiguiente, en el exclusivo centro social de Francia. Pero la espontánea vida caballeresca que otorgaba al varón noble su residencia rural, su sólida patria y la peregrinación de los campamentos guerreros, y a la mujer noble al menos un espacio para actuar, es, para muchos nobles, cosa del pasado.

[53] Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII*, p. 363.

[54] *Mémoires de Richelieu,* VII, p. 177, citado en Ranke, op. cit., p. 293.

* "Creer que por ser hijo o hermano del Rey, o príncipe de sangre, podían perturbar impunemente el Reino, es engañarse. Es mucho más razonable asegurar el Reino y la Realeza que tomar en consideración sus cualidades, que pudieran concederles la impunidad."

[55] "Los nobles se casan, pero lo detestan", véase Mariéjol, op. cit., p. 161.

24. Para una parte de la aristocracia desde entonces se redujo no sólo su base material, sino también su espacio de acción y su horizonte de vida; quedó limitada a un más o menos estrecho irla pasando en su residencia rural. La compensación de la estructura que daba el campamento y el cambio de lugar en la guerra, fue al menos en parte eliminada. Y les siguieron estando vedados el desarrollo y la amplia perspectiva que de entonces en adelante sólo podía conceder la vida cortesana, principalmente a través del prestigio.

Otros encontraron en la corte real y, por lo tanto, en la ciudad de París, una nueva patria más inestable, o, de momento, en las cortes de alguno de los grandes del país. Pero también para éstos, como para los reyes, sus residencias rurales sólo fueron en adelante meras dependencias de un *hôtel* o corte, situados en la ciudad capital de su respectivo distrito. Por lo demás, también ellos vivían, a no ser que estuviesen expulsados o en desgracia, al menos de tiempo en tiempo, en la corte real, aunque ésta todavía no se convirtiera en su domicilio permanente. La sociedad bajo Luis XIII ya era cortesana y estaba caracterizada por la importancia de las mujeres a las cuales los hombres, despojados ampliamente de sus funciones caballerescas, aventajaban ahora socialmente bastante menos; con todo, se trataba todavía de una sociedad cortesana bastante descentralizada. El tren de vida caballeresco y su *ethos* específico no había todavía desaparecido del todo, pero tales conducta y *ethos,* que alguna vez habían sido ajustados a la realidad y fuente de toda fama y éxito para la nobleza de espada, se habían ahora, en esta situación modificada, de un modo paulatino, alejado de la realidad y condenaban cada vez más al fracaso a sus portadores.

Nadie podrá dejar de percibir lo trágico de esta desfuncionalización, que consiste en el hecho de que hombres cuya existencia y autoconsciencia están ligadas a una conducta tradicional determinada que llevó a sus padres y quizá también a ellos mismos en su juventud al éxito y a una autoafirmación suficiente, se vean, con el mismo comportamiento, condenados ahora al fracaso y a la decadencia, en un mundo que se ha transformado en virtud de causas ininteligibles. Una escena que Ranke describe, pinta un cuadro tan gráfico de este destino de los últimos representantes nobles de la tradición caballeresca, que conviene recordar aquí: el duque de Montmorency, hijo de un hombre que había contribuido de un modo sustancial a la victoria de Enrique IV, se había rebelado. Era de una índole principesca y caballeresca, generoso y brillante, valiente y ambicioso. Servía también al rey, pero no entendía que el poder y el derecho a reinar sólo perteneciera al rey, o dicho con mayor exactitud, a Richelieu. Por ello se rebeló. Se oponía a él el mariscal del rey Schomberg, en una posición que no era muy favorable, pero Ranke lo dice así:

> "Ello era una ventaja a la que Montmorency atendía poco; en cuanto veía un destacamento enemigo, proponía a sus amigos atacarlo sin tardanza, pues para él la guerra era sobre todo una audaz carrera de caballeros. Un avezado compañero, el conde Rieux, le suplicó que esperase hasta que, con un par de cañones que acaban de llegar, el orden de combate del enemigo hubiese sido trastornado. Pero una arrebatada ansia guerrera se había apoderado ya de Montmorency, quien opinaba que no había tiempo que perder, y así el consejero, aunque presintiendo la desgracia, no osó oponerse a la impetuosa voluntad del caballero jefe. 'Señor —gritó— deseo morir a vuestros pies.' A Montmorency se le reconocía por su corcel adornado con maravillosas plumas rojas, azules y negras; era sólo un pequeño ejército de compañeros que con él habían superado todas las dificultades; derribaban todo lo que se les ponía delante; avanzaban de manera fulminante hasta encontrar finalmente el frente auténtico de la formación del enemigo, pero allí recibieron de cerca un rápido fuego de mosquetes; caballos y hombres cayeron heridos y muertos; el conde Rieux y la mayoría sucumbieron; el duque de Montmorency, herido, cayó con su caballo igualmente tocado y fue hecho prisionero"[56].

Richelieu lo presentó a un tribunal de cuya sentencia estaba seguro; poco después el último de los Montmorency fue decapitado en el patio del ayuntamiento de Toulouse.

Aunque este acontecimiento es poco vistoso y para el curso de la denominada gran historia, bastante insignificante, tiene la propiedad de ser un suceso *típico,* un símbolo. La antigua nobleza no fracasó simplemente por las armas de fuego, sino sobre todo por la dificultad en liberarse de modos de comportamiento con los que ella vinculaba toda su autoestima y, por consiguiente, también el placer y la alegría. Es aquí patente lo que significa el hecho de que una conducta otrora ajustada a la realidad pueda llegar a conver-

[56] Ranke, op. cit., libro 10, cap. 3, pp. 315 y s.

tirse, al final, en un comportamiento ajeno a la realidad en una configuración de hombres que paulatinamente se va transformando, esto es, cuando las oportunidades se reducen por un lado y se ven incrementadas por otro. Es asimismo evidente, desde otra perspectiva, por qué triunfó la monarquía y cómo la nobleza guerrero-caballeresca se hizo una aristocracia cortesana relativamente pacificada.

Cuando Luis XIV fue adulto y asumió el poder, la suerte de la nobleza ya estaba decidida. La desigualdad de las oportunidades que, en este campo, correspondieron a la monarquía, por un lado, y a la nobleza, por otro, había permitido que la energía y la importancia de los representantes reales, desarrolladas a partir de tales oportunidades, lograran arrojar a la nobleza de todas las autónomas posiciones de poder.

25. Pese a la debilidad de la posición de la nobleza, Luis XIV estuvo por completo dominado por el sentimiento, nacido de la experiencia de su juventud, de que la nobleza —y más en concreto, la alta que le era más próxima— constituía una amenaza para él. La incesante vigilancia respecto de la nobleza —como frente a todos sus demás súbditos— fue uno de sus rasgos dominantes. La resignación ante las cuestiones económicas que, como en general a los cortesanos, le caracterizaba por cuanto era consciente que la presión en esta esfera no afectaba de raíz su existencia social, le faltaba a él y a todos los cortesanos por completo cuando se trataba de cuestiones de poder, rango, prestigio y superioridad personal. En esta esfera, Luis XIV era todo lo contrario de un hombre paciente; era muy ansioso e inflexible en alto grado.

Permitir que la nobleza cayera, estaba fuera del ámbito de lo que él podía pensar o querer. Se lo impedían no sólo el esplendor exterior y el prestigio de su poder, no sólo su propio prestigio como noble, su necesidad de una sociedad y una sociabilidad distinguidas, y, en última instancia, no sólo la tradición, sino la estructura conflictiva de su mismo sistema de poder. En absoluto dependía de su voluntad y decisión libre conservar a la aristocracia o dejar que se hundiese. La necesitaba, como se ha visto, en múltiples aspectos. La frase del rey, cuando St. Simon se separó del servicio militar —"otro más que nos abandona"—, es sólo un ejemplo de esta situación.

Así pues, él, en este sentido, apoyándose en el trabajo y la experiencia de sus predecesores, aunque en una situación más favorable que éstos, estructuró, con una consciencia muy clara de sus objetivos, su corte sobre la base de aquella relación ambivalente de la cual se ha hablado aquí con frecuencia: como una institución para proveer las necesidades de la nobleza y controlarla.

El rey quería "reunir bajo su inspección directa a todos aquellos que pueden ser jefes de una revuelta y cuyos castillos pueden ser usados como lugar de reunión..."[57].

Cuánto y en qué sentido también la otra parte —la aristocracia— entendió que la estructura de la corte expresaba una política consciente de control, lo muestra la descripción de St. Simon[58]:

> "También la vida cortesana servía como instrumento a la política despótica. Ya he mostrado cómo mediante ella los más nobles fueron manchados, humillados, confundidos con la chusma; cómo los ministros superaban en influjo y poder a todos los demás, aun a los príncipes de linaje... Varias circunstancias reforzaron al rey en su decisión de trasladar la corte de París y residir siempre en el campo. Los desórdenes que, durante su minoría de edad se desarrollaron en París le habían hecho desagradable la ciudad. Más aún consideraba peligroso habitar allí; creyó dificultar las cábalas, si trasladaba el lugar de la corte. No menor influencia tuvo en su decisión también la economía de su amante y el cuidado de no escandalizar demasiado, viviendo en medio de una gran población. Se añadió a ello una cierta preocupación... por su seguridad... Además se despertaba cada vez con mayor fuerza en él el gusto por edificar, y creía ser superior a la masa, si no se dejaba ver todos los días."

Concurrieron, como es obvio, múltiples razones que motivaron la definitiva formación de la corte en Versalles; pero todas ellas se relacionaban estrechamente; giraban en torno de la conservación y el perfeccionamiento del poder y del prestigio.

De hecho, la estructura de Versalles respondía perfectamente a estas tendencias entrelazadas de Luis XIV. En Versalles y en el marco de la etiqueta, todos los hombres de rango se encontraban inmediatamente en su campo de observación[59]:

> "El rey no sólo se preocupó de que la alta nobleza se encontrase en su corte, sino que exigía lo mismo de la pequeña aristocracia.

[57] Lavisse, *Luis XIV*, p. 128.
[58] St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen (Collection Spemann), t. II, p. 82.
[59] St. Simon, *Memorias*, trad. de Lotheisen, t. II, p. 85.

> Al levantarse y al acostarse, durante las comidas, en sus jardines de Versalles, veía siempre a los que le rodeaban y se fijaba en cada quien. Tomaba a mal que los nobles no residiesen constantemente en su corte, a los demás que sólo se presentaran rara vez, y todo su disfavor recaía sobre aquellos que no aparecían nunca o casi nunca. Cuando alguno de éstos deseaba algo, el rey replicaba con orgullo: 'No lo conozco', y su juicio era inapelable. Es cierto que no tomaba a mal que alguien gustase de residir en el campo, pero, con todo, éste debía ser moderado y, si la estancia era larga, tomar antes sus medidas de precaución. Con ocasión de un viaje que hice, siendo joven, por causa de un proceso, a Rouen, el rey ordenó a su ministro que me escribiese para conocer el motivo del mismo."

Es comprensible que Luis XIV vigilara de manera especial a los hombres que por su rango estaban más cerca de él. Aquí se pone de manifiesto aquella peculiaridad estructural de los Estados dinásticos que, superando todas las cualidades personales, oponen con frecuencia a los parientes pretendientes de la Corona y al mismo inmediato sucesor del trono con el príncipe reinante. Luis XIV vio con gran disgusto que su hijo mayor mantuviera, apartado de él, una corte en Meudon, que éste, como se decía, "dividiera la corte". Cuando este sucesor del trono murió, el rey ordenó que con toda celeridad se vendiesen los muebles del castillo, temiendo que aquel de sus nietos en quien recayese Meudon pudiese hacer uso de este castillo y *así dividir otra vez la corte*[60].

Tal inquietud, como dice St. Simon, no tenía ningún fundamento, pues ninguno de los nietos del rey hubiese osado desagradar a éste. Pero cuando se trataba de mantener su prestigio y asegurar su poder personal, el rey no distinguía en el rigor de su conducta a sus parientes del resto de los nobles.

Hay ejemplos muy terribles con los que puede entenderse por completo precisamente este entrelazamiento íntimo de aversión y atracción, de vinculación y distanciamiento entre el rey y la nobleza.

El rey se dirigió, como era su costumbre, desde su castillo de Marly a Versalles. Todo el estado cortesano, en particular por supuesto sus familiares, debían acompañarlo. Pero la duquesa de Berry, mujer de su nieto, había quedado, desde hacía tres meses, embarazada. No se sentía bien y tenía bastante fiebre. Fagon, médico del rey y de la familia real, consideraba que el viaje desde Marly

[60] St. Simon, *Mémoires*, t. XVII, cap. 107, p. 24.

sería muy intolerable y difícil para la joven esposa. Pero ni ella ni su padre, el duque de Orleans, se atrevían a hablar con el rey sobre el particular. Su esposo habló con mucho temor al rey, pero éste se lo tomó a mal. Se intentó conseguir algo del rey a través de la señora de Maintenon y, aunque también ella lo encontraba demasiado audaz, apoyándose en el médico, habló finalmente con el rey acerca de este asunto. Pero no alcanzó el menor éxito. Ni ella ni el médico se dejaron atemorizar y la disputa duró tres o cuatro días. Al final, el rey estaba simplemente enfadado del todo y capituló por cuanto asintió en que el viaje se hiciera por barco, en lugar de hacerlo en la carroza real de la enferma duquesa. Para ello era necesario que la duquesa y el duque partieran de Marly un día antes, pasaran la noche en el Palais Royal, se tomaran un día de descanso y al siguiente, continuaran. Es cierto que el duque obtuvo el permiso de acompañar a su esposa, pero el rey le prohibió abandonar el Palais Royal e ir a alguna parte, ni siquiera a la ópera, aunque se podía pasar directamente del Palais Royal al palco del duque de Orleans.

> "Yo hubiera omitido —dice St. Simon[61]— la bagatela incidental acontecida en este viaje, si no sirviera para caracterizar al rey de una manera cada vez más precisa."

Si el rey se comportaba de esta manera aun en asuntos que tocaban al menos directamente más su prestigio y su autoridad en los círculos íntimos, que su poder mismo, no era, por supuesto, menos implacable cuando se trataba de cuestiones que atañían directamente a la dirección de su poder. No toleraba en ningún caso que alguno de sus familiares ocupara un cargo que le diera influencia. Nunca olvidó la importancia que, por ejemplo, tuvieron, bajo su padre, los cargos de gobernador como puntos de apoyo para la oposición al poder real. Y guardaba en su memoria los problemas que su tío, Gaston de Orleans, apoyado en estos puestos de gobernador, procuró al rey. Así, cuando su propio hermano le pidió un gobierno y una plaza fuerte —*place de sûreté*—, replicó: "La mejor plaza fuerte para un hijo de Francia es el corazón del rey." Y esta respuesta no es menos típica de su manera de hablar que de su conducta en general.

[61] St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 308, p. 57.

26. La nobleza está domesticada. Pero, ¿cómo lleva esta domesticación que es asimismo una humillación? ¿Cómo expresa ahora, después de que ha perdido toda posibilidad de una resistencia abierta, su oposición interior? La vinculación de la nobleza con el rey, su dependencia de él se expresa directamente en la vida exterior de la corte. ¿La nobleza se ha quebrado también internamente y se ha hecho sumisa? ¿O la ambivalencia de su relación con el rey irrumpe, a veces aun bajo Luis XIV, a través de la apariencia exterior pacificada?

Hay diversas posibilidades para los nobles retenidos en la corte de dominar, dentro del campo de acción que les otorga esta institución, la situación de conflicto que trae consigo su posición ambivalente frente al rey, y, por consiguiente, de conformar su vida y a sí mismos.

Podían compensar las fatigas y la humillación que debían soportar en el servicio del rey, con la consciencia de su influjo en la corte, y las oportunidades de dinero y prestigio que se les ofrecían en consecuencia, de tal modo que aun para su propia consciencia, la tendencia adversa al rey y el deseo de liberarse de su opresión quedaban ampliamente relegadas; aparecían, por supuesto indirectamente, en su relación con los demás. Tal conducta constituía uno de los polos de la escala de posibilidades, sobre la que se movía la nobleza cortesana. La encontramos representada en grado bastante elevado por el duque de La Rochefoucauld, hijo del autor de las *Máximas*, gran maestre del guardarropa del rey.

Por otra parte, un hombre de la nobleza cortesana podía dar una explícita prioridad a los aspectos negativos de la relación ambivalente. En este caso podía permitirse personalmente —y quizá en círculos familiares— criticar acerbamente la manera en que el rey ejercía su poder y forjar planes furtivos para el tiempo posterior a la muerte del rey, mediante los cuales la aristocracia, sobre todo la alta, podría volver a adquirir sus derechos frente al rey y sus ministros burgueses. Durante la vida de Luis XIV, un noble en este caso sólo tenía en absoluto una forma realista de actividad para expresar esta conducta, aparte el alejamiento de la corte que significaba la renuncia a todo prestigio: vincularse con el posible heredero del trono e intentar ganarlo para estas ideas. La oposición abierta no tenía en absoluto ninguna perspectiva de éxito. El duque de St. Simon es un representante de *esta* posibilidad. El mis-

mo describe su antitipo, un representante de la nobleza sometida, el duque de La Rochefoucauld, del siguiente modo[62]:

> "Si M. de La Rochefoucauld passa sa vie dans la faveur la plus déclarée il faut dire aussi qu'elle lui coûta cher, s'il avait quelques sentiments de liberté. Jamais valet ne le fut de personne avec tant d'assiduité et de bassesse, il faut lâcher le mot, avec tant d'esclavage. Il n'est pas aisé de comprendre qu'il s'en pût trouver un second à soutenir plus de quarante ans d'une semblable vie. Le lever et le coucher, les deux autres changements d'habits tous les jours, les chasses et les promenades du roi tous les jours aussi, il n'en manquait jamais, quelquefois dix ans de suite sans découcher d'où était le roi, et sur le pied de demander congé, non pas pour découcher, car en plus de quarante ans il n'a jamais couché vingt fois à Paris, mais pour aller dîner hors de la cour et ne pas être à la promenade; il ne fut jamais malade, et sur la fin rarement et courtement de la goutte"*.

Al rastrear la ejecutoria de este hombre, se encuentra lo siguiente: su padre se había significado en las luchas de la Fronda; posteriormente, nunca fue a la corte, pues el rey nunca le perdonó su rebelión.

El hijo apareció en la corte como un hombre sin ninguna oportunidad. "Nadie le temía", dice St. Simon. No tenía ni cargos ni dignidades. Apenas podía esperar una considerable herencia; la hacienda familiar se había despilfarrado inútilmente en la revuelta. Además, su exterior era desagradable y bastante ordinario. De alguna manera tuvo suerte en conquistar el favor del rey, y empezó su ascenso en la jerarquía cortesana. Obtuvo los cargos de *Grand-veneur* y *Grande-maître de la Garde-robe*. Cultivaba relaciones de amistad con Mme. de Montespan, la amante del rey. Después de que ésta hubo abandonado la corte, se quedó sin ningún apoyo, ex-

[62] St. Simon, *Mémoires*, t. XIII, cap. 229, p. 71.

* "Si M. de La Rochefoucauld disfrutó en su vida del favor más declarado, también hay que decir que, caso de albergar algún sentimiento de libertad, eso le costó caro. Jamás hubo sirviente de nadie de forma tan constante y vil, y, es preciso decirlo, tan esclavo. No resulta fácil entender que hubiera podido encontrarse otra persona que soportase por más de cuarenta años una vida semejante. Levantarse y acostarse, los demás cambios de normas de todos los días, las cacerías y paseos con el rey, todos los días asimismo, a los que jamás faltó, a veces diez años seguidos sin pasar la noche en otra parte de donde el rey lo hiciera, y obligado a solicitar licencia, no para dormir en otro lugar, porque en más de cuarenta años no lo hizo veinte veces en París, sino para salir a comer fuera de la corte o no asistir a los paseos; nunca estuvo enfermo, y únicamente al final de su vida, de forma leve y por poco tiempo, padeció de gota."

cepto el del rey. Precisamente esto era lo que necesitaba el rey. La imbricación de las dependencias es patente. La Rochefoucauld, por haber gozado del favor de Mme. de Montespan, cayó desde un principio en el disfavor de su sucesora, Mme. de Maintenon. Con los ministros simpatizaba poco. El resto de la sociedad de la corte lo trataba poco, si se prescinde del antiguo círculo de Mme. de Montespan. Pero el rey le pagaba tres veces sus deudas y, en general, le otorgaba mucho —no todo— lo que pedía, y La Rochefoucauld pedía mucho. Podía hablar libremente con el rey, sin consideración a otros; el rey lo estimaba y los demás lo temían por ello. No sólo su decisión y opción de entregar completamente su vida al servicio del rey estaba en manos de éste, sino toda su existencia social. Como duque empobrecido de La Rochefoucauld e hijo de un rebelde, sin relaciones dentro de la sociedad cortesana, sin un aspecto agradable que le hubiese ayudado a salir adelante, era nada y de allí el rey lo elevó a las alturas.

Hay mucho de típico en esta curva de desarrollo. Los hijos de los rebeldes, perdidos si el rey no los acoge de nuevo graciosamente, se convierten en los cortesanos más devotos[63]:

> "Cette histoire de La Rochefoucauld ressemble à celle de Condé. M. le Prince est devenu courtisan, lui aussi; son fils ne bougera pas de chez le Roi; son petit-fils épousera une bâtarde du Roi. Les La Rochefoucauld et les Condé tombèrent de révolte en servitude"*.

Los pesos importantes en la situación de St. Simon están distribuidos exactamente del modo contrario. Su padre había sido elevado por Luis XIII a elevados cargos y dignidades. Era hombre de confianza del rey y, en todos los desórdenes, incluso después de la muerte del rey, se mantuvo en inconfundible fidelidad al lado de la monarquía, bien que las tentaciones en que lo ponía la nobleza contraria, en su intento de atraerlo a su lado, eran a veces bastante fuertes. Así pues, St. Simon, el escritor de las *Memorias*, llegó a la corte poseyendo un seguro prestigio y una considerable fortuna. Es verdad que también él dependía del rey, pues el disfavor del rey

[63] Lavisse, *Luis XIV*, pp. 103 y s.

* "Esta historia de La Rochefoucauld recuerda a la de Condé. También el Príncipe llegó a ser cortesano; su hijo no se moverá del lado del Rey; su nieto casará con una hija bastarda del Rey. Los Rochefoucauld y los Condé, de sublevados, cayeron en la servidumbre."

—lo expresó a veces— significaba también para él la destrucción de su existencia social. Con todo, su existencia no dependía de la gracia del rey, del mismo modo que la de La Rochefoucauld. Heredaba más cargos y dignidades que éste. Lo apoyaba la obligación del rey a su respecto, esto es, respecto del hijo de un hombre que había servido a la familia real; y en este sentido, sus propios recursos eran relativamente mayores. Pronto dio pruebas de su independencia, cuando por haber sido postergado en su rango, abandonó su regimiento. A veces esperó que el rey le confiaría un puesto diplomático, pero en vano; y vivió en la corte sin ningún cargo cortesano, cumpliendo con su obligación como duque y par de Francia y con los requerimientos que el rey dirigía a todos los hombres de la alta nobleza.

Cuando, tras la muerte del primer y segundo delfines, todos debían considerar que el duque de Orleans sería el futuro regente, St. Simon era casi el único que durante largo tiempo se relacionaba con éste, aunque Luis XIV desaprobaba que se tratase al duque, pues se le culpaba de la muerte del nieto de Luis XIV y estaba, por tanto, completamente aislado. Si se puede dar fe a las propias palabras de St. Simon, él era el único que se acercaba al duque en las reuniones de la corte. St. Simon se paseaba con él en los jardines de Versalles hasta que el rey lo amenazó con retirarle su favor y exigió que abandonase la corte durante algún tiempo, si no quería ser expulsado de ella para siempre. St. Simon obedeció. Sólo en este marco era posible una conducta independiente.

Pero esta autosuficiencia se había manifestado ya antes en sus relaciones con el segundo delfín, nieto de Luis XIV. La descripción de estas relaciones y el mundo de ideas que se desplegaba en las conversaciones entre ambos, es de particular importancia, por cuanto nos permite echar una mirada en lo interior de aquella aristocracia que se oponía secretamente al rey.

Antes de que dos hombres de esta corte, que todavía no se conocían muy bien, pudiesen abrirse el uno al otro, era preciso que tomasen máximas precauciones[64]:

> "Me pareció conveniente —cuenta St. Simon— sondear un poco al delfín en los primeros días de su nuevo esplendor... No omití dejar caer una palabra sobre nuestra dignidad... Le dije que tenía mucha razón en no perder de vista ni el más mínimo de sus dere-

[64] St. Simon, *Mémoires*, t. XVIII, cap. 106, pp. 5 y ss.

chos legítimos, y aproveché el momento oportuno para afirmar que si él que era tan grande y tenía tan asegurado su rango, tenía razón en mantenerse vigilante, cuánta mayor razón tendríamos nosotros, a quienes tan frecuentemente se nos disputa y a veces se nos quita, sin que podamos casi atrevernos a quejarnos de ello...

"La conversación tocó finalmente el tema del rey. El delfín hablaba de él con extrema ternura y enorme gratitud; yo expresé en seguida los mismos sentimientos, sólo que la afección y el agradecimiento no debían convertirse en una admiración peligrosa. Insinué dos palabras sobre el hecho de que el rey no sabía muchas cosas y de que desgraciadamente se había colocado en una posición donde no podía saberlas, y a las que sin duda no sería, por su bondad, indiferente, si las supiese.

"Esta cuerda, ligeramente pulsada, produjo en seguida un sonido pleno. El príncipe admitió la verdad de lo que yo decía y arremetió sin tardanza contra los ministros. Se alargó sobre la autoridad sin límites que habían usurpado y adquirido sobre el rey, sobre la imposibilidad de hacer llegar algo al rey o alcanzar algo de él, sin que los ministros se interpusieran. No nombró a nadie, pero me dio a entender con toda claridad que esta forma de gobierno era completamente contraria a su gusto y sus principios.

"Luego volvió al tema del rey, se lamentó de la mala formación que éste había recibido y de las perversas manos en las que después había caído. Así, puesto que, bajo el pretexto de la política y la autoridad, todo el poder y el provecho eran sólo para los ministros, su corazón, por naturaleza bueno y justo, había sido incesantemente alejado del buen camino, sin que el mismo rey lo notase.

"Aproveché la ocasión para referirme a la arrogancia de los ministros respecto de los duques y aun frente a los de más alto rango. El se acaloró al hablar de que ellos rehusaban otorgarnos el título de *monseigneur*, mientras que ellos que no tenían más título que el de la Toga, lo solicitaban.

"Apenas puedo reproducir cuánto le ofendía esta desvergüenza y esta distinción tan sobremanera favorable a la burguesía frente a la más alta nobleza."

En las últimas palabras, emerge de nuevo el problema central. Bajo la cubierta del régimen absolutista, el conflicto entre nobleza y burguesía continuaba sin perder fuerza. A despecho de la amistad que unía a los nobles cortesanos —entre ellos el mismo St. Simon— con ministros concretos, a despecho de los matrimonios que las hijas de los ministros habían contraído con aristócratas cortesanos, este conflicto central del campo social global seguía

existiendo, superado y modificado, aun en el grupo central de la corte. St. Simon citó en alguna ocasión con visible satisfacción el "admirable" refrán del viejo mariscal de Villeroy[65]: "Es mejor tener como enemigo un primer ministro que procede de la nobleza, que como amigo a un burgués"[66]. Se pone asimismo de manifiesto en este diálogo la relación ambivalente de la nobleza con el rey. No es casual que se exprese simultáneamente la oposición de la nobleza cortesana al rey y a los burgueses que se han promovido socialmente. Son los dos frentes por los que la nobleza se ve amenazada. Y este hecho se ve más claramente, cuando se lee el razonamiento que St. Simon ha adjudicado al delfín en sus memorias publicadas después de la muerte de éste, las cuales expresan claramente al menos el modo de pensar de St. Simon y la situación y los planes de la nobleza cortesana que se oponía en secreto a Luis XIV[67]:

"L'anéantissement de la noblesse lui était odieux —dice St. Simon del delfín— et son égalité entre elle insupportable. Cette dernière nouveauté qui ne cédait qu'aux dignités, et qui confondait le noble avec le gentilhomme, et ceux-ci avec les seigneurs, lui paraissait de la dernière injustice et ce défaut de gradation une cause prochaine de ruine et destructive d'un royaume tout militaire. Il se souvenait que le monarque n'avait dû son salut dans les plus grands périls sous Philippe de Valois, sous Charles V, sous Charles VII, sous Louis XII, sous François I, sous ses petits-fils, sous Henri IV, qu'à cette noblesse, qui se connaissait et se tenait dans les bornes de ses différences réciproques, qui avait la volonté et le moyen de marcher au secours de l'état, par bandes et par provinces, sans embarras et sans confusion, parce que aucun n'était sorti de son état, et ne faisait difficulté d'obéir à plus grand que soi. Il voyait au contraire ce secours éteint par les contraires; pas un qui n'en soit venu à prétendre l'égalité à tout autre, par conséquent plus rien d'organisé, plus de commandement et plus d'obéissance.

"Quant aux moyens, il était touché, jusqu'au plus profond du coeur, de la ruine de la noblesse, des voies prises et toujours continuées pour l'y réduire et l'y tenir, de l'abâtardissement que la misère et le mélange du sang par les continuelles mésalliances néces-

[65] St. Simon, *Mémoires*, t. XVII, cap. 299, p. 89.

[66] El concepto de "burgués" adquirió —como es patente— su matiz despectivo no en la lucha entre burguesía y proletariado, sino en el combate entre burguesía y nobleza. De la sociedad cortesana pasó paulatinamente a los teóricos del proletariado.

[67] St. Simon, *Mémoires*, libro XVIII, cap. 322, pp. 222 y ss.

saires pour avoir du pain, avaient établi dans les courages et pour valeur, et pour vertu, et pour sentiments. Il était indigné de voir cette noblesse française si célèbre, si illustre, devenue un peuple presque de la même sorte que le peuple même, et seulement distingué de lui en ce que le peuple à la liberté de tout travail, de tout négoce, des armes même, au lieu que la noblesse est devenue un autre peuple qui n'a d'autre choix qu'une mortelle et ruineuse oisiveté, qui par son inutilité à tout la rend à charge et méprisée, ou d'aller à la guerre se faire tuer, à travers les insultes des commis des secrétaires d'état, et des secrétaires des intendants, sans que les plus grands de toute cette noblesse par leur naissance, et par leur dignité qui, sans les sortir de cet ordre, les met au-dessus d'elle, puissent éviter ce même sort d'inutilité, ni les dégoûts des maîtres de la plume lorsqu'ils servent dans les armées...

"Ce prince ne pouvait s'accoutumer qu'on ne pût parvenir à gouverner l'état en tout ou en partie, si on n'avait été maître des requêtes, et que ce fût entre les mains de la jeunesse de cette magistrature que toutes les provinces fuissent remises pour les gouverner en tout genre, et seuls, chacun la sienne à sa pleine et entière discrétion, avec un pouvoir infiniment plus grand, et une autorité plus libre et plus entière, sans nulle comparaison que les gouverneurs de ces provinces n'en avaient jamais eue"*.

* "La aniquilación de la nobleza le resultaba odiosa —dice St. Simon refiriéndose al delfín— y la uniformidad entre ella, insoportable. Esta última moda, que sólo le hacía ceder ante los dignatarios, y por la que se confundía al noble con el gentilhombre y a éstos con los señores, le parecía la última injusticia, y esa falta de sentido jerárquico, motivo próximo de ruina capaz de destruir un reino enteramente militar. Recordaba que el monarca, en los difíciles trances bajo Felipe de Valois, bajo Carlos V, bajo Carlos VII, bajo Luis XII, bajo Francisco I o sus nietos, bajo Enrique IV, únicamente debió su salvación a esta nobleza, que se conocía y se mantenía en los límites de sus recíprocas diferencias, que contaba con la voluntad y los medios para ir en socorro del Estado, agrupada y por provincias, sin dificultad ni confusiones, porque nadie iba más allá de su rango y no ponía dificultades para obedecer a quienes estaban por encima de ellos. Por el contrario, veía que esta ayuda se había extinguido a causa de los adversarios [de la nobleza]; no había uno solo de ellos que no pretendiese ser igual a todos los demás, por lo que ya nada se podía organizar al no haber ni autoridad ni obediencia.

"En cuanto a las causas [de tal situación], se sentía conmovido hasta lo más hondo de su corazón por la ruina de la nobleza, por las medidas que se habían tomado, y que se aplicaban con perseverancia, para reducirla y mantenerla en ese estado; por la decadencia que la miseria y la mezcla de sangres, debido a los continuos y desiguales matrimonios necesarios para asegurarse la subsistencia, había entronizado en los espíritus como sustitutivo del valor, la virtud y los sentimientos. Se indignaba al ver a esta nobleza francesa tan famosa, tan ilustre, convertida en una muchedumbre casi de igual calaña que el pueblo mismo, diferenciándose únicamente de éste en que el pueblo tiene libertad para todo trabajo, todo negocio, incluso para las armas, en tanto que la nobleza se ha convertido en otro pueblo que no tiene más elección que una mortal y ruinosa ociosidad, que por su inutilidad misma convierte en una carga despreciada, o bien ir a la guerra a hacerse matar entre los ultrajes de los escribientes de los secretarios de Estado, y de los secretarios de los intendentes, sin que los más grandes de la nobleza, que por su nacimiento y dignidad, sin alterar esta jerarquía, los sitúan por encima de aquélla [la nobleza misma], puedan impedir esta misma suerte de inutilidad, ni el asqueo de los maestros de la pluma, cuando sirven en los ejércitos...

"Este príncipe no llegaba a acostumbrarse a que no se pudiera llegar a gobernar el Estado, total o parcialmente, si no se había sido experto en formular peticiones, y que el gobierno de todas las provincias hubiese sido puesto en manos de estos jóvenes magistrados para que los gobernasen en su totalidad ellos solos, cada uno la suya, con un poder infinitamente mayor y la autoridad más libre y completa, sin comparación con ninguno de los gobernadores que estas provincias habían conocido en toda su historia."

En esta crítica y en este programa de un círculo cortesano de oposición se hace visible una vez más, en resumen, todo el problema de que trata esta investigación.

Se ha mostrado la existencia dentro de la corte de un peculiar estado de tensiones principalmente entre los grupos y personas que el rey había promovido, y los que se distinguían por sí mismos en virtud de sus títulos nobiliarios heredados. Equilibrando estas tensiones, el rey dirigía su corte. Más aún, se ha puesto de relieve que, en el ámbito más amplio de poder, un equilibrio específico de tensiones formaba parte asimismo de las condiciones del poder real en su forma existente, el cual ofrecía a los representantes del rey la oportunidad de aquel desarrollo particular del poder, cuya realización fue el sistema de la monarquía absolutista. Estos y aquellos conflictos, el equilibrio de tensiones en la corte y en el ámbito global del poder, eran particularidades estructurales de un único grado de evolución de la sociedad estatal francesa en su conjunto, de la configuración global.

Apoyado en la creciente posición de poder de las capas burguesas, el rey se distanciaba cada vez más del resto de la aristocracia, y viceversa: el rey promovía asimismo el avance de las existencias burguesas; les abría oportunidades tanto económicas como de cargos y prestigio de la más diversa índole, al mismo tiempo que los mantenía en jaque. La burguesía y los reyes se elevaban mutuamente, en tanto que el resto de la nobleza se hundía. Pero cuando las formaciones burguesas —los miembros de los tribunales supremos o de la alta administración a los que St. Simon se refiere mediante los conceptos de *magistrature* y *plume*— avanzaban más de lo que quería el rey, éste les marcaba el alto de una manera inflexible, como a los aristócratas.

En efecto, los reyes podían tolerar la ruina de la nobleza sólo hasta cierto punto. Junto con la nobleza, ellos mismos hubieran

perdido la posibilidad de mantener su existencia y su sentido; las capas burguesas dirigentes necesitaban al rey precisamente para progresar y luchar en contra de la aristocracia. Así la nobleza perdió ciertamente, paso a paso, muchas de sus hasta entonces funciones en este campo social, en beneficio de los grupos burgueses; perdió la función de la administración, de la judicatura y en parte, hasta las funciones militares, en favor de los miembros de las capas burguesas; aun la parte más importante de las funciones de un gobernador estaba en las manos de los burgueses.

27. Pero en tanto que la nobleza perdía, por un lado, muchas de sus funciones tradicionales, ganaba, por otro, una nueva función, o dicho con mayor exactitud: ocupaba el primer plano otra función suya, a saber, la que tenía *para* el rey.

Existe la costumbre de calificar a la nobleza del *ancien régime* de capa "infuncional". Ello se justifica si uno piensa en una circulación funcional, dentro de la cual cada capa o grupo del respectivo campo social satisface directa o indirectamente necesidades de cada uno de los grupos restantes, esto es, en un circuito de funciones como el que se encuentra algunas veces dentro de las naciones profesionales-burguesas. La nobleza del *ancien régime* no tenía ninguna función para la "nación".

Pero el circuito de funciones, el engranaje de las interdependencias del *ancien régime*, era, según su sistema de poder, distinto en muchos aspectos del propio de la "nación" profesional-burguesa. Es imposible creer que la nobleza francesa haya simplemente podido mantenerse sin tener una función social. No tenía de hecho función alguna para la "nación". Pero para la consciencia de los funcionarios más influyentes de esta sociedad —los reyes y sus representantes— apenas existía una "nación" o un "estado" como fin por sí mismos. Ya se ha expuesto que para Luis XIV todo este campo social culminaba en el rey, como su auténtica finalidad, y que, para su consciencia, todos los demás elementos del poder real constituían únicamente medios para el fin de glorificar al rey y mantenerlo. En este contexto y sentido puede entenderse la afirmación de que si bien es cierto que la nobleza no tenía quizá ninguna función para la "nación", la poseía sin duda para el rey. Era condición del poder real la existencia de una nobleza como contrapeso a las capas burguesas, y requería asimismo la existencia de unas fuertes capas burguesas como contrapeso a la aristocracia. Y

esta función para el poder real da en alto grado su carácter a la nobleza cortesana.

Es fácil de entender que con este cambio de una nobleza relativamente autónoma a una aristocracia cortesana, se modificaba y transformaba todo el sentido y la estructura de su jerarquía. Los pensamientos de St. Simon que acabamos de citar muestran el grado en que la nobleza, todavía en la época de Luis XIV, se debatía en contra del cambio y la ruptura de la jerarquía nobiliaria original o, en todo caso, tradicional, en favor de un nuevo orden obligado por el rey y conforme a sus necesidades; y cómo soñaba aún en esa época, en una restauración de la antigua situación autónoma de la aristocracia. La nobleza percibía su situación y no podía dejar de advertirla; estaba más o menos en manos del rey. Y como éste, en su ámbito más amplio de poder, cuidaba de que burguesía y nobleza guardasen el equilibrio entre sí; también dentro de la corte, su política se encaminaba a compensar la presión de la nobleza mantenida, a través de los burgueses y aunque no siempre mediante éstos, sí, por cierto, a través de advenedizos, que se habían promovido aun dentro de la nobleza y que le debían a él exclusivamente todo y nada al rango heredado.

Esta es precisamente la política contra la que St. Simon eleva su queja, y la situación donde se desarrollan de manera especial aquellos rasgos humanos que aquí han sido perfilados como caracteres de los cortesanos.

28. Se ha inquirido arriba sobre la constelación social a partir de la cual se genera incesantemente la corte, tal como aparece ante nosotros, como una institución que perdura a través de generaciones. Esta es la respuesta: la nobleza tenía necesidad del rey porque la vida en la corte de éste era la única que, aun en medio de este campo social, le daba acceso a las oportunidades económicas y de prestigio que hacían posible su vida como aristocracia.

Aparte las numerosas dependencias concretas que poco a poco han sido elaboradas a lo largo de este estudio; aparte, por ejemplo, aquella supeditación tradicional que se derivaba de la relación de señor feudal y vasallo; aparte la necesidad que tenía el rey de una sociabilidad en el círculo de esa sociedad a la que pertenecía y cuya cultura compartía; aparte finalmente su necesidad de distanciamiento respecto del pueblo mediante los servicios de aquel estamento que por su rango y prestigio era superior a todos los demás

—la nobleza—, el rey necesitaba a la nobleza sobre todo como imprescindible peso en el equilibrio de conflictos entre las capas que él dominaba.

Es falso considerar al rey *exclusivamente* como el opresor de la nobleza; es falso verlo *solamente* como el mantenedor de la nobleza. Era ambas cosas. Es falso destacar sólo la dependencia de la aristocracia respecto del rey. El rey estaba hasta cierto punto supeditado a la nobleza, como, por lo demás, todo autócrata depende también de los dominados y especialmente de los grupos principales de éstos. Pero, aunque el rey para mantener y guardar las grandes oportunidades de poder de su posición social dependía en un grado bastante alto de la existencia de la nobleza como estamento distanciado y segregado, la supeditación de cada uno de los nobles al rey era extraordinariamente mayor que la dependencia del rey de cada noble en concreto. Cuando un determinado noble desagradaba al rey, había siempre "un ejército de reserva" de nobles, del cual el rey podía a su gusto sacar a otro noble. Este equilibrio de interdependencias, esta distribución de los pesos de la dependencia dieron su carácter específico a aquella institución que llamamos "la corte", si se prescinde por el momento de los ministros y otros funcionarios que procedían de la burguesía y de la nobleza burocrática y que, si bien pertenecían también a la corte, eran con frecuencia para la sociedad cortesano-aristocrática, en general figuras marginales bastante poderosas. En este equilibrio de tensiones se sujetaban recíprocamente como boxeadores en un *clinch:* nadie osaba cambiar de posición, porque temía que su contrincante pudiera perjudicarlo; y no existía por fuera ningún árbitro que hubiese podido deshacer el *clinch.* Todas estas dependencias mutuas eran ambivalentes y de tal manera ponderadas, que la rivalidad y dependencia recíprocas se equilibraban más o menos.

29. Se ha visto anteriormente que, en la época tardía de este régimen, hasta los que gozaban del máximo status —el rey y la reina, los miembros de la Casa real junto con las damas y señores de la corte— se convirtieron en prisioneros de su propio ceremonial y etiqueta, de tal modo que cumplían a prescripciones de éstos, aunque fueran una carga para ellos, precisamente porque cada uno de sus pasos e interpretaciones constituía un privilegio de determinadas personas o familias respecto de los demás, y porque todo cambio de un privilegio tradicional en favor de otro despertaba la molestia y en general, también la activa resistencia de otros grupos y familias privilegiados, que temían que, una vez afectado un privilegio concreto, se podría terminar por afectar otros y, en particular, los suyos. Lo que se ha podido observar aquí en el caso de la etiqueta y el ceremonial de los círculos cortesanos, tiene categoría de un símbolo de las relaciones de las elites privilegiados del *ancien régime* en general. Se trate de un privilegio monopolístico de ciertos cargos y otras fuentes de ingreso o de privilegios de rango y prestigio; todas estas prerrogativas escalonadas de diversas maneras, no sólo de la familia real y sus cortesanos, sino en un sentido más amplio, de la nobleza de espada y de la burocrática, o de los arrendatarios de tributos y financieros, que, en general, pese a numerosos entrecruzamientos, podían distinguirse como grupos particulares con privilegios diferenciados, constituían una especie de propiedad que cada grupo y familia intentaba custodiar con extrema vigilancia y defender contra todas las amenazas, entre otras, con bastante frecuencia del peligro que conllevaba el incremento de los privilegios de otros. Luis XIV poseía todavía suficiente poder para elevar y reducir dentro de ciertos límites las prerrogativas y, así, dirigir este mecanismo multipolar de tensiones según las necesidades de la posición regia. Luis XIV ya era, junto con la dinastía muy ramificada de la familia real, un prisionero de este mecanismo de las tensiones de interdependencia; no controlaba el rey este mecanismo que lo gobernaba a él mismo. Como un fantasmagórico *perpetuum mobile* forzaba a todos los que lo constituían, a defender, en una ininterrumpida lucha de competición, la base privilegiada de sus propias existencias y, en lo posible, marcar el paso. En esta parálisis, en este *clinch* social que obligaba a todo grupo a no moverse por el temor constante de un cambio del equilibrio de poder en su perjuicio, naufragaba todo intento de una en cierto modo radical reforma del sistema de poder desde dentro, hecha por hombres que procedían de las filas de las elites privilegiadas. Es cierto que no faltaron ensayos de reforma, y proyectos ideológicos reformistas de uno u otro tipo hubo en abundancia. Pero estas ideas rara vez se basaban en un análisis realista de esta configuración de privilegiados.

El reconocimiento de la necesidad de una reforma se hizo tanto más apremiante cuanto más fuerte fue la presión que los grupos no privilegiados ejercían en contra de las elites privilegiadas. Sólo que no ha de olvidarse para entender correctamente la situación que,

en una configuración como la del *ancien régime*, a pesar de la cercanía física, por ejemplo, con la propia servidumbre, era grande la distancia social entre los privilegiados grupos elitistas y aquello que estos mismos llamaban el "pueblo" —la masa de los no-privilegiados—. La gran mayoría de los privilegiados vivía todavía en un mundo relativamente cerrado en sí mismo —tanto más herméticamente cerrado, cuanto más elevado era su rango—. Para gran parte de estos hombres todavía era algo extraña la idea de que se podía desarrollar al propio país y elevar el nivel de vida del propio pueblo. Apenas respondía a sus valoraciones. La conservación de su propia existencia social privilegiada constituía todavía para ellos un valor en sí misma. Lo que sucedía ante ellos con el grueso de la población, estaba demasiado fuera de su plano de visión; a la mayoría de los privilegiados, no les interesaba. Así apenas podían imaginarse lo que se cernía sobre ellos. No se podía siquiera romper el hielo de las tensiones sociales congeladas entre las capas superiores que, así, finalmente rompió el torrente contenido bajo la cubierta de hielo.

Este congelamiento de las elites privilegiadas del *ancien régime* en un *clinch*, en un equilibrio de tensiones, que pese a todos los manifiestos abusos, nadie podía deshacer de una manera pacífica, fue sin lugar a dudas, una de las razones por las cuales un movimiento revolucionario arrasó, al final, violentamente el marco legal e institucional del antiguo sistema de poder, hasta que, tras muchas vicisitudes, se estableció un sistema de poder con una distribución distinta y otros equilibrios de tensiones. Ya se ha insinuado en lo dicho hasta aquí —aunque requeriría una larga exposición responder al problema— que la idea de una "burguesía" como capa ascendente revolucionaria y de la nobleza como capa vencida en la revolución, simplifica un tanto el hecho efectivo. A los privilegiados que la revolución hizo a un lado, pertenecían también capas burguesas o procedentes de la burguesía. Es bueno tal vez distinguir claramente la burguesía estamentaria que culminaba en la nobleza burocrática, de la burguesía profesional ascendente.

30. Una de las cuestiones centrales de la sociología, y quizá la central, es la manera y el porqué los hombres se vinculan recíprocamente y forman de este modo, unos con otros, configuraciones dinámicas específicas. Se puede buscar una respuesta a esta cuestión sólo si se determina las interdependencias de los hombres.

Para las investigaciones sistemáticas acerca de las interdependencias, hay todavía en el momento presente una gran carencia de modelos. Hacen falta no sólo modelos empíricos detallados, sino también una comprobación sistemática de los instrumentos habituales de pensamiento, de las categorías y conceptos tradicionales que conciernen a esta tarea. Falta todavía ampliamente reconocer que muchos de estos habituales instrumentos intelectuales se han desarrollado para explicar áreas de objetos totalmente determinadas —principalmente en la explicación del área que se denomina "naturaleza"— y que, por lo tanto, no son necesariamente adecuados para aclarar otras áreas objetuales —por ejemplo, para explicar el área llamada "sociedad" que distinguimos, con razón o sin ella, de la "naturaleza".

El hecho de que uno no esté siempre claramente consciente de tales tareas lleva con frecuencia a una peculiar confusión en la reflexión sobre problemas sociales. Toda una serie de categorías mentales y conceptos provenientes del desarrollo de las ciencias naturales y transvasados posteriormente de muchas maneras a través del uso popular, no son manifiestamente bastante apropiadas para explicar los problemas sociológicos. El concepto clásico de la causalidad unilinear es un buen ejemplo de ello. Así pues, los sociólogos se toman con frecuencia la libertad de inventar conceptos más o menos arbitrarios, sin comprobar siempre en monografías empíricas artesanales si son efectivamente adecuados —y en qué grado— como instrumentos para investigar científicamente los fenómenos sociales.

Es patente que aquí se ha hecho el intento de comprobar la adecuación de un andamiaje teórico básico, desarrollado en un trabajo sociológico minucioso, en el marco de un trabajo empírico. Con ello, se aleja una de las teorías nominalistas de la sociología, de muchos modos dominante, cuyos representantes, pese a todas las adhesiones, de labios para afuera, al estudio acerca de sociedades humanas finalmente reales y verdaderamente existentes, toman, sin embargo, como punto de partida a los individuos aislados, separados unos de otros, de tal suerte que todo lo que tienen que decir sobre las sociedades aparece, en última instancia, como peculiaridades abstraídas de individuos aislados, así como, con bastante frecuencia, sistemas independientes de los individuos concretos o esencialidades metafísicas.

En contraposición a tales tendencias nominalistas de la sociolo-

gía, con la investigación de las formas sociales como configuraciones de individuos interdependientes, empieza uno a andar por el camino de una sociología realista. En efecto, el hecho de que los hombres no aparezcan como individuos aislados, totalmente separados unos de otro, sino como individuos dependientes y supeditados unos a otros, que constituyen unos con otros configuraciones de los más diversos tipos, se puede observar y comprobar mediante estudios concretos. En la investigación concreta se puede además, como es patente, determinar la aparición y desarrollo de configuraciones específicas —en este caso, de una corte real y una sociedad cortesana—, con un grado bastante alto de certeza, aunque seguramente sólo como un paso en el camino. Se puede constatar las condiciones bajo las cuales esos hombres dependían y se supeditaban de este modo específico, y la manera como se transformaban también por su parte estas dependencias en relación con los cambios, en parte, endógenos, en parte, exógenos, de la configuración global.

Sólo se han puesto aquí a la luz algunos aspectos de los cambios de interdependencias que condujeron, los siglos XVI y XVII, en Francia, a la modificación del lábil equilibrio de tensiones entre el rey y el resto de la nobleza, en beneficio del primero, y a la suprema posición de poder del rey francés en el conjunto de su campo de dominio, así como cambios de equilibrio respecto de ciertas elites. Quedan así todavía oscuras o en segundo plano muchas imbricaciones en el amplio campo del desarrollo global de la sociedad francesa.

Pero aun como modelo limitado, la sociedad cortesana es bastante apta para comprobar en el curso del trabajo y, por consiguiente, aclarar también el significado de conceptos que a primera vista pueden parecer hoy todavía extraños, tales como "configuración", "interdependencia", "equilibrio de tensiones", "desarrollo de sociedad" o "desarrollo de configuración" y algunos otros.

31. Algunos sociólogos podrían preguntar si vale la pena profundizar de este modo en los detalles de la distribución del poder y de las dependencias de duques, príncipes y reyes, puesto que, sin lugar a dudas, posiciones sociales de este tipo han perdido valor hoy en día y hace mucho se han convertido en fenómenos marginales de las sociedades más desarrolladas. Tales preguntas, sin embargo, se basan en una intelección equivocada de las tareas sociológicas. En última instancia, el deber de la sociología es hacer que los hombres de todas las asociaciones se entiendan mejor a sí mismos y a los demás. Al investigar la manera cómo hombres en un escalón distinto de la evolución social están vinculados unos con otros y son interdependientes, al intentar aclarar por qué razones el mecanismo de las dependencias humanas toma precisamente esta forma específica en esa fase, se contribuye no sólo a una mejor comprensión del desarrollo de la configuración que lleva a un peculiar entramado de interdependencia, sino que se descubre al mismo tiempo en hombres que están ligados entre sí en configuraciones que, al principio, aparecen como totalmente extrañas, y que, por lo tanto, como individuos, como seres aislados, parecen a primera vista raros e ininteligibles, aquellas posiciones clave que permiten ponerse en su situación de hombres que conviven de una manera totalmente distinta, de hombres de sociedades diversas y por consiguiente, también de un cuño diferente. Al descubrir las interdependencias en que están imbricados los hombres, se adquiere —en otras palabras— la posibilidad de restablecer aquella última identificación de hombre a hombre, sin que, en todo trato de los hombres entre sí, también en el de los investigadores con los estudiados, de los vivos con los muertos, siga vigente una nota de los tiempos más primitivos y salvajes del desarrollo humano (de la barbarie), en los cuales los hombres de otras sociedades eran considerados frecuentemente sólo como extranjeros singulares y a veces ni siquiera como hombres. Se alcanza la posibilidad de penetrar más allá de aquel plano de los fenómenos sociales, en el cual éstos aparecen simplemente como una cadena de diversas sociedades o "culturas"; más allá del plano que da lugar a la idea de que las investigaciones sociológicas acerca de diversas sociedades deben contener una posición básica relativista, para abordar aquel otro plano en el cual el ser-distinto de otras sociedades y de los hombres que las constituyen, pierde su sabor de singularidad y extrañeza. En tal plano, en lugar de aquello, los hombres de otras sociedades son, como nosotros mismos, reconocidos y entendidos como hombres. Para expresarlo de otro modo, en un método preponderantemente descriptivo de la investigación sociológica y también de la histórica, permanece uno en una perspectiva desde la cual los hombres de cuyo conocimiento uno se ocupa, sólo pueden ser considerados como hombres en tercera persona, como "él" o "ellos". Sólo cuando el investigador sigue adelante hasta ser ca-

paz de percibir a los investigados como hombres semejantes a él, y penetra hasta el plano en el cual se le abre la propia experiencia, la perspectiva del yo-nosotros de los investigados puede acercarse más a una comprensión realista.

El análisis de interdependencias sirve para penetrar en este plano. La determinación de una parte del entramado de interdependencias de la posición regia, en la época de Luis XIV, muestra así, por un lado, al rey desde la "perspectiva del él"; pero al mismo tiempo, abre el acceso a una reconstrucción bastante precisa de su propia experiencia. Sin la determinación del mecanismo de interdependencia de cuyos individuos constituyentes él formaba parte, no es posible ponerse en su situación ni entender cuáles alternativas tenía efectivamente el rey en la conducción de su poder ni cómo las percibía dados su desarrollo y posición. Sólo cuando se tiene presente su propia conducta y especialmente sus decisiones en relación con estas alternativas y con su propio campo de experiencia y decisión dentro de su mecanismo de interdependencia, se puede elaborar una imagen suficiente de su persona. Sólo entonces se puede empezar a ver a Luis XIV como un hombre que intentó dominar sus problemas específicos, como tú y yo sólo cuando se entiende cómo enfrentó o evadió los problemas que se le planteaban, puede uno determinar su valor y, dado el caso, también su grandeza. En efecto, el valor de un hombre no se mide por lo que parece ser, cuando se le considera en sí mismo como un hombre aislado e independiente de sus relaciones; tal valor sólo puede determinarse cuando se ve al individuo como hombre entre hombres, llevando a cabo las tareas que le impone su convivencia con los demás. Así, aunque es comprensible, es, sin embargo, fundamentalmente falso decir eventualmente que Luis XIV fue ciertamente un hombre insignificante, pero un importante rey. Se intenta quizá expresar de esta manera que ciertamente supo estructurar las posibilidades de su carrera de rey, de un modo óptimo, pero que tal vez en otra carrera social, como filósofo, historiador, intelectual o incluso sin ninguna otra carrera, como hombre en sí mismo no hubiera salido tan airoso. Pero sobre un "hombre en sí mismo" no puede hacer ninguna afirmación comprobable. No se puede determinar el valor de un hombre mientras se prescinde de su carrera en interdependencia con otros, de su posición, de su función para otros.

Actualmente, se procede con bastante frecuencia de esta manera. Aun en el enjuiciamiento de hombres de otros períodos o sociedades, se tiende a partir de acusadas valoraciones de la propia época y sobre todo a escoger como significativos para tal enjuiciamiento, de la multitud de hechos, aquellos que demuestran su valor a la luz de este tipo de valoraciones propias. De esta manera se cierra uno, por tanto, el acceso a las relaciones propias de los hombres que uno se interesa por comprender. Se les disocia como individuos de las relaciones que efectivamente constituyen con los demás, y de un modo heterónomo se les introduce en unos contextos a los cuales no pertenecen y cuya imagen está determinada por las valoraciones contemporáneas del investigador.

Por el contrario, se puede empezar a entenderlos verdaderamente como hombres, cuando se deja su autonomía relativa a las relaciones y configuraciones que ellos mismos constituyeron, en su época, con otros hombres, y, como a un aspecto de las mismas, a sus valoraciones.

El análisis de configuraciones es simplemente un método que se enfoca a asegurar a los hombres por investigar una distancia y autonomía mayores frente a las valoraciones, con frecuencia bastante efímeras y transitorias, que proceden de los grandes partidismos en los que siempre están involucrados en su época, los investigadores mismos. Sólo el esfuerzo por una mayor autonomía de los investigados, como principal criterio axiológico que guíe ojos y mano de los estudiosos, da la oportunidad de controlar las insinuaciones de ideales heterónomos de los mismos en la investigación de los hombres. Cuando, en el esfuerzo investigatorio, en lugar de las valoraciones heterónomas, aparecen más valoraciones autónomas, se puede esperar llegar a un contacto más íntimo con las relaciones fácticas, con el verdadero mecanismo de interdependencia de los hombres por investigar, y desarrollar modelos de estas relaciones, que no estén expuestos a rápida invalidación por el cambio de los partidismos e ideales contemporáneos; modelos que otras generaciones puedan seguir elaborando y que, de esta manera, puedan asegurar a la investigación sobre los hombres una continuidad mayor a través de las generaciones.

La imagen de la sociedad cortesana que se manifiesta en esta investigación constituye, como se ha dicho, a pequeña escala, uno de tales modelos. Se ha visto que los hombres que formaban estas sociedades estaban, en varios aspectos, relacionados de otro modo —que constituían otras configuraciones— que los hombres de so-

ciedades industriales y que, en consecuencia, en muchos aspectos se desarrollaban y conducían de manera distinta a los hombres que forman sociedades industriales. Aquí resulta patente que este "ser-diferente" de los hombres de otras sociedades no es tratado en el análisis de configuración ni —relativistamente— como algo extraño y singular, ni —absolutistamente— reducido a una "humanidad general y eterna". Como se ha mostrado, la determinación de las interdependencias hace posible que los hombres de otras sociedades conserven plenamente su unicidad e irrepetibilidad, sin que por ello dejen de ser reconocidos como hombres en cuya situación y experiencia puede uno colocarse; como hombres semejantes a nosotros a quienes nos liga, al fin y al cabo, la identidad de hombres.

Esto es válido no sólo para el rey cuya posición social favorece con demasiada facilidad la idea de una individualidad plenamente independiente y a nadie supeditada, sino también para los nobles, si uno se toma el trabajo de dejarlos aparecer, entre la totalidad de los nobles concretos, como personas individualmente perfiladas. Es válido para el duque de Montmorency: la manera en que se hundió, descrita aquí como un ejemplo, ilumina de golpe ciertos rasgos de su persona, así como el desplazamiento de los ejes alrededor de los cuales oscilaban los movimientos sociales pendulares de las violentas luchas por el poder entre representantes de la nobleza y representantes del rey, que fue favorable a estos últimos. Asimismo se puede entender mejor la persona del duque de St. Simon o del duque de La Rochefoucauld, si uno advierte que éstos tendían a polos opuestos, dentro del campo de acción de que disponía, bajo Luis XIV, la alta aristocracia cortesana. La idea según la cual los estudios sociológicos aplanan y achatan la imagen de los hombres concretos como individuos, tiene cierta justificación, en tanto uno utiliza teorías y métodos sociológicos en la investigación para tratar los fenómenos sociales no como figuraciones de individuos, sino como fenómenos que existen fuera y más allá del individuo. La comprensión de la individualidad del hombre concreto se hace más aguda y profunda, cuando se le percibe como hombre en las configuraciones que forma con otros.

VIII. SOBRE LA GENESIS SOCIAL DEL ROMANTICISMO ARISTOCRATICO EN EL CURSO DEL ACORTESANAMIENTO

1. En la fase de transición donde se mezclan partes de la nobleza caballeresca de Francia con los elementos burgueses ascendentes y se transforman en una nobleza cortesano-aristocrática —primera fase del acortesanamiento de la nobleza—, se puede ya observar algunos fenómenos que a veces se atribuyen el más reciente desarrollo y —de modo especial— a los procesos de industrialización y urbanización industrial. En éstos, el pequeño taller artesanal independiente pierde la importancia que gana la fábrica por congregar muchos hombres en constante interdependencia. Los hijos de los campesinos y jornaleros emigran a las ciudades. Y en el recuerdo de ciertas capas se embellece por algún tiempo, la artesanía y el campesinado, como símbolos de un pasado mejor o de una vida libre y espontánea, y como contrafigura de las coaciones que ejercen las ciudades y los entramados industriales.

Parecidos sentimientos emergen también en el proceso de acortesanamiento y aun después, de un modo ininterrumpido, en la sociedad cortesana. Si se quiere tener una imagen de la nobleza cortesana bajo Luis XIV, se debe recordar que su estructura, organización y tipo de vida son un resultado de un proceso en cuyo desarrollo partes de la antigua nobleza precortesana se encontraron ante la alternativa o de seguir habitando en su propiedad rural, en estrechas e incluso frecuentemente míseras condiciones, además de ser víctimas del desprecio de la aristocracia cortesana por ser simples nobles rurales y provincianos, o de verse atrapados en las coacciones y complicaciones de la vida cortesana.

Pero los hombres que fueron tragados por el remolino de estos grandes cambios no percibían su destino como un resultado de un proceso social de largo alcance. Les era ajena la idea de un cambio de configuración cuya fuerza predominase sobre el poder de cualquier individuo concreto, aun del rey o de las más poderosas elites del país. Aun actualmente se habla con bastante frecuencia de la "época del absolutismo", como si el creciente poderío de los

señores centrales de cada país se debiese explicar principalmente en virtud de las hazañas de ciertos reyes o príncipes concretos. La cuestión acerca de la naturaleza de tal transformación social en conjunto que, más tarde o más temprano, puso en la mayor parte de los Estados de Europa continental, a disposición de los señores centrales, oportunidades de poder especialmente grandes, si se la plantea en general de un modo claro y preciso, tiene una importancia secundaria y, en el mejor de los casos, como trasfondo, comparada con las cuestiones referidas a las hazañas del algunos, a saber, los grandes hombres conocidos. No es de admirar que también los nobles, comprometidos hasta el fondo en el acortesanamiento, percibieran desde luego el paulatino desplazamiento de los ejes en el equilibrio de las tensiones e interdependencias globales en el Estado —desplazamiento que les era desfavorable—, como un resultado de los planes y acciones de ciertos hombres y grupos. Si uno se pone en su situación, no debe suponer que ellos tuviesen aquella comprensión de su destino que posiblemente uno posee ahora.

La transformación de la nobleza guerrera en cortesana, cuyo significado como paso del proceso civilizatorio europeo se expuso por extenso en otro lugar[1], constituye uno de los empellones que la alejaban paulatinamente de los sitios de producción directa de alimentos, de la agricultura y ganadería, que hoy, tal vez con algo de romanticismo, se designaría como "desenraizamiento" o "alienación" del campo. Y en efecto, hay resonancias románticas en la elaboración que de esta experiencia hace la nobleza cortesana. En la época de transición, los nobles que habían crecido todavía en las propiedades de sus padres, debieron acostumbrarse a la vida cortesana, más refinada, compleja y llena de relaciones, pero que, por eso mismo, exigía un control de sí mismo más estricto. Ya para los hombres y mujeres cortesanos de estas generaciones fue múltiple motivo de melancólica añoranza la vida campestre, el paisaje de su juventud. Y más tarde, cuando el acortesanamiento de la aristocracia fue un hecho consumado, cuando los miembros de la nobleza cortesana veían ya desde hacía tiempo, con franco desprecio a la nobleza rural, acampesinada e incivilizada, la vida rural continuaba, sin embargo, siendo un motivo de nostalgia. El pretérito asumió el carácter de una imagen utópica. La vida campestre se convirtió en el símbolo de la inocencia perdida, de la simplicidad y naturalidad sin cortapisas; se hizo la contrafigura de la vida cortesano-urbana, más atada, llena de deberes jerárquicos más complicados y de más fuertes exigencias para el autocontrol del individuo. Es cierto que en el decurso del siglo XVII, el acortesanamiento de porciones de la nobleza francesa estaba ya tan adelantado que las damas y señores cortesanos no se hubieran, en realidad, sentido particularmente bien, si, en efecto, hubiesen sido obligados a retornar a la vida rural de sus antepasados, comparativamente más ruda, incómoda y menos refinada. Pero en sus conversaciones sociales, en sus libros y en otras diversiones, no consideraban la vida campestre —la vida "natural"— como era en realidad. De acuerdo con sus convenciones sociales, ésta aparecía idealizada, como, digamos, una vifa bucólica que apenas tenía ya algo que ver con la vida bastante miserable de los pastores reales. También esto era un síntoma del creciente acortesanamiento de los guerreros, como lo fue antes la moda de las novelas de caballería del siglo XVI, a las que Cervantes intentó asestar el golpe de gracia con su grandiosa sátira. La figura del gran Amadís y todo el romanticismo caballeresco (los caminos de los conceptos de *roman* —novela— y romanticismo se separan sólo poco a poco) muestran a los orgullosos caballeros medievales en el crepúsculo de la añoranza por la vida caballeresca más libre y autoglorificada, que, dado el proceso de la creciente centralización de los Estados y, por consiguiente, también de la organización del ejército, ya están en decadencia. Del mismo modo, el romanticismo bucólico, prefigurado ya como motivo episódico en las novelas de caballería, pone de manifiesto la nostalgia de los nobles y sus damas, más o menos acortesanados, por la vida campestre, embellecida gracias al espejismo de la lejanía. Tal romanticismo ilumina la perspectiva desde el yo y el nosotros del acortesanamiento de la nobleza. Permite percibir la sensibilidad de los nobles, que primero se introduce al entramado de interdependencias más denso por la integración intensa del Estado, y exige un autocontrol mucho más regular, para hacerse después algo innato.

[1] Véase Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation,* t. II, pp. 351 y ss.

2. Investigando los impulsos cortesano-románticos se topa uno con el problema principal de aquellas conductas y formas de experiencia para designar a las cuales ha adquirido carta de ciudadanía el término "romántico". Hay muchos tipos de movimientos románticos. Pero carecemos todavía de una teoría central que sin-

tetice las peculiaridades estructurales comunes de tales movimientos en una paradigmática, de tal suerte que, en el trabajo sucesivo de las generaciones, pueda ser puesta a prueba y, según sea el caso, perfeccionarse, revisarse, mejorarse o ser reemplazada totalmente por una teoría central más en consonancia con los hechos. Sea de esto lo que fuere, la tradición de la historia ideológica todavía predominante, en virtud de la cual se describen las ideas comunes de ciertos grupos y su desarrollo, sin investigar sistemáticamente tales grupos, su estructura, situación y experiencia, en pocas palabras, sin un estudio sociológico sistemático, como si fuesen independientes de los hombres y, por así decirlo, flotasen en el aire, da al concepto de "romántico" el carácter de una clasificación bastante vaga, confusa y, con frecuencia, arbitraria. Se diagnostica que los productos artísticos y culturales de determinados grupos humanos pertenecen al "romanticismo", como si las actitudes "románticas" las trajese e hiciese desaparecer el viento, al cambiar de dirección. Se las describe como estados de ánimo y modos de pensar inestructurados que sobrevienen a los grupos humanos en ciertas épocas, por así decirlo, sin causa alguna. Se contenta uno con describir tales impulsos como si no pudieran ser explicados ni necesitaran aclaración alguna.

Lo que antes ha sido dicho sobre el proceso de acortesanamiento, sobre las crecientes coacciones —en especial, las vías de la autocoacción[2]—, durante la formación de Estados más grandes y más férreamente integrados, con una división de funciones y una prolongación en aumento de los eslabones de interdependencia, nos da la clave para explicar el fenómeno. Las corrientes cortesano-románticas forman parte de los impulsos relativamente tempranos de la integración estatal en auge y de la creciente urbanización que constituye uno de sus aspectos principales. Tales corrientes tienen ciertamente peculiaridades por las que se distinguen de las tendencias posteriores que son más bien de un romanticismo profesional-burgués. Pero no faltan características estructurales comunes que las acreditan a todas como manifestaciones de una misma transformación de largo alcance de la configuración global de los hombres, en cierta dirección y con formas fundamentales similares o recurrentes en los diversos estadios. Una de éstas es la actitud y tipo de experiencia a los que alude el concepto de "romántico". Las corrientes cortesano-románticas muestran tales actitud y tipo de experiencia en un estadio más primitivo, mientras que las del romanticismo profesional-burgués las ponen de manifiesto en una fase posterior de desarrollo. Existe allí una cierta continuidad temática. El romanticismo caballeresco es uno de los ejemplos más claros. Pero lo que vincula ambas tendencias en realidad son impulsos en el mismo sentido y situaciones de estructura similar de ciertas capas sociales. Tales empujones y situaciones recurrentes los produce la gran línea de la transformación global orientada en una misma dirección común: la creciente interdependencia de asociaciones humanas cada vez mayores y más diferenciadas. La evolución de Estados cada vez más centralizados desde arriba, con una mayor división de funciones, y de cortes principescas cada vez más grandes, o —en una fase posterior— de centros de gobierno y administración cada vez más amplios y totalizadores; el crecimiento de las ciudades capitales y comerciales, la monetarización, comercialización e industrialización en auge; todo ello no constituye más que aspectos diversos del mismo cambio general.

Sin embargo, una peculiaridad estructural de esta transformación de largo alcance de la convivencia humana, que, claramente perfilada, se pone de relieve en el estudio del proceso de acortesanamiento de los guerreros, escapa todavía de ordinario a la elaboracin conceptual. Dicha peculiaridad es la constante interdependencia de los movimientos de ascenso y descenso, de integración y desintegración, de renovación y decadencia en el decurso de este proceso global. Hoy en día, se trabaja habitualmente con un esquema demasiado simplificado de esta transformación social de largo alcance. La clasificación sociológica predominante de las capas sociales sigue yendo a la zaga de los conocimientos empíricos que poseemos, en parte precisamente porque los sociólogos e historiadores trabajan separadamente. En efecto, los historiadores no se preocupan lo suficiente por aclarar y precisar su aparato teórico y conceptual, y los sociólogos tampoco se esfuerzan bastante por elaborar teórica y conceptualmente los conocimientos históricos particulares que hoy en día son imprescindibles.

Así, uno se contenta de ordinario con un esquema básico de la estratificación social que pone a disposición del estudioso únicamente tres conceptos —o a lo sumo, cuatro— para investigar el desarrollo de la estratificación social: nobleza, burguesía, proletariado

[2] Véase Elias, N., *Über den Prozess der Zivilisation*, Berna y Munich, 1969, t. II, pp. 312 y ss.

y quizá, como de propina, el campesinado como estrato separado. Sobre esta base, se presentan entonces las vicisitudes de la evolución social de una manera extremadamente simplificada. Cuando la burguesía asciende —según parece— se hunde la nobleza; cuando el proletariado sube, se derrumba la burguesía. De esta manera se elabora el material de observación existente únicamente en función de que una de las formaciones sociales conocidas bajo dichos nombres desaparezca real o imaginariamente. Pero el mismo nombre oculta con frecuencia formaciones sociales de diverso tipo o, en otras palabras, distintos estadios del desarrollo social de conjunto. En absoluto es siempre cierto que los miembros de una capa de un tipo posterior que tiene el mismo nombre que otra capa de un tipo anterior, sean descendientes de los miembros de ésta. Como ya se ha dicho, parte de la nobleza cortesano-aristocrática de los siglos XVI y XVII se formó en Francia a partir de descendientes de familias plebeyas. Tampoco sucede siempre que capas de un mismo estadio, emparentadas por la estructura y la función, sean designadas con el mismo nombre clasificatorio de las capas afines de los estadios anteriores. Capas elitistas burguesas —como, por ejemplo, un patriciado burgués— pueden tener un considerable parentesco estructural con capas nobiliarias, y capas elitistas de Estados de trabajadores, con elites burguesas. La petrificación, indiferenciación y carga afectiva de los conceptos usuales para designar diversas capas sociales dificultan dar cumplida cuenta en la investigación de lo que tenemos ante nuestros ojos.

En consecuencia, sigue siendo de ordinario imprecisa la captación de los procesos que aquí nos ocupan. La promoción de un nuevo tipo de cierta capa social —en este caso, de una formación nobiliaria— puede, como es patente, ir acompañada de la ruina de un tipo más antiguo de la misma capa o, desde luego, de una capa designada con el mismo concepto, sin distinguir de modo claro y neto, entre los tipos ascendente y descendente de la capa social nominalmente idéntica. Y el ascenso de los señores centrales y sus representantes, como una formación social *sui generis*, durante largas luchas con los representantes de otras formaciones parciales de los mismos estadios de desarrollo, no encuentra normalmente en este esquema usual lugar alguno. La evolución de la configuración global que las diversas capas sociales interdependientes constituyen entre sí, y en la cual, como instancia coordinadora suprema, los señores centrales y los gobiernos de diverso tipo poseen siempre un peso específico en el equilibrio de tensiones, se oculta con frecuencia bajo conceptos tales como "el desarrollo del Estado", que se utiliza sin aclarar, respecto de las diversas capas sociales, la relación de los conflictos y cambios de poder con el desarrollo del sistema global que forman tales capas.

En Francia, como se ha mostrado, la gran línea de cambios de poder en la relación de las capas dirigentes y del crecimiento de una nueva formación nobiliaria —la cortesano-aristocrática—, al finalizar la Edad Media, estaba trazada con relativa claridad. Porciones de la antigua nobleza guerrera y señorial fueron decayendo en el curso de las crecientes centralización e integración del Estado, mientras que, a partir de fracciones de la antigua nobleza y de los descendientes de familias burguesas, se desarrollaba la nobleza cortesana como una formación aparte, cada vez más precisamente limitada, incluso frente a la nobleza no-cortesana. En otros países, la línea de esta evolución fue, con frecuencia, considerablemente más compleja. Así, por ejemplo, en el imperio alemán, fueron comparativamente bastante violentas y extremadas las oscilaciones pendulares del equilibrio de poder, ora a favor de la burguesía, ora de las formaciones aristocráticas. En el ascenso de las ciudades medievales se configuró una burguesía estamentaria, gremial y comercial que, en muchos casos, no sólo fue próspera y aun rica, sino que disfrutó habitualmente de cierto grado de autonomía e independencia política incluso frente a los príncipes y a la nobleza rural de su entorno. Hubo otras burguesías de este tipo en Europa, si se incluye las regiones marginales de Suiza y Holanda que le pertenecían a medias, y en todo caso, en Italia. Para decirlo con otras palabras, esta burguesía fue típica del desarrollo de la distribución de poder en el medieval imperio romano-germánico. Pero, al mismo tiempo, en la Edad Media tardía, partes de la nobleza guerrera se empobrecían en sus burgos de las regiones alemanas. A la manera de los guerreros, tomaban habitualmente con violencia lo que de otro modo no podían conseguir y, por tanto, pasaron a la historia como "caballeros-bandidos". Hay suficientes testimonios de la acrimonia de las frecuentes contiendas entre los habitantes de las ciudades y la nobleza rural, del desprecio de aquellos por los representantes arruinados de ésta, y de la irritación de los nobles por aquello que sentían como arrogancia de los burgueses que formalmente estaban muy por debajo de ellos. Resonancias de esta separación social particularmente acusada de ciudad y campo, de

burguesía y nobleza siguen oyéndose en muchas regiones alemanas —si bien no en todas— mucho después de que, en el proceso de la ulterior integración estatal a nivel de numerosos dominios territoriales, el lábil equilibrio de poder entre formaciones nobiliarias y burguesas había cambiado de nuevo en favor de las primeras —digamos, de una nobleza cortesana o, en general, de una nobleza de funcionarios y oficiales—, perjudicando a una burguesía de artesanos y comerciantes que ahora se veía de muchas maneras empobrecida y, por supuesto, relativamente supeditada e impotente en lo político, y cuyas capas dirigentes apenas constituían mayoristas y grandes comerciantes del tipo de los Fúcar y más bien grupos de funcionarios burgueses del Estado y, en parte, también cortesanos.

Pero, aunque en detalle, la evolución del equilibrio multipolar de tensiones entre las formaciones nobiliarias, burguesas y principescas sea muy distinta en los diversos países, es posible percibir con bastante claridad el cambio de la configuración global de los hombres, en el sentido de una diferenciación más elevada y rica de funciones y las correspondientes coordinación e integración más intensas y estables dentro de un determinado ámbito de poder. Sólo que, cuando se tiene en cuenta únicamente esta línea en sus diferentes aspectos, se suscita fácilmente la impresión de que se tratase de un proceso sin conflictos y por completo unilineal. Sólo cuando se tienen presentes las múltiples discontinuidades en la continuidad de la gran línea de desarrollo y las constantes simultaneidades de integración y desintegración, de ascenso y decadencia, de victorias y derrotas, se alcanza una imagen de este proceso ajustada a la realidad.

En el curso de esta transformación de las interdependencias humanas, las antiguas formaciones y posiciones sociales pierden sin cesar sus respectivas funciones sociales. Los hombres habituados a ellas o pierden su existencia social —mucho de aquello que a sus propios ojos daba sentido y valor a su vida— y se empobrecen; o se adaptan a las nuevas formaciones y posiciones ascendentes. Pero estos últimos están ordinariamente vinculados a un entramado de interdependencias más globalizante y denso que los que se quedan paralizados o se arruinan. Comparados con los hombres del estadio anterior respectivo, los miembros de las formaciones subsecuentes en ascenso son incorporados, por lo general de un modo organizado, en grandes asociaciones humanas que tienen contactos más numerosos, polifacéticos y lábiles. También sus dependencias directas e indirectas de los demás son en general más numerosas y polifacéticas. Las respectivas formaciones ascendentes exigen, en consecuencia, de sus miembros un autocontrol más amplio y diferenciado, en comparación con el que es necesario en las anteriores formaciones, agonizantes y en decadencia, para conservar una posición social elevada. De este modo, en la forma de la corte real absolutista, el aristócrata cortesano, más aún el rey cortesano, constituye, como se ha visto, con otros hombres una configuración más amplia, estable, integrada y rica en relaciones; éstos tienen una interdependencia directa e indirecta con mayor número de hombres que un caballero o un soberano medievales de un sistema de poder comparable. Lo mismo puede decirse de los oficiales nobles en el marco de los ejércitos y regimientos reales, comparados con el señor feudal que, con su propia gente y unos aprestos que él mismo había comprado, obedeciendo al llamado de su señor supremo, cabalgaba al campo de batalla y volvía a su casa con bastante frecuencia, cuando le parecía que la campaña había durado demasiado tiempo o había transcurrido el tiempo estipulado. Cabría decirlo en otro nivel, de comerciantes que continúan con sus negocios en el entramado cada vez más apretado de uno de los modernos estados comerciales e industriales. En el lugar de los relativamente autónomos propietarios de empresas pequeñas o medianas, aparecen como representantes principales del empresariado, directores y gerentes, comparativamente más dependientes, de las grandes empresas. Es asimismo válido dicho de los trabajadores y empleados de las grandes fábricas industriales, comparados con los artesanos y comerciantes preindustriales. Cuando se considera la distribución de poder entre gobernantes y gobernados, como si subsistiera totalmente en sí misma, se puede llegar fácilmente a la convicción de que los vínculos de interdependencia de los comerciantes y artesanos preindustriales en sus pequeñas empresas eran más fuertes que los de los trabajadores y empleados de las grandes empresas industriales. Pero para entender el proceso de largo alcance, del que se habla aquí, no basta considerar en sí mismos tales vínculos interdependientes de poder. Lo que importa en este contexto es que las cadenas globales de interdependencia que los hombres forman en los estadios anteriores respectivos del desarrollo, comparadas con las que constituyen a su vez en la siguiente fase, son menos numerosas, más cortas y por lo general también menos estables y menos fuertes. A partir de cierto grado de desarro-

llo, de cierta longitud, espesor y solidez de las cadenas de interdependencia, cambia el tipo de las coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros, de modo específico. Uno de estos rasgos diferenciales es un notable empujón en el sentido de una mayor transformación de las coacciones exteriores en autocoacciones. Precisamente este cambio juega un papel decisivo en la génesis de los movimientos románticos.

3. Podría ser útil mencionar al menos de paso, que aquí se encuentran algunos criterios de la evolución social que, en el futuro, podrían servir de base para comparar diversos estadios de desarrollo y, por tanto, para determinar también en cada caso, la dirección del desarrollo; y que hacen posible las correspondientes mediciones con la ayuda tanto de series de números, como de series de configuraciones. A estos criterios pertenece, como uno de los más simples, el número de los contactos rutinarios que los miembros de diversas capas o de diversos grupos de edad o sexo establecen en cierta fase del desarrollo social, comparada con otra. A tales criterios pertenecen igualmente el número, duración, espesor y estabilidad de las cadenas de interdependencia que los hombres concretos forman con otros individuos, dentro de un *continuum* espacio-temporal, en determinado estadio del desarrollo, comparado con fases anteriores o posteriores. A esos criterios pertenecen las escalas de nivel que permitirían calibrar mejor que hoy en día, los equilibrios centrales de tensión de una sociedad: el número de los centros de poder aumenta con la creciente diferenciación de funciones; la desigualdad en la distribución de poder —sin desaparecer— se reduce. Finalmente forman parte de los criterios dichos el respectivo estado de los tres controles fundamentales de los hombres en sociedad: el estado de los controles sobre el acaecer de la naturaleza extrahumana, el estado de los controles de los hombres entre sí y de cada individuo sobre sí mismo. También éstos cambian de un grado a otro, de modo característico, aunque de ninguna manera sólo en el sentido de un simple incremento o reducción.

El cambio estructural de las coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros y sobre sí mismos —para no mencionar sino éstos—, que cabe observar en el más reciente desarrollo social europeo, al comparar, por ejemplo, la situación de la nobleza medieval tardía con la de la aristocracia cortesana en Francia, o la de las capas burguesas gremiales de la Alemania preindustrial con la situación de las capas profesional-burguesas del mismo país, durante la progresiva urbanización, industrialización e integración del Estado, abre un camino para entender el fenómeno peculiar de la romantización de formaciones sociales funcionalmente en decadencia o ya muertas que llevaron a cabo los representantes de un estadio posterior de desarrollo. Es posible ordinariamente localizar tales acometidas de la romantización en ciertas capas elevadas, en especial en sus elites, cuyas reivindicaciones de poder, pese a su alta posición, no han sido satisfechas en lo esencial y que no pueden ser satisfechas sin destruir el régimen que les garantiza su posición superior. Se trata de capas elevadas que están más sometidas a fuertes coacciones de interdependencia y autocoacción civilizada, que las formaciones, y para las cuales, por consiguiente, los representantes de esos estadios anteriores de desarrollo se convierten en símbolos de una vida más libre, espontánea, sencilla, natural o, en todo caso, mejor; en representantes de ideales a los cuales tales capas aspiran, sin esperar ya que puedan realizarse en la vida social del presente o del futuro. La glorificación de los caballeros andantes en el curso del acortesamiento de la nobleza o —de manera individualizada— la glorificación de la medieval burguesía gremial, que es libre y se gobierna a sí misma, y, de nuevo, de los caballeros medievales, por ejemplo, en las óperas de Wagner, precisamente cuando las esperanzas de la burguesía alemana de obtener una mayor participación en el poder se han roto, y se refuerzan las coacciones de la integración del Estado junto con las de la industrialización, son ejemplos de dicha situación. En otras palabras, forma parte de los síntomas centrales de las actitudes e ideales románticos el que sus representantes vean el presente sólo como empeoramiento, a la luz de un pasado mejor, y el futuro —si es que piensan en alguno— como restauración del pasado idealizado mejor y más puro. Al preguntarse uno por qué la mirada de tales grupos romantizantes está vuelta hacia el pasado y por qué buscan el alivio de sus necesidades actuales en el retorno a un estadio pretérito de la evolución social, de la cual tienen precisamente una imagen romántica e irreal, se halla uno ante un conflicto específico que cabe llamar el conflicto básico de formas de experiencia romántica. Elemento constitutivo del carácter romántico de las actitudes humanas y de los productos culturales que las mismas expresan, es de ordinario el dilema de las capas elevadas, que si bien agitan sus

cadenas, no son capaces de romperlas sin poner en juego el orden social global que les asegura su posición privilegiada y, por lo tanto, los fundamentos de sus propios valores y su razón de ser. Es verdad que habitualmente existen otras posibilidades de resolver tal dilema. En la sociedad cortesana de Francia misma, precisamente en la época en la que el rey era capaz de tirar enérgicamente de las riendas del poder, en la época de Luis XIV —en cuanto puede verse—, las corrientes románticas desempeñaron un papel menos importante que en las épocas en las cuales los soberanos todavía no eran tan fuertes o se les habían ido de las manos las riendas, aunque tal vez las corrientes místico-religiosas tenían, en la corte de Luis XIV, una función similar. La posibilidad de identificarse con el "opresor" y las gratificaciones emocionales que otorgaba tal identificación en un período en que la fama del rey era grande y el poder de su reino formidable, las presiones señoriales y civilizatorias del acortesamiento podían haber sido más tolerables y más débiles los componentes negativos de los sentimientos ambivalentes.

Sea de esto lo que fuere, aquí debe bastar con bosquejar la estructura de este conflicto básico, a grandes rasgos. En él se expresa la fundamental ambivalencia de la sensibilidad de hombres pertenecientes a una determinada formación social. Con sentimientos positivos, con el orgullo de la propia superioridad social, por ejemplo, el autocontrol mayor, las maneras, la familia, la educación y formación mejores, se mezclan los sentimientos negativos frente al orden social existente, en especial, ante las coacciones del poder, que sentimentalmente son localizadas en determinados grupos o personas de alto rango, o, cuando el sentimiento de la propia impotencia y lo inevitable de las coacciones es demasiado fuerte, encuentran su expresión en un malestar no perfectamente ubicado, en las formas de un pesimismo romántico, y de ordinario también en sentimientos negativos contra las autocoacciones civilizatorias, que, por cierto, son igualmente inevitables. En muchos casos, estos sentimientos negativos no llegan en absoluto, como tales, a aparecer claramente en la consciencia. Son socialmente peligrosos, cuando se dirigen contra personas o grupos elevados y poderosos, y totalmente invivibles cuando se orientan contra las autocoacciones, contra las normas sociales asimiladas por la propia persona, que son, por cierto, digamos, en la forma de las buenas maneras, normas, valores, ideales, o de la buena conciencia, asimismo una parte integrante, muy estimada y tanto personal como socialmente imprescindible, del "yo" y de la autoestima. Una de las formas en las que tales sentimientos pueden expresarse es la proyección de los ideales propios en una imagen utópica de una vida mejor, más libre y natural en el pasado. La luz peculiarmente romántica en la que se envuelve el pasado, la luz de una añoranza invivible, de un ideal inalcanzable, de un amor irrealizable, constituye el reflejo del conflicto del que ya hablábamos, de hombres que no pueden destruir las coacciones bajo las cuales padecen, provengan del poder o de la civilización o de una combinación de ambos, sin acabar con la base y distintivo de su posición social elevada y con lo que da, a sus propios ojos, valor y sentido a su vida; sin destruirse a sí mismos.

Con este modelo tentativo de las relaciones entre una forma de experiencia específica y una configuración concreta de hombres que tienen esa experiencia, es cierto que se pone de manifiesto tan sólo una parte de las relaciones reales que actuaron en la génesis social de las oleadas románticas. Pero ya con este modelo limitado es posible contribuir a sacar de su aislamiento las contracorrientes románticas en la aristocracia cortesana francesa, y a iluminarlas mediante la comparación con otras contracorrientes de similar estructura, en formaciones sociales de un grado de evolución distinto. Piénsese por ejemplo en la burguesía de Alemania bajo Guillermo I. También aquí se encuentran contracorrientes románticas bastante acusadas. Como la nobleza francesa en el curso de la comercialización y acortesanamiento creciente, también la burguesía alemana, asimismo en el curso de una comercialización, industrialización y finalmente de una integración estatal cada vez mayores, que se notaban con bastante nitidez desde comienzos del siglo XIX, se encontraba metida en un movimiento donde las interdependencias de los participantes se prolongaban y se hacían más densas, y la presión social para la creación de autocontroles del individuo más estables, uniformes, amplios y diferenciados, se elevaba notablemente a empellones. Ambas capas eran ciertamente en muchos aspectos extraordinariamente diferentes. Pero distintas como eran, consideradas en conjunto, la manera como estaban incorporadas en la configuración global de su sociedad estatal manifiesta ciertos rasgos estructurales semejantes. En ambos casos, se trata de capas elevadas, cuyo orgullo y deseo de prestigio iban acompañados de una amplia exclusión de las funciones supremas

del poder y de las decisiones estatales con ellas vinculadas. En ambos casos, dudosas reivindicaciones de dominio y poder iban de la mano con un claro y acentuado carácter de súbditos, que estaba profundamente enraizado en los hombres. En ambos casos, se trataba de capas dentro de las cuales todo individuo se encontraba involucrado en una constante, aguda e inevitable lucha de competición que, eliminados los medios de la fuerza física y precisamente por esto, sólo podía enfrentarse con máxima circunspección, con un continuo autocontrol de los afectos; y los individuos que no competían o que perdían el autocontrol y obraban impulsivamente bajo la presión de fuertes sentimientos, debían esperar fracasar socialmente y, con bastante frecuencia, perder su posición.

Tampoco en estas capas profesional-burguesas, especialmente en sus elites artísticas y académicas, faltaban tendencias románticas. Pero en este caso, el amor por el más hermoso pasado y la nostalgia utópica de su restauración se asociaban con un cierto sentido de su historicidad. A diferencia de estas oleadas románticas posteriores más profesional-burguesas, los cortesano-aristocráticos carecían todavía de una vinculación con un rico tesoro de saber histórico y la correspondiente consciencia del tiempo. Proyectar deseos irrealizables de liberación de las agudas coacciones de interdependencia por parte del poder, la civilización y otras instancias, en la imagen de grupos humanos que pertenecen a un estadio anterior, más simple y menos diferenciado de la evolución social, permite que estos grupos aparezcan ciertamente a la percepción de la sensibilidad, como encarnaciones de altos valores que en el presente se han hecho inalcanzables; pero la capacidad de alejarse del presente en este estadio de desarrollo, aún demasiado pequeña para localizar con cierta claridad en otra época histórica, las situaciones sociales y las figuras individuales cuya imagen sirve de receptáculo a la añoranza. Así sucede, el siglo XIX, por ejemplo, con la imagen de los caballeros medievales y los maestros artesanos. Los caballeros de las novelas de Amadís o, poco más tarde, los pastores y pastoras en las que los miembros de la nobleza francesa sueñan, cuando aumenta el acortesamiento, son figuras ideales de hombres actuales vestidos de manera algo distinta.

Pero, con o sin perspectiva histórica, es común a estos impulsos románticos el carácter de síntoma de necesidades afectivas específicas que se relacionan con el tránsito a un entramado de interdependencias cada vez más globalizante y diferenciado y, como se ha dicho, a las respectivas y más diferenciadas coacciones del poder y autocoacciones; en virtud de éstas, las explosiones afectivas, las conductas emocionales incontroladas se convierten en un peligro cada vez mayor para el que actúa de ese modo, esto es, se ve amenazado de manera creciente por el fracaso social, los castigos del Estado y los remordimientos de conciencia. Uno intenta, con el corazón angustiado, tanto aquí como allí, salvarse de la presión de tales coacciones mediante imágenes utópicas de hombres de épocas anteriores a los que uno siente capaces todavía de vivir más libre, simple, naturalmente y menos oprimidos por las coacciones que uno mismo sufre. Así pues, tales impulsos tienen en común también la inclinación al balance específico de la percepción romántica: para los hombres de tendencia romántica, los rasgos valorados negativamente y magnificados aparecen en el primer plano de la imagen del propio presente, del que dichos individuos huyen; lo que su tiempo, comparado con anteriores etapas, ha ganado, pasa, empequeñecido, al trasfondo de la imagen. En la imagen de los grupos humanos idealizados, pertenecientes a anteriores fases de desarrollo, donde proyectan ellos sus propios deseos, en cambio, todo lo que añoran y consideran como la contrapartida de los rasgos indeseables de su propia sociedad aparece, engrandecido, en primer plano, y todo aquello que les repugnaría, si lo conocieran, se difumina en el fondo oscuro.

Las funciones que las imágenes ideales de la vida campestre cumplían en la sociedad cortesana del *ancien régime*, ejemplifican el papel de una época anterior perdida como contrafigura de las coacciones y carencias del propio tiempo. Con el recuerdo de una sencilla vida campestre se asocia con frecuencia el ideal de una libertad y espontaneidad que existieron un tiempo y que ahora se han esfumado. Algunos motivos ideológicos de este tipo, en especial la idealización de la naturaleza vivida como campo que refleja primero en los círculos cortesano-aristocráticos y, el siglo XVIII, en parte, en las elites burguesas intelectuales, la rigidez de las coacciones de interdependencia al incrementarse la diferenciación e integración sociales, perduran, el siglo XIX, como motivos estables de la tradición romántica profesional-burguesa.

El papel que el concepto de "naturaleza" juega en las ideas de Rousseau, es interpretado a veces como un simple preludio del romanticismo burgués, por cuanto Rousseau mismo es de origen burgués. Pero la difusión de su fama y sus ideas debe no menos a

la resonancia que sus pensamientos tuvieron en los círculos cortesano-aristocráticos, en el *monde;* y apenas puede entenderse este eco sin referirlo a la idealización de la naturaleza y a su empleo como contraste de las coacciones de la corte y de la urbanidad social, que pertenecen a los temas recurrentes en la tradición de los círculos cortesano-aristocráticos. Cuando se relaciona la romantización de sociedades agrarias y de sus figuras permanentes, sus guerreros, pastores o campesinos, con la separación creciente del campo en el proceso de la urbanización progresiva, y con todo el conjunto de transformaciones, al que pertenece la urbanización, no debe uno olvidar que también el acortesanamientos de los guerreros, la formación de cortes principescas cada vez más grandes y con mayor número de hombres, en consonancia con la progresiva integración estatal de zonas de dominio cada vez más amplias, forma parte de este contexto, como fase previa y temprana de la urbanización. Pese a todas las discontinuidades, hay, sin embargo, líneas de vinculación que llevan de la romantización cortesano-aristocrática de la vida campestre y de la "naturaleza" a la romantización urbana profesional-burguesa.

Tal vez ayude a entender tales problemas el añadir que cabe observar en capas elitistas ya desde hace mucho tiempo y, recientemente, también en capas cada vez más amplias, formas no románticas para resolver los problemas del creciente distanciamiento de la vida "campestre" en el proceso de la urbanización progresiva. Esquiar, alpinismo y otros numerosos tipos de deporte y actividades en el tiempo libre, sobre todo los regulares viajes de vacaciones de círculos urbanos cada vez más amplios, forman parte de este contexto. Como antaño las damas y señores cortesanos llevaban consigo su cuño cortesano en sus juegos bucólico-campestres, así también los hombres de las sociedades industriales más desarrolladas llevan ahora su cuño urbano a las montañas, al mar, al campo. Pero en este último caso, uno no se disfraza. Ya no se sueña en un mundo desaparecido. A este "retorno a la naturaleza" le falta la nota de nostalgia y añoranza. Ya no es utilizado como compensación de la frustrada actividad política, ni como salida sin riesgo de las opresoras coacciones del poder, ni como evasión para súbditos sin participación política en los supremos monopolios del poder.

En la sociedad cortesana del absolutismo francés, la actitud frente a la "naturaleza" y la imagen que se forma de ésta es, de ordinario, expresión de una oposición simbólica a las coacciones del poder y la corte reales, que se han hecho inevitables; de una oposición que, durante la vida de Luis XIV y posteriormente, sólo podía manifestarse en cuchicheos y con un disfraz simbólico.

St. Simon, describiendo los jardines de Versalles, que considera de mal gusto, hace una observación bastante instructiva respecto de tales relaciones:

> "Allí —escribe[3]— constituía un placer para el rey tiranizar a la naturaleza y domarla con arte y dinero en cantidad... Uno se siente asqueado por la violencia que, en todas partes, se ha hecho a la naturaleza."

St. Simon apenas pertenece a los círculos de tendencia romántica de la sociedad cortesana. Como se ha visto, él juega con frecuencia un juego político bastante osado y en el fondo, bastante inútil, pero, sin embargo, siempre muy consciente de su meta, cuanto es posible en el marco de una corte gobernada autocráticamente. Por lo demás, él encuentra una válvula de escape para la frustración provocada por el poder real y las coacciones de la corte real, en la redacción de sus memorias al principio secretas. Allí él presenta, a su manera peculiar, un espejo para que se miren el rey y la corte, y dice muchas cosas que, durante la vida del gran rey, no podía expresar en voz alta. La observación citada muestra lo grande en lo pequeño; ilumina la relación entre estructura de poder, por un lado, y, por otro, la arquitectura de los parques y la sensibilidad ante la naturaleza. La sensibilidad que engendra su propia estrecha posición social, aguza la mirada de St. Simon para percibir tales relaciones.

El se da cuenta de que en el gusto del rey y en la manera en que éste y sus encargados configuran los jardines y parques, se manifiestan las mismas tendencias que en la conducta del rey frente a la nobleza y a sus súbditos en general. St. Simon se defiende tanto de unas como de otras. Responde al gusto del rey que los árboles y plantas de sus jardines se agrupen en figuras nítidas y fácilmente perceptibles, como los hombres de la corte en el ceremonial. Las copas de los árboles y de los arbustos deben ser podadas de tal modo que desaparezca todo vestigio de un crecimiento desordenado o incontrolado. Los caminos y los arriates deben estar situados

---

3 St. Simon, *Memorias,* trad. de Lotheisen, t. II, p. 89.

de tal manera que la estructura de los jardines ostente una nitidez y elegancia de disposición iguales a las de la estructura de las construcciones reales. En la arquitectura de los edificios y jardines; en el perfecto dominio del material; en la absoluta inspeccionabilidad y ordenación de lo domado; en la plena armonía de las partes con el todo; en la elegancia en movimiento de la ornamentación, que constituye la contrapartida de los movimientos elegantes del rey, de las damas y los señores cortesanos; en la excepcional grandeza y amplitud de las construcciones y los jardines que, aparte cualquier fin práctico, sirve también a la autopresentación del poder real, se encuentra un acceso a los ideales del rey quizá más completo que el de su control y dominación de los hombres. Es comprensible y asimismo sintomático el hecho de que St. Simon, duque y hombre de la alta nobleza francesa, quien —si hemos de creer a sus palabras— no se resignó nunca a ser tratado más o menos como un súbdito igual a todos los demás, aborrezca la arquitectura de los jardines del rey, tiranía sobre la naturaleza. Su gusto se inclina más a la forma de los jardines y parques ingleses, que deja espacios considerablemente más amplios al crecimiento de los arbustos, árboles y flores, y que, por cierto responde también al gusto de las capas elevadas de una sociedad donde los reyes y sus representantes no estaban en situación de erigir a la larga, un poder autocrático o absolutista.

4. Se puede seguir con bastante claridad en el desarrollo de la nobleza francesa, a partir del siglo XVI, esta relación entre la configuración de los hombres y su sensibilidad ante la naturaleza. En la primera época del acortesanamiento, el sentimiento por alejarse de la vida campestre responde al hecho de haber sido arrancado de la propiedad rural, y la añoranza de un mundo desaparecido, frecuentemente a una experiencia muy real:

> "¡Ay!, y a nosotros, que pasamos la vida
> en la desconocida orilla de un río extraño,
> nos impulsa en seguida la desgracia a cantar estos versos tristes..."

Tales son las palabras de Joachim du Bellay, uno de los grandes líricos franceses de la primera mitad del siglo XVI (1522-1560). Este "desenraizamiento" del campo en el proceso del acortesanamiento y la melancolía que inspira, se expresan aún más claramente en los siguientes versos de Du Bellay, que es mejor escuchar en su propia lengua[4]:

> "Quand revoiray-je, hélas, de mon petit village,
> Fumer la cheminée, et en quelle saison
> Revoyrai-je le clos de ma pauvre maison?
>
> Plus me plaist le séjour qu'on basty mes ayeux
> Que des palais romains le front andacieux...
> Plus mon Loyre gaulois que le Tybre latin,
> Plus mon petit Lyré que le mont Palatin
> Plus que le marbre dur me plait l'ardoise fine,
> Et, plus que l'air romain, la doulceur angevine"*.

Se escucha la queja del noble, condenado a vivir en la ciudad capital, y la añoranza del corazón oprimido que poco a poco uno aprende a entender como nostalgia romántica. Se trata de un anhelo que no puede de ninguna manera realizarse. La vida en el gran mundo de la ciudad capital se hace imprescindible. Sus coacciones oprimen; pero aun cuando la jaula estuviese abierta, no es posible escapar de ella, pues los vínculos que mantienen preso al cortesano en el gran mundo, son un pedazo de sí mismo. Podría retornar a la casa de sus ancestros, pero lo que busca no lo encontraría allí. La vida campestre libre de su niñez se ha convertido en un sueño, como su infancia misma. Aun el más grande de este ejército de poetas del siglo XVI, que ya sabe vivir totalmente como cortesano y que tiene una mentalidad absolutamente monárquica, Ronsard (1524-1585), punto central de la famosa Pléyade, escribe describiendo su juventud[5]:

> "Je n'avais pas quinze ans que les monts et les bois
> et les eaux me plaisaient plus que la Cour des Rois"**.

[4] Lemonnier, *La France sous Henri II, Hist. de Fr.*, t. V, p. 294.

* ¿Cuándo, ¡ay de mí!, volveré a ver la chimenea humeante de mi pequeño pueblo, / y en cuál estación volveré a mirar el huerto de mi pobre casa? / Más me place el refugio que han construido mis antepasados, / que la fachada audaz de los palacios romanos... / Más mi Loira de Galia que el Tíber latino; / más mi pequeño Lyré que el monte Palatino; / más que el duro mármol me agrada la pizarra fina, / y más que el aire romano, la dulzura angevina.

[5] Lemmonier, op. cit., p. 295.

** Todavía no tenía quince años y ya los montes y los bosques / y las aguas me gustaban más que la corte de los reyes.

Esta nostalgia por la patria campestre y "natural" perdida, contraste de la vida urbano-cortesana con sus coacciones, se convierte de ahora en adelante en un motivo permanente. Después de Ronsard, y ya con tonos más fuertes que éste, un miembro de la siguiente generación, Desportes, canta en sus *Bergeries* (Poesías pastorales)[6]:

"O champs plaisans et doux! Ô vie heureuse et sainte!
Où, francs de tout soucy, nous n'avons point de crainte
d'estre accablez en bas, quand, plus ambitieux
d'honneurs et de biens, nous voisinons les cieux!
O gens bien fortunez, qui les champs habitez,
sans envier l'orgueil des pompeuses citez!"*.

La queja por lo que uno perdió al verse obligado a abandonar la vida campestre, se hace cada vez más enfática y más concreto el contraste entre ciudad y campo. Todavía no ha alcanzado ni con mucho su punto culminante la urbanización, el acortesamiento y la incorporación de los hombres nacidos en el campo en las "pompeuses citez"[7], pero ya se ve cómo se crea lentamente aquella situación humana que, aunque no aparece siempre directamente, constituye, sin embargo, un elemento eficaz, a través de todo el *ancien régime*, para determinar la forma y experiencia de los cortesanos, así como los estilos de la corte desde la época de Enrique IV hasta la de Luis XIV e incluso posteriormente. Aquí, donde se hace cada vez mayor el hastío del esplendor y honor de la corte, adquiridos al precio de la propia esclavitud, donde se refuerza el ideal que nace de ella, de la sencilla vida natural hacia la cual se tiende en vano los brazos; donde esta situación incesantemente producida se recrea en un nuevo escenario y es captada, por así

[6] Véase Desportes, *Oeuvres complètes*, publicadas por A. Michieles, 1858, pp. 435-437.

* ¡Oh campos placenteros y dulces! ¡Oh vida feliz y santa, / donde, libres de todo cuidado, no tenemos ningún miedo / de ser echados por tierra, cuando ambicionando / más honores y bienes, nos acercamos a los cielos! / ¡Oh gentes bienhadadas que los campos habitais, / sin envidiar el orgullo de las ciudades pomposas!

[7] Véase también De Vaissière, *Gentilshommes Campagnards*, p. 175, donde se cita toda una serie de ejemplos de la tendencia de la nobleza "à faire ès villes sa demeurance", y se muestra cómo los plebeyos se encontraban primero en un movimiento opuesto, pues fijaban, para llevar una vida "nobiliaria" y limpiarse totalmente de su origen plebeyo ("se nettoyer de toute roture"), su residencia en el campo, para verse después, en parte, empobrecidos y aparecer, como nobles empobrecidos, en la corte.

decirlo, *in statu nascendi*, es posible percibir con particular claridad las relaciones entre el cambio de la configuración y la modificación del tipo de experiencia de los hombres que la constituyen.

El desarrollo de la imagen humana de aquello que vivimos como "naturaleza" es un aspecto de la evolución global de la sociedad humana. Aquí vemos una sección. La gran masa de los guerreros y señores medievales vivían aún sin gran distanciamiento, en medio de los campos, cortes y aldeas, de los ríos, montes y valles. Todo esto pertenecía a su espacio vital cotidiano. Todavía no lo experienciaban como naturaleza, como paisaje, desde una distancia más o menos grande respecto de ello. Sólo en el curso del acortesanamiento y de la urbanización, campos y aldeas, llanuras y montañas se convirtieron en una imagen de contraste que uno veía desde la lejanía. Y cuanto más firme se hacía la corte absolutista, tanto más fuerte y concretamente la imagen de la naturaleza tomaba ciertamente el carácter de paisaje, pero asimismo de un paisaje donde se reflejaba la sociedad respectiva. En los cambios de la pintura cortesana —por ejemplo desde Poussin hasta Watteau— se puede seguir bastante bien el papel de la naturaleza en la forma del paisaje e incluso de ordinario, como escenario para los hombres, como contraste y reflejo de la correspondiente situación de la sociedad cortesana. Todas las actitudes y estados de ánimo que la vida cortesana suscitaba, por ejemplo la reserva consciente y los gestos artificiales, exigencia del valimiento en esta sociedad, la gravedad pomposa y heroica o la gracia ligera, todo ello se traslada desde ahora a la imagen de la naturaleza campestre, a la configuración del paisaje. Bajo las manos de los pintores cortesanos, la naturaleza, como bambalinas de la vida cortesana formadas por la añoranza, se convierte primero en un paisaje clasicista, después en barroco y finalmente en rococó, en plena correspondencia con el desarrollo mismo de la corte y de la sociedad cortesana.

El siglo XVI, todavía podía ser dudoso que el acortesanamiento era inevitable. Tal vez parecía aún posible una irrupción a través del aparato cortesano. Pero aun entonces, para muchos hombres, la vida cortesana ya no es simplemente un ropaje que se les ha obligado a vestir desde fuera y del cual pueden despojarse mediante la vida campestre; la máscara ya se ha convertido en el verdadero rostro de muchos hombres, en una parte esencial de su propia autoestimación, de su orgullo y de sus satisfacciones. Sólo que el conflicto, la actitud ambivalente frente a la vida cortesana, está to-

davía más en la superficie. Se lo siente, por ejemplo, en Desportes, cuando canta[8] acerca del hombre que

"Ne vend sa liberté pour plaire
Aux passions des princes et des rois...
L'ambition son courage n'attise;
D'un fard trompeur son âme il ne deguise,
Il ne se plaist a violer sa foy;
Des grand seigneurs l'oreille il n'importune,
Mais en vivant content de sa fortune,
Il est sa cour, sa faveur et son roy"*.

5. En la época de Enrique IV, ya no hay escapatoria posible. Al héroe de una sátira sobre el noble, un barón de Foeneste, se le pregunta "cómo se presenta uno en la corte". Lo primero que responde es que debe uno estar bien vestido según la moda de tres o cuatro señores que dan el tono, y en seguida enumera con todo detalle cómo debe uno vestirse[9]:

"Il faut un pourpoint de quatre ou cinq taffetas l'un sur l'autre, des chausses comme celles que vous voyez, dans lesquelles tant frise qu'escarlatte je vous puis assûrer de huit aulnes d'estoffe pour le moins, puis après il vous faut des bottes, la chair en dehors, le talon fort haussé, avec certes pantoufles fort haussées encore, le surpied de l'esperon fort large et les soulettes qui enveloppent le dessous de la pantoufle... mais il faut que l'esperon soit doré... Puis, quand, dans cette tenue, vous estes arrivé, dans la cour du Louvre —on descend entre les gardes, entendez— vous commencez à rire au premier que vous rencontrez, vous saluez l'un, vous dites le mot à l'autre: 'Frère que tu es brave, espanoui comme une rose; tu es bien traité de ta maistresse; ceste cruelle, ceste rebelle rend-elle point les armes à ce beau front, à ceste moustache bien troussée: et puis ceste belle grève, c'est pour en mourir'. Il faut dire cela en démenant les bras, branlant la teste, changeant de pied, peignant d'une main la moustache et d'aucunes fois les cheveux"*.

[8] Desportes, *Oeuvres complètes*, p. 431.

* No vende su libertad para complacer / las pasiones de los príncipes y reyes... / La ambición no atiza su coraje; / no disfraza su alma con un brillo engañoso, / ni le gusta violar sus compromisos; / no importuna el oído de los grandes señores. / Pero viviendo contento con su suerte, / él es su corte, su favor y su rey.

[9] Agrippa d'Aubigné, *Les Aventures du Baron de Foeneste, Oeuvres Complètes,* editadas por Réaume y Caussade, París, 1887, pp. 395-96.

Aún ahora se usa a veces la expresión: un hombre "comme il faut". Aquí se encuentra uno con un lugar social de origen en la sociedad cortesana. Para conservar posición, estimación en la violenta competición por la consideración y el prestigio en la corte, para no ser víctima de la mofa, del desprecio, del desprestigio, debe uno subordinar su propia apariencia y conducta en una palabra, su propia persona, a las fluctuantes normas de la sociedad cortesana, que ponen de relieve de manera creciente, la peculiaridad, la diferencia, la distinción de los miembros de la sociedad cortesana. *Debe* uno vestir determinadas telas y calzar determinados zapatos. *Debe* uno moverse de un modo totalmente determinado, característico de los miembros de la sociedad cortesana. Aun la sonrisa está formada por la costumbre cortesana.

Este "debe uno" que, en la corte, incluye cada vez más toda la vida de sus miembros, muestra de una manera muy gráfica tanto el mecanismo como la intensidad de la coacción a la que estaban sometidos los hombres que afluían a la corte y vivían en ella. Es cierto que también en los estadios anteriores de desarrollo, se da con bastante frecuencia, un código de comportamiento que obliga, por ejemplo, a la nobleza guerrera de la Edad Media, principalmente en las cortes territoriales y reales de las centurias precedentes. Pero las coacciones, así como la organización general de estas capas anteriores, de estas cortes de una etapa anterior, no estaban todavía ordenadas tan firmemente, que no tuvieran escapatoria posible.

* "*Necesita un jubón de cuatro o cinco paños de tafetán, uno sobre otro*; calzas al igual que las que se ven, en las que tanto de frisa como de escarlata os puedo asegurar de ocho anas de lienzo por lo menos; además necesitará botas, la carne toda por fuera, el talón bien alto, y por cierto pantuflas más altas todavía, el sobrepié de la espuela muy cumplido, y las polainas envolviendo la parte inferior de las pantuflas (...) pero es necesario que la espuela sea dorada. (...) Después, cuando de esta guisa hayáis llegado al patio del Louvre —se desciende entre la guardia, por supuesto—, comenzad por sonreír al primero que encontréis, saludad a uno, dirigid la palabra a otro: 'Hermano, ¡qué bien estás, fragante como una rosa!; tu amante te trata bien; la cruel, la revoltosa, ¿no se ha rendido a los encantos de tu bello semblante, de ese bien poblado bigote?; y además, esta linda armadura, es para morirse'. Hay que decir todo esto agitando los brazos, moviendo la cabeza de un lado a otro, descansando sobre uno y otro pie, atusándose el bigote y, algunas veces, pasándose la mano por los cabellos."

6. Nada hay tan vano, cuando se trata de procesos sociales de largo alcance, como el intento de determinar un comienzo absoluto. Cuando se considera la historia, como sucede a veces todavía hoy, como si se tratase de una cadena de ideas propias de las elites que escriben libros, entonces es fácil y con seguridad también muy divertido jugar un juego erudito de salón, donde gana quien encuentra en un libro una cita que, según se comprueba, expresa una cierta idea anterior a la que hasta entonces había sido aceptada por los demás jugadores, basándose en los libros que habían citado. El libro más antiguo es entonces concebido como el "principio" de la idea y su autor como el auténtico creador. Cuando se tiene presente, como espina dorsal y centro del proceso histórico, el cambio de las configuraciones que los hombres interdependientes forman unos con otros, se puede entonces entender mejor que es vana la búsqueda de comienzos absolutos, aun tratándose de ideas consignadas en libros. En este *continuum* de individuos que viven en grupos, vinculados unos con otros, no hay ningún punto donde algo —trátese de una cierta agrupación de hombres, de una configuración o de ideas humanas y otros productos individuales—, como absoluto principio proceda, por así decirlo, de la nada o, lo que es lo mismo, de la inexplicable fuerza creadora de un hombre concreto. Lo que, por el contrario, sí puede observarse y ser corroborado con pruebas, son los comienzos relativos, a saber, los saltos y discontinuidades susceptibles de aclarar la transformación, larga, con frecuencia bastante paulatina y siempre asimismo continua, de las agrupaciones humanas y sus productos. Ejemplo de ello es el desarrollo de la corte real francesa y de la configuración de los hombres en la corte. Como modelo explicativo puede servir para seguir trabajando sobre tales cuestiones, precisamente porque la configuración de los hombres en la corte se relaciona íntimamente con la organización general del poder, con la configuración global de los hombres, a la cual pertenece, en cada caso, la corte principesca como *un* órgano central y cada vez más como *el* órgano central. La organización de la corte real francesa bajo Enrique IV es el resultado de un largo y continuo desarrollo con muchos saltos parciales, reformas y reorganizaciones hechos por detentores concretos del poder, desde sus perspectivas relativamente de corto alcance. La configuración de los hombres en la corte, la estructura de las interdependencias en las que están imbricados, el tipo de las coacciones a las que se encuentran sometidos, se deriva, en cierto aspecto y de modo continuo, de las configuraciones, interdependencias y estructuras coactivas de las fases previas. Pero nuestros medios lingüísticos son aún tan inadecuados, que habitualmente lo único que nos queda es el uso de comparativos para expresar las diferencias de agrupación, experiencia y conducta humanas, en los diversos estadios del desarrollo social; de expresiones tales como "más" o "menos", de tal suerte que se suscita la impresión de que se trata únicamente de diferencias cuantitativas. Marx —siguiendo a Hegel— intentó resolver tales problemas mediante formulaciones como la del cambio de la cantidad en calidad. No cabe duda que ello constituyó en su tiempo un importante avance conceptual. Las formulaciones conceptuales de Hegel y Marx representan un audaz intento de seguir desarrollando nuestro instrumental conceptual en la dirección de una captación conceptual más clara y precisa de la relación entre continuidad y discontinuidad en el cambio de las agrupaciones humanas, tal como se las puede observar en realidad. Pero no hay ninguna razón por la cual debamos permanecer para siempre aferrados a los modelos experimentales que ellos han elaborado. Estos modelos son aún muy especulativos. La base empírica a partir de la cual fueron forjados hace más de una centuria era estrecha e incierta, comparada con los conocimientos empíricos de que disponemos hoy en día, para construir tales modelos. Y cuanto más se rellenan las lagunas del saber, tanto más necesario y posible resulta buscar las respuestas a tales problemas en el más íntimo contacto con el saber empírico.

Dentro de sus límites, el desarrollo de la corte francesa y de la sociedad cortesana en Francia se adecua bastante bien, como material empírico, a tal tarea. En parte, precisamente porque esta evolución apenas tiene ya una relación directa con las agudas luchas de nuestra propia época y porque, en consecuencia, se la puede contemplar más fácilmente sin ningún compromiso emocional. En el desarrollo de la corte francesa, tenemos que tratar de una línea concreta, pero central, de la evolución global de una sociedad estatal determinada. Como esta última, también el desarrollo de la corte se muestra como un proceso continuo, si se lo investiga desde una distancia suficiente, digamos desde la época de los Valois hasta la de Luis XIV. La organización de los cargos de la Casa y séquito reales se va haciendo más diferenciado a lo largo de los siglos. Funciones domésticas y de gobierno, que al principio, sin diferenciación acusada, eran ejercidas por la misma persona, se se-

paran y constituyen diversos tipos de cargos. La misma jerarquía de los cargos adquiere muchos grados. El número de los cargos aumenta. Hay retrocesos, pero la gran línea de evolución continúa, aparte breves oscilaciones, hasta muy entrado el siglo XVII, en una dirección. En este sentido, no puede dejar de reconocerse que hay continuidad en el proceso.

Se puede intentar reflejarla mediante adjetivos comparativos, pero éstos dan fácilmente la impresión de que sólo se trata de una transformación relativa de cantidades. Ello responde en buena parte a que nuestros medios lingüísticos y conceptuales están relativamente poco desarrollados. De lo que en realidad se trata es de un cambio paulatino de la agrupación de los hombres en la corte, o, si se quiere decir de otra manera, de la estructura de la corte. Si actualmente nuestros lenguaje y pensamientos están organizados de tal manera que, para formular lingüísticamente el cambio en la configuración de los hombres que forman la corte, estamos obligados a abstraer aspectos de esta figura de las relaciones humanas, que pueden expresarse mediante adjetivos comparativos y, por lo tanto, en apariencia, como determinaciones meramente cuantitativas, esta limitación de nuestros actuales medios de expresión no debe, sin embargo, hacernos olvidar que el proceso, que se intenta determinar conceptualmente mediante este tipo de abstracción, es en realidad una trasformación en la configuración que los hombres forman entre sí y en la estructura de su entramado de interdependencias. Pero este cambio de configuración sólo puede captarse conceptualmente en cuanto tal. Sean cuantos fueren los aspectos particulares de "más o menos" que puedan abstraerse de esta estructura, sin la clara y precisa determinación científica del cambio de configuración como tal, los múltiples aspectos de "más o menos", de los cuales tiene uno que servirse para determinar conceptualmente el cambio de configuración, siguen siendo ciertamente aproximaciones imprescindibles en el actual grado de desarrollo, pero, sin embargo, en todo caso, sólo son provisionales. La idea de una transformación de la cantidad en cualidad se basa en un malentendido, por cuanto aquello que, conforme a la limitación de los presentes medios de lenguaje y pensamiento, aparece en las evoluciones de largo alcance como un "más", como una acumulación cuantitativa, es siempre asimismo algo distinto de una modificación de cantidad, a saber, un cambio estructural, una modificación del entramado de interdependencias y, por consiguiente, del equilibrio del poder dentro del sistema de tensiones de la configuración global. El cambio en la distribución del poder entre el grupo del rey y el resto de la nobleza en beneficio del primero, es un ejemplo. Determinaciones de "más o menos" o "el progreso de la monetarización" constituyen en este caso un andamiaje auxiliar para destacar la continuidad de la transformación. Pero aquello que, en la época de Enrique IV, tras muchas vicisitudes, se puede exponer simplemente como un ulterior incremento de las oportunidades de poder de los reyes, resulta, al mismo tiempo, una *metabasis eis allo genos:* del cambio continuado del flujo de la configuración, ha surgido una configuración de un tipo nuevo.

La formulación acerca del vuelco de la cantidad en cualidad remite, por tanto, a un problema significativo, digno de una investigación meticulosa y, especialmente teórica. Aquí sólo se puede aludir de paso a su importancia teórica. Pero el problema mismo no se puede obviar por completo. Si no se refiere a él, un estudio de la sociedad cortesana francesa se queda un tanto en el aire.

La evolución de la sociedad cortesana francesa, el siglo XVII, es la continuación de un ininterrumpido desarrollo en las precedentes centurias. Pese a esta continuidad en la evolución, la relación de los hombres en la corte, así como su conducta y carácter representa, el siglo XIX, algo nuevo. El problema radica en la manera en que cabe expresar esta *metabasis eis allo genos,* este tránsito a otro género, este proceso sociológico de mutación, sin patrocinar la idea de una continuidad absoluta del tipo de las series numéricas, o de una discontinuidad absoluta del desarrollo; el problema está en cómo formular este cambio en una fase del desarrollo científico donde la evolución de los modelos teoréticos sintéticos de tales procesos se ha quedado muy a la zaga de la del saber particular analítico de los mismos. Siempre que uno se enfrenta con este tipo de problemas, se ve uno obligado a solicitar la ayuda de metáforas de otras áreas relativamente más simples, y a desarrollar ulteriormente su significado literal en y a través del uso social mismo, hasta que poco a poco pierden la referencia al área de origen e incluso el carácter de metáfora, se ajustan estrictamente a los hechos a que se las ha aplicado y finalmente se convierten en términos técnicos para dichos hechos. El concepto de evolución mismo (*Entwicklung*) es un ejemplo de la transformación de una palabra usada al principio en sentido metafórico, en un concepto especializado. Ya casi no se recuerda la relación con el uso literal, que re-

memoramos cuando se habla por ejemplo de desfajar los pañales de una criatura (*Auswickeln der Wickelkinder*), o de que las enfermeras envuelven con vendas (*Wickeln der Binden*). Una rama del desarrollo de la palabra, primero metafórica, luego especializada, para al área de la fotografía, donde se ha hecho común y corriente la idea de que un rollo de fotos se revela (*Filme entwickelt*). Pero uno apenas se da cuenta de la relativa inadecuación del significado literal respecto del uso especializado. Apenas se lo nota. El uso especializado se ha convertido en algo cotidiano y evidente.

En el ámbito de los desarrollos sociales se expresa de ordinario el tránsito a otro género a través del uso metafórico de palabras, como cuando se habla de llegar a un nuevo escalón o del ascenso a un nuevo plano. Y mientras uno recuerda que tal empleo son sólo los primeros pasos de un largo trabajo artesanal para perfilar conceptos especializados en vista a la elaboración de nuestras observaciones, tales metáforas no pueden causar ningún perjuicio. Ellas nos traen a la memoria las experiencias de alpinistas que, al escalar una cordillera, han alcanzado una determinada altiplanicie con su panorama específico y de allí han ascendido, a través de los bosques, a la siguente meseta, más alta, que ofrece otra panorámica. El hecho de que los montañistas asciendan cada vez más es un aspecto cuantitativo, de "más o menos", de la ascensión. El hecho de que la vista desde la más elevada meseta sea distinta de la percibida desde una altiplanicie inferior y de que desde la meseta superior se puedan reconocer conjuntos que quedan ocultos a la vista desde la inferior, es un ejemplo de la diferencia y relación entre un cambio que es posible formular con comparativos —superior e inferior—, y un cambio de la configuración global, esto es, de la relación entre montañista, altiplanicie y perspectiva. Es posible que la altiplanicie superior no haya sido jamás pisada hasta entonces, que la perspectiva permita contemplar conjuntos hasta ahora desconocidos; pero sea de ello lo que fuere, el empleo metafórico de conceptos tales como "escalón superior" o "plano o nivel nuevo", podría sin dificultad ser subsecuentemente desarrollado, de tal modo que exprese no sólo la continuidad cuantitativa, sino también la relativa discontinuidad de la configuración, el carácter de mutación sociológica, el tránsito a otro género de configuración.

De tal tránsito se habla cuando se afirma que, en el curso del acortesanamiento de los guerreros —proceso de largo alcance a cuyas primeras fases pertenecen ya, entre otras, las relativamente pe-

queñas cortes territoriales de los siglos XI y XII—, aparece definitivamente, el siglo XVII, una aristocracia cortesana como suprema formación nobiliaria, en el lugar de la nobleza guerrero-caballeresca. Con ello, el desarrollo del órgano central del Estado alcanza en cierto modo una nueva altiplanicie. Aquí ya no basta el uso de comparativos y demás expresiones cuantitativas. Aquí se trata de la formación de una configuración humana relativamente nueva, de una aristocracia cortesana en el marco de una evolución ininterrumpida de la corte real y de la sociedad global cuyo órgano central es la corte.

A lo largo de siglos, osciló de un lado a otro el equilibrio multipolar de tensiones de la sociedad estatal francesa, por las contiendas entre las formaciones burguesas, nobiliarias y reales de diverso tipo. Después de que Enrique IV hubo subido al trono, al final de las largas guerras civiles, resultaba claro que la marcha de la evolución social general ponía en manos de los detentores y representantes de la posición real —especialmente en la forma de los dos monopolios centrales, el de los tributos y el de la organización policíaca y militar— oportunidades de poder que les otorgaban una preponderancia inexpugnable sobre todas las demás formaciones de su ámbito de poder, mientras éstas no propusieran sus conflictos mutuos y pudieran presentar un frente común, en cierto modo duradero, contra los realistas. Este desplazamiento de los ejes principales del equilibrio de tensiones en beneficio de los reyes es la pieza maestra de aquello que puede designarse metafóricamente como el tránsito a un nuevo género o a una nueva fase de desarrollo de la sociedad francesa. Este fenómeno central no es, por cierto, independiente. Tales afirmaciones son mal interpretadas, cuando se las entiende como afirmaciones sobre los "comienzos" o las "causas". En los procesos de desarrollo social de largo alcance no hay ni principios ni causas absolutas. Se debe buscar otros medios lingüísticos y conceptuales para investigar y aclarar la aparición de configuraciones relativamente nuevas dentro de una evolución ininterrumpida de sociedades. Y precisamente éste es el problema que importa por el momento. La continuada alteración global de la sociedad francesa alcanza un punto donde, tras muchas oscilaciones, el eje principal de tensiones se desplaza en beneficio de la posición social del señor central. Acompañando este cambio en la posición del señor central, se presenta una transformación correspondiente en la de las formaciones elitistas de la nobleza y de la

burguesía. La posición de la burguesía está fuera del ámbito de esta investigación. Partes de la nobleza están ligadas a la corte del señor central, en una dependencia de éste mayor que nunca. Se podría decir que tras ellos ha quedado cerrada una puerta, en tanto que nuevas puertas se abren ante ellos. Están cada vez más apartados de la vida campestre.

7. En el próximo o lejano futuro —¿cuánto puede tardar?—, se investigará quizá con mayor precisión los detalles de este largo proceso del acortesanamiento y de la urbanización y el paulatino ascenso de la añoranza por la vida campestre no-cortesana en sus peculiaridades y fases hasta que llega al plano donde la separación se consolida y se hace irreversible. Se podría imaginar que los estudiantes ya conocen y aprenden a entender en la escuela un proceso como éste que, en vista a comprender el devenir de las sociedades europeas apenas es menos importante que las guerras y los tratados de paz, juntamente con otras líneas de desarrollo de largo alcance, para que puedan entenderse a sí mismos. Con toda seguridad, no faltan pruebas documentales. Para citar sólo un testimonio del siglo XV, he aquí la queja de Philippe de Vitry, obispo de Meaux: "Qué vida tan feliz la de aquel que construye su morada en el campo", dice en sus versos "sobre la gran diferencia entre la vida rural y la de la corte"[10]. Están también los testimonios de los poetas de la Pléyade del siglo XVI, de los cuales han sido citados un par de ejemplos. Hoy en día, se habla en tales contextos ordinariamente de "alienación". El concepto estaría en su lugar aquí, si no se lo usara de ordinario con acentos valorativos románticos, si no se enfocara su uso más a la queja sobre la "alienación", que a la cuestión acerca de su naturaleza social y su explicación, independientemente de su valoración.

La paulatina diferenciación entre formaciones cortesano-urbanas y rurales alcanza, el siglo XVII, en Francia, un nuevo nivel. El ímpetu del distanciamiento social de la corte y el campo, de la nobleza cortesana y la nobleza rural es tan grande, que la nobleza cortesana respecto de la rural, en la época de Luis XIV, ya posee el carácter de una formación casi separada, aunque nunca absolutamente cerrada. También antes, los guerreros y señores vivían con bastante frecuencia en las cortes de los príncipes o reyes. Pero en

[10] Las obras de Ph. de Vitry, ed. G. P. Tarbé, Reims, 1850.

los siglos precedentes, la forma de vida, los intereses, los caracteres, los vínculos y las coacciones de los hombres en los grupos cortesanos y en los rurales no-cortesanos no eran todavía tan diferentes, como, el siglo XVII, cuando la posición real adquiere definitivamente un poderío relativamente extraordinario frente a todas las restantes formaciones sociales. En ese momento, se destacó la corte real del grueso de los entramados sociales, como una organización que representaba no sólo un nuevo orden de dimensión, sino también un nuevo *order of complexity*, un nuevo grado de complejidad, comparada con otras organizaciones seculares de la época e indudablemente también con las posesiones señoriales, las aldeas y otras organizaciones de los grupos rurales.

Principalmente este aspecto del distanciamiento social entre corte y campo, la diferencia entre la complejidad y diferenciación de la vida cortesana relativamente grandes, y la relativa sencillez de la vida en los grupos rurales, contribuyó a crear entre los cortesanos, el sentimiento de la añoranza por el campo, de la alienación de la vida sencilla; en pocas palabras, la idealización de una vida campestre imaginada, que se conciliaba bastante bien, precisamente porque se trataba de un ideal, con el desprecio de los nobles rurales y de los campesinos y con una cierta aversión a la vida del campo tal como era en realidad.

Por otro lado, el acostumbrarse a un nivel relativamente alto de complejidad de todas las relaciones humanas en la corte real planteaba exigencias muy peculiares a la capacidad de autodisciplina de los cortesanos. La corte de los reyes cuyas oportunidades de poder eran extraordinariamente mayores que las de cualquier noble cortesano e incluso que las de los diversos grupos de nobles en la corte, exigía un permanente control de sí mismo, una estrategia sumamente diferenciada y exactamente ponderada —como quedó de relieve en las observaciones de St. Simon— en todas las relaciones con los que gozaban de igual o superior rango. Las fuentes de ingresos de una considerable parte de los nobles cortesanos dependían del favor del rey o de sus favoritos. Como detentor de cargos cortesanos, de pensiones salidas del bolsillo del rey, de cargos militares, cualesquiera fuesen, las oportunidades de ingresos de un cortesano, la manutención de su familia, así como su prestigio, su cotización dentro de la sociedad cortesana, sus perspectivas y expectativas en el futuro podían verse amenazadas por el disfavor del rey, por torpezas en la lucha de competicin entre las facciones

cortesanas, por la enemistad de un favorito, de una amante, de un ministro. Aun para los cortesanos que gozaban de un considerable ingreso familiar, la limitación o disminución del favor real implicaba un peligro difícil de sortear. Y el disfavor del rey, la expulsión de la corte, significaba para un cortesano —como queda dicho— más o menos el final de su existencia social.

Los nobles de los períodos de desarrollo donde la economía natural es preponderante, en la Edad Media, disponían como detentores de un feudo, en última instancia, de una especie de propiedad que les aseguraba un grado relativamente alto de independencia, que, por supuesto, reducía notablemente su dependencia de su señor feudal, una vez que el feudo estaba en sus manos. Por el contrario, la recompensa de servicios y méritos de los nobles hecha por el rey en la forma de giros contra su caja que debían ser pagados, como honorarios o pensiones, a determinados intervalos, constituía una permanente dependencia. Sobre todo el grueso de la pequeña y media nobleza, pero también numerosos miembros de la alta o suprema nobleza percibían su ingreso del bolsillo del rey y vivían en el marco de la gran organización cortesana de una manera que, pese a manifiestas diferencias, recuerda la de los trabajadores y empleados de una gran empresa industrial. Añádase a esto que la alta nobleza francesa apenas tenía ninguna posible escapatoria. Sus miembros, al menos en la época de Luis XIV, no tenían libertad de cambiar de domicilio. Apenas podían, sin perder su status, cambiar de lugar. La casi total incapacidad de librarse de la dependencia en que el grueso de la nobleza cortesana vivía, y de las coacciones a las cuales, en consecuencia, estaban sometidos, permite entender lo que para ellos podía significar, como contraste, la naturaleza y la vida campestre. Ya hemos mostrado que y por qué estas coacciones de interdependencia afectaban también a los reyes y a la familia real, de manera muy especial en la última época del *ancien régime*. Es patente la función de la vida campestre como contrapartida de las coacciones cortesanas cuando, por ejemplo, María Antonieta y sus damas se disfrazaban de jóvenes lecheras. Puede observarse una acometida especialmente fuerte en esta dirección, al final de las guerras civiles, a comienzos del siglo XVII, cuando quizá muchos cortesanos llegaron a ser plenamente conscientes de que no podían escapar de su situación.

Pero los peculiares acentos de la añoranza, los acentos específicamente románticos que, en los círculos cortesanos, acompañan con tanta frecuencia la imagen de la naturaleza y vida campestre, no pueden ser entendidos si se considera exclusivamente la corte como un aparato de coacción exterior. Decisiva para la nota específicamente romántica por la que uno sueña con la vida natural como un ideal que ya se ha hecho inalcanzable, es aquella propiedad de las coacciones cortesanas de interdependencia, de la cual ya se habló: las coacciones que los hombres que forman la corte, ejercen unos sobre otros son coacciones sociales que obligan a cada uno de los miembros a tener un alto grado de autocoacción, que, por cierto, es ya bastante diferenciado y relativamente global.

Así, por ejemplo, tras la guerra civil, el acortesanamiento incluye de manera creciente una pacificación, un acusado control de los usos y alegrías bélicos, que, por su parte, obligan a cada cortesano a un más estricto control, a un autocontrol más estable de los impulsos agresivos. Enrique IV es todavía bastante indulgente, cuando los nobles se baten en duelo. Richelieu y Luis XIV, como guardianes del monopolio de la violencia física, son ya bastante intransigentes, cuando los nobles, según el antiguo uso de la guerra, se combaten recíprocamente. Los duelos tienen en esta época, y conservan durante largo tiempo, el carácter de un enclave; los nobles y posteriormente también otras capas se lo reservan en el Estado —con bastante frecuencia, a despecho del rey y de otras autoridades estatales—, como símbolo de la libertad individual tal como se entiende en el marco de una tradición bélica, a saber, de la libertad de herirse o matarse mutuamente, cuando se tiene ganas de hacerlo. También esto es después, en especial, de las guerras civiles y posteriormente en muchas oleadas recurrentes, un símbolo de la revuelta de las capas elitistas en contra del creciente control del Estado, que tiende cada vez más a someter a todos los ciudadanos a la misma ley. Una fuerte ola de duelos irrumpe cuando Richelieu hace ejecutar públicamente a uno de los principales duelistas, miembro de una Casa de alto rango. Uno debe controlarse. Ya no se puede dar rienda suelta a la indignación y hostilidad.

La coacción para un trato pacífico con los hombres, en el cual los pleitos de palabra ocupan habitualmente el lugar de los duelos con armas, exige además, en la sociedad cortesana, un autocontrol especialmente aguzado y complicado, porque, dentro de esta sociedad tan numerosa, cada individuo está de modo permanente relacionado con hombres de diferente rango y poder y debe, por consiguiente, graduar su conducta. Los cortesanos deben saber adecuar

las expresiones de su rostro, sus palabras y movimientos, con toda precisión, a los hombres a quienes, en cada caso, encuentran, y a las ocasiones en que se reúnen con ellos. No sólo las coacciones de interdependencia que están representadas por otros hombres son en la corte, relativamente inevitables, sino también las coacciones que, de acuerdo con este tipo de interdependencias, debe uno aprender a ejercer sobre sí mismo. La estructura de los fenómenos a los que uno se refiere con palabras tales como "alienación" o "romanticismo", sigue sin entenderse, en tanto no se introduce en la fundamentación teórica de los conceptos, su relación con el desarrollo de aparatos específicos de autocoacción. Es posible que, en la vida de los cortesanos, la matización de la sonrisa, la graduación de las buenas maneras, el refinamiento muy complicado de la conducta conforme al rango y status del respectivo interlocutor social, tenga originalmente el carácter de ejercicio consciente de un enmascaramiento aprendido. Pero la capacidad de la formación autoconsciente, de la autoformación consciente, se desarrolla en sociedades cuya estructura específica exige un enmascaramiento relativamente elevado, estable y uniforme de los impulsos emocionales momentáneos, como medio para sobrevivir y tener éxito socialmente, como una peculiaridad integral de la estructura de la personalidad. Cuando el cortesano es adulto y se ve en el espejo, se encuentra con que lo que quizá en un principio fue una máscara conscientemente sobrepuesta, se ha desarrollado en él y convertido en parte de su propio rostro. El enmascaramiento de los impulsos espontáneos, el blindaje y transformación de los elementales movimientos del sentimiento, no tiene ciertamente en el marco de la sociedad cortesana la misma forma y estructura que en las pacíficas capas medias que están educadas para ganarse la vida trabajando, y, finalmente, en todas las capas de las sociedades industriales, cuyos miembros están sintonizados con las coacciones del trabajo y de la carrera. En la sociedad cortesana, el blindaje no es todavía tan global y automático como en las sociedades trabajadoras, pues la mayor desigualdad de los hombres, la subordinación, la dependencia y sometimiento de las capas de rango inferior, sobre todo las más pobres, abre a los cortesanos siempre un amplio campo social donde los impulsos afectivos de todo tipo pueden manifestarse y vivirse bastante abiertamente, sin la amenaza de fracasos o castigos sociales, y, por tanto, es menos necesario el desarrollo de autocoacciones y autocontroles en ellos. Precisamente por ello, la coraza es, en general, en la aristocracia cortesana, menos impenetrable. Los aristócratas cortesanos son, de ordinario, bastante conscientes de que, en el trato con los demás cortesanos, llevan una careta, aunque no se dan ciertamente cuenta de que el uso y el juego de máscaras se ha convertido en ellos en una segunda naturaleza.

En la vuelta de siglo, en la última década del XVI y primera del XVII, se puede precisamente observar bastante bien en Francia, cómo, con la decidida centralización de los controles estatales, con la acusada pacificación de la conducta y tras la victoria de Enrique IV, la cada vez más irrevocable separación de la nobleza urbano-cortesana y la provinciana-rural o, en todo caso, pequeño-cortesano-provinciana, se alcanza una nueva altiplanicie. Se trata sobre todo de hombres que se han convertido en una aristocracia gran-cortesana, tras de los cuales se cierra una puerta y ante los cuales se abren otras nuevas. La reforzada coacción para la autocoacción les abre nuevas alegrías y placeres, nuevos enriquecimientos y refinamientos —en una palabra—, nuevos valores, junto con nuevas angustias y peligros. En todo caso, la autocoacción se convierte en un valor suyo muy personal. La específica urbanidad cortesana que se basa en las autocoacciones convertidas en una segunda naturaleza, forma parte de aquello que distingue a los cortesanos aristócratas de todos los demás, lo que les da, según su propio sentir, una ventaja sobre éstos. Precisamente por ello, las autocoacciones son inevitables.

La nobleza provinciana desde los simples nobles rurales hasta lo que ha quedado de los grupos de nobles pequeño-cortesanos, próximos al campo, pierde cada vez más importancia social con la centralización de todos los contoles y medios de poder en la corte real. La sociedad francesa no es la única y con toda seguridad tampoco la primera sociedad europea donde se realiza este cambio estructural. El empuje de la centralización y del acortesanamiento en relación con el hecho de que los señores centrales y sus representantes disponen de oportunidades monetarias y las dispensan, puede observarse ya con anterioridad en otras sociedades, sobre todo en España y en Italia. Pero con la oleada francesa de centralización, el siglo XVII, se forma la unidad cortesana más grande y numerosa de Europa, en su época, cuyos controles centrales funcionan efectivamente. Ciertas peculiaridades estructurales del nivel de desarrollo que con ello se alcanza pueden, en consecuencia, observarse bastante bien en el caso de Francia.

8. La mejor manera de explicarlas conceptualmente consiste quizá en el empleo metafórico del concepto de "distanciamiento". El concepto ya ha sido utilizado antes en relación con la fuerte diferenciación de la vida urbano-cortesana y rural. Urbanización, monetarización, comercialización y acortesanamiento son procesos parciales de una transformación global, que permiten a los hombres en esta época experimentar cada vez más la "naturaleza" como algo que está frente a ellos, como paisaje, como mundo de los "objetos", como algo que hay que conocer. Nos llevaría demasiado lejos reunir aquí los distintos hilos. En todo caso, procesos de esta índole juegan allí un papel tan importante como la capacidad progresiva de relacionar entre sí observación y reflexión respecto de los acontecimientos naturales. Todos son aspectos de un distanciamiento específico de aquello que aún hoy se designa de buen grado como "naturaleza" u "objetos". Dicho distanciamiento se muestra con claridad en la representación pictórica de la naturaleza, como paisaje, tanto como en la investigación científica de los hechos naturales, o en la cuestión filosófica acerca de si —y de qué manera— los hombres son capaces de conocer los "objetos", tal como éstos son, o si los "objetos existen" realmente. Estos y otros síntomas del distanciamiento de la "naturaleza" emergen, como testimonios de la ascensión social a una nueva altiplanicie, coincidiendo más o menos con la fase que seguimos llamando "Renacimiento", usando un concepto algo anticuado. Estos síntomas pueden explicar aquello a lo que, en este contexto, se refiere la metáfora de la ascensión a una nueva altiplanicie. En efecto, durante una serie de siglos, las sociedades europeas permanecen aferradas a este tipo de distanciamiento. Los problemas que, sobre esta base, se hacen patentes, son desarrollados y elaborados de las más diversas maneras. Pero el tipo —alcanzado en los siglos del "Renacimiento"— de distanciamiento de los hombres en sus vínculos con aquello que experimentan como "naturaleza" —representado mediante conceptos tales como "sujeto" y "objeto"—, continúa siendo en general, el mismo hasta el presente. Se puede percibir con bastante claridad la presencia del síntoma del ascenso a una ulterior altiplanicie en la pintura, donde es manifiesto que el esfuerzo se enfoca a algo distinto de la representación de "objetos" que, por así decirlo, se enfrentan con el espectador en el espacio tridimensional. Con todo, se puede entender mejor el proceso en que uno mismo se halla metido, si uno se da cuenta de que la oleada renacentista de distanciamiento en cuyo curso los hombres aprenden a concebir la multiplicidad de los eventos corpóreos como "naturaleza", es sólo un proceso parcial de una oleada más amplia de distanciamiento.

El estudio de una sociedad cortesana pone de manifiesto con bastante claridad algunos otros aspectos de esta oleada global de distanciamiento. La coraza de las autocoacciones, las máscaras que los individuos de las elites cortesanas despliegan más que antes, como parte de su yo, de su propia persona, distancian asimismo más que antes a los hombres entre sí. En comparación con el período anterior, los impulsos humanos espontáneos en el trato mutuo son más controlados ahora en la corte y, con toda seguridad, no sólo en ésta. Cálculos, inventario rápido de la situación, sondeo del curso de la acción, en una palabra, las reflexiones se deslizan ahora más o menos automáticamente entre el impulso de actuar más afectivo y espontáneo y la efectiva realización del acto en palabras o en hechos. Con bastante frecuencia, los hombres en este nivel se dan perfecta cuenta de que la reflexión es una parte integrante de su coraza. Según su situación, la valoran positivamente bajo el nombre de "entendimiento" o "razón", o negativa y románticamente, como grillete del sentimiento, como fenómeno de interferencia, como depravación de la naturaleza humana; cualquiera sea la valoración que les merezca, no perciben sus autocoacciones, su coraza y sus máscaras y el tipo de distanciamiento que les corresponde, como un síntoma de una cierta fase del desarrollo social humano, sino como propiedades eternas de la inmutable naturaleza humana. Por siempre jamás, según parece, el hombre se enfrenta como "sujeto" a la "naturaleza", al mundo de los "objetos". Las teorías sobre la sociedad humana parten o del supuesto de que los hombres, cada uno de los cuales existe como individuo aislado en cierto modo, tras de sus máscaras y en su coraza, se relacionan entre sí sólo posteriormente; o cosifican la "sociedad" tanto como la "naturaleza" como una cosa más allá de todos los hombres concretos. En ambos casos, se interpreta como una *condition humaine* eterna, intemporal, inmutable, la vista de conjunto a que se llega pasando de cierta oleada de distanciamiento a un determinado nivel de este mismo —nivel cuyas circunstancias y condicionamientos temporales se puede investigar y explicar empíricamente, con bastante exactitud—. Las consideraciones, como se ha visto, se introducen, como una instancia de control más o menos automatiza-

da por la costumbre y la educación, en el nivel —alcanzado paulatinamente en la fase del Renacimiento, más que nunca antes en la historia europea—, entre el hombre y los "objetos de la naturaleza", entre hombre y hombre. Lo mismo puede decirse, no en último término, de la relación entre hombres y mujeres. También aquí —al principio en ciertas elites— el campo de acción de la espontaneidad y los impulsos se reduce en el curso de la progresiva centralización de la organización estatal, para los hombres, físicamente más fuertes. Las mujeres, como grupo social, tienen en la corte un poder mayor que en ninguna otra formación social de esta sociedad. No sólo las máscaras, también los abanicos son símbolos de su disfrazamiento. Un síntoma característico de este gran impulso en el desarrollo de las autocoacciones, de esta disminución de la espontaneidad, de este distanciamiento y de su respectiva urbanidad, en cuanto conciernen a las relaciones entre mujeres y hombres, es la evolución de las románticas relaciones amorosas, como hecho real y, quizá más todavía, como culto e ideal. Cualesquiera sean otros factores en juego, el distanciamiento de los sexos por la coraza de las autocoacciones que aparecen a veces, en forma de buenas maneras, a veces, en forma de conciencia o reflexión; en una palabra, la dilación del ansiado placer amoroso y un melancólico conformarse con la alegría doliente son, más o menos acentuados, elementos integrantes del complejo sentimental del amor romántico. Marcan el tránsito de unos afectos relativamente sencillos y netos a otros más complejos y muy mezclados, que puede uno relacionar con el cambio de colores relativamente puros a otros más complejos y mezclados.

Finalmente, hay todavía otra oleada de distanciamiento que forma parte, como proceso parcial fundador, del contexto general de este cambio de las interdependencias humanas. Un aspecto central de la nueva altiplanicie que los hombres de las sociedades europeas alcanzan poco a poco, al final de la Edad Media, es una elevada capacidad de autodistanciamiento, que estructuralmente se relaciona de un modo estrecho con la evolución de una coraza más fuerte del individuo en forma de autocontroles, en parte más, y en parte, menos automáticos. Se puede observar primero en pequeñas capas elitistas, y más tarde, en el decurso de los siglos, durante la creciente complicación y organización de las interdependencias humanas, en capas cada vez más amplias.

Jakob Burckhardt ha llamado ya la atención en su *Kultur der Renaissance* (Cultura del Renacimiento), sobre este empujón en la dirección de una autoconsciencia más elevada del hombre individual, como tal, que puede observarse en el Renacimiento italiano. Y también se ha referido ya, a su modo, a las relaciones entre el proceso de formación del Estado, entre la oleada de la reforzada centralización de Estados y el empuje de la individualización. Pero los modelos teoréticos de los que se servía —en efecto, como todo historiador utilizaba él también específicos modelos teoréticos— habían sido elegidos todavía algo arbitrariamente. El creía que la mejor manera de captar estos desarrollos era usar el modelo de una obra de arte. Concebía la nueva fase en la evolución de los estados italianos y de la idea que los hombres de esa época se hacían de ella, como un desarrollo que seguía el modelo de una obra de arte. Y de modo similar —según el modelo de una obra de arte— trataba lo que quizá pudiera denominarse "oleada de individualización", nuevo estado de consciencia humana, ascensión a un nuevo nivel de autoconsciencia. Esta analogía con una obra de arte es útil, entre otras cosas, para expresar una mayor consciencia acerca de la configuración de Estados, o, dicho realistamente, acerca de la centralización de los medios de poder estatal decisivos y de la autoconformación del individuo, que supone, por cierto, una gran capacidad de autodistanciamiento. Pero también suscita la impresión de una conformación armónica; difumina la diferencia entre cambios estructurales humano-sociales e ideales que, como tales, han sido consignados en los libros de la época. En los seguidores de Burckhardt puede percibirse de ordinario, con mayor claridad, esta confusión de afirmaciones sobre ideas e ideales que uno encuentra expresados en los libros prominentes de la época con el desarrollo global de configuraciones que los hombres constituyen y de los hombres que estas configuraciones forman, al cual pertenece sólo como fenómeno parcial, la evolución de ideas e ideales. Tanto como ha parecido posible y necesario en este contexto, se ha intentado aquí aclarar esta confusión. Las transformaciones de las que hablábamos antes no son sólo cambios de ideas que los hombres consignan en sus libros, sino transformaciones de los hombres mismos en la modificación de configuraciones que forman ellos entre sí. De tales transformaciones de los hombres se habla cuando se hace mención de una individualización más intensa, de un blindaje de los afectos más fuerte, de un distanciamiento más pronunciado de la naturaleza, de los hombres y de uno

mismo, y de otros cambios relacionados con éstos que son tocados aquí. En el curso de la aristocratización y acortesamiento no sólo cambian las ideas, sino todos los hábitos de los nobles.

Cuando hoy en día se utiliza la palabra "historia", no es siempre del todo claro si, en el curso de este proceso, pueden cambiar los hombres mismos de una manera específica. Tampoco en este caso, bastan los medios lingüísticos presentes para dar cumplida satisfacción a tales observaciones. También aquí se hace necesario buscar con gran cuidado nuevas metáforas que parezcan más adecuadas que los conceptos usuales, para la captación intelectual de tales transformaciones. Dichos conceptos se han elaborado, en buena parte, como si los desarrollos históricos se realizaran siempre sobre el mismo plano. Es cierto que se habla de diversas fases de desarrollo. Pero la relación de aquello a lo que uno se refiere con estas metáforas, la relación recíproca de las distintas fases, se pone rara vez claramente de manifiesto. La observación del ascenso a un más elevado autodistanciamiento en un período del desarrollo social hace posible aclarar ciertos aspectos de la formación de fases que, de ordinario, permanecen implícitos. Ofrece asimismo la oportunidad de entender que —y por qué— es posible concebir los desarrollos sociales, pese al uso de comparativos, no sólo como incrementos y disminuciones y procesos de "más o menos". Se les podrá dar cumplida satisfacción, si se incluye el cambio de configuración en cuanto tal, en su análisis. Un ejemplo de ello es la oleada de autodistanciamiento de los siglos XVI y XVII. Para juzgarla adecuadamente, ya no bastan metáforas lineares o de superficies. Se requiere de metáforas espaciotemporales, o, en otras palabras, cuatridimensionales para expresar apropiadamente tales aspectos evolutivos.

Una expresión metafórica bastante apropiada para lo que aquí se observa es la imagen del ascenso y descenso por una escalera de caracol, esto es, un modelo multidimensional. Un hombre sube por una escalera de caracol de un piso al siguiente de una torre. Llegado allí, él tiene no sólo otra perspectiva del campo en el que está la torre, sino que, al mirar hacia abajo, se ve también a sí mismo en el escalón anterior del que viene. Esto corresponde aproximadamente a lo que puede observarse en la anterior oleada de autodistanciamiento: los hombres son más capaces que antes de observarse a sí mismos; pero no lo son todavía para observar que se observan a sí mismos. Esto último sólo es posible ascendiendo al nivel inmediatamente superior, al escalón siguiente del autodistanciamiento que abre diversas perspectivas sobre los anteriores. Nosotros podemos ya tomar distancia respecto de la oleada de distanciamiento del Renacimiento, de verla retrospectivamente, observarnos a nosotros mismos, en cierto modo, ascendiendo a la altiplanicie previa y prepararnos de esta manera, asimismo un mejor acceso para comprender la dirección en que nosotros mismos podemos seguir moviéndonos. Precisamente esto es lo que aquí acaece.

9. Las cortes no fueron las únicas configuraciones donde los hombres que las formaban, desplegaron un elevado autocontrol y con éste, un pronunciado distanciamiento respecto de la naturaleza, de los demás y de sí mismos. Pero fueron una de las primeras configuraciones y, por un tiempo, seguramente las más poderosas y de más amplio círculo de influencia. Podría bastar aquí una indicación para precisar al menos algunos síntomas concretos de esta transformación global de los hombres, mediante un par de ejemplos.

En la primera y segunda décadas del siglo XVII fueron publicados en Francia sucesivamente los capítulos de una extensa novela, que encontró gran eco en los círculos de la sociedad cortesana en formación. Constituyó, por un tiempo, el punto central literario de una especie de culto, de diversiones, juegos y conversaciones sociales. Se le sigue considerando como uno de los prominentes hitos literarios de esta época. Actualmente ya no se la puede leer con el gusto con que la leyeron sus contemporáneos. Pero justamente es éste el reto que nos lanza tal testimonio literario, un tiempo, prominente y de moda, de una época pasada. Cuando uno deja de considerar dicho libro exclusivamente como un libro y producto literario, cuando se lo ve asimismo como testimonio del tipo de hombres que encontraban, en una cierta antología, expresados sus sentimientos, sus tendencias, sus modos de experiencia y conducta, se llega a entender mejor a estos hombres mismos.

La novela de la que se trata, *L'Astrée* (Astrea) de Honoré d'Urfé, es un producto de aquel período en que los representantes de la nobleza que habían crecido en la tradición de la nobleza guerrera y señorial independiente, empezaron a darse cuenta de que era irrevocable el cambio del equilibrio de poder en favor del detentor de la posición real y sus representantes o, en otras palabras,

el poder en aumento del gobierno central a costa de las capas señoriales regionales y locales antes autónomas. Honoré d'Urfé había luchado en las guerras civiles, al lado de la Liga Católica, contra los ejércitos protestantes encabezados por Enrique de Navarra, llamado después Enrique IV. Fue hecho prisionero, liberado, vuelto a encarcelar y enviado, por un tiempo, al exilio. Pertenecía a una familia de la nobleza provinciana próspera y localmente bien situada, que tenía estrechas relaciones con Italia, con la corte de Saboya y con la alta jerarquía eclesiástica. Era culto en el sentido del Renacimiento italiano y francés. No era un cortesano, pero tenía formación cortesana. Formaba parte del bando de los vencidos y ahora hacía las paces con el rey que había pacificado finalmente a los hombres agotados por las guerras civiles.

A dicho rey dedicó *L'Astrée*. "Recibidla, pues, Majestad, no como una simple pastora, sino como una obra de vuestras propias manos —escribió—. Puede decirse en verdad que vuestra Majestad es el autor, pues a Vos agradece toda Europa la tranquilidad y la paz."

Es patente lo que significa decir que una puerta se cierra. El largo proceso, en cuyo curso aparece en el lugar de una nobleza de guerreros y terratenientes primariamente fundada en una economía natural, como capa dirigente una aristocracia cortesana basada principalmente en una economía monetaria, ha entrado en la fase de irrupción a un nuevo nivel, o, como se dice con frecuencia, a un nuevo período. Quizá uno pueda y deba, en conformidad con el estado presente de desarrollo de los medios lingüísticos, expresar en parte con la ayuda de comparativos, una tal irrupción en una nueva configuración de hombres. Pero asimismo uno puede y debe analizarla como un cambio de configuración que no es reductible a cantidad y en cuyo centro está una transformación claramente determinable de la distribución de poder entre los hombres, y de los hombres mismos. Diferencias conceptuales tales como las anteriormente establecidas entre nobleza guerrera y aristocracia remiten a tal cambio de figura de los grupos y personas. Pero conceptos tales como "nobleza feudal" y "aristocracia" son usados aún sin reserva en una teoría sociológica que posibilita relacionar claramente los diversos tipos de formaciones nobiliarias observables entre sí y con las transformaciones estructurales de la sociedad global.

L'Astrée abre una puerta para entender la situación —y la vivencia correspondiente que ésta suscita— de los nobles que, por cierto, ya encarnan en su personalidad el paso del antiguo tipo nobiliario al nuevo, pero que, al mismo tiempo, se identifican todavía en sus valoraciones e ideales, en muchos aspectos, con el antiguo tipo tal como lo ven, y en consecuencia, se oponen cuanto les es posible, a la creciente centralización del poder en manos de los reyes y al acortesanamiento de la nobleza vinculado a ella, si bien ya no con acciones —están vencidos y cansados de guerra—, pero sí cuando sueñan despiertos. El arte sirve no rara vez de enclave social de retirada para los vencidos políticamente o los excluidos de la acción política. Aquí, en el sueño de vigilia hecho figura, se puede perseguir los propios ideales, aun cuando la dura realidad les impide el triunfo.

D'Urfé mismo encarna ya mucho la ola de refinamiento civilizado de cuyas condiciones forma parte, en el plano del individuo, un incremento de la capacidad de autocontrol y un reforzamiento de la coraza civilizatoria, y en el plano de las configuraciones integradas por los hombres, la progresiva centralización de los controles estatales apoyada en ingresos monetarios. Un aspecto del conflicto personal básico que atraviesa su pensamiento y sensibilidad y que se expresa en los rasgos cortesano-románticos de su novela, que han contribuido a que se le caracterice como *roman sentimentale*, es el conflicto entre la afirmación del refinamiento y autodisciplina civilizados y la negación de los cambios sociales estructurales, en especial de aquella creciente centralización de los controles del poder que, considerada a largo plazo, forma parte de las condiciones de desarrollo y conservación de tales refinamiento y autodisciplina.

La dedicatoria de la novela a Enrique IV es un gesto caballeresco de un vencido que reconoce al vencedor regio como su señor y amo. Es asimismo un gesto de resignación. También los grupos dirigentes de la nobleza provinciano-rural deben conformarse con que el centro del poder se haya trasladado a los altos señores y damas de la corte. *L'Astrée* muestra una de las posibles reacciones de esta nobleza ya medio cortesana y medio pacificada contra su voluntad, en la época de la transición, cuando las puertas de la jaula cortesana se cierran, cuando los afectados apenas pueden quizá librarse del sentimiento de que tales puertas quedan cerradas para siempre, y cuando el noble francés ya no tiene, en lo esencial, más

opción que, metido en esa jaula de oro, participar del esplendor de ésta o, fuera de ella, vivir en la sombra una vida deslucida.

En esta situación, muchos nobles vuelven, nostálgicos, la mirada al mundo que desaparece, donde tenían la libertad que ahora han perdido. *L'Astrée* de D'Urfé expresa a su manera, esta añoranza. La novela es una utopía de la nobleza que se aristocratiza y acortesana cada vez más. Se deja a un lado la espada y se edifica un mundo ficticio, hecho por uno mismo, un mundo mimético donde los hombres, disfrazados de pastores y pastoras, pueden vivir la aventura apolítica de sus corazones y sobre todo, el sufrimiento y la alegría del amor, sin ponerse en conflicto con las coacciones, mandamientos y prohibiciones del duro mundo que no es mimético.

La dificultad radica en que, como se ha dicho, hombres como d'Urfé han asimilado profundamente ciertos valores, mandatos y prohibiciones del mundo no mimético. Se hallan de nuevo en el mundo mimético, hecho por aquellos hombres. También en el reflejo de la novela pastoril, la sociedad conserva aquellas peculiaridades estructurales que, en la opinión de los nobles, pertenecían al decorado obvio de su mundo y, con toda seguridad, también de cualquier mundo deseable. Las diferencias de grado de los hombres, la existencia de los nobles —transfigurados románticamente a la luz de la novela— como señores y damas de una capa elevada, siguen manteniéndose. Los productos literarios del posterior romanticismo burgués muestran, en consonancia con la específica individualización burguesa del hombre concreto y la idealización de la persona individual, las peculiaridades sociales de los individuos y las diferencias de rango de los diversos grupos sociales, habitualmente sólo con un poco de vergüenza y de una manera que deja ver que sus autores, denunciando las relaciones sociales, no se daban cuenta de ellas. En muchos casos, se deslizaban, en cierto modo, sólo por la puerta trasera en su mundo mimético. En efecto, especialmente en la literatura romántica alemana, los autores se interesan sobre todo por el destino de las almas de los individuos que se mueven hasta cierto punto en un espacio no-social, libres de las ataduras de las múltiples cadenas de interdependencia y de las coacciones de las diferencias de poder y rango y de las relaciones de poder.

D'Urfé traslada las diferencias de rango y el orden jerárquico del mundo no-mimético, casi sin modificarlas, en su mundo mimético, en tanto le interesan a él o a su público. Su mundo está formado por nobles. Aparte la servidumbre que constituye figuras obvias de la buena sociedad que él copia, los que no son nobles no desempeñan ningún papel en su mundo. Las mismas diferencias de rango entre los nobles, sin embargo, no están tomadas, digamos, sólo como fenómeno de trasfondo en el mundo ficticio de la novela; tienen en éste exactamente la misma función y forma que en el mundo social no-mimético que se refleja en aquél. En la buena sociedad nobiliaria de Francia, y de manera muy especial en la sociedad dirigente en ascenso de la corte real, los grupos de nobles de diverso rango y también individuos de distinto rango están en una íntima relación recíproca, sin que por ello desaparezcan en lo más mínimo las diferencias de rango. Cada quién sabe con precisión quién pertenece a un grupo de rango superior o inferior al suyo. La pertenencia a un grupo de cierto rango, y ello significa, en la época de D'Urfé, por lo general, un rango heredado por ascendencia o representado como hereditario, es una parte integrante de cada persona. En la versión definitiva de *L'Astrée* —aunque según parece no siempre en los borradores que se conservan— las dos clases importantes de la nobleza, cuya relación ocupa a D'Urfé manifiestamente de una manera especial, tras la victoria de Enrique IV, aparecen de ordinario con un disfraz determinado, fácilmente adivinable. Hay caballeros, príncipes y reyes. Hay druidas y magos que sin duda representan a hombres de la nobleza eclesiástica. Hay sobre todo, ninfas que inequívocamente están copiadas de grandes damas de la corte. Una de las ninfas, Galatea, es posiblemente una figura clave que reproduce a la primera mujer de Enrique IV. En cambio, los pastores y pastoras representan a una capa de la nobleza, inferior en rango. Corresponden a la capa nobiliaria a la que el mismo D'Urfé pertenece: las capas dirigentes, medio rurales, medio cortesanas, de la nobleza rural y provinciana. Pero con su disfraz teatral de pastores y pastoras, aparecen en la novela en una forma romántica idealizada. Nada hay tan significativo como este disfraz. Aun partes de la nobleza media y pequeña se han ya, en cierto grado, civilizado, acortesanado, aristocratizado y urbanizado; están ya imbricadas en la red creciente de las cadenas del dinero, y su distanciamiento social y psicológico de la vida rural está ya tan adelantado, que pueden expresar su nostalgia por una vida más sencilla y libre, disfrazándose de pastores y pastoras que con sus rebaños habitan en simples chozas.

A esta capa de la nobleza claramente inferior corresponde el papel principal en el mundo mimético de D'Urfé, del cual forma parte el protagonista, el pastor Celadon, cuyo amor por la bella pastora Astrea constituye uno de los principales temas del libro.

A partir de la posición de esta capa inferior de los pastores, D'Urfé polemiza a veces furtiva, a veces, abiertamente contra la capa superior, contra las ninfas y otros personajes que encarnan a la alta nobleza aristocrática, y sobre todo, contra su tipo de vida y sus valores. A todos éstos les pone delante los ideales de la vida sencilla, campestre, llena de sinceridad e inocencia que los pastores llevan. El tema no es nuevo. Ya al comienzo del siglo XVI, Sanazar —en su Arcadia— había utilizado, en parte influido por modelos antiguos, los personajes bucólicos como una especie de contraste y reflejo de la corte de Nápoles. Toda una serie de novelas y representaciones pastoriles continúan, a lo largo del siglo XVI, esta tradición. Sería una tarea gratificante investigar con su ayuda, la "alienación", el distanciamiento cortesano del campo en su evolución.

10. *L'Astrée* muestra con bastante claridad desde ciertas perspectivas, la relación entre este distanciamiento y una consciencia más elevada —la ascensión a un nuevo nivel en la escalera de caracol de la consciencia—. En esta obra resuena sin cesar uno de los problemas centrales que caracteriza hasta nuestros días al grado de consciencia alcanzado en el Renacimiento: la cuestión sobre la relación entre realidad e ilusión. Una de las grandes paradojas de toda esta época consiste en que, en su curso, la sociedad humana extiende más que nunca antes, el ámbito de sus controles sobre su mundo y en especial, sobre aquello que dichos hombres llaman naturaleza, así como sobre el mundo humano y sobre ellos mismos, en tanto que incesantemente, en las más diversas formas, surge, como *leit motiv* permanente de todo este período la pregunta sobre lo que es propiamente efectivo, real, objetivo o como quiera llamárselo, y lo que es únicamente idea humana, producto artificial, ilusión, en una palabra, sólo "subjetivo" y en este sentido, irreal. Este planteamiento global de la cuestión depende, en efecto, de un desarrollo específico de los autocontroles profundamente arraigados en los hombres, del blindaje que les permite sentir que, en su coraza, existen, por así decirlo, separados del resto del mundo, de tal modo que no son capaces de darse, en una forma contundente, cuenta de que lo que llega hasta ellos, traspasando su coraza, no es una apariencia ni algo que ellos inventan ni su intervención y, en este sentido, algo irreal. Sólo el ascenso al grado inmediatamente superior de consciencia, donde aprende uno, como se indica aquí, a entenderse a sí mismo en su coraza y la naturaleza de ésta, tal como se forma en el grado anterior, permite mostrar esta problemática en su limitación y resolver el problema de una manera convincente.

Aquí basta con señalar la manera cómo la novela de D'Urfé presenta esta subida a la altiplanicie del "Renacimiento". Es un ejemplo del modo específico de experiencia y de autoexperiencia de los nobles en esta fase de transición al acortesanamiento definitivo de la nobleza dirigente francesa. No se puede entender del todo este tipo de experiencia si no se advierte que aquello que los hombres experimentan como realidad se transforma de una manera susceptible de una determinación precisa, y que, en el cambio del período que llamamos "Edad Media" al que denominamos "Edad Moderna", hay que observar un notable corrimiento hacia una nueva idea de lo que es "real" y de lo que no lo es. En los grados anteriores de consciencia, la base social y personal de aquello que se consideraba real —como en todas las fases anteriores de la evolución humana—, era una base afectiva todavía relativamente poco reflexionada. Las ideas que correspondían a las necesidades humanas sentimentales, que hablaban poderosamente a la sensibilidad, fueron estimadas, según la fuerza de las emociones que desencadenaban, como representaciones de algo que existía realmente. Un simple ejemplo de ello lo constituyen las actitudes de los pueblos sencillos respecto de sus máscaras. En la apropiada situación social, digamos en el marco de una fiesta, una máscara puede ser experimentada como un espíritu poderoso al que uno teme o a quien busca, mediante ciertos rituales, predisponer favorablemente. Es en absoluto posible que, al final de la fiesta, las mismas máscaras sean, poco ceremonialmente, arrojadas al rincón de los trabajos o al montón de la basura. Ello se interpreta a veces como expresión de que el poderoso espíritu ha abandonado las máscaras. Pero si lo aquilatamos más precisamente, nos daremos cuenta de que lo que se ha retirado de ellas es el sentimiento de los hombres que las vivían. La identidad del objeto no está, en este nivel, todavía primariamente en su carácter de objeto, sino en la índole de las representaciones afectivas que se vinculan con el objeto. Cuando los sentimientos son fuertes, el objeto es experimentado como poderoso, y un factor

decisivo en aquello que los hombres valoran como "real" es y sigue siendo este elemento del poder. Los objetos de los cuales el grupo experienciante no espera ningún efecto respecto de sí mismo, son, en esta fase de desarrollo, insignificantes y, por consiguiente, no propiamente reales.

Desde el final de la Edad Media, puede observarse un fuerte avance de la idea según la cual es posible que los objetos posean una identidad, realidad y eficacia independientes de las representaciones cargadas afectivamente que, aquí y ahora, se asocian con ellos en los grupos experienciantes, de acuerdo con su tradición grupal y su respectiva situación. Tal avance a una consciencia superior acerca de la autonomía de lo experimentado respecto del experimentador, a una mayor autonomía de los "objetos" en la experiencia de los "sujetos", tiene una estrecha relación con el acorazamiento que se introduce en forma de autocontroles más o menos profundamente arraigados entre los impulsos afectivos y los objetos a que tienden.

Esta cuña hace posible que los hombres, en su búsqueda de un saber más amplio sobre su mundo, en ciertos ámbitos de su vida, alcancen una certeza superior del saber, una mayor aproximación de la imagen conceptual a su objeto y por consiguiente, también un mayor grado de control sobre estos objetos. El paso de una forma teológica a una científica de adquisición del saber es un adelanto en esta dirección. Partiendo de un escalón donde el contenido sentimental de las ideas sociales tradicionales todavía es valorado en alto grado como garante de la realidad de lo representado, se llega a una altiplanicie donde los hombres creen que compensa esforzarse por elaborar la legalidad propia de las relaciones del acaecer en el área de los hechos naturales con relativa independencia de sus afectos inmediatos respecto de dichas relaciones. Con ello crece de modo considerable el acervo del saber relativamente seguro.

Pero en este nuevo grado de la capacidad humana de alcanzar mayor certeza sobre las relaciones del acaecer, se abren asimismo nuevas fuentes totalmente específicas de incertidumbre. Y mientras la evolución de la consciencia humana no va más allá de estos grados, se repiten sin cesar, en múltiples variantes, con la constante ampliación del acervo social en saber cierto, nuevas manifestaciones de esta incertidumbre específica. En tanto que en ciertas áreas, en especial en la de la "naturaleza", los conceptos y esquemas mentales de los que se sirven los hombres se adecuan mejor que antes a los hechos observables; en tanto que, en este sentido, la imagen que los hombres se hacen acerca de las relaciones del acaecer, se acerca más a la realidad y es más fiable, hay hombres que no pueden convencerse de que todo lo que piensan sobre esta "realidad" no sean meras ideas, productos artificiales de origen humano; en una palabra, ilusiones.

Tal incertidumbre y duda sobre la relación entre realidad e ilusión atraviesan todo el período. El tránsito a una representación de lo percibido más fiel a la realidad, en la pintura, es, en cierto sentido, sintomático de las peculiares oscilaciones y entrelazamientos entre realidad e ilusión. A través de los intentos de reproducir los fenómenos espaciales tridimensionales en un lienzo bidimensional, se llega, por una parte, a una forma artística más realista y cercana a la realidad, y, en esta fase, ésta es de hecho la meta propuesta. Sin embargo, lo que se proyecta al lienzo es asimismo la ilusión de un espacio tridimensional. Es una apariencia. Esta posibilidad, este deseo de dar a la ilusión la forma de la realidad, es la contrapartida de la inquietud filosófica de si no es ilusión aquello que aparece como realidad. La pregunta: "¿Qué es la realidad, qué es la ilusión?" ocupa incesantemente a los hombres en este grado de consciencia.

Es fácil comprender por qué tal cuestión es insoluble, cuando se es capaz de subir al grado de consciencia inmediatamente superior y de percibir desde una mayor distancia, lo escalado desde el final de la Edad Media. Cuando se llega a esto, se ve que la incertidumbre acerca de lo que significa "realidad", y la duda recurrente de si no todos los juicios acerca de lo que se llama "hechos", son productos artificiales del entendimiento humano, radican, en última instancia, en que los hombres, desde la fase del Renacimiento, objetivan primariamente en el pensamiento, la represión de los afectos respecto de aquello sobre lo cual reflexionan, esto es, el distanciamiento emocional respecto de los objetos de la reflexión. La acción que aquí hemos señalado metafóricamente como un acto de distanciamiento, parece a ellos, al reflexionarla, una distancia verdaderamente presente entre ellos mismos y los objetos de su reflexión. La coraza de sus autocontroles más o menos profundamente arraigados les parece efectivamente un muro existente que se desliza entre ellos mismos y los objetos de su reflexión. La incertidumbre acerca de la naturaleza de la "realidad" que permitió a

Descartes llegar a la conclusión de que lo único cierto es el pensar mismo, es un buen ejemplo de la objetivación de una representación sentimental que corresponde a una peculiaridad estructural de los hombres en cierta fase del desarrollo social y, por consiguiente, también de la autoconsciencia humana. Puede ser absolutamente auténtico el sentimiento de que uno está separado por un abismo, en la reflexión científica, de aquello sobre lo cual se reflexiona, y en la observación científica, de aquello que se observa. Pero el abismo mismo no existe más —no posee más realidad fuera de la del sentimiento— que el poder de los espíritus que un grupo de hombres simples adjudica a una máscara, cuando la siente espontáneamente dotada de ese poder. La única diferencia es que en el último caso, la coraza civilizatoria del sentimiento ya es más sólida, estable y multilateral que en el primero.

Así sucede que los hombres de las sociedades europeas se quedan siempre en la estacada, cuando —hablando en general— desde el siglo XV, alcanzan los entonces nuevos grados de la autoconsciencia, de cuyos síntomas forma parte la adquisición del saber científico, así como la posición básica cartesiana y la nominalista, recurrente, al reflexionar sobre su propia reflexión, al ser conscientes de su propia consciencia, al esforzarse intelectualmente por entender sus propios esfuerzos intelectuales. Mientras que el uso científico de su facultad intelectiva promueve un saber siempre creciente que pretende ser conocimiento de algo realmente existente, los hombres, al reflexionar sobre su trabajo científico, no pueden persuadirse de que algo realmente existente, algo "real" corresponde a este saber elaborado por una combinación de reflexión y observación sistemáticas. En consonancia con el sentimiento de una división y un abismo entre el "sujeto" cognoscente y los objetos por conocer, la idea de la realidad misma parece sospechosa e ingenua. ¿No es quizá todo lo que en el conocimiento se manifiesta, en última instancia, sólo una invención del pensamiento humano, o una imagen influida por los órganos de los sentidos humanos? ¿No están los acontecimientos que se desenvuelven "fuera" del hombre experienciante, tal alterados por el pensamiento o los sentidos, que el yo que, en apariencia, existe en lo "interior" de la coraza, no puede conocerlos como son en realidad, sino únicamente en su modificación y disfrazamiento provocados por el pensamiento, como elemento fundador en su imagen conceptual de la instancia, insolubles, en este grado de autoconsciencia, donde si

bien es verdad que los hombres pueden ya tomar suficiente distancia respecto de su propio proceder intelectual como para, en la reflexión sobre su proceder intelectual, percibir los objetos como algo independiente de sí mismos y en especial de sus propios afectos, y, en este sentido, como algo autónomo, no son, sin embargo, capaces de alejarse suficientemente de sí mismos y de su propio proceder intelectual para incluir la estructura de ese distanciamiento, como elemento fundaddor en su imagen conceptual de la relación sujeto-objeto.

Por lo tanto, en este grado de autoconsciencia surge sin cesar el problema de la relación entre "subjetividad y objetividad", entre "consciencia y ser", entre "ilusión y realidad", entre aquello que experimenta uno como su propio "interior" —designado de modo significativo, con una categoría espacial—, entre el "propio yo" en su coraza civilizatoria, por un lado, y por otro, el "mundo exterior", que existe fuera de dicha coraza. La duda cartesiana acerca de la "realidad" de todo aquello que sucede fuera del propio pensamiento, el tránsito a los tipos ilusionistas de la pintura, la acentuación de las fachadas orientadas hacia fuera, en el estilo arquitectónico de las iglesias y viviendas, éstas y numerosas innovaciones similares son manifestaciones de la misma transformación en la estructura de la sociedad y de los hombres que la forman. Son síntomas de que los hombres, en virtud de una mayor represión de sus sentimientos, que les ha sido impuesta, ya no se experimentan a sí mismos, en medio del mundo y de los hombres, como una creatura entre otras, sino cada vez más como individuos, cada uno de los cuales se enfrenta por sí mismo, por así decirlo, en el interior de su coraza, a todos los otros seres y cosas, también a todos los demás hombres, como a lo que existe fuera de su propia coraza, y por ésta se encuentra separado de su propio "interior".

Forma parte de los síntomas de esta estructura de la autoconsciencia, nueva en su tiempo y ahora ya hace tiempo evidente, no sólo la incertidumbre específica sobre la naturaleza de la "realidad", de la que ya se hablaba, sino también el juego consciente con la realidad y la ilusión, el súbito cambio y paso de una a otra o la combinación de ambas, que desde ahora se halla en variaciones siempre nuevas en el arte y la literatura. *L'Astrée* es un ejemplo. Los personajes modélicos de la novela no sólo dominan sus sentimientos y pasiones bastante concienzuda y reflejamente, según el papel personal que les atribuye el autor, sino que, de ordinario, se

disfrazan también conscientemente; así, parece con frecuencia que viven otro papel; aparecen como algo distinto de lo que "en realidad" son.

Cuando uno se pregunta qué es aquello que, en la sociedad de *L'Astrée* y, por lo tanto, también en la sociedad para la cual fue escrita, es considerado como indudablemente real, se topa uno entonces, también aquí como en numerosos casos, con una peculiar mezcla de ser y deber, de hechos y norma social. Como fundamento seguro e indudable de aquello que un hombre es "realmente", aparecen en esta novela la línea de la que procede y el rango social establecido por la procedencia de un cierto linaje familiar. Esto responde exactamente a lo que, en la sociedad a la cual *L'Astrée* está destinada en primer término, aparece como componente de la realidad humana, inconmovible y casi completamente no reflexionado. Sólo cuando se conoce la procedencia social y, por lo tanto, el rango de un hombre, se sabe quién y qué es este hombre en realidad. En este punto se detienen la duda y la reflexión; no se piensa más allá. No es posible ni necesario pensar más, pues la genealogía y el rango social son los puntales básicos de la existencia social de la nobleza. *L'Astrée* es una novela nobiliaria que pone en escena a aristócratas disfrazados de muchas maneras para un público aristocrático. Esta era —y es— la primera pregunta que interesa a los nobles, cuando se encuentran con un noble: "¿de qué Casa o de qué familia procede él o ella?". Con ello pueden clasificarlo. La novela indica que aquí se trata ya de una sociedad nobiliaria relativamente amplia y móvil. Se está en camino de la gran aristocracia cortesana, en cuyo marco los hombres entran en mutuo contacto, sin conocerse ni conocer a sus familias, como sucede en los estrechos círculos nobiliarios. En *L'Astrée* se refleja una sociedad cuyos miembros no saben de ordinario, al principio, quién es "realmente" el hombre con quien se encuentran. Así, son posibles los disfraces y las imposturas —a veces incluso del rango.

Es característico del grado de consciencia que *L'Astrée* representa el hecho de que aquí los hombres no sólo se disfrazan, simulan o aparentan ser, hacer o sentir lo que no corresponde a la "realidad" —ello sucede con bastante frecuencia también en las obras literarias de los períodos anteriores—, sino que asimismo el disfraz y el disimulo de los hombres se convierte en objeto de reflexión. La relación entre "realidad" y "enmascaramiento" se hace un problema sobre el cuál se discute y argumenta explícita y frecuentemente en extensas conversaciones. A veces, uno hace su juego conociendo perfectamente la posibilidad del enmascaramiento. Se reflexiona sobre las cuestiones que resultan de que los hombres puedan enmascararse y disimular sus pensamientos y sentimientos. En una palabra, *L'Astrée* es un ejemplo y un síntoma del ascenso a una situación social y, como una de sus dimensiones, a una situación de consciencia con nuevas y específicas peculiaridades estructurales.

A estas propiedades pertenece el grado de reflexión sobre los hombres a que se ha llegado, o, en otras palabras, el grado de autodistanciamiento. Comparada con los personajes de novelas anteriores de género similar, *L'Astrée* representa —y con toda certeza, no sólo *L'Astrée*— un escalón donde los hombres ya son capaces en gran medida de tomar distancia respecto de sí mismos y de enfrentarse a sí mismos. En cierto grado, han subido a un escalón más elevado de la escalera de caracol de la consciencia. Desde allí pueden verse situados y actuando en el escalón previo; pueden percibirse y contemplarse allí en el trato con otros hombres.

El tipo de la relación amorosa que aquí se encuentra, es asimismo una manifestación de esta capacidad superior de controlar los afectos, de tomar distancia respecto de los hombres en sus relaciones mutuas, y del autodistanciamiento que responde al antes descrito cambio de las configuraciones de hombres y en especial, a la transformación de las interdependencias en el curso de la centralización creciente del poder del Estado y la formación en auge de las elites aristocráticas. A este respecto no deja de tener importancia el hecho de que el ideal de la relación amorosa, situado en el centro de *L'Astrée*, no constituye propiamente el ideal de la más alta y poderosa aristocracia cortesana, sino más bien el de una capa media aristocrática. D'Urfé opone con plena consciencia, este ideal como el *ethos* amoroso más noble, puro y civilizado de los pastores, esto es, de los representantes de una capa de la nobleza de rango inferior, a las costumbres amorosas más relajadas y sensuales de la aristocracia cortesana. Se puede fácilmente tener la impresión de que *L'Astrée* es un producto literario por completo "puro" y apolítico. Los problemas amorosos son centrales en la novela. Pero, cuando también D'Urfé, como muchos otros que, durante las guerras civiles, habían luchado contra el hombre elevado ahora al trono real, situado en el centro de la corte, y, en parte asimismo contra el creciente poder del rey, deja a un lado la espada y crea

para los hombres fatigados de la guerra una imagen fantástica de la vida pastoril, pacífica y sencilla, continúa, sin embargo, en el plano de las ideas, luchando en su novela con armas ideológicas. La vida sencilla, buena y libre de los pastores, socialmente inferiores, es continuamente contrapuesta a las costumbres y usos de los altos señores y damas cortesanos, que son quienes auténticamente poseen el poder de este mundo. Y la iterativa acentuación de la diferencia en la conducta amorosa de ambos grupos muestra con particular nitidez que la lucha continúa en otro plano, a saber, como polémica entre dos distintas valoraciones, como protesta en contra del acortesanamiento, que se hace cada vez más inevitable, como controversia medio oculta en contra de la aristocracia cortesana dominante. *L'Astrée* pone de manifiesto en una forma temprana, aunque muy paradigmática, la relación entre dos aspectos del fuerte empujón civilizatorio que, a partir del siglo XV —a veces antes, a veces después— puede advertirse en las sociedades europeas: la relación entre la transformación global de las coacciones externas en autocoacciones, la reforzada formación de la conciencia, la denominada "interiorización" de las coacciones sociales en forma de un *"ethos"* o una "moral", por un lado, y, por otro, movimientos encaminados a evitar las coacciones civilizatorias mediante el abandono de la sociedad civilizada y la retirada a enclaves de una vida más simple, en general, la campestre, medio de broma, medio de veras, esto es, mediante la retirada a un mundo de fantasía. Aquí es ya patente que —y por qué— esta dialéctica de la civilización entre el avance de la formación de la conciencia, de la moralización, de la "interiorización" de las coacciones civilizatorias, y la de la huida intentada o soñada ante las coacciones civilizatorias, se puede observar con mayor frecuencia en las capas medias —capas de dos frentes—, y apenas en las supremas y poderosas capas dominantes. Algo de esta escisión no empieza a mostrarse apenas en el desarrollo de las capas medias burguesas, sino ya antes en el *ethos* amoroso de las capas medias de la nobleza, presentadas en *L'Astrée.*

11. La palabra "amor" hoy tan utilizada, nos hace olvidar de ordinario que, al hablar de ideal del amor, valorado en la tradición europea, ininterrumpidamente como modelo de las relaciones amorosas reales, se trata de una conformación de la vinculación afectiva de un hombre y una mujer, la cual está muy determinada

por normas sociales y personales. En *L'Astrée* nos encontramos con esta modelación de los afectos como ideal de una capa media de la aristocracia, ya medio acortesanada. El amor de Celadon —héroe de la novela— por Astra —la heroína— no es simplemente el deseo apasionado de un hombre por poseer a una determinada mujer. Se descubre aquí, en su versión aristocrática, una forma de relación amorosa, relacionada bastante estrechamente con el ideal del amor romántico de la posterior literatura burguesa. Se trata de una apasionada vinculación sentimental recíproca de un concreto joven soltero y una concreta joven soltera, que sólo puede encontrar cumplida realización en el matrimonio de ambos y que es exclusiva en alto grado. Es el deseo de tal hombre por tal mujer y por ninguna otra y, viceversa, de tal mujer por tal hombre. Este ideal de la vinculación amorosa presupone, por tanto, un alto grado de individualización. Excluye toda otra relación de amor de uno de los dos, aunque sea pasajera, con un tercero. Pero dado que aquí se trata de dos seres humanos con autocontroles perfilados muy individualmente, con una coraza muy diferenciada, la estrategia del cortejar es también más difícil y larga que antes. Aquí los jóvenes son ya también socialmente tan independientes, que los padres, aunque se opongan a la elección de aquéllos, poco pueden hacer contra la fuerza de la vinculación amorosa. Por ello, el galanteo es difícil y peligroso. La pareja debe ponerse recíprocamente a prueba. Su juego amoroso se ve influido no sólo por la fuerza del enmascaramiento mismo de los sentimientos, en parte obligado y en parte espontáneo, sino también por la consciencia del disfraz, por la reflexión sobre el enmascaramiento. ¿Qué sucede realmente tras la máscara del amante? ¿Hasta qué punto son auténticos los sentimientos del otro y se puede uno fiar de ellos? En grupos poco individualizados que se mueven en un espacio de límites reducidos, hay de ordinario controles, familiares y rituales tradicionales, y una especie de opinión familiar sobre los jóvenes que quieren o deben casarse. Por el contrario, aquí los jóvenes deben atenerse del todo a su propio juicio y sentimiento. Ya sólo por esta razón, este tipo de relación amorosa encuentra su realización sólo después de largas pruebas personales, tras la superación de muchos malentendidos y comprobaciones que, en parte, crea la pareja y, en parte, son introducidos por los demás. También la difícil estrategia, habitualmente aventurera y en todo caso, dilatoria, del galanteo amoroso que llena una buena parte de la novela, es una manifesta-

ción de la creciente toma de distancia entre hombre y hombre.

Tal como se presenta en *L'Astrée* esta vinculación amorosa de los protagonistas es un ideal. Constituye una amalgama compleja de impulsos del deseo y la conciencia. Es típico de este conjunto amoroso el hecho de que el poderoso acorazamiento civilizatorio no sólo mantenga en jaque, durante largos períodos, las manifestaciones animales más espontáneas de las pasiones humanas, sino que, en este grado del proceso de civilización, introduzca como ganancia suplementaria, un cierto gusto en la dilación del placer amoroso, una melancólica alegría por los propios padecimientos amorosos, un goce en la tensión del deseo no satisfecho. Ello da a este tipo de vinculación amorosa su carácter romántico.

Esta prolongación del juego amoroso y el placer suplementario a partir de la tensión del anhelo insatisfecho, dependen muy estrechamente de un *ethos* amoroso, del estricto sometimiento de los amantes a las normas acuñadas socialmente que les dicta su propia conciencia. A tales normas pertenece ante todo la inconmovible fidelidad recíproca de los amantes y, de modo especial, la del hombre amante a la mujer amada. Cualesquiera sean los malentendidos y tentaciones, la absoluta constancia en la lealtad es, según el ideal de la relación amorosa que D'Urfé nos pone delante en su *L'Astrée*, el deber y el honor del hombre amante. D'Urfé opone este *ethos* amoroso, como *ethos* de los pastores y pastoras, esto es, de una capa media de la nobleza, que, aunque ya muy civilizada y en proceso de acortesanamiento, se defiende aún del acortesanamiento y de las coacciones civilizatorias en aumento, a la moral amorosa más libre de la aristocracia cortesana dominante.

Una corta escena puede presentar gráficamente esta situación[11]: Galatea, en la novela una ninfa, esto es la imagen enmascarada de una alta dama cortesana —probablemente Margarita de Valois—, reprocha a Celadon, el sencillo pastor —representante, por tanto, de la nobleza de rango inferior—, su ingratitud e indiferencia hacia ella. Celadon le replica que lo que ella llama ingratitud, es simplemente la expresión de su deber.

> "Con ello —responde la alta dama— lo único que usted dice es que su amor se consagra a otra persona y que, por tanto, su fidelidad se somete a otro deber. Pero —prosigue— la ley de la naturaleza prescribe algo totalmente distinto. Manda que uno considere su propio bien, y ¿qué podría haber de mejor para su propio bienestar, que mi amistad? ¿Quiénes otros en esta región pueden hacer por usted tanto como yo? Es, por cierto, tontería, Celadon, continuar en esta locura de fidelidad y constancia. Son palabras que han inventado mujeres viejas o que se hacen horribles, para, con estos lazos, mantener a su lado encadenadas almas que largamente liberarían sus ojos. Se dice que todas las virtudes están aherrojadas. La constancia no puede existir sin sabiduría del mundo. Pero ¿sería sabio despreciar el bien cierto para evitar la mala fama de inconstante?
>
> "Señora —replica Celadon—, la sabiduría del mundo no nos enseña a buscar una ventaja a través de medios reprobables. La naturaleza no nos ordena en sus leyes construir un edificio sin haber asegurado los cimientos. ¿Hay algo más vergonzoso que faltar a una promesa? ¿Hay algo más voluble que un espíritu que, como una abeja atraída por un nuevo néctar, revolotea de flor en flor? Señora, si no existe ninguna lealtad, ¿sobre qué fundamento puedo construir su amistad? Pues si usted sigue la ley de la que ha hablado, ¿cuánto tiempo me durará esta felicidad?"

Como es patente el pastor domina, tan bien como la alta dama cortesana, el arte de la disputa cortesana, que sustituye en el curso del acortesanamiento y civilización crecientes de la nobleza, en parte, al combate físico de los caballeros. Se ve asimismo en esta pequeña escena la protesta de la nobleza que se va acortesanando en contra del *ethos* gran-cortesano. Este representante de una capa media de la nobleza defiende un *ethos* amoroso, que anticipa una idea muy difundida de las capas burguesas medias. La alta dama representa el *ethos* gran-cortesano de la sabiduría mundana, tal como lo ve D'Urfé. Habla mucho en su favor el hecho de que lo que dice, se acerca bastante al standard del pensamiento y la conducta reales, en la suprema capa cortesana dominante. Un pequeño relato, escrito por Margarita de Valois[12], muestra una relación muy similar entre una alta dama y un sencillo caballero, que, por supuesto, en este caso, termina felizmente para la dama. Tampoco carece de interés el ver que, en el marco del *ethos* de esta capa superior cortesana se anticipa ya aquella interpretación del concepto de naturaleza que, más tarde, principalmente en el marco de la filosofía social y económica burguesa, es aceptada y sistemáticamente desarrollada: la interpretación de la ley natural como

[11] D'Urfé, *L'Astrée*, nueva ed., Lyon, 1925, t. I, pp. 438 y s.

[12] Marguerite de Valois, *Oeuvres*, ed. por M. F. Guessard, París, 1842, p. 56.

una norma que manda a los individuos actuar en vista de su propio bien y provecho. Celadon, el pastor, defiende un ideal que se contrapone al de la capa suprema cortesana dominante. Como el romanticismo pastoril, sigue vivo durante largo tiempo todavía, como ideal-alternativa de los hombres que padecen las coacciones del poder y civilización cortesanos.

Lo mismo vale decir de lo que D'Urfé caracteriza como la naturaleza ideal de los pastores. Como en el caso del ideal de amor, se encuentra aquí el embellecimiento de lo lejano, mediante la añoranza, junto con el creciente distanciamiento, en este caso, de la sencilla vida campestre.

Celadon explica a la ninfa Silvia que nadie sabe quién es el pastor Silvandro, esto es, que no se conoce ni su familia ni su genealogía.

> "Ha aparecido entre nosotros —según relata Celadon— hace algunos años, y como entiende muy bien de hortalizas y de los animales de nuestros rebaños, todos lo han ayudado."
>
> "Hoy —dice Celadon— él vive completamente a gusto y puede considerarse rico, pues, ¡oh!, Ninfa, no necesitamos mucho para tenernos por ricos. La naturaleza misma se contenta con poco y nosotros, que sólo buscamos vivir según la naturaleza, somos pronto ricos y nos sentimos satisfechos..."
>
> "Ustedes —replica la ninfa— son más felices que nosotros"[13].

Aquí vuelve a ponerse de manifiesto la tendencia ideológica de la novela. A la vida artificial de la capa superior cortesana se contrapone la vida simple y natural de los pastores, pero ésta ya es aquí el símbolo de la añoranza de un tipo de vida que ya no es realizable. Es la añoranza de hombres "internamente" divididos; se acuerdan tal vez todavía de la vida campestre del tiempo de su juventud. El mismo D'Urfé coloca conscientemente la acción principal de su novela en la región de Francia donde pasó su juventud. Pero estos hombres ya están, al mismo tiempo, tan profundamente metidos en el proceso de aristocratización y tan cambiados por las influencias cortesano-civilizatorias, que la verdadera vida campestre les es demasiado ajena como para contentarse con la sencilla existencia entre campesinos y pastores. D'Urfé es bastante consciente de que la vuelta a la tierra de su juventud, que él ha poblado

[13] D'Urfé, *L'Astrée*, op. cit., p. 389, t. I.

ahora con aristócratas cortesanos disfrazados de pastores, es un juego y un sueño. Unicamente es auténtica la nostalgia de ella. También es por completo verdadero el combate ideológico contra las costumbres amorosas, las formas artificiales de trato y todo el modo de vida de la corte. Pero la capacidad de autodistanciamiento y reflexión ya ha adquirido aquí un grado donde no puede disimularse el hecho de que los pastores y pastoras, aunque símbolos de una auténtica añoranza, son pastores por el vestido y símbolos de una utopía, pero no verdaderos pastores. Como se ha dicho, pertenece a este grado al que uno puede ya tomar bastante distancia con respecto a sí mismo como para preguntarse: ¿qué es la realidad y qué la ilusión?, pero no para responder de modo suficiente a la pregunta planteada. De ordinario, se juega simplemente con la posibilidad de que lo que parece ilusión, sea realidad, y lo que parece real, ilusión.

D'Urfé pone como epígrafe de su novela[14], una dedicatoria a la pastora Astra, donde dice entre otras cosas:

> "Cuando se te reproche que no hables el idioma de las aldeas y que ni tú ni tus rebaños huelan a oveja y cabra, respóndeles, mi pastora..., que ni tú misma ni los que te siguen, pertenecéis a esos indigentes pastores que pastorean sus rebaños para ganarse la vida, sino que todos vosotros habéis elegido esta forma de vida, para vivir más dulcemente y sin coacciones ('pour vivre plus doucement et sans contrainte'). Respóndeles que a ellos les produciría poco placer oíros si vuestras ideas y palabras fueran realmente de la misma índole que las habituales de los pastores, y que a vosotros os avergonzaría repetirlas."

La aspiración que D'Urfé, en la primera época del gran movimiento civilizatorio que empieza al final de la Edad Media, expresa con la fórmula "vivre plus doucement et sans contrainte", aparece sin cesar, como una peculiaridad estructural recurrente, en las numerosas contracorrientes románticas que forman parte de las permanentes características de este gran movimiento civilizatorio. Lo que aquí fue dicho como ejemplo de uno de los posibles tipos de experiencia de los cortesanos, sobre la forma temprana del romanticismo bucólico que encarna *L'Astrée*, ilumina algo la estructura social de tales oleadas románticas. Más tarde o más temprano

[14] D'Urfé, op. cit., t. I., p. 7.

se podrá llegar ciertamente, en el marco de una teoría global de la civilización, a un esclarecimiento teorético de los múltiples movimientos románticos que, como ha sido dicho, pertenecen a los fenómenos permanentes del proceso de civilización. Aquí se perciben los puntos de partida para ello.

La época de *L'Astrée* es un tiempo donde las coacciones civilizatorias en forma de control de efectos involuntario o espontáneo que los hombres ejercen sobre sí mismos, aumentan considerablemente en la forma de las maneras, de la conciencia y de muchos otros modos. Los procesos de socialización, las transformaciones de los jóvenes en consonancia con el nivel ascendente de los controles sociales dominantes de los sentimientos, se hacen más difíciles. Se fortalecen la capacidad y la costumbre de tomar distancia respecto a todo, en la relación con los "objetos", con la "naturaleza"; en la relación de hombre a hombre y del hombre consigo mismo. Pero aunque con ello se eleva asimismo la capacidad de reflexión, en este grado del proceso de civilización, la naturaleza de la transformación civilizatoria a la que están sometidos los hombres permanece todavía en general oculta para los hombres que así se modifican. Estos sienten la presión de las coacciones, en especial, la de las coacciones sobre los afectos, a las que están expuestos, pero no la entienden.

Los avatares de los movimientos románticos que, en una u otra forma, expresan el anhelo de liberarse de estas coacciones de una manera utópica, a saber, irrealizable y a medias consciente de que lo es, hace probable que ciertas estructuras sociales, situaciones específicas de los grupos humanos favorezcan la aparición de movimientos e ideales que prometen a los hombres la liberación de sus coacciones, a veces, simultáneamente, de las opresiones del poder y de la civilización, mediante la retirada a enclaves de una vida social más sencilla, o por el restablecimiento de una vida del pasado, sentida como más simple y más pura. Las condiciones bajo las cuales fue escrita la obra de D'Urfé permiten reconocer algunas de las relaciones entre ciertas estructuras sociales y el conflicto específico, arriba mencionado, que es característico de las obras y movimientos románticos. Sólo mediante una ulterior investigación. se puede descubrir si —y con qué frecuencia— esta relación explicativa entre la estructura romántica de las ideas e ideales y las específicas estructuras sociales se repite en otros casos. Lo que se ve en el caso de *L'Astrée* —la aspiración a una vida más sencilla— es el anhelo de una capa elevada que, dominada por otra de jerarquía superior, se reconoce de segundo rango y, al mismo tiempo, como capa alta y privilegiada, se destaca consciente y acentuadamente de las capas de rango inferior. En el caso de capas burguesas en esta situación, se habla normalmente de "capas medias". Al hablar de los nobles, se puede usar este concepto sólo con reservas. Posiblemente la mejor manera de formular lo que es común a tales capas, sea hablar de capas de dos frentes. Están sujetas a una presión social de arriba, de grupos que gozan de un poder mayor y de mejores oportunidades de dominio, autoridad y prestigio, y a una presión de abajo, de grupos que, aunque inferiores a ellas en rango, autoridad y prestigio, desempeñan, sin embargo, como factor de poder, un papel considerable en el entramado global de interdependencias. Tales capas pueden por cierto experimentar las coacciones a las que se sienten sometidas, en primer lugar, como coacciones a las que están expuestas en virtud de las mayores oportunidades de poder de los que socialmente están situados por encima de ellas, de la capa que tiene el primer rango. Esta es, como se ve, la orientación de la lucha ideológica que D'Urfé emprende en *L'Astrée*, contra la capa dominante de la corte, contra la capa superior cortesano-aristocrática, cuyos modelos de comportamiento y modo de vida son el objetivo del ataque, implícito en la presentación de la sencilla vida pastoril. Cuando D'Urfé habla de que sus pastores, por cierto, sólo buscan una vida más dulce y sin coacción, es consciente de que tal coacción parte del rey vencedor y de su corte. Pero no se da cuenta de que las coacciones que él y sus compañeros de capa social sienten pesar sobre ellos, son asimismo coacciones que ellos ejercen sobre sí mismos para cultivar y conservar en sí todos aquellos rasgos a los que, no sólo por sí mismos, otorgan un valor, sino, en buena parte, también como símbolos de su alta posición social, como instrumentos de su preponderancia y autoridad sociales sobre quienes están socialmente abajo. Hasta por el refinado juego amoroso, el *ethos* amoroso de alta tensión, se apartan de las "groseras" relaciones sexuales de las capas no-aristocráticas. Pero apenas tienen consciencia de la paradoja que entraña esta relación del anhelo de libertad y su símbolo, la aparentemente libre vida pastoril, con las autocoacciones de un *ethos* amoroso refinado.

Las capas de dos frentes, sean nobiliarias o burguesas, se encuentran, en las sociedades de la Edad Moderna, de ordinario du-

rante largos períodos especialmente expuestas a coacciones opresoras y autocoacciones[15] civilizantes asimismo oprimentes, precisamente porque viven en dos frentes, en medio de la presión de permanentes tensiones y frecuentes conflictos. Les están vedados los premios sociales de compensación de que gozan las capas de primer rango que no sienten a nadie sobre ellas y sólo deben defenderse de la presión de abajo. Quieren eliminar los aspectos experimentados como negativos, de las coacciones del poder y la civilización, y al mismo tiempo, conservar intactos los aspectos valorados como positivos, de la propia civilidad, que, por cierto, pertenecen a las características para ellos imprescindibles, de su distinción, de su alta posición social, y constituyen en general la pieza central de su identidad social y personal. En la argumentación de D'Urfé se manifiesta con bastante claridad este conflicto. Sus pastores quieren escapar de la coacción de la sociedad cortesano-aristocrática, sin perder los privilegios y la superioridad que precisamente los distinguen, juntamente con su civilidad, como aristócratas, de los hombres rudos e incivilizados que huelen a oveja y cabra, de los campesinos y pastores verdaderos.

Con ello se aprecia algo más nítidamente que antes el carácter del conflicto, que responde de la específica media-luz romántica de tales creaciones, de la cristalización de anhelos auténticos y necesidades reales en simulacros irreales, en ilusiones utópicas, de las que, en cuanto tales, uno es de ordinario, consciente a medias y a las cuales uno se aferra quizá con tanta testarudez, porque se asusta de ser plenamente consciente de la ilusión. El conflicto manifiesto de las altas capas de dos frentes consiste en que corren el riesgo de socavar las paredes que los defienden de la presión de abajo, al minar los muros que aseguran su posición privilegiada a las capas de más alto rango y más poderosas. No pueden liberarse de las coacciones que ejerce sobre ellos la hegemonía de otros, sin poner en cuestión su propia hegemonía sobre otros. Pero éste es sólo un aspecto de un conflicto más profundo. El conflicto de las capas de dos frentes no sólo se refiere a las coacciones que resultan de la distribución jerárquica de las oportunidades de dominio y autoridad —en el caso de D'Urfé no sólo a la coacción de subordinarse al rey triunfador y a la capa superior cortesana—, sino además a las represiones civilizatorias de los sentimientos que uno mismo se impone y que son una parte integrante de la propia persona. La índole ilusoria de la utopía pastoril se basa, en última instancia, en que, si bien sus representantes querrían llevar una existencia pastoril simple y natural, contrapuesta a la vida cortesano-aristocrática, quisieran conservar al mismo tiempo todos los refinamientos del trato humano y en especial, del amor, que, como aristócratas civilizados, los distinguen de los rudos e incivilizados pastores. Es característico no sólo de esta forma de manifiestación del romanticismo, sino también de muchas otras el que, en su marco, los hombres intenten escapar de las coacciones civilizatorias, pero no puedan hacerlo porque estas coacciones son parte de sí mismos. Es probable que, en las capas de dos frentes, las coacciones civilizatorias, ya en la forma del refinamiento de los modos de trato y, con éstos, también de la relación sexual, ya en la forma de la conciencia y de la moral, sean especialmente oprimentes, por cuanto están tan entrelazadas en el entramado de interdependencia, que de manera ininterrumpida se relacionan con tensiones y situaciones conflictivas en dos frentes. Sea cualquiera la perspectiva desde la que se vea el conflicto personal en las raíces de las corrientes románticas en capas de dos frentes —desde la perspectiva de las coacciones del poder, así como desde el punto de vista de las coacciones civilizatorias—, se trata de un conflicto cuyo carácter está condicionado en muy alto grado por la desigualdad relativamente grande de la distribución del poder y del nivel de civilización en la sociedad correspondiente. Uno quiere conservar los privilegios, el valor diferencial que uno posee junto con la propia civilidad superior —cualquiera sea la manera en que se conciba conceptualmente esta distinción, como formación, educación, mentalidad o cultura diferenciantes—, y querría igualmente liberarse de las coacciones a que está uno sometido, no en último término, también en virtud de la civilidad desigual, y de las ventajas, la superioridad y distinción que tal civilidad confiere.

[15] Una investigación ingeniosa y muy exhaustiva de esta problemática, desde cierta perspectiva (huida del mundo, melancolía, hastío, evadirse en la naturaleza, etc.), se encuentra en W. Lepenies, *Melancholie und Gesellschaft* (Melancolía y Sociedad), Francfort a. M., 1969.

12. Es interesante ver que el problema y la meta que D'Urfé formula en su novela pastoril con las palabras "vivre plus doucement et sans contrainte", desde esa época, emerge en movimientos siempre nuevos. Aun en los esfuerzos anarquistas y psicodélicos de nuestros días se halla resonancias de ello. Su índole romántico-

utópica se basa en parte precisamente en que aquí los hombres quisieran dejar de sufrir las coacciones que los hombres mismos, mediante sus interdependencias, ejercen mutuamente y hacen el intento de escaparse de tales coacciones o de romperlas, sin poseer un claro conocimiento de la estructura de dichas coacciones. La expresión "vivre plus doucement" no es fácil de traducir en alemán —una convivencia de los hombres más pacífica, amistosa, agradable y dulce que la existente hasta ahora—, pero cualquiera sea la manera en que se la traduzca, tal meta se halla con toda seguridad en el ámbito de lo posible. Por el contrario, una convivencia social sin coacciones es imposible e inimaginable. Pero esto no quiere decir en absoluto que tales coacciones deban tener necesariamente aquella estructura que poseen en el actual curso del desarrollo de la sociedad: una estructura que conduce siempre otra vez a esfuerzos utópicos y, por consiguiente, condenados desde el principio al fracaso, en el sentido de sus propios fines. Trátese de coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros, por ejemplo, como dominadores y dominados, o de autocoacciones que los hombres se imponen, es posible percibir ya en este estadio temprano de la investigación sobre tales coacciones que la pesadez y dureza particulares de muchas formas de coacción actuales que encuentran una expresión, entre otras, en los movimientos e ideales romántico-utópicos recurrentes, dependen de particularidades específicas estructurales de los actuales entramados de interdependencia que, en absoluto, no son inalterables. La desigual repartición de las oportunidades de poder social y en especial, también las diversidades extraordinariamente grandes del nivel de civilización, son indudablemente factores que contribuyen a la dureza de las coacciones, también de las autocoacciones civilizatorias. En general, todavía es uno poco consciente del auténtico efecto de bumerang de las coacciones que, en un entramado de interdependencias, los grupos más poderosos ejercen sobre los menos poderosos y los más civilizados sobre los menos. Normalmente pasa inadvertido el hecho de que, en una u otra forma, las coacciones que los grupos más poderosos ejercen sobre los menos poderosos vuelven a recaer sobre los primeros, como coacciones de los menos poderosos y presiones para la autocoacción.

Hasta el uso de palabras tales como "poder" o "autoridad", como términos técnicos sociológicos puede obstruir el camino para comprender la relación entre coacción y contracoacción en el entramado humano de interdependencias. En efecto, normalmente sólo destacan las coacciones que van de arriba abajo, pero no las que van de abajo arriba. Nos hacen fácilmente olvidar que, en toda forma de "poder" —como lo muestra este estudio sobre el "poder" de Luis XIV—, se trata de relaciones de equilibrio más o menos lábiles y sobre todo, de equilibrios de poder. Como instrumento análitico más global, hay que preferir el concepto de "coacción", entendiéndolo en el sentido de una coacción recíproca de hombres sobre hombres, aunque no necesariamente de la misma fuerza; usándolo en el sentido de una coacción de configuración en el marco de un análisis de interdependencias y no de una coacción de normas o principios aparentemente extrahumanos.

Es comprensible que hasta ahora uno se ocupase habitualmente sólo de las coacciones a que están expuestos los grupos menos poderosos. Pero de este modo se obtiene solamente una imagen unilateral. Precisamente porque en toda sociedad, en todo entramado de interdependencias, hay una especie de circulación de las coacciones que ejercen grupos sobre grupos e individuos sobre individuos, no se puede entender tampoco las coacciones a que siempre están expuestas las capas bajas, sin investigar simultáneamente las de las respectivas capas superiores.

El estudio de la sociedad cortesana precedente es un paso en esta dirección. Desde el punto de vista de las capas bajas menos poderosas, los príncipes y grupos aristocráticos aparecen fácilmente como hombres que llevan una vida libre y espontánea. En el curso de una investigación más profunda, han sido puestas claramente de relieve las coacciones a que están sometidas las capas superiores y, no en último término, su miembro más poderoso, un rey que gobierna de modo absolutista. Se ha visto que son objeto de tales coacciones, en buena parte en forma de una autodisciplina, precisamente porque para ellos la conservación de su posición elevada, de su distinción y superioridad sobre otros, se ha convertido en un fin en sí mismo que domina toda su existencia.

D'Urfé transmitía todavía una imagen relativamente simple, de hecho simplificada, de las coacciones a que estaba sometida la nobleza durante el proceso de acortesanamiento y aristocratización. La atención se limita, en el marco de su novela, casi exclusivamente a los grupos de la nobleza. Los grupos burgueses apenas si tienen algún papel en esta novela. En la simplificación ideológica, están, por un lado, los señores y damas cortesanos vestidos de pas-

tores y pastoras, que son todos del mismo rango; por otro lado, están los personajes de rango superior, muchos de los cuales representan a la capa suprema de la aristocracia cortesana. Ya en la época de Enrique IV, la división de las elitistas capas determinantes de Francia y, en consecuencia, el equilibrio de tensiones entre ellas, eran, en realidad, mucho más complicados. Pero la presión de las capas no elitistas —las capas bajas todavía preponderantemente campesinas y que en muchas ciudades apenas sabían leer y escribir, juntamente con los grupos burgueses gremiales y burocráticos— sobre las capas elitistas determinantes, su fuerza y sus oportunidades de poder eran, comparadas con las de las elites situadas en el centro, todavía relativamente pequeñas, si se prescinde de las masas también concentradas localmente, de la población de las principales ciudades. Ya sólo la conglomeración física de estas últimas representaba cierto peligro para las elites cortesanas y, por consiguiente —como posibilidad—, un factor de su fuerza social, de su potencial de poder, cuya presión intentó reducir Luis XIV trasladando la corte a Versalles.

IX. SOBRE LA GENESIS SOCIAL DE LA REVOLUCION

En las sociedades estatales preindustriales, la desigualdad en el reparto de los pesos del poder es muy grande, comparada con la existencia en los estados nacionales industriales más desarrollados. La sociedad cortesana es un ejemplo de una elite monopolista preindustrial. La gran desigualdad en la distribución de las oportunidades de poder se manifiesta, entre otras cosas, en el hecho de que la gran mayoría del pueblo francés interesaba a los aristócratas cortesanos sólo en su papel de sirvientes. En el curso de la modernización y comercialización crecientes, de la urbanización y centralización progresivas, cambia paulatinamente el peso de las dependencias y supeditaciones mutuas entre los monopolistas tradicionales y las masas de la población no elitista del Estado, en favor de estas últimas. Quizá sea útil indicar que una alteración de los pesos sociales en esta dirección no empieza a observarse apenas en el período de la democratización abierta relacionada con la industrialización progresiva, sino ya, en una especie de democratización latente en ciernes, en sociedades del tipo del ***ancien régimen,*** sobre todo en relación con la comercialización previa a la industrialización.

A veces se pretende explicar a corto plazo las transformaciones explosivas de la distribución social del poder, como la Revolución francesa, partiendo exclusivamente de los sucesos inmediatamente anteriores al período revolucionario o incluso de los acontecimientos durante éste. Pero con bastante frecuencia sólo es posible entender tales explosiones de violencia, considerando los cambios a largo plazo de los pasos del poder en la sociedad en cuestión, los cuales se producen ciertamente en largos períodos de tiempo, lentamente y a pequeños pasos, de tal suerte que tanto los hombres involucrados como las generaciones posteriores perciben de ordinario, en una vista retrospectiva, sólo síntomas aislados, pero no la larga transformación de la distribución de poder, en cuanto tal. La cuestión es por qué de esta fase de latente, medio subterránea y por completo paulatina transformación en el reparto de las oportunidades sociales del poder, a partir de una cierta época, se pasa a

otra donde se acelera el cambio de las relaciones de poder y se agudizan las luchas por el mismo, hasta que el monopolio del ejercicio de la violencia de los actuales gobernantes es combatido, mediante el uso de la fuerza física de las capas no elitistas hasta entonces excluidas de la disposición sobre los monopolios del Estado; o es ampliado para que participen los hasta entonces marginados, o es destruido del todo. En este último caso, por este empleo de la violencia física para combatir a los actuales detentores del monopolio de la fuerza, no son ciertamente eliminados los monopolios centrales del Estado —la violencia física y los impuestos—, en cuanto tales, aunque tal destrucción pueda ser por un tiempo el objetivo de los combatientes. Lo que sucede normalmente es que grupos que hasta entonces estaban excluidos del control de los monopolios centrales del Estado, u obtienen una participación en esos controles, o reemplazan las actuales élites monopolizadoras con sus propios representantes. Un problema central que no es posible pasar por alto, al final de una investigación sobre la sociedad cortesana del *ancien régimen,* es la pregunta siguiente: ¿bajo cuáles condiciones, un cambio a largo plazo del poder conduce, en el marco de una sociedad estatal, a luchar contra los actuales controladores del monopolio de la violencia física, utilizando tal violencia?

El estudio de las elites cortesanas del *ancien régime* proporciona algunos puntos de apoyo para aclarar esta cuestión. Permite darse cuenta de que la idea según la cual el paso al empleo de la violencia física por parte de las capas hasta entonces apartadas del control del monopolio de la violencia, en Francia, debe explicarse simplemente como lucha de la burguesía contra la nobleza, como capa dominante, es, en el mejor de los casos, una simplificación de los hechos. El fundamento de esta simplificación es la confusión entre rango social y poder social. Como hemos visto la nobleza en el *ancien régime* era indiscutiblemente la capa de máximo rango, pero no era, en absoluto, igualmente la capa socialmente más poderosa; se daba, sin lugar a dudas, un orden jerárquico de rangos, relativamente estable en cada tiempo determinado, y de acuerdo con él, los miembros de la alta aristocracia cortesana y, precediendo a todos, los miembros de la Casa real, ocupaban el rango supremo. Pero el rango social y el poder social ya no coinciden. El extraordinario poderío con que, en el marco de la evolución social global de Francia, la posición real pertrechaba a su detentor y a sus representantes, hacía posible a éstos, para fortalecer su posición de acuerdo con sus inclinaciones personales, limitar las efectivas oportunidades de poder de los hombres de alto rango, y aumentar las de las personas de rango inferior. St. Simon se queja en alguna ocasión de que Luis XIV rebaja aun a los pares de Francia al grado de súbditos; que dispensaba demasiado poca atención a las diferencias de rango entre los hombres y que se deshacía en una especie de nivelación. En realidad, al rey le interesaba mucho mantener las diferencias de rango entre los diversos estamentos y aun acentuarlas. Pero igualmente le importaba hacer que los hombres de supremo rango fueran conscientes de que eran súbditos suyos, esto es, del rey. En este sentido, él rebajaba o elevaba a los hombres y hacía que se contrapusiesen sus consejeros y auxiliares burgueses con los miembros de la nobleza cortesana. Un ministro como Colbert, de cuyo origen burgués nadie se olvidaba, ni siquiera él mismo, dispuso, un tiempo, de oportunidades de poder incomparablemente mayores que las de la mayoría de los miembros de la alta aristocracia cortesana. Las amantes del rey eran de ordinario, extraordinariamente más poderosas que las damas cortesanas de alto rango, incluida la reina. Ya por esta razón relacionada con la separación de rango social y poder social, el concepto de una capa dominante es cuestionable, cuando, como sucede con frecuencia, se lo limita a la nobleza del régimen absolutista, y se olvida preguntar, más allá del valor nominal jurídico de la nobleza como un privilegiado estamento, aparentemente unitario, por la distribución efectiva del poder en la sociedad estatal del *ancien régime.*

Los estudios precedentes han, entre otras cosas, remitido a los específicos tipos conceptuales que son necesarios para analizar un sistema de tensiones tan complicado. Lo que ve uno ante sí es una configuración con un equilibrio multipolar de tensiones. Tiene un eje principal de tensiones, alrededor del cual se agrupan otras numerosas tensiones, pequeñas y grandes. Los detentores de los supremos cargos de gobierno y administración, que proceden directa o indirectamente de la burguesía; la nobleza burocrática, por un lado, y, por otro, los miembros de la aristocracia cortesana, generalmente pertenecientes a la nobleza de espada, que, en parte, detentan los cargos cortesanos, militares y diplomáticos, constituyen los dos polos de este eje principal de tensiones. Alrededor de éste, centellean por todas partes las chispas de otros conflictos que, en parte, tienen un carácter permanente, condicionado por la estruc-

tura, y, en parte, son transitorios y más personales. Así pues, hay tensiones recurrentes entre los grupos nobiliarios de alto rango y los de rango inferior; hay, en la corte de Luis XIV, conflictos específicos entre los príncipes de linaje legítimos y los hijos bastardos del rey con alguna de sus amantes. Cuando se contempla la corte, se percibe un conjunto de elitistas grupos interdependientes, que compiten entre sí y se mantienen recíprocamente en jaque, cuyo culmen es el rey, y en cuya estructura ocupa un lugar central el equilibrio lábil de tensiones entre grupos de funcionarios de origen burgués y grupos de la nobleza de espada. Este equilibrio central de tensiones de las elites cortesanas, bajo Luis XIV, es la continuación de un equilibrio de tensiones en el campamento de las capas altas no cortesanas. La nobleza de espada cortesana constituye el vértice jerárquico de una pirámide nobiliaria, cuyos escalones inferiores se encuentran por ejemplo, en el cuerpo de oficiales del ejército y la armada o en la nobleza rural diseminada por todas las regiones del Estado. Los que detentan los supremos cargos del gobierno y la administración en la corte tienen vínculos con los numerosos poseedores de los altos y bajos cargos de la judicatura y la administración en provincias, desde las antiguas familias de la nobleza burocrática hasta las familias a quienes pertenecen los cargos inferiores, y los representantes de los gremios. Esta pirámide burguesa de propietarios de considerables cargos civiles, cuya cumbre es, el siglo XVIII, la nobleza de toga, constituye, en el grueso de la sociedad, el polo opuesto a la pirámide nobiliaria. Tanto en la sociedad amplia como en la elitista cortesana, hay otras numerosas contraposiciones de tensiones, que se agrupan alrededor de este eje principal de conflictos. Aquí desempeñan un papel el clero, los arrendatarios de tributos y otras muchas formaciones especiales. Lo dicho antes baste aquí para mostrar por qué puede inducir en error, en la intelección del desarrollo estructural del *ancien régime*, el considerar que el esquema simple de la jerarquía estamentaria se identifica con la jerarquía del poder. En el sentido de la jerarquía de rangos, sería posible quizá considerar a la nobleza como la capa dominante. Al contemplar la distribución del poder, se descubre que, siglos antes de la Revolución, ya combatían entre sí por la hegemonía formaciones sociales de origen burgués con formaciones sociales de origen nobiliario, sin que ninguno de estos grupos pudiera vencer definitivamente al otro ni obtener una ventaja decisiva sobre el otro. Ya se ha dicho, y no hay necesidad de

repetirlo aquí, que el ascenso de la posición real, como un centro de poder de índole peculiar, estaba íntimamente relacionado con la creciente posibilidad que tenían los reyes de servirse de grupos de origen burgués contra grupos de origen nobiliario y viceversa, de tomar cada vez más distancia respecto de ambos grupos, de mantener el equilibrio de tensiones entre ellos, mediante una cuidadosa estrategia, y de este modo aumentar sus propias oportunidades de poder.

Pero quizá compense, recapitulando una vez más, afinar algo más lo que la investigación de esta configuración cortesana puede aportar para entender el final del *ancien régime*, el paso al empleo de la violencia por parte de grupos y capas que antes estaban excluidas del control del monopolio de la violencia y de las oportunidades de poder que tal control traía consigo. No se puede entender bien la explosión de violencia si exclusivamente se examina las coacciones que pesan sobre las capas bajas que finalmente se sublevan; sólo se la puede entender, si se contempla también las coacciones a las que están sometidas asimismo las capas superiores, contra las que se dirige la explosión de violencia. Se cierrra uno el acceso a estas coacciones y, por consiguiente, a la comprensión de una revolución, mientras se deja uno llevar sin reservas por las declaraciones de los revolucionarios, en la búsqueda de una explicación estructural adecuada de la Revolución. De hecho, a los ojos de muchos revolucionarios, la aristocracia, con el rey a la cabeza, tenía la principal responsabilidad por la situación contra la cual ellos luchaban. Desde la perspectiva de las masas sublevadas, la diferencia y el fluctuante equilibrio de tensiones entre los reyes o sus representantes, la nobleza burocrática y la nobleza de espada, tenían escasa importancia. También historiadores burgueses se han dejado con frecuencia engañar acerca del significado autóctono de la rivalidad entre estas elites monopolistas, por cuanto eran del todo posibles intercomunicaciones, por ejemplo, en forma de ascensos de descendientes de la nobleza burocrática a la nobleza de espada, o de matrimonios entre las dos formaciones. Pero tales conexiones no hacían desaparecer de ninguna manera, a los ojos de los miembros respectivos, las diferencias en la estructura, tradición e intereses de estas elites monopolistas. La "toga", incluido su grupo nobiliario dirigente, poseía el monopolio de los cargos civiles, hereditarios y en su mayor parte, venales; la nobleza de espada, aparte una especie de monopolio de la propiedad ru-

ral señorial, gozaba del monopolio de los más elevados (y algunos medios) cargos militares, diplomáticos y cortesanos. Hasta la última década del régimen, sus representantes lucharon con tesón, pese a todos los intentos de reformar, por conservar su monopolio y los privilegios anejos a éste, así como por ocupar los cargos supremos del gobierno, por una parte, contra los representantes del rey y, por otra, entre sí mismos. La Revolución no sólo acabó con una determinada capa del *ancien régime;* destruyó no sólo una parte de la aristocracia de nacimiento, sino, quizá más radical y definitivamente, a las capas privilegiadas de la burguesía y a la nobleza burocrática, procedente de la burguesía por su origen, la cual, a pesar de todos los cruzamientos y alianzas transitorias, siguió siendo en la configuración del *ancien régime,* la contrapartida de los reyes y de unas u otras agrupaciones de la nobleza de espada. Junto con los aristócratas, desaparecieron los parlamentos, los burgueses arrendatarios de tributos y financieros, los cargos gremiales y otras formas de manifestación de este tipo antiguo de burguesía. Muchas instituciones del *ancien régime* que entonces se acabaron, no tenían, mucho tiempo antes de la Revolución, ninguna función para la sociedad estatal nacional que se iba formando bajo la cubierta del antiguo régimen, aunque la tuvieran para el rey y el régimen establecido. No faltaron proyectos de reforma. Una razón principal de la ineficacia de las reformas intentadas consistió en que las elites monopolistas del *ancien régime* no eran unitarias, sino que estaban escindidas, y constituían un conjunto de grupos dirigentes que rivalizaban entre sí y se tenían recíprocamente en jaque. En la época de Luis XIV, era todavía elástico este sistema de tensiones de las elites que se hostilizaban recíprocamente, para las dos principales formaciones de las elites privilegiadas de origen burgués y nobiliario. El rey mismo, gracias a su distanciamiento de todos los demás grupos y a la habilidad de su estrategia de gobierno, logró mantener en movimiento el sistema de tensiones y, dentro de ciertos límites, corregir los abusos. Cuando se compara la configuración de tensiones de las elites en la época de Luis XIV, con la del tiempo de Luis XIV, se descubre una modificación que quizá puede expresarse del mejor modo diciendo que la configuración de tensiones seguía siendo la misma en sus rasgos esenciales, pero que se había consolidado de tal manera que no permitía ninguna preponderancia absoluta a ninguno de los tres principales centros de poder: reyes, parlamentos y nobleza de espada. Las intrigas, el cambio de ministros, las fluctuaciones en el equilibrio de poder entre los grupos principales y numerosos grupos secundarios eran más frecuentes que en la época de Luis XIV, porque el rey poseía menor poder, porque él mismo había entrado más en el juego de los partidismos y ya no podía, como Luis XIV, dirigir, como árbitro decisivo, por así decirlo, desde fuera, las oscilaciones de los conflictos y tensiones. Se encuentra aquí un fenómeno al que corresponde cierta importancia como modelo. Se descubre aquí una configuración de elites dominantes que han sido capturadas en la trampa de la oposición de sus tensiones. Sus ideas, sus valores, sus metas están de tal manera orientadas al contrario, que cada paso, cada movimiento que hacen ellas o su adversario, son examinados a la luz de las ventajas y desventajas que pueden comportar para ellas o para la parte contraria. Aunque con bastante frecuencia, especialmente en las diversas luchas por el poder en la corte, en las últimas décadas del reino, representantes de alguna de estas principales formaciones intentaron limitar los privilegios y, por consiguiente, también los medios de poder de alguna de las otras, en lo fundamental éstos estaban repartidos demasiado igualmente, y el interés común por conservar las prerrogativas tradicionales frente a la creciente presión de las capas no privilegiadas era demasiado grande como para permitir a una de las partes un decisivo incremento de poder. La distribución equilibrada de los pesos de poder entre las elites monopolistas, por cuya conservación Luis XIV se esforzaba todavía conscientemente, como condición del reforzamiento de su propia posición de poder, se gobernaba ahora, en cierto modo, por sí sola. Cada parte vigilaba con mil ojos que sus privilegios y oportunidades de poder no se redujeran. Y puesto que toda reforma del régimen amenazaba prelaciones y oportunidades existentes de alguna elite respecto de las otras, ninguna reforma era posible. Las elites monopolistas privilegiadas se habían petrificado en el equilibrio de tensiones, consolidado por Luis XIV.

Aquí se encuentra, pues, a gran escala la misma configuración que, en pequeño, se puede demostrar como peculiaridad de los últimos períodos del *ancien régime,* en el desarrollo del ceremonial cortesano. Aun las más altas autoridades, aun la reina y las princesas están implacablemente atadas —como se ha visto— a la tradición del ceremonial cortesano, en general, todavía con la forma que había tomado en la época de Luis XIV. Toda modificación de

cualquier paso concreto de estos rituales amenaza o destruye ciertas prerrogativas tradicionales de familias o personas determinadas. Precisamente porque aquí todos los hombres se hallaban bajo una fuerte presión de rivalidad respecto del rango, de los privilegios y del prestigio, cada individuo cuidaba con mucha atención que su rango, privilegios y prestigio no sufriesen detrimento por causa de los demás. Dado que en esta fase final, ninguno de los participantes, ni siquiera el rey mismo, está dispuesto a tomar distancia respecto de este sistema de tensiones y, en virtud de su posición de poder, intervenir en las coacciones que los hombres interdependientes ejercen recíprocamente, dentro de esta configuración, y, si fuese necesario, reformarlas a costa de uno u otro, la configuración se petrifica. Las coacciones que pesan sobre los hombres son, aparte las más amplias que les impone su posición elevada y la presión de las capas bajas, coacciones que ellos ejercen unos sobre otros y sobre sí mismos. Pero puesto que nadie puede regularlas o corregirlas, adquieren una vida propia fantasmagórica. Se someten a ellas, aun criticándolas, porque se ajustan a la tradición y porque ésta garantiza su propia posición privilegiada y responde a los ideales y valores en los que fueron educados. Mientras que, hasta cierto punto, Luis XIV daba forma al uso cortesano y lo dominaba, ahora el uso domina sobre los hombres de los cuales ninguno está dispuesto a cambiarlo o desarrollarlo en consonancia con las transformaciones que se producen lentamente en la sociedad francesa.

Esto puede decirse de los diversos rangos de la aristocracia cortesana, de la familia real para abajo. Es válido asimismo de las dos jerarquías privilegiadas de la nobleza y de la burguesía. Como boxeadores en *clinch,* ninguno de los diversos grupos privilegiados se atreve a cambiar en lo más mínimo su posición básica, pues cada parte teme perder ventajas y que las gane otra. De modo distinto a lo que sucede en un combate de boxeo, aquí no hay ningún árbitro que intervenga y deshaga el nudo en que han quedado paralizados los contrincantes.

Cuando, en el curso de la larga evolución de una sociedad, la fuerza social de sus diversos grupos y capas cambia de tal modo que grupos relativamente más débiles que hasta entonces habían estado excluidos del acceso al control de los monopolios centrales del Estado —es decir, principalmente del control del monopolio de la violencia física y de la imposición y distribución de tributos—, se hacen socialmente más fuertes en comparación con las capas hasta ahora privilegiadas, entonces sólo hay, en esencia, tres posibilidades de resolver los problemas que se derivan de tal cambio en el equilibrio del poder. La primera es la admisión institucional regulada de los representantes de los grupos que se están haciendo socialmente más fuertes, a las oportunidades de poder y decisión que otorgan el control de los monopolios del poder, como parte de las actuales elites monopolistas. La segunda es el intento de mantener en su actual posición subordinada a los grupos que van adquiriendo mayor importancia, con concesiones, sobre todo económicas, pero sin darles acceso a los monopolios centrales. La tercera se basa en la incapacidad socialmente condicionada de las elites privilegiadas para darse cuenta de que ha cambiado la situación social y, por consiguiente, las relaciones de poder. En Francia, como más tarde en Rusia y en China, las elites monopolistas preindustriales del antiguo régimen siguieron este tercer camino. Concesiones, compromisos en el sentido del cambio de poder que comenzaba con la industrialización, estaban fuera de su capacidad de imaginación. La paulatina transformación de la sociedad que dio a todas las posiciones sociales el carácter de oficios remunerados, desfuncionalizaba sus posiciones privilegiadas como detentores de cargos hereditarios, nobles o reyes. Imaginar esto hubiera significado que se representasen la completa desfuncionalización y desvalorización de su existencia presente. Además, su atención quedaba absorbida por las escaramuzas y combates no violentos que tenían entre sí por el reparto de las oportunidades sociales producidas. Bloqueaba también su capacidad de darse cuenta de los desarrollos de la sociedad global que conducían a un incremento de las oportunidades de poder y de la fuerza social de las capas hasta entonces marginadas, la petrificación de las elites monopolistas más o menos equilibradas que luchaban entre sí como representantes de dos o más capas privilegiadas, en un "*clinch* paralizador". Además, en tal situación, los contrincantes privilegiados tienen, pese a su rivalidad, el interés común de excluir a los grupos marginados de la participación en el control de los monopolios centrales del poder estatal y en las oportunidades de poder que tal control ofrece. En estas circunstancias, es muy probable que los grupos que se están haciendo socialmente más fuertes y que hasta entonces ocupaban una posición marginal, intenten tomar por asalto el acceso bloqueado al control del monopolio estatal de la

violencia y de los demás monopolios estatales, mediante el uso de la fuerza física, esto es, mediante la revolución. En este caso asimismo, es particularmente grande la probabilidad de que en el curso de tales luchas, los privilegios tradicionales y los grupos sociales infuncionales en ese momento, sean destruidos y de que de estas luchas salga una sociedad con una estratificación social de otro tipo distinto de la que ya se estaba forjando bajo la cubierta del antiguo tipo de estratificación.

Esta fue, en todo caso —si es lícito decirlo concisamente— la configuración que condujo a la explosión violenta de la Revolución francesa. En el curso del desarrollo de la sociedad estatal francesa cambió la fuerza social latente de las diversas formaciones sociales en su relación recíproca. El actual reparto de las oportunidades de poder entre ellas cambia de una manera que ya no corresponde a la repartición manifiesta de los pesos del poder, anclada en la endurecida envoltura del antiguo régimen. Los grupos dirigentes, las elites monopolistas del régimen se habían convertido en prisioneros de las instituciones; se aferraban a la respectiva posición de poder que un día habían ocupado. El nudo petrificado en que habían quedado las elites monopolistas y la incapacidad de ver frente a frente su propia desfuncionalización, junto con el carácter relativamente poco elástico de sus fuentes de ingresos que dificultaba otorgar concesiones económicas mediante, por ejemplo, una voluntaria limitación de los privilegios impositivos, impedían la transformación sin violencia de las instituciones en el sentido de los pesos modificados del poder. En consecuencia, la probabilidad de una modificación violenta era muy grande.

Apendice I

SOBRE LA IDEA DE QUE ES POSIBLE UN ESTADO SIN CONFLICTOS ESTRUCTURALES

Es un fenómeno bastante general el fomento de rivalidades y tensiones, particularmente entre grupos elitistas, como importante instrumento de poder de una autocracia que ya no es carismática. Se lo encuentra no sólo en los Estados estamentarios dinásticos, regidos de una manera absolutista, sino, de modo similar, también en —por ejemplo— el Estado industrial y militar nacional-socialista, regido dictatorialmente.

La historiografía tradicional descuida, en muchos casos, la investigación sistemática de estructuras de poder. Cuando se considera la historia en lo esencial, como un conjunto de planes e intenciones razonables y premeditados que tienen hombres o grupos concretos de hombres, las rivalidades y celotipias de las elites aparecen entonces fácilmente como fenómenos secundarios que tienen poca importancia para el proceso o la "interpretación" de la historia. Sin una formación sociológica, siguen, en la realidad, sin aclarar ni determinar tanto la diferencia entre ideología y efectivo reparto del poder como la función de las ideologías como un aspecto de la distribución real del poder. Esto puede observarse con demasiada frecuencia en la actual investigación histórica.

Lo mismo es posible decir de la posibilidad de alcanzar conocimientos sociohistóricos mediante comparaciones sistemáticas entre estructuras sociales similares. La teoría según la cual lo que los historiadores perciben como historia, posee una absoluta unicidad, distorsiona también la visión. Por esta razón, es quizá útil —de paso— indicar que un estudio del aparato de poder de los reyes absolutistas y, en particular, el cultivo meticuloso del equilibrio de tensiones entre grupos dirigentes, en el caso de Luis XIV, puede contribuir en algo a comprender la estrategia de un gobernante nacional-socialista respecto de sus grupos dirigentes, en la fase de transición de una autocracia carismática a una rutinaria (que, por cierto, tal gobernante intentaba retardar mediante la guerra). No

es posible aquí elaborar, junto con la semejanza estructural, también las diferencias. Podría bastar remitir a una publicación que se ocupa de las rivalidades de los grupos dirigentes nacional-socialistas en el proceso de consolidación del poder y de institucionalización del reparto del mismo, y a los comentarios de un joven historiador alemán que saca a luz el significado fundamental de tales investigaciones.

El descubrimiento de los hechos mismos y la investigación de los conflictos y rivalidades entre los diversos grupos dirigentes del Estado alemán nacional-socialista han sido considerablemente promovidos por el trabajo de Heinz Höhne, redactor del *Spiegel*, que apareció primero como una serie de artículos bajo el título "Der Orden unter dem Totenkof" (La condecoración bajo las calaveras) [*Spiegel* 1966-67]. El historiador de Heildberg Hans Mommsen iluminaba de un modo gráfico el problema que tales conflictos presentan a la investigación histórica tradicional[1]. Se trata —*mutatis mutandis*— del mismo problema que aparece, cuando contempla la estructura del poder absolutista y la función del específico equilibrio de tensiones entre los grupos dirigentes para mantener un campo de poder particularmente grande de un autócrata real. Cuando se investiga profundamente, se comprueba la inexactitud de la idea de un Estado sin conflictos, unido bajo un rey absolutista, así como que es una ficción la idea de un Estado monolítico nacional-socialista bajo el Führer. La imagen se desvanece —como expone Mommsen—,

> "en una maraña que parece inextricable, de organizaciones rivales, de camarillas dirigentes que se hostilizan, de luchas por el poder y la posición de los 'soberanos' del nacional-socialismo, en todos los niveles del aparato del partido y del Estado. Hasta la supuesta armonía ideológica resulta ser una ficción; bajo la fórmula vacía de la 'cosmovisión nacional-socialista', se realizaba una lucha oculta de concepciones ideológicas heterogéneas que sólo coincidían en lo negativo"[2].

Höhne ha expuesto en sus observaciones introductorias las razones que, según su opinión, son responsables de que la historiografía tradicional no esté a la altura de la tarea de ocuparse de tales aspectos de la realidad histórico-social. Tales observaciones

[1] *Der Spiegel*, año XXI, n.° 11, Hamburgo, 6 marzo 1967, pp. 71-75.
[2] *Ibíd.*, p. 71.

son bastante instructivas respecto de lo que fue dicho antes sobre la relación de historiografía y sociología. Mommsen las ha resumido de la siguiente manera:

> "Las notas introductorias de Höhne —que el tema SS haya sido un tabú para la masa de los historiadores alemanes— apuntan a que tal objeto arroja problemas de exposición difícilmente superables para una historiografía orientada según el modelo clásico. En efecto, todo esfuerzo por suponer una finalidad interna, un sentido histórico, o al menos un proceso causal, se estrella en las múltiples contradicciones de los aparatos de los SS. (...) Esto puede básicamente decirse de la estructura interna del Tercer Reich en general. No porque las preguntas sobre este tema fueran tabú, sino porque desde la perspectiva del modelo de la dictadura totalitaria los problemas del reparto interno del poder y la realidad organizativa parecen secundarios, la investigación se dirigió a veces, en vista de la deficiente investigación de fuentes, a otras cuestiones"[3].

Si se entiende bien estas palabras, nunca afirman que los historiadores desistiesen, por el modelo ideológico de la dictadura totalitaria, de sacar de la trastienda al primer plano de la investigación los problemas sociológicos del reparto efectivo del poder —como Höhne lo hace— y abrirse —al igual que Höhne— las fuentes que habrían hecho posible la investigación del reparto efectivo del poder y de los cambiantes equilibrios de tensiones dentro del sistema estatal nacional-socialista. Esto puede considerarse quizá como una comprobación de que la historiografía orientada según el modelo clásico se cierra, en virtud de sus puestos teoréticos generalmente implícitos y no probados, la entrada a amplias zonas de la realidad histórico-social, como ha sido expuesto ya en la introducción.

El análisis comparativo de las autocracias consolidadas en un campo de poder relativamente muy diferenciado aguza la vista para mirar la espontaneidad con que rivalidades y envidias entre los grupos dirigentes que éstos no pueden superar, los hacen a todos dependientes del autócrata. Sin dicho análisis comparativo es de ordinario, difícil conocer en cuanto tales la estrategia del autócrata y la situación de coacción de los dominados. Así en la exposición de Mommsen, la tolerancia de las rivalidades por parte de Hitler aparece como dilación, quizá incluso como indecisión. Pare-

[3] *Ibíd.*, p. 72.

ce preguntar por qué el dictador no acaba de un golpe con estas rivalidades, consecuente con la imagen ideal del Estado totalitario. Pero no se requiere de libros eruditos para enseñar a un poderoso autócrata que la unidad de sus grupos dirigentes implica una reducción de su campo de poder y quizá incluso una amenaza a su poder personal, y que la discordia, cuando no es excesiva, un reforzamiento del mismo. Como lo muestra el caso de Hitler, se puede aprender relativamente pronto en la práctica una estrategia que mantiene cuidadosamente las rivalidades y, al mismo tiempo, con más o menos éxito, intenta evitar los excesos. Ni siquiera es necesario que el autócrata sea consciente de su propia estrategia en cuanto tal y se la formule a sí mismo explícitamente en ideas.

Pero para un estudio científico de las relaciones es imprescindible una formulación clara. Sin ella, estamos ante acertijos:

> "La aureola y la fuerza de irradiación personal de Hitler —escribe Mommsen— que mantuvieron unidas en la cumbre todas las instituciones —desintegradas en sí mismas— del sector estatal y partidista, y al mismo tiempo las empujaban a hostiles rivalidades, no ofrecen todavía ninguna explicación suficiente del hecho de que tampoco las camarillas dirigentes del sistema que tuvieron ocasión e intuición para penetrar el mito del Führer 'genial' y de reconocer que de modo creciente el dictador se alejaba de la realidad, pudieron, sin embargo, librarse de tal mito"[4].

No faltan penetrantes observaciones concretas que remiten a la estructura del entramado de dependencias de los gobernantes y los gobernados; pero se carece de la formación teorética que haría posible sintetizar tales observaciones aisladas a través de un modelo nítidamente perfilado de esta estructura. En consecuencia, expresiones de valoración negativa y críticas reprobatorias se sustituyen sin cesar a la determinación ponderada de las relaciones. Mommsen habla respecto de estas rivalidades de las elites nacional-socialistas, del "proceso parasitario de descomposición de un gran estado moderno"[5]. En cambio advierte con mucha perspicacia la figura coactiva, en virtud de la cual "ninguno de los grupos rivales era capaz de fundar una nueva autoridad para reclamar de un modo siquiera en cierto grado legítimo, el derecho a la dirección política"[6]. Precisamente esta posibilidad buscaba evitar el autócrata a través de su estrategia de mando.

[4] *Ibíd.*, p. 74.
[5] *Ibíd.*, p. 74.

El mayor fallo de la investigación histórica orientada según los modelos clásicos se pone de manifiesto en el hecho de que lo que constituye una parte integrante de una dictadura consolidada o en proceso de consolidación y una de las condiciones básicas para su sobrevivencia, en todas las sociedades estatales muy diferenciadas, se caracteriza, en virtud de tales supuestos teoréticos, como algo más o menos accidental, como un accidente único de esa dictadura específica, que únicamente puede explicarse recurriendo a la maldad o decadencia personales de los individuos participantes. Cuando tales supuestos conduzcan a juicios erróneos, está patente en grado especialmente alto, en la idea tomada por Mommsen, según la cual "los grupos de poder e intereses rivales" que están obligados a "sobrepujarse mutuamente en la obediencia al dictador y, consecuentemente, en radicalismo político", es decir, esta global "escalada de los antagónicos y pluralistas portadores del poder", sobre la cual —como dice Mommsen mismo— se basa la estabilidad del régimen, eran "sólo la caricatura de un poder totalitario"[7]. Pese a la plena comprensión del hecho de que estas rivalidades de los grupos dirigentes pertenecen al fundamento del régimen, se obstruye aquí, al mismo tiempo, el camino para ver claro y afirmar que tales rivalidades de los grupos dirigentes, lejos de ser una caricatura, constituyen más bien una parte integrante de la dictadura totalitaria.

Se halla aquí otro ejemplo de las dificultades que obstaculizan la investigación histórico-social, mientras no se tiene una formación científico-sociológica y, por consiguiente, una representación teorética clara acerca de la relación entre ideologías y estructuras sociales.

La ideología con la cual el movimiento nacional-socialista llegó al poder estaba —como ya se ha dicho— determinada por la oposición al Estado pluripartidista de la República de Weimar. La masa del pueblo alemán estaba influida en su actitud frente a la conducción de los negocios del Estado, en muy alto grado, por la tradición del absolutismo alemán y en particular por el prusiano. Allí la conducción de los negocios del Estado se realizaba fundamental-

[6] *Ibíd.*, p. 74.
[7] *Ibíd.*, p. 75.

mente en las cortes principescas. Las rivalidades, diferencias de opinión y discusiones de las facciones cortesano-absolutistas siguieron estando limitadas al círculo interno. Con frecuencia se desplegaban a puerta cerrada. Desde luego, la masa del pueblo alemán no tuvo hasta 1870 y en algunos casos hasta 1918, ocasión de participar activamente, con un cierto sentimiento de corresponsabilidad, en tales contiendas. La estructura de la personalidad de muchos ciudadanos concordaba con esta regulación de los asuntos públicos. No se dice demasiado al expresar que, con arreglo a esta socialización, durante un largo período de dominación autocrática de dinastías principescas muchos alemanes sentían como algo extremadamente molesto el que, después de 1918, las discusiones sobre la dirección de los asuntos del Estado que, durante largo tiempo, aun después de la organización de los parlamentos que, en buena parte, se habían desarrollado tras las bambalinas cortesanas, se representaran ahora mucho más en el escenario, a la luz de la opinión pública; y que a ellos mismos se les pidiera participar en las polémicas públicas. Las discusiones públicas de los partidos parlamentarios exigían un tipo específico de agresividad controlada, de hostilidad medida, que podía adaptarse a las circunstancias cambiantes. Es necesario siempre un largo tiempo para que se haga costumbre de las amplias capas de un pueblo este tipo mesurado y regulado de dirimir las oposiciones. De ordinario —y de modo cierto en Alemania— tales capas sintonizan con oposiciones relativamente simples. Cuando alguien es amigo, se le considera totalmente como amigo, y cuando uno es enemigo, se le ve totalmente como enemigo. Se desea que los frentes de sentimientos sean simples para poder entregarse a ellos tanto en la amistad como en la enemistad. Con tal actitud básica se convierte fácilmente en una fuente de escándalo el modo parlamentario de dirimir las oposiciones que descansa en negociaciones, pactos y frentes cambiantes, amistad y hostilidad moderadas y frecuentes compromisos. Una forma de poder de la cual forma parte un arreglo moderado y regulado de las oposiciones en todas las cosas públicas puede producir una extraordinaria irritación en hombres que no están seguros de controlar su propia agresividad ni de rechazar sus sentimientos hostiles. Por un lado, las oposiciones partidistas arregladas públicamente mediante negociaciones refuerzan constantemente sus propios sentimientos hostiles y, por otro, el aparato de poder parlamentario no permite trocar estas hostilidades en acciones. Todo

se queda en palabras. La designación despectiva del parlamento como "cuchitril de charlatanes" muestra con bastante claridad la orientación de estos sentimientos. El nombre significa: única y exclusivamente hablan; combaten sólo con palabras. Pero no hacen nada; no se combaten en absoluto correctamente.

No necesitamos discutir en este contexto por qué precisamente en Alemania, esta mezcla de conflictos verbales sin violentas acciones de combate, que pertenece a las propiedades de un régimen parlamentario, fue sentida por muchos hombres como particularmente irritante. Correspondía desde luego el programa nacional-socialista con toda precisión a las necesidades emocionales de hombres que tenían tras sí una larga tradición de "ser-gobernados-desde arriba", y que llevaban a la dirección de los asuntos públicos aun los ideales de su vida privada. Como en ésta, se tenía, por una parte, amigos que se intentaba considerar de una manera idealista, como amigos absolutos, y, por otra, enemigos absolutos que se podía simplemente odiar y combatir, encontraba uno, en el programa nacional-socialista, un ideal mediante el cual era posible trasladar el mismo hábito emocional al nivel del Estado. Por un lado, se alzaba el pueblo unido tras el *Führer* —la imagen ideal de una comunidad sin fricciones, sin conflictos ni contradicciones— que ya no constaba, como la comunidad aldeana preindustrial, elevada a ideal, de doscientos hombres, sino de muchos millones. Por otro lado, se alzaban los enemigos absolutos. Si pertenecía a las frustraciones del régimen parlamentario el hecho de exigir de los hombres moderación y autocontrol incluso frente a enemigos, el programa nacional-socialista y la estrategia política del partido eliminaba desde el principio esta limitación irritante. De acuerdo con la contraposición elemental de los sentimientos, se contraponía a los enemigos absolutos con los amigos absolutos; a los primeros podía uno odiarlos libre e incondicionalmente y combatirlos con actos, no sólo con palabras.

Como quimera, como ideal, como ideología, la idea de la dictadura total, como la comunidad del pueblo en donde no existen ni oposiciones ni conflictos, es, por tanto, bastante comprensible. Pero implica un desconocimiento absoluto de la realidad social al caracterizar al régimen nacional-socialista como una caricatura de dictadura totalitaria, porque estaba lleno de conflictos y celotipias, en particular, de los grupos dirigentes. Esto hace suponer que, en un Estado industrial muy complejo y con múltiples estratos, pu-

diera darse una dictadura que estuviese exenta de conflictos y oposiciones. Suscita la impresión de que sería posible una dictadura consolidada en sociedades industriales diferenciadas, sin que el dictador, como otrora Luis XIV, mantuviera cuidadosamente el equilibrio entre los grupos elitistas rivales y les impidiera que se aliasen contra él. Representa, como ya se ha dicho, una confusión del ideal propagandístico con la realidad social. Por cuanto se trata de conflictos y discusiones entre grupos y capas rivales, sigue en pie la diferencia entre un sistema de muchos partidos, democrático-parlamentario, y un sistema dictatorial de partido único, sobre todo porque, en el marco de este último, las discusiones entre facciones y grupos de intereses son llevadas a cabo en el círculo íntimo de los grupos principales del dictador, en su "corte"; y, por tanto, en lo esencial, tras bambalinas, mientras que, en el régimen parlamentario, en mayor medida, ante los espectadores, bajo el control de la opinión pública y con la participación limitada de amplias capas en forma de elecciones recurrentes. El régimen nacional-socialista además estaba apenas en vías de consolidación o rutinación del reparto del poder entre los grupos dirigentes, que se retrasó y alargó por la guerra. Estas circunstancias contribuyeron ciertamente al carácter irregular y caótico de las rivalidades por el poder y el prestigio. Pero todo ello apenas autoriza la idea de que tales acontecimientos revelasen una especial decadencia del régimen. En el marco de un régimen dictatorial, las rivalidades entre las elites dominantes nunca pueden regularse en el mismo grado que en un régimen parlamentario. Esto constituye indudablemente la esencia del régimen parlamentario: que en su marco, las oposiciones y discusiones que pertenecen a la existencia normal de todo régimen en las sociedades más desarrolladas y diferenciadas, aparezcan bastante abiertamente y puedan ser reguladas con relativo detalle. No necesitamos discutir aquí la cuestión acerca de por qué, en Alemania, el hábito sentimental de ser gobernado desde arriba, absolutista o dictatorialmente, y, en consecuencia, el deseo recurrente de un "hombre fuerte" haya echado raíces particularmente profundas. La evolución de la sociedad estatal alemana que llevó a esto fue bastante compleja. Pero no cabe duda de que se robustecía el miedo traumatizante de la tradicional desunión de los alemanes entre sí y la angustia de no poder contener la propia hostilidad contra otros alemanes, que se excitaban continuamente, de una manera irritante para muchos alemanes, por las normales

discusiones de partido, propias del régimen parlamentario. La debilidad del autocontrol individual, cuando se trataba de cuestiones del Estado y de la política, se manifestaba en el deseo de ser controlado desde arriba por otro, por representantes del poder estatal, lo que, en Alemania, se estaba acostumbrado por la larga fase del absolutismo principesco desde el período de la Guerra de los Treinta Años. La tradición social de un fuerte control ajeno en los asuntos del Estado, de un control poderoso ejercido por otros, por los detentores del poder cortesano-estatal, dejó sólo un escaso campo de acción para el desarrollo de una tradición social del autocontrol individual fuera del estrecho ámbito de la vida personal. Y la tradicional debilidad del autocontrol en las cosas del Estado y de la política encontró su expresión, cuando desaparecieron los detentores principescos del poder, en la siempre renovada aspiración a someterse al control ajeno de un hombre fuerte que no fuera príncipe. De éste se esperaba que hiciese desaparecer las contiendas partidistas que contradecían la ficción política de un pueblo alemán unido, de un "pueblo de hermanos". Pero puesto que diferencias de opinión y de intereses con las respectivas tensiones y polémicas forman parte de las peculiaridades estructurales de sociedades más complejas y diferenciadas, incluso un detentor del poder extremadamente fuerte tampoco podía hacer más que resolver las diferencias de opinión irritantes entre alemanes, en el círculo interno de su tendencia cortesana que se desarrollaba paulatinamente, y de esta manera, escamotearlas de la vista de la mayoría del pueblo.

Se trata, pues, de una interpretación histórica carente de fundamentación sociológica, la caracterización de la dictadura nacional-socialista como algo anormal, como una desviación de la imagen ideal de la dictadura totalitaria, porque en ella se hayan configurado formas de satrapía y, como lo formula Mommsen, "de un *lobbyismo* estatizado"[8] y, por consiguiente, anárquico. La lucha de competición entre facciones de las elites monopolistas por las oportunidades de prestigio, de poder, económicas y otras, cuyo otorgamiento, en última instancia, está en manos del autócrata, pertenece a los fenómenos normales de toda autocracia en vías de consolidación. Forma parte asimismo de las peculiaridades estructurales de las elites de partidos de los estados nacionales industria-

[8] *Ibid.*, p. 74.

lizados, regidos dictatorialmente, así como de las de las elites cortesano-aristocráticas de los estados dinásticos preindustriales, gobernados de una manera absolutista. Está igualmente condicionado por la estructura el hecho de que en este caso, las *luchas de competición* y las rivalidades sean reguladas menos por controles legales o normas públicas que por decisiones personales del autócrata. Por tanto, no implican, por mucho que parezcan estar en contradicción con la fachada ideológica de la autocracia, en absoluto —como lo concibe Mommsen— una destrucción del Estado desde dentro[9]. Tales formulaciones sólo significan fundamentalmente que se acepta el ideal ideológico del pueblo unido sin conflictos, como criterio potencialmente realizable de la interpretación histórica. Como es patente en este libro, la lucha de competición de los *grupos elitistas* por las *oportunidades de poder*, institucionalmente investida o sólo poco investida y por ello con un matiz muy personal, pertenece a los fenómenos permanentes de las autocracias monárquicas en los Estados dinásticos preindustriales. Y no cabe duda de que, *mutatis mutandis*, lo mismo puede afirmarse de la *autocracia dictatorial* en los *Estados nacionales* industriales.

[9] *Ibíd.*, p. 75.

APENDICE II

SOBRE LA POSICION DEL INTENDENTE EN LA GRAN CASA CORTESANO-ARISTOCRATICA, COMO APORTE A LA COMPRENSION DEL "ETHOS" ECONOMICO CORTESANO-ARISTOCRATICO

El intendente, el hombre a quien correspondía todo el trabajo de administrar la fortuna y vigilar la marcha de todos los asuntos económicos de un aristócrata cortesano, es mencionado pocas veces en los estudios históricos, en consecuencia con el esquema científico-histórico de selección de materiales. Para la investigación sociológica, para la comprensión de la configuración, de los lazos, el modo de vida y la mentalidad de los aristócratas cortesanos, sin embargo, la posición del intendente de casa no carece de importancia. Una mirada aun breve a esta posición social nos da una idea del lugar secundario que los grandes señores y señoras de esta sociedad adjudican a ese aspecto de su vida que hoy en día se denominaría económico. Todas las rutinas de la administración de la fortuna, inclusive la vigilancia sobre la propiedad rural y la casa, y una parte considerable de las decisiones estaban de ordinario en manos de un sirviente que venía de las capas bajas y era nombrado especialmente para ello: el intendente. Puede haber habido excepciones; pero generalmente los señores y damas cortesanos se interesaban poco por los detalles de sus ingresos y estaban poco versados en los pormenores económicos de su propiedad rural, de su casa y de sus privilegios. Básicamente sólo estaban interesados en que las entradas por renta de la tierra, pensiones y otras propiedades llegasen regularmente para gastarlas según sus necesidades. Era asunto de su intendente el ocuparse de que el dinero llegara; para eso le pagaban.

La casa de un aristócrata cortesano de alto rango era una gran organización. No debe olvidarse. Pero el *ethos* del consumo de status, dominante en esta sociedad cortesana, el *ethos* que obligaba a cada familia a supeditar sus gastos no principalmente a sus ingresos, sino a su status y rango, permitía sólo en raras ocasiones dar

de modo continuo, a través de varias generaciones, a esta gran organización centrada en el consumo de bienes, lo que hoy se llama una base económica "racional y sana", a saber, ajustar los gastos a los ingresos. La tendencia a un endeudamiento progresivo y finalmente a la ruina era, por consiguiente, muy grande en los miembros de esta sociedad. Pareció desde siempre a la nobleza guerrera o de espada que la contabilidad económica era una roñosería que convenía a los tenderos, pero no a los guerreros. (La lengua alemana que, en ciertas áreas, prolonga con bastante abundancia valoraciones de los círculos nobiliarios, posee una buena colección de conceptos que expresan el desprecio por el *ethos* económico burgués.) En consonancia con este permanente peligro del endeudamiento creciente, se habla constantemente de intentos de reforma, de buenos consejos para una buena economía doméstica.

Hay toda una serie de documentos para probar los intentos de racionalización de la gran casa aristocrática, que generalmente se quedaron a medio camino, en buena parte precisamente porque la estructura de poder absolutista en la forma que tomó bajo Luis XIV, forzaba a los nobles cortesanos justamente a supeditar sus gastos sobre todo a su rango, si no querían perder rango y prestigio entre sus iguales. Interiorizada por la educación en la persona, esta coacción social se exteriorizaba, como orgullo nobiliario diferenciante, en una conducta que no sometía los egresos a la coacción de las entradas, del contar burgués, del cálculo económico.

Así, por ejemplo, un pequeño escrito publicado en 1641, *Oeconomie ou le vray Advis pour se faire bien servir, par le sieur Crespin* (Economía o el verdadero consejo para hacerse servir bien, por el señor Crespin) [en E. Fournier, *Variétés Historiques* (Variedades Históricas), París, 1863, vol. X, p. 1], cuenta cuánto había cambiado el modo de vida y la administración de la casa de la alta aristocracia en los últimos veinte años. Crespin que se llama a sí mismo "maître d'hôtel de la Marquise de Lezaye", habla de la mala gestión doméstica de antaño:

> "Uno daba todo para después no tener nada. Uno se compraba un viento favorable que, con el más mínimo aguacero, se perdía de nuevo con bastante frecuencia... Para no caer en tal trampa, es necesario llevar cuidadosamente una buena y ordenada economía. Por esta razón... los grandes señores y damas deben introducir buenas reglas en sus casas. Pero considerando que no todos pueden pensar o gobernar como es necesario, y que no conviene a su rango ocuparse de la multiplicidad de su tablero doméstico, pensamos que es una prioridad para ellos el tener un hombre, fiel y bien avezado en la economía *(bien experimenté en l'oeconomie)*. Este debe ser absolutamente y en todo *chef d'hostel* (jefe de la casa) y estar por encima de todo el restante personal de servicio. No necesita dar cuentas a nadie, si no es al señor de la casa de quien recibe su autoridad para mandar."

La casa, como el Estado dinástico, es considerado como una unidad de poder jerárquica y personal.

Aproximadamente dos generaciones más tarde, el año 1700, Audiger, quien tuvo por un tiempo un alto puesto de servicio en la casa de un hijo de Colbert, publicó una exhaustiva guía para la dirección y organización de una gran casa aristocrática, con el título *La Maison reglée et l'Art de diriger la Maison* (La casa en regla y el arte de dirigirla), Amsterdam, 1700. Su exposición muestra algo de la economía doméstica más severa —que pertenece más bien al *ethos* económico burgués— de la entonces todavía joven nobleza burocrática, que, por cierto, aún no se había perdido en la casa de los retoños de Colbert, a despecho de su relativamente rápido paso a la nobleza de espada. Es posible que este librillo haya sido escrito especialmente para familias de esta nobleza burocrática, que, en esta época, se daba ya plenamente cuenta de que había llegado a constituir una formación nobiliaria especial de nuevo cuño, que reivindicaba el mismo rango y prestigio de la antigua nobleza de espada.

En este escrito se encuentran, entre otras cosas, datos bastante detallados sobre el conjunto de obligaciones del intendente, del "manager", de una gran casa nobiliaria, que dan una buena idea de la amplitud y, según los criterios burgueses, de la importancia de las tareas que la nobleza cortesana, de acuerdo con los suyos propios, delegaba en uno de sus sirvientes. Puesto que el grueso de los nobles cortesanos y en especial, de la alta nobleza cortesana, con el rey, como modelo, a la cabeza, valoraba la actividad de hacer cuentas y balance, como propia de un rango social bajo y estimaba como signo de sus prerrogativas y de su libertad ocuparse única y fundamentalmente de la distribución de los gastos, estos nobles siguieron en realidad supeditados a sus propios sirvientes y siendo sus prisioneros, mucho más de lo que podían confesar. Audiger formula esta experiencia sin ningún rodeo:

"C'est ainsi —escribe— que des intendans par leur soin et capacité soûtiennent et remettent sur pied des Maisons presque ruinées: ou bien que d'autres par leur faute et négligence abisment, et sont cause de la ruine totale des plus illustres, ainsi que nous avons vingt exemples recens et notables dans les Maisons de plusiers Princes, et autres grands Seigneurs assez connus parmi le monde"*.

Toda una serie de procesos sociales, entre ellos el proceso de la Revolución francesa, se empieza a entenderlos cuando se da uno cuenta de que el desarrollo del *ethos* económico de la "gente menuda" —el *ethos* económico burgués, orientado a subordinar los egresos a las entradas y, donde es posible, a obtener un excedente de ingresos respecto de los gastos, como medio para la formación del capital y para las inversiones— hasta convertirse en el *ethos* económico dominante de toda una sociedad estatal, está ligado con la promoción de la "gente menuda" de antaño a la posición de una capa dominante. Tal *ethos* no era simplemente —como a veces parece hoy en día— una expresión de la "racionalidad" del pensamiento, innata en todo hombre o al menos accesible a todos. El *ethos* económico diferente de la aristocracia cortesana —como es patente arriba en el texto— no era una manifestación de la irracionalidad de estos hombres ni de falta de inteligencia ni de su depravación ni de su carencia de "moralidad". Llevan al error todas estas explicaciones sobre las conductas características de todo un grupo de hombres, basadas en la específica estructura social de tal grupo, que recurren a conceptos que las hacen aparecer como peculiaridades constitutivas y quizá hasta innatas de individuos concretos. La ruina regularmente recurrente de familias de la nobleza de espada formaba parte asimismo de los fenómenos permanentes de la sociedad del *ancien régime,* la cual se fundamentaba en la estructura de sus clases superiores, así como la bancarrota de empresas pertenece a los fenómenos existentes en la sociedad burguesa.

La posición social de un intendente de casa como un área de trabajo institucionalizada es bastante típica del esquema específico de la división de funciones en esta sociedad y, por consiguiente, también de las coacciones de interdependencia que liberaban cuanto era posible, a los hombres y mujeres de la aristocracia cortesana, del gobierno de la casa y de la economía doméstica. La exposición de Audiger acerca de las tareas del intendente de casa es la siguiente:

"Sa charge et fonction concernent generalement tous les biens, revenues et affaires d'un grand Seigneur, desquelles il doit sçavoir de point en point, l'état, la force et le produit, afin que sur cela il gouverne la dépense, et donne ordre aux dettes les plus pressées, dont il doit sur tout prendre une exact connoissance afin d'éviter l'embaras et les chicanes qui pourroient arriver à ce sujet.

"Comme la plupart des plus grands biens des personnes de qualité sont à la campagne, et qu'ils ont des Fermiers ou Receveurs en chacune de leurs Terres, l'Intendant en doit avoir soin, et choisir au renouvellement des Baux, les meilleurs et les plus solvables: prendre garde que pendant le temps de leur Fermes ils ne dissipent point les revenus, qu'ils ne dégradent point les fonds et qu'ils ne coupent aucuns bois ny arbres que ceux portez par leur Baux. Il doit aussi avoir soin des Etanges, Bois, Prairies, Métairies, Maisons de Ville et particulièrement des Droits Seigneuriaux pour qu'ils ne se perdent, ny ne prescrivent point, faute de les percevoir en temps et lieu, ou d'avoir fait pour cela les diligences necessaires.

"Il faut encore qu'il tienne memoire de l'argent qu'il donne au Maistre d'Hostel pour les dépenses ordinaires de la Maison; voir s'il est employé utilement, et lui en faire rendre compte tous les huit jours, afin que rien n'échappe à sa connoissance; l'obliger a luy fournir tous les mois un état regulier et general de la dépense qui se fait, ou qui se peut faire, afin qu'il le montre au Seigneur, pour qu'il proportionne toutes choses suivant ses revenus, et ne s'engage point mal à propos en des dépenses superflues et hors de ses forces. Il doit pareillement tenir registre (...) de tout l'argent qu'il reçoit, ainsi que de la distribution qu'il en fait, tant au Seigneur, qu'aux Officiers et autres domestiques de la maison, comme aussi aux marchands, et pour les paymens des pensions, et reparations des biens et maisons tant de la ville que de la campagne, dont il tirera bonnes quittances des uns et des autres, pour justifier valablement de ses emplois, lorsqu'il sera obligé d'en rendre compte.

"Il est encore de son devoir d'éviter la brouillerie et la confusion dans les affaires autant qu'il luy est possible, et de ne point laisser tomber de Seigneur dans des fraiz et dépenses inutiles, et lorsqu'il se présente quelque affaire nouvelle et difficile, il doit avant que de

* "Es así —escribe— como los intendentes, por su diligencia y capacidad, sanean y reponen las mansiones casi arruinadas; o bien que otras, por su desidia y negligencia se deterioran, y son motivo de la ruina total de los más ilustres, de manera que tenemos veinte ejemplos recientes y notables en las casas de diversos príncipes y otros grandes señores bastante conocidos en el mundo."

s'engager dans des procedures prendre bon conseil, et le bien executer"*.

Aquí siguen las frases citadas arriba sobre los intendentes que son capaces de sanear una casa que está ya casi arruinada, y sobre aquellos que pueden dirigir mal una casa poderosa y próspera y arruinarla. Más adelante Audiger habla de algunos otros detalles del conjunto de obligaciones y responsabilidades del intendente.

Pero las citas hechas hasta aquí bastan para dar una idea precisa de lo que, hoy en día, llamaríamos los "aspectos económicos" de la situación de la nobleza cortesana, con una fórmula no del todo apropiada, porque su significado estático está muy marcado por la referencia a la distribución del poder dominante en las sociedades industriales de los siglos XIX y XX, y a su correspondiente división de funciones. Tales distribución y división otorgaban

* "Sus tareas y obligaciones generalmente se refieren a todos los bienes, ingresos y negocios de un gran señor, de los que está obligado a saber, punto por punto, la situación, la firmeza y el rendimiento, con el fin de que administre los gastos teniendo estas cosas en cuenta y atienda las deudas más urgentes, de las que sobre todo debe tener un exacto conocimiento a fin de evitar los problemas y entorpecimientos que pudieran surgir con este motivo.

"Como la mayor parte de los bienes más grandes de las personas de importancia se encuentra en el campo, y tienen en cada una de sus tierras arrendatarios y recaudadores, el intendente debe extremar su celo en la tarea, y, al renovar los arrendamientos escoger los mejores y más solventes de entre ellos: teniendo cuidado que durante el tiempo de su cobranza no gasten de las rentas, que no deterioren los fondos, y que no corten otra madera ni árboles que aquellos que se señalan en el arrendamiento. Asimismo, debe cuidar de los estanques, bosques, prados, alquerías, casas de campo, y, particularmente, de los derechos de los señores, con el fin de que no se pierdan ni prescriban, debiéndolos percibir en tiempo y lugar, o de realizar para tal menester las debidas diligencias.

"También es necesario que tenga presentes las cantidades entregadas al *maître d'hôtel* para los gastos ordinarios de la casa; comprobar si éstas se emplean adecuadamente, y hacerle rendir cuentas cada ocho días, a fin de que nada escape a su conocimiento; obligarle a presentar todos los meses un estado regular y general de los desembolsos realizados o que se puedan realizar, y que él lo enseñe al señor, para que le facilite de todo consecuentemente con sus ingresos, y para que no se empeñe desacertadamente con gastos superfluos que estén más allá de sus posibilidades. Igualmente, debe llevar un registro (...) de todo el dinero que recibe, así como de la distribución que de él hace, tanto al señor como a los subalternos y otros domésticos de la casa, como también a los comerciantes, y para los abonos de pensiones, y para la reparación de enseres y viviendas, tanto de la ciudad como del campo, de los cuales extenderá el debido recibo, de unos y de otros, para justificar legalmente sus menesteres cuando le sea exigida la rendición de cuentas.

"Es también parte de su tarea el evitar las desavenencias y malentendidos en los negocios tanto como le sea posible, y no permitir que su señor ceda a desembolsos y gastos inútiles, y cuando se presente algún negocio nuevo y difícil, debe solicitar consejo y seguirlo con exactitud antes de comprometerse."

grandes oportunidades de status y éxito a los hombres avezados que actuaban "económicamente", a saber, en el sentido de dar prioridad a los ingresos respecto de los gastos, de ahorrar para hacer inversiones de capital. La opinión social, representada en parte por teorías de ciencia económica sólo en apariencia enfocadas al análisis de los hechos, elevan esta conducta a la categoría de ideal de toda la humanidad. A partir de tales supuestos, hombres de otros grados de desarrollo, como los miembros de la sociedad cortesano-aristocrática, que no se conducen según este ideal, que no lo reconocen como tal, que, en otras palabras, según la ciencia económica, no tienen una conducta "económica" o, como a veces se dice, "racional", aparecen como despilfarradores sin principios o como locos. Pero cuando se parte de los modos de comportamiento normalmente válidos en el propio grado de desarrollo social, como si fueran conductas habituales de los hombres de todas las épocas e, implícitamente, como posibles comportamientos de todas las formaciones sociales en los estadios previos de la evolución social, pierde uno la posibilidad de explicar y entender por qué y de qué manera tales conductas, en la entonces reciente fase industrial del desarrollo de la sociedad, ascendieron a la categoría de comportamientos dominantes, normales e ideales de todos los hombres, y cómo y por qué pudo suceder que la "economía" fuera considerada como un área especializada peculiar de la estructura social y del desarrollo global. En efecto, no cabe la menor duda de que una tal idea estaba ausente antes de la segunda mitad del siglo XVIII.

Calificaciones reprobatorias acerca de hombres que se comportan de ordinario de una manera "no económica", dan en el clavo cuando se refieren a hombres de las sociedades estatales industriales. En efecto, en el marco de dichas sociedades, una tal conducta representa una desviación individual de la norma social. Pero yerran cuando se aplican a miembros de formaciones sociales que desempeñaron, en estadios anteriores de la evolución de las sociedades industriales, un papel dirigente, esto es, sobre todo, a los miembros de las elites monopolistas primitivas, pues, en su marco, tal comportamiento no constituye una violación individual de la norma social, sino, por el contrario, la conducta normal: un comportamiento del individuo en consonancia con las coacciones de su socialización, con los criterios institucionalizados de pertenencia a su sociedad, en una palabra, con la norma dominante. En el esque-

ma de estas coacciones sociales, lo que llamamos coacciones "económicas" no juegan todavía un papel especial en la división de funciones; ni siquiera tienen por cierto la primacía en el esquema de estas coacciones. Dentro de la sociedad cortesana, como se ha visto, el honor, el rango, el mantener o elevar la posición social de la propia casa, así como la audacia y con bastante frecuencia, también el éxito en las guerras, como determinantes de la conducta, tendrían sin lugar a duda prioridad sobre aquello que puede clasificarse como determinantes "económicas", si es que, en esta estructura de la sociedad estatal, fuera posible separarlas de las otras. Pero con esto no quiere afirmarse ciertamente que a estos hombres no les fuera nada en el aumento de su propiedad y de sus ingresos. Lo que era contrario a su posición y sensibilidad era exclusivamente el incremento de los mismos a través de aquello que hoy en día consideramos como un comportamiento económico especial y específico. Pero no tenían absolutamente nada en contra y habitualmente se esforzaban con gran celo por ampliar sus posesiones a través, por ejemplo, de campañas bélicas de pillaje, de los regalos del rey, de herencias y matrimonios.

Las citas mencionadas sobre el conjunto de funciones del intendente de casa resaltan con particular nitidez cuanto les molestaba una conducta "económica" en el sentido actual de la palabra. Como ya se ha visto en el comienzo de esta exposición, el intendente de casa debe vigilar que los gastos no superen demasiado a las entradas. El hecho de que las desborden, esto es, la economía de endeudamiento de la gran casa aristocrática, es considerado de ordinario como inevitable y relativamente normal. La diferencia entre las "deudas normales" de las empresas comerciales, en forma de créditos otorgados por empresas crediticias especializadas en vistas a la elevación del área de producción o de comercio, esto es, en lo esencial, como ayuda a la formación de capital, y las "deudas normales" de las grandes casas cortesano-aristocráticas, para unidades de consumo, no requiere de explicación más amplia. Aquí se hace responsable al intendente de casa de librar al señor de la casa de las triquiñuelas de los acreedores y de los disgustos con ellos. Debe procurar que los administradores y arrendatarios de las propiedades, por una parte, y por otra, los proveedores no se relajen en perjuicio del señor. Pertenece a sus obligaciones hacer que le rinda cuentas cada semana, sobre todos los gastos, el *maître d'hôtel* que es el especialmente responsable de la economía doméstica —el intendente lo es de la vigilancia sobre todas las propiedades del señor—, para estar al corriente, y una vez al mes, un balance global de las cuentas de la casa. Estas debe discutirlas posteriormente con el señor de la casa, para que éste no adquiera obligaciones superfluas *"hors de ses forces"* a las que no puede hacer frente. Puede uno imaginar que muchas veces no era fácil lograr que el señor y la señora de la casa se abstuviesen de aquellos gastos a que se sentía quizá obligado de acuerdo con su rango, pero para los cuales no tenían suficiente dinero.

Baste con esto. Algunas veces es útil profundizar en detalles para ver las grandes líneas estructurales de desarrollo. Existe la costumbre de encubrir los problemas de la gran sociedad cortesano-aristocrática con conceptos indiferenciados y estereotipados como "feudal" o "tradicional". Lo que aquí ha sido dicho acerca de la economía doméstica cortesano-aristocrática, sólo es un complemento de lo que, en el texto mismo, fue expuesto en vistas a entender la índole de la sociedad cortesana como una específica formación social preindustrial. Pero ha aparecido con particular claridad que conceptos tales como "sociedad tradicional" o "feudalismo" son demasiado diferenciados para poner de manifiesto las propiedades diferenciantes de esta última gran formación elitista preindustrial que ya dependía casi por completo de un ingreso monetario. Sería mejor, al usar conceptos tales como feudalización, feudalismo y nobleza feudal, referirse en primer lugar a sociedades que tienen interdependencias preponderantes de economía natural, y dejar conceptos tales como sociedad cortesana y aristocracia cortesana en primer lugar para designar sociedades que ya poseen interdependencias predominantes de economía monetaria. Con ello quedaría un espacio suficientemente holgado para el tránsito paulatino en el proceso de evolución de unas a otras.

Esta configuración parcial del intendente de aristócratas está, por lo tanto, constituida de tal manera que las personas situadas en la posición superior más rica en oportunidades de poder, estaban obligadas a continuar una estrategia de gastos determinada por la primacía del rango y el status; por el contrario, las personas de una posición subordinada, más pobre en oportunidades de poder, cuanto era posible en su posición relativamente más pobre en poder, seguían una estrategia de gastos definida por los ingresos de su señor y amo. Se nos ofrece aquí ocasión para reflexionar sobre el significado auténtico de una conducta socialmente mejor o

peor adaptada, de un comportamiento "más realista" o "más irrealista". En este contexto no puede hacerse más que dirigir la atención a los problemas que se ponen de manifiesto al encontrar configuraciones y posiciones de una fase anterior del desarrollo social.

Uno de los conceptos con los cuales se acerca uno a veces a los problemas que emergen es el de "relativismo". Aplicado al estado de cosas considerado aquí, esta expresión significa que no es posible, por ejemplo, hablar de un "*ethos* económico" absolutamente válido. Cuál *ethos* económico, cuál tipo de conducta sea el "correcto" depende —diría uno desde la perspectiva de una posición relativa— de la estructura diferencial de la sociedad que en cada caso, los hombres forman entre sí. En una sociedad cortesano-aristocrática —se diría entonces—, una conducta individual sería "bien adaptada" o "realista", si su autor gasta sus ingresos principalmente de acuerdo con su rango, status y honor, y las costumbres de la corte. En efecto, tal era la norma vigente en su sociedad. Por el contrario, en una sociedad burguesa, una conducta individual es "adecuada" y "realista" si su autor supedita sus gastos en primer lugar a sus ingresos pues en este caso, el que los ingresos primen sobre los egresos, forma parte de las normas dominantes de la sociedad en cuestión.

Pero, al mismo tiempo, esta formulación indica que algo no funciona en esta teoría de la relatividad sociológica. Se presenta aquí un problema que de ordinario pasa inadvertido en la discusión del "relativismo" o, en todo caso, no ha sido hasta ahora planteado francamente. Se trata de la cuestión de la "adecuación", de la "adaptación", del "carácter realista" de las respectivas normas sociales mismas. ¿Acaso no es posible que, en una formación social, haya "normas" o "criterios de conducta" usuales, quizá en una fase anterior del desarrollo social, "adecuados" y "realistas", esto es, apropiados a las efectivas condiciones sociales, que, a pesar de que se hayan mantenido posteriormente, transmitido de una generación a otra, mediante la educación social, y conservado mediante controles y sanciones mutuas de los miembros en la sociedad dicha, se vayan haciendo, en el curso del ulterior desarrollo social, cada vez menos válidas o realistas, de tal modo que tales normas se adecuen cada vez menos a las estructuras sociales reales y en especial, a las efectivas relaciones de poder? Se discute con bastante frecuencia sólo la adecuación de la conducta individual respecto de las normas sociales, pero casi nunca si las normas sociales se adaptan a las estructuras en desarrollo de una sociedad. ¿Acaso no es posible que las normas y sus exponentes mismos pierdan su función?

Las observaciones sobre el *ethos* de consumo de status de la nobleza cortesana que se ha ilustrado una vez mediante la posición del sirviente principal de esta formación, sugiere la idea de la posibilidad de una pérdida de vigencia, de una desfuncionalización de las normas sociales, valores, criterios, o, dicho con mayor exactitud, la posibilidad de una desfuncionalización de la formación social que las porta, como un conjunto. Para elites guerreras de sociedades poco especializadas, con un escaso uso del dinero y mínimo comercio, las conductas referentes a la propiedad o al ingreso, emparentadas con las de la nobleza cortesana, pueden ser completamente adecuadas a la configuración que forman entre sí y con otros grupos. La propiedad depende aquí en un grado considerable de la habilidad guerrera y del triunfo en la guerra, y éste, así como la posición, el rango en el ejército, a su vez, hasta cierto punto, de la propiedad. La imbricación del individuo en sociedades estatales que paulatinamente, si bien con retrocesos o en oleadas, se monetarizan, comercializan y urbanizan, lleva consigo una lenta desfuncionalización de las normas caballerescas, de las escalas de valor y las conductas que perviven —frecuentemente de manera diluida y disfrazada— en las normas, escalas de valor y conductas de la nobleza de espada, convertida en aristocracia cortesana. La economía de endeudamiento de los guerreros no era tan "poco realista", en tanto los acuerdos y contratos estaban asegurados por sanciones estatal-judiciales sólo de un modo relativamente ineficaz y débil, y era posible, en caso de necesidad, escabullirse de los acreedores mediante campañas bélicas o cruzadas o quizá asesinarlos sin particular peligro, cuando urgían demasiado el pago de los préstamos. Pero, los siglos XVII y XVIII, Francia ya era, en este aspecto, un Estado comparativamente ordenado. Particularmente el siglo XVIII, aun para señores de alta posición, aun para príncipes, ya no era muy fácil evadirse de las obligaciones contractuales. Los nobles cortesanos se quejaron frecuentemente de que el incremento del poder real rebajaba también a la nobleza a la posición de súbditos. El hecho de que el rango de altos aristócratas habitualmente ya no les ayudaba mucho cuando intentaban incumplir contratos desagradables o que tal vez los conducían a la ruina, por

ejemplo, contratos de crédito, es un ejemplo de aquello que sentían como rebajamiento al nivel de súbditos y desvalorización de su rango. Es posible observar esto, aunque la nobleza siguiera conservando específicos privilegios judiciales. Esto es un ejemplo de lo que quiere decir que un standard de conducta, una norma social que obliga a anteponer el rango como criterio del consumo a los ingresos, se adecuaba, en el curso de esta específica evolución social, cada vez menos a las imbricaciones reales, a las cambiantes configuraciones humanas, es decir, que se ajustaba cada vez menos a la realidad.

Como sucesores de una tradición gnoseológica predominantemente orientada al conocimiento de la naturaleza, los esfuerzos científico-teóricos de los sociólogos han, desde hace largo tiempo, desacreditado también el uso de conceptos tales como "hechos" o "realidad". Si bien sale del ámbito de esta investigación estudiar en profundidad tales cuestiones, es quizá útil para entender el objeto de estos estudios declarar francamente, al final, que la sociedad cortesana así como todas las demás configuraciones que los hombres forman entre sí, merecen sin lugar a dudas el calificativo de "hechos" o "realidades" que existen, sin que importe que alguien se tome el trabajo de hacerlas objeto de una investigación científica. Las peculiaridades diferenciantes, las estructuras de la configuración que los hombres forman aquí, junto con interdependencias específicas, pueden ser explicadas con un alto grado de certeza. Es posible mostrar cómo y por qué se plasmó este esquema específico de interdependencias, la configuración de la gran corte real y de la sociedad cortesana. Con ello no se está afirmando en absoluto que los modelos de explicación de este desarrollo y de esta configuración —presentados en este libro— constituyan la última palabra posible sobre su diagnóstico y esclarecimiento científicos. Tal cosa contradiría por completo el carácter científico de este trabajo. Es un paso en el camino para iluminar este trozo determinado de la realidad social. Pero los errores y carencias de cada paso concreto sobre este camino no cambian en lo más mínimo la modalidad de estas configuraciones, ni su existencia como configuraciones realmente constituidas por hombres, que, como tales, son susceptibles, en el curso de la investigación científica, de ser paulatinamente aclaradas con mayor precisión. Es tarea de generaciones venideras corregir tales errores y carencias.

Precisamente por ello es importante, al menos de paso, indicar

la complejidad de esta realidad específica formada por hombres. Conducta y normas de la nobleza cortesana —se dijo antes— fueron, en el curso del desarrollo social, ajustándose cada vez menos a la realidad. No es difícil comprender lo que quiere decir esto, si se conoce los hechos a que se refieren tales afirmaciones. Sólo que la elaboración de tales hechos crea todavía, en el estado actual del desarrollo del pensamiento, considerables dificultades.

Al hablar de "realidad social", no se puede limitar este concepto a una configuración parcial concreta que se investiga aquí y ahora. El marco de referencia de lo que se ha diagnosticado como realidad social, es el flujo de la configuración o, con otras palabras, el proceso global del desarrollo de configuraciones constituidas por todos los hombres interdependientes, por la humanidad pasada y presente que avanza al futuro. Referidas a éstas, es posible observar de hecho que normas, valores, conductas de grupos humanos que, en una determinada fase de desarrollo, se ajustaban a las estructuras existentes, pierden su función en el contexto global de las interdependencias ahora vigentes. Tales procesos de desfuncionalización forman parte de las situaciones siempre observables del cambio de configuración. No se refieren sólo a normas, valoraciones y comportamientos de grupos parciales concretos de una determinada fase de evolución; pueden referirse a formaciones sociales completas. La nobleza cortesana en conjunto, para sólo citar este ejemplo, sufrió, debido a una creciente diferenciación, reforzamiento y ampliación de las cadenas de interdependencias, debido a una comercialización y urbanización en aumento, una pérdida de funciones, una desfuncionalización. La prueba de ello es la paulatina desaparición de las posiciones de la nobleza y de los príncipes en cuanto tales, en la mayor parte de las sociedades que han alcanzado un cierto grado de diferenciación, industrialización y urbanización. Cuando se considera la Revolución francesa simplemente como una lucha de la burguesía contra la nobleza, no se da en absoluto cuenta del cambio estructural social del que aquí se trata. Una desfuncionalización no sólo de las normas aristocráticas, sino de la aristocracia cortesana como formación social ya se había llevado a cabo dentro del antiguo régimen. Pero lo mismo puede decirse también de las normas y posiciones sociales de la burguesía preindustrial. También la burguesía gremial y burocrática perdió, durante las crecientes comercialización e industrialización del siglo XVIII y comienzos del XIX, sus funciones. También sus nor-

mas, valoraciones y *ethos* iban siendo cada vez menos "realistas". Rígidas e inflexibles, como suelen ser las valoraciones de las capas privilegiadas, contribuyeron no poco a que todos los esfuerzos reformistas de los representantes de los grupos posicionales burgueses en ascenso fracasaran. La pérdida de sentido y de función de aquello que parecía a los miembros de las elites monopolistas el supremo sentido y valor de sus vidas, se estaba ya llevando a cabo antes de la Revolución. Pero elites poderosas no suelen, sin violencia extrema, poder liberarse de la autocoacción de sus ideales vaciados de sentido. Al violento derrocamiento de los grupos sociales posicionales que han perdido su función y a la destrucción de sus privilegios tradicionales, se llegó finalmente porque el antiguo sistema institucional estaba ya tan consolidado y petrificado, que resultaba imposible una autoadaptación a la cambiante realidad social.

INDICE DE NOMBRES

INDICE ANALITICO

INDICE GENERAL

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de julio de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
Se tiraron 4 000 ejemplares.